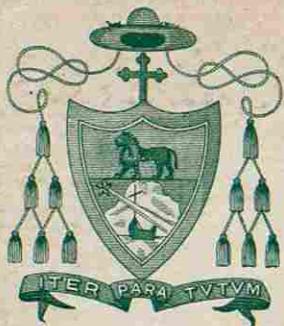


ANTOLOGÍA  
DE POETAS  
CRUGU. S.

RALE  
PQ8516  
M6

003068

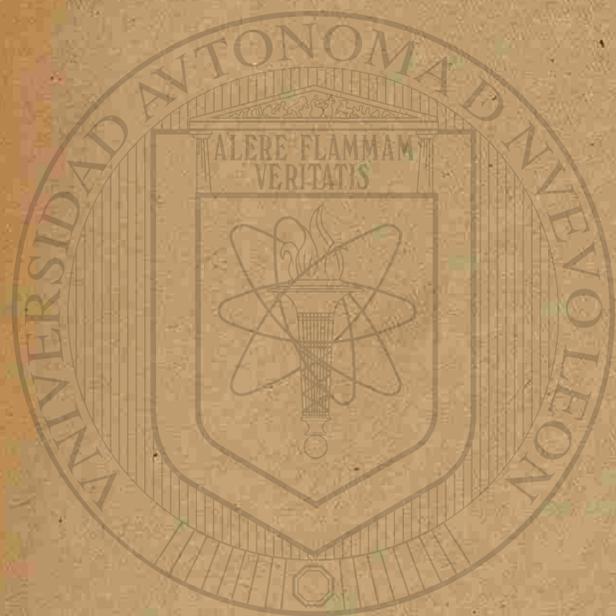


1080019466

EX LIBRIS

HEMETHERIT VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



EL PARNASO ORIENTAL

ANTOLOGÍA DE POETAS URUGUAYOS.

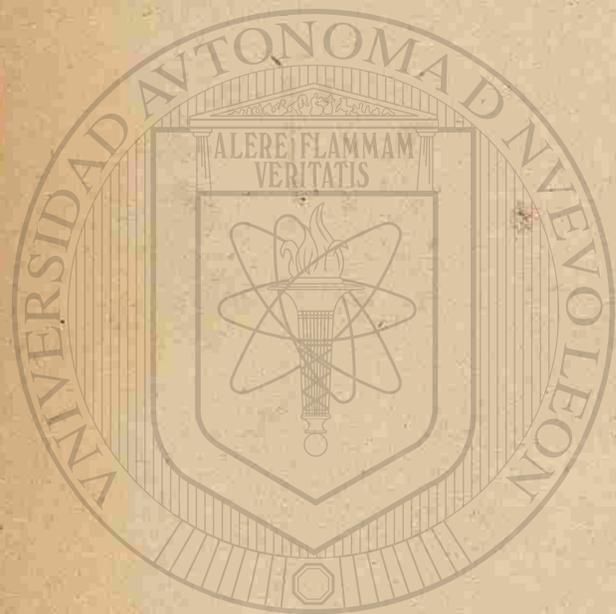
UANL

---

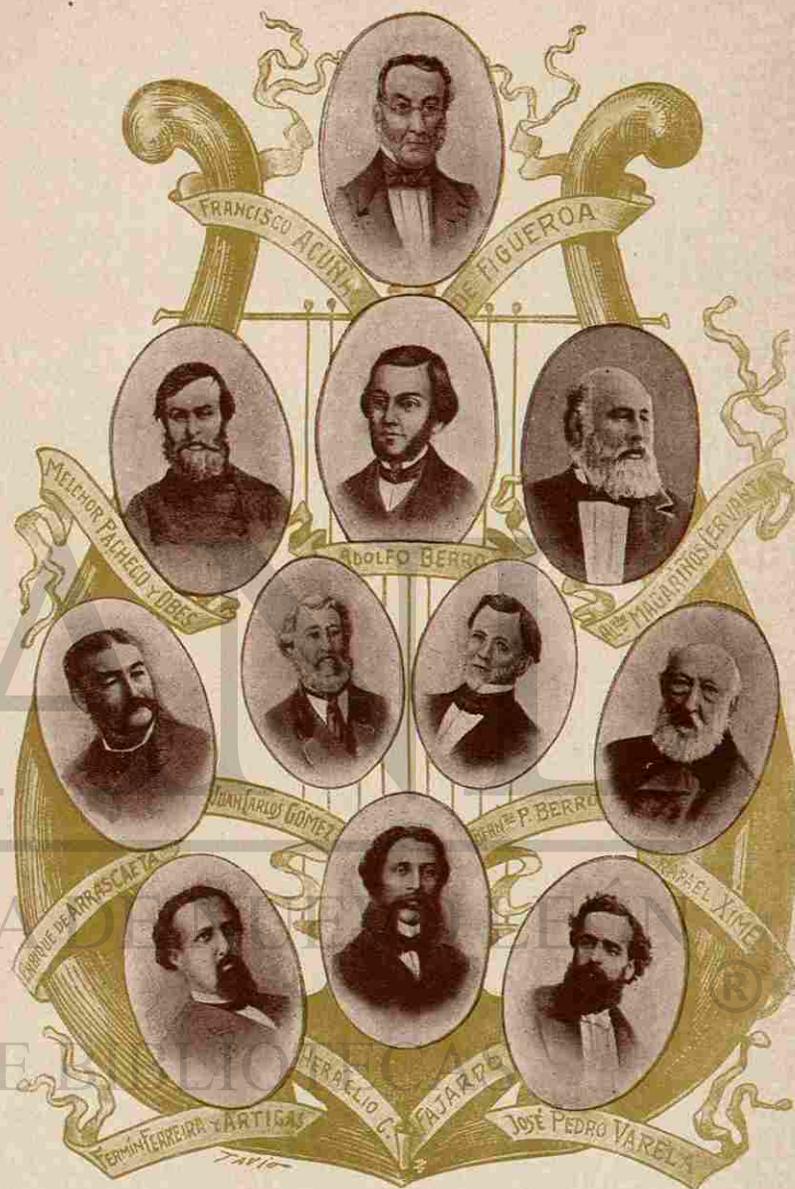
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



Primer Medallón

RAÚL MONTERO BUSTAMANTE

EL  
PARNASO ORIENTAL

Antología de Poetas uruguayos

CON UN PRÓLOGO Y NOTAS CRÍTICO-BIOGRÁFICAS

U A N L

EDICIÓN ILUSTRADA

con varios medallones foto-grabados  
de poetas uruguayos

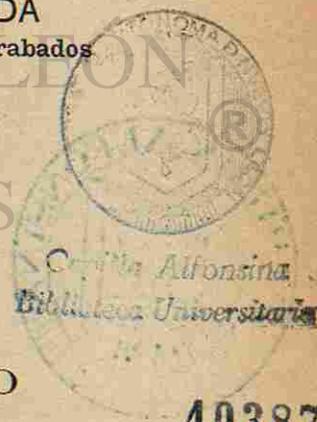
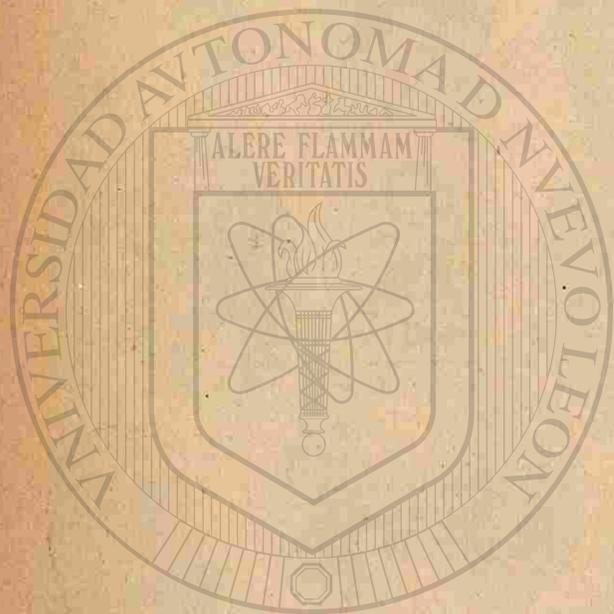
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MONTEVIDEO

1905.

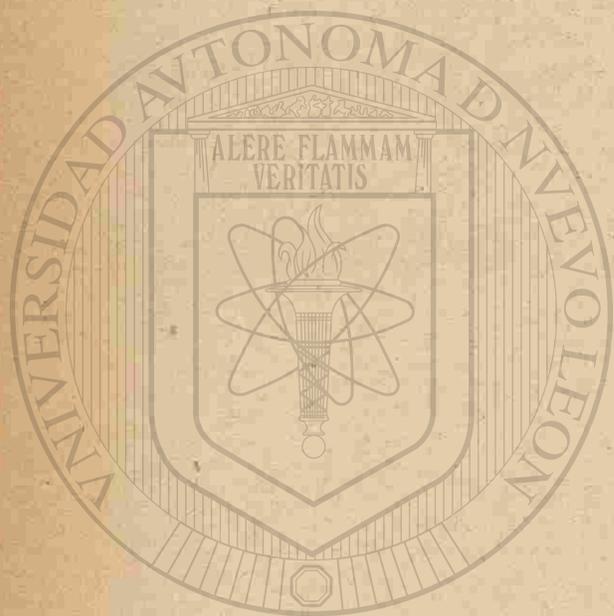
40387

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
Biblioteca Valverde y Tellez



PQ8516

M6



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

## PRÓLOGO

### LA POESÍA DEL URUGUAY. SUS ORÍGENES Y SU DESENVOLVIMIENTO.

*La poesía nacional del Uruguay fué un producto genuino de la Revolución americana.*

*El cambio de régimen trajo una alteración absoluta en la vida de las antiguas colonias españolas. Dentro de las ciudades del Virreinato no había florecido el arte como expresión sincera del alma de aquellos pueblos; una imitación incolora de los autores en voga regía la escasa producción literaria.*

*Sin embargo algunos de los escritos de la época no dejan de tener su carácter. La *Gazeta de Montevideo*, dirigida por Fray Cirilo de la Alameda y Bica, franciscano de vasta erudición (1), es una muestra elocuente de esa literatura, y aquel famoso discurso del Padre Larrañaga, pronunciado después de la primera independencia en la inauguración de la Biblioteca Pública, podría incorporarse sin vacilación alguna á cualquiera antología de clásicos castellanos.*

*Ese arte rudimentario era reflejo directo de la educación de la época. Los establecimientos de enseñanza coloniales, lanzaban torrentes de doctores empapados en los clásicos griegos y latinos, é imbuidos en los hondos estudios teológicos de los programas de entonces.*

*La Universidad de Córdoba y el Real Colegio de San Carlos de Buenos Aires, donde se formaron casi todos los intelectuales del Río de la Plata, clérigos en su mayor parte, tenían instituidos cursos de filosofía, teología, latinidad, retórica, gramática, y una cátedra de Cánones.*

*Recién cuando á principios del siglo XIX, el deán Funes confeccionó los programas de la Universidad de Córdoba, se inició un movimiento favorable á las bellas letras.*

*En cuanto á la enseñanza que se daba en Montevideo, confiada primero á los padres de la Compañía y después á los regulares de San Francisco, ya lo dice nuestro viejo cronista don Isidoro De María, se reducía á nociones de doctrina cristiana, lectura, escritura y aritmética. Sin embargo en el Convento de San Francisco se educaron muchos jóvenes de la época, que brillaron posteriormente.*

(1) FRANCISCO A. BERRA: *Bosquejo histórico de la República O. del Uruguay*, página 255.

(2) JUAN A. GARCÍA HIJO: *La Ciudad indiana*, página 219.

003068

Sin embargo, á pesar de la falta de estímulo, el deseo de saber se había apoderado de la juventud. «El amor á los libros era general en toda América», dice Juan Agustín García (2), y más adelante, cita las palabras de Depons: «Toda la juventud penetrada de la insuficiencia de su educación, procura suplirla buscando avidamente instrucción en los libros extranjeros. Se ven pocos jóvenes que no aprendan con el único auxiliar de diccionarios á traducir el francés y el inglés, haciendo toda clase de esfuerzos para aprender el primero de estos idiomas de preferencia (1).

La producción literaria, aún no había hallado la forma rítmica, de expresión.

Cierto que el medio ambiente no era el más apropiado para el desenvolvimiento del sentido artístico de aquellos pueblos. A el bajo nivel de la educación común, uníase la monotonía y la tranquilidad casi monacal de la vida de los habitantes del Río de la Plata.

La primera faz de la vida colonial presentó todos los caracteres del sedentarismo automático de un pueblo dominado por la inercia y la pereza. Las ciudades arrastraban vida de holganza; su bonhomía y su flemá, que recuerdan á la buena tierra flamenca, llegaban al grado máximo.

Recién cuando se sucedieron algunas generaciones de criollos, y la mezcla de sangre mestizó la raza, llevando nuevos elementos á la psicología de los habitantes; cuando las invasiones inglesas y las resonancias de los acontecimientos desarrollados en la metrópoli después de 1806 vinieron á fecundar el primer concepto de libertad que tuvieron aquellos hombres, dando origen al espíritu de rebelión, una fuerza más intensa, más propia empezó á regir los actos de aquellas multitudes simples y primitivas.

Probablemente entonces nació el carácter nacional de las futuras repúblicas sudamericanas, y con él se iniciaron las primeras manifestaciones del pensamiento criollo, que se tradujeron en balbuceos incompletos pero llenos de carácter.

Nada representaban las protestas de adhesión á los monarcas españoles; el espíritu rebelde palpitaba en todas las manifestaciones de aquellos pueblos, é imponía su sello á los actos públicos que congregaban á los antes pacíficos habitantes, convertidos en seres nerviosos é inquietos.

Sin duda hubo mucho de inconsciencia en eso. Las jornadas de Mayo lo dicen claramente. Las asonadas instintivas; las imposiciones colectivas de masas inconscientes atacadas del delirio tan bien estudiado por Ramos Mejía (2) son pruebas evidentes del fenómeno que se generaba en el seno del alma nacional.

La revolución americana rompió la anquilosis en que había permanecido la sociedad colonial durante más de un siglo. La psicología de aquellos pueblos parece que despertó de pronto, dando origen á una entidad nueva, con rasgos característicos y fisonomía propia. Todas sus manifestaciones exteriores tomaron relieve extraordinario.

La literatura local fué íntimamente ligada á esa aventura de nuestra raza.

(1) JUAN A. GARCÍA HIJO: *La ciudad indiana*, página 219.

(2) JOSÉ M. RAMOS MEJÍA: *Las multitudes argentinas*. — Buenos Aires 1899.

Ya el año 1807, con motivo de las invasiones inglesas, la excitación popular había encontrado su órgano de expresión en el Padre Juan Francisco Martínez, que escribió é hizo representar el drama en verso: *La lealtad más acendrada ó Buenos Aires vengada*, obra de pésimo gusto, calcada en el teatro mitológico griego, pero que tiene su importancia por ser el punto inicial de nuestra literatura.

Con el Padre Martínez, se iniciaba una tendencia clásica bien definida, que fué seguida por Acuña de Figueroa, Manuel Araucho, Carlos Villademoros y Bernardo Berro.

Junto á esa tendencia, producto genuino de la sociedad colonial, la Revolución de 1810 dió origen al nacimiento de una forma nueva, original, llena de carácter y de color locales. Frente á la musa clásica de las ciudades, nacía la musa errante de las campiñas. Allí estaba el espíritu conservador de la metrópoli, aquí estaba el espíritu nuevo, el alma criolla, la expresión ruda pero sincera de una entidad que empezaba á formarse.

La poesía popular fué la primera forma original que halló el alma criolla para expresar sus anhelos.

La musa errante nació con los primeros vagidos de la Revolución. Latía ya en el alma bravía del gaucho y el aborígen habíala presentado en la silenciosa melancolía que devoró á aquella raza formada de misterio, que cruzó sobre nuestros campos, vivió en nuestros bosques y murió en silencio.

El génesis de la poesía popular del Uruguay es complejo; se pierde en el misterio del trasbalse de las razas; venta ya en la sangre española, donde el moro la inoculó; allí vive aún en los cantares plañideros del medio día; aquí germínaba ya en el alma hurañá del indio uruguayo; el africano la trajo en germen de sus tribus.

El gaucho, que fué el producto característico de la conquista, le dió vida. En su alma dual y sacudida por los instintos congénitos á tres razas igualmente fuertes, obró á manera de reactivo la naturaleza, despertando los hidalgos ensueños de la raza española, las profundas nostalgias de los hijos del trópico, arrancados violentamente á sus selvas africanas y la tétrica melancolía imperante entre esas masas de bárbaros, sin cánticos ni juegos, ensimismados en un silencio que sólo se rompe para emitir brevemente sus opiniones en las asambleas deliberantes, y para darse la palabra de orden frente al enemigo (1).

La soledad del desierto, las largas noches pasadas bajo la bóveda estrellada, el silencio de los campos, hablaron á aquella alma con elocuente lenguaje. Todos los instintos congénitos florecieron favorecidos por la naturaleza; el silencio, la soledad y la inmensidad del desierto avivaron, en el hombre aquel, el instinto sobrehumano de libertad del salvaje; el canto de los pájaros, el murmullo de los ríos, los soles ardientes y las noches tranquilas hablaron al alma castellana y engendraron los ensueños rudos y ásperos de la primera trova americana. La guerra hizo lo demás; el combate, el campamento, la vida errante, el sueño de libertad, todo cayó en el caos del

(1) FRANCISCO BAUZÁ: *Historia de la Dominación Española en el Uruguay*, tomo I, página 166.

alma del gaucho y reventó en sus labios en una explosión rítmica de palabras y rudos afectos.

Aquél era el fenómeno natural y lógico que se generaba en lo profundo del alma mater nacional, donde se incubaba silenciosamente y sin la conciencia de su propio destino, la personalidad, la entidad de la nación de Artigas.

De la psicología oscura y aun no bien estudiada del gaucho, es que brotó la trova, el grito de ternura y de guerra, de amor y de amargura, que nació áspero y gutural y luego se hizo suave y dulce, como la nota desahogado que se arranca a un instrumento para templarlo, que la tensión de la cuerda va suavizando, hasta darle el tono armónico y encerrarla en el pentagrama musical.

El soldado poeta fué su primera manifestación, encarnada en Valdenegro, cantor de leyenda, de quien no se conoce a ciencia cierta más que una décima guerrera que fué presentada como cartel de desafío en el sitio del año 1811 en la punta de una lanza. (1)

Valdenegro y Bartolomé Hidalgo son los dos poetas que dieron vida a la poesía popular; Hidalgo sobre todo, cuyas composiciones han sobrevivido y en las cuales la musa contemporánea se ha inspirado más de una vez.

Esas fueron las dos tendencias perfectamente definidas con que halló origen la poesía uruguaya. De un lado, la musa errante, la trova campesina, la poesía nómada y salvaje, nacida en el campamento y la guerra y que prosperaba en la campaña convulsionada; del otro, la musa urbana del Seminario y las Universidades, la copia servil de los clásicos a que se dedicaban los clérigos y los seglares doctores.

Francisco Acuña de Figueroa fué el primer poeta de personalidad definida que tuvo el país. Su influencia decisiva durante largos años dió la pauta al gusto de la época. Su nombre es toda una tradición y por eso alguien lo ha llamado «el poeta de Montevideo». Procedía de la más alta cepa colonial y su bagaje literario había sido adquirido en los colegios de Buenos Aires. Su musa festiva y risueña, ó grave y serena educó aquel grupo de poetas surgidos después de 1811 formado por Villademoros, Berro y Araucho.

Imbuido en el estudio de los clásicos griegos, latinos, franceses y castellanos, fué el poeta más avanzado de su época. Su imperio fué largo, y sólo después de la constitución política del país, cuando el comercio de libros é ideas, y la inmigración porteña, trajeron a estas playas los ecos de la evolución que se operaba en Europa; y Lamartine, Victor Hugo, Espronceda y Manzoni revelaron la existencia de la nueva escuela a que pertenecen los versos incoloros de Adolfo Berro, su influencia se debilitó para dar paso al romanticismo apasionado y melancólico de Juan Carlos Gómez, el poeta hondo y humano que impuso al medio ambiente la inclinación hacia la poesía pasional y enfermiza de De Musset.

La tiranía de Rozas en la Argentina había arrojado al destierro a aquella pléyade de escritores que agrupados en Montevideo produjeron la evolución literaria en el Río de la Plata. Juan Cruz y Flo-

(1) FRANCISCO BAUZA: Estudios literarios.

rencio Varela, Alberdi, Juan María Gutierrez, Miguel Cané, y sobre todo Esteban Echevarría, que acababa de asistir en París a la implantación definitiva del romanticismo y había revelado el molde en que se formó el gusto de la época, fueron los actores en aquellas justas literarias de la Defensa que dieron extraordinario brillo a Montevideo en el sitio memorable de 1842 á 1851.

En pleno esplendor romántico, excitados por el medio ambiente, dominados por la lírica arrebatadora de la nueva escuela, los poetas de la Defensa encarnaron en un momento determinado la musa continental.

Juan Carlos Gómez fué el heredero directo de ese movimiento literario. La tradición clásica local cedió al impulso del nuevo poeta, y hasta el mismo Acuña de Figueroa, seducido por la sinceridad de aquel artista singular, hubo de sufrir su influencia.

Desde entonces el imperio del romanticismo francés, prebudiado por Adolfo Berro é importado por el autor de *La Cautiva*, fué absoluto. El subjetivismo sentimental de Juan Carlos Gómez arrebató a todos, que desde entonces desdeñaron la corrección clásica de los tradicionalistas para entregarse al desaliño de aquella producción desordenada y triste.

De ahí que la *Epístola á Doricio* de Bernardo Berro, la pieza de corte clásico más correcta que posee el Parnaso nacional haya pasado desapercibida en su época. La misma musa de Figueroa que seguía dominando la poesía epigramática y festiva de entonces, debía de parecer extraña á aquellos oídos habituados ya á los inspirados alejandrinos de Gómez y del autor de *El Peregrino*.

El romanticismo melencólico y lúgubre de 1830, que creó la leyenda de los vampiros, hizo beber vinagre á nuestros abuelos para dar al rostro la palidez de la muerte, y puso en todas las miradas ese sello de melancolía que tienen los retratos de la época, fué un delirio colectivo, que no solamente ejerció su dominio en la vida intelectual y espiritual, sino que llegó á marcar su influencia en la vida social.

Los poetas vivían en íntima comunión con Espronceda, y se desvanecían ante los versos del inspirado cantor de *Varifa*. Victor Hugo les llenaba de pasmo y la serena melancolía de Lamartine inspiraba aquellas estrofas en que todo era triste y lúgubre, como si el excepcionalismo romántico hubiera conquistado al medio ambiente.

Pacheco y Obes en viaje á Buenos Aires, se despedía de Montevideo como un proscrito; Juan Carlos Gómez se quejaba amargamente de «la tempestad continua que asaltaba su vajel» y todos los versificadores de la época, en buenos ó malos versos cantaban al dolor.

Sólo Acuña de Figueroa y algunos versificadores influidos por Quintana permanecían apartados de la nueva escuela.

Las agitaciones políticas que sucedieron al pacto de paz de 1851, ahogaron el vigoroso espíritu literario nacido en la Defensa. La política activa y el periodismo reclamaron todas las energías del país. Sólo Acuña de Figueroa y algunos poetas como Acha, Arrascaeta y Bermúdez, ya colaborando en la prensa, ya escribiendo para el teatro, mantuvieron la tradición hasta la llegada al país de Alejandro Magariños Cervantes en 1855, que volvía de Europa, consagrado por maestros, para llenar casi 50 años de nuestra vida literaria.

Magariños Cervantes fué más una influencia que una entidad. Representante del romanticismo de Hugo, el que había bebido en sus fuentes, mezcló á éste algo que sin duda habían dejado en él los clásicos y los poetas castellanos de mediados del siglo. Su personalidad artística incolora, pero vigorosa por el entusiasmo, la fe, la fecundidad y la iniciativa, fué una bandera para tres generaciones.

Su musa ha cantado, durante treinta y ocho años, todos los acontecimientos habidos en la patria. En esto fué un continuador de Figueroa.

Tentó todos los géneros. La oda pindárica, la elegía, el poema, el dítirambo; todo lo ensayó con más ó menos éxito, pero en todo alcanzó la corrección, habiendo llegado á veces á los dominios de la inspiración y aún de la creación.

Emigrado Juan Carlos Gómez, él recogió su herencia y agrupó á aquel brillante núcleo de poetas formado por los Fajardo, Lapuente, Ferreira, y Artigas que recién balbuceaba sus primeras estrofas.

Hasta 1870, el nombre de Magariños Cervantes, al lado de Aurelio Berro y de aquel grupo de escritores que en compañía del autor de *El capitán Albornoz* tentaba el teatro, llenan la historia literaria del país, y aparecen en todos los actos públicos, asumiendo la representación de la musa nacional.

El carácter general de la poesía nacional hasta entonces, era pobre. La forma dramática iniciada por el Padre Martínez y seguida por Acha, Bermúdez, Bustamante, etc. no pasaba de ser una tentativa; la lírica que había irradiado en la Defensa y que Juan Carlos Gómez había elevado á una altura extraordinaria, declinaba con la generación de 1870, atacada por la fiebre de hacer versos y lanzada á una producción híbrida, en que no hubo una sola nota personal; la forma epigramática y festiva, cuyo más alto representante en América es, sin duda, Acuña de Figueroa, discípulo aventajado de Quevedo, continuaba tímidamente con Acha, para renacer más tarde con Washington P. Bermúdez.

La generación nacida á la vida intelectual, después de 1865 fué víctima de una desorientación absoluta. Sin sentido artístico, pero formada en la lectura de *Los Girondinos* de Lamartine, fueron declamadores y retóricos, y tomaron frases hechas sin sospechar que el triunfo estaba en el propio temperamento, en la sinceridad, en la buena fe, en la individualidad propia, eclipsada por la imitación y el modelo fijo.

Hay una gran laguna formada por toda esa literatura de pacotilla que sólo se cierra en 1879, con el certamen nacional de la Florida.

En ese acto en que Aurelio Berro triunfaba con el aticismo clásico de una silva compuesta de acuerdo con los cánones retóricos, hubo un triunfo singular que sacudió á todo el pueblo reunido en torno del histórico monumento.

Cuando Zorrilla de San Martín empezó á leer su *Leyenda Patria* que había sido declarada fuera de concurso por exceder al número de versos del programa, todo el pueblo sintió que en aquel canto había un latido, una vida nueva, un algo divinamente humano que llenaba aquellas estrofas, les daba calor y las hacía palpar como si un fluido singular circulara por ellas.

Cuando el poeta terminó, y el pueblo jadeante y arrebatado por aquella armonía desconocida prorrumpió en aclamaciones, no era sólo al poeta, á quien aclamaba, sino al renacimiento del arte que, en aquellos instantes, hallaba otra vez la expresión intensa y verdadera.

Es que el pueblo jamás se equivoca; tiene la intuición de las cosas. En la Florida, al aplaudir *La Leyenda Patria*, como después, al hacer lo mismo con *Tabaré*, el poema más grande escrito en idioma castellano, sentía que aquel molde nuevo, representaba la vuelta á la belleza, al arte, de que le había apartado aquella generación de falsos imitadores.

*Tabaré*, que apareció en 1886, pero que fue conocido por el público desde 1880, da la pauta á la poesía nacional, que con Zorrilla de San Martín toma por primera vez el carácter de las grandes literaturas, encausándola en una corriente moderna, volviéndola á la sinceridad, á la expresión ingenua de la emoción, á la fuente serena y única de todo arte, al subjetivismo intenso y personal, al yo del poeta; dándole el calor y la fuerza del temperamento propio.

Por primera vez, acaso, la influencia de las literaturas alemana é inglesa se dejó sentir en el medio ambiente. Los románticos franceses, y Quintana, José Zorrilla, Campoamor y Nuñez de Arce habían presidido la formación del gusto de la generación de Zorrilla de San Martín. Este buscó sus fuentes en Shakespeare, Ossian, Heine y Becquer sobre todo.

Zorrilla de San Martín es el poeta más grande que ha tenido la América española. Su verbo hondo y humano fué una revelación para el medio ambiente, que por primera vez sintió el influjo de las grandes literaturas, fundidas en un molde único de belleza, originalidad, sencillez y sinceridad. El recogió todos los sentimientos dispersos de su pueblo, los fundió en el crisol de un temperamento único, y formuló una síntesis amplia, humana, en una obra que es la expresión del alma de una raza.

Después de Zorrilla de San Martín, las tendencias se diseñaron claramente. El germanismo puso á la moda y los poetas imitaron á Becquer, á Heine y cayeron en la delicuescencia triste y pesimista del «ruiseñor del Rin».

Rafael Fraguero, un temperamento raro y complejo, siguió las aguas de Zorrilla de San Martín, cultivando la poesía lúgubre del autor del *Libro de los Cantares*, y en general, no era raro ver á todos aquellos poetas que hasta el día anterior copiaban cuidadosamente la manera de Nuñez de Arce ó Campoamor, escribir rimas tristes ó irónicas, donde asomaba la hiel del maestro de Dusseldorf. Hasta el mismo Carlos Roxlo, poeta de la luz y del color, heredero directo de José Zorrilla, espíritu gemelo de Salvador Rueda, que por propio temperamento se sentía rechazado de la escuela de Becquer, dominado por su influencia, escribía una serie de rimas, talvez los versos más hermosos y humanos, del inspirado cantor de nuestros bosques.

Roxlo, manteniendo su tradición, formóse una manera personal, que ha influido en algunos poetas actuales. Poeta objetivo por excelencia, ha cantado á la tierra nativa, ensalzando en dítirambos de corte clásico las bellezas de la naturaleza uruguaya. Como poeta erótico ha descollado también creando un estilo personal, lleno de color y frescura.

Hasta el presente, esas dos tendencias han luchado en el medio ambiente por imponer su dominio.

El lirismo intenso y hondo de Zorrilla que en la oda patriótica ha dado la nota más alta del poema héroeico castellano y en la sentimental el grito de pasión más humano que ha escuchado la musa americana, y el arte hecho de color, sentimiento, frescura y ensueño, de Rosío, el poeta de la naturaleza y de la vida silvestre.

El momento actual es de desconcierto. Los poetas se agrupan ó se repelen. Las influencias de la literatura francesa contemporánea han producido el dislocamiento y el caos.

De un lado la tradición romántica mantiene unidos á una pléyade de coloristas, que aún se descanecen ante las metáforas de Hugo y no desdenan el martillazo de la octava real.

Papini y Zas, discípulo de Rosío y Salvador Rueda es el representante genuino de ese grupo. Poeta de imaginación ardiente y exaltada, ha conseguido agrupar á su alrededor á una pléyade de brillantes rimadores. Su nombre ha sido, en más de una ocasión, una bandera.

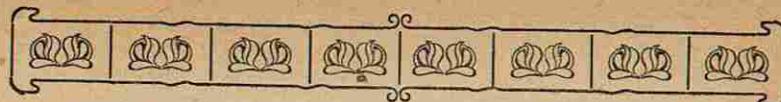
Frente á esa tendencia tradicionalista, se alzan los influidos por las corrientes de la decadencia moderna, agrupados en pequeñas capillas literarias; artistas exquisitos, cultivadores de un arte mórbido; almas sutiles y complejas; temperamentos raros y funambulescos, prontos siempre á vibrar, ante un verso de Baudelaire, de Verlaine, de Verhaeren, de Mallarmé, de Rodembach, ó de cualquier poeta tras-humante de la última hornada modernista.

Julio Herrera y Reissig en su Torre de los Panoramas, consistorio secreto donde se reúnen los discípulos de este nuevo Sar Peladan, preside un grupo de poetas admiradores de Samain y de Baudelaire, que ya se extasian y se arroban ante las blancas ingenuidades del autor de *Aux Flancs du vase*, ó vibran y se estremecen ante la aspe-reza sensual de Baudelaire, ó las grandes melancolias cristalizadas de Rodembach. Allí tiene entrada todo lo raro, todo lo exótico, todo lo snob, en una palabra.

Hay otro grupo influenciado por Lugones, el poeta argentino; otro que mantiene la tendencia hoy casi olvidada de Heine; existen los descendientes de la lírica italiana moderna presididos por Emilio Frugoni, el poeta más correcto de la actual generación, y por sobre todas estas sectas están los solitarios, las almas inquietas y orgullosas que se sienten rechazadas por el medio ambiente.

El momento actual es de confusión y desconcierto. Los poetas erran al azar de la emoción personal. María Eugenia Vaz Ferreira, encarna el espíritu nórdico, la vida interior, sentimental é intensa; Julio Herrera y Reissig, presente en sus versos extraordinarios la aparición de un estremecimiento nuevo; Armando Vasseur ha hallado una cuerda épica en su lira sentimental; Emilio Frugoni realiza una forma de arte noble y sereno; pero entre ellos falta sin duda el poeta de la síntesis, que como Zorrilla de San Martín en 1886, enciende el acorde único que encierre todas esas notas dispersas; las ansiedades, los anhelos, los vagos estados de alma que forman este principio de siglo preñado de inquietud, de ensueño y de quimera.

RAÚL MONTERO BUSTAMANTE.



## EL PARNASO ORIENTAL

FRANCISCO ACUÑA DE FIGUEROA (1)

### HIMNO NACIONAL

#### DE LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY.

CORO.

*¡Orientales, la Patria ó la tumba!  
¡Libertad, ó con gloria morir!  
Es el voto que el alma pronuncia,  
Y que heroicos sabremos cumplir.*

¡Libertad, libertad! Orientales,  
Este grito á la Patria salvó,  
Que á sus bravos en fieras batallas  
De entusiasmo sublime inflamó.  
De este don sacrosanto la gloria  
Merecimos... ¡Tiranos, temblad!  
¡Libertad en la lid clamaremos,  
Y muriendo, también libertad!

Dominando la Iberia dos mundos  
Ostentaba su altivo poder,  
Y á sus plantas cautivo yacía  
El Oriente sin nombre ni sér.  
Más repente, sus hierros trozando  
Ante el dogma que Mayo inspiró  
Entre libres y déspotas fieros  
Un abismo sin puente se vió.

Su trozada cadena por armas,  
Por escudo su pecho en la lid;  
De su arrojo soberbio temblaron  
Los feudales campeones del Cid.  
En los valles, montañas y selvas,  
Se acometen con ruda altivez,  
Retumbando con fiero estampido  
Las cavernas y el cielo á la vez.

Al estruendo que en torno resuena  
De Atahualpa la tumba se abrió,  
Y batiendo sañudo las palmas  
Su esqueleto... ¡Venganza! gritó.  
Los patriotas, al eco grandioso,  
Se electrizaron en fuego marcial,  
Y en su enseña más vivo relumbra  
De los Incas el Dios inmortal.

(1) FRANCISCO ACUÑA DE FIGUEROA es el patriarca de la poesía nacional. Nació en Montevideo el 20 de setiembre de 1790. Su educación esmerada dióle ocasión para profundizar los autores clásicos griegos y latinos. Esto estudio dejó hondas huellas en su espíritu, pues apesar de la época en que le tocó actuar, su inspiración se mantuvo siempre dentro de la serena corrección antigua. Desdeñó el desaliño romántico y no se embarcó en el movimiento de la época, por más que rindió culto al sentimentalismo tan en voga entonces. Este poeta presenta varias fases interesantes. Su musa festiva y epigramática puede colocarse al lado de los más grandes satíricos castellanos. Su fecundidad extraordinaria prodigó miles de piezas de este género, algunas de las cuales son bien populares. Como traductor de textos latinos es nota-

Hasta el presente, esas dos tendencias han luchado en el medio ambiente por imponer su dominio.

El lirismo intenso y hondo de Zorrilla que en la oda patriótica ha dado la nota más alta del poema héroeico castellano y en la sentimental el grito de pasión más humano que ha escuchado la musa americana, y el arte hecho de color, sentimiento, frescura y ensueño, de Rosío, el poeta de la naturaleza y de la vida silvestre.

El momento actual es de desconcierto. Los poetas se agrupan ó se repelen. Las influencias de la literatura francesa contemporánea han producido el dislocamiento y el caos.

De un lado la tradición romántica mantiene unidos á una pléyade de coloristas, que aún se descanecen ante las metáforas de Hugo y no desdenan el martillazo de la octava real.

Papini y Zas, discípulo de Rosío y Salvador Rueda es el representante genuino de ese grupo. Poeta de imaginación ardiente y exaltada, ha conseguido agrupar á su alrededor á una pléyade de brillantes rimadores. Su nombre ha sido, en más de una ocasión, una bandera.

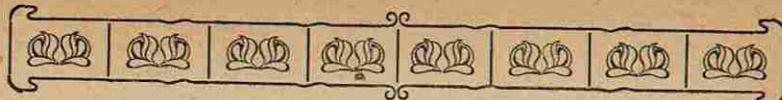
Frente á esa tendencia tradicionalista, se alzan los influidos por las corrientes de la decadencia moderna, agrupados en pequeñas capillas literarias; artistas exquisitos, cultivadores de un arte mórbido; almas sutiles y complejas; temperamentos raros y funambulescos, prontos siempre á vibrar, ante un verso de Baudelaire, de Verlaine, de Verhaeren, de Mallarmé, de Rodembach, ó de cualquier poeta tras-humante de la última hornada modernista.

Julio Herrera y Reissig en su Torre de los Panoramas, consistorio secreto donde se reúnen los discípulos de este nuevo Sar Peladan, preside un grupo de poetas admiradores de Samain y de Baudelaire, que ya se extasían y se arroban ante las blancas ingenuidades del autor de *Aux Flancs du vase*, ó vibran y se estremecen ante la aspe-reza sensual de Baudelaire, ó las grandes melancolias cristalizadas de Rodembach. Allí tiene entrada todo lo raro, todo lo exótico, todo lo snob, en una palabra.

Hay otro grupo influenciado por Lugones, el poeta argentino; otro que mantiene la tendencia hoy casi olvidada de Heine; existen los descendientes de la lírica italiana moderna presididos por Emilio Frugoni, el poeta más correcto de la actual generación, y por sobre todas estas sectas están los solitarios, las almas inquietas y orgullosas que se sienten rechazadas por el medio ambiente.

El momento actual es de confusión y desconcierto. Los poetas erran al azar de la emoción personal. María Eugenia Vaz Ferreira, encarna el espíritu nórdico, la vida interior, sentimental é intensa; Julio Herrera y Reissig, presente en sus versos extraordinarios la aparición de un estremecimiento nuevo; Armando Vasseur ha hallado una cuerda épica en su lira sentimental; Emilio Frugoni realiza una forma de arte noble y sereno; pero entre ellos falta sin duda el poeta de la síntesis, que como Zorrilla de San Martín en 1886, encuentra el acorde único que encierre todas esas notas dispersas; las ansiedades, los anhelos, los vagos estados de alma que forman este principio de siglo preñado de inquietud, de ensueño y de quimera.

RAÚL MONTERO BUSTAMANTE.



## EL PARNASO ORIENTAL

FRANCISCO ACUÑA DE FIGUEROA <sup>(1)</sup>

### HIMNO NACIONAL

#### DE LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY.

CORO.

*¡Orientales, la Patria ó la tumba!  
¡Libertad, ó con gloria morir!  
Es el voto que el alma pronuncia,  
Y que heroicos sabremos cumplir.*

¡Libertad, libertad! Orientales,  
Este grito á la Patria salvó,  
Que á sus bravos en fieras batallas  
De entusiasmo sublime inflamó.  
De este don sacrosanto la gloria  
Merecimos... ¡Tiranos, temblad!  
¡Libertad en la lid clamaremos,  
Y muriendo, también libertad!

Dominando la Iberia dos mundos  
Ostentaba su altivo poder,  
Y á sus plantas cautivo yacía  
El Oriente sin nombre ni sér.  
Más repente, sus hierros trozando  
Ante el dogma que Mayo inspiró  
Entre libres y déspotas fieros  
Un abismo sin puente se vió.

Su trozada cadena por armas,  
Por escudo su pecho en la lid;  
De su arrojo soberbio temblaron  
Los feudales campeones del Cid.  
En los valles, montañas y selvas,  
Se acometen con ruda altivez,  
Retumbando con fiero estampido  
Las cavernas y el cielo á la vez.

Al estruendo que en torno resuena  
De Atahualpa la tumba se abrió,  
Y batiendo sañudo las palmas  
Su esqueleto... ¡Venganza! gritó.  
Los patriotas, al eco grandioso,  
Se electrizan en fuego marcial,  
Y en su enseña más vivo relumbra  
De los Incas el Dios inmortal.

(1) FRANCISCO ACUÑA DE FIGUEROA es el patriarca de la poesía nacional. Nació en Montevideo el 20 de setiembre de 1790. Su educación esmerada dióle ocasión para profundizar los autores clásicos griegos y latinos. Esto estudio dejó hondas huellas en su espíritu, pues apesar de la época en que le tocó actuar, su inspiración se mantuvo siempre dentro de la serena corrección antigua. Desdeñó el desaliño romántico y no se embarcó en el movimiento de la época, por más que rindió culto al sentimentalismo tan en voga entonces. Este poeta presenta varias fases interesantes. Su musa festiva y epigramática puede colocarse al lado de los más grandes satíricos castellanos. Su fecundidad extraordinaria prodigó miles de piezas de este género, algunas de las cuales son bien populares. Como traductor de textos latinos es nota-

Largo tiempo, con varia fortuna,  
Batallaron Liberto y Señor,  
Disputando la tierra sangrienta  
Palmo á palmo con ciego furor.  
La justicia por último vence,  
Domeñando las iras de un Rey;  
Y ante el mundo la Patria indomable  
Inaugura su enseña y su Ley.

¡Orientales! mirad la bandera  
De heroísmo fulgente crisol;  
Nuestras lanzas defienden su brillo:  
¡Nadie insulte la imagen del Sol!  
De los fueros civiles el goce  
Sostengamos, y el código fiel  
Veneremos inmune y glorioso,  
Como el Arca Sagrada Israel.

Por que fuese más alta tu gloria,  
Y brillasen tu precio y poder,  
Tres diademas, ¡oh Patria! se vie-  
Tu dominio gozar y perder.... [ron  
Libertad, libertad adorada,  
¡Mucho cuestras tesoro sin par!  
Pero valen tus goces divinos  
Esa sangre que riega tu altar.

De las leyes el numen juremos  
Igualdad, patriotismo y unión,  
Inmolando en sus aras divinas  
Ciegos odios y negra ambición.  
Y hallarán los que fieros insulten  
La grandeza del pueblo Oriental,  
Si enemigos, la lanza de Marte,  
Si tiranos, de Bruto el puñal.

### SUPER FLUMINA BABILONIS.

SALMO.

Sentados á la margen  
del babilóneo río,  
allí, Sión, tu nombre  
recordamos llorosos y cautivos.

Y las sonoras arpas  
y címbalos festivos,  
tristes ya y destemplados  
de los frondosos sauces suspendimos.

bilísimo, y tal vez nadie haya alcanzado la intensidad de su traducción del salmo *Super flumina Babylonis*. En la elegía se mantuvo siempre dentro de la serenidad clásica, por más que algunas veces el dolor ó la pasión sentidos intensamente, le arrancaron gritos inspirados. La poesía sería la dominó con extraordinaria facilidad y en el género patriótico pocos le han aventajado. Sus obras han sido editadas en doce volúmenes (1890). La recopilación que fué hecha por el mismo autor, ha perjudicado al poeta. Una severa selección hubiera reducido la obra á dos de los mejores tomos de poesía castellana. Figueroa murió en 1862 á los 72 años.

Si á los pueblos un bárbaro agita  
Removiendo su extinto furor,  
Fratricida discordia evitemos:  
*Diez mil tumbas* recuerdan su hor-  
Tempestades el cielo fulmine, [ror  
Maldiciones descendan sobre él,  
Y los libres adoren triunfante  
De las Leyes el rico joyel.

De laureles ornada brillando  
La Amazona soberbia del Sud,  
En su escudo de bronce reflejan  
Fortaleza, justicia y virtud.  
Ni enemigos le humillan la frente,  
Ni opresores le imponen el pie;  
Que en angustias selló su constan-  
Y en bautismo de sangre su fé. [cia,

Festejando la gloria, y el día  
De la nueva República el Sol,  
Con vislumbres de púrpura y oro  
Engalana su hermoso arrebol.  
Del Olimpo la bóveda augusta  
Resplandece, y un sér divinal  
Con estrellas escribe en los cielos,  
¡Dulce Patria, tu nombre inmortal!

Los que en vil servidumbre  
nos llevaban; ¡ah indignos!  
por escarnio intentaron  
oír nuestras canciones allí mismo.

Ellos que nos trajeron  
con ignominia uncidos,  
«entonad,» nos decían,  
«de Sión los cantares y los himnos.»

¡Cantar! ¿Cómo es posible?  
¿cómo infamar impios,  
del Señor los cantares  
en tierra agena y en agenos grillos?

No, Sión; y primero  
que así te dé al olvido,  
y en tu ignominia cante,  
me olvide de mi diestra y de mi mismo.

Yerta mi lengua, y fija  
al palador indigno,  
si de tí me olvidare  
pásmese inmóvil con letal deliquio.

Si no te antepusiere,  
ó si indolente y tibio,  
Jerusalén no fuese  
de mi alegría el móvil y principio,

Tu ira, Señor, se acuerde  
de esos infandos hijos  
de Edón, cuando disfrute  
Jerusalén su día apetecido.

Ellos son los que dicen  
sedientos de exterminio:  
«¡Hasta los fundamentos  
asolad, asolad sus edificios!»

¡Oh hija desventurada  
del pueblo aborrecido!  
¡Feliz quien te dé el pago  
del tratamiento vil que te debimos!

¡Oh bienaventurado  
El que á tus parvulillos  
Logre alzar en sus manos  
y en la piedra estrellarlos vengativo!

### LAMENTO PATRIÓTICO.

ODA.

Oh Musa del dolor! tú que enlutada  
Tristes endechas mides;  
Tú que al lamento y al dolor presides  
Del mísero mortal, á la angustiada,  
A la oprimida voz tu fuego inspira,  
Y la luctuosa lira  
Préstame ¡oh Musa! Y si al pesar que abrigo  
En el pecho ardoroso  
Quieres unir tu acento melodioso,  
Verás cuán tierna gemirás conmigo.

Pues ya el monstruo tremendo  
De la discordia, aleve,  
La viborezna frente sacudiendo,  
Sangre vierte feroz, y sangre bebe;  
Y á desolar se atreve  
El suelo patrio con furor infando.  
Ya sus ojos agrestes  
Lanzan llama sulfúrica y siniestra;  
Ya en su horrorosa diestra,  
Brilla el puñal del parricida Orestes,  
Y en sus hombros se mira  
La túnica fatal de Dejanira.

Mas ¡oh, bárbaro horror! Ya á las venganzas  
Miro cruzarse fratricidas lanzas;  
Oigo el bronce tronar... ¡oh ansias fatales!

¡Todos son orientales  
Y van á destrozarse! El torpe acero  
Patriotas deponed. El bello día  
Alumbre placentero  
De dulce unión... Mas ¡ay! ¡oh Musa mía,  
¡Quién el abismo cierra,  
Si á los ecos de paz responde: ¡guerra!

Ya se extiende el frénetico alarido;  
Ya estrepitoso suena  
El hueco bronce que en los campos truena  
Del Uruguay florido;  
Y la patria infeliz dando un gemido  
Fatídico y ansioso,  
Que en *Sarandí* retumba,  
Lanzándose en el Río victorioso,  
«¡Aquí mi gloria fué, y aquí es mi tumba!  
Dice; y al choque de su augusta frente  
Salta en forma de llanto la corriente.

Mas todos gritan: ¡guerra! ¡Oh cruel infamia!  
Renúense las bodas de Hipodamia,  
Y el furor fratricida

Del cruel Tyeste, del sangriento Atrida!

¡Qué es esto, hados fatales?

¡Sangre quereis, y que la sangre sea

De hermanos, de orientales?

¡Odiosa lid, sacrilega pelea!

¡Quereis que el mundo vea

Derribarse los libres ciento á ciento?

¡Quereis almas frenéticas é insanas,

Holocausto cruento,

Y tributar de víctimas humanas,

Como más digna ofrenda,

Nueva ecatombe á Némesis tremenda?

No será tanto horror, ¡oh Numen sacro

Que á la patria iluminas!

Ya miro la centella que fulminas

De la discordia al fiero simulacro,

Y ya los corazones,

Abriéndose á las dulces emociones,

La voz de unión y de amistad pronuncian.

¡Oh día de placer! ¡día dichoso  
Que anhelan y que anuncian  
Los que aman á la patria, presuroso  
Mueve tu curso y dora  
Nuestro turbio horizonte con tu aurora!

El pérfido extranjero  
Que aguza torpe el fratricida acero,  
¡Cuál rugirá feroz! El exterminio  
De este jardín de Edén es su esperanza,

Y fijar con su lanza  
Sobre sus ruinas su fatal dominio.

¡Oh paz apetecida,  
Cubre á la patria con tu hermosa egida,  
Con tus alas brillantes!

Y el Numen tutelar del patrio suelo,  
Con letrero de estrellas rutilantes,

Inscriba allá en el cielo:  
«¡Hasta la muerte unión...!» y en eco fuerte  
Repitamos: «¡Unión hasta la muerte!»

### EL AJUSTICIADO.

Silencio...! ya se aproxima  
El triste acompañamiento,  
Ya se escucha sordo y lento  
El enlutado tambor.  
Ya con ecos de agonía  
La triste campana gime,  
Y en lo hondo del pecho imprime  
Vibraciones de dolor.

En las calles y balcones  
Varios grupos se aglomeran,  
Otros en la plaza esperan  
Donde un cadalso se vé.  
De bayonetas cercado  
Hacia ese objeto espantoso,  
El séquito silencioso  
Se mueve con tardo pié.

Allí en medio encadenado  
Se arrastra, que no camina,  
El misero á quien destina  
A morir la sociedad.  
En sus manos temblorosas  
Lleva un crucifijo santo,  
Que besa, y baña con llanto  
Implorando su piedad.

Fúnebres salmos y preces  
Entona en voz baja el clero,  
Y él apura el cáliz fiero  
De negra y amarga hiel:  
Mientras la fatal campana  
Que atormenta sus vidas,  
Le anuncia en nuevos gemidos  
Que la agonía es por él.

*El Parnaso oriental.*

¡ Hélo allí con la mortaja  
Con que ha de ser sepultado;  
Ya no tiene el desdichado  
Ni esperanza de salud.  
Delante va el pregonero  
Publicando su delito,  
La escolta marcha en circuito,  
Y por detrás su ataud!

Ya sin tino sus miradas  
Vuelve en torno ó alza al cielo,  
Ya se anima, ó sin consuelo  
Le abate su languidez:  
Los pasos que dá quisiera  
Deshacer... fatal destino;  
¡Cuán corto le es el camino  
Que anda por última vez!

Con rapidez espantosa  
Vuelan para él los instantes,  
Que hundido en los vicios antes  
Malgastaba sin sentir  
Mientras la tardanza acusa  
El vulgo con impaciencia;  
¡Ay, cuánta es la diferencia  
De morir á ver morir!

De nuevo el pregón su crimen  
Publica y también su pena;  
Fué asesino! y le condena  
La ley á nombre de Dios.  
Y hoy ella para escarmiento  
Le asesina de esta suerte,  
Como si el mal de una muerte  
Se remediase con dos.

Con blanca banda ceñida  
La Caridad le rodea  
Le asiste, y con él emplea  
Ceremonias de piedad.  
Caridad! Nombre ilusorio,  
Cuando en su bien nada influye,  
Ni le salva, ni destruye  
La espantosa realidad!

En tan horrible conflicto,  
Repelido ya del suelo,  
Sólo un alivio, el consuelo  
Encuentra en la religión.  
El sacerdote le exhorta,  
Su alma se ablanda, se mueve,  
Y para el cáliz que bebe  
Dios le da resignación.

Pálido como un cadáver  
Lleva de la muerte el sello,  
En desorden el cabello  
Se vé en sus hombros flotar.  
Un sudor de hielo en gotas  
Baña su lívida frente,  
Cuando oye sordo, y repente  
Otro tambor redoblar.

Ya el convoy fúnebre llega,  
Y entra con marcha pausada  
Al cuadro de tropa armada  
Que se abre y lo encierra en él.  
Cual serpiente que á su presa  
Fascina, arrastra..., y traidora  
La traga viva, y devora  
Con diente ansioso y cruel.

Bien puede con faz serena  
Marchar al suplicio infausto  
El que muere en holocausto  
Por su patria ó su opinión:  
Mas el que al cadalso lleva  
El sello vil de un delito,  
Apenas, si está contrito,  
Logrará resignación.

Mas ya el misero reo cuya vista  
Divaga en azorada estupidez,  
Para oír su sentencia en medio al cuadro,  
Se postra de rodillas ante el juez.

Y aunque cada palabra le atraviesa  
Como un dardo de plomo el corazón,  
Quisiera el desgraciado á ese martirio  
Sin moverse de allí dar duración.

Triste y vano deseo! ya oficiosa  
Le levanta y conduce la Hermandad,

A esa víctima en sus lazos  
Ya la serpiente asegura,  
¿Quién la salva, ¡oh desventura!  
De entre ese abismo de horror?  
Alza el misero la vista  
Y sus fibras se estremecen,  
Cuando infaustos le aparecen  
Cadalso y ejecutor.

Allí está el fatal banquillo  
Que será su último asiento,  
Allí el horrible instrumento  
Que quebrante su cerviz!  
Allí vé la horca infamante  
Que por mas horror se emplea,  
Donde su cadáver sea  
Espectáculo infeliz.

Un sordo murmullo entonces  
Vaga entre el necio gentío,  
¿Si sabrá morir con brío?  
¿Si estará tranquilo ó no?  
Curiosidad insensata  
En ocasión tan funesta,  
Expresión bien manifiesta,  
Del que sin alma nació.

¿Qué tranquilidad se exige  
Del que criminal se advierte,  
Ante una afrentosa muerte  
Y el juicio de la Deidad?  
Esa quietud en tal reo  
No es posible interiormente;  
Si la goza está demente  
O no cree en la eternidad.

Le sirve de sostén... Fatal servicio,  
Que para él es rigor, no caridad!

Mas él detiene el paso, su cabeza  
Bambolea abrumada en su cerviz,  
Y un licor que le embriague ó le conforte  
Pide á los que le llevan... infeliz!

Ese frágil cristal que al labio llegas  
Tendrá más duración que no tu sér;  
Ya no verás el prado, el mar, las flores,  
Ni ese sol para tí vuelve á nacer!

La lámpara que débil te alumbraba  
De la triste capilla ante el altar,  
Aun exhala destellos, y tu vida  
Primero que su luz se ha de apagar!

Fatídico el reloj de la alta torre  
Marca ya por instantes tu existir,  
Hoy temblando sus horas has contado  
Mas la que va á sonar no la has de oír!

Temerosos fantasmas los oídos  
Te atormentan con eco sepulcral;  
Y por doble suplicio ven tus ojos  
Las víctimas, la sangre y el puñal.

Tu muerte y tus delitos, para ejemplo  
Las madres á sus hijos contarán,  
Mas los tuyos temiendo la ignominia,  
Su nombre deshonorado negarán.

La muerte con la infamia y el recuerdo  
De esa prole infeliz colman tu horror;  
Bien puedes exclamar en tu amargura,  
Que no hay dolor que iguale á tu dolor!

Alevosos bandidos, que en la sangre  
De una víctima inerte os complacéis,  
Desistid ó temblad! De un asesino  
El premio y la lección aquí teneis!

Mas si luego la ausencia del cadalso  
Disipa en vuestras almas el terror,  
Dios inflame mis versos, que os conmuevan  
Cual presente patíbulo de horror!

Mas, oh lance fatal! Ya está sentado  
Dó el cáliz vá á apurar de sangre y hiel,  
Se horripila su cuerpo en el banquillo,  
Y el verdugo prepara el torno en él.

Ya el férreo corbatín le ciñe el cuello,  
Todos de allí se apartan con pavor,  
Y el credo de la fe con voz pausada  
Entona el sacerdote auxiliador.

Impasible y atento está el verdugo  
Con la mano en el torno..., y al oír  
La palabra fatal, al desgraciado  
Las vértebras del cuello hace crugir.

Convulso se estremece...! de su boca  
La lengua amoratada cuelga ya,  
Dilátanse sus miembros, oh qué espanto!  
He allí el *ajusticiado*.... muerto está!

#### Á UN COPLERO PLAGIARIO.

— Vaya que es *original*  
Al sol patrio tu canción!  
Dijome en tono bufón  
Un plagiario mi rival.  
— Mi inopia, y cuanto tu vales  
Conozco, le respondí;  
Mas tus versos, eso sí,  
Son copias *no originales*.

#### UN CALVO PELUDO.

— La gigantesca *Reforma*,  
Dice un rival, no es *Pacífica*;  
Bullanguera y no científica,  
Ni aun quiere seguir mi norma.  
— Federal!... No hablo por celos,  
Dice otro, y calvo además!  
Yo oigo, y callo... y digo Blas,  
Ese *calvo* tiene pelos!!!

#### NO PERDONAR NI AL DEMONIO.

Tuerta y vieja Estefanía  
Demanda á Antonio ante el Juez,  
Porque impudente, y soez  
La persigue noche y día.  
— Un sátiro es ese Antonio!  
Exclamó el Juez impaciente;  
Ya veo que el insolente  
No perdona *ni al demonio!*

#### EMPADRONAMIENTO.

— Ya el padrón exacto y fiel  
De habitantes se ha ordenado:  
Sexo, edad, patria y estado,  
Todo ha de constar en él.  
— Eso, de fiel no es verdad,  
Ni en punto á edades lo esperes.  
— ¿Porqué? — Porque las mujeres  
Nunca declaran su edad.

#### TORÁIDA BOMBÁSTICA.

Sale Febo con pompa matutina,  
Y un lejano rumor el aura llena;  
Huye el sueño, descorro la cortina,  
Salto del lecho, y el tambor resuena:  
¿Será que el hado infausto en nuestra ruina  
A *otra lid fratricida* nos condena?  
¿Será extraña invasión, tendremos lloros?  
¿Qué novedad, en fin?... ¡Tenemos toros!

¡Oh impertérrito Juancho! tú que un día  
En el táurico circo fuiste asombro,  
Oye mi voz desde la tumba fría,  
Pues tus manes sumiso evoco y nombro.  
De tu arte va á cantar la musa mía:  
Venla tú á sostener, arrima el hombro;  
¡Alzate de la tumba, heroico Juancho!  
Y si no puedes, te alzaré con gancho.

¡Oh espectáculo grande á par que hermoso,  
Ímán del alma juvenil y fuerte!  
Mal que pese al filantro-melindroso,  
Y al moralista rígido é inerte.  
Ellos mismos se ven con especioso  
Pretexto allí acudir; y de esta suerte  
La diversión que bárbara pregonan,  
A par del pueblo entero la sancionan.

Llámanla destructora; mas yo infero  
Que es vana prevención, cuando imagino  
Que sin toros se muere el mundo entero:  
Que á unos los mata el agua, á otros el vino;  
Pues si vuela en las astas un torero,  
O éste al toro mató por ser ladino,  
¿A qué excitar de humanidad las leyes,  
Si hay de sobra en el mundo hombres y bueyes?

Mas ya es hora, y repiten los palillos  
Sobre el trémulo parche el ronco acento;  
Ya anunciando los toros á novillos,  
La celeste bandera azota el viento:  
Hombres, mujeres, viejos y chiquillos  
Con ansia acuden á ganar asiento;  
Y bajo el peso enorme y el empuje,  
El ancho andamio se blanda y cruje.

Del lado del toril que al Este yace,  
Do alumbra Febo con sus rayos de oro,  
La turbamulta en gritos se deshace  
Que al respeto no halagan, ni al decoro;  
El Juez á su demanda satisface  
Y ordena la señal... y sale el toro,  
Baja los cuernos, enarbola el anca,  
Y todos gritan: ¡*Entrale, Palanca!*

¿No has leído del toro que furioso  
De Marathon los campos desolaba;  
O el otro de Neptuno aborto odioso,  
Que osó domar Alcides con su clava?  
¿Viste en la margen del Guadiana undoso  
Bramar la fiera que sus cuernos lava,  
Vístela horrenda amenazar con ellos?  
Pues bien... pero este toro no es de aquellos.

Sale airoso *Palanca* del apuro,  
Y ceja el toro haciendo una gambeta,  
Y asalta al lusitano que seguro  
Aguarda á que en su pipa le acometa;  
La torva frente inclina, al cuero duro  
Préndese la flamígera saeta:  
¡Guárdate, portugués, que te destripa,  
Si llega el toro á desfondar la pipa!

Rueda el preña-lo casco, y se agazapa  
El robusto gastul que tiembla adentro;  
Mas vuela el *Malagueño*, y tras su capa  
Vuela el toro también, dejando el centro.  
Ya por la veste azul casi le atrapa,  
Cuando vuelve *Palanca*, y á su encuentro  
Se vió el nervudo brazo con pujanza  
Postrar dos brutos y doblar la lanza.

El novel Casavalle con braveza,  
Que de *Palanca* á la lección se aplica,  
Con ánimo más grande que destreza,  
Derriba al toro con la fuerte pica;  
Luego, para ostentar la gentileza,  
Del valor las hazañas multiplica,  
Y logra en medio al circo con decoro  
Banderillar desde á caballo al toro.

Era el cebruno corcel  
Hijo del aire y del fuego,  
Pues su sér no participa  
De inferiores elementos.

El nervoso cuello encorva,  
Bañando de espuma el pecho,  
Según le excita ó detiene,  
El acicate ó el freno.

Parte el bruto como un rayo,  
Y entre giros y escarceos  
Cubren al diestro jinete  
Las crines que azota el viento.

Vuela, y las herradas manos  
Que suelta y recoge á un tiempo,  
Contra la cincha sacuden  
El polvo que alzan del suelo.

La adornada banderilla  
Con gallardetes diversos  
Empuña el bravo, y la fiera  
Sacude airada los cuernos.

En su carrera, repente  
Dale un grito, y revolviendo,  
Sintió el toro á un tiempo mismo  
La herida, el grito y el trueno.

Corre *Repollo* y todo lo trabuca;  
Pero acude *Vellido* mas ligero,  
Y no hay ente pelón ni de peluca  
Que no envidie las glorias de un torero.  
Sale ambidextro *Palma*, y en la nuca  
Planta su banderilla al monstruo fiero;  
Y luego el *Paraguay*, con voz de pito,  
Le planta otra, gritando: ¡Acá, torito!

Igual es la destreza y valentía  
De *Coronita*, que su nombre abona;  
Pues yo por cada suerte le daría,  
En lugar de un bolsillo, una corona.  
Mas ¿quién dirá del matador *García*  
El brio heroico que el clarín pregona?  
Vedlo, que al toque del tambor sonoro,  
Apercibe la espada y llama al toro.

Acércase al combate, y destemido,  
Presenta al animal la insignia roja;  
Este escarba la tierra, da un bufido,  
Cierra los ojos y al cenital se arroja;  
Vuélvese al otro lado enfurecido,  
Y la flotante capa más le enoja;  
Arremete otra vez, pero, escondida  
Le atraviesa la espada, y cae sin vida.

Aquí son el aplauso y patacones  
(Que el no arrojar dinero es un desdoro)  
Ni á su ninfa le ha echado más doblones  
Júpiter convertido en lluvia de oro;  
Aquí es el resonar de aclamaciones,  
Y aquí yo acabo, pues se acaba el toro,  
Hasta que otra función ofrezca asunto  
Mejor que la presente.... ¡Y *fica punto!*

## BARTOLOMÉ HIDALGO (1)

## DIÁLOGO PATRIÓTICO.

Entre Jacinto Chano, capataz de una estancia en las Islas del Tordillo y el gaucho Ramón Contreras, vecino de la Guardia del monte.

*Cont.* — ¡Con que amigo! ¿Díaónde dia-Sale? Meta el redomón, [blos  
Desencille, voto alante...  
¡Ah pingo que dá calor!

*Ch.* — De las islas del Tordillo  
Sali en este mancarrón,  
¡Pero si es trabuco, Cristo!  
¿Cómo está señó Ramón?

*Cont.* — Lindamente, á su servicio...  
¿Y se vino del tirón?

*Ch.* — Sí, amigo; estaba de balde  
Y le dije á Salvador:  
Andá, traeme el azulejo,  
Apretámele el cinchon,  
Porque voy á platicar  
Con el paisano Ramón;  
Y ya también sali al tranco,  
Y cuando se puso el sol  
Coji el camino y me vine;  
Cuando en esto se asustó  
El animal, porque el poncho  
Las verijas le tocó...  
¡Qué sosegarse este diablo!  
A bellaquear se agachó,  
Y conmigo á unos zanjones  
Caliente se enderezó.  
Viéntome medio atrasado,  
Puse el corazón en Dios  
Y en la viuda, y me tendí;  
Y tan lindo atropelló

Este bruto, que las zanjas  
Como quiera las salvó.  
¡Eh p... el pingo ligero  
Bien haya quien lo parió!  
Por fin, después de este lance  
Del todo se sosegó,  
Y hoy lo sobé de mañana  
Antes de salir el sol,  
De suerte que está el caballo  
Pavejo que da temor.

*Cont.* — Ah, Chano... pero si es liendre  
En cualquiera bagualón!...  
Mientras se calienta el agua  
Y echamos un cimarrón,  
¿Qué novedades se corren?

*Ch.* — Novedades... qué sé yo;  
Hay tantas que uno no acierta  
A qué lado caerá el dos,  
Aunque le esté viendo el lomo.  
Todo el pago es sabedor  
Que yo siempre por la causa  
Anduve al frío y al calor,  
Cuando la primera patria  
Al grito se presentó  
Chano con todos sus hijos.  
¡Ah tiempo aquel, ya pasó!  
Si fué en la patria del medio  
Lo mismo me sucedió,  
Pero amigo, en esta patria...  
Alcánceme un cimarrón.

(1) BARTOLOMÉ HIDALGO nació en el departamento de Soriano. Sirvió en las guerras de la independencia y en las luchas civiles argentinas. Es el creador, en compañía de Vaidenegro, del género poético criollo. Con el nació la trova americana y su musa original y llena de carácter local, dió sin duda alguna la pauta al nacimiento de la literatura nativa. Sus singulares composiciones se cantaban con acompañamiento de guitarra, en los campamentos militares, y corrían de pago en pago formando una aureola de popularidad al trovero. En 1816 hizo representar una producción dramática titulada « Sentimientos de un patriota ». Pocos rastros han quedado de este singular personaje, como no sean sus relaciones que aún hoy se cantan en las campañas americanas.

*Cont.* — No se corte, dele guasca,  
Siga la conversación;  
*Velay, mate:* todos saben  
Que Chano, el viejo cantor  
A donde quiera que vaya  
Es un hombre de razón,  
Y que una sentencia suya  
Es como de Salomón.

*Ch.* — Pues bajo de ese entender  
Emprésteme su atención,  
Y le diré cuánto siente  
Este pobre corazón,  
Que como tórtola amante  
Que á su consorte perdió,  
Y que anda de rama en rama  
Publicando su dolor;  
Así yo de rancho en rancho  
Y de tapera en galpón,  
Ando triste y sin reposo,  
Cantando con ronca voz  
De mi patria los trabajos  
De mi destino el rigor.  
En diez años que llevamos  
De nuestra revolución,  
Por saeudir las cadenas  
De Fernando el baladrón,  
¿Qué ventaja hemos sacado?  
Las diré con su perdón,  
Robarnos unos á otros,  
Aumentar la desunión,  
Querer todos gobernar,  
Y de facción en facción  
Andar sin saber que andamos:  
Resultando en conclusión  
Que hasta el nombre de paisano  
Parece de mal sabor,  
Y en su lugar yo no veo  
Sino un eterno rencor,  
Y una trapilla de pobres,  
Que metida en un rincón  
Canta al son de su miseria:  
¡No es la miseria mal son!

*Cont.* — ¿Y no se sabe en qué diasgues  
Este enredo consistió?  
¡La pujanza en los paisanos  
Que son de mala intención!  
V. que es hombre escrito  
Por su madre digaló,  
Que aunque yo compongo cielos  
Y soy medio payador,  
A V. le rindo las armas  
Porque sabe más que yo.

*Ch.* — Desde el principio, Contreras,  
Esto ya se equivocó.  
De todas nuestras provincias

Se empezó á hacer distinción,  
Como si todas no fuesen  
Alumbradas por el sol;  
Entraron á desconfiar  
Unas de otras con tesón,  
Y al instante la discordia  
El palenque nos ganó,  
Y cuanto nos descuidamos  
Al grito nos revolcó.  
¿Por qué nadie sobre nadie  
Ha de ser más superior?  
El mérito es quien decide,  
Oiga una comparación:  
Quiere hacer una volteada  
En la estancia del Rincón  
El amigo Sayavedra,  
Pronto se corre la voz  
Del pago entre la gauchada;  
Ensillan el mancarrón  
Más razonable que tienen,  
Y afilando el alfajor  
Se vinieron á la oreja  
Cantando versos de amor.  
Llegan, voltean, trabajan;  
Pero amigo del montón  
Reventó el lazo un novillo  
Y solito se cortó,  
Y atras del como langosta  
El gauchaje se largó...  
¿Qué recostar, ni en chanza!  
Cuando en esto lo atajó  
Un muchacho forastero,  
Y á la estancia lo arrimó.  
Lo llama el dueño de casa,  
Mira su disposición,  
Y al instante lo conchava.  
Ahora, pues, pregunto yo:  
¿El no ser de la cuadrilla  
Hubiera sido razón  
Para no premiar al mozo?  
Pues siga la aplicación.  
La ley es una nomás,  
Y ella dá su protección  
A todo el que la respeta.  
El que la ley agravio  
Que la desagравie al punto,  
Esto es lo que manda Dios,  
Lo que pide la justicia  
Y que clama la razón:  
Sin preguntar si es Portejo  
El que la ley ofendió,  
Ni si es salteño ó puntano  
Ni si tiene mal color.  
Ella es igual contra el crimen,  
Y nunca hace distinción  
De arroyos ni de lagunas,  
De rico ni pobretón;  
Para ella es lo mismo el poncho

Que casaca y pantalón:  
Pero es platicar de balde,  
Y mientras no vea yo  
Que se castiga el delito  
Sin mirar la condición,  
Digo que hemos de ser libres....  
Cuando hable mi mancarrón.

*Cont.* — Es cierto cuanto me ha di-  
Y mire que es dolor [cho,  
Ver estas rivalidades,  
Perdiendo el tiempo mejor  
Sólo en disputar derechos,  
Hasta que ¡no quiera Dios!  
Se aproveche algún cualquiera  
De todo nuestro sudor.

*Ch.* — Todos disputan derechos,  
Pero amigo, sabe Dios  
Si conocen sus deberes:  
De aquí nace nuestro error,  
Nuestras desgracias y penas;  
Yo lo digo, si señor,  
¡Qué derechos ni qué diablos!  
Primero es la obligación,  
Cada uno cumpla la suya,  
Y después será razón  
Que reclame sus derechos.  
Así en la revolución  
Hemos ido reculando,  
Disputando con tesón  
El empleo y la vereda,  
El rango y la adulación.  
Y en cuanto á los ocho pesos....  
¡El diablo es este Ramón!

*Cont.* — Lo que á mí me causa espan-  
Es ver que ya se acabó [to  
Tanto dinero, por Cristo;  
Mire que daba temor  
Tantísima pesería!  
¡Yo no sé en qué se gastó!  
Cuando el general Belgrano  
(Que esté gozando de Dios)  
Entró en Tucumán, mi hermano  
Por fortuna lo topó,  
Y hasta entregar el rosquete  
Ya no lo desamparó.  
¡Pero ah contar de miserias!  
De la misma formación  
Sacaban la soldadesca  
Delgada que era un dolor!  
Con la ropa hecha miñangos,  
Y el que comía mejor  
Era algún trigo cocido,  
Que por fortuna encontró;  
Los otros, cual más cual menos  
Sufren el mismo rigor.

Si es algún buen oficial  
Que al fin se inutilizó,  
Dá cuatrocientos mil pasos  
Pidiendo por conclusión  
Un socorro: No hay dinero,  
Vuelva.... todavía no....  
Hasta que sus camaradas  
(Que están también de mi flor)  
Le largan una camisa,  
Unos cigarros, y á Dios!  
Si es la pobre y triste viuda  
Que á su marido perdió,  
Y que anda en la diligencia  
De remediar su aflicción,  
Lamenta su suerte ingrata  
En un misero rincón.  
De composturas no hablemos;  
Vea lo que me pasó  
Al entrar en la ciudad:  
Estaba el pingo flacón  
Y en el pantano primero  
Lueguito ya se enterró,  
Seguí adelante, ¡ah barriales!  
Si daba miedo, señor!  
Anduve por todas partes  
Y vi un grande caserón,  
Que llaman de las comedias,  
Que hace que se principió  
Muchos años, y no pasa  
De un abierto corralón,  
Y dicen los hombres viejos  
Que allí un caudal se gastó,  
Tal vez al hacer las cuentas  
Alguno se equivocó,  
Y por decir cien mil pesos...  
*Velay, otro cimarrón.*  
Si es en el paso del Ciego  
Allí *Tacuara* perdió  
La carreta, el otro día,  
Y él por el paso cortó  
Porque le habían informado,  
Que en su gran composición  
Se había gastado un caudal.  
Con que, amigo, no sé yo  
Por más que estoy cavilando  
A dónde está el borbollón.

*Ch.* — Eso es querer saber mucho;  
Si se hiciera una razón  
De toda la plata y oro  
Que en Buenos-Aires entró,  
Desde el día memorable  
De nuestra revolución,  
Y después de buena fé  
Se diera una relación  
De los gastos que han habido,  
El pescuezo apuesto yo  
A que sobraba dinero

Para formar un cordón  
Desde aquí á Guazupicúa;  
Pero en tanto que al rigor  
Del hambre perece el pobre,  
El soldado de valor,  
El oficial de servicios,  
Y que la prostitución  
Se acerca á la infeliz viuda,  
Quo mira con cruel dolor  
Padecer á sus hijuelos,  
Entre tanto el adúlón,  
El que de nada nos sirve  
Y vive en toda facción,  
Disfruta grande abundancia;  
Y como no le costó  
Nada el andar *remediado*,  
Gasta más pesos que arroz;  
Y amigo, de esta manera,  
En medio del pericón  
El que tiene es don Fulano,  
Y el que perdió se amoló;  
Sin que todos los servicios  
Que á la patria le prestó,  
Le libren de una roncada  
Que le largue algún pintor.

*Cont.* — Pues yo siempre oí decir  
Que ante la ley era yo  
Igual á todos los hombres.

*Ch.* — Mesmamente, así pasó,  
Y en papeletas de molde  
Por todo se publicó;  
Pero hay sus dificultades  
En cuanto á la ejecución.  
Roba un gaucho unas espuelas,  
O quitó algún mancarrón,  
O del peso de unos medios  
A algún paisano alivió.  
Lo prenden, me lo enchalecan,  
Y en cuanto se descuidó  
Le limpiaron la caracha,  
Y de malo y saltador  
Me lo tratan, y á presidio  
Lo mandan con calzador;  
Aquí la ley cumplió, es cierto,  
Y de esto me alegro yo,  
Quien tal hizo que tal pague.  
Vamos, pues, á un señorón:  
Tiene una casualidad....  
Ya se vé.... *se remedió*....  
Un descuido que á cualquiera  
Le sucede, si señor.

Al principio mucha bulla,  
Embargo, causa, prisión,  
Van y vienen, van y vienen,  
Secretos, admiración.  
¡Qué declara? que es mentira,  
Que él es un hombre de honor.  
¡Y la mosca? no se sabe,  
El Estado la perdió,  
El preso sale á la calle  
Y se acabó la función.  
¡Y esto se llama igualdad?  
La perra que me parió.  
En fin, dejemos amigo,  
Tan triste conversación,  
Pues no pierdo la esperanza  
De ver la reformación.  
Paisanos de todas layas,  
Perdonad mi relación:  
Ella es hija de un deseo  
Puro y de buena intención.  
Valerosos generales  
De nuestra revolución,  
Que en todas vuestras acciones  
Os dé su gracia el Señor,  
Para que enmendeis la plana  
Que tantos años se erró:  
Que brille en vuestros decretos  
La justicia y la razón,  
Que el que la hizo la pague,  
Premio al que lo mereció,  
Guerra eterna á la discordia,  
Y entonces sí, creo yo  
Que seremos hombres libres,  
Y gozaremos el don  
Más precioso de la tierra:  
Americanos, unión,  
Os lo pide humildemente  
Un gaucho con ronca voz,  
Que no espera de la Patria  
Ni premio ni galardón,  
Pues desprecia las riquezas  
Porque no tiene ambición;  
Y con esto hasta otro día,  
Mande usté amigo Ramón,  
A quien desea servirle  
Con la vida y corazón.

Esto dijo el viejo Chano  
Y á su pago se marchó,  
Ramón se largó al rodeo  
Y el diálogo se acabó.



MANUEL DE ARAUCHO <sup>(1)</sup>

## Á LA BATALLA DE ITUZAINGÓ.

(FRAGMENTOS).

Llegaste aurora hermosa  
 Cuya divina faz mostrara al mundo  
 La suerte desastrosa  
 De un opresor funesto é iracundo.  
 Hoy bañará la muerte  
 En sangre humana la lijera rueda  
 Del carro diamantino,  
 Que antes que Febo iluminarnos pueda,  
 Tu bella luz nos vierte  
 Y anuncia el bueno y el fatal destino.

Mil sepulcros se abrieron  
 Ante los ojos míos  
 Que en el Rincón y en Sarandí los vieron  
 Y en los amenos ríos  
 El Plata y Uruguay á las legiones  
 Brasileras. Los libres pabellones  
 De la patria flamearon.  
 Al tiempo procedieron  
 Y á la victoria en su poder llevaron.  
 ¡Oh sol de Ituzaingó! Tu lumbre de oro,  
 Brillando esplendorosa  
 Sobre los campos del precioso Oriente,  
 Conduce presurosa  
 Donde la seña del clarín sonoro  
 Llama á la lid la hueste combatiente.  
 Muy breve tiempo queda:  
 Y en cuanto el fuego del fusil preceda  
 Empezará el horror, y trasvenarse  
 La sangre se verá. Así en el Plata  
 La corriente arrebata  
 Consigo cuanto encuentra sin que pueda  
 Con el poder del hombre restañarse  
 Hasta que el mismo suyo la convierte.  
 Ya levanta la muerte  
 La mano destructora que amenaza  
 La ilustre vida del heroico y fuerte.  
 Y empuñando la clava con que arrasa  
 En un momento ejércitos enteros

(1) DON MANUEL DE ARAUCHO es autor de un tomo de poesías aparecido en 1835 con el título: *Un paso en el Pindo*. Pertenece, pues, á los poetas de la Independencia. Hizo la campaña del año 25 y llegó al grado de Coronel. Cultivó el género heroico, y sus odas llaman la atención por la fuerza lírica, la inspiración, el buen gusto y la corrección clásica.

La revuelve: mil vidas  
 Van á no ser, de intrépidos guerreros,  
 Y entre la furia y el horror perdidas  
 ¡Se concluyó el amago!  
 Revienta el trueno del cañón y el rayo  
 Que al combatiente lustra la coraza,  
 Disemina el estrago.

El argentino y oriental unidos  
 Ocupan á la vez la inmensa frente  
 Del enemigo, y en furor ardiendo  
 La *Alemana legión* más imponente  
 Que en filas erizadas  
 Repele con el plomo y el estruendo  
 Los golpes que fulminan las espadas.  
 Si á la fuga se libra  
 El servil imperial en la batalla,  
 Fiando su vida á su corcel ligero,  
 El robusto oriental tras él aun vibra  
 El vengador acero  
 O la pistola que á su espalda estalla!...  
 Empero la segur enrojecida  
 Se melló, en fin, de la inhumana muerte;  
 La sangre es retenida  
 En los cuerpos heridos, do la vierte  
 El libre vencedor... ya los tiranos  
 Huyen dejando al oriental la gloria.  
 Esos campos, un día tan lozanos,  
 Encendidos se ven, están cubiertos  
 De miembros palpitanes y de muertos.  
 El clarín penetrante  
 Precursor de los triunfos ha sonado;  
 El corazón de gozo enagenado  
 Salir quiere del pecho en ese instante  
 Al soló ver llegar los vencedores  
 Que al Ecuador ardiente  
 Llevaron libertad y que triunfantes  
 Hoy la colocan en el bello Oriente.  
 ¡Salud, héroes! ¡Salud, libertadores,  
 Alzad en vuestras manos  
 El sagrado estandarte  
 A cuyo aspecto tiemblan los tiranos!

.... El hálito guerrero  
 No circula en la trompa belicosa,  
 Ni la voz espantosa  
 De ¡*Muerte á los tiranos!* ya resuena  
 En el plácido Oriente....

En la campaña amena  
 Surca el arado, y en la paz dichosa  
 Las naves que el divino río argenta  
 Conducen á la arena  
 De los puertos de Oriente la industriosa  
 Riqueza, que los pueblos hoy fomenta.

Las artes y la ciencia  
Fecundan la lumbreira  
Con que en la senda del saber camina  
El hombre pensador; y la experiencia  
Muestra la perspectiva lisonjera  
Que á la pingüe fortuna determina

¡Ciudadanos! Guerreros inmortales,  
Fuertes columnas de la patria amada:  
¡Escribid de la historia en los anales  
Nuestra carta sagrada!...

Y vosotros, soldados valerosos;  
No permitais que en el feroz Oriente  
Coloque el extranjero férrea planta.  
Y el día que los déspotas lo insulten,  
Bajo la espada que al servil espanta  
Los tronos y sus siervos se sepulten!  
Y antes que el cetro del tirano fiero  
Otra vez nos oprima,  
Descendamos gustosos al abismo  
Y sobre las cenizas del guerrero  
El mismo cielo nuestra muerte gima!

ADOLFO BERRO (1)

### EL ESCLAVO.

De luna que espira la luz macilenta  
Las vías aclara del ancha ciudad:  
Silencio, do quiera, la noche sustenta,  
Y al sueño se libran virtud y maldad.

En tanto á la puérta de humana morada  
Un hombre infelice se mira llorar;  
Sus ojos que brillan en faz atezada  
Parecen del cielo justicia implorar.

¡Ay misero, exclama, con flébil acento,  
De aquel á quien roba destino fatal  
Amigos y deudos, en solo un momento,  
Y lejos arroja del suelo natal!

Sus lágrimas corrien ardientes, en vano,  
Y en vano con ellas procura mover,  
Que el blanco no mira con ojos de hermano  
Al triste á quien negro le cupo nacer.

(1) ADOLFO BERRO nació en Montevideo el 11 de Agosto de 1819. Cursó jurisprudencia é hizo su práctica al lado de Florencio Varela, cuya amistad sin duda decidió la vocación del poeta. Su nombre, que ha quedado estrechamente vinculado á la histo-

Nada queda á mi existencia,  
Arrojada con violencia  
A esta tierra de dolor.  
El recuerdo me devora,  
Que me dice á toda hora  
Soy esclavo y fui señor.

Como sigue al condenado  
Del verdugo ensangrentado  
Fiera imagen ideal,  
Que acrecienta los tormentos  
De sus últimos momentos  
En la vida terrenal.

\*\*\*  
Así acosa al africano  
El aspecto del tirano  
Que cautivo le llamó,  
Y que injusto le condena  
A arrastrar servil cadena  
De que el cielo le eximió.

¡Pobre negro! Tus pesares  
Se redoblan á millares  
En la torpe esclavitud!  
Que tu bárbaro destino  
Es llorar y de contino  
Ver abierto el ataúd.

\*\*\*  
¡Por qué un alma noble me dieras, oh Cielo!  
Si liga coyunda mi fuerte cerviz,  
Si miro do quiera mil rostros de hielo  
Y escucho palabras de muerte, ¡infeliz!

Iguales nos hizo la mano invisible  
Del Dios sempiterno de paz y de amor,  
Y en todos la llama prendió inextinguible,  
Destello sublime del alma Señor.

En nave soberbia al Africa ardiente  
El blanco codicia levára y maldad  
Cautivo el inerme condujo insolente  
Violando las leyes de santa igualdad.

Hundirle en sus aguas al mar no le plugo  
Que senda espaciosa tranquilas le dan,  
Y al negro condenan á bárbaro yugo,  
A vida infecunda de misero afan.

\*\*\*  
Escucha la plegaria  
¡Oh padre de natura!  
Que en llanto y amargura  
Eleva el alma á ti.  
Destroza con tu soplo,  
Que abate las naciones,  
Las bárbaras prisiones  
Del hombre de color.

Celebran tu justicia  
En coros reverentes,  
Mil pueblos diferentes  
Del Sur al Setentrion.  
¡Y sólo tus miradas  
No alcanza al africano?  
¡Le apartas de tu mano  
Le libras al dolor!

ria literaria del país, representa la tradición de toda una época. Sin embargo su gloria no está en lo que ha sido, sino en lo que hubiera podido ser. Sus composiciones tiernas y melancólicas, inspiradas en el incoloro romanticismo de principio del siglo, son frutos de una sensibilidad exquisita. No hay en ellas arranques épicos ni gritos inspirados; un sentimentalismo sereno y dulce guía al poeta. Pero en todos sus versos hay una suma de candor y sinceridad que los hace adorables. Poco tiempo antes de morir reunió sus composiciones en un volumen titulado *versos*. Su temprana muerte produjo verdadero duelo. Falleció en 1841, á los 22 años. Sobre su tumba Juan Carlos Gómez se reveló recitando unos hermosos versos. La juventud de la época erigió un monumento en la necrópolis al poeta. Su lema dice: «A la memoria de Adolfo Berro. La juventud de su patria. — Año 1841. — R. I. P.»

Las artes y la ciencia  
Fecundan la lumbreira  
Con que en la senda del saber camina  
El hombre pensador; y la experiencia  
Muestra la perspectiva lisonjera  
Que á la pingüe fortuna determina

¡Ciudadanos! Guerreros inmortales,  
Fuertes columnas de la patria amada:  
¡Escribid de la historia en los anales  
Nuestra carta sagrada!...

Y vosotros, soldados valerosos;  
No permitais que en el feroz Oriente  
Coloque el extranjero férrea planta.  
Y el día que los déspotas lo insulten,  
Bajo la espada que al servil espanta  
Los tronos y sus siervos se sepulten!  
Y antes que el cetro del tirano fiero  
Otra vez nos oprima,  
Descendamos gustosos al abismo  
Y sobre las cenizas del guerrero  
El mismo cielo nuestra muerte gima!

ADOLFO BERRO (1)

### EL ESCLAVO.

De luna que espira la luz macilenta  
Las vías aclara del ancha ciudad:  
Silencio, do quiera, la noche sustenta,  
Y al sueño se libran virtud y maldad.

En tanto á la puérta de humana morada  
Un hombre infelice se mira llorar;  
Sus ojos que brillan en faz atezada  
Parecen del cielo justicia implorar.

¡Ay misero, exclama, con flébil acento,  
De aquel á quien roba destino fatal  
Amigos y deudos, en solo un momento,  
Y lejos arroja del suelo natal!

Sus lágrimas corrien ardientes, en vano,  
Y en vano con ellas procura mover,  
Que el blanco no mira con ojos de hermano  
Al triste á quien negro le cupo nacer.

(1) ADOLFO BERRO nació en Montevideo el 11 de Agosto de 1819. Cursó jurisprudencia é hizo su práctica al lado de Florencio Varela, cuya amistad sin duda decidió la vocación del poeta. Su nombre, que ha quedado estrechamente vinculado á la histo-

Nada queda á mi existencia,  
Arrojada con violencia  
A esta tierra de dolor.  
El recuerdo me devora,  
Que me dice á toda hora  
Soy esclavo y fui señor.

Como sigue al condenado  
Del verdugo ensangrentado  
Fiera imagen ideal,  
Que acrecienta los tormentos  
De sus últimos momentos  
En la vida terrenal.

\*\*\*  
Así acosa al africano  
El aspecto del tirano  
Que cautivo le llamó,  
Y que injusto le condena  
A arrastrar servil cadena  
De que el cielo le eximió.

¡Pobre negro! Tus pesares  
Se redoblan á millares  
En la torpe esclavitud!  
Que tu bárbaro destino  
Es llorar y de contino  
Ver abierto el ataud.

\*\*\*  
¡Por qué un alma noble me dieras, oh Cielo!  
Si liga coyunda mi fuerte cerviz,  
Si miro do quiera mil rostros de hielo  
Y escucho palabras de muerte, ¡infeliz!

Iguales nos hizo la mano invisible  
Del Dios sempiterno de paz y de amor,  
Y en todos la llama prendió inextinguible,  
Destello sublime del alma Señor.

En nave soberbia al Africa ardiente  
El blanco codicia levára y maldad  
Cautivo el inerme condujo insolente  
Violando las leyes de santa igualdad.

Hundirle en sus aguas al mar no le plugo  
Que senda espaciosa tranquilas le dan,  
Y al negro condenan á bárbaro yugo,  
A vida infecunda de misero afan.

\*\*\*  
Escucha la plegaria  
¡Oh padre de natura!  
Que en llanto y amargura  
Eleva el alma á ti.  
Destroza con tu soplo,  
Que abate las naciones,  
Las bárbaras prisiones  
Del hombre de color.

Celebran tu justicia  
En coros reverentes,  
Mil pueblos diferentes  
Del Sur al Setentrion.  
¡Y sólo tus miradas  
No alcanza al africano?  
¡Le apartas de tu mano  
Le libras al dolor!

ria literaria del país, representa la tradición de toda una época. Sin embargo su gloria no está en lo que ha sido, sino en lo que hubiera podido ser. Sus composiciones tiernas y melancólicas, inspiradas en el incoloro romanticismo de principio del siglo, son frutos de una sensibilidad exquisita. No hay en ellas arranques épicos ni gritos inspirados; un sentimentalismo sereno y dulce guía al poeta. Pero en todos sus versos hay una suma de candor y sinceridad que los hace adorables. Poco tiempo antes de morir reunió sus composiciones en un volumen titulado *versos*. Su temprana muerte produjo verdadero duelo. Falleció en 1841, á los 22 años. Sobre su tumba Juan Carlos Gómez se reveló recitando unos hermosos versos. La juventud de la época erigió un monumento en la necrópolis al poeta. Su lema dice: «A la memoria de Adolfo Berro. La juventud de su patria. — Año 1841. — R. I. P.»

Reservas al que ofende  
La vida de tu hechura,  
Tras larga desventura  
La muerte de Caín:  
Y al blanco que en crueza  
Excede al tigre fiero,  
¿Tu rayo justiciero,  
Señor, no alcanzará?

Eseucha la plegaria  
¡Oh padre de natura!  
Que en llanto y amargura  
Eleve el alma á tí.  
Destroza con tu soplo,  
Que abate las naciones,  
Las bárbaras prisiones  
Del hombre de color.

### EL AZAHAR.

Flor sencilla á cuya vida  
Breves horas marca el cielo,  
Para imagen en el suelo  
Del contento mundanal.  
Es tu aroma regalado,  
A mi espíritu doliente  
Cual de virgen inocente  
El cercano respirar.

Tiernas hojas nacaradas  
Te dió grata la natura,  
Y á tu caliz la amargura  
De las hieles del amor.  
En su negra cabellera  
La hermosura te ensortija,  
O tu trono alegre fija  
En sus labios de rubí.

En tí encuentra blando alivio  
El ausente que padece,  
Tu belleza se le ofrece  
La que su alma cautivó.  
Y mirándote arrobado  
Mil recuerdos en su mente  
Se despiertan blandamente:  
¡Mil recuerdos de placer!

¡Cuántas veces mis temores  
Flor querida, disipaste!  
¡Cuántas veces mitigaste  
De mi amada la esquivéz!  
Hoy de nuevo la esperanza  
En tí el alma deposita,  
¡La esperanza! que marchita  
Veré luego con la flor.

### LA RAMERA.

I.

Tierna mujer que la lozana frente  
Graciosa eleva de carmín teñida,  
Suelto el cabello que feliz descende  
Al albo seno do el placer se anida.

En danza alegre, sobre alfombra roja  
El pié lijero, como el aura, mueve;  
Gota luciente sus mejillas moja,  
Que blanco fino en el instante bebe.

Mil lazos forman en voluble juego  
Sus altos brazos con primor velados,  
Mientras ardiendo en revoltoso fuego  
Los ojos giran, por amor formados.

Cual vaga nube que sus alas tiende  
Sobre las aguas á la luz primera,  
Vuela la veste, que en el talle prende  
Con jalde broche, de gentil manera.

Imagen de los seres que la mente  
Del poeta adormido vé en la esfera,  
¿Quién eres, di, mujer resplandeciente?  
¿Un ángel? no ¡gran Dios! una ramera.

II.

¡Ramera! nombre execrado  
Que nacido en la torpeza,  
Es baldón de la belleza  
Que le lleva por el mal.

Nombre de halago y misterio,  
De perdición y ventura,  
Que muere en la desventura  
Como el arista en el mar.

¿Y tú le llevas, hermosa,  
Sin confusión y sin pena,  
Riendo de ese anatema  
Que la sociedad te echó?

¿No lloras, mujer, no lloras  
Cuando pasando altanera,  
La esposa dice « ¡Ramera! »  
Trémulo el labio de horror?

¿No lloras, cuando á tu rostro,  
Do nieve y rosa atesoras,  
Ves qual marchitan las horas  
Que pasas en embriaguez?

¿No tiembles cuando procuras  
Rasgar el espeso velo  
Del porvenir, y tu anhelo  
Desprecios, miseria vé?

¡Terrible, cierto, es en medio  
De la festiva velada,  
Oír esa voz helada  
Que marca el tiempo que fué:

Terrible tras danza loca  
Dormir en lecho de amores,  
Y despertar en dolores,  
En la horfandad y vejez!

¿Y ríes, y herido el suelo  
Bajo tu planta retumba,  
Ramera, mientras derrumba  
Su carro el tiempo veloz?

En vano hermosa te ostentas,  
En vano en gozo te bañas,  
Que abrigan hiel tus entrañas,  
Veneno tu corazón.

¡Ay! ese cuerpo elegante  
Que adornas con tanto anhelo,  
Pronto despojo del suelo,  
Será un objeto de horror;

Y en infernales orgías  
Tu cráneo hueco y maldito,  
Capa será del precito  
Do beba negro licor

III.

Deja, loca mujer, la danza impura;  
Arroja tanta gala mundanal,  
Y en vez de la brillante vestidura  
Toma de penitencia ancho sayal.

Desecha los deseos que se abrigan  
En tu seno, que vela ya el pudor;  
Rompe esos torpes lazos que te ligan  
Cual parásita hiedra á tierna flor.

Elévense tus preces ejemplares  
Al Dios que « la luz sea », dijo, y fué:  
Arrojate á los piés de sus altares,  
Y exclama en mar de llanto « ¡yo pequé! »

Vuela, que un solo instante de tardanza  
Las sendas de salud te cerrará;  
Y do buscaba aliento tu esperanza  
Reprobación eterna encontrará!

## EL RUEGO DE UNA MADRE.

En bóveda estrecha  
De negra capilla,  
Al pié de la esposa  
De Dios sin mancilla,  
Mujer enlutada  
Se mira postrada  
De hinojos orar.

Virgen, dice, lacrimosa,  
De Dios padre tan querida,  
Por la sangre que vertida  
Los humanos rescató,  
Vuelve á mí tus dulces ojos  
Ten piedad de quien te implora,  
Que la culpa roedora  
Me consume sin cesar.

¡Yo pequé! Bebí en la copa  
Rebosada de impureza,  
Con que brinda á la belleza  
La maldita corrupción.  
Hubo un hombre que en mis labios  
Derramó infernal veneno;  
Yo le abrí mi incauto seno  
Y él... ya madre me dejó.

Mil desprecios me aguardaban  
En un mundo sin clemencia,  
Que seduce á la inocencia  
Y se burla de su afán:  
Un horrible pensamiento  
Brilló entonces en mi mente;  
Yo dí á luz un inocente,  
Y á este templo le arrojé!

Jamás negaste tu amparo  
A la inocencia que llora  
¡Ay! tú lo puedes, señora,  
Alivia tú su dolor. *Romeo.*

¡Hijo mío! El seco labio  
Te dió aquí el adiós postrero;  
Un quejido lastimero  
De tu boca se exhaló.  
¡Ah perdón! de entonces siempre  
Resonando está en mi oído  
Ese lúgubre gemido  
Que me acuerda mi maldad.

¿Te dió amparo algún cristiano?  
¿Vives, hijo, acá en la tierra?  
O tal vez — ¡gran Dios! — te encier-  
ra  
¡El abismo del no ser!  
¿No me ves, hijo del alma,  
No me ves aquí humillada,  
A la virgen adorada  
Que me absuelva, demandar?

Torpe madre, impresas llevo  
Del delito las señales;  
Me desprecian los mortales  
Y me aguarda el ataud.  
¡Ah! morir sin esperanza  
De abrazarte en ese cielo  
De do acaso el desconsuelo  
De tu madre viendo estás!

¡Imposible! que me abrumen  
En el mundo los pesares,  
Que se aumenten á millares...  
Soy indigna de perdón.  
Mas ¡oh virgen! un instante  
Vuelve á mí tu rostro pío,  
Logre ver al hijo mío,  
Santa madre de Jesús.

## CANTO DE LA PROSTITUTA.

Jazmines albos y purpúreas rosas  
Adornen hoy mi peregrina sien;  
Baje el cabello destrenzado al seno  
Que, mal velado, palpitando esté.

Inquietas brillen las pupilas negras  
Como agitadas por intenso ardor,  
Y en torno al lecho, do la frente pose,  
Incienso ardan de embriagante olor.

Venid, doncellas de rubor teñidas,  
Esposas fieles, que bendijo Dios,  
Venid — testigos de su dicha quiere  
La vil ramera que os inspira horror.

Venid — Arturo, el de los labios rojos,  
De las palabras con sabor de miel,  
El prometido de la hermosa Elvira,  
Que mil de veces la juró ser fiel;

Hoy en mis brazos buscará el delirio  
Que no consigue vuestro amor causar,  
Que no se encuentra en vuestros besos tibios,  
Ni en vuestro rostro se pintó jamás.

También Eduardo, de Lucía esposo,  
En mis halagos buscará el placer,  
Y reclinado en mis desnudos hombros,  
Verá las horas, sin afán correr.

¡Con cuánto gozo beberé su aliento  
Para templar esta insaciable sed,  
Que los desprecios de la amante esposa  
En mi alma hicieron, por su mal, nacer!

Ella, la vana! que al pasar volvía  
Para no verme la encendida faz,  
Cual si temiera que mi vista ardiente  
Le arrebatara su envidiable paz:

Y recogía los flotantes pliegues  
De su vestido, como el cielo azul,  
Porque la brisa, revolando inquieta,  
No le rozara con mi leve tul.

Pensaba, acaso, que su dicha eterna,  
Sería siempre como el mismo Sol,  
¡Y un solo instante se abrigó en su seno,  
Como el perfume en la cortada flor!

Tal vez, en tanto que su ingrato esposo  
Raudales de oro verterá á mis piés,  
Y con guirnaldas ceñirá mi frente  
Para besarla con ardor después;

Sola, anegada en perdurable llanto,  
Ella los ojos tornará al Señor,  
Sustento pobre demandando, en vano,  
Para los frutos de su triste amor!

Venid, doncellas de rubor teñidas,  
Esposas fieles, que bendijo Dios,  
Venid — testigos de su dicha quiere  
La vil ramera que os inspira horror.

## DOLOR.

En los primeros años de la vida  
Cuando el mundo nos brinda con su amor,  
La sonrisa del tedio está en mis labios,  
En mi pecho el veneno del dolor.

La copa donde rápidos placeres  
Dióme un día á beber la sociedad,  
Está exhausta á mis ojos, que anegados,  
Del cielo en vano imploran la piedad.

Locuras de las horas que pasaron  
Atribulan mi pobre corazón,  
Y el negro pensamiento de la muerte,  
Detiene el vuelo audaz de la razón.

¡Morir, cuando en redor todo respira,  
Cuando todo sonríe en el solaz,  
Sin que un ángel de gracia en la agonía  
Me dé pasando el ósculo de paz!

¡Morir, sin que entre el polvo los tiranos  
Haya visto en el mundo de Colón,  
Demandando al eterno en mis plegarias  
Para los abatidos el perdón!

¡Morir, cuando se agita el orbe entero  
En pos de esa deseada libertad,  
Sin que pueda el camino, arrebatado,  
Mostrar á la obcecada humanidad!

¡Y dejar en el suelo por memoria  
El recuerdo fugaz de un ataúd,  
Con los trancos acentos arrancados  
En horas tribuladas al laud!

¡Ay! yo pensé que acaso ablandarían  
Las lágrimas vertidas al Señor,  
Y que al dar á mis labios sed de canto  
Era signo primero de su amor.

Ensueños de ventura tuve entonces  
Como los de la esposa juvenil,  
Que el deseado hijuelo en sus entrañas  
Por la primera vez siente latir.

Mas se apagó en naciendo mi esperanza  
Cual en la noche roja exhalación...  
Y las hondas ideas de la tumba  
De nuevo han inundado la razón.

### LA VIRGEN BANÁNDOSE.

Non creo las rosas  
De la primavera  
Sean más hermosas.  
*Sanitillana.*

Sobre la playa extendida  
El mar sus ondas desliza,  
Y en la arena movediza  
Templa el ímpetu fugaz.

Riela en las verdes aguas  
Del sol la luz placentera:  
Cruza en tanto la ribera  
Doncella de blanca tez.

No es más hermosa en el Cielo  
De amor la fúlgida estrella:  
No el azahar que descuella  
En el florido jardín.

Sueltos los cabellos viene,  
Desnudo el pie torneado,  
Y el albo cuerpo velado  
En rozagante cendal.

Sin duda quiere en las aguas  
Templar el ardor de Enero,  
Por eso al rayo primero  
Dejara el paterno hogar.

Llega á la orilla y se pára,  
Que frío el líquido siente;  
Córtale luego impaciente  
Como veloce alción.

Mirábala yo embebido  
Perderse en alegre juego,  
Y sobre las aguas luego  
Húmedo el cuello mostrar.

— Dichoso el mortal, la dije,  
Que amor encuentre en tus ojos;  
Disiparás sus enojos,  
Como las nieblas el sol.

Vivir en la tierra ingrata  
De un ángel de paz al lado,  
Para en su seno arrullado,  
Dormir exento de afán:

Beber el hálito suave  
Que exhala inocente boca,  
Cuando el halago provoca  
Con sus palabras de amor:

Mirar el rostro sereno  
Contino de la hermosura  
Que á ser del hombre ventura,  
Predestinada nació:

El porvenir es, sin duda,  
Que aguarda, niña hechicera,  
A quien la diestra sincera  
De virgen esposa dés.

Mas ¡ay! que si á lazos profanos  
Sujetas el débil cuello,  
Verás cual vano destello,  
Nacer la dicha y morir.

Que amarga pena se abriga  
Por siempre, niña, en el pecho,  
Si cae una vez deshecho  
Muro que alzara el pudor.

Huye del hombre engañoso  
Las seductoras miradas,  
Que van en ellas mezcladas  
Venturas y perdición.

Así la rosa, que aromas  
Esparce en el prado ameno,  
Perece si el tierno seno  
Hieren los rayos del sol.

Deja las aguas, incauta,  
Vuelve á tu pobre morada,  
Y allí, del mundo olvidada,  
Amor y dicha hallarás.

Crece en el bosque sombrío  
La ruborosa violeta,  
Y nunca mano indiscreta  
La roba al suelo feliz.

JUAN CARLOS GÓMEZ (1)

### ¿TE ASUSTA MI EXISTENCIA?

¿Te asusta mi existencia, el mar en que navego,  
la tempestad continua que asalta mi bajel,  
y por mi vida elevas desconsolado ruego,  
perdida la esperanza de que me salve en él?...

No temas, tierna amiga; dentro del pecho siento  
el corazón más fuerte, más alto que ese mar;  
aunque la barca es frágil, la vela ciño al viento  
y en el timón batido firme la mano va.

Si el huracán arrecia y aligerar el leño  
es fuerza á cada instante para poder bogar,  
iré arrojando al piélago, ya una ambición, ya un sueño,  
una afección querida, una esperanza más.

(1) El doctor JUAN CARLOS GÓMEZ nació en Montevideo en 1820; él mismo lo ha dicho, «nací en la época de las montoneras y las independencias» Fué un producto genuino de la democracia americana. Eterno peregrino de la libertad, su vida es una larga cadena de desventuras; proscrito desde su juventud, arrastró á través de tierras extrañas sus tristezas y sus sueños, dejando en todos los sitios en que posó la planta, el recuerdo de su melancolía incurable. Era una alma enferma, sufría

Locuras de las horas que pasaron  
Atribulan mi pobre corazón,  
Y el negro pensamiento de la muerte,  
Detiene el vuelo audaz de la razón.

¡Morir, cuando en redor todo respira,  
Cuando todo sonríe en el solaz,  
Sin que un ángel de gracia en la agonía  
Me dé pasando el ósculo de paz!

¡Morir, sin que entre el polvo los tiranos  
Haya visto en el mundo de Colón,  
Demandando al eterno en mis plegarias  
Para los abatidos el perdón!

¡Morir, cuando se agita el orbe entero  
En pos de esa deseada libertad,  
Sin que pueda el camino, arrebatado,  
Mostrar á la obcecada humanidad!

¡Y dejar en el suelo por memoria  
El recuerdo fugaz de un ataúd,  
Con los trancos acentos arrancados  
En horas tribuladas al laud!

¡Ay! yo pensé que acaso ablandarían  
Las lágrimas vertidas al Señor,  
Y que al dar á mis labios sed de canto  
Era signo primero de su amor.

Ensueños de ventura tuve entonces  
Como los de la esposa juvenil,  
Que el deseado hijuelo en sus entrañas  
Por la primera vez siente latir.

Mas se apagó en naciendo mi esperanza  
Cual en la noche roja exhalación....  
Y las hondas ideas de la tumba  
De nuevo han inundado la razón.

### LA VIRGEN BANÁNDOSE.

Non creo las rosas  
De la primavera  
Sean más hermosas.  
*Sanitllana.*

Sobre la playa extendida  
El mar sus ondas desliza,  
Y en la arena movediza  
Templa el ímpetu fugaz.

Riela en las verdes aguas  
Del sol la luz placentera:  
Cruza en tanto la ribera  
Doncella de blanca tez.

No es más hermosa en el Cielo  
De amor la fúlgida estrella:  
No el azahar que descuella  
En el florido jardín.

Sueltos los cabellos viene,  
Desnudo el pie torneado,  
Y el albo cuerpo velado  
En rozagante cendal.

Sin duda quiere en las aguas  
Templar el ardor de Enero,  
Por eso al rayo primero  
Dejara el paterno hogar.

Llega á la orilla y se pára,  
Que frío el líquido siente;  
Córtale luego impaciente  
Como veloce alción.

Mirábala yo embebido  
Perderse en alegre juego,  
Y sobre las aguas luego  
Húmedo el cuello mostrar.

— Dichoso el mortal, la dije,  
Que amor encuentre en tus ojos;  
Disiparás sus enojos,  
Como las nieblas el sol.

Vivir en la tierra ingrata  
De un ángel de paz al lado,  
Para en su seno arrullado,  
Dormir exento de afán:

Beber el hálito suave  
Que exhala inocente boca,  
Cuando el halago provoca  
Con sus palabras de amor:

Mirar el rostro sereno  
Contino de la hermosura  
Que á ser del hombre ventura,  
Predestinada nació:

El porvenir es, sin duda,  
Que aguarda, niña hechicera,  
A quien la diestra sincera  
De virgen esposa dés.

Mas ¡ay! que si á lazos profanos  
Sujetas el débil cuello,  
Verás cual vano destello,  
Nacer la dicha y morir.

Que amarga pena se abriga  
Por siempre, niña, en el pecho,  
Si cae una vez deshecho  
Muro que alzara el pudor.

Huye del hombre engañoso  
Las seductoras miradas,  
Que van en ellas mezcladas  
Venturas y perdición.

Así la rosa, que aromas  
Esparce en el prado ameno,  
Perece si el tierno seno  
Hieren los rayos del sol.

Deja las aguas, incauta,  
Vuelve á tu pobre morada,  
Y allí, del mundo olvidada,  
Amor y dicha hallarás.

Crece en el bosque sombrío  
La ruborosa violeta,  
Y nunca mano indiscreta  
La roba al suelo feliz.

JUAN CARLOS GÓMEZ (1)

### ¿TE ASUSTA MI EXISTENCIA?

¿Te asusta mi existencia, el mar en que navego,  
la tempestad continua que asalta mi bajel,  
y por mi vida elevas desconsolado ruego,  
perdida la esperanza de que me salve en él?...

No temas, tierna amiga; dentro del pecho siento  
el corazón más fuerte, más alto que ese mar;  
aunque la barca es frágil, la vela ciño al viento  
y en el timón batido firme la mano va.

Si el huracán arrecia y aligerar el leño  
es fuerza á cada instante para poder bogar,  
iré arrojando al piélago, ya una ambición, ya un sueño,  
una afección querida, una esperanza más.

(1) El doctor JUAN CARLOS GÓMEZ nació en Montevideo en 1820; él mismo lo ha dicho, «nací en la época de las montoneras y las independencias» Fué un producto genuino de la democracia americana. Eterno peregrino de la libertad, su vida es una larga cadena de desventuras; proscrito desde su juventud, arrastró á través de tierras extrañas sus tristezas y sus sueños, dejando en todos los sitios en que posó la planta, el recuerdo de su melancolía incurable. Era una alma enferma, sufría

Y he de llegar al puerto, he de pisar la orilla,  
al templo de la patria he de llevar honor.  
¿Qué importa que en la playa deje la rota quilla,  
si pongo en sus altares la vela y el timón?

Á.....

No, tu no curas mi mortal tristeza  
Aunque sea tu bálsamo el mejor,  
Y ángel reclines la gentil cabeza  
Sobre la almohada, tú, de mi dolor.

Dame tu calma, dame tu inocencia;  
Dame tu bella, inquebrantable fé:  
Quitame duda, quitame experiencia,  
Quitame, sí, tanto del mal que sé.

Siempre correr, siempre sondar el mundo,  
¿No he de saber el fondo de ese mar?  
En una inmensidad de lodo inmundo  
Suele una perla el marinero hallar.

¡Ay del que nace en tiempos sin bonanza  
Y navegando entre borrascas mil,  
Forzado á echarle su ancla de esperanza,  
La pierde pronto en ese fango vil!

Perla del mar, que en nácar escondida  
Otro dichoso en su camino halló,  
¡Ah! por qué tanto te busqué en la vida,  
Tu precio sé, como ninguno, yo!

#### Á LA ESPERANZA.

Encantadora maga que del terrestre yermo  
Puedes hacer morada de celestial Edén,  
Ven á la cabecera del lecho de un enfermo,  
Que necesita el bálsamo de tus halagos, ven!

Derrama á manos llenas los dulces embelesos,  
Las perspectivas abre de la felicidad,  
Mi espíritu adormece con voluptuosos besos,  
Vuelve á encender la hoguera de la primera edad.

de nostalgias indecibles; llevaba en la frente el sello indeleble de su destino adverso. Era talvez el único que quedaba de aquellos hombres formados al calor de la literatura del año 30, y amamantados en las ideas de la Revolución de 1789. Periodista, tribuno, diputado, ministro, todo lo fué de paso; nunca pudo detenerse á reposar, nuevo Asveherus llevado por fuerza oculta á través de la vida. Fué el poeta más grande de su generación, y nadie le ha aventajado en la intensidad del sentimiento y en la sincera emoción de sus versos. Su romanticismo hondo y subjetivo, dió la pauta á la poesía de su época. Murió en Buenos Aires el 25 de mayo de 1884. La muerte del viejo poeta enlutó el altar de la patria; todos sus hijos fueron á depositar su recuerdo sobre la tumba del romántico proscripto, pero la posteridad ha sido ingrata. Sus restos reposan aún en el extranjero.

Suelta en la blanca espalda la negra cabellera,  
Desprende el casto broche del talle seductor.  
¡Hechízame!... la vida huye de mí, lijera,  
Y de la eterna noche siento el glacial pavor.

Pero la tierna lágrima de la melancolía  
Empaña de tus ojos la clara brillantez.  
¿Es una despedida? ¿Me anuncias otro día  
En que mi umbral no salve tu delicado pié?

Si vas á abandonarme, huri de la esperanza,  
Ven, al partir reclínate sobre mi corazón;  
Ven, al sediento labio tu copa de oro alcanza,  
Dame tu postrer gota en tu postrer adiós!

Embriaga mis sentidos en un placer supremo,  
Inunda el alma en júbilo de un inmortal amor;  
Venga la muerte entonces, venga en tu abrazo extremo,  
Y de tus brazos, mi hada, caiga en la tumba yo!

#### DESCONSUELO.

Vas á cruzar el Plata, cuando veas  
En el confín azul del horizonte  
La cabeza de un monte  
Levantarse del mar;  
Al rebosar de júbilo tu alma  
Ante el nativo suelo,  
Juzga si es desconsuelo  
Vivir sin patria en emprestado hogar!

#### Á LA ESPOSA DE MI HERMANO.

¡Adiós hermana, adiós! Tiendo la vela  
Otra vez á la mar embravecida;  
No deben las tormentas de mi vida,  
Azotar las paredes de tu hogar;  
Postrado de tristeza y de fatiga,  
Quise buscar en la familia asilo;  
Y sólo vine de tu hogar tranquilo  
A perturbar la sosegada paz!

¡Vuelvo, hermana, á la mar! Dios no lo quiere,  
Me niega un día de descanso, un día!  
Fuerza es seguir la dolorosa vía,  
A mi Calvario con la cruz llegar!  
Deja cumplir la voluntad del cielo;  
Vuelve á tus hijos y á tu padre anciano  
¿Oyes bramar furioso el oceano?  
Está impaciente porque tardo ya!

Cierra la puerta de tu hogar que á abrirme  
Te apresuraste generosa; cierra....  
Ya bendije á tus hijos,... en la tierra  
No sé si podré verlos otra vez!

Enséñales á amarme, y mi memoria  
 Guarde también tu corazón de madre,  
 Que el mismo seno que nutrió á su padre,  
 Me dió esta vida que tan triste ves!

### EL TIEMPO.

Témate, ¡oh tiempo! viajador amigo,  
 Quien no tiene memorias, quien no espera.  
 Apresura tu rápida carrera:  
 Aunque tú haces morir, yo te bendigo.

Te llevas en cada hora una tristeza,  
 Traes en cada minuto una esperanza,  
 A cada nuevo sol, en lontananza,  
 Una ilusión del porvenir empieza.

Si destroza tu mano bienhechora,  
 Su destrucción consagra, y en la puerta  
 De una mansión por el amor desierta,  
 El serafín de los recuerdos llora.

Tuya es la religión del sentimiento,  
 Que para siempre el corazón conserva  
 Una huella de un pié sobre la yerba,  
 El timbre de una voz hiriendo el viento.

Tuyo es el musgo que á la ruina viste,  
 La flor nacida en la muralla rota,  
 La yedra fiel que junto al tronco brota,  
 El canto dulce y la sonrisa triste.

La poesía de tu mano asida,  
 Va por la tierra consolando el duelo,  
 Hada gentil, que en su misión del cielo,  
 Rasga el cendal para vendar la herida.

¡Tiempo amigo del bien! el alma llena  
 De un paraíso, en sus melancolías  
 Tu le presentas los soñados días  
 Del horizonte en la región serena.

¡Padre de la esperanza! con sus galas  
 Deja un momento que al dolor encante;  
 El Edén de la vida está delante:  
 Llévame al porvenir sobre tus alas.

### IDA Y VUELTA.

Hija del campo, la luna  
 Hace en su noche de plata  
 Vagar las melancolías  
 Como visiones de nácar;  
 Al unison de la noche  
 Templá la dulce guitarra,  
 Y cántame unas endechas  
 Que salgan tristes del alma!

Yo pasé aquí, cuando niña,  
 En estos sitios jugabas,  
 Lijera como la brisa,  
 Risueña como la infancia;  
 La primavera de flores  
 Todo el camino alfombraba,  
 Acariciando mi frente  
 Ebrias de aromas sus auras.

El pobre hogar de mis padres  
 Dejando solo á la espalda,  
 Iba á pasear por el mundo  
 Mis pesadumbres sin causa.

Aquí te encuentro de vuelta,  
 Cual genio de esta morada,  
 No ya como antes risueña,  
 Sí como nunca gallarda;  
 Y miro tus pensamientos,  
 En tus inquietas miradas,  
 Volar hasta el horizonte

De algún suspiro en las alas.  
 Después de tantos inviernos  
 Nada ha cambiado aquí, nada,  
 Verde está el campo, y el Cielo  
 Como hoy entonces brillaba;  
 Porqué te encuentro más triste  
 Y voy más triste á la patria?...

Hija gentil del desierto  
 Pulsa la tierna guitarra,  
 Y en sus cadencias el viento  
 Lleve el dolor de dos almas.

### RUEGA.

(Á MI HERMANA).

Virgen eristiana, póstrate  
 Ante el altar y llora:  
 Para tu hermano en lágrimas,  
 Del corazón implora  
 Del mártir de los mártires  
 Resignación y fé.  
 Una esperanza pídele  
 Para tu tierna vida,  
 Bella de santos éxtasis,  
 Que no lloró perdida  
 La calma de la infancia,  
 Ni devoró una sed.

Ayer no más dos éramos  
 En una simpatía:  
 El ruego de mi labio  
 Tu labio repetía,  
 Y en un acorde unisono  
 Volaban al Señor.  
 Después... llegará el término  
 De la tormenta ruda:  
 En la plegaria unámonos  
 Durante nos sacuda,  
 Como dos gotas de agua  
 Se unen en una flor.

### REMINISCENCIA.

Por qué posó en mis ojos tu mirada  
 Quemando de pasión en mi agonía?  
 Por qué si una existencia afortunada  
 Derramar en tu pecho no debía?

Otra era tu esperanza, tu destino:  
 Y de alegría y de hermosura llena,  
 ¡Por qué te plugo oír al peregrino  
 El monótono canto de su pena!

En vano me rodeaste de caricias:  
 Empapando mi vida en tu ventura,  
 Llenabas mi infortunio de delicias,  
 El vacío de un alma, de dulzura;

Pero de amor, jamás, siempre tu beso  
 Buscaba palpitante el labio mío;  
 Siempre la irradiación de tu embeleso  
 Pudo solo encender mi desvarío.

En pago á tanto bien como me diste,  
 Por tantas horas de inefable encanto,  
 Sólo te dejo una memoria triste,  
 Y me separo de tu amor sin llanto.

Yo amaba otra mujer. El tiempo rudo  
 Clavó en mi juventud su zarpa airada,  
 Desgarró el corazón, pero no pudo  
 La imagen arrancar allí estampada.

Yo amaba otra mujer. Mientras los días  
Amontonaban nieve en mi cabeza,  
El ángel de las dulces simpatías  
Abrigió en las alas su belleza.

Ella es la imagen que flotó indecisa  
De bienestar en la primera idea,  
En la edad en que el alma una sonrisa  
Sobre la entera creación pasea.

Quizás un rayo del vivir lejano  
Al pensamiento la alumbró del niño:  
Quizás errante al corazón temprano  
La trajo el ángel del primer cariño.

En él vivió de la inocencia núa,  
En él durmió, velada en mi sosiego,  
Hasta mostrarse en mi camino un día  
Para mirarla y conocerla luego.

Que aparecióse á mi cariño incierto  
Como memoria del Edén sentida,  
En las noches de luna del desierto  
Y en las blancas auroras de la vida.

Ella fué mi universo: la mañana  
Siempre en su dicha me encontró pensando;  
Siempre una estrella, misteriosa hermana,  
Tuvó en la noche para mi brillando.

Siempre un rayo de luz su frente clara,  
Siempre una sombra negra sus cabellos;  
Flor nacida en la tierra los manchara...  
Sólo la flor del aire enredé en ellos.

Yo ante sus pasos me lancé sin tino  
Tras de un albergue á su ilusión propicio,  
Yo trepé las montañas sin camino  
Por brindarle la flor del precipicio.

Luego por las orillas de los ríos  
Encaminamos nuestro paso á solas,  
Sus brazos enredados en los míos  
Eseucando el silencio de las olas.

Las aguas la espejaban seductora,  
Cantaban á sus pies en dulce arrullo,  
La besaban el pié como á Señora,  
Y su homenaje revelaba orgullo.

¡Ah! la paz de mis días fué y mi gracia,  
Mi fresca linfa, mi verdosa palma;  
Sus recuerdos de amor, en la desgracia  
Son el rico tesoro de mi alma.

¡Ah! ¿qué me has dado tú, tú que me adoras?  
¡Aparta, aparta! que está en mí su imagen;  
No dejaré acercar las tentadoras  
Ilusiones livianas que la ultrajen.

Ya todo el tiempo arrebató en su huida,  
Mi primavera ennublecíó serena,  
Déjame solo caminar la vida  
Rayando un nombre con el pié en la arena.

## ¿TE OLVIDARÁS DE MÍ?

Un presentimiento me dice  
que no le volveré á ver más.  
(Emilia).

¡Adiós! Y si es por siempre  
Adiós por siempre, Emilia!  
En este ingrato mundo  
Los goces breves son,  
Para el viajero errante  
Sin patria y sin familia,  
Donde abrigar del tiempo  
Su pobre corazón.  
Envuelto en las tormentas  
El pájaro del polo,  
Recorre infatigable  
La procelosa mar;  
Así sobre las ondas  
Acogojado y solo,  
Sin esperar descanso  
Me lleva el huracán.

En tan inquieta vida  
Hay sólo una dulzura:  
Pensar que á los que amamos  
Veremos otra vez;  
Y en esa ilusión bella  
La copa de amargura,  
Ha derramado entera  
Presentimiento cruel.  
Si es cierto, si está escrito  
Que bajo extraño cielo,  
Me cubrirá de olvido  
Polvo extrajero así;  
Privado de las lágrimas  
De la amistad en duelo,  
¡Ay! tú también, Emilia,  
Te olvidarás de mí?

## LA LIBERTAD.

I.

En las ardientes horas de juventud temprana  
Mi mente entusiasmada soñó la libertad:  
Envuelto en mis delirios espero la mañana  
Que alumbré al mundo todo de eterna claridad.

Acaso nunca, nunca tan suspirado día  
Veré yo pobre niño sobre mi sien lucir!  
Acaso nunca, nunca la tierna patria mía  
Los sueños realizados verá del porvenir!

¿Será que las pasiones en perdurable lucha  
Sus bellas esperanzas en flor agostarán?  
¿El Ser Omnipotente mis súplicas no escucha,  
O manda fecundante rodar el huracán?...

El giro seguí siempre de tu carrera inquieta  
Buscándote en los pueblos, querida libertad;  
Y atravesando siglos la mente del poeta  
Rasgó de lo pasado la densa oscuridad.

La mano de Dios mismo te colocó en las leyes  
Dictadas en la cumbre del alto Sinaí;  
Mas cuando en vez de jueces el pueblo pidió reyes,  
En vano yo te busco, tú ya no estás allí.

De Marathon los llanos, los campos de Platea  
Te vieron esplendente las filas recorrer;  
La Grecia se alzó tanto durante la pelea  
Que el peso de su nombre no pudo sostener.

Solón dió ciudadanos á la indolente Atenas;  
Solón les predicaba los dogmas de igualdad;  
Los pueblos sujetaban en tanto á sus cadenas:  
Solón no les decía también, humanidad.

Celosa de sí misma fulmina el ostracismo,  
La cárcel es el premio del hijo de Cimón,  
Ministra la cicuta su ciego fanatismo,  
Y quedan sin sepulcro los huesos de Foción.

Más lejos, en la orilla del silencioso Eurotas  
Esparta en tu ara pone su acero vencedor;  
Y gimen entre hierros los míseros Iotas,  
Los campos fecundando con llanto de dolor.

En ese hermoso suelo sembrado de memorias  
Corrió de las pasiones sangriento el huracán,  
Y en páginas de crimen, escritas con victorias,  
La libertad en vano los hombres buscarán.

Allá del ancho Tiber en la desierta orilla  
De Bruto te abre paso la punta del puñal;  
En su mirada altiva tu fuego santo brilla  
Detrás de las señales del duelo paternal.

Alzando la cabeza la poderosa Roma  
Doblada bajo el peso de la corona ayer,  
Invicta sobre el mundo sus águilas desploma,  
Y el mundo entero llora su bárbaro poder.

¡Y libres los romanos audaces se decían  
En tanto conquistaban esclavos para sí:  
En tanto que los Gracos valientes sucumbían  
Bajo el puñal patricio por invocarte allí!

Sentada sobre el mundo, brillante, jigantea,  
Ceñida de trofeos, el tiempo avasalló;  
Mas Roma sólo es grande durante la pelea,  
La libertad sus huellas en Roma no estampó.

De Griegos y Romanos los nombres nos quedaron  
Que abulta lo remoto de su existir talvez,  
Las sombras de los siglos su nada nos velaron,  
Su gloria por el prisma pasó de la niñez.

Oh libertad, en vano mi corazón te implora,  
Me esfuerzo en procurarte mis ojos no te ven!  
No, que ya miro leda resplandecer tu aurora  
Sobre el pajizo techo del mísero Belén.

Jesús para el martirio desde él sale triunfante:  
Sellando con su sangre la ley del Sinaí;  
Al hombre la presenta diciéndole adelante,  
*No harás lo que no quieras que hicieran para ti.*

Entonces se convierten los hombres en hermanos,  
Unidos por el lazo de santa religión:  
Entonces el destino descubre sus arcanos,  
Y empieza á realizarse mi espléndida ilusión.

Mas vano fué tu brillo, la Europa estaba ciega  
Y tu verdad suprema no pudo valorar...  
Si el homenaje, impía, de adoración te niega,  
Preciso es una Patria para nacer buscar.

## II.

América desploma sus ríos como mares,  
Las cumbres de sus montes se ocultan al mortal,  
Sus bosques están llenos de místicos cantares,  
Que acaso son los ecos del coro celestial.

América es sin duda la tierra prometida,  
América la virgen del universo es...  
¡Oh libertad, quién sabe si para darte vida  
La mano de Dios mismo no la formó después!

Al fin te he descubierto, ya contemplarte puedo.  
La imagen de mis horas ardientes de ilusión.  
Te anuncias á los hombres del Sinaí remedo  
Con la impotente pompa del fuego del cañón.

De Washington el brazo te clava en las orillas  
Que abraza el Misisipí, que besa el Delawar;  
Y entonces tan inmensa, con tanto fuego brillas,  
Que fuiste en las pirámides tu luz á reflejar.

Colérico sus olas subleva el ancho Plata,  
Y el grito que en sus aguas solemne resonó,  
De sus floridas playas por la extensión dilata,  
Y libres de sus playas naciones levantó!

En vano desplomaba soberbio sobre ellas  
Sus bélicas falanges el déspota Español:  
Quedaban de sus pasos para marcar las huellas  
En el camino nuevo que les mostraba un Sol.

Los hielos de los Andes cayeron á pedazos,  
Al reflejar en ellos su celestial pendón:  
Naciones al empuje nacieron de sus brazos,  
De la más bella gloria dignísimo padrón.

¡Ah! tú también estabas, valiente Patria mía,  
Siguiendo ese camino sin nombre, sin pendón,  
Tu sable, sin embargo, manchaba todavía  
La sangre de los hijos intrépidos de Albión!

Los ecos del desierto tus pasos repitieron,  
Tu brazo levantado mostrabas en Maypú,  
Los Andes á tus plantas sus moles dividieron,  
Y al pié del Chimborazo también estabas tú.

No importa si tu nombre no suena en la victoria,  
Bastante en la pelea, bastante se escuchó:  
No importa, que las páginas brillantes de tu gloria  
Del Sarandí se extienden hasta el Ituzaingó.

## III.

Silencio reina solo, tristísimo, profundo,  
En la distancia hermosa del mar al Uruguay;  
Al triunfo la agonía siguió del moribundo,  
Al viva del combate de servidumbre el ay!

No bien el horizonte vaticinó la aurora,  
Las nieblas amagaron de su claror el fin,  
Y reventó talando los campos destructora  
La guerra maldecida, la herencia de Caín.

Monarca advenedizo lanzóse poderoso  
Clavando en todas partes su lábaro triunfal;  
Yo vengo á dar, decía, felicidad, reposo,  
Vuestra miseria cubra mi túnica imperial.

Y revolvió su manto sobre la Patria mía  
Que débil y cansada sintió su pesadez...  
¡Imbécil, que pensaste que siempre dormiría!  
Los pueblos son esclavos durante la niñez.

¡Imbécil, que en herencia con despreciante orgullo  
Cual joya de familia legaste una Nación!  
¡Imbécil! ¡No sentiste eléctrico el murmullo  
Del libre que aprestaba la lanza y el bridón!

¡Pasad horas impías, abortos del destino!  
¡Pasad! no vengáis ora mi sien á oscurecer.  
¡Dejadme el rayo bello que rompe diamantino  
Las ominosas nieblas en el Oriente ver!

Dejadme ver del Plata la libertad brotando  
Como la diosa antigua, bellísima del mar!  
¡Dejadme ver los tronos atónitos rodando  
Cuándo al poner en tierra su pié, la hizo temblar!

El Plata levantaba sus olas tempestuosas;  
En débil navecilla la libertad se vé;  
Las preeces en silencio la siguen fervorosas,  
Camina por las aguas; no se hundirá, que hay fe.

Con victores el pueblo la aclama en la rivera,  
El brillo de los sables á su esplendente luz,  
Relámpagos semejan que cruzan en la esfera  
De tenebrosa noche, rompiendo su capuz.

Tiranos, detenéos, probad, probad la suerte,  
No pretendais cobardes sin batallar huir!  
La lucha de los pueblos es una lucha á muerte,  
La tiranía impugne no quedará á vivir.

Mirad! es un puñado, como decís, de escoria,  
Perque no traen dorados el casco y el corcel:  
Las armas de los libres se tiñen con la gloria  
En las sangrientas charcas de orillas de laurel.

*Del rol de las Naciones el Uruguay se borre:  
De vuestro Rey el día celebraréis así;  
¡Mirad qué hermoso campo, qué cristalino corre  
Para el solaz del triunfo, por él, el Sarandí.*

El sol nació... marchaban legiones y legiones,  
Con los ensueños ébrias de la victoria ya;  
Se vieron, y al combate lanzaron sus bridones....  
¡La hechura de tus manos protege Jehová!

Los libres entre nubes de polvo y de metralla  
Peleaban á los gritos de Patria y Libertad;  
La música más grande del día de batalla,  
Sublime himno de triunfo para la humanidad.

El sol se hundió... sus rayos no hallaron un acero  
Donde poder decirles el postrimer adiós,  
De la imperial falanje no revolvió un guerrero  
Para apartar la lanza que le ostigaba en pos.

Huyeron de su paso dejando por despojos  
Recuerdos en lecciones á la posteridad:  
No es, no, que sean cobardes... los enervados ojos  
A sostener no alcanzan del Sol la claridad.

¡Oh patria! si al amago de nueva tiranía  
Sintiese mi entusiasmo, mi fé disminuir,  
Presenta de tus hechos á la memoria mía  
Tan sólo ese gran paso que diste al porvenir!

Preséntame, ya enjuto de esclavitud el llanto  
Tu faz serena y noble delante del poder;  
Preséntate triunfante... levantaré mi canto,  
Y volverá mi frente de patriotismo á arder!...

Huyeron, mas ya tocan el suelo del Imperio  
Sus verdes estandartes refleja Ituzaingó:  
¡Tened, tened que es fuerza cumplir el ministerio  
Que al brazo de sus hijos la Patria encomendó.

Los reyes y los pueblos volvieron al combate,  
La lucha fué espantosa, la sangre la empapó,  
Los pueblos la recuerdan con el laud del vate;  
Los reyes nunca osaron nombrar Ituzaingó.

Salud hermanos nuestros, guerreros Argentinos,  
Que vuestro nombre disteis en el festín triunfal;  
Mi patria lo dió al libro que encierra sus destinos;  
La ingratitude no mancha su nombre celestial.

## IV.

Doblados bajo el yugo, los ojos en el suelo  
Durante la ignominia tuvimos que fijar,  
Erguimos ya la frente y altivos en el cielo  
Podemos enclavarlos y en su color gozar.

Podemos á los aires confiar nuestro lamento  
Cuando el vivir oprima la mano del dolor;  
Podemos con los gritos poblarlos del contento  
Sin atentar al muelle descanso de un Señor.

Dormir en nuestro lecho, sin que planta profana  
Las penas ó placeres sorprenda del hogar;  
Dormir, sin el asiduo temor de que mañana  
Vendrán de nuestros labios el pan á arrebatar.

Vivir en la ventura, tener una esperanza,  
Poder libar un ósculo en la querida faz.  
Pasaron, sí, pasaron las horas de venganza,  
La sangre derramada santificó la paz.

Hermanos encontramos do vimos enemigos,  
Hermanos que invocaron la libertad también,  
No fueron impasibles de nuestro bien testigos,  
Que hicieron la corona rodar desde una sien....

Mas ¡ay! el horizonte de nuevo se oscurece,  
La tempestad sordisona retumba en el confin;  
Abrasador el viento laureles aridece,  
¡Dónde encontrarlos luego de la contienda al fin?

No sonarán, no, cantos despues de la pelea,  
Para el vencido lágrimas, al vencedor ciprés;  
¡Oh libertad! ante ellos tú pabellón ondea;  
Si todos le contemplan unidos los verá!

Le mirarán sin duda, del cielo los colores  
El luto deponiendo, por siempre han de vestir,  
Y entonces los vestigios que dejen los dolores  
La senda habrán marcado del grande porvenir.

Yo sé que vendrá un día para la Patria mía  
De paz y de ventura, de gloria y de hermandad;  
Lo espero, sí, lo espero, yo sé que vendrá día  
Que alumbré todo el mundo de eterna claridad!

Entonces ¡ay! de aquellos que se apellidan reyes!  
Coronas y cabezas en trozos saltarán.  
Entonces ¡ay! de aquellos que toquen á las leyes,  
Eseritas en sus cráneos los pueblos las verán!

Te espero, sí, te espero: recién eres la estrella  
Do fija la mirada del universo está:  
Mañana cuando alumbres omnipotente y bella  
Sus alas destructoras el tiempo plegará.

## FOR EVER.

Oh! l'amour de cette femme, avec toutes les énergies de la force et de la santé, dans tout l'orgueil de la jeunesse et de la vie... quel rêve! et quel vertige!  
GOETHE.

La pasión que tú sola me inspiras,  
No es como otra fugaz llamarada,  
Flor de un día que cae deshojada  
De su tallo al más leve vaivén:

Es amor, y de un alma que sabe  
Hacer frente al furor de la suerte,  
Desafiar al dolor y la muerte,  
Provocar al martirio en su fe.

No me culpes, si al labio la copa  
Del placer he llevado sediento;  
Solo, y triste, y atado á un tormento,  
Me aturdí en su loca ebriedad;

Fugitivas dulzuras, pasando  
Han dejado tras sí más hastío,  
Más sin fe el corazón, más vacío,  
Más deseo de amor, más afán.

Sobre flores revuelca su herida  
En sus ansias el león del desierto:  
Vé la herida que el mundo me ha abierto,  
No las flores en que halla solaz.

Tal vez, ¡ay! ponzoñosas la encantan,  
Tal vez hacen mortal esa herida,  
Ven, arráncalas tú de mi vida,  
Con mi sangre bañadas están.

Yo se bien que el amor, para el hombre  
En que así la desgracia se ceba,  
Es un nuevo martirio, una prueba  
Más cruel que las otras aún.

Pero á veces también en la tierra  
El Edén prometido se alcanza,  
Y jamás apagó la esperanza,  
En la noche del alma, su luz.

Recompensa — castigo — ¿qué eres?  
Para espiar otra vez el pasado,  
O premiar un tormento acabado,  
Puso Dios en mi pecho este amor?

¿Qué me guarda en el tiempo? ¿qué encargo  
Mi destino confió á tu hermosura?  
¿Renovar la agotada tortura?  
¿Redimirme de tanto dolor?

## BERNARDO P. BERRO (1)

## EPÍSTOLA Á DORICIO.

## I. PAISAGE.

¡Cuánto vario placer, cuánto recreo  
Te espera en este sitio deleitable,  
Do es alhagüeño todo lo que veo!

Oye su descripción, aunque no es dable  
Hacerla cual merece, porque entiendas  
Si el habitar en él es deseable.

Vense á un lado montañas estupendas  
De hacinados peñascos, do ferinas  
Bestias moran en hórridas viviendas:

Y al otro, unas bellísimas colinas,  
Revestidas de flores y verdura  
Se extienden por las tierras más vecinas.

Por entre estas y aquellas su agua pura  
En sesgo curso Casupá derrama,  
Llenando sus riberas de frescura;

Que ya la alfombra de tejida grama,  
Ya el bosque ostentan, cuyo toldo espeso  
Jamás penetra la febea llama.

No aquí del arte el monótono exceso  
Sus simétricas calles manifiesta,  
De natura estragando el embeleso.

De diferentes árboles compuesta,  
Los varios grupos desigual levanta  
En hermoso desorden la floresta.

El grueso lauro de soberbia planta,  
El duro *Molle*, el *Canelón* frondoso,  
La excelsa Palma que la vista encanta,

(1) La poesía fué lo accidental en la vida de Don BERNARDO PRUDENCIÓ BERRO, al extremo que muchos ignoran que el ilustre Presidente del año 1860, dedicara los ocios que le dejaba su agitada vida al cultivo de las letras. Sin embargo, su *Epístola á Doricio*, por el sabor clásico, es una de las piezas de la poesía nacional, que posee más carácter. Nació en Montevideo á fines del siglo XVIII ó principios del pasado. Dos veces ministro, senador y Presidente de la República, la entrada del general Flores en Montevideo, lo alejó del escenario político hasta 1868 en que aparece al frente de una revolución que es dominada al mismo día de estallar. Tomado prisionero en las calles de la ciudad, jamás se supo de su destino, por más que se supone que ese mismo día 19 de Febrero, fué fusilado. La personalidad de don Bernardo Berro, respetada por amigos y adversarios, tiene rasgos que pueden presentarse como ejemplo de abnegación y de civismo.

Entonces ¡ay! de aquellos que se apellidan reyes!  
Coronas y cabezas en trozos saltarán.  
Entonces ¡ay! de aquellos que toquen á las leyes,  
Eseritas en sus cráneos los pueblos las verán!

Te espero, sí, te espero: recién eres la estrella  
Do fija la mirada del universo está:  
Mañana cuando alumbres omnipotente y bella  
Sus alas destructoras el tiempo plegará.

## FOR EVER.

Oh! l'amour de cette femme, avec toutes les énergies de la force et de la santé, dans tout l'orgueil de la jeunesse et de la vie... quel rêve! et quel vertige!  
GOETHE.

La pasión que tú sola me inspiras,  
No es como otra fugaz llamarada,  
Flor de un día que cae deshojada  
De su tallo al más leve vaivén:

Es amor, y de un alma que sabe  
Hacer frente al furor de la suerte,  
Desafiar al dolor y la muerte,  
Provocar al martirio en su fe.

No me culpes, si al labio la copa  
Del placer he llevado sediento;  
Solo, y triste, y atado á un tormento,  
Me aturdió en su loca ebriedad;

Fugitivas dulzuras, pasando  
Han dejado tras sí más hastío,  
Más sin fe el corazón, más vacío,  
Más deseo de amor, más afán.

Sobre flores revuelca su herida  
En sus ansias el león del desierto:  
Vé la herida que el mundo me ha abierto,  
No las flores en que halla solaz.

Tal vez, ¡ay! ponzoñosas la encantan,  
Tal vez hacen mortal esa herida,  
Ven, arráncalas tú de mi vida,  
Con mi sangre bañadas están.

Yo se bien que el amor, para el hombre  
En que así la desgracia se ceba,  
Es un nuevo martirio, una prueba  
Más cruel que las otras aún.

Pero á veces también en la tierra  
El Edén prometido se alcanza,  
Y jamás apagó la esperanza,  
En la noche del alma, su luz.

Recompensa — castigo — ¿qué eres?  
Para espiar otra vez el pasado,  
O premiar un tormento acabado,  
Puso Dios en mi pecho este amor?

¿Qué me guarda en el tiempo? ¿qué encargo  
Mi destino confió á tu hermosura?  
¿Renovar la agotada tortura?  
¿Redimirme de tanto dolor?



## BERNARDO P. BERRO (1)

## EPÍSTOLA Á DORICIO.

## I. PAISAGE.

¡Cuánto vario placer, cuánto recreo  
Te espera en este sitio deleitable,  
Do es alhagüeño todo lo que veo!

Oye su descripción, aunque no es dable  
Hacerla cual merece, porque entiendas  
Si el habitar en él es deseable.

Vense á un lado montañas estupendas  
De hacinados peñascos, do ferinas  
Bestias moran en hórridas viviendas:

Y al otro, unas bellísimas colinas,  
Revestidas de flores y verdura  
Se extienden por las tierras más vecinas.

Por entre estas y aquellas su agua pura  
En sesgo curso Casupá derrama,  
Llenando sus riberas de frescura;

Que ya la alfombra de tejida grama,  
Ya el bosque ostentan, cuyo toldo espeso  
Jamás penetra la febea llama.

No aquí del arte el monótono exceso  
Sus simétricas calles manifiesta,  
De natura estragando el embeleso.

De diferentes árboles compuesta,  
Los varios grupos desigual levanta  
En hermoso desorden la floresta.

El grueso lauro de soberbia planta,  
El duro *Molle*, el *Canelón* frondoso,  
La excelsa Palma que la vista encanta,

(1) La poesía fué lo accidental en la vida de Don BERNARDO PRUDENCIÓ BERRO, al extremo que muchos ignoran que el ilustre Presidente del año 1860, dedicara los ocios que le dejaba su agitada vida al cultivo de las letras. Sin embargo, su *Epístola á Doricio*, por el sabor clásico, es una de las piezas de la poesía nacional, que posee más carácter. Nació en Montevideo á fines del siglo XVIII ó principios del pasado. Dos veces ministro, senador y Presidente de la República, la entrada del general Flores en Montevideo, lo alejó del escenario político hasta 1868 en que aparece al frente de una revolución que es dominada al mismo día de estallar. Tomado prisionero en las calles de la ciudad, jamás se supo de su destino, por más que se supone que ese mismo día 19 de Febrero, fué fusilado. La personalidad de don Bernardo Berro, respetada por amigos y adversarios, tiene rasgos que pueden presentarse como ejemplo de abnegación y de civismo.

Enlazados en vínculo amistoso  
Mezclan sus capas, cobijando el suelo  
Húmedo con sombrío delicioso.

Aquí mil avecillas sin recelo  
De flecha ó lazo ó escopeta fiera  
Cruzan de rama en rama el libre vuelo.

Aquí gime la tórtola arrullera,  
Aquí sus tonos la calandria agita,  
Aquí canta la dulce ratonera;

Música suave que en el alma excita  
Plácido desvariar, y blandamente  
A leves sueños albagüena invita.

Ni menos embeleso halla la mente  
En la alta loma y el florido prado,  
Y en el cerro riscoso y eminente.

Por éste con ligero pié el venado  
Trepá, llevando en su gentil cabeza  
El ganchoso cornaje enarbolado;

Y en aquellos do Flora su riqueza  
Entre el verde tapiz vario y hermoso  
Derramara con pródiga largueza;

El hato mugidor, el perezoso  
Paso mueve, paciendo la crecida  
Yerba con diente rígido y goloso.

¡Cuán sencilla, cuán bella, cuán lucida  
Se muestra aquí natura, no viciada  
Por la mano del hombre corrompida!

Con qué gusto la vista embelesada  
Aquel vigor contempla primitivo,  
Aquella majestad simple, elevada,

Que el querer del Señor potente, activo,  
La dió cuando sacó el terráqueo mundo  
Del caos ciego, inerte, improductivo!

La misma soledad muda, el profundo  
Silencio deste bosque son muy cierto  
Del dulce imaginar gérmen fecundo.

Puro, claro, sereno, descubierto,  
Siempre el cielo se mira noche y día,  
Espléndida techumbre del desierto:

Y un blandísimo céfiro á porfía  
Do quier lleva en sus alas vagarosas  
Más suave aroma que el que Arabia cría.

En suma estas campiñas deliciosas,  
Este monte, esta selva, estas riveras  
Si bien no conocidas ni famosas;

No ceden en belleza á las primeras,  
Que la fama celebra de la ardiente  
A las frías zonas postrimeras.

## II. VIDA CAMPESTRE.

Excursiones á caballo — Caza á bola: el avestruz, el venado — Lucha de toros — Comida — La siesta.

No habrá vida á la nuestra comparable,  
A gozar dedicados solamente  
Y ejecutar no más que lo agradable.

Una serie continua y permanente  
De gustos, diversiones y recreos,  
Llenarán nuestras horas dulcemente.

Desde que Oriente asome los febeos  
Rayos, hasta que Diana su carrera  
Nocturna siga en pálidos arreos;

Satisfechos y alegres, de manera  
El tiempo emplearemos que un instante  
No habremos de disgusto tan siquiera.

Si hubiera de decirte lo bastante  
Esta vida feliz, materia habria  
Para henchir sendos pliegos abundante:

Mas aunque temo que la carta mía  
Te pueda fastidiar daréte dello  
Una noticia breve todavía.

No bien asome el cándido destello  
De la risueña aurora, el lecho blando  
Dejaremos por ver su rostro bello.

Y cuando ya las sombras disipando  
Claro se muestre Febo, mil gustosos  
Ejercicios iremos repasando.

Unas veces subiendo en los briosos  
Cuanto dóciles brutos de Neptuno,  
De pasear la comarca deseosos,

Después del abundante desayuno,  
Correremos en curso descansado  
Los sitios más amenos de uno en uno.

Y otras á guisa de escuadrón formado  
Con la cuadrilla de campestre gente,  
Diestra en la equitación en sumo grado;

Iremos á la caza alegremente,  
Ya del ave sin par en la corrida,  
Ya del venado de cornuda frente.

¡Oh! cuál place á la vista embebecida  
Mirar tras la primera á darle alcance  
Los ginetes correr á toda brida!

Ella azorada en tan amargo trance,  
Huye veloz haciendo varios giros,  
Con que se libra de uno y otro lance:

Hasta que al cabo siente entre suspiros,  
Prender sus alas con correa fuerte  
De triples bolas los certeros tiros:

Y presa sin remedio de esta suerte  
Entre rústica burla y algazara,  
Maniatada recibe pronta muerte.

Que es ver también el otro cual dispara  
En rápida carrera sin aliento  
Huyendo por guardar su vida cara!

Mas á la postre frústrase su intento;  
Pues por común industria, en estos casos,  
De los que van á tal divertimento,

Tómanle en derredor todos los pasos,  
Y así por todas partes perseguido,  
Cada vez en espacios más escasos;

Por último en un cerco reducido  
Sin poder escapar, luego perece  
De los crueles canes mal herido.

Ni menor diversión que esta que ofrece  
Motivo al alma de placer tan grato,  
Y al enervado cuerpo fortalece,

Hallaremos en ver, en medio al hato  
Bramar celoso el toro, combatiendo  
Con la enastada frente largo rato.

Mientras que de otra parte se estén viendo  
Los lindos ternerillos retozones,  
Ya en diversas parejas ir corriendo;

Ya los cándidos jugos á tirones,  
Néctar almo, extraer con diestra boca  
De los maternos fértiles pezones.

Así de la mañana no muy poca,  
Parte se irá, hasta el punto en que ya abrasa,  
Y á tomar sombra y fresco el sol provoca.

Vueltos entonces á nuestra humilde casa,  
Do la sencilla mesa nos presenta  
Comida simple y sana aunque no escasa,

Mataremos el hambre, no violenta  
Ni débil, sino aquella suficiente  
Que con sobrios manjares se contenta.

La pura linfa de una clara fuente,  
Y algún sorbo talvez del generoso  
Serán nuestra bebida comunmente:

Y esto nos placará más que el suntuoso  
Cortesano festín, que tanto cuesta,  
Perdición del magnate poderoso.

Al tiempo en que el calor ya no molesta,  
Después de haber dormido un breve sueño  
En las estivas horas de la siesta,

Tornaremos de nuevo con empeño  
Al oficio de andar sólo en procura  
De lo que es dulce al alma y halagüeño.

## III. CAZA CON ESCOPETA.

Las perdices — Las cotorras — La pesca.

De la perdiz sencilla mal segura  
Darános gran placer la fácil caza  
Y aquella del chorlito en la llanura.

Las negras pavas de silvestre raza  
Tampoco escaparán á nuestro anhelo,  
Ni tú, tortola triste, ó tú, torcaza.

En vano el anzar doblará su vuelo  
Girando en torno á la fatal laguna;  
El plomo matador traerálo al suelo.

Ni á ti, social cotorra, tu importuna  
Desagradable voz podrá librarte;  
Que tendrás como aquél igual fortuna.

Ni á ti menos, sabrosa sin el arte  
Preciada becasina, anunciadora  
De la cercana lluvia en toda parte.

En suma de esta gente voladora  
Ha de ser lo mejor blanco inerrable  
De nuestra carabina acertadora.

La pesca descansada y agradable,  
Del imaginativo pensamiento,  
Callada compañera inseparable.

La pesca en fin filósofa, fomento  
Al hondo meditar también serános  
De igual, sino mayor divertimento.

¡Oh qué gusto será mirar ufanos  
Colgando el pez de la flexible caña,  
Haciendo por soltarse esfuerzos vanos!

No te libertará de nuestra maña  
Ni el bosque marginal del arroyuelo,  
Ni su tupida juncea y espadaña;

Que al dulce cebo de falaz anzuelo,  
De sus húmedas cuevas atraído  
Vendrá al fatal engaño sin recelo.

Ya ves si son de precio bien subido  
Los gustos de que hacerte referencia  
En tan breves razones he querido:

Pues otros hay aún cuya excelencia  
No cede á la de aquellos anteriores,  
Según me lo acredita la experiencia.

A explicártelos voy de mil amores  
Para que veas tú por lo que siento,  
Si son, como te digo, superiores.

## IV. CASUPÁ.

La tarde — Puesta del Sol.

No lejos del humilde nacimiento  
Deste río, una altura que domina  
A toda la comarca, tiene asiento.

A ella con frecuencia se encamina  
Mi planta vagarosa y esforzada,  
Cuando el sol á su ocaso se avecina.

Y allí desde su cumbre de do nada  
A la vista se oculta, deleitado  
Admiro la campiña dilatada.

Aquí el río con curso sosegado,  
En estrechas orillas recogido,  
Serpea alegre por el verde prado.

Allá el bosque sombroso y escondido,  
De negra oscuridad el valle baña,  
Por eminentes cerros circuido.

Más allá una magnífica montaña  
Eleva hasta el Olimpo su alta cima,  
Y á las etéreas nubes acompaña.

Aun más allá, muy lejos, do se estima  
Por la engañada vista que á la tierra  
La bóveda del cielo se aproxima,

Se vé de excelsos montes una sierra,  
Que parece la armada fabulosa  
De Titanes marchando á la impía guerra.

Aumentan esta magia deliciosa  
Los diversos vivientes que al reposo  
Dirigense al venir la noche umbrosa.

Cual hendiendo los aires presuroso  
Bate las leves alas procurando,  
El bosque retirado y silencioso:

Cual los pesados pasos estirando  
Camina do le ordena la costumbre,  
O de rústica voz el bronco mando.

Y cual el dócil bruto á la techumbre,  
Pajiza casa, galopando guía,  
Lo que vé ya en su hogar brillar la lumbre.

Pues si de estos objetos se desvía,  
Y se encumbra á la parte de Occidente  
Goza encanto mayor la vista mía.

Del claro día el luminar fulgente  
Tras los últimos montes escondido,  
El horizonte tiñe en rojo ardiente.

Sobre el cual leves nubes de lucido  
Oro bordadas, trazan mil informes  
Figuras varias con pincel fingido.

Ves allí en confusión montes enormes,  
Hondas cimas, peñascos herizados,  
Descomunales moles disconformes.

Encima de aquel pico, al aire alzados  
Los colosales miembros, un gigante  
Semeja el Genio, rey de los collados.

En aquella otra punta que distante  
Sale á un lado, un anciano venerable  
Tiende su larga barba hácia adelante.

A otra parte un castillo inespugnable;  
A otra miro soberbios torreones;  
A otra ruinas de fábrica espantable.

Tan bellas, tan magníficas visiones  
Exaltando mi ardiente fantasía,  
La entregan á sublimes ilusiones;

Y en ellas abismada todavía  
Está cuando su manto tenebroso  
Tiende la noche pavorosa umbría.

A veces también suelo vagaroso  
Internarme del bosque en la espesura,  
Al calor vespertino molesto.

#### V. LA GRUTA — CONTEMPLACIÓN.

Un peñón circundado hasta el altura  
De hojosas ramas, forma en sus entrañas  
Una gruta de rara arquitectura;

No habitada de fieras alimañas,  
Dulce reposo y dulce fresco ofrece  
Con sus bellas alcobas cuanto entrañas.

Allí al ruido del céfiro que mece  
Los circunstantes árboles sombríos,  
Mi cuerpo poco á poco se adormece;

Y al fin vencidos los sentidos míos,  
Fugaces sueños la adormida mente  
Halagan en risueños desvaríos.

Tal vez donde bullendo la corriente  
Mansamente murmura, luego acudo;  
Lugar do reina siempre un fresco ambiente:

Y á la sombra de un ceibo alto y copudo,  
Que cerca de ella se halla, me recuesto  
Sobre el césped suavísimo menudo.

Un airecillo entonces en vuelo presto,  
Triscando entre las hojas susurrante  
Baña en grato frescor aqueste puesto:

En tanto que con voz dulcisonante  
Modulan en mil quiebros y trinados  
Los pájaros su música brillante.

Callan luego los sonos acordados;  
El aura apena espira desmayada;  
El susurro dispase por grados;

Natura toda en calma reposada,  
Y en un hondo silencio mudo y quieto,  
Yace lánguidamente sepultada.

Empapada mi alma en un completo  
Estado de placer indefinible,  
Vagamente se espacia sin objeto.

Suben después al ánimo sensible  
De tropel las ideas agolpadas,  
Una emoción causándole indecible.

Blandas, afectuosas y elevadas,  
Le tienen en continuo movimiento  
Del no muy breve rato apoderadas.

Hierve entonces mi pecho al sentimiento  
Interno, cual venero de ternura  
Y amores, derramado de su asiento.

¡Oh amor universal, caridad pura,  
Dulce afecto que siente la inocencia  
Para con el Creador y la criatura!

¡Divina celestial benevolencia,  
Que el tierno corazón del hombre justo  
Inflamas poderosa sin violencia;

Tú aquí del bosque en el silencio augusto  
Siempre en mi seno dominar supiste,  
Causando en él inexplicable gusto;

Siempre á la compasión que en mí encendiste  
Blanda y suavemente conmovido,  
Lágrimas dulces derramar me hiciste!

Y así también entonces sometido  
A tu influjo potente, se conmueve  
La tierna exaltación de mi sentido.

Do quier la mente enardecida lleve  
Allí objetos de amor tan sólo mira,  
Tan sólo amor sin fin allí la mueve.

.....



MELCHOR PACHECO Y OBES (1)

### EL CEMENTERIO DE ALEGRETE.

EN LA NOCHE.

Los que en las dichas de la vida ufanos  
Correís jugando su azarosa senda,  
Ceñidos de fortuna con la venda,  
Que os muestra eternos sus favores vanos.

Los que de risas y ventura llenos,  
Orlada en flores la altanera frente,  
Cruzais por esa rápida corriente  
Que en barca de dolor surcan los buenos.

(1) El coronel MELCHOR PACHECO Y OBES, nació en Buenos Aires el 20 de Enero de 1809. Fué una personalidad hecha de violentos contrastes, un alma dual ya iluminada por un relámpago de genio, ya presa de pasiones bravías; ya arrastrada por uno de esos arranques que hacían de nuestros abuelos verdaderos héroes, ya inquieta

Los que libais en la nectárea copa  
De los placeres sus delicias suaves,  
Como los trinos de doradas aves,  
Como los besos de una linda boca:

Volved la espalda á la suntuosa sala,  
De orgullo y oro y corrupción vestida,  
Venid á este salón á que os convida  
La muerte ornada de su eterna gala.

Venid á este salón á cuya puerta  
Malgrado tocaréis en algún día;  
Aquí de los vapores de la orgía  
Vuestra alma libre se verá despierta

Y es bueno conocer una posada  
A que hemos de llegar precisamente,  
Ya se marche en carroza refulgente,  
Ya arrastrando entre zarzas la pisada.

Y es útil levantar esas cortinas  
Que la heredad envuelven más preciosa,  
Y del que planta solamente rosa,  
Y del que coje solamente espinas!

Y es justo contemplar lo que nos queda  
De todos los regalos que da el mundo,  
A los que estamos en dolor profundo  
Y á los que ensalza la voluble rueda.

¡Oh! no tardeis los favoritos de ella!  
Lujo hay también en el palacio helado;  
Cada astro le es un arteson plateado,  
Cada horizonte una columna bella.

Allí está el leño redentor del hombre,  
Trono de un Dios y de su sangre lleno;  
Y de esas tumbas en el yerto seno,  
Hay riqueza y poder, beldad y nombre.

Todo es sublime como el Dios de todo,  
Y de su lampo la verdad os alumbrá,  
La eternidad en pompa se columbra  
Salve humana soberbia que ya es lodo.

y llena de duda, vacilante ante el porvenir. La psicología de este personaje es compleja. Nacido en plena revolución, su alma se modeló en las ideas y los sentimientos que agitaron á los hombres del año 10. La literatura romántica, concluyó de formar su espíritu y le lanzó en plena crisis á la vida pública, á donde llevó sus sueños girondinos. Fué uno de los tantos enfermos de lirismo. A la manera de Juan Carlos Gómez que hizo de su vida un poema, él hizo de la suya una epopeya. Poseía la frase fulgurante y gráfica de los convencionales del 89 y sabía dominar las muchedumbres con la actitud dantoniana y la palabra tonante y llena de fuego de Robespierre. Pudo ser un hombre sublime, porque tenía la inconsciencia que es la primera virtud del héroe. Amaba el peligro; era un pájaro de tempestad; así como el albatros que vive en las tormentas, él también para su vida tenía necesidad de la lucha. Sus proclamas y sus discursos parecen desprendidos de la tempestad de las asambleas revolucionarias. Tuvo frases como esta, que bien pudo recordar á un orador del 89: « no traigo aquí sinó un sentimiento: la ira; un pensamiento: la venganza; una esperanza: la libertad ». Sér nacido para la batalla, cuando esta le faltó murió de nostalgia como el águila salvaje robada á la libertad de sus montañas. El poeta, fué lo accidental en él. Sus versos, expresan sus íntimos pesares, ó las ideas melancólicas de un espíritu cansado de la lucha. Murió en Buenos Aires, el 21 de Mayo de 1851.

Lodo y no más dichosos de la tierra  
Seremos y sereis! ¿Es un consuelo  
Que nos permite compasivo el cielo,  
A los que el templo de fortuna cierra?

Sí, que en dolor el alma desgarrada  
Al reino de la muerte nos llegamos,  
Y en su espejo infalible divisamos,  
Que gloria, pena, dichas, todo es nada!

Sí, que en este lugar se os vé temblando  
Palidecer entre congoja y miedo,  
Y del manto del tiempo, el viejo ruedo  
Con mano desesperada asegurando.

Quisiérais detenerle en su carrera  
Que os arrastra tranquila y magestuosa,  
Y al batir de su pié se abre la fosa  
Que inevitable al término os espera!

Y si de regia pompa precedido  
Llega á esa puerta el ataúd fastuoso;  
Es que el mundo que os fué tan engañoso,  
Os arroja de sí con gran ruido.

Y si se abre altanero en el momento  
Para albergar vuestro despojo helado,  
De la humanal prudencia es un legado  
Que á la soberbia manda el escarmiento.

Y si preces sin fin se oyen en coro  
A la fúlgida luz de mil hachones;  
Es remedar sin fe las oraciones,  
Para pedir á vuestras arcas oro.

¿Lo dudais? Preguntad al prócer fiero  
Que entre mármol y bronce allí reposa,  
Al Crespo que recubre aquella fosa,  
Al bravo que aquí duerme con su acero.

A dónde está el poder, dónde la gloria  
Que en tanto de la tierra era preciada;  
Dó la opulencia que brilló envidiada;  
A dónde el himno audaz de la victoria?

Todo pasó cual humo disipado,  
¿Todo pasó! pero quedó el olvido,  
Y ¿en la tumba infeliz del que ha sufrido  
Un instante ese bien habrá faltado?

Ahora... volved á vuestro mundo hermoso  
Y en medio del festín y sus cantares,  
Incensad de fortuna los altares,  
Envueltos en su brillo esplendoroso.

Adormecéos en sitial dorado  
De la lisonja al embriagante acento:  
« Caigan virtud y honor para el contento  
De quien en noble cetro está apoyado ».

Hollad al débil si piedad os pide,  
Y el misero que gima en vuestra sala,  
No le deis ni aún la sobra de la gala,  
Que donde quiera vuestra planta mide.

Alzad la espada sanguinosa y fuerte,  
Que doma al pueblo esclavitud sembrando,  
Y de las leyes el altar pisando  
Poblad la tierra de orfandad y muerte!

Que yo, sobre las tumbas recostado,  
De vuestras dichas y poder me rio;  
En la justicia del Señor confío,  
Que sólo el que la ofende es desgraciado.

### ¡ADIÓS!

Desprende el ancla el bergantín velero,  
Vuelve la espalda á la ciudad querida,  
Y tranquilo contempla el marinero  
La blanca vela del noroeste henchida.

Sobre las olas del inmenso Plata  
Osado cruge la espumante prora;  
Ay! del que en brazos de fortuna ingrata  
Vé de su patria la postrer aurora!

En el mástil un pabellón ondea,  
Y el desterrado con dolor le mira!  
No es el de nueve fajas que flamea,  
Amor del libre y del tirano ira!

Cautivo va sobre extranjera nave  
A demandar al extranjero « tierra »  
Dios á la patria de la mancha lave!  
Le dé victoria en su gloriosa guerra!

El alma siente estremecer de pena,  
Que el llanto embarga su doliente voz;  
El hado injusto contempló serena;  
La abate sólo el angustiado adiós!

\* \*

Adiós te doy, augusta patria mía;  
El te abra inmenso, bello porvenir...  
La triste vida, en la feral porfia,  
Perdóname si en vano te ofrecí!

¡Adiós! ¡Adiós! suelo querido, en donde  
Sentí de amor el inmortal poder;  
Donde reside la divina hermosa,  
Que las hermosas á sus plantas vé.

Mi labio quiere recorrer tu arena,  
Que allí ella posa su pulido pié,  
Y luego nace la violeta suave,  
Para besarle y hermostearse en él.

Mis brazos quieren estrecharte, suelo,  
Porque ella vive y se reposa en tí:  
Concha sin precio de tan rica perla,  
El cielo te haga sin cesar feliz!

Decirte ¡adiós! es apartarme de ella,  
De ella... el imán, el norte de mi sér:  
La armonía dulcísima de mi alma,  
La ilusión más dorada que formé!

¡Guardamelá! como el umbroso bosque  
En medio al día guardará el frescor;  
Como el pimpollo de la rosa pura  
Guarda cuidadoso su fragante olor.

¡Guardamelá! sobre sus ojos bellos  
Jamás un grano de tu polvo dé;  
Ni toque el cierzo de tu crudo invierno  
A los claveles de su fresca tez!

Ante ella brille en esplendor tu cielo,  
Y entre celages de oro apaga el sol,  
Para que corran sus serenos días  
Y el trueno no le asuste el corazón!

Para admirarla en regalados sueños,  
Abre el tesoro de tus ricas galas,  
Y el lindo picaflor sobre su frente  
Para darle frescor bata sus alas.

Enviale tus brisas perfumadas  
En deliciosa esencia de azahar,  
Y de su boca en la carmínea taza  
El almibar pon que á tus manzanas das.

Guardamelá! como la tierna madre  
Al primer fruto de su casto amor,  
Como ella guarda en su alma delicada  
Blandas ideas, celestial candor.

El viajador se acercará á tu orilla  
A los impulsos de su dulce fama:  
Que en vano esconde su fragancia y nieve  
La flor del aire sobre la alta rama.

Irá el poeta y el pintor altivo  
Que de inmortales obtendrán el lema,  
De ignotos climas á admirar su encanto  
Y á pretenderla por hermoso tema

¡Guardamelá! como el avaro ansioso  
Guarda y esconde su mejor tesoro,  
Como el Brasil sus esmeraldas ricas,  
Como en mi pecho su beldad que adoro.

¡Guardamelá! sobre su nivea frente  
Jamás asome inquietador cuidado:  
Dáale ilusiones como el cielo hermosas,  
Que de ella sean sin igual traslado!

En ara pura de esplendor velada,  
Guardamelá con amoroso afán!  
En derredor tus tórtolas entonen  
Cantos de amor en nidos de arrayán.

¡Yo te lo pido en lágrimas bañado!  
¿Será que en vano gemirá el dolor?  
Levantaré los ojos á otro mundo,  
Y lo que á tí, demandaré á mi Dios.

A Dios, que la ama como su obra hermosa,  
Que quiso en ella su poder probar,  
Y la formó más bella que los seres  
Que entre las nubes de su gloria están.

¡Ay de mí! que por eso la amo en vano!  
No es para un paria tanta perfección!...  
¿Qué importa? siempre reinará en mi pecho,  
Que gime penas al decirle ¡adiós!



## ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES <sup>(1)</sup>

### ¿SE FUÉ?

Al Cantor de la « *Leyenda Patria* » en la muerte de su esposa  
Elvira Blanco de Zorrilla de San Martín.

Cerró sus negros ojos, y mas bella  
En el lecho quedó como dormida...

Cruzó el aire una forma vagarosa  
Que una estela de luz tras sí dejaba...

— ¡Elvira! ¡Elvira! ¡á dónde vas?... ¡A dónde?  
En silencio gimiendo preguntaba  
Tu corazón ansioso, y como herido  
De un vértigo febril al ver que ella  
A tu sordo llamado no responde,  
Los brazos tiendes y el vacío abrazas!...

Un ¡ay! desgarrador, indescriptible,  
Se escapa de tu pecho,  
Y sollozando el Plata,  
Que siente á tu dolor su cauce estrecho,  
Lo lleva al Uruguay entre sus ondas.

(1) El nombre del doctor ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES, ha llenado cincuenta años de nuestra historia literaria. Durante ese lapso de tiempo su fecundidad extraordinaria prodigó con mano generosa las concepciones de su talento robusto. Nació en Montevideo el 3 de Octubre de 1825. En España, donde intimó con Cánova del Castillo, Sarra, José Zorrilla, Castelar y otros, inició su carrera literaria, escribiendo prosa y verso y colaborando en periódicos de la península. Luego se estableció en París, donde fundó *La Revista de ambos mundos*. En 1855 regresó á la patria donde ya habían tenido eco sus obras, y desde entonces su influencia sobre el medio ambiente fué decisiva. Hasta su muerte produjo sin cesar, siendo una suerte de maestro al que los jóvenes iniciados rendían culto entusiasta. Fué ministro, senador y profesor de derecho internacional. Sus obras principales son: « *Celtiar* », « *Caramurú* », « *Violetas y Ortigas* », « *Palmas y Ombúes* », « *Veladas de invierno* », etc. Poco antes de su fallecimiento ocurrido en 1893, se lanzó la idea de coronarlo como á Zorrilla, consagrándolo como el gran bardo nacional, pero él se opuso tenazmente. Sus poesías empapadas en el sentimiento romántico de la época, sobresalen por su corrección elegante y en general están inspiradas en hondos pensamientos filosóficos.

Decirte ¡adiós! es apartarme de ella,  
De ella... el imán, el norte de mi sér:  
La armonía dulcísima de mi alma,  
La ilusión más dorada que formé!

¡Guardamelá! como el umbroso bosque  
En medio al día guardará el frescor;  
Como el pimpollo de la rosa pura  
Guarda cuidadoso su fragante olor.

¡Guardamelá! sobre sus ojos bellos  
Jamás un grano de tu polvo dé;  
Ni toque el cierzo de tu crudo invierno  
A los claveles de su fresca tez!

Ante ella brille en esplendor tu cielo,  
Y entre celages de oro apaga el sol,  
Para que corran sus serenos días  
Y el trueno no le asuste el corazón!

Para admirarla en regalados sueños,  
Abre el tesoro de tus ricas galas,  
Y el lindo picaflor sobre su frente  
Para darle frescor bata sus alas.

Enviale tus brisas perfumadas  
En deliciosa esencia de azahar,  
Y de su boca en la carmínea taza  
El almibar pon que á tus manzanas das.

Guardamelá! como la tierna madre  
Al primer fruto de su casto amor,  
Como ella guarda en su alma delicada  
Blandas ideas, celestial candor.

El viajador se acercará á tu orilla  
A los impulsos de su dulce fama:  
Que en vano esconde su fragancia y nieve  
La flor del aire sobre la alta rama.

Irá el poeta y el pintor altivo  
Que de inmortales obtendrán el lema,  
De ignotos climas á admirar su encanto  
Y á pretenderla por hermoso tema

¡Guardamelá! como el avaro ansioso  
Guarda y esconde su mejor tesoro,  
Como el Brasil sus esmeraldas ricas,  
Como en mi pecho su beldad que adoro.

¡Guardamelá! sobre su nivea frente  
Jamás asome inquietador cuidado:  
Dáale ilusiones como el cielo hermosas,  
Que de ella sean sin igual traslado!

En ara pura de esplendor velada,  
Guardamelá con amoroso afán!  
En derredor tus tórtolas entonen  
Cantos de amor en nidos de arrayán.

¡Yo te lo pido en lágrimas bañado!  
¿Será que en vano gemirá el dolor?  
Levantaré los ojos á otro mundo,  
Y lo que á tí, demandaré á mi Dios.

A Dios, que la ama como su obra hermosa,  
Que quiso en ella su poder probar,  
Y la formó más bella que los seres  
Que entre las nubes de su gloria están.

¡Ay de mí! que por eso la amo en vano!  
No es para un paria tanta perfección!...  
¿Qué importa? siempre reinará en mi pecho,  
Que gime penas al decirle ¡adiós!



## ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES <sup>(1)</sup>

### ¿SE FUÉ?

Al Cantor de la « *Leyenda Patria* » en la muerte de su esposa  
Elvira Blanco de Zorrilla de San Martín.

Cerró sus negros ojos, y mas bella  
En el lecho quedó como dormida...

Cruzó el aire una forma vagarosa  
Que una estela de luz tras sí dejaba...

— ¡Elvira! ¡Elvira! ¡á dónde vas?... ¡A dónde?  
En silencio gimiendo preguntaba  
Tu corazón ansioso, y como herido  
De un vértigo febril al ver que ella  
A tu sordo llamado no responde,  
Los brazos tiendes y el vacío abrazas!...

Un ¡ay! desgarrador, indescriptible,  
Se escapa de tu pecho,  
Y sollozando el Plata,  
Que siente á tu dolor su cauce estrecho,  
Lo lleva al Uruguay entre sus ondas.

(1) El nombre del doctor ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES, ha llenado cincuenta años de nuestra historia literaria. Durante ese lapso de tiempo su fecundidad extraordinaria prodigó con mano generosa las concepciones de su talento robusto. Nació en Montevideo el 3 de Octubre de 1825. En España, donde intimó con Cánova del Castillo, Sarra, José Zorrilla, Castelar y otros, inició su carrera literaria, escribiendo prosa y verso y colaborando en periódicos de la península. Luego se estableció en París, donde fundó *La Revista de ambos mundos*. En 1855 regresó á la patria donde ya habían tenido eco sus obras, y desde entonces su influencia sobre el medio ambiente fué decisiva. Hasta su muerte produjo sin cesar, siendo una suerte de maestro al que los jóvenes iniciados rendían culto entusiasta. Fué ministro, senador y profesor de derecho internacional. Sus obras principales son: « *Celtiar* », « *Caramurú* », « *Violetas y Ortigas* », « *Palmas y Ombúes* », « *Veladas de invierno* », etc. Poco antes de su fallecimiento ocurrido en 1893, se lanzó la idea de coronarlo como á Zorrilla, consagrándolo como el gran bardo nacional, pero él se opuso tenazmente. Sus poesías empapadas en el sentimiento romántico de la época, sobresalen por su corrección elegante y en general están inspiradas en hondos pensamientos filosóficos.

El alma de la patria se dilata  
Y llega hasta tu hogar enlutecido  
Torva nube que en lágrimas revienta;  
Cual de eléctrica chispa al estallido,  
En noche de tormenta,  
La bóveda sombría se entreabre  
Despeñada en inmensa catarata.

Al abrazar á tu angustiado padre,  
Vuela á unirse á la tuya el alma mía:  
En mis brazos te estrecho,  
Y aquí sobre mi pecho  
Reclino dulcemente tu cabeza  
Para que escuches íntimas sus notas,  
Y ellas te digan, infeliz amigo,  
Lo que el laud talvez no acertaría;  
Que yo amo y aborrezco con el alma;  
No sé llorar á gotas,  
Ni querer con medida ni tibieza...

Solicita á mi ruego  
Acude aquella Musa  
Que á tu heroica *Leyenda* dió su fuego  
Su estro divino y épica armonía;  
Y en tu inspirada frente  
Que iluminan geniales resplandores,  
Pone el beso inmortal que da á sus Bardos  
La virgen uruguaya Poesía,  
Cuando el pueblo los alza vencedores,  
Coronados de palmas y de flores.  
Mas de la gloria al beso lisongero,  
¿Qué corazón, poeta, no prefiere  
Aquel místico beso postrimero  
Que sin llegar al labio nace y muere?

Al apagarse plácido y sereno  
El dulce rayo de tus bellos ojos,  
Al sentir que la muerte entrecortaba  
El *Adiós* que en sus labios trepidaba;  
Como una llama que al morir se enciende,  
Estrechando la mano del esposo,  
Enternecida contempló la cuna  
Do el pequeñuelo infante,  
Última prenda del regazo amante,  
Sus manecillas trémulas le tiende  
Y al beso maternal tierno provoca,  
Aún húmeda la boca  
Con el lácteo licor del puro seno.

¡Casta unión del amor y de la gloria  
Con la virtud, el genio y la belleza,  
Rosas entretejidas con laureles,  
Derramad los perfumes que atesora  
Vuestra urna de nácar y joyeles!

Alejandro gentil, grave María,  
Juan Carlos decidor, Gerardo humilde  
Cariñosa Elvirita, almo destello,  
Frutos de bendición, santas delicias,  
De la nivea, aromada

Diamela en flor tronchada;  
Nido de amor, oasis de frescura,  
Que de la vida en el mortal combate  
Dió sombra, inspiración, paz y ventura  
Al luchador y al vate;  
Al genitor que ahora  
Por gracia singular sumiso vierte  
Lágrimas dulces al llorarla muerta!  
Ceñid vuestros bracitos á su cuello,  
Colmadle de caricias,  
Y vuestros infantiles regocijos,  
Gratos recuerdos en su mente evoquen,  
De la época dichosa  
En que *Ella* vuestros juegos presidía.

Aunque sangre la herida siempre abierta,  
Resignado verá que si la muerte  
Robarle pudo el cuerpo, entera el alma  
De la adorada madre de sus hijos,  
En vosotros palpita y se despierta!

Sombras de Artigas, Lavalleja, Blanco,  
Héroes de la Agraciada y la Florida,  
Puñados de titanes cuya historia  
Es de la Patria perennal grandeza;  
Llora vuestro cantor... en su cabeza  
Verted el soplo que al bajar del cielo  
Templa los corazones en el suelo  
Para luchar, sin tregua, heroicamente,  
Contra el mal victorioso  
Que se alza prepotente:  
Y dadle vuestro aliento y fortaleza!

Arrullad su dolor en el destierro,  
De su mente rasgad la opaca bruma,  
Al contemplar las ruinas y extravíos  
Que en la tierra Oriental ha amontonado  
El destino infeliz que nos abrumba;  
*Ángel de los Charrúas*, indomable  
*Tabaré*, que salvando á tu española  
Caes al tocar la meta,  
El generoso pecho atravesado  
Por golpe fementido,  
Como sucumbe á veces el más bueno  
En este mundo falso,  
Traidoramente herido  
Por la oculta y cobarde, ruin saeta  
De la calumnia, el odio ó el veneno,  
El puñal, el exilio ó el cadalso!  
¡Ah! bien lo sabes tú, valiente atleta:  
Cárcel de prueba el mundo en que vivimos,  
Donde eternos del mal arden los focos,  
Nuestra mísera estirpe, aún redimida,  
(— ¡Arcano impenetrable!)  
Entregada parece al desenfreno  
De bandidos, de histriones y de locos!

Cual tentador demonio, negra duda  
En hora abominable asalta fiero  
La soberbia razón del hombre vano;

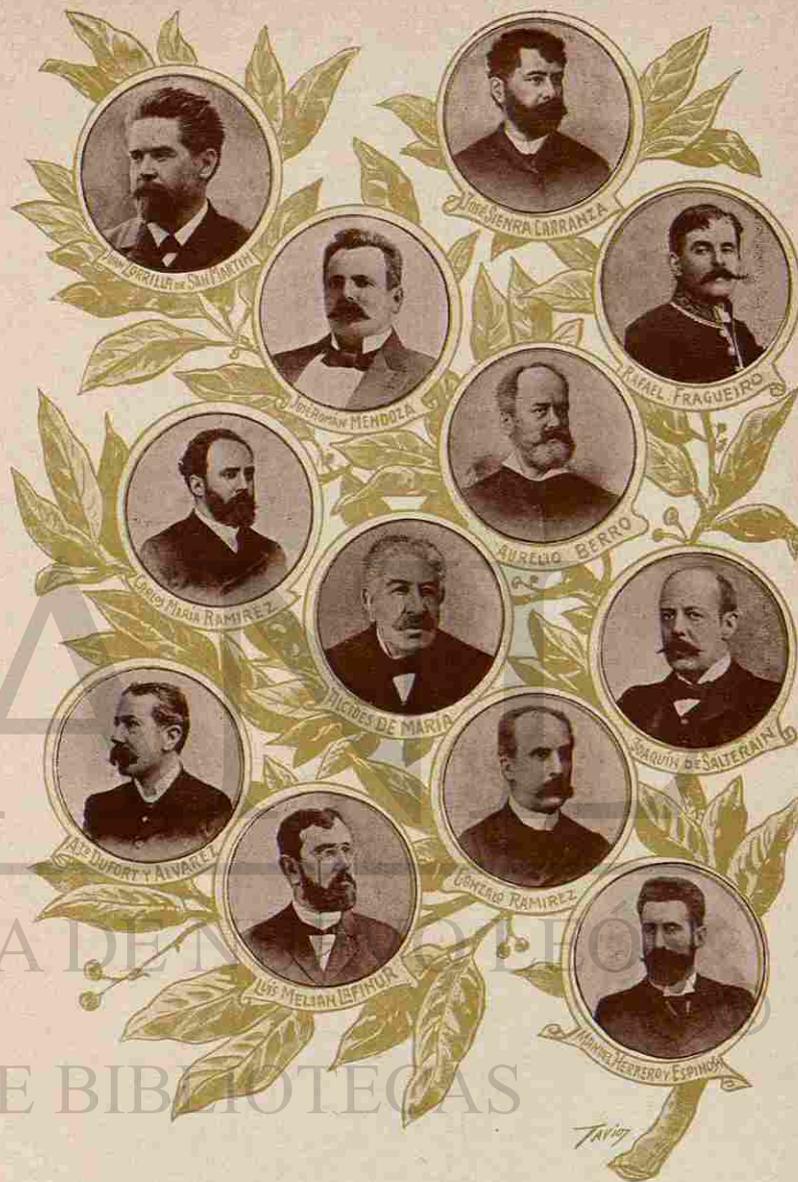
Mas la blasfemia en la garganta anuda  
La humildad resignada del cristiano.

¿Es verdad ó ilusión?... ¿Somos juguete  
De un poder infernal?... Oh... no... es mentira.  
Vela tu providencia, Hacedor mío,  
Y cada sol que en los espacios gira  
Alumbra cada día, vengadora,  
En el *Rancho* á la par del *Palacete*,  
Del fallo divino severa y justa  
La suprema sanción: tu ley augusta!

Instrumentos no más son en tus manos  
El desorden, el crimen,  
La muerte, y el dolor, y los tiranos:  
Esfinge aterradora,  
Aguijón que al deber nos llama austero,  
Fantasma que nos hiere y desaparece,  
En la vida inmortal de las naciones  
Ellos pasan malditos, cual la mancha  
Que refleja un *carancho* en un gran río,  
Y su triunfo y poder se desvanece  
Como espuma que hierve en el vacío.  
Blasfeme como quiera algún sectario  
De la ciega, letal filosofía  
Que confunde el abismo con la cumbre,  
Mientras radiosa alumbre  
La Cruz del Redentor nuestro Calvario;  
Mientras lleven su ofrenda á los altares  
De la fe, la virtud, y el patriotismo,  
El apóstol, las vírgenes, los mártires,  
Faro y columna de la grey mundana;  
Mientras el llanto que encendido brota  
Vierta en el corazón fecundo riego;  
Mientras cada ilusión nos brinde mágica  
En encantada copa su ambrosía,  
En cáliz ideal fragancia ignota,  
Y fascinante estrella,  
Más allá del sepulcro, la esperanza,  
Reanime el polvo de la tumba fría;  
Iluminando la conciencia humana  
Eterna vivirá la Poesía!

¿Cómo dicen entonces que se ha ido,  
Si dentro de tu sér y el de tus hijos  
Cual numen protector vive tu Elvira?

Tal vez su blanca mano  
Tocó al pasar las cuerdas de mi lira,  
Y es este humilde canto  
El rumor apagado de su huella...  
Yo abracé á sus dos padres... y mi ruego  
En férvida oración subió á la altura,  
Por tí, por vuestros ángeles, por *Ella*,  
Amantísima esposa, digna madre,  
Celeste criatura,  
Modelo de piedad y de ternura!



Segundo Medallón

LO QUE SINTIÓ MI ALMA  
AL DIVISAR LAS COSTAS URUGUAYAS  
VOLVIENDO DE EUROPA.

Al fin te ven mis ojos; oh dulce patria mía!  
Delirio de mis sueños, imán de mi deseo;  
Al fin tras nueve años, al fin Montevideo,  
Puedo aspirar tus brisas, llorando de alegría,  
Llorando de alegría, que al fin tus playas veo!

Recuerdos candorosos de la apacible infancia,  
Primicias de la Musa que me abrazó hechicera,  
Ardientes emociones de la pasión primera,  
Verted en torno mío la virginal fragancia  
Que exhala el puro cielo de mi oriental ribera!

¡Cuán leve y grata el aura! Cuán bello el sol anega  
Las rocas orientales con fulgidos reflejos!  
Desnuda y tan hermosa como la Venus griega,  
Saliendo de las ondas, la tierra de amor ciega:  
¡Cuál sus amantes brazos me tiende desde lejos!

Dejádme que la mire, y solo, en la ancha popa,  
Las fibras de mi pecho sentir una por una  
Vibrando cual ramaje que agita inmensa copa,  
Contar al manso viento que me arrulló en la cuna,  
Por qué á mi dulce patria nunca olvidé en Europa.

Porque yo codiciaba gloria, renombre, fama,  
Porque con sed no exhausta, la noche como el día,  
Al genio y á la ciencia su inspiración pedía;  
Porque mi cabellera quemó la interna llama,  
Y anubla mi sien pálida febril melancolia.

Lo sabes tú, y me hablas con tu murmullo ¡oh Plata!  
Que mi alma de poeta comprende y adivina;  
Y mustia ya, á tu acento, revive y se dilata  
La flor de mi esperanza, magnífica, divina,  
Como la azul esfera que tu cristal retrata.

Mas ay! que contemplando tus aguas, de repente  
No sé qué negra nube cubrió su faz tranquila;  
Una ardorosa lágrima cayó de mi pupila....  
Ideas encontradas reluchan en mi frente,  
Y entre el placer y el llanto mi corazón vacila.

Tus hijos, patria mía, libre, opulenta, hermosa,  
En una región nacen que á todos causa envidia.  
¡Podía su existencia correr tan venturosa!  
Pero ellos ¡ay! uncidos á su cadena odiosa  
Verdugos son ó mártires, en cruel y eterna lidia.

Opresos ú opresores, mas nunca ciudadanos  
De su deber esclavos, modelos de civismo;  
Que el sacrificio hagan de sus rencores vanos,  
Y hasta de sus agravios con noble patriotismo,  
Antes que armar el brazo de hermanos contra hermanos.

No acuso á nadie.... Lloro la inútil experiencia,  
De la que no aprendemos ni escarmentamos nada!  
Lo que sanciona el crimen y usurpa la violencia,  
La sangre derramada, la misera existencia,  
Que á todos nos reserva la ley atropellada!

No acuso á nadie... todos, y yo como el primero,  
En días lamentables de vértigo y delirio,  
Sañudos esgrimiendo la pluma ó el acero.  
El seno de la patria rasgamos lastimero,  
Hiel á su hiel mezclando, martirio á su martirio.

¿Y siempre será el mismo nuestro destino impío?...  
¡Oh! no! Dios es piadoso, y el bien al alma domina:  
En tempestad deshecha, yo he visto el mar bravío,  
Y aunque dudé un momento, roto el celaje umbrío,  
Al suspirado puerto mi nave se encamina.

Así en virgínea selva del suelo americano,  
Cual ráudo meteoro, de pronto hirviente llama  
Se extiende, centellea, salta, se enrosca y brama  
En lenguas mil de fuego; flamígero oceano,  
Que destrucción y muerte por donde va, derrama!

Cae la gigante palma y el arazá rastrero;  
El fuego al par devora la ortiga y el aroma;  
La tórtola inocente y el tigre carnívero;  
La sierpe y la flor pura que su veneno doma;  
El vil caraueho imbécil y el trinador jilguero!

¿Por qué tan ciego encono? furor tan implacable?...  
Cual torvos enemigos, la selva y el desierto  
Tendían sobre el hombre su manto impenetrable;  
Y el hombre entre sus pliegues, anonadado, yerto,  
Auxilio pidió al fuego, verdugo inexorable.

Él sacudió sus crines, y el ígneo torbellino,  
Giró por el espacio cumpliendo su destino,  
Que era cubrir la tierra de fecundante abono,  
Y dar al genio humano, ya expedito el camino,  
Nuevo horizonte inmenso donde elevar su trono!

.....

Acoje, Patria mía, y da en tu seno abrigo  
Al hijo siempre tierno, que vuelve á tus hogares,  
Que compartir anhela tu gozo y tus pesares,  
Y si eres desdichada, llorar quiere contigo,  
Y si feliz, tu dicha doblar con sus cantares!

## ALMAS HERMANAS.

AL EMINENTE ORADOR JUAN CARLOS BLANCO.

En prosa ó verso, es una la potencia  
Que arrebató las palmas del combate:  
Hay siempre poesía en la elocuencia;  
Hermanos son el orador y el vate.

De Bolívar la frase audaz retumba  
Como el canto sublime de Tirteo,  
Y en Carabobo y Ayacucho, tumba  
Abre al coloso ante su voz pígemeo!

Libre ó ceñido el armonioso metro  
El verbo de las almas se apodera;  
Y á pié ó sobre el Pegaso, lleva cetro  
El que incendia los pechos en su hoguera!

El sol del Ideal, el rayo estético,  
Inundan á la par su altiva frente:  
Cuanto eleva el espíritu es poético;  
Cuanto llega hasta el alma es elocuente.

No vibra con mas fuerza y ardimiento  
Del laud creador la íntima nota,  
Que el ademán y el varonil acento  
Con que el tribuno á la maldad azota.

Poder del genio!... immortaliza Homero  
A lo que ruina fué de los Troyanos;  
La túnica á Fhriné rasga el vocero  
Que airados vé á los jueces inhumanos.

« Condenad, si lo osais, grita Hyperide,  
A Venus que ha bajado de los cielos! »  
Y con un golpe que la audacia mide,  
Al suelo arroja los flotantes velos.

De admiración los jueces confundidos  
En un clamor exhalan su embeleso,  
Y en vez del mortal fallo, estremecidos,  
En su labio el perdón imita un beso...

Así cuando genial chispa descende,  
Y eléctrica sacude cuanto halla,  
El pueblo—níveo alud que se desprende—  
Cruje, y en grito formidable estalla!

Mentiras, odios, móviles menguados  
Que interceptan la luz con velo denso,  
Hacia el abismo ruedan, sepultados  
Bajo el aplauso popular inmenso!

En la Prensa, en el Foro, en la Tribuna,  
Su látigo de fuego alza tonante  
La palabra, que mágica se auna  
Con el estro que vence al consonante.

En prosa ó verso, es una la potencia,  
Que arrebató las palmas del combate:  
Hay siempre poesía en la elocuencia;  
Hermanos son el orador y el vate.

## EN LAS PIEDRAS.

—A la *cuchilla* vamos, hijo mío,  
Y verás como allí no tienes frío.

—Todo es recogimiento en esta hora  
Que el rayo postrimero del sol dora.

— ¡Ves el Cerro, la mar, el hondo valle,  
Las Piedras... más allá Santa Lucía?

— ¡Dónde volver la vista que no halle  
Un cuadro de sublime poesía?

—Pero hable el corazón, y el labio calle  
Cuando al llano bajemos, alma mía.

—Apresuremos, padre mío, el paso,  
Que el moribundo sol toca al ocaso.

—Por allí, tras aquellos membrillales,  
Tras aquella olvidada y ruin tapera,  
Arrollados los leones castellanos  
Por sus hijos los leones orientales,  
Buscaron un refugio en su carrera,  
Y otra vez á las manos  
Con arrogancia fiera,  
Volaron como rayos  
Sosteniendo el honor de su bandera.

Valientes á la par unos y otros,  
Del fusil y cañón al centelleo,  
De los sables al rudo martilleo  
Y al salvajé relincho de los potros,  
Caían en confuso remolino  
Como bajo la hoz del campesino  
Caen segadas del tallo las espigas.

Mas á la voz de Artigas  
Que horrisona retumba,  
Los bisoños reclutas uruguayos  
Siguiendo el rojo brillo de su acero,  
Terrible cual pampero  
Que todo lo derrumba,  
Embisterion sedientos de venganza,  
Y cada bote de su fuerte lanza  
A un soldado español abrió la tumba!

— ¡Por qué el paso detienes, y qué miras,  
Padre, con tanto afán?... ¡por qué suspiras?

— En este campo que inmortal hiciera  
Del indomable Artigas la victoria,  
No se vé un monumento, ni siquiera  
Levantada una piedra á su memoria!

—Pero tiene una página en la historia!

— Niño, en tu pecho el entusiasmo late,  
En tu rostro infantil se pinta el brío,  
Vamos que es tarde....

— Ya no tengo frío:  
Llévame al sitio donde fué el combate!

## LA PALMA DEL SACRIFICIO.

En la inmortal jornada de Marathon, el día  
Que hundió el poder del persa, Milcíades con su acero,  
De la falange heroica digno un soldado había,  
Que al pueblo suyo quiso la nueva dar primero.

En alas del sublime delirio que le inflama,  
De lauro un gajo arranca, que en alto, al correr, gira;  
Llega, saluda al pueblo con la triunfante rama;  
Venció la Grecia, dice; cae, y aclamado espira.

Oh! quién como él pudiera dormir el postrer sueño,  
De su ideal la antorcha llevando dentro el alma,  
Y al caer, ya realizado su generoso empeño,  
Al cielo de la gloria trepar con su ardua palma!

## DUDA.

¿Dónde acaba la vida?... ¿dó la muerte?...  
¿Al morir viaja el hombre peregrino,  
Y mejorando en ser, en forma, y suerte,  
De astro en astro prosigue su camino?...

¿O sin romper el misterioso lazo,  
Que encadena á la tierra el alma humana,  
Renace de la tumba en el regazo,  
Ayer flor, ave hoy, mujer mañana?...

AL PIÉ DEL MONUMENTO DE LOS 33  
EN LA AGRACIADA. (1)

\* \* \*

¡Oh raza de Titanes, que asombrado  
Vió el mundo, tremolando su oriflamo  
De *Libertad ó Muerte!* — Fulminado  
Rayo que al bosque, súbito incendiado,  
Hace hasta el cielo reflejar su llama!

Sagrado emblema de inmortal victoria,  
Así ese mármol que sus nombres muestra,  
Cuando lo eleva el genio de la historia,  
Ilumina con rayos de su gloria  
El mundo de Colón, la Patria nuestra!

(1) Composición inédita, leída al pié de la pirámide de la Agraciada por el señor Alberto Gómez Ruano, iniciador de las romerías patrióticas.

PEDRO P. BERMÚDEZ <sup>(1)</sup>

## EL CHARRÚA.

Yo canto el inclito esfuerzo  
De la gigantesca raza,  
Que hiciera trescientos años  
Pié firme, frente á la España,  
Llevando diversa suerte  
A diferentes batallas.  
Esa, no bien conocida  
Ni aun aquí en su misma patria,  
Pero que en hechos gloriosos  
Se muestra, en ella, abultada,  
Burlando en nuestra historia  
Su nombre á punta de lanza,  
Y la que también pudiera  
Competir con la Araucana,  
Si Don Alonso de Ereilla  
Fuese aquel que la cantara.  
Esa, que siendo señora  
De nuestra vasta campaña,  
Con planta fácil, ligera,  
Indómita la paseaba,  
O en sus boyantes canoas  
Sutiles, leves y largas,  
Nuestros arroyos y rios,  
A todas aguas surcaba.  
Esa, de pecho salido,  
Ancha de hombros, de alta talla,  
De cabeza firme erguida,  
De fisonomía animada,  
Y cuya corva nariz  
Copia era de la Romana,  
De cuerpo recto y flexible,  
En ademanes gallarda,  
De breve andar altanero,  
Y de nervuda pujanza;  
Esa, que por todo traje,  
A la cintura llevaba  
Un tonelete de pieles,  
Sueltas á fuer de sobadas,  
Y un quillapí, que á los hombros  
Por sobre el pecho, anudaba,  
Mientras que su cabellera  
Negra, extendida, poblada,

Dejaba caer al descuido  
Sobre el pecho, hombros y espaldas,  
Y allá á nivel de la frente  
En redondo, la apretaba  
Con un jirón de colores  
Ancho y á guisa de faja;  
Esa, de mirar severo,  
De tez brillante y tostada,  
Que el cuello, brazos, muñecas  
Y tobillos, se adornaba  
Lo mismo en fiestas que en lides,  
Con ajorcas emplumadas,  
Esa, que briosa en el llano,  
En el aduar, ó en la caza,  
Airada, quieta ó corriendo,  
Traía consigo, por armas,  
Arco, carcaj, y en él flechas,  
Y en la mano larga lanza,  
Y boleadoras, de á dos,  
Que á la cintura reataba;  
Con estas, al escondido  
Tras de alguna espesa mata,  
Atisbaba el avestruz,  
Al guazubirá ó la gama,  
Y alzándose de improviso  
Al aire las revoleaba,  
Y despedidas, en giros  
Al animal alcanzaban,  
Concluyendo su carrera  
Cuanto le envolvían las patas;  
Esa que del lazo hiciera  
Serpiente negra, enroscada,  
Que al desrizar sus anillos  
Hasta la presa llegaba,  
Para rodeársele al cuello  
Y detenerla, ó ahogarla:  
Y la que también sabía  
Desafiar, y que retaba,  
É iba al campo, y cuerpo á cuerpo  
Esgrimiendo, en él, sus armas,  
Lidiaba tenaz y fiera  
Llena de fé y esperanza.

(1) El coronel PEDRO P. BERMÚDEZ, nació en Montevideo en 1816. Es uno de los pocos representantes del teatro nacional. Su tragedia «*El Charrúa*», que fué representada con éxito en Montevideo, es una de las piezas de verdadero mérito de nuestra literatura dramática. Cultivó el género patriótico descollando entre los poetas de su época. Falleció en 1860.

Mas si el destino alevoso,  
Al trancé la abandonaba,  
Maldiciendo su destino,  
Moría sin pedir gracia.  
Esa, que al potro bravío  
De aquella cría de España,  
Dominándolo, á su antojo,  
Le quitara ó diera alas,  
Tal ó como le placía,  
Dueña era de su arrogancia;  
Y, ó ya lo paraba, inmóvil,  
O ajitándolo volaba.  
Pues con un leve bocado  
No de hierro sí de huasca  
Como lo nombraba ella,  
Trepándose á sus espaldas,  
Iba en el crinado potro  
Recorriendo la campaña,  
Cruzando rios y arroyos,  
Y bosques y hondas quebradas,  
Y pantanos y chircales,  
Y lagunas y montañas....  
Siempre respirando, bríos,  
Siempre vomitando, saña,  
Siempre blandiendo su pica,  
Siempre soñando venganza,  
Sobre el fogoso potro  
Al combate se arrojaba,  
Y en él, allí, á los cristianos  
De la América ó de España,

Con indomable entereza,  
Aunque desigual en armas,  
Arremetiéndolos, lista,  
Bizarra, los afrontaba,  
Y les disputaba el campo,  
Palmo á palmo, cara á cara,  
Y golpeándose la boca  
Que espuma, en copos, manaba,  
Con ella, al viento, entre gritos  
Parte de su rabia enviara,  
Mientras, el campo, en su potro  
Caracoleando, rodeaba,  
Mostrándosele á todos  
Con él, y en él, con su lanza,  
Donde una espada filosa  
Embutida traía, al asta,  
Y cuyo aguzado extremo,  
Húmedo en sangre cristiana,  
Cada vez que se blandía  
Rojas gotas salpicaba.  
Que así iba, rebosando  
Crudas y cerriles ansias  
Por todas partes, y en todas  
Lidiando jadeante, airada,  
Siempre ansiando el exterminio  
Nunca hastiada de matanza....  
En fin, yo canto, la tribu,  
Que hoy es polvo, menos, nada:  
Esa que fuera preciso  
Para vencerla, acabarla.

FRANCISCO XAVIER DE ACHA <sup>(1)</sup>

## MATER DOLOROSA.

Con el alma atribulada  
Por el dolor traspasada  
En tu triste soledad;  
Virgen Santa te contemplo  
Abismado en el ejemplo  
Que me das en tu horfandad.

Ya no brilla la luz bella  
Que iluminaba tu huella,  
Ya tu delicia acabó!  
Aquel Sol, cuyos fulgores  
Alentaba tus amores,  
Madre mía se eclipsó.

El Divino Salvador,  
Hijo Santo de tu amor  
En la Cruz al espirar,  
Te dejó en llanto sumida  
Huérfana, triste, abatida  
Abismada de pesar.

De aquel suplicio terrible  
Que tu corazón sensible  
Tanto y tanto desgarró,  
¿Cómo el dolor resististe,  
Como Madre no moriste  
Cuando tu Hijo espiró?

(1) FRANCISCO XAVIER DE ACHA nació en Montevideo en 1828. Después de Acuña de Figueroa, es considerado como el primer poeta festivo que haya tenido el país. Sus

En la angustiosa aflicción,  
*Virgen Hija de Sión*  
 ¿A quién te compararé?  
 Si tanto sufriste tanto  
 Y es como el mar tu quebranto  
 ¿Cómo te consolaré?

¿Quién podrá nunca explicar  
 El dolor tuyo sin par,  
 En trance tan duro y cruel?  
 ¿Qué Madre jamás libó,  
 El vaso aquel que apuró  
 Tu labio de amarga hiel?

Del martirio que te labra,  
 Ni siquiera una palabra  
 Se te escucha articular;  
 Sólo una lágrima amante  
 Se ve, Virgen, tu semblante  
 Entristecido surcar.

Tu dolor no lo permite  
 Porque tu piedad no quite  
 Su fuerza virginal;  
 Elevas tu vista al cielo  
 Y en tu mismo amargo duelo  
 Eres Madre sin igual.

Rugió sobre tu cabeza  
 Con aterrante dureza  
 La terrible tempestad,  
 Y aunque el dolor te anonada  
 Le dice á Dios tu mirada  
 Hágase tu voluntad!

En tan triste desconsuelo  
 ¿Oh Virgen Reina del Cielo!  
 ¿A quién te compararé?  
 En la inmensidad Señora,  
 Del dolor que tu alma llora  
 ¿Cómo te consolaré?

En tu triste soledad  
 Madre de amor y piedad  
 ¿A quién te compararé?  
 Si tanto sufriste, tanto  
 Y es como el mar tu quebranto  
 ¿Cómo te consolaré?

composiciones de carácter serio, también son muy estimadas. Escribió varios dramas, obteniendo éxitos lisonjeros, sobre todo con el famoso « *Una víctima de Rosas* ». Ha sido periodista distinguido y ha ocupado puestos públicos de importancia.

Grande como tu aflicción  
 Es ¡ay! la resignación  
 De tu divina piedad.  
 No en valde bendita eres  
 Entre todas las mujeres,  
 Madre de amor y bondad.

Nu en valde tú la escogida  
 Puieste para dar vida  
 En tu seno al Redentor;  
 Si eres capaz, Madre mía,  
 De soportar su agonía  
 Con tan heroico valor!

En tu extremada grandeza  
 Y de tu amor en la alteza  
 ¿A quién te compararé?  
 Si eres Reina de la gloria  
 Y yo polvo y vil escoria  
 ¿Cómo te consolaré?

¡Ay! sólo puedo, Señora,  
 En la congojosa hora  
 De tu triste soledad,  
 Caer á tus piés angustiado  
 Con el corazón tocado  
 Por tu excelsa magestad.

Sólo puedo, Madre mía,  
 ¿En la sin par agonía  
 De tu inmenso padecer,  
 Recordar que tu Hijo amado  
 Por librarme del pecado  
 Quiso la víctima ser!

Por eso triste y contrito  
 Tomo parte en el conflicto  
 De tu angustioso dolor,  
 Asombrado Virgen Santa,  
 De que sufras pena tanta  
 Con tan heroico valor!

## Á LA JUVENTUD URUGUAYA.

Después de la guerra de nueve años que terminó el 8 de Octubre de 1851.

En aridez trocado nuestro jardín se mira,  
 Del infortunio el viento sus flores agostó;  
 Y en vano la mirada por él ansiosa gira,  
 El huracán violento yormado le dejó!

De nuestro hogar querido las galas se cambiaron  
 En lazos funerarios, emblemas del dolor!  
 De nuestro ayer dorado los sueños se trocaron  
 De desaliento en horas preñadas de dolor!

¿Quién sabe si aun nos queda algún vestigio triste  
 De lo que fuera un día del niño el dulce Edén,  
 Donde su infancia tierna desenvolverse viste,  
 ¿Oh Dios! donde tan sólo escombros hoy se ven?

En esas tristes ruinas, generación presente,  
 La historia del pasado, con sangre escrita está!  
 Venid, pisad conmigo ¡oh juventud doliente!  
 La senda en que nos deja la ruda adversidad.

Venid! sí, vuestro acento enmudecido queda  
 Al contemplar, hermanos, estragos por doquier;  
 Yo de mi lira un eco sabré arrancar que pueda  
 Deciros esa historia de nuestro infausto ayer!

Venid! la voz del poeta, de vuestro llanto el eco  
 Sabrá de esos escombros la voz interpretar;  
 Mi corazón aun tiene, desencantado y seco,  
 Sus fibras para amaros, su voz para llorar!

Las flores sois vosotros que el huracán violento,  
 Al derrumbarse airado con furia arrebató;  
 Vosotros sois el mártir y noble pensamiento  
 Que del naufragio pátrio tan sólo se salvó!

Alzad, alzad la frente, sin que la faz colore,  
 No hay manchas en vosotros de oprobio ni maldad!  
 Cuando la patria libre su pabellón arbore,  
 Vosotros su cruzada sereis de libertad!

Alzad, alzad la frente, generación bendita,  
 Que envuelta en sus escombros la patria ve surgir,  
 Alzadla, que grandiosa, vuestra misión escrita  
 Está en la hoja gloriosa de nuestro porvenir!

Afrentas del pasado, baldón y mengua y duelo,  
 Lecciones son amargas, estudios son de hiel;  
 Son páginas que encierran tristeza y desconsuelo,  
 Vil fruto de un pasado, ignominioso y cruel!

Son el legado infausto que al espirar nos deja  
 De su miseria ingrata nuestro sangriento ayer!  
 De la vejez que pasa son la doliente queja,  
 Y de la patria en ruinas el grito también es!

Venid! cruzada hermosa de porvenir y gloria,  
Vasallos de la virgen, bendita libertad!  
Venid! y conjuremos de esa sangrienta historia  
La página de sangre, de ruina y horfandad!

Venid! que un solo eco nuestro dolor pronuncie,  
Que un solo pensamiento conmueva nuestro sér!  
Que nuestro acento, hermanos, sentido al mundo anuncie  
Grandioso el día de patria que empieza á amanecer!

### ENRIQUE DE ARRASCAETA (1)

#### ALABANZA AL SEÑOR.

Alabad al Señor en su santuario: alabadle  
en el firmamento de su poder.

*Salmo CL.*

Héme, Señor, en tu sagrado templo,  
Aquí vine de tí solo inspirado,  
Desde mi hogar tranquilo y olvidado,  
A alabarte en tu inmensa excelitud.  
Héme, Señor, aquí, ante tus aras,  
Del profeta la voz presente tengo,  
Y con su unción á tu santuario vengo,  
Si no pulso su armónico laud.

Héme solo, Señor, en tu presencia,  
Familia, esposa, amigos y afecciones,  
Intereses mundanos y pasiones  
A las puertas del templo las dejé.  
Allá quedan, también, mi vana ciencia,  
Rota y sin cuerdas la profana lira,  
Del mundo, y su egoísmo, y su mentira,  
Para llegar á tí me despojé.

¡Bendito seas, Señor, en tu santuario,  
Bendito el Dios que es todo Omnipotencia,  
Todo bondad, justicia, todo ciencia,  
Todo hermosura, todo perfección!  
A tí solo mi labio da alabanza,  
Y en tu infinito sér mi sér se expande,  
Porque sólo, Señor, eres tú grande,  
Arbitro de la inmensa creación.

(1) El nombre del doctor don ENRIQUE DE ARRASCAETA ocupa lugar distinguido entre los de los hombres públicos del país. Nació en 1819, cursó jurisprudencia, perteneció á la Asamblea de 1858 y fué Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores del Presidente Berro. En 1850 publicó un tomo de versos, y en 1881 una antología de poetas americanos, muy apreciada. Sus composiciones se registran en los diarios y periódicos de Montevideo, durante largos años. No fué un poeta de gran inspiración, pero sus versos en general son correctos. Pertenece á la época romántica.

¿Quién sino tú, Señor, formó esos mundos,  
Que sin chocar en torno del sol giran,  
Y desde el nuestro los mortales miran  
Brillando lejos en el cielo azul?  
Sólo por tí ese Sol, la tierra alumbra,  
Y por tí en el espacio se sustenta,  
Por tí vive la planta, el hombre alienta,  
Todo es, Señor, porque lo quieres tú.

¡Bendito seas, Señor, en tu santuario,  
Bendito el Dios que es todo Omnipotencia,  
Todo bondad, justicia, todo ciencia,  
Todo hermosura, todo perfección!  
A tí solo mi labio da alabanza,  
Y en tu infinito sér mi sér se expande,  
Porque sólo, Señor, eres tú grande,  
Arbitro de la inmensa creación.

¡Oh, plegue á vos, Señor, que cuando muda  
Calle mi voz al soplo de la muerte,  
Y pueda ya más mi labio inerte  
Mi débil alabanza á Dios decir,  
Que un ángel de los tantos que te adoran,  
El himno que ahora entono, aunque insonoro  
Alce por mí desde el celeste coro,  
En su plectro de oro y de marfil.

#### Á UNA NIÑA.

Il sorriso che il labbro t'abbella  
D'Eva il primo sorriso assomiglia.  
REGALDI.

Tú no sabes qué es amor,  
Aunque á veces hablas de él,  
No sabes cuánto dolor,  
Cuánta pena y sinsabor,  
Da, niña, un amante infiel.

Si una historia te contara,  
De una niña como tú,  
A quien su amante olvidara,  
De cierto el llanto inundara  
Tu blanca faz de querub.

¡Oh nunca tu casto oído  
Escuche promesa aleve  
De mancebo fementido,  
Que de la niña, atrevido  
Burlar el candor se atreve!

Que si acaso, tú, mi lirio,  
Otro prefieres á mí,  
Si te ama con mi delirio,  
Será menos mi martirio  
Viéndome lejos de tí.

Poséate, niña, un hombre,  
Que tus virtudes proclame,  
Que como á su vida te ame,  
Que su ángel de bien te llame,  
Te dé ventura y su nombre.

Niña de los lindos ojos,  
La aurora vas de la vida,  
Sin conocer sus enojos,  
Ni los ocultos abrojos  
Que hay en su senda florida.

De jazmines el cabello  
Piensas tan sólo en ornar;  
Ajustarte un traje bello,  
Y al torneado y blanco cuello,  
Ceñir vistoso collar.

Y de ensueños halagada,  
Niña te dejas llevar  
Como piragua confiada  
Por la corriente impulsada  
Se engolfa en el ancho mar.

Como antes de abrir la flor,  
En su capullo plegado  
Contiene esencia y color,  
Ángel al mundo bajado  
Abriga tu alma candor.

Tú no puedes alcanzar,  
Que hay en esta vida mieles,  
Muy dulces al paladar;  
Después de gustadas, hieles,  
Que nos llenan de pesar.

## FERMÍN FERREIRA Y ARTÍGAS (1)

## ROSA.

Al pronunciar tu nombre, se agolpa á mi memoria  
Tristísimo un recuerdo de mi perdido amor;  
Yo te contára, hermosa, tan peregrina historia,  
Mas temo herir en tu alma la fibra del dolor.

También ella era joven, espiritual, hermosa;  
Era la flor más pura y esbelta del pensil;  
Reinaba entre las flores y la llamaron Rosa,  
¡La tempestad un día la marchitó en su Abril!

Con ella concluyeron mis célicas visiones,  
Los mágicos ensueños de amor y juventud;  
En llanto se trocaron mis blancas ilusiones,  
Y hallé en lugar de un ara, su fúnebre ataud.

Desde tan cruel instante, sin brújula ni estrella,  
Yo me lancé del mundo por el revuelto mar;  
O atravesé el desierto para dejar mi huella,  
Sobre movible arena, que el tiempo ha de borrar.

Sin fe ¡qué puedo hablarte de dicha y esperanza?  
Mi estrella está en su ocaso, mi luz sin porvenir,  
Pasó ya la tormenta, mas vino la bonanza,  
Remedo de la calma siniestra del morir.

Así nada le queda ya al pobre peregrino,  
Sino reminiscencias de su primera edad;  
Sus rosas deshojaron las brisas del destino,  
No tiene ni una sola que dar á tu beldad.

Perdón, si en vez de un canto radiante de alegría,  
No exhalo, niña hermosa, sino ecos de dolor,  
Marchita la flor bella de la esperanza mía,  
Se destempló en mi lira la cuerda del amor.

## MARÍA.

En la cumbre del Gólgota se mira  
El santo leño do espiró Jesús;  
Hermosa una mujer gime y suspira  
Guardando el pié de la divina cruz.

(1) FERMÍN FERREIRA Y ARTÍGAS nació en Montevideo en Diciembre de 1837. Su existencia fué una lucha apasionada contra el destino, ante el que por fin se rindió. Víctima desde temprana edad de un hondo desencanto, buscó en el vicio, el olvido, y sólo halló nuevas desventuras. Sus versos, sólo son reflejos de esa existencia bohemía, donde una nota dolorosa vibra siempre. Orador elocuente, ocupó un puesto distinguido en el Parlamento; periodista de combate, vibró verdaderas batallas desde las columnas de «El Siglo». Su existencia se agostó lentamente, marchitado por los excesos. Falleció en 1872 á los 35 años de edad.

¡Quién es esa mujer que en triste duelo  
Muestra de su alma el desigual dolor?  
¡Es acaso mortal? ¡Es de este suelo  
Su imponderable y entusiasta amor?

¡O es algún ángel que con forma humana  
De su alto trono nos enviara Dios,  
Para que llore de la raza humana,  
Su horrendo crimen, su barbarie atroz?

Es mas hermosa que la blanca luna,  
Pura como el acento del Señor,  
Nunca en la tierra vi belleza alguna,  
Ni más hermosa ni con más dolor.

Es la madre de Dios, la virgen pura,  
Que le plugo en sus juicios elegir,  
Radiante como el sol en hermosura,  
Imposible al mortal de describir.

Es la inocente y celestial María,  
Llorando al hijo de su casto amor;  
¡Mortales, inclinad la frente impía,  
Su llanto respetad y su dolor!

## BRISAS.

Venid, venid, ¡oh, brisas fugitivas!  
Con vuestras alas á rozar mi sien;  
Venid trayendo al pensamiento mío,  
Recuerdos ¡ay! de su perdido Edén.

Siento al pasar que refrescais mi frente,  
Seca y marchita por interno ardor;  
Y qué esas auras que en mi torno giran,  
Fueron las auras del primer amor.

¡Venís, oh brisas, de la patria mía  
Tristes huyendo á su dolor talvez?  
¡Temeis acaso que el destino ingrato  
Cual su fortuna humille su altivez?

Decid á mi alma una palabra tierna  
Que rememore su ilusión de ayer,  
Que un eco dulce de la patria amada  
Puede tan sólo reanimar mi sér.

¡La tumba visteis do tranquila duerme  
De mi existencia la aromada flor,  
Y me traeréis una reliquia santa  
De mi primero inextinguible amor?

¡O de mi madre en los sagrados labios,  
Habeis robado un beso maternal,  
Que me compense de su triste ausencia  
A que el destino me obligó, fatal?

Brisas errantes de la patria mía,  
No disipeis mi célica ilusión;  
Habládme de ella en vuestro mudo acento  
Que traduce tan bien el corazón.

Mas no, cesad de revolar inquietas,  
Rozando alegres mi abrasada sien;  
Quiero olvidar! que los recuerdos matan,  
Estando ansente del supremo bien.

HERACLIO C. FAJARDO (1)

LA MAGA.

¿Por qué cubrir con antifaz de raso,  
Y externos atributos de hechicera  
La realidad con visos de quimera?...  
¿Que no eres maga, acaso?

¿Y hay quien al ver tu cabellera blonda  
Pueda dudar, oh máscara indiscreta,  
Que la maga en efecto no se esconda  
Detrás de la careta?

Aquella lluvia de cabellos de oro  
Cayendo en profusión sobre tu cuello,  
¿No era el inicio más veraz y bello  
Del mágico tesoro?

Y aquellos hombros de color de nieve  
Y aquel túrgido seno de alabastro,  
Y aquella gracia que á seguirte mueve  
Con la atracción del astro!

Y aquel acento de sirena que hizo  
Emociones brotar tan halagüeñas...  
¿No eran divinas y evidentes señas  
De tu real hechizo?...

(1) HERACLIO C. FAJARDO, pertenece á aquel brillante grupo de poetas encabezado por Fermín Ferreira y Artigas, herederos de la musa doliente y melancólica de Juan Carlos Gómez. Nació en San Carlos el 30 de Octubre de 1833; desde muy corta edad ingresó al periodismo, redactando «El Nacional.» Es autor de un tomo de versos hoy agotado, titulado *Arenas del Uruguay*, y además escribió el drama *Camila O'Gorman*; amén de su canto laureado «*América y Colón*,» y las composiciones sueltas que publicó en la prensa del país. Proscrito en Buenos Aires, falleció en 1867. Sus versos, aun cuando no posean mérito extraordinario, son en general buenos y se caracterizan por ese romanticismo exagerado y de mal gusto que predominó en el segundo tercio del siglo pasado.

No! no ejercía tu argentina vara  
Un prestigio tan dulce y soberano,  
Como el de un dedo que al acaso alzara  
Tu primorosa mano.

Ni las estrellas de tu ondeado velo  
Con tan blandos efluvios relucían  
Como tus claros ojos, que vertían  
La luz del mismo cielo!

Hoy, al ver el angélico conjunto  
Que ayer cubría el antifaz de raso,  
Atónito me postro, y te pregunto:  
¿Que no eres maga acaso?

¿No dan tus gracias, al que logra verlas,  
En éxtasis de amor gratos desmayos?  
¿No dan tus ojos sibilinos rayos?  
¿No dan tus labios perlas?

¿No es tu rostro el de un hada encantadora?  
¿Tu voz, una hechicera melodía?  
Y hasta tu nombre, que el querube adora,  
¿No es mágico, María?

¡Oh! para darte el cetro que concierne  
A tu prescelsa dignidad de Hada,  
Basta aspirar la atmósfera encantada  
Que á tu alrededor se cierne!

30 DE OCTUBRE.

La mañana era bella, pero el viento  
Soplaba en los cipreses con furor,  
Imitando el fatídico lamento  
Del hombre en estertor.

Ya el sol doraba las marmoreas urnas  
Con que el rico su tumba decoró,  
Cuando entraron dos almas taciturnas:  
Un buen amigo y yo.

Mudos los dos marchamos un momento,  
Clavándose de súbito mis piés,  
Al oír de mi amigo el grave acento  
Diciéndome: — Esa es!

Su mano me indicaba un promontorio  
De tierra removida, fresca aún:  
Una especie de fúnebre cimborio,  
De aspecto asaz común.

¡Aquello era su humilde sepultura!  
¡La fosa de su gloria y su elección!  
¡El tálamo glorial de su hermosura!  
¡Su lóbrega mansión!

No había en ella ni marmórea losa,  
Ni epitafio, ni signo redentor;  
No adornaba siquiera aquella fosa  
Una olvidada flor!

•••••  
Era una tumba de esplendor vacía,  
Allí, do tantas arrogantes hay...  
Pero llena de amarga poesía  
Para mis ojos, ay!

Yo caí de rodillas, y mi frente  
Aquella tierra con pasión besó...  
Y algo mi labio balbució doliente,  
Pero blasfemo no!

No!... ni un grito, ni un cargo, ni una queja  
Te dirigí, Señor!  
Ni un reproche al destino que me aleja,  
Y ni cerrar los párpados me deja  
Del ídolo querido de mi amor!

Ni un reproche, Señor, por tantos daños  
Que rugan ya mi sien;  
Por tanta hiel y tantos desengaños  
Que me atosigan, al cumplir treinta años,  
Sobre la tumba de mi amado bien!

•••••  
Considera, Señor, que era mi hechizo,  
Mi arcángel bienhechor!  
Que *ella* adorarte en mi horfandad me hizo,  
Porque el santo precepto satisfizo  
De consolar al triste con su amor!

Que fué mártir de pérfidos amaños,  
Santa y digna de tí;  
Que el vicio, el dolo, el mal fuéronle extraños!  
Que no tenía más que veinte años,  
Y que murió sin trepidar por mí!

•••••  
Por eso en este aniversario, día  
De mi natal, Señor,  
En que ella tantas flores me ofrecía,  
Viene á poner sobre su tumba fría  
Una corona fúnebre mi amor.

¡Enlázala, oh mi mártir, en tu palma!  
De *siempre vivas* es,  
Y, á par que emblema de mi muerte calma,  
Expansión de las flores de mi alma,  
Que, *siempre vivas*, lanzaré á tus piés.



CARLOS A. FAJARDO (1)

PON EN TU ESPÍRITU HIELO!

Mortal, errante Ashaverus,  
Que anda y anda sin destino,  
De la vida en el camino  
Macilento peregrino  
Condenado á no gozar;  
Bella! aparta apresurada  
La atracción de tu mirada  
De la copa envenenada  
Que no puedo desechar!

Virgen de amor, huye! aparta  
Tu corazón de mi duelo!  
Cubra tus ojos un velo,  
Pon en tu espíritu hielo  
Y en tus palabras desdén;  
Y, venero de delicias,  
De tus ardientes caricias  
Las pudibundas primicias  
Siempre incógnitas estén!

De una voz, de un sér, de un hado  
Sigo el indómito impulso,  
Que de fatiga convulso  
Vanamente lo repulso  
Cuando quiero reposar;  
¡Siempre me lleva tirano  
Con su fatídica mano  
Ese poder, ese arcano  
Que no puede contrastar!

¡Pon en tu espíritu hielo,  
Ángel puro! que es mi suerte,  
Sin amor, hácia la muerte  
Rasgado, lánguido, inerte  
Conducir el corazón!  
Y en cada instante de vida  
Tras una ilusión perdida,  
Con hechizos revestida  
Concebir otra ilusión!

Hado! impulso que me llevas  
Como una debil arista,  
Quita, aparta de mi vista,  
Si te ofende que persista  
Maldiciendo tu rigor;  
Quita! y cúbreme de duelo  
Todo el encanto del suelo,  
Toda la lumbre del cielo  
A toda imagen de amor!

(1) CARLOS A. FAJARDO, es hermano de Heraclio y como éste, desde temprana edad escribió para el público. Magariños Cervantes, tuvo para él, frases de encomio. Sus versos, más correctos y de una inspiración más pura que los de su hermano, son poco conocidos. Se inspiró en buenos modelos románticos y cultivó con éxito el género.



## RAMÓN DE SANTIAGO (1)

## DOLOROSO RECUERDO.

De dos hermanos que el rencor ahogaba  
Sangrienta vi la lucha cierto día,  
Mientras la madre, que infeliz gemía,  
Por separar sus armas se esforzaba.

Insensata, la turba les llamaba  
Lidiadores heroicos, y aplaudía;  
Pero la madre de pesar moría,  
Y su llanto de sangre derramaba.

Cayó el uno, por fin, desfalleciente;  
Muy digno el otro se creyó de gloria,  
Y hacia los cielos levantó la frente.

¡Ay! Algún día nos dirá la historia  
Que aquella madre en su dolor vehemente  
La derrota maldijo y la victoria.

## AUDACIAS DEL GENIO.

## KEPLER.

Moraba en este átomo del cielo,  
Pero vivía en la región inmensa  
Del misterio y la luz: en ella piensa,  
En ella estudia y lucha con anhelo

Para rasgar su impenetrable velo  
Y explicársela al hombre, que compensa  
Su amor con el sarcasmo y con la ofensa.  
Al fin triunfa; en su divino vuelo

(1) Don RAMÓN DE SANTIAGO es un poeta y un escritor de valer. Modeló su espíritu en las luchas ardientes de la política que agitaron á la República después de la independencia. Nacido á la vida en pleno destlumbamiento romántico, las audacias de la nueva escuela lo subyugaron y á ella ha permanecido fiel durante toda su ya larga carrera literaria, lo cual le coloca entre los viejos y queridos poetas, que cantaron en romance castellano los diversos episodios de las luchas civiles. Sus producciones, tanto en prosa como en verso, llenan las páginas de todas las revistas y periódicos que han aparecido en el país desde cincuenta años atrás. Ya en 1854 fundó con los Pérez Gomar, Ferreira y Artigas, García Lagos, Magariños Cervantes, Fajardo y Barbosa, el «Eco de la juventud oriental», é ingresa en la redacción de «El Orden»; en 1855 funda y redacta con Pérez Gomar, Fernández, Castañé, Tomé y Basañez el diario «La Libertad», al cual se agregó después el doctor José María Muñoz y producen el movimiento sensacional de aquella fecha, que guarda memoria en los anales políticos del país; en 1859 colabora en «La Nación»; en 1864 funda y redacta con don Federico de la Barra el diario «El Plata»; en 1865 toma la redacción

De la grandiosa máquina del orbe  
Sorprendió los misterios, y en tres leyes,  
Eternas como Dios, la ve y la encierra.

Y ese gran sabio que la mente absorbe,  
Más grande que el más grande de los reyes,  
Miserable murió. ¡Oh ingrata tierra!

## FRANKLIN.

Negra la nube y de su rayo armada  
En fatídica sombra el mundo encierra;  
Serenos Franklin la provoca á guerra,  
Valiente el corazón, la frente alzada.

Por la atmósfera lúgubre y pesada  
Retumba el trueno que al mortal aterra;  
Franklin por arma esgrime de la tierra  
Su cometa en los aires remontada.

De repente la nube, iluminando  
Con su mirada el tenebroso cielo,  
Lanza su flecha, que veloz serpeando,

Baja iracunda con sulfúreo vuelo,  
Y, la frente del genio amenazando,  
Besó á sus piés el conmovido suelo.

## MORSE.

Ilustre americano, de el momento  
Que por tu genio el rayo fué domado,  
Y con freno de alambre destinado  
Para raudos corceles del pensamiento,

Ya la idea no encuentra ni en el viento,  
Ni en huracán furente desatado,  
Ni en el seno del mar, nunca surcado,  
Valla capaz de detener su acento,

Abarcando en su vuelo sin medida  
Todo el imperio de la humana vida;  
Y el imantado hilo prodigioso,

En cada vibración, Morse glorioso,  
Repetirá tu codiciado nombre  
Mientras duren el mar, el aire, el hombre.

de «La Reforma Pacífica», cuando la deja don Nicolás Calvo; en 1865 redacta la tercera época de «La República», luego «El Correo» y después «El Republicano», en todos los cuales sigue la política de oposición al gobierno, que iniciara «La Reforma», que le valen ataques á la imprenta y destrucción de sus materiales tipográficos: desde 1887 á la fecha redacta en jefe «El Telégrafo Marítimo», que es el decano de la prensa periódica y órgano de los intereses comerciales del país. Además ha colaborado en el «Album» que la República presentó á la Exposición Continental de Buenos Aires; en el gran Diccionario Enciclopédico Histórico Americano, así como en «La literatura del Plata», «El eco uruguayo», «El panorama», «La aurora», «Ecos americanos», «El indiscreto», «El Plata ilustrado», «La ilustración del Plata», «El pensamiento» y la «Revista nacional de literatura y ciencias sociales.»

## FLORES DE VIEJO.

EN UN ÁLBUM.

Abatido marchaba el peregrino  
Con la nieve del tiempo en el cabello,  
Sin risa el labio, frente sin destello,  
De hojas secas sembrado su camino.

Confusos ya veía en lontananza  
Primorosos paisajes de otra vida,  
Que alumbró con encantos sin medida  
El opulento sol de la esperanza.

Y marchaba infeliz, desfalleciente,  
Bajo mortal abrumadora calma  
Con un peso de dudas en el alma,  
Con crepúsculos tristes en la mente.

Pero en dichosa, inolvidable hora  
De su senda al costado vió parada  
A la bondad en joven transformada  
De dulces ojos y de voz canora:

—Dadme una flor, oyó que le decía,  
De esas que versos los poetas llaman,  
Que los pechos sensibles tanto aman  
Y son del corazón la simpatía.

—Aquel jardín do cultivé esas flores,  
El peregrino respondió, los vientos  
Del dolor y la edad crudos, violentos,  
Para siempre quemaron destructores.

Tallos quedan no más hechos carbones,  
Alguna hoja en un rincón perdida,  
Y sobre todo triste y extendida  
La sombra de las muertas ilusiones.

Ya no tengo más flores que estos hielos  
Que ves rodear y entristecer mi frente,  
Últimos hilos de agotada fuente,  
Que juventud manó, y amor y anhelos.

Mas si no puede el fatigado vate  
Darte una flor de su jardín perdido,  
Escucha al menos el deseo sentido  
Que aquí en su corazón sincero late.

Sé feliz, sé feliz con esa calma  
Que sólo siente la conciencia pura,  
Con esa tierna mística dulzura  
Dicha del cuerpo, perfección del alma.

Feliz en tus afectos, y que el cielo  
Te los conserve, cual conserva hermosos  
De la luna los rayos candorosos  
Y de los soles el fulgente velo.

Feliz en tu bondad y tu ternura;  
Que siempre caigan sobre noble seno,  
Y nunca sientas el letal veneno  
Que ante el ingrato el corazón apura.

Feliz en tu virtud; que luminosa  
Domine siempre la calumnia fiera,  
Como domina el sol desde su esfera  
La negra nube de su luz celosa.

Feliz en tu ilusión; que siempre maga  
Pinte á tus ojos de la dicha el sueño,  
Y no veas jamás que el torvo ceño  
De cruel desengaño la deshaga.

¿Has encontrado, Zoa,  
Entre esos versos que arranqué á mis años  
Algunas tiernas y modestas flores?  
¿Dices que sí? ¿Lo dices bien sincera?  
¿A conservarlas buenas, las destinás?  
Guárdalas, pues: son obra verdadera  
De tu bondad, que á su calor nacieron  
Como nacen también en las ruinas  
Bajo un rayo de sol de primavera.

RAFAEL XIMÉNEZ (1)

## FRAGMENTOS.

Blanca ya despoblada mi cabeza  
Pensamientos encierra todavía  
¿Qué me importa del cuerpo la pobreza  
Si es de vida inmortal el alma mía?

Cual se separa en el crisol la escoria  
Del precioso metal, así en la frente  
Que guarda la labor de la memoria  
Depúrase mi espíritu y lo siente.

Mas no lo alcanza sin el vivo fuego  
Del horno abrasador de la existencia  
Que gasta la materia rudo, ciego,  
Pero respeta la inmortal esencia

(1) DON RAFAEL XIMÉNEZ nació en Montevideo el 6 de julio de 1825 y falleció el 14 de noviembre de 1904. Se educó en Europa y regresó al país en 1842 para ponerse á los órdenes del Gobierno de la Defensa, sirviendo durante el sitio. Ocupó diversos puestos públicos y fundó la oficina de Estadística Nacional. En 1840 fué condecorado con la encomienda de comendador de la orden de Isabel la Católica. Es autor de algunos tomos de poesía y de varios dramas y comedias, entre ellos: «Vasco Nuño de Balboa» y «La Campana de las Diez».

¡Infancia y juventud, soplos fugaces  
 Preludios, nada más, de la vejez  
 Hoy me sirven los dos como solaces  
 Ya que volver no pueden otra vez!

Mas ¿qué digo? ¿no soy tan venturoso  
 Que renacer me siento sin morir?  
 ¿No rodea mi sér un coro hermoso  
 Para hacerse olvidar lo que es sufrir?

Los hijos de mis hijos son mi infancia,  
 De mis hijos queridos la virtud  
 Hoy compensa mi amor y mi constancia,  
 Dando al alma dorada juventud.

Juventud misteriosa, porque es de alma  
 Que trozando del sórdido egoísmo  
 Las pesadas cadenas, vive en calma:  
 Nace en el puerto, lejos del abismo....

El grupo tumultuoso de crespones  
 Que agitado se cierne por la esfera  
 Se disipa, se rompe en mil girones  
 Cuando en los aires la borrasca impera.

La serpiente del rayo lo hace trizas  
 Y lo quema y abrasa con afán  
 Y barre, rebramando, sus cenizas  
 Con sus alas tremendo el huracán.

Del fantasma después todo el amago  
 Tórnase en limpia lluvia desprendida  
 Para llevar al suelo nó el estrago  
 Sino un germen benéfico de vida.

Así al alma la agitan las pasiones,  
 La alegría, el dolor y la esperanza,  
 Un tropel turbolento de emociones  
 Con que el joven jamás sosiego alcanza.

Pero el tiempo que todo modifica  
 Pone coto á la ruda tempestad  
 Y lo mismo que tanto mortifica  
 Al fin nos da la luz y la verdad.

¡Santa verdad que Dios ha revelado  
 Al hombre sometido á la aflicción  
 Y que el labio del hombre ha proclamado  
 Llena el alma de fe, de religión.

Sublime, sin igual, consoladora,  
 Como una antorcha, la inmortalidad  
 Abriga con sus rayos y hasta dora  
 El tiempo de la breve ancianidad!



## ANTONINO LAMBERTI (1)

## ¡DAME MÁS!

Si supieras qué espléndida te veo,  
 Al primer rayo de la luz incierta,  
 En el revuelto lecho, mal cubierta,  
 No dirías que es hora de partir.  
 No te vayas, que aun brilla en tu mirada  
 El fuego che una noche no ha extinguido;  
 Pálida por las fuerzas que has perdido,  
 Convidas á gozar hasta morir!

Dame más! hoy me amas! Otra suerte  
 Á robar este amor vendrá mañana!  
 Llevo en mi frente la vejez temprana;  
 Otras huellas las mías borrarán!  
 La dicha que juraste para siempre,  
 La quiero toda entera en un instante:  
 ¡Mira las ondas de tu seno amante  
 Cómo pidiendo mi caricia están!

Si, dame más! y lúbricas visiones  
 Pueblan mi mente al beso de tu boca;  
 Quiero otra vez entre mis brazos, loca,  
 Sentirte convulsiva estremecer.  
 Dame más; dame más! Llena mi oído  
 De ese tu ardiente entrecortado ruego.  
 Así, delirio del amor de fuego,  
 La vida desmayada en el placer!

## SIEMPRE.

Yo siempre tengo para ti armonías,  
 Mi corazón por ti siempre se queja;  
 Entre la ortiga del jardín, marchitas,  
 Siempre mis flores para ti se encuentran:  
 Las flores por hermosas conocidas  
 Que tú en la dicha triunfadora ostentas!  
 ¿En qué día mi amor sin esperanza  
 Un tributo celeste no te lleva?  
 A pesar de las canas que me dicen:  
 El tonto de la vida es el poeta.

(1) Ha vivido desde años atrás en el extranjero. Todas sus composiciones están empapadas en un sentimentalismo dulce é intenso. De este poeta, ha dicho Daniel Martínez Vigil:

«Ni la ausencia prolongada de la patria, ni el silencio persistente de su musa, privada, por el alejamiento del bardo, de las inspiraciones del hogar nativo, han logrado hacer olvidar las estancias de uno de los cantores que, con Adolfo Berro, el delicado modulador de las congojas juveniles, y con Matías Behety, el Edgar Poe del Sur, forman entre nosotros la trinidad hipostática del culto rendido á la belleza en os altares del sentimiento humano».

## RIMA.

El ángel; ¿qué buscaba  
 Cuando del cielo de su bien partía  
 Y á la tierra venía  
 Que el paso del dolor hondo mostraba?  
 El grito de mi vida no escuchaste,  
 Socorro aunque muriendo no pedía.  
 Desierta la pendiente  
 Y la hora sola y triste...  
 Ah! por qué te asomaste  
 A escuchar los rumores del torrente!  
 Perdido allí me viste,  
 Y por salvarme á mí también caíste!

## LA TOCADORA DE ARPA.

En ti escuché el murmurio  
 Del sauce con las auras,  
 La queja de las olas  
 Besando las arenas de la playa;

Esa armonía incierta  
 Del mar dormido, en calma  
 En la hora que la sombra  
 Con el silencio sobre el mundo avan-

za;  
 Ecos tiernos, lejanos,  
 Que en el espacio vagan,  
 Y vienen al espíritu  
 Con el lamento de una voz hermana;

El rumor del desierto;  
 La silbadora ráfaga  
 De los vientos que cruzan  
 Su llanura salvaje y desolada;

Los cantos que saludan  
 Al asomar el alba;  
 Rugidos de torrente;  
 El toque de oración en la montaña;

El acento, el suspiro  
 Del corazón que se ama  
 Vibrando en el recuerdo  
 Los himnos de la vida en su maña-

na;  
 Del labio amante, trémulo,  
 La promesa jurada;  
 En la noche serena  
 El acorde gentil que al amor llama;

Allá, como un ensueño,  
 Onda doliente y rápida...  
 En el torreón sombrío,  
 Endechas de cautiva solitaria;

La voz de la inocencia  
 Que á la ternura encanta;  
 El ruego de la madre  
 Por el hijo que corre á la batalla;

Del infeliz proscrito  
 La despedida amarga,  
 Dejando cuanto adora  
 Para morir ausente de la patria.

Tristezas y dulzuras,  
 Sollozos y plegarias,  
 En confusión sublime  
 Cruzaron como nubes por mi alma.

Y en mi delirio plácido,  
 Me pareciste un hada,  
 El genio de las musas  
 Arrullando al poeta en la desgracia.

Y un rayo de consuelo  
 Sentí que me inundaba,  
 Como entre ruinas tristes  
 La suave lumbre de la luna pálida.

Y el mundo de recuerdos  
 De muertas esperanzas,  
 Historia de la vida  
 Que el corazón en su sagrado guar-

da;  
 Todo se estremecía,  
 Al sonido de tu arpa,  
 Y te aclamé llorando  
 ¡Yo que creía no tener más lágrimas!

## LAURINDO LAPUENTE (1)

## EL HONOR DE LA FRANCIA.

Fiero el cañón del despotismo truena,  
 Celebrando de un pueblo el cautiverio;  
 Y la justicia en alas del misterio,  
 Al libre alienta, al opresor condena.

Levantad vuestra frente, hijos del Sena,  
 Que honor y gloria diste á un hemisferio;  
 Y destronad al monstruo del Imperio,  
 Que os obliga á arrastrar la vil cadena.

No es la egregia victoria que engrandece,  
 La que anuncia á los pueblos el soldado  
 Del genio del espanto y la tiniebla;  
 Es el triunfo del crimen que envilece,  
 El honor de la Francia sepultado  
 Bajo las ruinas de la heroica Puebla!

## PERÚ Y MÉJICO.

¡España no escarmienta! De su mortal caída,  
 Airada se levanta con ímpetu feroz;  
 Y á América se lanza para vengar la afrenta,  
 Que á su poder hicieron la Libertad y Dios.

Armada de las furias que trajo á la conquista,  
 El Nuevo Mundo anhela volver á encadenar;  
 Y al golfo mejicano dirige su estandarte,  
 Seguida por el vuelo del águila imperial.

De Méjico los libres á defender se alzaron,  
 La santa independencia, la libertad y el bien;  
 Y España retrocede, y avanzan las legiones  
 Astutas y traidoras del déspota francés.

¡Baldón! para la patria del Cid y de Pelayo,  
 ¡Baldón! para las glorias que en Mayo conquistó;  
 La España vencedora de Napoleón el Grande,  
 Hoy sufre del Pequeño, nefanda humillación.

(1) LAURINDO LAPUENTE perteneció al grupo de Heraclio Fajardo y Fermín Ferreira. Residió largo tiempo en la República Argentina. De él no se conocen más que las poesías sueltas publicadas en diarios de la época.

El clero y los traidores al agresor infame  
 Alientan con el crimen en Méjico infeliz;  
 Y es *Puebla* el apoteosis de los insignes héroes,  
 Que en medio de sus ruinas supieron combatir.

Y en vano el mal patricio y en vano el extranjero,  
 Y en vano los hipócritas sin ley ni religión,  
 Intentan la República matar impunemente,  
 A fuerza de maldades y á fuerza de cañón.

Que el degradante *Imperio* que establecer pretenden  
 Los déspotas en Méjico, veránlo desplomar,  
 Cual frágil edificio basado sobre arena  
 Al ímpetu primero del libre vendabal.

La táctica del fuerte ya está bien conocida,  
 Los déspotas enseñan la ciencia del dolor;  
 La flota de la España, la manda un descendiente  
 Del criminal famoso que traicionó á Colón!

Pirata de los Reyes, invade el territorio  
 De un pueblo democrático, con bélica actitud,  
 Y en nombre de sus amos, cual nuevo *Don Quijote*  
 Embiste con la prora las *Islas* del Perú.

¡República Peruana! defiende tus derechos,  
 Que triunfen ó perezcan tus hijos en la lid;  
 Que arrasen tus ciudades las llamas del incendio,  
 Primero que á los Reyes dobleguen la cerviz!

¡Repúblicas de América! la monarquía avanza,  
 Y avanza por los flancos de la discordia vil;  
 Unidas seréis fuertes, pero en el aislamiento,  
 El despotismo os bate y os vencerá por fin!

Abajo los gobiernos que á realizar se opongan  
 La alianza entre los pueblos del mundo de Colón,  
 Perjuros y traidores, reciban por castigo,  
 La iras de la patria, la maldición de Dios!

La tregua ha terminado—La fiera Monarquía  
 Con nuevos atentados, provoca á nueva lid;  
 ¡De pié está la República! sus héroes son los hijos  
 De Washington, Bolívar, Belgrano y San Martín.

EDUARDO G. GORDON <sup>(1)</sup>

### EL TRABAJO.

La aurora de la vida  
 Empieza para el arte,  
 La unión le hará potente  
 Del mundo en la extensión;  
 Sin el trabajo, hermanos,  
 Que tanta luz reparte,  
 No habría á la familia  
 La santa protección.

Agítese el martillo  
 Que es cetro prepotente,  
 Con ese va la idea  
 Que encarna la virtud;  
 Obreros, al trabajo,  
 Vuestro taller es templo  
 Do la honradez se anida  
 En plácida quietud.

Obreros, al trabajo  
 Con fe y perseverancia!  
 Volved á vuestras casas  
 Cubiertos de sudor;  
 ¿Qué importa la fatiga  
 Si el alma está contenta,  
 Si el pan es amasado  
 Con verdadero amor?

Obreros, al trabajo!  
 ¿Qué importa la fatiga  
 Si vuestros hijos duermen  
 Al ruido del taller?  
 No desmayéis, hermanos,  
 Que la labor obliga.  
 ¡Obreros al trabajo:  
 Ya empieza á amanecer!

JOSÉ PEDRO VARELA <sup>(2)</sup>

### ÍNDICE DEL HOMBRE.

I.

*Introducción.* — El pabellón dorado  
 De un misterioso lecho nupcial.

El porvenir naciendo del pasado!  
 Qué profundo misterio, humanidad!

II.

*Capítulo primero.* — El nacimiento...  
 Un gemido, una lágrima, un pañal...  
 Qué bonito! qué lindo! Es un portento...  
 Un indecible abrazo maternal!

(1) EDUARDO G. GORDON, murió hace ya muchos años. Fué periodista, dramaturgo y poeta. Redactó por largo tiempo varios de los principales diarios de la capital, é hizo representar diversas obras dramáticas que tuvieron aceptación. Algunas de sus composiciones se han popularizado, habiendo sido adaptadas á cantos escolares. Murió en la oscuridad después del año 1878.

(2) La celebridad de JOSÉ PEDRO VARELA no se basa sin duda en sus versos, sino en la obra de la reforma escolar que él llevó á cabo en el país y que le valió que alguien le llamara el Horacio Maun uruguayo. Nació en Montevideo el 19 de Marzo

## III.

*Capítulo segundo.* — La inocencia...  
Las risas y el colegio y la lección...  
¿Por qué lloras? Estoy en penitencia!  
Seguid! es la cartilla del dolor!

## IV.

*Capítulo tercero.* Los veinte años...  
Alma mía te quiero más que á Dios...  
Y la infame me vende. Nó, me engaño!  
Me duele horriblemente el corazón.

## V.

*Capítulo cuarto.* — El egoísmo!  
Magnífico! Se aumenta mi caudal...  
¿Un mendigo? mi casa no es asilo...  
¿Un enfermo? Que aquí no es hospital...

## VI.

*Y capítulo último.* — La muerte.  
Un momento de llanto funeral...  
Un nombre que se graba en una piedra...  
Unos meses de luto y... nada más!

\*\*\*

¿Qué lindos son tus ojos y qué lindo  
El color de tu tez inmaculada!  
¿Qué suave es el calor de tu mirada!  
¿Qué puro debe ser tu corazón!  
¿Cómo adornan tu cuello nacarado  
Las ondas de tu negra cabellera!  
¿Cómo en tu sien hermosa reverbera  
La poética luz de la ilusión!

¡Ah! ¡dichoso el que pueda un solo instante  
Ocupar tu sencillo pensamiento;  
El que aspire el aroma de tu aliento  
Y beba la ambrosia de tu amor;  
El que haga que tu frente se coloree  
Con el santo rubor de la inocencia;  
El que pase á tu lado la existencia  
Oyendo palpitar tu corazón!

de 1845 y desde temprana edad se dedicó al comercio. Llevado á Estados Unidos por motivos de su oficio, intimó allí con Sarmiento, quien le inspiró la idea de la reforma escolar que, de vuelta á la patria, inició y realizó con grandes sacrificios. Ya entonces había escrito y publicado versos y con un tomo de poesías inéditas había visitado á Victor Hugo, quien alentó al joven poeta. Sin embargo, más que sus versos han vivido sus obras de pedagogía, *La Educación del pueblo*, *La legislación escolar*, *Enciclopedia de la educación*. Fué también periodista distinguido y fundó y redactó *La Paz*. Nombrado Inspector Nacional de Instrucción pública, realizó ampliamente y con verdadera videncia el plan concebido en Estados Unidos. Murió junto al yunque, el 24 de octubre de 1879, agotadas las fuerzas de su espíritu por la labor desplegada y amargado el espíritu por la magnitud del sacrificio, desconocido entonces, y que la posteridad ha puesto de manifiesto como el mejor título de su gloria.

## Á.....

Como el recuerdo que guarda el alma  
De las risueñas horas de calma  
En que mil sueños de amor forjó;  
Así en mi mente cándida y pura,  
Se alza la imagen de la hermosura,  
De tu pureza, de tu candor.

Como el arrullo de la paloma,  
Como el concierto que, cuando asoma,  
Saluda al astro que luz nos da;  
Así en mi alma, cuando te miro,  
Se eleva un himno, que es un suspiro,  
Que es una queja, tal vez un ¡ay!

Como el pampero que al mar agita  
Y que en los bosques el árbol quita  
Todas sus hojas y su frescor;  
Así en mi pecho se alza la duda,  
Que roe lenta, que roe muda  
Mis esperanzas, mi corazón.

Y como el ave vuelve á su nido;  
Como al recuerdo de un bien perdido  
Se vuelve el hombre lleno de amor;  
Así mi alma, cuando suspira  
Lejos del mundo, de su mentira  
Se vuelve al cielo, se vuelve á Dios!

\*—

VICTORIANO E. MONTES (1)

## EL TAMBOR DE SAN MARTÍN.

## I.

Con los héroes de todo un continente  
La muerte ha hecho sacrilego botín!  
Pero aun lucha con ella frente á frente,  
Y cuerpo á cuerpo, en actitud valiente,  
El anciano Tambor de San Martín!

## II.

Los esclavos se arrancan la librea:  
« Termine, gritan, nuestra suerte ruín:  
Sea Nación independiente, ¡sea!  
La colonia infeliz... » Y á la pelea  
También corre el Tambor de San Martín!

(1) El doctor VICTORIANO E. MONTES con las pocas poesías que publicó desde 1877, época en que se inició en las letras, ha conseguido consagrarse como poeta de verdadero vuelo. Dentro de su época descuella por la originalidad de sus composi-

## III.

*Capítulo segundo.* — La inocencia...  
Las risas y el colegio y la lección...  
¿Por qué lloras? Estoy en penitencia!  
Seguid! es la cartilla del dolor!

## IV.

*Capítulo tercero.* Los veinte años...  
Alma mía te quiero más que á Dios...  
Y la infame me vende. Nó, me engaño!  
Me duele horriblemente el corazón.

## V.

*Capítulo cuarto.* — El egoísmo!  
Magnífico! Se aumenta mi caudal...  
¿Un mendigo? mi casa no es asilo...  
¿Un enfermo? Que aquí no es hospital...

## VI.

*Y capítulo último.* — La muerte.  
Un momento de llanto funeral...  
Un nombre que se graba en una piedra...  
Unos meses de luto y... nada más!

\*\*\*

¿Qué lindos son tus ojos y qué lindo  
El color de tu tez inmaculada!  
¿Qué suave es el calor de tu mirada!  
¿Qué puro debe ser tu corazón!  
¿Cómo adornan tu cuello nacarado  
Las ondas de tu negra cabellera!  
¿Cómo en tu sien hermosa reverbera  
La poética luz de la ilusión!

¡Ah! ¡dichoso el que pueda un solo instante  
Ocupar tu sencillo pensamiento;  
El que aspire el aroma de tu aliento  
Y beba la ambrosía de tu amor;  
El que haga que tu frente se colore  
Con el santo rubor de la inocencia;  
El que pase á tu lado la existencia  
Oyendo palpitar tu corazón!

de 1845 y desde temprana edad se dedicó al comercio. Llevado á Estados Unidos por motivos de su oficio, intimó allí con Sarmiento, quien le inspiró la idea de la reforma escolar que, de vuelta á la patria, inició y realizó con grandes sacrificios. Ya entonces había escrito y publicado versos y con un tomo de poesías inéditas había visitado á Victor Hugo, quien alentó al joven poeta. Sin embargo, más que sus versos han vivido sus obras de pedagogía, *La Educación del pueblo*, *La legislación escolar*, *Enciclopedia de la educación*. Fué también periodista distinguido y fundó y redactó *La Paz*. Nombrado Inspector Nacional de Instrucción pública, realizó ampliamente y con verdadera videncia el plan concebido en Estados Unidos. Murió junto al yunque, el 24 de octubre de 1879, agotadas las fuerzas de su espíritu por la labor desplegada y amargado el espíritu por la magnitud del sacrificio, desconocido entonces, y que la posteridad ha puesto de manifiesto como el mejor título de su gloria.

## Á.....

Como el recuerdo que guarda el alma  
De las risueñas horas de calma  
En que mil sueños de amor forjó;  
Así en mi mente cándida y pura,  
Se alza la imagen de la hermosura,  
De tu pureza, de tu candor.

Como el arrullo de la paloma,  
Como el concierto que, cuando asoma,  
Saluda al astro que luz nos da;  
Así en mi alma, cuando te miro,  
Se eleva un himno, que es un suspiro,  
Que es una queja, tal vez un ¡ay!

Como el pampero que al mar agita  
Y que en los bosques el árbol quita  
Todas sus hojas y su frescor;  
Así en mi pecho se alza la duda,  
Que roe lenta, que roe muda  
Mis esperanzas, mi corazón.

Y como el ave vuelve á su nido;  
Como al recuerdo de un bien perdido  
Se vuelve el hombre lleno de amor;  
Así mi alma, cuando suspira  
Lejos del mundo, de su mentira  
Se vuelve al cielo, se vuelve á Dios!

\*—

VICTORIANO E. MONTES (1)

## EL TAMBOR DE SAN MARTÍN.

## I.

Con los héroes de todo un continente  
La muerte ha hecho sacrilego botín!  
Pero aun lucha con ella frente á frente,  
Y cuerpo á cuerpo, en actitud valiente,  
El anciano Tambor de San Martín!

## II.

Los esclavos se arrancan la librea:  
« Termine, gritan, nuestra suerte ruín:  
Sea Nación independiente, ¡sea!  
La colonia infeliz... » Y á la pelea  
También corre el Tambor de San Martín!

(1) El doctor VICTORIANO E. MONTES con las pocas poesías que publicó desde 1877, época en que se inició en las letras, ha conseguido consagrarse como poeta de verdadero vuelo. Dentro de su época descuella por la originalidad de sus composi-

## III.

Escala, en son de guerra las inmuebles  
Montañas, un brillante paladín;  
Y se enardecen los campeones nobles,  
Al vibrante compás de los redobles  
Que lanzaba el Tambor de San Martín!

## IV.

Allá van los bizarros batallones!...  
Y en Maipo, en Chacabuco y en Junín,  
Destrozan las ibéricas legiones,  
Arrollando artilleros y cañones  
Al toque del Tambor de San Martín!

## V.

Cuentan que, en lo más recio de un combate,  
Incendia una granada al polvorín!...  
Firme y de pie, su fibra no se abate,  
Y entre montañas de humo el parche bate,  
Impasible el Tambor de San Martín!

## VI.

Joven y hermoso, en Lima y sus afueras  
Lucía su uniforme y su espadín,  
Su airoso porte y bélicas maneras,  
Crugiéndole las botas granaderas  
Al rumboso Tambor de San Martín!

## VII.

Qué tiempos! Qué aventuras! Cuántas *cholas*  
De alma angélica y tez de serafín,  
Suspiraban llorosas, mustias, solas,  
Por que oyeron las dulces mentirolas  
Del galante Tambor de San Martín!

## VIII.

Enfermo yace el invencible atleta,  
Relegado de un pueblo en el confín;  
Ya no hay dianas ni toques de retreta...  
¡Pasó, pasó la juventud inquieta  
Del ardiente Tambor de San Martín!

## IX.

Por él son hombres libres los ilotas...  
Y lleva un traje de raido brin!  
Vive en un rancho y en lugar de botas  
Miserables y rústicas ojotas,  
Sólo lleva el Tambor de San Martín!

ciones, la audacia de las figuras y lo atrevido de la rima. Poeta de verdadera inspiración, ha escrito composiciones que han quedado en el alma popular. *El tambor de San Martín* ha sido reproducido por todos los periódicos americanos. El doctor Montes, vinculado desde muchos años a la República Argentina, no ha vuelto a escribir, por más que los pocos versos que ha dejado es lo bastante para que su nombre quede incorporado al grupo de nuestros verdaderos poetas.

## X.

¡Pan y ropas y techo al veterano  
Escapado al sacrilego botín!  
Patria de Monteagudo y de Belgrano,  
¡Basta de ingratitud! Tiende tu mano  
Generosa al Tambor de San Martín!

## XI.

Que se yerguen las sombras inmortales  
De los bravos de Maipo y de Junín,  
Y estrechen con abrazos fraternales,  
Necochea, Las Heras y Arenales,  
Al ilustre Tambor de San Martín!

## EL PINTOR DE BATALLAS.

¡Salve artista con alma de patricio,  
Y patricio con alma de guerrero,  
Y guerrero que anhela el sacrificio,  
Y sucumbe en la lid gallardo y fiero!

Te dió su inspiración Echeverría,  
Castelli el alma, Necochea el brazo,  
Mármol su tormentosa fantasía,  
Su indómita altivez el Chimborazo.

Tu muerte, como un sol, está irradiando,  
¡En himnos mil la admiración estalle,  
Oh pintor, que has caído batallando,  
A los piés de la estatua de Lavalle!

De la patria del alma el vilipendio  
Tu noble corazón de angustia crispa,  
Como crispa á los robles el incendio,  
Esa prole siniestra de una chispa.

¡Cómo tu pecho enardecido late  
Al oír de la patria los clamores,  
Al entonar los himnos del combate,  
Sirenas de la guerra, los tambores!

En explosiones bélicas estallas  
Y el pintor se transforma en el soldado,  
Como hombre que ha pintado las batallas  
Y que ama las batallas que ha pintado.

¡Salve, artista con alma de patricio  
Y patricio con alma de guerrero,  
Y guerrero que amaste el sacrificio,  
Y caíste en la lid gallardo y fiero!

El generoso joven de alma fuerte  
Que adore el arte y como tú batalle,  
Suspirará por tu sublime muerte  
Al pié del monumento de Lavalle.

¡Cuál soñaría tu alma de gigante  
Al trasladar al inspirado lienzo,  
Lleno de unción, con el pincel vibrante,  
Los muertos de tu Maipo y San Lorenzo!

Y juraste en transportes peregrinos,  
De una visión profética á los lampos,  
Lidiar como esos héroes argentinos,  
Y hallar la muerte en tan gloriosos campos.

¡Oh, pintor! en tus cuadros opulentos  
Vibra el clarín y ondean los pendones,  
Vuelan á combatir los regimientos  
Y vomitan la muerte los cañones.

¡Cómo tu inspiración relampaguea  
Al trazar la silueta de los bravos,  
Que hicieron fulgar en la pelea  
El sable redentor de los esclavos!

Tú, con corceles de tremantes crines,  
Con morriones, penachos y oriflamas,  
Y arengas de tambores y clarines,  
En patriótico ardor el pecho inflamas!

Se ve, se asiste al bélico torneo;  
Ruedan allí las armas hechas trizas...  
Oh, del pincel altísimo Tirteo,  
Tú apostrofás, tú incendias, tú electrizas!

En tu paleta y tu pincel hay rayos,  
Tempestades, catástrofes, escombros,  
Antros, cumbres, hipóboles, desmayos,  
Estampidos, relámpagos y asombros.

Siguiendo al Héroe en su triunfal carrera,  
¡Cuál tu númen el vuelo audaz ensaya!  
Si tu no hubieras muerto... el mundo viera  
Al Andes saludando al Himalaya!

Huérfanos de tu mano cariñosa,  
¡Ay! ¡qué harán tu paleta y tus pinceles?  
Ellos debieran coronar tu fosa  
Convertidos en bosques de laureles!

Y allí, al silencio nocturnal profundo  
Dando el ramaje al huracán que zumba,  
Publicar, sollozando por el mundo  
Los poemas que duermen en tu tumba.

Tus cuadros y la sangre de tus venas  
Conquistaran, de Grecia en el recinto,  
La admiración de Apeles en Atenas,  
Y el lauro de los héroes en Corinto!

Dáde ¡oh, gloria! un mirífico destello,  
Dadle, ¡oh, poetas! vuestro excelso canto,  
Pintar los triunfos de la patria es bello,  
Y morir por la patria es noble y santo.



## AURELIO BERRO (1)

## AL MONUMENTO.

¡Para, cálido sol, tu raudo vuelo!  
Que la onda brillante  
De benéfica luz que adorna el suelo  
Con la espiga y la flor, ciña radiante  
Ese grupo de mármoles y bronce,  
Barrera levantada al hondo olvido,  
Y alto padrón de gloria  
Donde graba el esclavo redimido  
La primer frase de su libre historia!  
Truene el ronco cañón, no ya de muerte  
Mensajero fatal; su acento angusto  
Al amor de lo grande y de lo justo  
Eleve el corazón del hombre fuerte.  
Vibre en el viento el címbalo sonoro:  
En armonioso coro  
La voz de los levitas, retumbando  
Bajo las anchas bóvedas, difunda  
Allá en el templo el cántico ferviente;  
Y mientras, vuelto en vaporoso velo,  
Del turíbulo ardiente  
En lentas nubes el incienso humea,  
Aquí bajo la bóveda del cielo,  
La plegaria del pueblo alzada sea!  
¡Dios y la libertad! Tal era el grito  
Que el corazón de Lavalleja henchía,  
Cuando el bravo proscrito  
A la victoria rápida y segura  
Su indómita falange conducía.  
¿Lavalleja clamé? Grande figura,  
¿Por qué no estás aquí? ¿Por qué el Eterno  
Los días de los héroes no prolonga  
Aún más allá del término marcado  
A la vida vulgar? ¡Ah! Yo te viera  
Sobre ese frío pedestal alzado,  
Con el roto girón de tu bandera,  
Trémulo el brazo, trémula la planta,  
Ornar esa columna,  
Que la justicia á la virtud levanta.  
Yo te saludo, venerada sombra

(1) AURELIO BERRO nació en Montevideo en 1834. En el país ha sido Ministro y Diputado. Como poeta pertenece á la tradición clásica, y su verso correcto y pulido no está exento de cierto delicado aticismo. En el certamen nacional de 1879, su «Canto al Monumento de la Independencia» obtuvo el primer premio. Su inspiración se mantiene siempre dentro de la serenidad clásica, pero su verso es fluido. En la actualidad reside en Buenos Aires.

(Y las lágrimas saltan á mis ojos  
 Cuando mi voz te nombra)  
 Si allá, en el éter que circunda el suelo  
 Donde yacen sepultos tus despojos,  
 Tu espíritu flotante se pasea  
 Al contemplar el pueblo que apiñado  
 Ese mármol rodea,  
 Al fruto de tus obras consagrado.  
 Séale dulce la gloriosa ofrenda,  
 No menos justa porque fué tardía,  
 Y desde el eter, de tu amor en prenda  
 A tu patria tu espíritu sonría!  
 ¡Salve otra vez al bueno entre los buenos,  
 Y para mí el mejor!... Si entusiasmado  
 En la homérica historia me absorbía  
 De tus inclitos hechos,  
 No era sólo el valor lo que veía!  
 Bravo te hallé cuando en la ansiada arena  
 Del primer paso al estampar la huella,  
 Con los tuyos juraste  
 « Salvar la patria ó perecer por ella ».  
 Héroe te ví de Sarandí en la pugna,  
 Lanzando á la carrera á tus bridones,  
 Animado de aliento soberano,  
 Gritar á las legiones:  
 « Carabina á la espalda y sable en mano »  
 Pero aún más grande y noble  
 Te pude contemplar!... Cuando tu frente,  
 Con el laurel de la victoria orlada,  
 Inclinaste tranquila y reverente  
 En el recinto de la ley sagrada,  
 Y el invencible acero  
 Con digno continente deposiste  
 Ante esa misma ley... ¡cuánto creciste!  
 Tú fuiste, sí, el primero  
 Que dejó entre nosotros en la historia  
 Esta lección á la futura gente:  
 « Para alcanzar los timbres de la gloria  
 No le basta al soldado ser valiente ».  
 En láminas de bronce burilado  
 Mirad ahí del inmortal caudillo  
 El nombre venerado:  
 Con él están sus inclitos campeones  
 Y allí, á la par, nuestro primer Senado.

Salve ilustres varones,  
 Y tu también inolvidable día!

El valor y el saber ¡oh patria mía!  
 Aquí, bajo este sol, sobre este suelo,  
 Fundaron tus destinos soberanos:  
 Al recordarlo, aquí, bajo este cielo,  
 Descubramos la frente, ciudadanos!  
 Por fin, lo ves alzado  
 Ese padrón de honor, bella Florida!  
 Tardo recuerdo de favor gozado,  
 Por que el dolor hasta el deber descuida!  
 Mármol, granito y bronce

Relatan un poema en sus labores:  
 Las memorias de entonces  
 Aparten del artista y sus primores  
 La plácida atención del pensamiento;  
 Bronce, mármol, granito,  
 Despierten de virtud el sentimiento  
 Y eleven nuestra mente al infinito,  
 Por que El estaba allí: sin El, ¿qué fuera  
 La obra de los hombres? ¡Polvo inútil  
 Que flotando en espacios sin espacio,  
 En abismos de sombra se perdiera!  
 Con El, todo se viste y se colora,  
 Y en las formas eternas de la idea  
 Sobrevive la fuerza creadora,  
 Aunque de polvo el instrumento sea.

Vivos están los hechos de los héroes!  
 ¿Qué importa que cegado  
 El odio vil por la pasión los tuerza?...  
 Todos eran hermanos!  
 ¡Pura fraternidad, hija divina  
 De un Dios de amor y sacrificio santo,  
 Fruto feliz de la sin par doctrina  
 Que alienta el corazón y endulza el llanto:  
 Tu eres la roca inmoble  
 Donde el torrente rujidor se estrella;  
 Tu eres el fuerte roble  
 Que entre el furor del huracán descuella,  
 Sin que el furor del huracán lo doble!  
 El amor es la unión, ella la fuerza,  
 Y en ese incontrastable fundamento,  
 En medio á los embates que la acosan,  
 La humana sociedad halla su asiento,  
 Y honor, poder y libertad reposan.  
 Necio aquel que pretenda,  
 Tejiendo el interés y el egoísmo,  
 Cubrir su prole con instable tienda!  
 En su infecundo anhelo,  
 ¡Ay! será vano que prolijo imite  
 De la fraternidad la trama santa:  
 Va laborando en hielo  
 Que el primer sol de la pasión derrite,  
 O el primer golpe del dolor quebranta.  
 ¡Dios y la libertad! Allí aspiremos  
 El aura de verdad que nos anime  
 Delante de ese noble monumento,  
 Que en nuestras almas el respeto imprime,  
 De un génesis divino el juramento,  
 De la fraternidad la idea fecunda;  
 ¡Que el germen puro derramado al viento,  
 Fertilizando nuestras almas cunda!  
 Fraternidad—el estandarte sea  
 Que muestre á nuestros hijos el camino  
 Do en cada paso aproximar se vea  
 El ideal de su feliz destino;  
 Y si un día, tal vez desfalleciendo  
 Con el polvo y el sol de la jornada,  
 Sienten que su valor va decayendo

Y que se dobla su cerviz cansada,  
Vengan aquí, pregunten á ese mármol  
Cuánta es la fuerza que en la unión se esconde,  
Y escuchen en la voz de los recuerdos  
Lo que el pasado al porvenir responde!

### Á RIVADAVIA.

Tardas, Justicia; pero, al fin, tú llegas!

No era mi voz, que, resonando ahora  
debiera alzar de inspiración desnudo  
el canto de loor; grave y sonora,  
el arpa de los bardos Argentinos,  
ansiára yo escuchar, atento y mudo.  
Pero reina el silencio; el tiempo avanza,  
llega la hora propicia,  
yaudaz mi acento á levantarse lanza  
y el grito que le arranca la justicia.

Para el sabio y el bueno  
cabe, á la vez, idolatrar la Patria  
y amar la humanidad: el noble seno  
acoge todo bello sentimiento,  
y del genio profundo,  
abarca un pensamiento:  
la extensión del hogar y la del mundo.  
¡Tal fuiste, Rivadavia!  
¿qué importa, pues, si se meció mi cuna  
donde la tuya no? De la fortuna  
fué disponerlo así: su brazo fuerte  
un pedazo de tierra nos designa  
para ir á la vida ó á la muerte.  
Quédale á la virtud, severa y digna,  
salvar con su poder el linde estrecho,  
y la fibra mover del entusiasmo  
en suelo ageno y en extraño pecho.

No temas, Rivadavia, que mi canto,  
con lisonja falaz, tu nombre ofenda,  
y el brillo fulgurante de tus hechos,  
fuera del campo de su luz extienda.  
Pródiga fué tu mente generosa  
en gérmenes de bien; pero, no siempre  
la cosecha abundosa  
recoje el sembrador; — voraz, impía,  
la discordia surgió; luchaste en vano,  
y, largos años, despertaste al día  
ausente de tu suelo Americano.

¡Cuántas veces pensando  
En el desierto lar, tu mente inquieta  
volaría tras él — tras esa Patria  
á que rendiste fervoroso culto,  
y en cuyos hijos, por su mal, hallabas  
indiferencia que rayó en insulto!

Mas ese corazón que tu alentabas,  
sólo á grandes impulsos respondía;  
allí, del rencor vil ó la venganza,  
ni la sombra, cabía.  
Ambas, y en las horas de esperanza  
volviendo tu bajel al Plata undoso,  
por un momento contemplaste ansioso  
el tibio sol y la ciudad querida.  
¡Ay! de las patrias ondas  
alzóse, contra tí, la hirviente espuma;  
partiste; y tu vista humedecida,  
tu Buenos Aires se perdió en la bruma  
.....

Y mientras que las páginas oscuras  
de la Argentina historia  
se iluminan al brillo de ese nombre  
envuelto en luz de inmarcesible gloria,  
Tú, en el hondo letargo de la muerte,  
término oscuro de la humana guerra,  
descansa en paz! y á tu ceniza inerte  
cálida sea la materna tierra!

### PAN Y LÁGRIMAS.

Eleviam fra le lacrime i cuori,  
Sosteniamo gli scossi intelletti,  
Siam colpiti ma non maledetti,  
Man paterna è la man del Signor.  
SILVIO PELLICO.

En medio de los tristes pensamientos  
Que la propia desgracia nos inspira,  
Húmedo aún de sangre,  
El yermo suelo de la patria amada;  
Cuando la diestra airada del hermano,  
Contra el hermano alzada,  
En lucha estéril se fatiga en vano;  
Cuando apenas allá en el horizonte  
Brilla la tenue luz de una esperanza,  
Vaga como la vela salvadora  
Que el náufrago infeliz en sus delirios  
Cree siempre ver, y que jamás alcanza;  
Nuevos gemidos de dolor resuenan  
Nuevo horror nos abrumba,  
Y otro pueblo enlutado  
Sus ayes moribundos nos envía  
Del mar sonoro en la brillante espuma.

¡Infeliz Buenos Aires!  
La celebrada emperatriz del Plata  
Yace en el lecho del dolor cruento.  
Sus hijos desaparecen  
Al hábito fatal del morbo impío  
Como las hojas que arrebató el viento,  
Como gotas de lluvia  
Que absorbe en su corriente el ancho río.

Buenos Aires parece  
 Pero luchando aún, su noble esfuerzo  
 A la medida de su mal se acrece;  
 La caridad sublime por do quiera  
 Frente á frente al peligro se presenta,  
 Y la patria sonríe en sus dolores  
 Cuando á sus héroes por sus hijos cuenta.

Entretanto la muerte inexorable  
 Su espantosa labor sigue inclemente,  
 Las víctimas humildes  
 Al par de las más altas van cayendo,  
 Y al vicio y la virtud hiere igualmente.  
 El ministro de Dios y el de la ciencia,  
 Consuelo y esperanza del que sufre,  
 Allí á su cabecera  
 Perecen con la muerte del Apóstol,  
 Con la del bravo al pié de su bandera.  
 No hay humano poder que el mal detenga  
 Y nada - nada - su furor mitiga:  
 La segur va cortando,  
 Cual la del segador que abate á un tiempo  
 La yerba humilde y la dorada espiga.

El noble corazón que ayer latía  
 De caridad y amor dando el ejemplo,  
 Ya no latirá más. — Las anchas frentes  
 Que antes sirvieron de morada al genio,  
 Donde hervían grandiosos pensamientos  
 Que el mundo y los espacios abarcaban,  
 No piensan ya: quebráronse las alas  
 Al águila altanera,  
 Y el foco ayer de ideas eminentes  
 Es hoy una vacía calavera!  
 La beldad juvenil que antes brillaba,  
 Viva imagen del ángel en la tierra,  
 Vertiendo en torno suyo ese perfume  
 Que puso Dios en ella y en las flores,  
 Cesó de sonreír; sus tiernas gracias  
 Ya no inspiran amores,  
 Fuése... voló... como la flor marchita,  
 Que á la brisa más débil se desprende,  
 Como la débil rama que en su seno  
 El vórtice insaciable precipita.

Ayer no más una mujer dichosa,  
 Con profundo cariño,  
 Las gracias inocentes contemplaba  
 Del ternuzuelo niño  
 Que jugando á sus plantas sonreía.  
 ¡Oh! ¡Con cuánto placer le acariciaba  
 Y á sus calientes haldas le atraía!  
 Ensenábale á orar, y él, balbuciente  
 Juntando sus pequeñas manecillas,  
 Mirábala entre serio y asombrado,  
 Y en palabras cortadas repetía  
 Las mismas oraciones  
 Que del labio materno recogía.

Pura felicidad! — Mas, ¡ay! la hora  
 En que debe concluir está sonando...  
 La fiera hambrienta percibió ese niño,  
 Y al dintel de la puerta está llamando.  
 ¡Horrible transición! ¡infeliz madre!  
 Héla allí con los ojos espantados,  
 Suelto el cabello, descompuesto el rostro,  
 Sin pensamiento fijo,  
 Y llorando y riendo al mismo tiempo  
 Abrazada al cadáver de su hijo.  
 ¡Cuánta desolación! Por todas partes  
 Un cuadro desgarrante se presenta.  
 Nada le basta al monstruo; donde quiera  
 Deja caer su garra despiadada,  
 Y víctimas sin cuento  
 Arranca del bullicio de la vida  
 Y arroja en el silencio de la nada.

Buenos Aires parece,  
 Pero luchando aún; los sufrimientos  
 Son la piedra de toque  
 Donde el valor del alma se aquilata,  
 Y la excelsa virtud el mal no teme,  
 Que solamente la materia mata.  
 Los hijos de esa patria generosa  
 En la más pura caridad se inspiran,  
 Y velando incansables al doliente,  
 Con voluntad serena  
 El veneno mortífero respiran:  
 Están con el que muere,  
 Y mueren á su vez. — ¡Paz á su tumba!  
 Y para eterno ejemplo de los hombres,  
 En letras imborrables,  
 Guarde la historia al porvenir sus nombres.

Pero, no es todo aún; cuando el azote  
 Se aleje ya de víctimas hartado,  
 Nuevos males vendrán: aquí una turba  
 Hambrienta y desvalida  
 Llegará en vano á la mansión desierta  
 Del opulento que perdió la vida,  
 Y con paso cansado  
 Seguirá por un pan de puerta en puerta.  
 Allá un débil anciano,  
 A quien la muerte le quitó sus hijos,  
 Con temblorosa mano  
 Procurará secar la ardiente lágrima,  
 Que el arrugado párpado le quema,  
 Y solitario vivirá muriendo...  
 Y el huérfano infelice  
 ¿Quién le devuelve la infantil sonrisa  
 Que en sus labios vagaba,  
 Y que el dolor primero borra impío?  
 ¿Quién cubrirá sus ateridos miembros  
 Cuando gimiendo exclame: «tengo frío?»  
 ¡Y las madres! ¡Para ellas no hay consuelo!  
 Mirad, allí está una  
 Al pié de aquella cruz siempre llorando.

¿Porqué, dime, en tu llanto inextinguible  
Ese sepulcro bañas?  
Y ella en trémulo acento....  
«Regando estoy la flor de mis entrañas».

Basta, mi corazón destroza el pecho!  
¡Alma mía, ten fuerza! Dios, inspirame  
Para que tenga mi postrer acento  
La verdad que conmueve,  
Cuando al hablar á un pueblo generoso  
Le grite el labio mio:  
¡Compasión, compasión para el hermano  
Que en sus dolores al hermano implora,  
Abre tu corazón, tiende tu mano  
Pan al que pide pan. — ¡Llanto al que llora!

JOSE M. SIENRA CARRANZA <sup>(1)</sup>

Á UNA PARAGUAYA.

I.

Imagen de tu patria desolada,  
Ahí vas con paso tembloroso, incierto,  
Resto de otra mujer, virgen violada,  
Noble señora ayer, sierva hoy ajada,  
Cargando en vano un corazón que ha muerto

Ahí vas llevando en tu mirada escrito  
El poema infernal de tus dolores,  
¡Guay! víctima expiatoria sin delito,  
Ahogando acaso en la garganta el grito  
Que podría turbar á tus señores.

Vana reliquia de la lucha ruda  
Salvada á los embates de la suerte,  
Huérfana, madre solitaria, viuda,  
Bien sé que tu alma permanece muda  
Desde que en otro sér te hirió la muerte.

(1) El doctor JOSÉ MANUEL SIENRA CARRANZA, nació en Montevideo el 4 de Julio de 1843. Es un hombre público que ha ocupado puestos de importancia. Ha sido ministro diplomático, diputado y miembro del Consejo de Estado de 1898. Como orador se ha distinguido por sus convicciones, su palabra elegante y el concepto de sus discursos. Como periodista y literato, ha colaborado en diversas publicaciones y ha redactado *La Democracia*, *El Plata*, *El Pueblo* y *La Tribuna Popular*. Es autor de varios folletos históricos y jurídicos. Sus versos, inspirados y correctos, le han valido á su autor verdadero prestigio literario. Su composición «*A una paraguaya*» se ha popularizado, llegando á ser una de las poesías más en voga en el Paraguay. Actualmente es Catedrático de la Facultad de Derecho de la Universidad, de la cual fué Rector por breves horas en 1875.

¿Era el padre?... ¿Era el hijo?... ¿Era el esposo?...  
Curupayti talvez le vió asombrado,  
Tinto en sangre el acero, valeroso,  
Alzando el patrio pabellón radioso  
Sobre el campo de muertos alfombrado.

¡Guay! y tú que del triunfo en los laureles  
No pudiste soñar que hubiera espinas,  
Viste del enemigo los corceles  
Sobre el tendal girando de los fieles  
Hechos trizas en Lomas Valentinas.

Fué allí el instante de la lid tremenda  
Fué allí el relampaguear de los cañones!  
No hubo cuartel en la feroz contienda!  
Cayó!... cayó del Paraguay la tienda,  
Y su estandarte se aventó en girones!

El ¡ay! del moribundo paraguayo  
Del *cambá* se confunde con el ¡hurrah!  
Y el genio de la gloria en su desmayo  
En vano forja un postrimero rayo  
En Cerro-Leon, Piribebuey y Azcurra!

¡Guay! del pueblo infeliz en la derrota!  
¡Guay! del pueblo que á lid retó al imperio!  
¡Guay! la viuda del paria, la hembra ilota,  
¡Guay! que en el llanto que en sus ojos brota  
Ha de aplacar su sed, en cautiverio!...

¿Era el padre?... ¿Era el hijo?... ¿Era el esposo?...  
Fueron todos tus hijos, desgraciada,  
Fué la madre y la hermana, fué el brioso  
Doncel apuesto, y el anciano añoso,  
Fué tu Jerusalem, rota y saqueada!

Y ora, ahí estás, sobre tu mismo suelo,  
Expatriada en la patria, junto al templo  
Donde el incienso se levanta al cielo,  
Donde se entona el himno del consuelo  
De Aquidabán por el sangriento ejemplo.

Cristiano vencedor, al Dios bendito  
«¡Gloria!» Canta entre músicas y flores..  
Tu cargas un dolor que nadie ha escrito  
Ahogando acaso en la garganta el grito  
Que podría turbar á tus señores!...

II.

¡Ah! marcha taciturna tu camino,  
Arrastra resignada tu cadena,  
Para el pesar que tu alma ha recojido  
No hay bálsamo en la tierra.  
¡No hay limite al dolor de tus dolores!  
No hay en tu hogar sin lumbre  
Sinó aliento de muerte,  
Silencio y soledad y servidumbre!

¿Porqué, dime, en tu llanto inextinguible  
Ese sepulcro bañas?  
Y ella en trémulo acento....  
«Regando estoy la flor de mis entrañas».

Basta, mi corazón destroza el pecho!  
¡Alma mía, ten fuerza! Dios, inspirame  
Para que tenga mi postrer acento  
La verdad que conmueve,  
Cuando al hablar á un pueblo generoso  
Le grite el labio mio:  
¡Compasión, compasión para el hermano  
Que en sus dolores al hermano implora,  
Abre tu corazón, tiende tu mano  
Pan al que pide pan. — ¡Llanto al que llora!

JOSE M. SIENRA CARRANZA <sup>(1)</sup>

Á UNA PARAGUAYA.

I.

Imagen de tu patria desolada,  
Ahí vas con paso tembloroso, incierto,  
Resto de otra mujer, virgen violada,  
Noble señora ayer, sierva hoy ajada,  
Cargando en vano un corazón que ha muerto

Ahí vas llevando en tu mirada escrito  
El poema infernal de tus dolores,  
¡Guay! víctima expiatoria sin delito,  
Ahogando acaso en la garganta el grito  
Que podría turbar á tus señores.

Vana reliquia de la lucha ruda  
Salvada á los embates de la suerte,  
Huérfana, madre solitaria, viuda,  
Bien sé que tu alma permanece muda  
Desde que en otro sér te hirió la muerte.

(1) El doctor JOSÉ MANUEL SIENRA CARRANZA, nació en Montevideo el 4 de Julio de 1843. Es un hombre público que ha ocupado puestos de importancia. Ha sido ministro diplomático, diputado y miembro del Consejo de Estado de 1898. Como orador se ha distinguido por sus convicciones, su palabra elegante y el concepto de sus discursos. Como periodista y literato, ha colaborado en diversas publicaciones y ha redactado *La Democracia*, *El Plata*, *El Pueblo* y *La Tribuna Popular*. Es autor de varios folletos históricos y jurídicos. Sus versos, inspirados y correctos, le han valido á su autor verdadero prestigio literario. Su composición « *A una paraguaya* » se ha popularizado, llegando á ser una de las poesías más en voga en el Paraguay. Actualmente es Catedrático de la Facultad de Derecho de la Universidad, de la cual fué Rector por breves horas en 1875.

¿Era el padre?... ¿Era el hijo?... ¿Era el esposo?...  
Curupayti talvez le vió asombrado,  
Tinto en sangre el acero, valeroso,  
Alzando el patrio pabellón radioso  
Sobre el campo de muertos alfombrado.

¡Guay! y tú que del triunfo en los laureles  
No pudiste soñar que hubiera espinas,  
Viste del enemigo los corceles  
Sobre el tendal girando de los fieles  
Hechos trizas en Lomas Valentinas.

Fué allí el instante de la lid tremenda  
Fué allí el relampaguear de los cañones!  
No hubo cuartel en la feroz contienda!  
Cayó!... cayó del Paraguay la tienda,  
Y su estandarte se aventó en girones!

El ¡ay! del moribundo paraguayo  
Del *cambá* se confunde con el ¡hurrah!  
Y el genio de la gloria en su desmayo  
En vano forja un postrimero rayo  
En Cerro-Leon, Piribebuey y Azcurra!

¡Guay! del pueblo infeliz en la derrota!  
¡Guay! del pueblo que á lid retó al imperio!  
¡Guay! la viuda del paria, la hembra ilota,  
¡Guay! que en el llanto que en sus ojos brota  
Ha de aplacar su sed, en cautiverio!...

¿Era el padre?... ¿Era el hijo?... ¿Era el esposo?...  
Fueron todos tus hijos, desgraciada,  
Fué la madre y la hermana, fué el brioso  
Doncel apuesto, y el anciano añoso,  
Fué tu Jerusalem, rota y saqueada!

Y ora, ahí estás, sobre tu mismo suelo,  
Expatriada en la patria, junto al templo  
Donde el incienso se levanta al cielo,  
Donde se entona el himno del consuelo  
De Aquidabán por el sangriento ejemplo.

Cristiano vencedor, al Dios bendito  
« ¡Gloria! » Canta entre músicas y flores..  
Tu cargas un dolor que nadie ha escrito  
Ahogando acaso en la garganta el grito  
Que podría turbar á tus señores!...

II.

¡Ah! marcha taciturna tu camino,  
Arrastra resignada tu cadena,  
Para el pesar que tu alma ha recojido  
No hay bálsamo en la tierra.  
¡No hay limite al dolor de tus dolores!  
No hay en tu hogar sin lumbre  
Sinó aliento de muerte,  
Silencio y soledad y servidumbre!

## IMPOSIBLE.

Imposible! imposible! hay un secreto  
Que á nuestro mutuo amor se opone impío,  
Hay un misterio funeral sombrío,  
Que nuestra suerte para siempre hirió.  
En vano los recuerdos seductores  
Vendrán á acariciarnos con su halago,  
En vano, en vano, quejumbroso y vago,  
Flotará entre dos almas el amor.

Virgen al desencanto y los dolores  
Cruzabas el vergel de la existencia,  
A la cándida luz de tu inocencia  
Vislumbrando sereno el porvenir.  
Pura eres tú como la flor del aire,  
Como la luz de la mañana, bella,  
Era la estrella del amor tu estrella,  
Eva en el día del Edén feliz.

¡Ay! ufana una noche con tus galas  
Los salones del baile recorrías,  
De la danza en los giros parecías  
La prometida silfa del amor.  
¡Ah! ¿por qué en medio de la alegre fiesta  
Fueron contigo á tropezar mis ojos,  
Y la sonrisa de tus labios rojos  
Vino á hacerme temblar el corazón?

Fuiste el delirio de mi alma entonces,  
Fuiste la encarnación de mi destino,  
Yo me forjaba un porvenir divino  
Para darte divino el porvenir.  
Y tu delirio, y mi delirio, locos  
Y tu destino á mi destino atamos,  
Y luminoso el porvenir juramos  
A los transportes del amor abrir.

Tranquila iba tu vida solitaria  
Como entre flores plácida corriente,  
Yo desaté las furias del torrente  
Que en sus ondas tu calma arrebató.  
Y ora como un sarcasmo hay un secreto  
Que á nuestro mutuo amor se opone impío,  
Hay un misterio funeral, sombrío,  
Que nuestras almas para siempre hirió.

\*\*\*

Del *aroma* entre los gajos  
La flor del *cactus* he visto  
Mezclando rojas corolas  
Con botones amarillos,  
Como un infortunio encuentra  
En otro infortunio abrigo,  
Como de dos corazones  
Que el dolor tiene cautivos  
Las melancólicas quejas  
Se confunden en un himno.

No sólo espinas brotaron  
Sobre tu agreste camino,  
Cuando en noche de silencio  
Te tocó mi desvarío.  
Ah!-No me culpes si el cielo  
Turbó con mi voz tu olvido  
Y en el hielo de tus venas  
Volvió á poner fuego vivo...  
Yo di toda mi ternura  
En tributo á tus hechizos  
Y á tu corazón enfermo  
La sangre febril del mío,  
Mi desventura y la tuya

Estrechó secreto instinto  
Porque entre grietas de ruinas  
Abriesen cándidos lirios,  
Y en medio de los dolores  
La flor del amor divino  
Diese al árido desierto  
Perfumes del paraíso!

Ah! no me esquives buscando  
A tus pesares alivio,  
Que donde quiera que vayas  
Irán mis penas contigo.  
Deja otra vez que tu frente  
Repose en mi seno herido  
Fecundizando las almas  
La unión de los dos martirios  
Que sobre la tierra ingrata  
Estrechó secreto instinto,  
Y cuyas quejas simpáticas  
Se confunden en un himno,  
Como se hermanan los pétalos  
Y los colores distintos  
Cuando se injerta la tuna  
En el pié del espinillo!

CARLOS MARÍA RAMÍREZ (1)

## LA GUERRA.

— Oh! nube que recorres el desierto  
¿Qué ves en la cuchilla, en la llanura?  
— Allí del prócer el cadáver yerto,  
Allá el vivac con su mesnada impura!  
Oh! tierra inculca del fecundo llano,  
¿Cuál es tu surco y tu abundante riego?  
— La tibia sangre del caído hermano  
Y del vivac el dilatado fuego!

(1) CARLOS MARÍA RAMÍREZ, ha sido uno de los primeros ciudadanos del Uruguay. Su personalidad extraordinaria necesitó un escenario más vasto que su medio ambiente. Periodista, orador parlamentario, hombre público, ha sido una influencia decisiva en el desenvolvimiento social de su país. Nacido á la vida pública en medio del huracán de sangre de la guerra civil, volvió de ella, á donde había marchado

Fulmina, hórrida nube, el rayo ardiente,  
Y tú la lava, profanada tierra,  
Para abatir la abominable frente  
Del sanguinario genio de la guerra!

### ESCRITOS EN «LOS CASTIGOS» DE V. HUGO.

Y el poeta también tiene sus armas!  
El poeta también hace temblar!  
El puede con sus cantos sublimados  
La frente del tirano lapidar.

Oh! sublime poder de los espíritus  
Que en vano abate el ensañado mal!  
Convertir la armonía en una lira  
En la lava terrible del volcán.

El poeta es hermano en el destino  
Sacrosanto del héroe redentor.  
Victor Hugo es el trueno que retumba,  
Garibaldi es el rayo destructor.

Cuando al alma anhelante de justicia  
Ufano se alza el victorioso mal,  
El héroe toma la luciente espada,  
Y el poeta la lira del ideal.

Y el Dios de la justicia los bendice!  
Él consagra la espada y el laud,  
Y premia el alma de sus dos cruzados  
Como premia el trabajo y la virtud!

### EN LAS POESÍAS DE BERRO.

Es el trovador que canta y llora  
Al pié de las desdichas dulcemente,  
Y en su tierno laud sólo atesora  
El brillo de la lágrima ferviente.

Su dulce poesía, bella maga  
Parece que ilusiona nuestra vida!  
Es el bálsamo santo de la llaga!  
Es la venda piadosa de la herida!

como secretario de uno de los generales enemigos, con la visión profética del porvenir. Abandonó la divisa y fundó *La Bandera Radical*, desde donde fustigó á los partidos políticos tradicionales y á la revolución. Desde entonces dictó á diario á sus conciudadanos el evangelio de sus convicciones. Sus artículos más brillantes están en *La Razón*. Su actuación en la política del país ha sido fecunda. Fué senador, diputado, ministro de estado, diplomático y catedrático de derecho. La literatura fué en él lo accidental. Sin embargo en ella se formó, escribiendo desde niño versos llenos de pasión y de entusiasmo y fantasías literarias. Ya maduro, publicó una novela, *Los amores de Marta*. Es autor de un libro, *Artigas*, que vindicó la memoria del ilustre fundador de la nacionalidad uruguaya, y de una serie de conferencias de derecho constitucional. Murió en 1898.

Tú, que sufres, Narcisa, tú que lloras  
Como la tuya la desdicha agena,  
Abre este libro en tus desiertas horas,  
Si quieres mitigar alguna pena.

De todo lo que tu alma ha sublimado,  
Un eco encontrarás en sus acentos.

Tú la devota de los sentimientos  
Estudia al sacerdote, al inspirado!

### Á UN POETA CRISTIANO.

¡Poeta! ¡vé adelante! ¡Derrumba la mentira!  
¡Derrama de tu genio la santa claridad!  
¡Consagra á la justicia tu poderosa lira,  
Tal dulce en los acentos, tan ruda en la verdad!

¡Fulmina así, poeta, con fe, con osadía,  
Los rayos del Eterno que rugen en tu sien!  
¡Desplega la bandera! Con tus cantares guía  
La homérica cruzada de la verdad y el bien.

¡Cruzado! yá á la lucha te siguen decididos  
Hermanos en creencias, hermanos en amor,  
Apóstoles secretos, soldados esparcidos  
Que esperan solamente la seña del Señor.

Que en medio de las sombras con tu severa mano  
Ya bruñen y revuelven la idea — ese puñal,  
Puñal que no derrama la sangre del tirano,  
La tumba con su rayos y sólo hiere al mal.

Del fondo de las almas: ¿qué has hecho de tu hermano?  
Ya grita la conciencia, y tiembla ya Caín!  
El día del combate quizá no está lejano,  
Confusos los rumores se escuchan del clarín.

¡Tu corazón, soldado, rebose de alegría!  
Te espera en el combate la palma celestial.  
La lucha es la victoria, porque Jehová te guía,  
Porque Jehová te ha dado sus armas — el ideal.

Y la victoria santa disipará el pasado,  
Tiniebla del espíritu con su fulgente luz;  
Y diáfanas las almas del pueblo libertado,  
Desnuda y magestuosa se elevará la cruz!

## GONZALO RAMÍREZ (1).

## SALUDO Á LA ESPERANZA.

Bajando la pendiente de la vida  
Que marca el fin de la primer jornada—  
El alma triste, pero no abatida,  
Yo te saludo ¡juventud dorada!

Con la fe incommovible de un creyente  
Te hablo, y al alma, por la vez primera—  
Lo dice el labio, el corazón lo siente—  
Ruda será mi voz, pero sincera.—

No conquisté jamás ese derecho  
Con la lisonja vil del cortesano,  
No soy un mercader: late en mi pecho  
Humilde corazón de ciudadano.—

Ni oculto en la revuelta muchedumbre  
La gloria me negó sus altos dones,  
No soy de los que suben á la cumbre,  
La cívica virtud hecha girones.

La suerte ruda con su mano impía  
No profanó el ideal de mi existencia—  
Ni aprendí á cohonestar la apostasía,  
En el libro moderno de la ciencia.

Cubierto con el polvo del camino,  
Lleno de fe, la mente soñadora,  
Viajador ignorado y sin destino,  
Torno la vista hácia la nueva aurora.

Saludo á la esperanza que palpita  
De la edad juvenil en los albores—  
La patria en su infortunio necesita,  
Hombres de bien, un tanto soñadores.

Si en los menguados tiempos que corremos  
Triste lucha es la lucha por la vida,  
Con cívicos ejemplos conjuremos  
El desastre moral de la caída.

(1) El doctor GONZALO RAMÍREZ pertenece á una familia de intelectuales. Es hermano de Carlos María y José Pedro Ramírez, ilustres hombres públicos del país. Como ellos, su actuación ha sido brillante, llegando á ser decisiva en momentos de verdadera tribulación nacional. Jurisconsulto de nota, le tocó presidir el Congreso Jurídico Internacional reunido en Montevideo en 1899. Ha sido Ministro diplomático en la Argentina, donde dejó sentada su reputación de economista con su obra sobre finanzas argentinas. También ha colaborado en la obra de la legislación nacional. Desde joven escribió versos correctos é inspirados, y aún en la edad madura su estro ha solido producir con largos intervalos.

Si el fango se acumula en las alturas,  
Alcemos en el valle los altares  
Reverdece el laurel en las llanuras,  
Al soplo de las auras populares.

Jamás abatas tu radiosa frente  
Ni arrastres por el cieno tu alborada—  
Nada iguala la fuerza prepotente  
De un alma en la virtud acrisolada.

En la hora glacial del desaliento  
Reta al audaz que el deshonor te brinde—  
Sé la guardia de honor del pensamiento  
Que muere en la demanda—no se rinde.

Con la corona cívica ceñida  
Tú no darás al porvenir la espalda—  
No valen las miserias de la vida  
El último laurel de esa guirnalda.

## Á MI MEJOR AMIGO

(EN LA MUERTE DE SU IDOLATRADA ESPOSA).

Comprendo tu dolor, la frente inclinas  
Ante la tumba de la tierna amada,  
Y lloras con el alma lacerada  
El encantado hogar mirando en ruinas.

Comprendo tu dolor,—la pena horrenda  
Que labra á tu alma en tan supremo instante;  
Tribulación,—catástrofe tremenda  
Del desolado corazón amante.

Comprendo tu dolor—mido el abismo  
Que insondable á tus piés abriera el cielo—  
Hay días de amargura en este suelo  
En que vivir es acto de heroísmo.

El ronco trueno con fragor retumba,  
Brama la tempestad en tu camino,  
Para luchar con fe contra el destino  
No olvides ¡ay! su ruego de ultratumba.

Resignación, amigo, ella lo manda,  
Fué de su amor la súplica postrera,  
Acata el fallo de la ley severa,  
Honre la fe su sombra veneranda.

Llena con su recuerdo eternamente  
La amarga soledad que te rodea;  
Su memoria inmortal por siempre sea  
Símbolo de tu fe pura y ferviente.

Muerta á los rayos de la luz del día  
Eternamente en el recuerdo viva:  
Dile á la muerte con la frente altiva,  
Ven á matarla en la memoria mía!

## MATÍAS BEHETY (1)

## MARÍA.

Hacia tu hogar encaminé mi paso  
Y me detuve trémulo en su puerta!  
El sol se sepultaba en el ocaso,  
Y al abrazarme me dijiste: ¡muerta!

La sombra me inundó. El alma entera  
En un sollozo se agitó doliente,  
Al mirar esa hermosa primavera  
Desmayada en el rayo de su oriente.

¡Muerta! exclamé, y respondiste: ¡muerta!  
Delante su ataúd caí postrado....  
Cerré los ojos y la ví despierta,  
Su angelical semblante iluminado!

Me hablaba, y sonriendo enternecida,  
Envuelta en nubes de flotantes velos,  
¡Ah! no lloreis, me dijo, mi partida:  
Yo era la desposada de los cielos!

## LAS DOS ALMAS.

Del triste cementerio en la capilla  
En su blanco ataúd tendida estaba,  
En cruz las manos, y la casta frente  
De rosas coronada.

La incierta luz de amarillento cirio  
Su pálido cadáver alumbraba;  
Era joven y hermosa; y muerto había  
De un hombre por la infamia.

Del triste cementerio tras el muro  
Sobre la fría tierra muerto estaba;  
Las negras sombras de la oscura noche  
Su cadáver velaban.

(1) MATÍAS BEHETY fue un poeta sentimental y noctámbulo que erró al azar, por las tabernas, escribiendo sobre las mesas, versos de una melancolía casi mística. Todas sus composiciones están impregnadas de una compasiva ternura, de una tenue idealidad alada. Su extraño destino tiene algo del de aquel espíritu delicado que se llamó Gerardo de Nerval. Como Verlaine, escribió sus mejores estrofas, sobre la mesa del café. Nació en Montevideo en cuna humilde, emigró á Buenos Aires, donde antes de los 20 años se recibió de abogado. Fué redactor de «El Nacional», de «La Tribuna». En la capital argentina descolló bien pronto, pero él desdénó la gloria y siguió viviendo una existencia nómada de bohemio. El vicio le mató. Murió alcoholizado en edad temprana. El crítico francés Arsenio Houssaye, ha hablado con verdadera admiración de este poeta.

Era joven y hermoso; y muerto había  
En desafío, del que fueron causa  
El vicio, el desenfreno y el desorden  
De su vida agitada.

\*\*\*

Allá del infinito en el espacio  
Cruzáronse dos almas:  
Era la una cual la noche negra,  
Y era la otra cual el día blanca.

Se miraron, y alzóse de una de ellas  
Compasiva plegaria.  
Después bajó la negra, hondo, muy hondo,  
Y la blanca subió, alta, muy alta!

✱

## LUIS PIÑEYRO DEL CAMPO (1)

## EL CANTO DE LA CALANDRIA.

Há dos años que vino, con las flores,  
Con los brotos tempranos, con la savia  
Que al bullir en la médula del árbol  
Hace temblar las adormidas ramas;

En la dulce estación de los amores,  
En que todo lo bello se engalana,  
Y las brisas se impregnan de perfumes,  
Y las nubes se ponen encarnadas.

Y vino con la luz: detuvo el vuelo  
En el ombú vecino una mañana,  
Cuando aun el alba del cercano día  
Entre las sombras tímida flotaba.

Inquieta giró en torno su cabeza,  
Ocultóse en las hojas azorada,  
Voló luego á la cima, donde erguida  
Peinó sus plumas y batió sus alas.

Y cantó susurrando blandamente  
Sus gorjeos, remedo de las auras,  
Leve rumor del tímido aleteo  
De pájaros saltando entre las ramas.

(1) LUIS PIÑEYRO DEL CAMPO, nació en Montevideo y se educó en Chile, de donde regresó en 1876 con su título de doctor en jurisprudencia. En Santiago comenzó á publicar sus primeros versos, colaborando en *La Estrella de Chile*. En su patria ha colaborado en diversos periódicos y ha publicado algunos folletos de poesías. Sus versos son tiernos é inspirados en un delicado sentimentalismo. Ha ocupado puestos de importancia, habiendo sido ministro de Estado. Actualmente, dicta una cátedra de derecho en la Universidad de la República.

Y luego era el murmurio de hondo cauce,  
En que, en hilo finísimo, las aguas  
A través de enlazados camalotes  
Y de abatidos troncos se resbalan.

Y más tarde fué un trino alborozado,  
Un saludo á la luz de la mañana....  
Y luego, como quejas de una ausencia  
En amargos suspiros expresadas....

Há dos años que vino, y, desde entonces,  
La vuelta de mi artista solitaria  
Aguardo en la estación de los amores  
Al romper de las frescas alboradas.

Y acude con la luz, y yo la escucho,  
Desde el balcón de mi callada estancia,  
Dar al aire sus voces melodiosas,  
Del ombú columpiándose en las ramas.

Y para mí sus notas son sentidas,  
Su acento para mí tiene palabras,  
Que dicen cómo el ave aquella ríe,  
Goza y sufre y se queja cuando canta.

Tan sólo luego, cuando crece el día  
Y las gentes, cruzándose afanadas,  
Pasan bajo el ombú do se cobija  
Mi artista solitaria, sin mirarla,

Y entre el ruido febril que desde abajo,  
En ondas tumultuosas se levanta,  
El dulce acento de aquel ave muere,  
El eco débil de su voz se apaga.

Dudo á solas y pienso y me pregunto:  
¿Cómo pueden pasar sin admirarla?...  
¿No será que talvez el ave es muda  
Y yo tengo la música en el alma?

### VOCES....!

De pié el viajero, con febriles ansias,  
En su pupila brillan los deseos;  
Huella el umbral, su pecho se estremece:  
¿Qué le murmuran los lejanos ecos?  
— « Mi copa llena está de vino ardiente;  
Eres joven y bello:  
Bebe en mi copa, goza de la vida  
Y duerme tu embriaguez sobre mi seno! »  
Y la Gloria le dice:

— ¡Noble frente,  
Para inundarla en todos mis destellos,  
Asciende, aunque las zarzas despedacen  
Las carnes de tu cuerpo,  
Aunque las huellas de tus plantas queden  
Estampadas con sangre en el sendero.  
Yo arrancaré allá arriba tus espinas....  
Yo curaré tus llagas con mis besos!—

Y la Ciencia:

— Tu rostro empalidezca  
De fecundas vigiliás al misterio;  
Si tu espíritu noble se agiganta,  
¿Qué importa que encanezcan tus cabellos?  
Mis alas te daré; la tierra estrecha  
Será á tu osado vuelo,  
Y audaz sorprenderás en sus entrañas  
El espléndido idioma de los cielos!—  
Una voz de mujer:

— ¡Tus sienas laten!  
¿Cómo sube á torrentes desde el pecho  
La sangre á tu cabeza!

Ve con ellas,  
Sigue la voz que inflama tus deseos!  
Yo esperaré tu vuelta en el retiro,  
Que el amor llenará de tus recuerdos!  
Olvídate de mí, déjame sola,  
Mientras la fiebre bulla en tu cerebro!  
Mas, cuando sientas que tu fe vacila,  
Y gimas de la duda al desaliento,  
Cuando allá sientas frío,  
¡Oh! vuelve á este calor, vuelve al silencio  
De la tranquila estancia en que te aguardo,  
Sentada del hogar á los reflejos!  
Vuelve á mi amor entonces! En mis brazos,  
Sin que el mundo sorprenda tu secreto,  
Tú contarme podrás cuánto has sufrido...  
Yo enjugaré tu llanto sonriendo.—

LUIS MELIAN LAFINUR <sup>(1)</sup>

### SARANDÍ

12 DE OCTUBRE DE 1825.

¡Campos de Sarandí! Por patria ofrenda  
Llevaréis hasta el siglo más lejano,  
El honor de la homérica leyenda  
Que arrastró á un pueblo á sin igual contienda  
« Carabina á la espalda y sable en mano ».

El aura tibia que el follage mece,  
Quietud suspira en el verdoso llano;  
¡Mas de pronto la tierra se estremece!...  
Es que el caudillo indómito aparece  
« Carabina á la espalda y sable en mano »...

(1) El doctor LUIS MELIAN LAFINUR, nació en Montevideo el 10 de Enero de 1850. Ha figurado en la política activa como diputado á dos Legislaturas. Tomó parte en la Revolución del Quebracho, y en la última guerra acompañó al Presidente Batlle

Y luego era el murmurio de hondo cauce,  
En que, en hilo finísimo, las aguas  
A través de enlazados camalotes  
Y de abatidos troncos se resbalan.

Y más tarde fué un trino alborozado,  
Un saludo á la luz de la mañana....  
Y luego, como quejas de una ausencia  
En amargos suspiros expresadas....

Há dos años que vino, y, desde entonces,  
La vuelta de mi artista solitaria  
Aguardo en la estación de los amores  
Al romper de las frescas alboradas.

Y acude con la luz, y yo la escucho,  
Desde el balcón de mi callada estancia,  
Dar al aire sus voces melodiosas,  
Del ombú columpiándose en las ramas.

Y para mí sus notas son sentidas,  
Su acento para mí tiene palabras,  
Que dicen cómo el ave aquella ríe,  
Goza y sufre y se queja cuando canta.

Tan sólo luego, cuando crece el día  
Y las gentes, cruzándose afanadas,  
Pasan bajo el ombú do se cobija  
Mi artista solitaria, sin mirarla,

Y entre el ruido febril que desde abajo,  
En ondas tumultuosas se levanta,  
El dulce acento de aquel ave muere,  
El eco débil de su voz se apaga.

Dudo á solas y pienso y me pregunto:  
¿Cómo pueden pasar sin admirarla?...  
¿No será que talvez el ave es muda  
Y yo tengo la música en el alma?

### VOCES....!

De pié el viajero, con febriles ansias,  
En su pupila brillan los deseos;  
Huella el umbral, su pecho se estremece:  
¿Qué le murmuran los lejanos ecos?  
— « Mi copa llena está de vino ardiente;  
Eres joven y bello:  
Bebe en mi copa, goza de la vida  
Y duerme tu embriaguez sobre mi seno! »  
Y la Gloria le dice:

— ¡Noble frente,  
Para inundarla en todos mis destellos,  
Asciende, aunque las zarzas despedacen  
Las carnes de tu cuerpo,  
Aunque las huellas de tus plantas queden  
Estampadas con sangre en el sendero.  
Yo arrancaré allá arriba tus espinas....  
Yo curaré tus llagas con mis besos!—

Y la Ciencia:

— Tu rostro empalidezca  
De fecundas vigiliás al misterio;  
Si tu espíritu noble se agiganta,  
¿Qué importa que encanezcan tus cabellos?  
Mis alas te daré; la tierra estrecha  
Será á tu osado vuelo,  
Y audaz sorprenderás en sus entrañas  
El espléndido idioma de los cielos!—  
Una voz de mujer:

— ¡Tus sienes laten!  
¿Cómo sube á torrentes desde el pecho  
La sangre á tu cabeza!

Ve con ellas,  
Sigue la voz que inflama tus deseos!  
Yo esperaré tu vuelta en el retiro,  
Que el amor llenará de tus recuerdos!  
Olvídate de mí, déjame sola,  
Mientras la fiebre bulla en tu cerebro!  
Mas, cuando sientas que tu fe vacila,  
Y gimas de la duda al desaliento,  
Cuando allá sientas frío,  
¡Oh! vuelve á este calor, vuelve al silencio  
De la tranquila estancia en que te aguardo,  
Sentada del hogar á los reflejos!  
Vuelve á mi amor entonces! En mis brazos,  
Sin que el mundo sorprenda tu secreto,  
Tú contarme podrás cuánto has sufrido...  
Yo enjugaré tu llanto sonriendo.—

LUIS MELIAN LAFINUR <sup>(1)</sup>

### SARANDÍ

12 DE OCTUBRE DE 1825.

¡Campos de Sarandí! Por patria ofrenda  
Llevaréis hasta el siglo más lejano,  
El honor de la homérica leyenda  
Que arrastró á un pueblo á sin igual contienda  
« Carabina á la espalda y sable en mano ».

El aura tibia que el follage mece,  
Quietud suspira en el verdoso llano;  
¡Mas de pronto la tierra se estremece!...  
Es que el caudillo indómito aparece  
« Carabina á la espalda y sable en mano »...

(1) El doctor LUIS MELIAN LAFINUR, nació en Montevideo el 10 de Enero de 1850. Ha figurado en la política activa como diputado á dos Legislaturas. Tomó parte en la Revolución del Quebracho, y en la última guerra acompañó al Presidente Batlle

¡Si está escrito — se dice, — venceremos!  
En prez del pabellón republicano.  
Si nos toca morir... ¡bien! moriremos...  
Pero jamás con mengua; como buenos;  
« Carabina á la espalda y sable en mano ».

¿Y quién es él... que su falange aclama  
Cuando á ella nunca se dirige en vano?  
¡Es Lavalleja!... Sed de gloria inflama  
Su pecho, y lanza esta inmortal proclama:  
« Carabina á la espalda y sable en mano ».

Jinetes en sus potros furibundos,  
Y atentos á su altivo ceño ufano,  
Para dar muerte en noble lid fecundos,  
Lo siguen sus soldados tremebundos,  
« Carabina á la espalda y sable en mano ».

Sangriento fué y terrible el entrevero,  
Y un breve instante el triunfo, obscuro arcano!...  
Muy breve sí!... No hubo escuadrón guerrero  
Que resistiese aquel ataque fiero  
« Carabina á la espalda y sable en mano ».

En el fragor del épico combate,  
Al choque del acero toledano,  
No hay pólvora que el triunfo allí dilate,  
Que más presto el obstáculo se abate  
« Carabina á la espalda y sable en mano ».

Una descarga unisona y nutrida,  
Ensayo con esfuerzo sobrehumano  
El soldado imperial, que ve perdida  
Su esperanza, en la atroz arremetida  
« Carabina á la espalda y sable en mano ».

La enemiga legión, antes serena,  
Cede el campo al empuje soberano  
Que sobre ella su furia desenfrena  
Y filas acuchilla y desordena  
« Carabina á la espalda y sable en mano ».

No se contiene, no, raudo torrente,  
Ni al rayo destructor, ni al Oceano,  
Ni ese coraje de civismo ardiente  
Del uruguayo que atacó de frente  
« Carabina á la espalda, y sable en mano ».

Fué así menguada la ilusión fallida  
De romper aquel impetu espartano,  
Aquel desprecio de la propia vida,  
Con la bala de plomo recibida  
« Carabina á la espalda y sable en mano ».

y Ordóñez, como comandante de un cuerpo de guardias nacionales. Es orador, jurista de nota y hombre de letras. Es autor de un libro « *Las mujeres de Shakespeare* » y de diversos folletos políticos. Colaboró activamente en el movimiento liberal iniciado por el Ateneo, y en la tribuna de ese centro se dió á conocer como orador y poeta.

El casco del corcel que en su carrera  
Hallaba el libre suelo americano,  
Envolvió en polvo la imperial bandera  
Plegada ante la carga postrimera  
« Carabina á la espalda y sable en mano ».

¡Oh! Sarandí!... Oh inmarcesible fruto,  
De excelsa gloria en su laurel lozano!  
Para mi patria es el mayor tributo,  
Tu prodigioso triunfo de un minuto  
« Carabina á la espalda y sable en mano ».

## DATE LILIA.

He sabido con llanto tu partida,  
Mas si mi acento con dolor te nombra,  
Sigue mi alma el rastro de tu sombra!  
Aspirando el perfume de tu vida.  
CARLOS GUIDO Y SPANO.

## I.

Dolores de la tierra  
Sarcasmos de la vida,  
Truncadas esperanzas,  
En una noche de dolor maldita.

Cruzaron mensajeros  
De muerte en negra fila,  
Rodeando un lecho gélido,  
Antes nido de halagos y caricias.

Las lágrimas del alma,  
En cruel angustia íntima,  
Cual nunca laceraron  
De mi sentir la más remota fibra.

No fué sólo mi llanto  
El que brotó á la vista  
De un cuadro desolado  
Que en lo más hondo el corazón he-  
[ria!

Las flores postrer nimbo  
Formáronle á la niña,  
Y penas y no triunfos  
Triste el ave del bosque cantó es-  
[quiva.

El alba, en el concierto  
Con que su gloria anima  
Halló que de sus himnos  
Faltó en el coro la oración más rít-  
[mica.

Al ocultar su disco  
Los astros con luz tibia,  
Lloraron silenciosos  
El adiós de la eterna despedida.

La luna aquella noche  
Fué sólo luz de ruinas;  
No despidió ni un rayo  
Sin un girón de palidez sombría.

Y hasta la errante nube,  
Ante el dolor cautiva,  
Dejó caer una gota  
Del llanto que en su seno se destila.

Mas no llegó el lamento  
Que en mil ecos gemía,  
Hasta la faz sonriente  
De la niña gentil, del mundo envidia.

Creyérasela en sueños  
Y era su última cita!...  
Dejó á los que la amaron,  
Con su memoria una visión divina!

Lo que es belleza, encanto,  
Inspiración de dicha,  
Iluminó su frente  
Por el reflejo de celeste prisma.

Cómo supe quererla!...  
Doquier mi alma la mira,  
Y fórjala en el éter,  
Do su espíritu alado se desliza.

Huyó de la tormenta  
Del mundo, la avecilla;  
Ni hielos, ni borrascas  
La alcanzan ya donde el Señor la abri-  
[ga.

¿Por qué de la montaña  
Subir la áspera cima?  
La senda de los cielos,  
No era á su paso misterioso enigma.

## II.

Tu fuiste la inocencia  
Que desplegó tranquila  
Sus alas, y envolvióse  
En el cendal de nube fugitiva.

Así partiste, Imagen  
De una promesa extinta,  
Estrella de una noche,  
Y alborada fugaz de un solo día!

Adiós! hada sublime!...  
Con tu dulzura eximia,  
Acoje estas estrofas  
Al calor de la luz de tu pupila.

Fulgor, ante el pié errátil,  
Sea tu alma peregrina,  
Norte de mi camino  
Astro que riele en la cerúlea linfa.

JOSÉ ROMÁN MENDOZA (1)

### ESPERANZA.

Esperanza! Esperanza! dulce amiga,  
Protectora deidad en nuestros lares,  
Perdóname si llego á tus altares  
Evocando al futuro en mi ansiedad.  
Bajo el ardiente cielo americano  
Se ama la Patria con eterno fuego,  
Por ella elevo palpitante un ruego  
Por su dicha, su gloria y libertad.

Esperanza! viajera soñadora,  
Tu no eres, no, la imagen del delirio  
Que en sus horas amargas de martirio,  
Te acaricia la patria en su dolor.  
Sólo por tí mi corazón suspira,  
Cuando contemplo nuestra amada tierra  
Empapada en el llanto de la guerra,  
Palida virgen, sin placer ni amor.

Esperanza! benigna compañera  
Que reflejas con luz resplandeciente  
Del noble ciudadano en la alta frente,  
Y del malo te ocultas al mirar.  
Esperanza!... de cerca te contemplan  
Los que vieron tu auréola en su camino,  
Como astro fulgurante que el destino  
Nos marcára en el mundo al batallar.

(1) JOSÉ ROMÁN MENDOZA ha ocupado puestos de primera fila en el país. Ha sido diputado, senador y ministro de estado. Desde joven se dió á conocer escribiendo versos, pero su personalidad política la cimentó bajo el gobierno del señor Cuestas,

Tu eres el ángel celestial y fuerte  
Que encaminas sonriente á las naciones,  
Y libertas al hombre en sus prisiones  
Limando grillos que el pesar forjó.  
Por tí no pudo la soberbia Roma  
Con su inmenso poder y su tirano,  
Encadenar el pensamiento humano,  
Que en la cumbre del Gólgota nació.

¡No abandone nuestra alma la esperanza!  
La vida es un combate despiadado,  
Y triunfa siempre el estandarte honrado,  
Cuando palpita el corazón con fe.  
El espíritu humano es un gigante  
Con la fuerza expansiva del Pampero,  
Y arrebatada en su furia al mundo entero  
Si al mundo entero combatirle vé.

No es la fuerza brutal la que domina  
El santo hogar de la conciencia humana:  
Es la inmensa justicia, soberana,  
La que gobierna al mundo en el deber.  
Sólo existe en el hombre la grandeza  
Cuando esgrime las armas del derecho,  
Pero nunca se impone á nuestro pecho  
Con las armas vedadas del poder.

La Esperanza! profética Sibila,  
Nos revela entre sueños el encanto  
De sorprender al déspota en el llanto,  
En sus horas inquietas de terror.  
Tú das al libre aliento poderoso  
Cuando defiende la bandera santa,  
Que la justicia y el deber levanta  
En las lides supremas del honor.

Por tí Jesús ennobleció el Calvario,  
Por tí venciera el valeroso Juarez,  
Por tí Colón atravesó los mares,  
Por tí este pueblo en Sarandí triunfó.  
Alienta siempre al varonil cubano,  
Que en su patria luchando como bravo,  
Morir prefiere á conservarse esclavo,  
En la tierra viril donde nació.

De pié la juventud! y saludemos  
Con el acento de entusiasmo ardiente,  
A la amiga del hombre independiente  
Que retempla en el alma, la virtud.  
Esperanza! destroza las cadenas  
Que han forjado en el mundo los tiranos!  
— Todos los hombres deben ser hermanos,  
Y es el crimen mayor la esclavitud.

de quien fué primero ministro y hombre de confianza, para verse enseguida complicado en una revolución, perseguido y deportado á Buenos Aires. Sus composiciones, que datan de su juventud, son incorrectas y de escaso mérito artístico, pero en todas palpita el entusiasmo y un vivo sentimiento patrio.

## ANACLETO DUFORT Y ÁLVAREZ (1).

## PRESENTIMIENTO.

¿Le veis?... Es un niño...  
El sol en las hebras  
Del cabello, matices dorados  
Al ébano mezcla.

De un manso arroyuelo  
Por la áurea ribera,  
Que entre flores y arbustos se esconden  
El niño allí juega... [de,

Debajo de un sauce  
Que sombra le presta,  
Arrobada su hijo adorado  
La madre contempla.

La luz de sus ojos  
Descubre un poema,  
Un poema de amor y esperanzas  
Que al hijo le sueña...

Y el céfiro alado  
La linfa azul besa,  
Que en levisimas ondas murmura,  
Murmura y se aleja.

Y el niño se pára,  
Y escucha é intenta  
Traducir el extraño idioma  
Del agua parlera.

Sus pupilas que antes  
Volteaban inquietas,  
Ahora, fijas en algo invisible,  
Inmóviles quedan...

— Madre! — al fin dice,  
Volviendo hácia ella  
Su radiante mirada de aurora:  
— Ser onda quisiera!

La madre con besos  
Los labios le sella,  
Tan suaves que el blando murmullo  
Del agua remedan...

Volando medrosa  
Un ave se acerca,  
Y piando penetra en el nido  
Que de un gajo cuelga.

Del niño, aspirando  
Candor é inocencia,  
Al espacio poblado de sueños,  
La mente audaz vuela.

Y el niño tornando  
La hermosa cabeza:  
— ¡Madre! — exclaman sus labios de  
— Ser ave quisiera! [rosa

— Oh, hijo del alma!  
La madre contesta:  
Es que amor en tu pecho de ángel  
Presiente otra esfera...

— Y qué es amor, madre?  
— Qué es amor, mi prenda...?  
Y una pausa llenando de idilios  
Mil veces le besa.

— Pregúntale al ave  
Y al onda parlera,  
Y á la brisa cargada de aromas,  
Que sopla en la selva...

Es luz y alegrías,  
Sufrir muchas penas,  
Y después... es hallar en un hijo  
La dicha suprema!

(1) El doctor ANACLETO DUFORT Y ÁLVAREZ, nació en San Carlos (Maldonado) el 22 de Agosto de 1835. Político, periodista y orador parlamentario, su iniciación en la vida pública arranca del año 1877. Fué fundador de la *Revista Científico-Literaria* y redactor de la *Revista Americana*, y de *La Idea*. Tomó parte activa en el movimiento liberal iniciado bajo el gobierno de Santos, fundando *La Razón* en compañía de otros ciudadanos y prestando su concurso á las veladas literarias del Ateneo. Tomó parte activa en la revolución del Quebracho y conoció las amarguras del destierro. Ha dedicado también parte de sus energías á los estudios históricos, siendo autor de dos libros: *Invasión de Echagüe* y *Batalla de Cagancha*. Ha sido diputado, sonador, y su muerte ocurrida en 1902, le sorprendió ocupando el cargo de Ministro de Hacienda. Sus composiciones, de un delicado sentimentalismo, se hallan dispersas en la prensa del país.

## EN EL ÁLBUM DE MI HERMANA.

Dulce recuerdo de patria amada,  
Voz del hogar,  
Eco sonoro de una cascada  
Brisa del mar,  
Liviana espuma de manso río,  
Primer albor,  
De luna un rayo, lluvia de estío,  
Aroma y flor,  
Sean mensajeros en esta vida  
De mi sentir,

Cuando la suerte tu voz querida  
Me impida oír.  
Y si tus ojos por los pesares  
Vense llorar,  
Este recuerdo y el de los lares  
De nuestro hogar,  
Llévente al alma dulce desmayo  
Consolador,  
Como esa espuma, como ese rayo,  
Como esa flor.

## VAGUEDAD DEL DESEO.

Son en la vida misterioso arcano  
Ciertos momentos de opresión extraña,  
En que un deseo sin color, sin nombre,  
Brotó del alma...

Hay en la mía del pampero el soplo,  
Y en turbias olas las pasiones rugen;  
Y algo del lago que levanta apenas  
Ondas azules.

Yo nací libre!... Si á mi sér oprimen  
Ardiendo en ira y espantoso y ebrio,  
En vez de sangre, por mis venas corre  
Líquido fuego...

Y al ver el ave que amorosa lleva  
Algo en el pico al misterioso nido,  
Sueño... no sé; pero en mis ojos brilla  
Dulce rocío.

Brotó del alma sentimiento vago,  
Mezcla de ira y amoroso anhelo,  
Como armonía que en la noche oscura  
Vuelven los ecos.

¡Ah! Si un tirano en mi país... tirano!  
¡Quémame el labio pronunciarlo sólo!...  
¡Cómo en mis manos el odioso yugo  
Viérase roto!

¡Ah!... Si una bella los brillantes ojos  
A mí volviese de rubor velada...  
¡Cómo me vieran á sus piés rendido!  
¡Cómo la amára!...

¿Qué será?... digo, y de mi alma brota  
Mezcla de ira y amoroso anhelo,  
Como armonía que en la noche oscura  
Vuelven los ecos.

Y á veces corro desolado, loco,  
Por las cuchillas ó en la verde selva,  
Y el sol me encuentra al terminar la aurora,  
Hecho una fiera.

Y á veces quedo pensativo, inmóvil,  
De pié en la roca que la mar azota,  
Fijos los ojos en el sol que muere,  
Allá en las sombras.



### JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN (1)

#### FRAGMENTOS DE «TABARÉ»

Héroes sin redención y sin historia,  
Sin tumbas y sin lágrimas  
Estirpe lentamente sumergida  
En la infinita soledad arcana;

Lumbre espirante que apagó la aurora,  
Sombra desnuda muerta entre las zarzas,  
Ni las manchas siquiera  
De vuestra sangre nuestra tierra guarda,

¡Y aun viven los jaguares amarillos!  
¡Y aun sus cachorros maman!  
¡Y aun brotan las espinas que mordieron  
La piel cobriza de la extinta raza!

Héroes sin redención y sin historia,  
Sin tumbas y sin lagrimas;  
Indómitos luchásteis... ¿Qué habeis sido?  
¿Héroes ó tigres? ¿Pensamiento ó rabia?

Como el pájaro canta en una ruina,  
El trovador levanta  
La trémula elegía indescifrable  
Que á través de los árboles resbala,

(1) JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN, es el autor de *Tabaré* y *La Leyenda Patria*. Jurisconsulto, magistrado, periodista, orador, diputado diplomático, catedrático de literatura y derecho internacional, miembro correspondiente de las Reales Academias Española y de la Historia, es, por sobre todo eso y antes que nada, el gran poeta nacional. Nació en Montevideo el 23 de diciembre de 1855; hizo sus primeros estudios en el Colegio de los RR. PP. Jesuitas; cursó luego su bachillerato en el Colegio de Santa Fe (República Argentina), pasando más tarde á Santiago de Chile, donde graduóse de doctor en jurisprudencia. De allá volvió á la patria, autor de un libro, *Notas de un himno*, y precedido de la fama alcanzada en las justas literarias de *La Estrella de Chile*, publicación que veía la luz en la gran capital del Pacífico. Aquí le esperaba la gloria literaria. En la inauguración del monumento á la Independencia erigido en la Florida, alcanzó con su *Leyenda Patria* el triunfo más

Cuando os siente pasar en las tinieblas,  
Y tocar con las alas  
Su cabeza, que entrega á los embates  
Del viento secular de las montañas.  
Sombras desnudas que pasais de noche,  
En pálidas bandadas,  
Goteando sangre, que, al tocar el suelo,  
Como salvaje imprecación estalla;  
Yo os saludo al pasar. ¿Fuisteis acaso  
Mártires de una patria,  
Monstruoso engendro á quien feroz la gloria  
Para besarlo, el corazón le arranca?  
Sois del abismo en que la mente se hunde  
Confusa resonancia;  
Un grito articulado en el vacío  
Que muere sin nacer, que á nadie llama;  
¡Pero algo sois! ¡El trovador cristiano  
Arroja, húmedo en lágrimas,  
Un ramo de laurel en vuestro abismo...  
Por si mártires fuisteis de una patria!

#### III.

Así pasaba Tabaré aquel día  
Frente á la virgen que, con dulce acento,  
¡Vaya et indio con Dios! ¡Porqué así corre?  
Dijo por fin, ¿le infundo algun recelo?

Él se detuvo, sin alzar la frente,  
Cual llamado á lo lejos;  
Cual si la voz tardara largo espacio  
En ir desde el oído al pensamiento.

Y allí fijo quedó, como tocado  
Por un conjuro; trémulo  
Como el corcel que en su carrera escucha  
El bramido del tigre en el desierto.

grande que registran los anales literarios del país, triunfo que se repitió al aparecer *Tabaré*, el gran poema americano que arrancó palabras de admiración á Juan Valera. La ola política le envolvió, como á todos los hombres de su generación. Fundó su diario *El Bien*, y lanzóse á una lucha ardiente y apasionada. Combatió sin tregua y sin premio; conoció las tristezas de la proscripción y las amarguras de la derrota. De regreso del desierto ingresó al Parlamento. Fué factor principalísimo en la lucha política de 1890 que llevó al doctor Julio Herrera y Obes á la presidencia de la República. Luego marchó á Europa. Representó al país en el carácter de enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en España, Portugal, Francia y el Vaticano. En su libro *Resonancias del Camino*, recogió las sensaciones de su viaje á través del viejo mundo. En Madrid y París intimó con hombres ilustres. Fué el primer americano que hizo oír su voz en la tribuna del Ateneo de Madrid; se le designó para hablar en la velada celebrada en el Teatro Real de la capital de España en honor del poeta José Zorrilla, y asistió y tomó parte en las deliberaciones de las Reales Academias Española y de la Historia. Vuelto á la patria, fué nombrado catedrático de derecho internacional y nuevamente asumió la dirección de *El Bien*. Es miembro honorario del Instituto de Orden dos Advogados Brasileños; comendador de la Legión de Honor gran cruz de Isabel la Católica; comendador con

Y á veces corro desolado, loco,  
Por las cuchillas ó en la verde selva,  
Y el sol me encuentra al terminar la aurora,  
Hecho una fiera.

Y á veces quedo pensativo, inmóvil,  
De pié en la roca que la mar azota,  
Fijos los ojos en el sol que muere,  
Allá en las sombras.



## JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN (1)

### FRAGMENTOS DE «TABARÉ»

Héroes sin redención y sin historia,  
Sin tumbas y sin lágrimas  
Estirpe lentamente sumergida  
En la infinita soledad arcana;

Lumbre espirante que apagó la aurora,  
Sombra desnuda muerta entre las zarzas,  
Ni las manchas siquiera  
De vuestra sangre nuestra tierra guarda,

¡Y aun viven los jaguares amarillos!  
¡Y aun sus cachorros maman!  
¡Y aun brotan las espinas que mordieron  
La piel cobriza de la extinta raza!

Héroes sin redención y sin historia,  
Sin tumbas y sin lagrimas;  
Indómitos luchásteis... ¿Qué habéis sido?  
¿Héroes ó tigres? ¿Pensamiento ó rabia?

Como el pájaro canta en una ruina,  
El trovador levanta  
La trémula elegía indescifrable  
Que á través de los árboles resbala,

(1) JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN, es el autor de *Tabaré* y *La Leyenda Patria*. Jurisconsulto, magistrado, periodista, orador, diputado diplomático, catedrático de literatura y derecho internacional, miembro correspondiente de las Reales Academias Española y de la Historia, es, por sobre todo eso y antes que nada, el gran poeta nacional. Nació en Montevideo el 23 de diciembre de 1855; hizo sus primeros estudios en el Colegio de los RR. PP. Jesuitas; cursó luego su bachillerato en el Colegio de Santa Fe (República Argentina), pasando más tarde á Santiago de Chile, donde graduóse de doctor en jurisprudencia. De allá volvió á la patria, autor de un libro, *Notas de un himno*, y precedido de la fama alcanzada en las justas literarias de *La Estrella de Chile*, publicación que veía la luz en la gran capital del Pacífico. Aquí le esperaba la gloria literaria. En la inauguración del monumento á la Independencia erigido en la Florida, alcanzó con su *Leyenda Patria* el triunfo más

Cuando os siente pasar en las tinieblas,  
Y tocar con las alas  
Su cabeza, que entrega á los embates  
Del viento secular de las montañas.  
Sombras desnudas que pasais de noche,  
En pálidas bandadas,  
Goteando sangre, que, al tocar el suelo,  
Como salvaje imprecación estalla;  
Yo os saludo al pasar. ¿Fuisteis acaso  
Mártires de una patria,  
Monstruoso engendro á quien feroz la gloria  
Para besarlo, el corazón le arranca?  
Sois del abismo en que la mente se hunde  
Confusa resonancia;  
Un grito articulado en el vacío  
Que muere sin nacer, que á nadie llama;  
¡Pero algo sois! ¡El trovador cristiano  
Arroja, húmedo en lágrimas,  
Un ramo de laurel en vuestro abismo...  
Por si mártires fuisteis de una patria!

### III.

Así pasaba Tabaré aquel día  
Frente á la virgen que, con dulce acento,  
¡Vaya et indio con Dios! ¡Porqué así corre?  
Dijo por fin, ¿le infundo algun recelo?

Él se detuvo, sin alzar la frente,  
Cual llamado á lo lejos;  
Cual si la voz tardara largo espacio  
En ir desde el oído al pensamiento.

Y allí fijo quedó, como tocado  
Por un conjuro; trémulo  
Como el corcel que en su carrera escucha  
El bramido del tigre en el desierto.

grande que registran los anales literarios del país, triunfo que se repitió al aparecer *Tabaré*, el gran poema americano que arrancó palabras de admiración á Juan Valera. La ola política le envolvió, como á todos los hombres de su generación. Fundó su diario *El Bien*, y lanzóse á una lucha ardiente y apasionada. Combatió sin tregua y sin premio; conoció las tristezas de la proscripción y las amarguras de la derrota. De regreso del desierto ingresó al Parlamento. Fué factor principalísimo en la lucha política de 1890 que llevó al doctor Julio Herrera y Obes á la presidencia de la República. Luego marchó á Europa. Representó al país en el carácter de enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en España, Portugal, Francia y el Vaticano. En su libro *Resonancias del Camino*, recogió las sensaciones de su viaje á través del viejo mundo. En Madrid y París intimó con hombres ilustres. Fué el primer americano que hizo oír su voz en la tribuna del Ateneo de Madrid; se le designó para hablar en la velada celebrada en el Teatro Real de la capital de España en honor del poeta José Zorrilla, y asistió y tomó parte en las deliberaciones de las Reales Academias Española y de la Historia. Vuelto á la patria, fué nombrado catedrático de derecho internacional y nuevamente asumió la dirección de *El Bien*. Es miembro honorario del Instituto de Orden dos Advogados Brasileños; comendador de la Legión de Honor gran cruz de Isabel la Católica; comendador con

Así como una piedra,  
Al fondo del abismo descendiendo,  
Despierta temerosas resonancias,  
Voces lejanas, quejas y lamentos,

La voz de la española  
Descendió al alma del salvaje enfermo,  
Y en ese abismo despertó la vida,  
La queja, el grito del dolor y el tiempo.

El indio alzó la frente; miró á Blanca  
De un modo fijo, iluminado, intenso.  
Había en su actitud indescifrable  
Terror, adoración, reproche, ruego.

## IV.

— «Tú hablas al indio! ;Tú, que de las lunas  
Tienes la claridad!

¿Por qué lo hieres con tu voz tranquila,  
Tranquila como el canto del *sabiá*?

Si tienes en los ojos, de las lunas

La transparente luz,  
¿Por qué tu alma para el indio es negra,  
Negra como las plumas del *urú*?

¿Por qué lo hieres en el alma oscura?

¿Deja al indio morir!  
Tú tienes odio negro para el indio,  
Para el triste cacique guaraní».

.....

«Oh, sí! Yo sé que acechas  
Mis horas de dolor;  
Sé que remedas alas de jilgueros  
Donde yo estoy.

Yo sé que tú el secreto  
Conoces de mi sér,  
Y sé que tú te escondes en las nieblas...  
;Todo lo sé!

Que gimes en el viento,  
Que nadas en la luz,  
Que ríes en la risa de las aguas  
Del *Iguazú*;

placa de la orden de Carlos III; caballero de la orden pontificia de San Silvestre, etc. Sus obras son las siguientes: *Notas de un himno, Jesuitas, La Leyenda Patria, Tabaré, Resonancias del Camino, Huerto Cerrado, Conferencias y Discursos*; tiene en preparación su gran poema *Artigas, Maris Stella, Mi Tierra, Recuerdos de infancia y juventud*, y un tratado de derecho internacional en que presenta un nuevo concepto filosófico del derecho, del que deduce una doctrina completamente original. De su viaje á través de la vida, el doctor ZORRILLA DE SAN MARTÍN ha traído á su pueblo el justo concepto de los hombres y las cosas que aplica á los sobresaltos de nuestra turbulenta democracia, y la alta cultura de su espíritu saturado del ambiente artístico de las capitales europeas. Peregrino por mares y tierras, á través de museos y de ruinas, de ciudades y de países diferentes, vió y estudió de cerca las huellas de los pueblos muertos y las almas de los pueblos vivos. Tal vez ha podido ser un sociólogo, un pensador ó un filósofo, pero él ha preferido seguir siendo siempre, y antes que nada, el poeta incomparable de *Tabaré* y *La Leyenda Patria*.

Que miras en las altas  
Hogueras de *Tupá*,  
Y en las lunas de fuego fugitivas  
Que brillan al pasar.  
Tú, como el algarrobo,  
Sueño das á beber;  
Y das la sombra hermosa que envenena  
Como el *ahué*.

Yo, temiendo tu sombra,  
Tiemblo y huyo de tí,  
Y tú en el despertar de mis memorias,  
Vas tras de mí.

Mis nervios que eran fuertes,  
Fuertes cual *ñandubay*  
Blandos como el retoño más temprano  
Del *ombú* están....

No ha pasado una luna  
Después que yo te ví;  
;Mira cómo está enfermo el indio bravo  
Sólo, por tí!»

La súplica, el reproche,  
La imprecación, el ruego,  
Se sucedían en la voz del indio  
Y en su ademán nervioso y altamero;

Él, que se había alejado  
Con la frente inclinada sobre el pecho,  
Como impulsado por interna fuerza,  
Hacia la niña se volvió de nuevo;

La miró un breve espacio,  
Y señaló su rostro con el dedo,  
Cual si del fondo oscuro de su alma  
Envuelto en luz brotara un pensamiento.

— «Era así como tú.... blanca y hermosa;  
Era así... como tú.

*Miraba con tus ojos*, y en tu vida  
Puso su luz;

Yo la ví sobre el cerro de las sombras  
Pálida y sin color;  
El indio niño no besó á su madre....  
;No la lloró!

Las avispas de fuego de las nubes,  
Ellas brillaron más;  
Pero el hogar del indio se apagaba,  
Su dulce hogar.

Han pasado más fríos que dos veces  
Mis manos y mis pies...  
Sólo en las horas lentas yo la veo  
Como *cuerpo que fue*.

Hoy vive en tu mirada transparente  
Y en el espacio azul....  
Era así como tú la madre mía,  
Blanca y hermosa.... ;pero non eres tú

.....

Así como tu mano,  
Blanca como la flor del *guayacán*,  
Es la que he visto en la batalla siempre  
Mi sudorosa frente refrescar.

La misma mano blanca  
De mi desnudo pecho separó  
El rayo que arrojaban tus hermanos,  
Más rápido que el vuelo del halcón;

La he visto entre sus dedos  
Romper la flecha que á esconder llegó  
En mis venas el sueño de las sombras,  
Ese pálido sueño del dolor. . . . .

Pero... ¡no era la tuya!  
Era otra aquella mano ¿no es verdad?  
¡Dile al charrúa que esos ojos tuyos  
No son los que en sus sueños ve flotar!

Dile que no es tu raza  
La que vierte esa tenue claridad  
Que en el alma del indio reproduce  
Aquella luz de su extinguido hogar;  
Aquella luz que el astro de los muertos  
Nunca sabrá copiar,  
Más pura que el reír de las mañanas  
Y el llorar de las tardes, ¡mucho más!

¡Oh! no: tú eres la sombra,  
Tú no vives la vida como yo;  
¿Por qué has de arrebatarme mis recuerdos  
Y vestirme ante mí de su color?

¡Déjame! ¡No me sigas!  
¿No sientes? ¿No lo ves?  
¡El corazón del indio esta muy negro!  
¡Triste como la sombra del *ahué!*  
. . . . .

### EL SUEÑO DE ARTÍGAS.

#### I.

Al través de las nubes  
Brillaban las estrellas;  
El Uruguay, envuelto en sus vapores,  
Rodaba lento y palpitaba apenas.

Sentadas en las lomas  
Están las sombras negras,  
Sentadas en las lomas de la patria  
Con las miradas hácia el río vueltas.

La luna no ha dejado  
Su lecho de maleza;  
El astro que precede las auroras  
No se ha empinado aún sobre la cuesta.

#### II.

¿No es una luz la que refleja el río  
Sobre sus aguas negras?  
Las sombras que ocupaban la colina  
¿No han levantado al verla las cabezas?

¿Ha abierto ya los ojos una aurora?  
¿Ha roto alguna estrella  
Su nube oscura, por llevar al río  
Su mirada de luz? ¿Quién va? ¡Quién llega!

#### III.

La luna no ha dejado  
Su lecho de maleza,  
El astro que precede las auroras  
No se ha empinado aún sobre la cuesta

Pero las sombras sienten  
Que algo se mueve en ellas,  
Algo que ya desgarrá sus entrañas  
Y las agita en convulsión suprema.

#### IV.

El viejo duerme, el de la frente cana,  
El de una edad de piedra,  
El de la frente que formó la patria  
Para llevar laureles en la tierra.

La noche del destierro duerme, ARTÍGAS...  
Duerme sonriendo... sueña!  
A su lado, la frente entre las manos,  
Está la Gloria que, velando espera.

Espera, cuenta las calladas horas,  
Y, al fin, se alza serena,  
Sacude al viejo y, señalando al cielo,  
« Ya es la hora » le dice, « alza, despierta! »

#### V.

Estallaron las sombras sobre el río,  
Huyeron las estrellas;  
Envuelto en luz, el Uruguay se agita  
Y una barca en sus ondas balancea.

Que corre, corre con la lona al viento,  
Y choca en la ribera,  
Y la hace restallar, como un escudo  
Golpeado por el puño de la guerra.

#### VI.

Y el viejo que dormía, el de los sueños,  
El de la edad de piedra,  
El de la frente que formó la patria  
Para llevar laureles en la tierra

Despierta sacudido por la Gloria  
Que á lo lejos le muestra  
Su ensueño eterno en las riberas patrias  
Animar el pendón de LAVALLEJA.

## LA MUERTE DE ZORRILLA.

¡Bien, vieja Muerte, amiga de la gloria!  
 Pujante ha resonado  
 Tu duro golpe en la ánfora vacía,  
 Al destrozar el corazón del bardo.  
 Derramaste el perfume que aun quedaba  
 En el fondo del vaso,  
 Y entre la sombra amaneció: de ritmos,  
 Y alas, y notas se pobló el espacio.  
 Vibraron en el aire las estrofas  
 Del viejo soberano;  
 Su espíritu pasó sobre su España,  
 Como el ángel, los muertos despertando;  
 Y España se sintió buscando flores,  
 Y recordando salmos;  
 Y las flores brotaron en las ruinas  
 En que el poeta derramó sus cantos.  
 Se inflamaron de nuevo en las tinieblas  
 Sus versos olvidados,  
 Lámparas que conducen á las glorias  
 Y alumbran de la patria los santuarios;  
 En el gótico altar nube de incienso  
 Que envuelve el tabernáculo,  
 Lirio en las aras de la Virgen Madre,  
 Supremo amor del trovador cristiano.  
 Y salieron armadas muchedumbres  
 Del fondo de los años,  
 Hijas de las leyendas que el poeta  
 De las entrañas se arrancó de cuajo,  
 Y echó á volar como organismos vivos  
 Llenos del jugo hispano;  
 Con carne de la carne de la Patria,  
 Con alma de sus tiempos legendarios.  
 Cifras, palabras, nombres inmortales  
 Flotaron con los átomos;  
 La patria historia resurgió en las almas,  
 El grito antiguo estremeció los labios.  
 Sonó la esquila en la extraviada ermita,  
 El *Angelus* tocando,  
 Difundiendo en las tristes soledades  
 La oración de las tardes y los campos;  
 Sombras talares discurrir se vieron  
 Por los ruinosos claustros;  
 Reyes-monjes, y muertas heroínas,  
 De armaduras y galas despojados;  
 Se oyeron de nocturnos amadores  
 Los sigilosos pasos;  
 Trovas de amor pasaron en la sombra,  
 Hasta perderse en el confín lejano;  
 Y, en la calleja, sobre negro muro,  
 O ante la cruz del campo,  
 El colgado farol brilló un instante  
 La yerta faz del Cristo iluminando:

Del Cristo de la vega ó del camino,  
 Que, en su leño colgado,  
 Fué testigo de muchas amarguras,  
 Compañero de muchos desamparos.  
 Bien, buena Muerte, ponderoso ha sido  
 El golpe de tu mano:  
 Has hecho restallar el viejo escudo,  
 Al golpear el corazón del bardo.  
 Al choque, se movieron las cimeras  
 De los antiguos cascos;  
 Temblaron las vacías armaduras,  
 Como tocadas de un aliento extraño;  
 Se animaron los grifos y leones  
 Que, en la clave del arco,  
 Sobre el partido escudo, testifican  
 De ricos hombres los linajes claros;  
 Y se oyeron los himnos de la hueste,  
 La voz de los heraldos,  
 Y, del réal entre el rumor confuso,  
 Los cantos de juglares y aldeanos.  
 Las bermejas almenas de Granada  
 Miraron hácia el campo,  
 Cual si soñaran en pasadas lides,  
 Apercebidas al sangriento asalto;  
 Y la cruz roja del pendón glorioso,  
 En las torres flotando,  
 Sonrió de nuevo á la mesnada heroica  
 Que alzó en la vega el estandarte blanco.  
 ¡Oh Muerte, amiga Muerte, camarada  
 De los bardos pasados!  
 Zorrilla fué: su estrella has encendido  
 Sobre tu sombra, con piadosa mano.  
 Brilla cual nunca, sobre el fondo negro,  
 Del trovador el genio solitario;  
 ¡Oh Muerte, Muerte, oh soledad eterna!  
 ¡Oh amiga de los astros!

Madrid, 29 de Enero 1893.

## EN UN ÁLBUM.

Para vos desprendida de mi mente,  
 La estrofa os dejo aquí, señora mía,  
 Que, por ser para vos, cincelaría  
 Como una ánfora griega transparente.  
 Quiero que mi alma con su ritmo aliente,  
 Empaparla en recuerdo, y así un día,  
 El sonar de esta blanda melodía  
 Os dirá el nombre del amigo ausente.  
 Mañana, cuando el tiempo haya corrido,  
 Si miráis esta página en que intento  
 Mi nombre defender de vuestro olvido,  
 Al vibrar en mi verso el pensamiento,  
 Un algo ha de pasar por vuestro oído,  
 Como un adiós que pasa por el viento.

## CONTRICIÓN.

Si no fuera imposible á tu clemencia,  
Oh mi Dios, y en mi muerte, ya inminente,  
Me dijeras que á mi alma inteligente  
Pensaba aniquilar tu omnipotencia:

Que me arrancabas mi celeste herencia,  
Me negabas tu amor, y eternamente  
Repudiabas el mío indiferente  
Al devolver al caos mi existencia;

Yo, al acatar llorando tu ordenanza,  
Todo el ser de mí sér concentraría  
En un acto de amor y de alabanza,

Y al ausentarme de la luz del día,  
Y al dar mi último adiós á la esperanza,  
Yo, amándote ¡oh, Señor! expiraría.

## EN EL COLISEO.

Entro en el circo, enorme calavera  
Llena de tierra, y musgo y mordeduras.  
La noche, en agujeros y hendiduras,  
Penetra, como en honda madriguera.

En el cielo, la luna brilla entera,  
Y llueve luz, que filtra en las honduras,  
Luz silenciosa, luz de sepulturas,  
Que en el cráneo insepulto reverbera.

Un hálito de siglos fenecidos  
Parece que en la luz se cristaliza  
Sobre el montón de escombros carcomidos;  
Y en el silencio aquel, que atemoriza,  
Una lechuza infel, con sus ladridos,  
La inmensa soledad escandaliza.

Roma, 1897.

## BÓLIDOS. (1)

El astro milenario, en agonía,  
Muere de sed y fiebre seculares;  
El sol bebióle el agua de sus mares,  
En sus huesos, la médula se enfría.

En dura contracción, su piel se estria,  
Se desgarran sus carnes, y, á millares,  
Goteando fugitivos luminares,  
Sus restos cruzan la extensión vacía.

Uno de ellos, cayendo en la envoltura  
Del globo nuestro, lo ha dejado herido,  
Le ha inyectado contagio de la altura.

Y el mundo nuestro morirá aterido,  
Y sus restos irán por sepultura,  
A otros mundos quizá que aun no han nacido.

(1) Inédito.

## NOCHE EN LAS RUINAS.

I.

Los vientos fatigados  
Se han quedado dormidos en las ruinas  
Y en un largo girón de nube negra  
La mitad de la luna está escondida.

Muy diáfano está el aire;  
Altos los astros y ateridos brillan,  
Las sombras que recorren los escombros  
Lanzan pequeños gritos fugitivas.

Sombra de luz de luna  
Envuelve una porción de la colina,  
La lluvia ha hecho brotar sobre el estrago  
Flores del campo blancas y amarillas.

Los rumores del valle,  
Se evaporan en vagas melodías  
Y el pájaro que vela, tristemente  
Se ha posado á cantar sobre las ruinas.

II.

La noche de las penas  
Envuelve á Andalucía;  
Polvo de escombros ha enterrado el llanto  
En ojos que habitaban las sonrisas.

III.

¿Quién es esa que canta allí en la sombra  
Ló que cantan las madres? Su voz nítida  
Ha hecho callar los niños que lloraban  
Y hasta dormir los hombres que sufrían.  
¿Quién es esa que vela, cuando duermen  
Para siempre quizá las alegrías?  
No hace sombra su cuerpo aunque la luna  
Baña sus formas con su luz tranquila.

IV.

Le han dado un nombre; *Caridad* la llaman  
Los que pasar la miran  
Envuelta en los crepúsculos azules  
Con que el cielo las penas acaricia.  
Ella es la que á los pájaros enseña  
Las tristes elegías;  
Ella enciende la estrella, besa al niño  
Y sobre el seno del dolor anida;

Desentierra esperanzas en las almas  
Y en los ojos sonrisas,  
Flores en los escombros, y en los hombres  
Puede animar hasta la fe perdida.  
Cuando el caos retorne, y de los mundos  
Sólo queden cenizas,  
Ella, sólo ella cantará canciones  
Sentada entre las ruinas infinitas.

## CONTRICIÓN.

Si no fuera imposible á tu clemencia,  
Oh mi Dios, y en mi muerte, ya inminente,  
Me dijeras que á mi alma inteligente  
Pensaba aniquilar tu omnipotencia:

Que me arrancabas mi celeste herencia,  
Me negabas tu amor, y eternamente  
Repudiabas el mío indiferente  
Al devolver al caos mi existencia;

Yo, al acatar llorando tu ordenanza,  
Todo el ser de mí sér concentraría  
En un acto de amor y de alabanza,

Y al ausentarme de la luz del día,  
Y al dar mi último adiós á la esperanza,  
Yo, amándote ¡oh, Señor! expiraría.

## EN EL COLISEO.

Entro en el circo, enorme calavera  
Llena de tierra, y musgo y mordeduras.  
La noche, en agujeros y hendiduras,  
Penetra, como en honda madriguera.

En el cielo, la luna brilla entera,  
Y llueve luz, que filtra en las honduras,  
Luz silenciosa, luz de sepulturas,  
Que en el cráneo insepulto reverbera.

Un hálito de siglos fenecidos  
Parece que en la luz se cristaliza  
Sobre el montón de escombros carcomidos;  
Y en el silencio aquel, que atemoriza,  
Una lechuza infel, con sus ladridos,  
La inmensa soledad escandaliza.

Roma, 1897.

## BÓLIDOS. (1)

El astro milenario, en agonía,  
Muere de sed y fiebre seculares;  
El sol bebióle el agua de sus mares,  
En sus huesos, la médula se enfría.

En dura contracción, su piel se estria,  
Se desgarran sus carnes, y, á millares,  
Goteando fugitivos luminares,  
Sus restos cruzan la extensión vacía.

Uno de ellos, cayendo en la envoltura  
Del globo nuestro, lo ha dejado herido,  
Le ha inyectado contagio de la altura.

Y el mundo nuestro morirá aterido,  
Y sus restos irán por sepultura,  
A otros mundos quizá que aun no han nacido.

(1) Inédito.

## NOCHE EN LAS RUINAS.

I.

Los vientos fatigados  
Se han quedado dormidos en las ruinas  
Y en un largo girón de nube negra  
La mitad de la luna está escondida.

Muy diáfano está el aire;  
Altos los astros y ateridos brillan,  
Las sombras que recorren los escombros  
Lanzan pequeños gritos fugitivas.

Sombra de luz de luna  
Envuelve una porción de la colina,  
La lluvia ha hecho brotar sobre el estrago  
Flores del campo blancas y amarillas.

Los rumores del valle,  
Se evaporan en vagas melodías  
Y el pájaro que vela, tristemente  
Se ha posado á cantar sobre las ruinas.

II.

La noche de las penas  
Envuelve á Andalucía;  
Polvo de escombros ha enterrado el llanto  
En ojos que habitaban las sonrisas.

III.

¿Quién es esa que canta allí en la sombra  
Ló que cantan las madres? Su voz nítida  
Ha hecho callar los niños que lloraban  
Y hasta dormir los hombres que sufrían.  
¿Quién es esa que vela, cuando duermen  
Para siempre quizá las alegrías?  
No hace sombra su cuerpo aunque la luna  
Baña sus formas con su luz tranquila.

IV.

Le han dado un nombre; *Caridad* la llaman  
Los que pasar la miran  
Envuelta en los crepúsculos azules  
Con que el cielo las penas acaricia.  
Ella es la que á los pájaros enseña  
Las tristes elegías;  
Ella enciende la estrella, besa al niño  
Y sobre el seno del dolor anida;

Desentierra esperanzas en las almas  
Y en los ojos sonrisas,  
Flores en los escombros, y en los hombres  
Puede animar hasta la fe perdida.  
Cuando el caos retorne, y de los mundos  
Sólo queden cenizas,  
Ella, sólo ella cantará canciones  
Sentada entre las ruinas infinitas.

## LA LEYENDA PATRIA.

## I.

Es la voz de la patria.... Pide gloria....  
Yo obedezco esa voz. A su llamado,  
Siento en el alma abiertos  
Los sepulcros que pueblan mi memoria,  
Y en el sudario envueltos de la historia,  
Levantarse sus muertos.

Uno de ellos, recuerdo pavoroso  
De un lustro triste, se levanta impuro,  
Como visión que en un insomnio brota  
Del fondo nebuloso

A la voz de un conjuro, y su flotante  
Negra veste talar mi frente azota.  
¡Lustro de maldición, lustro sombrío!  
Noche de esclavitud de amargas horas,  
Sin perfumes, sin cantos, sin auroras,  
Vaga en la margen del paterno río....

De los llorosos sauces  
Que el URUGUAY retrata en su corriente,  
Cuelgan las arpas mudas,  
¡Ay! las arpas de ayer que, en himno ardiente,  
Himno de libertad, salmo infinito,  
Vibraron, al rodar sobre sus cuerdas  
Las auras de las PIEDRAS y el CERRITO.  
Hoy la mano del cierzo deja en ellas  
El fiébil son de tímidas querellas.

Apenas si un recuerdo luminoso  
De un tiempo no distante,  
De un tiempo asaz glorioso,  
Tímido nace entre la sombra errante  
Para entre ella morir, como esas llamas  
Que alumbrando la faz de los sepulcros,  
Lívidas un instante fosforecen;  
Como esos lirios entre el musgo abiertos,  
Desmayados suspiros de los muertos  
Que entre las grietas de las tumbas crecen.

La fuerte ciudadela,  
Baluarte del que fué MONTEVIDEO,  
Desnuda ya del generoso arreo,  
Entre las sombras vela  
El verde airón de su imperial señora,  
Que, en sus almenas al batir el aire,  
Encarna macilenta  
La sombra vil de la paterna afrenta.

Todo mudo en redor.... campos, ciudades....  
Todo apenas se agita  
Y, del pecho en las negras soledades,  
El patrio corazón ya no palpita.

## II.

¡Y un pueblo alienta allí! ¡Y entre esa noche,  
Vive en esclavitud un pueblo.... y vive!

¿Y es ése el pueblo rudo,  
Amamantado ayer por la victoria,  
Que batalló frenético y sañudo  
Y, al fin, cayó sobre el sangriento escudo,  
Envuelto en los girones de su gloria?  
¿Y es el que bravo, con robusta mano,  
De entre las fauces del león ibero  
Arrancó ayer su libertad, que en vano  
El coloso oprimió, y entre las ruinas  
De la antigua grandeza  
Del vencedor del árbitro de Europa,  
Levantó la cabeza,  
De tempranos laureles circuida  
Y con sangre de mártires ungida?  
¿Y es la patria de ARTIGAS la que vierte  
Lágrimas de despecho,  
Teniendo aún sangre que verter, y alienta  
Esa vida engendrada por la muerte,  
Que sus memorias en baldón convierte,  
Y de su mismo oprobio se alimenta?

¡Oh! no, no puede ser. Pueblo, despierta;  
Arranca el porvenir de tu pasado;

Levántate valiente,  
Levántate á reinar, que de rey tienes  
El corazón y la guerrera frente.

¿Será que de tus héroes,  
Los tiempos las cenizas esparcieron?

¿Será que sólo fueron  
Sus esfuerzos de ayer fugaz aliento  
Que pasó como el ave que no deja

«Ni rastro de sus alas en el viento»?  
¡Oh! ¿Que no habrá un recuerdo que levante,  
De la tumba musgosa del pasado,

El acento irritado  
Que al opresor espante,

Y, con mano nervuda,  
El sueño de esos párpados sacuda?

¿Jamás la noche engendrará un delirio,  
La bíblica visión enardecida,  
Que á esa planta infeliz dé aliento y vida  
Con el riego de sangre del martirio?

## III.

Mirad: del URUGUAY en las espumas,  
Del URUGUAY querido,  
Brotó un rayo de luz desconocido  
Que, desgarrando el seno de las brumas,  
Atraviesa la noche del olvido.  
Semeja el fleco ardiente que colora  
A la lejana estrella vespertina  
Que el sueño de las tardes ilumina.

Es primero un albor.... luego una aurora....  
 Luego un nimbo de luz de la colina....  
 Luego aviva.... y se eleva.... y se dilata,  
 Y, encendiendo el secreto de la niebla,  
 En fragoroso incendio se desata  
 Que, en el cercano monte,  
 Destrenza su abrasada cabellera,  
 Y salpica de luz el horizonte,  
 Y en el cielo uruguayo reverbera.

Despiertan los barqueros.... ya es la hora,  
 Y, al chocar de los remos sobre el río,  
 Alzan la barcarola de la aurora  
 De ritmo audaz y cadencioso brío,  
 La eterna barcarola redentora.  
 Caen de los sauces las dormidas arpas  
 Por impalpable mano arrebatadas;  
 La selva entona de la patria historia  
 Los no aprendidos salmos inmortales;  
 Al beso de la luz se alza la guerra,  
 Y brotan de la tierra  
 Palpitantes recuerdos á raudales.  
 En luminosa ebullición sonora  
 Los átomos alados  
 Nadan en luz en torno de la aurora,  
 Y despiertan los cantos olvidados  
 Que en el juncal dormían,  
 Los que en el bosque errantes se escondían,  
 Los que en las nieblas mudos se arropaban  
 O sin eco en el aire discurrían  
 E, impulsos sin objeto, desmayaban.

Todo palpita, se estremece y siente,  
 Todo despierta del sopor sombrío....  
 Es que enciende el ambiente  
 El descenso de un astro incandescente  
 Que ocupa su lugar en el vacío.

Y entre la luz, los cantos, los latidos  
 Roja, intensa mirada  
 Que por el campo de la patria hermoso  
 Paseó la libertad, pisan la frente  
 Del húmedo arenal *Treinta y Tres Hombres*;  
*Treinta y Tres Hombres* que mi mente adora,  
 Encarnación, viviente melodía,  
 Diana triunfal, leyenda redentora  
 Del alma heroica de la patria mía.

## IV.

Hélos allí....  
 Con ademán sañudo,  
 Cárdeno el labio y la pupila ardiente,  
 De batallar el acerado escudo  
 Embrazan sin temblar; ciñen la frente  
 Con el pesado casco del guerrero,  
 Y altivo un reto lanzan  
 Que se estrella en el rostro del tirano;  
 Que cabalga los aires,  
 Y rueda, y se dilata, y se desborda,

Como, de ruina y destrucción sedienta,  
 Embozada en su parda vestidura,  
 Lleva sobre sus hombros la tormenta,  
 La voz de Dios.... Clavado en la llanura,  
 Del nuevo *Sinai* sobre la espalda,  
 Como león que sacude la melena,  
 Azota el aire y estremece el asta  
 El pabellón de LIBERTAD ó MUERTE  
 Que el aura agita de presagios llena.  
 Vibrando está en los labios  
 El santo juramento  
 De MUERTE ó LIBERTAD, firme, grandioso,  
 Que da á los hombres de virtud ejemplo,  
 Y se esparce solemne y poderoso,  
 Cual se difunde el salmo religioso  
 Por las desiertas bóvedas del templo.

## V.

¡Ellos son, ellos son! Patria querida:  
 No eras tú, no, la que en servil letargo  
 Te adormeciste ayer; virgen tu alma  
 Al ostracismo amargo  
 Huyó vencida, pero no humillada,  
 A salvar pura nuestra patria idea,  
 Y hoy ya torna encarnada  
 En la enseña divina que flamea  
 En la cerviz del opresor clavada.  
 No eras tú, no, la que su aliento enfermo  
 Daba á los lirios que en las tumbas brotan  
 Al calor del suspiro de la muerte;  
 Yo te descubro allí, radiosa y fuerte,  
 Al verter en el lienzo de la noche  
 Las tintas del color de la alborada,  
 Y en el foco febril de tu mirada,  
 Volvemos, con el sol de nuestra historia,  
 Ese calor de libertad preciada  
 Que el broche rompe de la flor sagrada,  
 Fecundizando el germen de la gloria.

Yo te descubro allí; tu alma tan sólo  
 Da movimiento á treinta y tres latidos;  
 Esos, que tornan tu impalpable esencia  
 Y, empapada en su luz, alzan la frente;  
 Esos, que arrancan de la amarga noche  
 La libre aurora del eterno día;  
 Esos tus hijos son, son nuestros padres,  
 Patria de mis hermanos, patria mía.

## VI.

El alma que á su cuerpo retornaba,  
 Hirviente circulando,  
 Se infiltró, como un hálito de fuego  
 En las venas del pueblo, rebosando  
 Como el torrente desbordado y ciego.  
 Lívidos los espectros  
 Que engendran los insomnios del tirano,  
 En ronda descompuesta é imposible

En su almohada se alzaron,  
Y poblaron sus horas agitadas  
Las visiones de muerte atropelladas.  
Rodaron las corrientes sacudidas,  
El incendio rodó por nuestro suelo,  
El PLATA rebramó sordas querellas  
Y, como aliadas que aprestaba el cielo,  
Sus alas encendidas  
Agitaron temblando las estrellas.

Ya es tarde, ya es en vano,  
Extranjero opresor, despavorido  
Apercibirte á la forzada lucha  
Y conceitar innumerables legiones.  
Ya cercano se escucha  
El libre relinchar de los bridones,  
Que el casco fijarán sobre tu pecho  
Y el mundo encuentran, á su paso, estrecho.

Ya las ferradas lanzas  
Buscan camino, y lo hallarán sangriento,  
Hasta tu mismo corazón, sediento  
De cobardes venganzas.  
En vano en tus mazmorras oprimidos  
Escondes los valientes  
Que encontraste inermes y rendidos  
En torno de su hogar.... Oye: ¿no sientes  
Cómo alzan á lo lejos sus hermanos,  
Y llega hasta sus rejas  
El himno con que mueren los tiranos?  
¡Oh! cuando el grito de los libres suena  
Y el clamor comprimido se levanta,  
El opresor se espanta  
Al ver que el mismo són de la cadena,  
El aire al respirar, *libertad* canta.  
Y ese grito sonó.... De la FLORIDA  
En los fragosos campos,  
Rodeada de los bravos redentores,  
Arde la inmensa hoguera  
Que la patria encendió, y arden en ella  
Nombres, tratados, vínculos nefarios  
Que vuelan, en cenizas esparcidos,  
Como aliento de pueblos redimidos.  
En ella se fundieron las cadenas  
Para forjar con ellas las espadas,  
Y los pechos en ellas se templaron  
Que, en SARANDÍ glorioso,  
Los escombros de un trono ontaron.

## VII.

¡SARANDÍ! ¡SARANDÍ!... Santa memoria,  
Primicia del valor, ósculo ardiente  
Que imprimieron los labios de la gloria  
En nuestra joven ardorosa frente!  
Yo al pronunciar tu nombre,  
De hinojos, la cabeza descubierta,

Entre las cuerdas de mi lira siento  
Que nace, crece y estridente estalla,  
Todo el fragor de las solemnes horas  
Que escucharon la voz de tu batalla;  
Cuando *el héroe*, los héroes encontraron  
Tardo el corcel y perezoso el plomo;  
Las sedientas espadas abrevaron,  
De roja sangre en el reciente lago,  
Y del tirano en la olvidada tumba  
La cuna de sus hijos levantaron.

¡SARANDÍ! Con tu aliento poderoso  
Sus alas formaría la tormenta  
Para azotar la espalda del coloso  
Revuelto mar, y publicar su afrenta.  
Yo en tu potente espíritu me agito,  
Lato en tu corazón, ardo en tus ojos,  
Y en la idea, corcel de lo infinito,  
Sobre tus rudos hombros sustentada,  
Siento flotar mi vida, condensada  
En un grito de honor, eterno grito.

En tus vastas laderas  
Deja que se dilate el pensamiento  
Y respire el aliento  
De aquellas auras de tu honor primeras,  
Auras de libertad que en su regazo  
Hasta Dios condujeron,  
El sello á recibir de eterna vida,  
Con las almas de bravos que cayeron,  
El alma de la patria redimida.  
Los himnos de tu aurora  
Deja que el labio vibre:  
¡Paso al pueblo novel! ¡Sonó su hora!  
• Que quien sabe morir, sabe ser libre. •

## VIII.

Empapadas en luz y en armonías  
De aquel campo divino  
Las auras nuestro Plata atravesaron  
Y del callado lábaro argentino  
La coronada frente refrescaron.  
Se oyó el batir de sonoras alas  
Al levantar el vuelo las memorias;  
El encajar de piezas de armaduras  
Mohosas y empolvadas de victorias;  
Se unieron las riberas  
Del Plata libre en fraternal abrazo  
Y cruzaron sus ondas las banderas  
Aves de gloria, cuyas alas fieras  
Azotaron la faz del Chimborazo.  
Y á los que ayer llamara visionarios  
Al contemplar en paso vagabundo,  
La amiga mano el argentino estrecha.  
Sus locuras, sus mitos legendarios  
Detienen hoy en su carrera al mundo.  
Si corta fué tu vista, pueblo hermano,  
Si corta fué tu ofuscación de un día,

La lavaste con noble bazarria  
En la sangre humeante del tirano.  
Pueblo de las cruzadas gigantes,  
Puente del Ande, sueño de Belgrano,  
Pueblo co-redentor: ¡bendito seas!

## IX.

El destrozado imperio,  
De *Sarandí* en el llano  
Sintió el golpe mortal; pero ocultando,  
Como la pieza herida,  
La flecha envenenada, huyó, buscando  
El matorral oculto, y la escondida  
Selva breñosa en que caer sin vida.  
Mas ya no pudo ser; tras el reguero  
De negra sangre que sus pasos marca,  
Tras el golpe postrero,  
Va la heroica legión: su vista abarca  
Un ensanche de luz del horizonte  
Do la mano invisible de la patria,  
De ITUZAINGÓ los velos descorriendo,  
Reproduce en el cielo vigorosas  
Las cifras del ardiente vaticinio  
Que en el festín de Baltasar, mostraron  
De un trono ya caduco el exterminio.

¡ITUZAINGÓ!... Señor de las batallas,  
¡Oh, Dios de Sabahot armipotente!  
Tú otorgaste y ceñiste en aquel día  
Palmas al mártir, y al guerrero lauros;  
Yo pronuncie tu nombre  
Junto al que adoro de la patria mía.  
Habla, Señor, al hijo  
La divina leyenda de sus padres;  
Que la lira del bardo desfallece  
Y, al peso abrumador de los recuerdos,  
Muda y arrebatada se estremece.

## X.

Todo acabó... Ya el mundo  
Firme al novel batallador escucha  
Dictar sus leyes y escribir su historia,  
Y al solio de los pueblos lo levanta  
Que, aún cubierto del polvo de la lucha,  
Trepas el guerrero con serena planta.

La patria redención ya consumada  
Exige el culto de sus hijos fieles,  
En el altar del alma conservada,  
Tú, á la sombra feliz de tus laureles,  
Patria, patria adorada,  
En tu tranquila tarde del presente,  
De tus santos recuerdos al arrullo,  
Duerme ese sueño de los pueblos grandes  
De paz y noble orgullo.

Rompa tu arado de la madre tierra  
El seno en que rebosa

La mies temprana en la dorada espiga,  
Y la siega abundosa.  
Corone del labriego la fatiga.  
Cante el yunque los salmos del trabajo;  
Muerda el cincel el alma de la roca,  
Del arte inoculándole el aliento,  
Y, en el riel de la idea electrizado,  
Muera el espacio y vibre el pensamiento.  
En las viriles arpas de tus bardos  
Palpiten las paternas tradiciones  
Y despierten las tumbas á sus muertos,  
A escuchar el honor de las canciones.  
Y siempre piensa en que tu heroico suelo  
No mide un palmo que valor no emane;  
Pisas tumbas de héroes...  
¡Ay del que las profane!  
Protege, ¡Oh Dios! la tumba de los libres;  
Protege á nuestra patria independiente  
Que inclina á Ti tan sólo,  
Sólo ante Ti la coronada frente.

## TU Y YO.

Perfume de una flor que, al desprenderse  
Ni una hoja de sus pétalos lastima;  
Tibio effluvio de luna de verano  
Que en el disco plateado se destila;  
Calor de una mirada de ternura  
Que atraviesa inocente unas pupilas;  
Roce de un alma que, buscando otra alma,  
En sí misma sin ruido se desliza:  
Eso es tu aliento  
Cuando suspiras.

Lágrima que oscilando sobre el alma,  
Se evapora al calor del dolor mío;  
Rumor de oleaje que, en desierta orilla,  
Rueda mugiendo entre escarpados riscos;  
Ave que huye y, al volar llorando,  
Quiebra la rama en que dejó á sus hijos;  
Nota que, al desprenderse de una cuerda  
Deja al pobre laúd, temblando, herido:  
Eso, tan triste,  
Son mis suspiros.

## LA SOLEDAD.

La soledad se sienta al lado mío  
De noche, á medio día, en la alborada.  
Yo la miro, y me mira... y le pregunto:  
¿De dónde vienes? Habla.  
De un desierto, me dice, de un desierto  
Tendido en sus arenas abrasadas;  
De un bosque cuyos pájaros murieron  
En una noche demasiado larga.

De las ruinas de un templo abandonado  
Entre las cuales los recuerdos andan  
Como alondras heridas y sin nido,  
Que buscan sitio en qué morir calladas.

De una llanura que crucé de prisa  
En la noche después de una batalla;  
Vengo hasta aquí desde muy lejos.... Vengo  
Del fondo de tu alma.



ALERE RAFAEL FRAGUEIRO (1)

### ÚLTIMA OFRENDA.

Sobre el mármol funerario  
que mis huesos cubrirá,  
no pido inscripeión ni flores,...  
¡una lágrima no más!  
Pero esa lágrima sólo  
que á mi alma bastará,  
la han de verter tus pupilas  
¡si acaso saben llorar!

### RONDEL.

Una madeja de fibras de oro  
entra impalpable, de mi ventana  
por los cristales: es que descíñe  
su vestidura la luna pálida.

Sobre la mesa donde trabajo,  
donde aprisiono con las palabras,  
tantas ideas, ¡virgenes libres  
de las floridas selvas del alma!...

Sobre esa mesa tengo tu álbum;  
ante mí abiertas están sus páginas,  
y en ellas miró cuanto escribiera  
tu mano ebúrnea, tu mano blanca.

(1) Dos grandes temperamentos poéticos ha tenido el Uruguay desde sus orígenes: Zorrilla de San Martín y Rafael Fraguero. Aquél se consagró con su obra grande, fecunda y universal; éste dispersó su talento en una obra precoz, incoherente y desordenada, llena de inspiración y belleza, pero demasiado arrebatada por la fiebre de una producción sin tasa. Fué un niño sublime que á los diez y siete años escribía rimas dignas de Heine, por lo amargo de la ironía, lo cruel del sentimiento y lo áspero del dolor; que á esa misma edad hizo representar su tragedia *Lucrezia Romana*, escrita en correcto italiano; que más tarde derramó en dos libros,

Y ¿á que no sabes lo que yo pienso  
cuando contemplo tantas violáceas  
rayas, que forman tus lindos signos  
unas con otras entrelazadas?

Ve: me parece que son los hilos  
de una magnífica tela de araña,  
y hasta se me hace que tras las letras,  
veo asomarse patitas largas.

Patitas de esas, que de la alcoba  
por las paredes, suelen osadas  
hacer paseos y correrías  
como si fueran dueñas de casa.

Y entonces digo, no sé si triste,  
no sé si alegre; ¡Nada me extraña,  
que entre sus redes quien tan bien teje,  
aprisionada tenga mi alma!

### MEDIA NOCHE.

¡Media noche, mi bien! Esta es la hora  
en que las brujas salen de sus cuevas,  
y celebran maléficis conjuros  
en las oscuras selvas....

¡Media noche, mi bien! Esta es la hora  
en que los muertos sus sepulcros dejan,  
y silenciosos vagan por el mundo  
envueltos en girones de la niebla....

Yo no sé, si tu crees, amada mía,  
en aquellas tristísimas consejas....  
yo nunca había creído, pero ahora....  
¡creo, creo de veras!

¿Tú te ríes? ¡Te ríes cuando sabes  
que hay en mi corazón profunda huesa!

¡Te ríes porque ignoras  
que yo siento que el muerto sale de ella!

¿No te pasa lo mismo?... ¿Tú no sientes  
que de tu corazón bajo la piedra  
brota la sombra del amor antiguo  
en los harapos de tu vida envuelta?

*Allegretto y Recuerdos Viejos*, toda su alma, en un derroche pasional de versos angustiados y amargos; tristes é irónicos; melancólicos y lúgubres, pero hondamente humanos: los versos más intensos, más verdaderos, más sobrios, más salientes, más hermosos que se han escrito en el país. Discipulo de Heine y de Becquer, su temperamento se licuó en esa producción enfermiza y triste de sus poetas. Ha sido el poeta más hondamente subjetivo que haya tenido la América, y por eso, su musa fué fugaz y el poeta cayó de fatiga en mitad de la jornada, callando desde entonces. Es autor de un poema, *Los buitres* y de varias traducciones y obras didácticas escritas en Buenos Aires, donde reside. Aquí, fué secretario de la Legación en Londres; allá es catedrático de literatura en el Colegio nacional.

De las ruinas de un templo abandonado  
Entre las cuales los recuerdos andan  
Como alondras heridas y sin nido,  
Que buscan sitio en qué morir calladas.

De una llanura que crucé de prisa  
En la noche después de una batalla;  
Vengo hasta aquí desde muy lejos.... Vengo  
Del fondo de tu alma.



ALERE RAFAEL FRAGUEIRO (1)

### ÚLTIMA OFRENDA.

Sobre el mármol funerario  
que mis huesos cubrirá,  
no pido inscripción ni flores,...  
¡una lágrima no más!  
Pero esa lágrima sólo  
que á mi alma bastará,  
la han de verter tus pupilas  
¡si acaso saben llorar!

### RONDEL.

Una madeja de fibras de oro  
entra impalpable, de mi ventana  
por los cristales: es que descíñe  
su vestidura la luna pálida.

Sobre la mesa donde trabajo,  
donde aprisiono con las palabras,  
tantas ideas, ¡virgenes libres  
de las floridas selvas del alma!...

Sobre esa mesa tengo tu álbum;  
ante mí abiertas están sus páginas,  
y en ellas miró cuanto escribiera  
tu mano ebúrnea, tu mano blanca.

(1) Dos grandes temperamentos poéticos ha tenido el Uruguay desde sus orígenes: Zorrilla de San Martín y Rafael Fraguero. Aquél se consagró con su obra grande, fecunda y universal; éste dispersó su talento en una obra precoz, incoherente y desordenada, llena de inspiración y belleza, pero demasiado arrebatada por la fiebre de una producción sin tasa. Fué un niño sublime que á los diez y siete años escribía rimas dignas de Heine, por lo amargo de la ironía, lo cruel del sentimiento y lo áspero del dolor; que á esa misma edad hizo representar su tragedia *Lucrezia Romana*, escrita en correcto italiano; que más tarde derramó en dos libros,

Y ¿á que no sabes lo que yo pienso  
cuando contemplo tantas violáceas  
rayas, que forman tus lindos signos  
unas con otras entrelazadas?

Ve: me parece que son los hilos  
de una magnífica tela de araña,  
y hasta se me hace que tras las letras,  
veo asomarse patitas largas.

Patitas de esas, que de la alcoba  
por las paredes, suelen osadas  
hacer paseos y correrías  
como si fueran dueñas de casa.

Y entonces digo, no sé si triste,  
no sé si alegre; ¡Nada me extraña,  
que entre sus redes quien tan bien teje,  
aprisionada tenga mi alma!

### MEDIA NOCHE.

¡Media noche, mi bien! Esta es la hora  
en que las brujas salen de sus cuevas,  
y celebran maléficos conjuros  
en las oscuras selvas....

¡Media noche, mi bien! Esta es la hora  
en que los muertos sus sepulcros dejan,  
y silenciosos vagan por el mundo  
envueltos en girones de la niebla....

Yo no sé, si tu crees, amada mía,  
en aquellas tristes consejas....  
yo nunca había creído, pero ahora....  
¡creo, creo de veras!

¿Tú te ríes? ¡Te ríes cuando sabes  
que hay en mi corazón profunda huesa!

¡Te ríes porque ignoras  
que yo siento que el muerto sale de ella!

¿No te pasa lo mismo?... ¿Tú no sientes  
que de tu corazón bajo la piedra  
brota la sombra del amor antiguo  
en los harapos de tu vida envuelta?

*Allegretto y Recuerdos Viejos*, toda su alma, en un derroche pasional de versos angustiados y amargos; tristes é irónicos; melancólicos y lúgubres, pero hondamente humanos: los versos más intensos, más verdaderos, más sobrios, más salientes, más hermosos que se han escrito en el país. Discipulo de Heine y de Becquer, su temperamento se licuó en esa producción enfermiza y triste de sus poetas. Ha sido el poeta más hondamente subjetivo que haya tenido la América, y por eso, su musa fué fugaz y el poeta cayó de fatiga en mitad de la jornada, callando desde entonces. Es autor de un poema, *Los buitres* y de varias traducciones y obras didácticas escritas en Buenos Aires, donde reside. Aquí, fué secretario de la Legación en Londres; allá es catedrático de literatura en el Colegio nacional.

## ALLEGRETTO.

I.

Me llaman soñador, me llaman loco,  
Y hasta me dicen raro,  
Mas no hay nadie en el mundo, que me llame  
Lo que soy, querida, desgraciado!

Y es porque el mundo, en su vaivén estúpido,  
Sólo vive de máscara y engaño....  
Es que el mundo no ve sino sonrisas,  
No escucha sino cantos....

Mas no sabe que en medio de esos pliegues  
Que dibujan los labios,  
Cual vívora que pasa entre violetas,  
La sierpe del dolor, se va arrastrando....

No sabe, que las notas armoniosas,  
Esconden mucha vez en su regazo,  
Los girones de una alma que agoniza,  
El ¡ay! de un corazón envenenado!...

VI.

Unas pupilas negras me miraron  
Con terneza indecible,  
Y yo sentí halagado mi amor propio,  
Y quise sonreírles....

Mas no lo pude... y murmuró mi labio  
Con un acento triste....  
No me miran así, los ojos pardos  
¡Que quiero que me miren!

XVII.

De tu parda pupila nunca un rayo  
Las sombras de mi alma disipó....  
Nunca tus labios con sonrisa tierna,  
Por mí plegó el amor....

De amorosos acentos la armonía,  
Nunca en mi oído murmuró tu voz....  
Sólo hallaste palabras y crudeza,  
Para decirme, no!...

Divina estatua que encontré en mi senda,  
Virgen de hielo, estrella sin fulgor,  
Tú, que no sabes como adora un alma,  
No sabes lo que sufre un corazón!

Tú serás madre.... y morirán tus hijos,  
Y en sus cuerpos privados de calor,  
Solamente verás vida que falta,  
Y no un perdido amor!...

Divina estatua que encontré en mi senda,  
Virgen de hielo, estrella sin fulgor,  
Tú que no sabes cómo adora un alma,  
¡No podrás comprender ningún dolor!...

XIX.

Allá en mi patria querida,  
Tengo amigos, tengo hermanos,  
Tengo parientes y tengo  
Más que todo aquesto, un algo....

Tengo una virgen, que es linda  
Como una estatua de mármol,  
Y lo que es más, tan sensible,  
Que muchas veces me pasmo!...

Dentro su pecho se encierra  
Tanto sentimiento, tanto...  
Que de tanto que me quiere,  
¡En no quererme ha parado!

XXXVII.

El buque va marchando!... Ruge y llora  
Al mismo tiempo el río,  
Al sentir que lo hiere impunemente,  
La tajadora quilla del navío....

Y mi destino marcha!... Rujo y lloro,  
Y de dolor me agito....  
Mas cual la voz airada de las aguas,  
Inútil es mi grito!...

XXXVIII.

Yo quisiera saber cómo en la mente  
Se forman las ideas,  
Y por qué misterioso mecanismo  
El hombre las revela....

Yo quisiera saber quién es quien teje  
En ilusoria tela,  
Esos sueños brillantes y fantásticos,  
Que tienen los poetas....

Yo quisiera saber, cómo en el pecho  
El cariño penetra,  
Y cómo poco á poco se transforma  
En la pasión violenta....

Mas lo que más anhelo, mi querida  
Saber, es qué funesta  
Y maldecida fuerza es la que impide  
Que nuestras tristes almas se comprendan!...

XLV.

Soñé que por delante de mi casa,  
Desfilaba tu entierro....  
Mucho lloré y entristecí pensando,  
Que sin yo perdonarte te habías muerto!...

Porque de veras, creo que es muy justo,  
Que te castigue Dios, por lo que has hecho....  
¡Me has roto el corazón, quitado el alma,  
Y otras cosas peores que no cuento!...

Un sueño fué por suerte!... Al otro día,  
En la calle contigo tuve encuentro...  
Te saludé cortés y diste vuelta  
Con desprecio la faz.... ¡No haberte muerto!

L.

En guisa de Cuaresma, mis poesías  
Empezaron, con dobles de campana,  
Y siguieron con dobles, mas como ella  
Por desdicha no acaban.

La Cuaresma concluye con repiques,  
Concluye con la Pascua....  
Mas todavía repicar no sabe,  
La esquila de mi alma....

Mas todavía mi ventura muerta,  
No salió de su tumba abandonada....  
Perdón por la tristeza de mis cantos....  
Mi amor no tiene Pascua!...

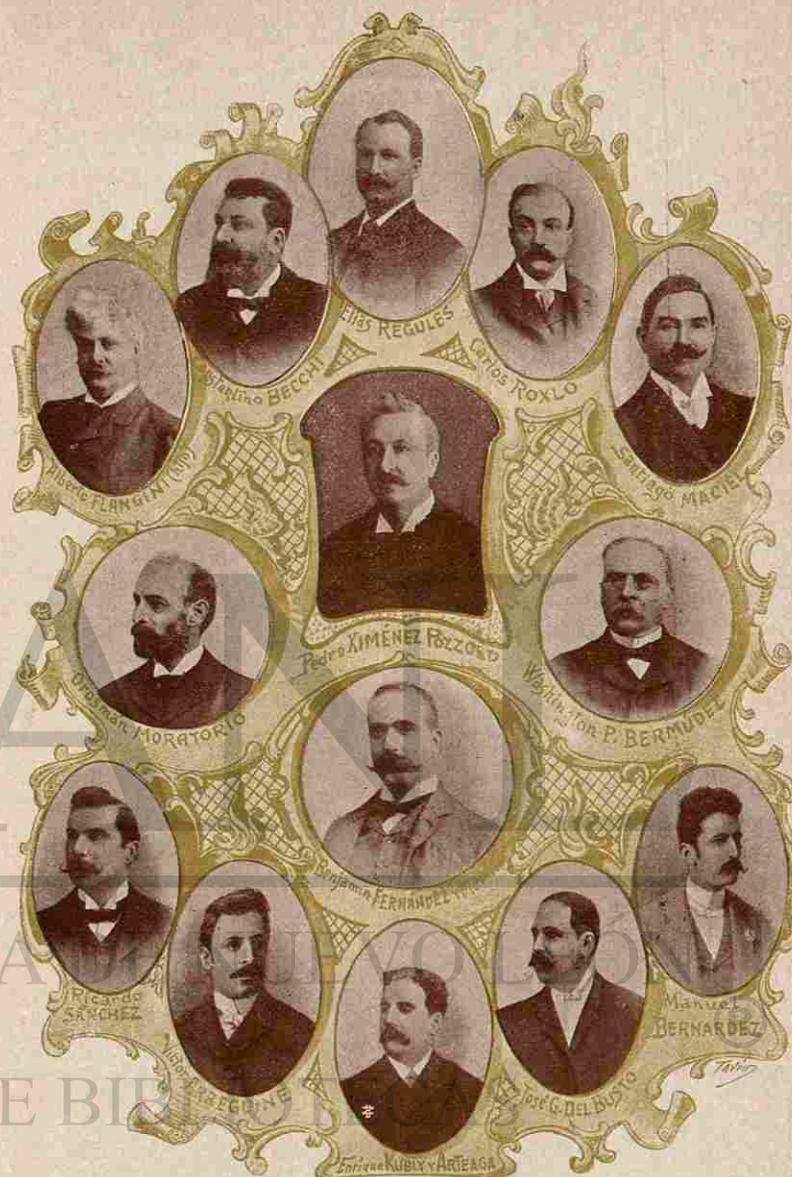
## BRINDIS.

¡Yo bebo á tu salud! La copa llena  
desborda entre mi mano estremecida;  
tal, el rudo pesar que me enagena  
se derrama del vaso de mi vida,  
y los sueños del alma me envenena  
con su acre insipidez aborrecida.

¡Yo bebo á tu salud! Así, dorada  
como el rubio champagne es tu cabeza,  
y cual su leve espuma, la variada  
turba de tus ensueños de terneza....  
Vanidad es la espuma; tu amor, nada;  
y la botella hueca, tu belleza.

¡Viva tu cuerpo largo tiempo! ¡Viva  
pero soporta tu alma el sufrimiento  
que con desdoro tu ambición esquivas;  
encastillese en tí el remordimiento,  
sosténgate el orgullo siempre altiva,  
y el corazón destrózetelo el tormento!

Paga así todo el daño que me hiciste,  
ya que al fin por tu cuerpo me has vendido,  
yo con gozo veré cómo resiste  
tu belleza al dolor, y complacido  
oiré, cómo se ríe tu alma triste  
sobre tu seco labio enrojecido.



Tercer Medallón

¡Vive para sufrir! — quebranto el vaso  
 en que bebí por tí — salud mi vida!  
 oye: si un día se rompiese acaso  
 tu corazón como él, ¡riete, olvida!  
 y no permitas que en tu faz de raso  
 peregrine una lágrima perdida.

Cubierto esté el invierno de tu seno  
 por el cálido brillo del estío,  
 y en tu semblante de sonrisas lleno,  
 lllore siempre de máscara el hastío  
 sus lágrimas de hiel y de veneno...  
 ¡Yo bebo á tu salud, tierno amor mío!

## RECUERDOS VIEJOS.

## XII.

## I.

Eres muy linda, querida,  
 Eres mi amada, muy bella,  
 Y ese vestido de grana,  
 De veras... ¡muy bien te sienta!...

¡Eres muy linda!... y el blanco  
 Jazmín que duerme en tus trenzas,  
 Parece que abrió sus pétalos  
 Para dormir siempre en ellas!...

¡Eres muy linda!... y tus ojos  
 Dardos arrojan doquiera...  
 ¡Ay! dardos emponzoñados  
 Que al alma la muerte llevan!

¡Eres muy linda! y la vida,  
 Feliz, alegre y risueña,  
 Por la más encantadora  
 Te conduce de sus sendas...

¡Eres muy linda!... ¡Tan linda...  
 Que los sueños de un poeta,  
 Nunca jamás engendraron  
 Tan bella imagen!... ¡De veras!

Mi bien... ¡la vida es tan triste  
 Si se tiene el alma muerta!...  
 ¡De veras!... ¡serías más linda,  
 Dentro de una caja estrecha!...

## II.

Pero, más linda serías,  
 Mi tierno bien, si estuvieras  
 Toda vestida de blanco  
 Dentro de una caja estrecha!...

¡Más linda... si en vez de ese albo  
 Jazmín que duerme en tus trenzas,  
 Una guirnalda, tus sienas  
 Ciñeran de flores negras!...

¡Más linda... si tus pupilas,  
 En vez de lanzar saetas,  
 Fijas, vidriosas, inmóviles,  
 En tus párpados durmieran!...

¡Más linda... dulce amor mío,  
 Más linda mil veces fueras,  
 Si en vez de estar cual te veo...  
 De veras!... te hallaras muerta!...

## III.

Y entonces sólo, mi amada,  
 Perdonársete pudiera  
 El tener alma insensible,  
 Y un corazón que es de piedra!...

## XV.

En Palermo, en la calle de palmeras,  
 Entre el desfile inmenso y opulento  
 De coches y mujeres hechiceras,  
 Ante mis ojos se mostró un momento...

Arrebujada entre mullidas pieles,  
En el oscuro fondo del carruaje,  
Que arrastraba el vigor de sus corceles,  
Raudísima pasó, sueño ó miraje...

La tarde en Occidente se moría,  
Y en las ramas posábanse las brumas  
De invierno, con letal monotonía:  
¡De alajes rotos, destrozadas plumas!

El sol desapareció: — ¡ay! también ella  
Huyó de mi pupila... En el ambiente  
Brotó radiante la primera estrella,  
¡Y su recuerdo se encendió en mi mente!

## XXV.

Era en Junio. Las tardes en el cielo  
Poca vida tenían;  
La luz crepuscular, como un suspiro  
Brotaba y se extinguía.

Los harapos de nieblas y de brumas,  
— Heraldos de la noche ya vecina —  
En las torres, pretilos y balcones  
Como paños de luto se prendían.

En esa hora sin color ni sombra;  
En esa hora mustia, indefinida,  
Intermedio de amor en que la noche  
Se abraza con el día;

Solitaria la calle de su casa,  
Como senda de ermita,  
Sin siluetas, sin ruidos y sin ecos,  
Así, permanecía...

Sólo ella, tras los vidrios reclinada,  
Envuelta con su chal de muselina,  
Semejaba una estatua, quieto el seno  
É inmóvil la pupila....

Enfrente estaba yo. Y así pasábamos  
Hasta que nuevamente rebullían  
Las calles por la noche. En aquel tiempo  
¡Con sin igual ternura me quería!

Mas pasó aquel invierno, y con sus flores,  
Sus cantos y sus brisas  
Volvió la primavera, y de las tardes  
Fué más larga la vida.

Y en la acera de enfrente, me paraba  
Con mi amorosa asiduidad antigua,  
Y las gentes tomábanme per loco,  
Mientras yo de las gentes me reía...

Pero allá, tras los vidrios, reclinada,  
Envuelta con su chal de muselina,  
Ella no estaba ya. ¡Todo su afecto  
Murió con la humedad y las neblinas!

¡Por qué?... ¡Por caprichosa! En el invierno,  
Cuando flores no había,  
Las cultivó en su pecho y á mi alma  
Dejó caer semillas...

Mas cuando el prado, henchido de perfumes,  
Nadaba entre matices y armonías,  
Y ricas de recuerdos de otras tierras  
Llegaban las viajeras golondrinas;

Por el prurito de llevar la contra  
Hasta á su propia dicha,  
Las hizo marchitar y ahogó su llanto,  
Con mal fingida risa...

¡Y aun se ríe! ¡y parece que es dichosa!  
¡Mientras á mí la angustia me asesina!...  
Mas, no doy una gota de mi llanto  
¡Por toda su alegría!...

## XXVIII.

Ayer en el teatro estábamos enfrente;  
Con un sombrero negro cubrías tu cabello,  
Y bajo de sus alas más fúlgidos, más bellos,  
Tus ojos irradiaban su luz incandescente.

Alegre era la obra, el público reía,  
Mas tú no me mirabas, — no sé por qué motivo, —  
¡Cuando tú no me miras parece que no vivo!  
Pero aun sufriendo, supe fingir mucha alegría!

Si alguna vez los ojos, sin verte yo, volviste  
Y acaso tus oscuras espléndidas miradas  
Hallaron que reía tal vez á carcajadas,  
Fué por no darte el gusto de que me vieras triste.

Mas ora que estoy solo, y pienso en tí, mi vida,  
Me pesan esas risas, me pesa ese contento,  
Temo que te haya dicho cruel el pensamiento:  
¡Quien sufre no se ríe y quien no sufre olvida!

## JOAQUÍN DE SALTERAIN (1)

## SOUVENIR.

De aquellos tiempos en el alma quedan  
Impresas las señales.

¿No es cierto que tu labio me perdona,  
Si yo las vivifico en una frase?

.... Eras tú joven: la mejilla roja  
Con el carmín de las primeras dudas;  
El ademán, á mi capricho, dócil,  
El rosicler del porvenir sin brumas.

Como los juncos, al morir la tarde  
Se mueven reflejados en la orilla,  
Movió mi corazón ese reflejo  
Que hablaba en el rubor de tu pupila.

El rayo de la luz hirió la playa,  
El eco de tu acento mis oídos,  
Durmíó la claridad en la llanura  
Y el brillo de tus ojos en los míos.

Volaron esos tiempos con las noches  
De amor, de juventud y de locura,  
Y arrullan mi memoria con su acento  
Como el soplo del céfiro al nenúfar.

La blanca gaviota hendiendo el aire  
No deja de sus alas el diseño;  
Las hojas de los lirios se marchitan,  
Los ayes de las almas van al cielo.

Torna el jilguero á la movable rama,  
El álamo sus hojas reverdece,  
Más diáfano se pinta el horizonte,  
Vuelve la primavera... y tú no vuelves!

¡Imagen fugitiva del cariño!  
¿Qué importa si te alejas y te pierdo,  
Si habitas en el fondo de mi alma,  
Si vives en la musa de mis versos?

(1) El doctor JOAQUÍN DE SALTERAIN, pertenece á una generación de intelectuales. Desde joven empezó á publicar poesías, todas ellas inspiradas en un sentimentalismo hondo y tranquilo. En el histórico Certamen de la Florida de 1879, conquistó el segundo premio con su composición *La lira rota*. Dedicado á la medicina marchó á Europa, donde se distinguió como jefe de la Clínica del profesor Galezowski en París. Aquí ha ocupado puestos de importancia. Ha sido diputado, senador, ministro de Estado, vocal de Instrucción pública, vice presidente del Consejo de Higiene, secretario de la Facultad de Medicina, etc. Preocupado por profundos problemas sociales á los que dedica sus energías, ha fundado últimamente *La Liga Uruguaya contra la Tuberculosis* y un servicio de demografía nacional. Es oficial de la Legión de Honor y corresponsal de diversas instituciones sabias. Hace años que su musa calla y sólo de vez en cuando la prensa recoge una que otra composición del distinguido médico.

## FLORES DE OTOÑO.

Yo he vivido contigo en la floresta,  
Donde los lirios, tristes como tú,  
Extienden sobre el lago transparente  
Sus hojas verdes, su corola azul.

Tu cuello era de nácar, tus mejillas  
Tenían la blancura y palidez  
De las flores que brotan con el beso  
De las auras y mueren al nacer.

Pasastes y pasé: como el aroma  
Que sus átomos leves difundió,  
Así desapareciste. ¿Dónde has ido?  
¿Adónde has ido que lo ignoro yo?

\* \* \*

Yo he vivido contigo en los salones  
Alfombrados de rojo carmesí;  
Tus mejillas tenían la frescura,  
La palidez marmórea del jazmín.

Tu cuello era de cisne, tu mirada  
Tenía la magnética atracción  
De los mundos que forja en la memoria  
La musa del poeta soñador.

Cariñosa visión de mis ensueños,  
Como la vida efímera y fugaz,  
Pasastes y pasé. ¿Dónde te has ido,  
Que no te veo en los salones más?

## OTOÑAL.

Esas de primavera  
Serenas noches y mañanas tibias,  
Calienten mi memoria  
Con el afán de los mejores días,  
Y esos de la esperanza  
Perdidos sueños, pero siempre gratos,  
Bullan en el cerebro,  
Con el rumor de los maternos cantos!

Aroma en el espacio se difunde,  
Besos de lirios por el aire vagan...  
Es el claror de la mañana; fluye  
Con los alados átomos del éter,  
Y rasgando su cáliz de fulgores,  
La luz del sol, al universo envuelve.  
Después, sobre la cima,  
Cuya base de arena  
Recoge las sonrisas  
Del anchuroso piélagos, en las franjas  
Que diseña la espuma,

Como un enjambre de palomas blancas  
Las nubes transparentes, con el día  
Parece que se animan y dilatan.

¡La atmósfera! Poema de la vida  
Escrito con celajes y con brumas,  
Está como tus párpados tranquila,  
Como el rubor de tus sonrojos, pura...  
Abre tu corazón á la esperanza,  
Tus labios á los míos,  
Y el palpitante mármol de tu seno  
Al amor y al cariño!  
La luz, como una trova, nos arrulla,  
En la rama del álamo gorjea  
El ruiseñor canoro, y en las brumas  
El celaje diseña  
Remotos y extendidos panoramas,  
Y tú sonrías cariñosa, y dócil  
Como al soplo del céfiro el nenúfar,  
Extiendes sobre el mar de los deleites  
El nacarado polvo de tus alas,  
Y tus ojos reflejan  
El prístino color de ese mañana!  
El sueño de la vida,  
Que los idilios del amor forjaran!

Oye, — de las geórgicas del alma,  
De las primeras lágrimas furtivas,  
Devora la más bella,  
Llévate la más íntima;  
Y arróbame después, con esa música  
Que de tus labios murmurando brota,  
Como arrullo de pájaros volando,  
Como besos de brisas y de aromas.  
La tiernas libélulas,  
El bálsamo del viento,  
Más gárrulas, más íntimas caricias  
No llevan en su seno.  
Háblame, dime, cuenta  
El monólogo dulce  
Del ruiseñor, que llora en la floresta  
Tristísimas endechas;  
Háblame, dime, canta  
La barcarola que la mente arrulla,  
Y del nombre que vive en el cerebro,  
Cuando velan tus párpados el sueño,  
Repítame las frases que lo forman...  
Dime tus pensamientos!

Todavía en el alma  
Hay versos y hay idilios;  
Todavía no han muerto  
Los juncos de las márgenes marchitos,  
Ni el huracán arrebató furioso  
La tórtola del nido.  
Más dulce que las cuerdas de la lira  
Y mucho más que el himno,  
El himno de las aves en la selva,  
Es para mí tu voz; la que despierta

Las memorias de ayer, del primer beso  
Robado á la corola de tus labios,  
Más puros y más frescos que los brotos  
Del pálido jazmín de tu ventana,  
Más que las flores del granado rojos...

Del éxtasis, sin fin, de tu mirada  
Fluyen dulces promesas,  
¡Ay! que intentar en vano  
El arpa melancólica quisiera...  
¿Quién puede traducir el dulce arrullo  
De la nivea paloma,  
El diálogo de amor que allá en el nido  
Los pájaros entonan,  
El idilio furtivo  
Que cantan las arenas con las olas?

El invierno vendrá... De tu pupila  
Las rosas nacaradas  
Marchitará el dolor, y tus cabellos  
Flotarán por la espalda  
Blondos, pero luciendo  
Líneas de la color con que burila  
Sus imborrables páginas el Tiempo.  
¿Qué cantará tu bardo, tu poeta,  
Sino gentil, alegre, enamorado,  
Y siempre soñador? ¿Qué dulces trovas,  
Hasta los labios pálidos y yertos,  
Intentarán subir, cuando en el alma  
Viva sólo el recuerdo?...

Y el invierno vendrá, sus alas grises  
Serán nuestro constante centinela;  
El cierzo con horrible careajada  
Llamará á nuestra puerta...  
Se agostará la flor; el ave huyendo  
Las ramas buscará de otros verjeles...  
Sólo tu aliento, corazón amigo,  
Palpitará con cariñoso ritmo,  
Disipará las brumas del ocaso  
Con el calor del último latido!...

Y luego nos iremos lejos, lejos,  
Ya para no volver, donde la sombra  
Del rígido ciprés, de luengas ramas  
Cobija la vivienda silenciosa  
Del descanso postrero.  
... Y acaso en el mañana, confundidos  
Esas tus seducciones y mis sueños,  
Vuelen por los espacios, como el pólen,  
Para posar sus fecundantes besos  
En prados más hermosos y lejanos...  
¡Oh indescifrable máquina del tiempo!

Virgen de mis ensueños juveniles,  
Como la espuma de las olas blanca,  
Extiende sobre el mar de los deleites  
El polvo nacarado de tus alas,  
Y arróbame después, con esa música  
Que de tu labio enamorado brota,  
Como arrullo de pájaros cantando,  
Como besos de céfiros y aromas!

## MANUEL HERRERO Y ESPINOSA (1)

## RIMA.

Cuando escucho los salmos religiosos  
En la nave del templo resonar,  
Y nadan por el aire, las plegarias  
Ungidas de piedad;  
Los recuerdos felices de otros tiempos  
Los siento en mi cerebro palpar,  
Y una voz escondida y misteriosa  
Me dice: ¡ya no más!...

Cuando miro cruzar ante mis ojos  
La imagen de algún ángel celestial,  
Y más tarde entre el ruido de la fiesta  
Invítale a bailar;  
La palabra en el labio se detiene,  
Yo siento germinar el huracán,  
Y una voz escondida y misteriosa  
Me dice: ¡ya no más!...

Ya no más los albores de mis sueños  
Turbarán mi silencio y soledad,  
Ni el eco rumoroso de los cantos  
Mi fe despertará;  
Que en los ecos perdidos de la noche  
Y en la voz de los vientos al pasar,  
Una voz escondida y misteriosa  
Me dice: ¡ya no más!...

(1) El doctor don MANUEL HERRERO Y ESPINOSA, distinguido jurista y hombre público, es una figura descolante de la política del país. Nació en la ciudad de Mercedes é hizo sus primeros estudios en el Colegio de Montero Vidaurreta, graduándose de abogado en la Universidad de Montevideo. Apasionado por las letras, — pasión que le ha dominado desde su primera juventud, — sus baluceos literarios le señalaron á la atención de sus compañeros. Fué época fecunda, aquellos primeros años de camaradería literaria; verso, cuento, novela, crítica, boceto, todo lo tentó; en todo puso el apasionamiento de su juventud y el sello de su voluntad poderosa. La poesía, mal de la época, que hizo presa de casi todos los hombres de su generación, fué su constante anhelo. Apenas nacido á la vida literaria, fundó y redactó en compañía de Alberto Gómez Ruano, Joaquín de Salterain, Arturo Terra y Saturnino Alvarez, *La Revista*, periódico de literatura en que colaboró toda la juventud intelectual de la época. Por entonces un grupo de sus amigos, le obsequió con una recolección de sus trabajos literarios, elegantemente editada. Más tarde fundó, en compañía de Justino Jiménez de Arechaga, Duvimioso y Arturo Terra, *La Revista del Plata*; en tanto colaboraba asiduamente en *La Revista de la Sociedad Universitaria* y tomaba parte en las conferencias públicas del Ateneo. Su obra fundamental *José Pedro Varela*, consagró por entonces su personalidad literaria. Designado para hablar en nombre de la prensa nacional ante la tumba de José Carlos Gómez, se reveló orador, y su fama cundió por todo el país. Lanzado de lleno á la

## Á UNA MONJA.

¿Qué desengaños horribles  
La arrebataron del mundo?  
¿Porqué su frente matiza  
La palidez del sepulcro?  
¿Porqué si es niña inocente  
Lleva el vestido de luto,  
Y en su frente oscurecida  
Se ve del dolor el sureo?

No turben ¡ay! su silencio  
Las esperanzas del mundo;  
El que vió morir las suyas  
En su alma lleva un sepulcro.

## EL BESO.

Hervía el vino entre las copas  
Y el amor hervía en los pechos.  
Y en el salón resonaban  
Mil ardientísimos besos.

Sonrió bella, seductora  
Entornó sus ojos negros  
Y mis labios en sus labios  
Ardiente beso imprimieron.

Después recordé, insensato,  
Que sus labios eran muertos;  
Porque son muertos los labios  
Do se estampan más de un beso.

## BRUMAS.

Valles, montañas, campiñas  
Todo lo envuelve la bruma;  
Hay silencio en nuestros campos  
Y sombras en las alturas.

Yo que viajé peregrino  
Arrastrando mis recuerdos,  
Pienso que son horribles  
Las brumas del pensamiento.

política, fundó con Duvimioso Terra, *El Nacional*, diario de ardiente propaganda. Producida la conciliación, tomó asiento en el Parlamento como Diputado por Montevideo, en tanto dictaba su cátedra de Derecho Constitucional en la Universidad. Ocupó nuevamente hasta por tres periodos consecutivos una banca en la Cámara de Diputados y hasta por tres veces fué Ministro de Relaciones Exteriores. Miembro del Consejo de Estado de 1898, la última revolución lo sorprendió en el Parlamento.

## ALCIDES DE MARÍA (1)

## EN LA TUMBA DE ARTÍGAS.

## I.

Brisas del mar, murmullos de las selvas  
 Que abrigaron al héroe en su follaje,  
 Sonidos de la sierra,  
 Que arrancó el casco del corcel salvaje  
 Que montó en la batalla;  
 Volved de nuevo á recorrer la tierra,  
 La hermosa tierra de la patria mía;  
 Clarines de la guerra,  
 Sonad también, y en épica armonía  
 Del olvido al romper la densa valla  
 Imitad los patrióticos sonidos,  
 Conciertos gigantéos,  
 Con que honran los pueblos redimidos  
 Las tumbas de sus nuevos Prometeos.

Esa que veis ahí, tumba pequeña  
 Para guardar ceniza tan preciada,  
 Es la tumba de Artigas el guerrero,  
 Del que entusiasta pronunció primero  
 De libertad y patria los acentos,  
 Del héroe aquel de la primer jornada  
 Que hizo temblar de un trono los cimientos.

Escuchad la ovación que se levanta  
 Al rasgarse el sudario  
 Del héroe legendario  
 Que hasta en su misma tumba se agiganta.  
 Del pueblo soberano

La voz resuena en popular concierto;  
 Como ejemplo grandioso  
 Ante la tumba del patriota muerto  
 Se olvidan los rencores,  
 Y el sol de la justicia esplendoroso  
 Brilla al fin con sus puros resplandores.

## II.

Nueve años de combates desiguales,  
 Nueve años de continuos sinsabores  
 Por libertar los pueblos Orientales  
 De reyes y opresores:

(1) ALCIDES DE MARÍA, es hijo del viejo historiador don Isidoro De María. Se ha singularizado como autor de fábulas morales, pero también ha escrito composiciones líricas y diversas odas pindáricas de subido mérito. Es autor de un libro *Cantos y apólogos patrióticos*, y los periódicos literarios del país insertan á menudo poesías de este escritor.

Esa es su grande y compendiada historia,  
 Historia del valor y el patriotismo  
 Que con Las Piedras á brillar empieza,  
 Historia de proeza tras proeza,  
 Que concluye ocultando  
 En la noche sin fin del ostracismo  
 El último esplendor de su grandeza.  
 En esa lucha el uruguayo altivo  
 Lo triste, acaso, de su fin presente,  
 Pero no bastan penas ni enemigos  
 Para amenguar su corazón valiente;  
 Y cuando el fallo del destino ingrato  
 Le arrebató los frutos de su hazaña,  
 Más grande aún que el grande Cincinato,  
 El sudor de su frente  
 Regó los surcos de la tierra extraña.

Escuchad la ovación que le levanta  
 Al rasgarse el sudario  
 Del héroe legendario  
 Que hasta en su misma tumba se agiganta.

¡Ah! ya el viejo adalid con cuyo nombre  
 Se engalana la historia,  
 No dormirá los sueños del olvido;  
 Del polvo deleznable  
 Ya puede alzar su frente venerable  
 Escuchando en la tumba conmovido  
 La apoteosis rendida á su memoria.

No le turbeis la calma en que reposa  
 De sus grandes fatigas,  
 Al colocar guirnaldas en su fosa;  
 No lleguen á él las notas fugitivas  
 De la calumnia ruin, que tanta gloria  
 Con torpe lengua en profanar se afana.  
 ¡Nadie dentro del alma como Artigas  
 Abrigó la virtud republicana!  
 Nadie luchó por libertar la patria  
 Con tanta abnegación ni tantos bríos;  
 Nadie arrancó del árbol de la gloria  
 Más ricos atavíos.  
 Como Artigas, el hijo del denuedo,  
 Cruzando montes y vadeando ríos,  
 Nadie condujo la legión de bravos  
 Que alcanzó la victoria  
 En San José, las Piedras y Guayabos.

Nadie pasó más noches en acecho  
 Por repeler extraños invasores,  
 Y ninguno como él tiene derecho  
 A descansar en túmulo de flores.

## III.

Sombra que al cabo dormirás tranquila,  
 Rompe la loza del sepulcro frío,  
 Enciende tu pupila

Y cual la voz del aquilón bravío  
 Haz que tu voz en el espacio zumbe  
 Con bélico sonido,  
 Para decir al pueblo redimido  
 Que el alma libertad jamás sucumbe  
 En los pueblos viriles que la herencia  
 Guardan de su sagrada Independencia.

Haz revivir el eco que arrastraba  
 La hueste tuya á la sangrienta arena,  
 La voz del héroe que sonó serena  
 Como la voz potente del poder;  
 Haz renacer las llamas que en tus ojos  
 Brillaban como chispas de centellas  
 Cuando dejabas tras humeantes huellas  
 Los despojos del triunfo por doquier.

Haz palpar el corazón que entonces  
 Sólo latía por la patria amada,  
 Haz agitar el brazo que la espada  
 Blandió sin tregua por el patrio honor;  
 Haz renacer el fuego sacrosanto  
 Que en el cráter de tu alma se encendía,  
 Y vuelve luego á la mansión sombría  
 Envuelto en tu bandera tricolor.

A ella vendrán tus nobles compatriotas  
 A inspirarse en tu gloria y en tu ejemplo,  
 Y si no tienes el suntuoso templo  
 Que merece tu grande abnegación,  
 Mientras haya en tu suelo patriotismo,  
 Mientras dure la raza de Orientales,  
 Guardarán tus recuerdos inmortales  
 En el templo inmortal del corazón.

#### EL ARRIERO Y SU MULA.

Un arriero muy bruto conducía  
 Varios bultos pesados sobre un carro,  
 Y viendo que arrastrarlo no podía  
 La mula que tiraba,  
 Por que estaba metido dentro el barro,  
 ¡Arre mula! gritaba  
 Agitando los brazos;  
 Arre! tira! revienta, condenada!  
 Y dábale al gritar de latigazos;  
 Castigo asaz inútil, porque, nada,  
 Por más esfuerzos que la mula hacía  
 Ni una rueda del carro se movía  
 Dentro de aquel maldito atolladero.

Fuera de sí el arriero,  
 Viendo que los presagios eran malos,  
 De sacar el vehículo del fango,  
 Dió vuelta el arreador, y con el mango  
 Comenzó á darle al animal de palos.

Varios mozos alegres que pasaban  
 Cuando esto sucedía,  
 Al oír la algarabía  
 De los gritos y azotes que sonaban,  
 Dijeron al arriero: don Fulano,  
 Si la carga es pesada  
 Con azotes y gritos no hace nada.  
 Para sacar el carro del pantano,  
 Como fuerza por peso se regula,  
 Se saca en dos suspiros  
 Atando de los tiros  
 Un animal más grande que la mula.  
 ¿Y ese animal, de dónde me lo saco?  
 Contestó el zandio en tono de reyerta:  
 ¿Que de dónde lo saca?... ¿no lo acierta?  
 ¡Poniéndose entre varas, so bellaco!

Es verdad verdadera,  
 Por más que haya verdades tan ingratas,  
 Que aun en esta era  
 En que abundan escuelas é institutos,  
 Hay prójimos tan brutos  
 Que debieran andar en cuatro patas.

ALBERTO FLANGINI (HIJO) <sup>(1)</sup>

#### EL BESO MATERNAL.

Es puro cual la esencia que esparce suavemente  
 Meciéndose en su tallo, la flor primaveral,  
 Tan puro cual aliento de virgen inocente,  
 El sin igual cariño del *beso maternal*.

Mil veces de mi pecho volóse la alegría,  
 Dejando en mi existencia, tristeza sin igual,  
 Y entonces amorosa, mi madre á mi venía;  
 Y dábame en la frente un *beso maternal*.

Mi corazón un día de penas inundado,  
 Consuelo no encontraba para calmar su mal;  
 Y en medio á los dolores, que habianlo postrado,  
 Brindábale consuelo un *beso maternal*.

(1) ALBERTO FLANGINI (HIJO), nació en Montevideo en 1857 y falleció en 1902. Es autor de tres libros de versos titulados *Páginas Rotas*, *Flores marchitas*, y *Gorro de dormir*. Fué muy estimado por Magariños Cervantes, quien incluyó en su Antología á este poeta. Empleado público, durante largos años, el ambiente de oficina no fué bastante á malograr sus felices disposiciones poéticas, pues hasta poco tiempo antes de fallecer siguió escribiendo, aún cuando ya hacía años que no publicaba versos. Ha dejado un libro inédito.

Amaba con delirio vivir lejos del mundo,  
Sus odios agitaban mi pobre corazón,  
Sentía dentro el pecho un malestar profundo,  
Y nada consolaba mi pérfida aflicción.

El alma, de dolores, tenía la transida,  
La flor de mi alegría, la pena deshojó,  
Marchaba por espinas mi desgraciada vida...  
Errante, sin destino, sin fe en el corazón.

En cambio tuvo un día, consuelo mi tormento,  
Un virginal cariño amainó mi mal;  
Y mi fatal tristeza, de negro sentimiento,  
Calmóla por completo, el *beso maternal*.

### HORAS DE DUELO.

#### I.

Mirad con respeto la madre que llora  
Postrada delante del triste panteón,  
Que negra en su pecho la pena devora  
Y aumenta su pena, fatal aflicción.

Mirádlala buscando la losa do encierra  
El sér que la muerte cruel le robó,  
Mirádlala gimiendo, regando la tierra  
Con llanto que á impulso de males brotó!

Con trémula mano coloca las flores,  
Recuerdo bendito, recuerdo de amor;  
Se escuchan sus tristes, maternos clamores  
Y un nombre querido pronuncia su voz.

Mirad con respeto esa mujer postrada  
Que sólo en la vida se mira... ¡infeliz!  
El llanto ha empañado su triste mirada,  
Su vida acibara terrible sufrir.

En cambio la farsa, la pompa maldita  
Sus fosas adorna con necio oropel,  
Sin ver esa madre, que reza y medita  
Y adorna el sepulcro con mustio laurel.

Estúpida farsa!... virtudes pregonas  
Y en pompas conviertes tu vida mortal:  
Risueña colocas muy ricas coronas  
Y el llanto tus ojos no viene á empañar.

#### II.

Necia pompa, fátuo lujo,  
Son tantos tus desaciertos  
Que á la mansion de los muertos  
Llevas la farsa á ostentar...  
En este triste recinto  
Que tantos restos encierra,  
Quieres mancillar la tierra  
Con tu torpe vanidad.

Ves á un pobre, arrodillado,  
De negros tormentos presa,  
Y ostentando tu riqueza  
Menosprecias su dolor;  
Ese llora por que siente  
Una madre que ha perdido,  
Y mira su pecho herido  
Por furioso torcedor.

De modestas siempre vivas  
Una corona coloca,  
Y empapa la triste roca  
Con su llanto abrasador;  
Y tú con segura mano  
Y con risa escandalosa  
Pones flores en tu fosa  
¡Y un sarcasmo es cada flor!

Esas flores que colocas  
Flores son, pero malditas;  
Y al colocarlas irritas  
Al pobre que viendo está;  
Por que no son el recuerdo  
Puesto con recojimiento...  
¡No puede haber sentimiento  
Donde hay tanta vanidad!

Misero mundo!... no miras  
Que en ese lugar sagrado,  
Do late el pecho ulcerado  
Donde gime el corazón,  
Van las madres á postrarse  
Ante las tumbas de hinojos,  
Mientras brota de sus ojos  
Triste el llanto del dolor!

No ves un hijo que el suelo  
Con sus lágrimas empapa,  
Y de su pecho se escapa  
Triste un ¡ay! desgarrador;  
Mientras que el rico opulento  
Va en ese sitio gozando,  
Sin ver al pobre llorando  
E implorando al Redentor!

.....  
Pero todo en este mundo  
Tiene su signo marcado,  
Todo sucumbe al llamado  
Del Supremo Redentor;  
Entonces quien hoy la pompa  
En un necio orgullo ostenta  
Ha de dar estrecha cuenta  
Delante del Justo Dios!

### ¡LLORANDO!

#### A MI CARIÑOSA ESPOSA.

Yo no puedo cantar!... aquellos días  
De venturosa calma,  
Murieron para mí, las alegrías  
No se cobijan en mi pobre alma  
Sin embargo, por ti, mujer querida,  
Alegre yo cantara.  
Si no tuviera mi existencia herida  
Doliente con exceso,  
Por la pena terrible que acibara  
Mi corazón herido,  
Que sólo para ti tiene un latido!  
Tú también como yo, sufres y lloras  
Por el dolor marchita....  
¡Ya no tiene tu vida bellas horas  
Ni tu existencia encanto....  
Hoy la pena maldita  
De tus ojos arranca negro llanto!

.....  
Inmenso es tu dolor! intenso el mío,  
Compartimos las penas y lloramos,  
Y con dolor sombrío  
El ángel que perdimos recordamos!  
El destino implacable  
Nos depara tormento y desventura....

¡Misterio impenetrable  
Que no puede alcanzar la criatura!

Tú que calmas la pena que me abruma,  
Tu que enjugas mi llanto,  
Acoje cariñosa  
Las tristesimas notas de mi canto!...  
Es indigno de ti, yo lo confieso,  
Sólo tiene dolor, negras ideas...  
Acójele y diré dándote un beso:  
¡Cariñosa mujer, bendita seas!

ONCE AÑOS.

(A MI HIJA).

¡Once años ya! quiera el cielo  
Que el transcurso de tu vida,  
Exento sea de penas  
Y nunca encuentres espinas!...  
Cuando el peso de los años  
Haga declinar mi vida,  
El consuelo y la ventura  
Hallaré con tus caricias

¡Fátima! ven á mis brazos,  
Deja que yo te bendiga  
É imprima un beso purísimo  
En tu frente, hija querida!

¡IMPOSIBLE!

Es imposible decir  
Todo el amor que atesoro,  
Del modo que yo te adoro  
No lo puedes concebir;  
Yo ya no puedo sufrir  
Del tormento los embates,  
Y aunque los lazos desates  
De mi pasión gigantesca,  
¡He de amarte, aunque perezca  
Del dolor en los combates!

Es mi delirio quererte,  
Mi sola dicha adorarte,  
Y un amor puro jurarte  
Que sólo extinga la muerte.  
De dolor mi pecho inerte  
Vivía en el desencanto,  
Mas de tu amor el encanto  
A mi tormento aliviando,  
Poco á poco fué secando  
El manantial de mi llanto

Al verte, lozana flor,  
Con tu mágico poder,  
Conseguiste adormecer  
Mi tormento roedor;  
Ya nada puede el dolor,  
Ni temo su vasallaje,  
Pensando en ti, con corage  
Desafío su bravura...  
¡No hay nadie con más ventura  
En el humano linaje!

Del mundo el erial cruzaba  
Lleno el pecho de amargura,  
En busca de la ventura  
Que en sueños acariciaba;  
Fugitiva yo miraba  
La dicha que presentía,  
Y entonces llanto vertía  
Como buscando consuelo,  
Pero no se alivia el duelo  
Con solo llorar un día!

En esta lucha cruenta  
Que mi existencia sostiene,  
Ningún lenitivo tiene  
Ni esperanzas alimenta;  
Solitaria se lamenta  
Y á veces su pena oculta,  
Y si á su tormento insulta  
Siente que el dolor la mata,  
Cual flor que el cierzo arrebató  
Y en el lodo la sepulta!

Del desencanto el vaivén  
Morir puede en un segundo,  
Como los goces del mundo  
Desaparecen también;  
En torbellino se ven  
Dicha y penas confundidas,  
Y en las fieras sacudidas  
Puede surgir el encanto...  
¡Y entonces concluye el llanto  
Con las lágrimas vertidas!

Yo que la víctima fuera  
De las luchas de la vida,  
Hallé mi dicha perdida  
Al verte por vez primera;  
Entonces mi pena fiera  
De mi pecho se ahuyentaba,  
Y mi existencia gozaba  
Lo que imposible creía,  
¡Por qué tu amor encendía  
Lo que el tormento apagaba!

Brilló de nuevo la aurora  
De mi ventura perdida,  
Y tuvo entonces mi vida  
Tranquilidad seductora:  
La llama devoradora  
Que mis goces consumía  
Toda la fuerza perdía  
De su formidable fuego,  
¡Por que lo apagaba el riego  
De amor, que por ti sentía!

Era ayer mi pobre vida  
Como la flor deshojada,  
Como una planta agostada  
Por el cierzo sacudida;  
Hoja seca, desprendida  
De la bienhechora rama,  
Como náufrago que clama  
Por la tabla salvadora,  
¡Como huérfano que llora  
Y en vano al consuelo llama!

Pero te vi!... y al mirarte  
De hermosura refulgente,  
Delirante, febriciente,  
Gozaba con contemplarte;  
En sueño puedo forjarte  
Deslumbrante de belleza,  
Y mi admiración no cesa  
De contemplar tu hermosura,  
¡Hoy muere mi desventura  
Por que mi placer empieza!

La pena no vive en mí  
Ni doliente el pecho gime,  
Pues siento, mujer sublime,  
Pasión inmensa por tí;  
Amoroso frenesí  
Siente mi vida serena,  
Y el alma de goces llena  
Te adora hasta lo increíble...  
No me digas: ¡Imposible!  
¡Por que muriera de pena!

## CONSTANTINO BECCHI (1)

## AL SOL DE LA LIBERTAD.

(FRAGMENTOS).

Sol de la libertad! Tiende tus rayos  
Hacia esos pueblos de la vieja Europa  
Que gimen bajo el yugo  
Del César, de la Iglesia, del verdugo.  
¡Qué! ¿acaso siempre beberán la copa  
Amarga del esclavo? Los rumores  
Ya se levantan de la turba inquieta,  
De libertad ansiosa; resplandores  
Ya llegaron hasta ella de tu brillo,  
De santa redención feliz aurora;  
Sacudirá del cuello el duro anillo,  
Y temblarán los tronos,  
Y el fragor de la lucha redentora  
Hará saber al mundo  
Que no se oprime al pueblo impunemente,  
Que ya no pueden imperar tiranos,  
Que los hombres son todos ciudadanos,  
Y que libres alzar deben la frente!

Sol de la libertad! perenne brilla  
Sobre América hermosa, y que tu rayo  
Espléndido reluzca  
Sobre el suelo uruguayo;  
Que tu augusta presencia  
Nuncio sea divino  
De patria, libertad, independencia;  
Ilumina el camino  
De los hijos de aquellos esforzados  
Que legaron al mundo y á la historia  
Laureles en mil triunfos conquistados,  
Inolvidables páginas de gloria.  
Ilumine tu rayo nuestra senda  
Y en nuestros pechos el valor encienda,  
Para si, en triste día,  
Peligra, ¡oh sol! la libertad amada,  
Al conato de odiosa tiranía;  
Ciudadanos altivos,  
En santa indignación hirviendo el pecho,  
Corramos en defensa del derecho  
Donde el deber sagrado nos reclame,  
Y hasta el poeta exclame,  
Como el bardo de Albión, con voz airada:  
*Lira, ¡Déjame en paz!... ¡Venga una espada!*

(1) CONSTANTINO BECCHI hace más de veinte y cinco años que escribe para el público y aún su estro sigue produciendo sin cesar. Su composición *Al sol de la libertad*, muy encomiada por don Enrique de Arrascaeta es leída siempre con interés. Becchi ha publicado algunos opúsculos poéticos, singularizándose como poeta tierno y sentimental.

## OROSMÁN MORATORIO (1)

## FLOR DEL MONTE.

Yo soy la dulce trigueña,  
la de los ardientes ojos,  
la que nacida entre abrojos  
quiere soñar y no sueña.  
La que en el llano y la breña  
posa atrevida su planta;  
la palomita que canta  
cuando ninguno la mira;  
la que se queja y suspira  
desde que el sol se levanta.

Yo soy la que el payador  
canta en endecha sonora;  
la que al rayo de la aurora  
robó su luz y color.  
La que en la lid del dolor  
le gana á todos la palma;  
la que no encuentra su calma  
desde que sueña en amores;  
la que en la sien lleva flores,  
y espinas dentro del alma.

Yo soy la de alma de fuego  
que para amar ha nacido;  
la que jamás ha tenido  
horas de paz y sosiego.  
La flor que muere sin riego  
porque el dueño la abandona;  
la que su nivea corona  
muestra siempre immaculada;  
la que se ve desdenada  
y en vez de matar perdona.

Yo soy la agreste violeta  
crecida entre los breñales;  
la que de amores ideales  
guarda su pena secreta.  
Yo soy la gazela inquieta  
que persigue el cazador;  
la que al sentir el dolor  
de la bala que la hiere,  
inclina la frente y muere  
bendiciendo al matador.

## CAMPERITA.

Allá lejos, una sierra,  
Una tapera en la falda  
Y un arroyito en la espalda  
Que va besando la tierra.  
Aquel rancho viejo encierra  
Cuanto hay de lindo y gracioso;  
Allá, de tarde, afanoso,  
Con mi aperito cantar,  
Voy á suspirar de amor  
Y á soñar que soy dichoso.

Es allá, en aquel ranchito,  
Donde vive la que adoro;  
La de ojos negros, tesoro  
De ternuras, infinito.  
Allá, junto al arroyito,  
Me da la vida y consuelo,  
Y aunque me siento en el suelo  
Por su amor esclavizado,  
Cuando me miro á su lado  
Pienso encontrarme en el cielo.

(1) OROSMÁN MORATORIO, nació en Montevideo el 22 de Abril de 1852 y falleció trágicamente en 1898. Ha sido poeta de tierna inspiración y cultivó con éxito el género criollo. Autor dramático de verdadero mérito, su obra, *Juan Saldao*, ha merecido conceptos elogiosos de la crítica. Es autor de los dramas *Patria y Amor*, *Culpa y Castigo*, *María*; y de las comedias *Una mujer con pantalones*, *En el año 2000*, *La carraspera y la tos*, etc. Algunas de sus composiciones de género criollo son populares y se cantan en la campaña uruguaya.

No me pinchan los abrojos  
Ni me asusta la espesura,  
Pues la sombra más oscura  
Se disipa ante sus ojos.  
No siento celos ni enojos  
Con ser tanta su belleza,  
Por que el sol de la pureza  
Brilla orgulloso en su frente,  
Y porque en su alma inocente  
No echó el mundo su maleza.

Allá, en aquella tapera,  
Rincón lejano del mundo,  
Con su cariño profundo  
Mi morochita me espera.  
De su mirada hechicera  
Llega la luz hasta aquí,  
Y al pensar que piensa en mí  
Yo siento un gozo infinito,  
Y allá voy de un galopito...  
¡Que el paraíso es allí!

## ELÍAS REGULES (1)

### MI TAPERA.

Entre los pastos tirada  
Como una prenda perdida  
Y en el silencio escondida  
Como caricia robada,  
Completamente rodeada  
Por el cardo y la flechilla  
Que, como larga golilla  
Van bajando á la ladera,  
Está una triste tapera  
Descansando en la cuchilla.

Allí, en ese suelo fué  
Donde mi rancho se alzaba,  
Donde contento jugaba,  
Donde á vivir empecé,  
Donde cantando ensillé  
Mil veces al pingo mío,  
En esas horas de frío  
En que la mañana llora,  
Cuando se moja la aurora  
Con el vapor del rocío.

Donde el aire perfumado,  
Está de risas escrito,  
Y donde en cada pastito  
Hay un recuerdo clavado;  
Tapera que mi pasado  
Con colores de amapola  
Entusiasmada enarbola  
Y que siempre que la miro  
Dejo sobre ella un suspiro  
Para que no esté tan solo.

(1) El doctor ELÍAS REGULES con Orosmán Moratorio y Antonio D. Lussich, son los herederos directos de la musa de Bartolomé Hidalgo. Pero sin duda alguna, quien de entre ellos se ha distinguido por la frescura y el sentimiento de la inspi

### SIN DERECHOS.

Como gladiador cansado  
pierde la fuerzas el día,  
perfumando su agonía  
el fresco soplo del prado.  
Queda el oriente pintado  
por penumbras, con derroche;  
y en actitud de reproche,  
cuadrado el sol, de soslayo  
recoje su último rayo  
al presentarse la noche.

Con nuevo impulso verdea  
la flora de la campaña,  
quebrando con faz huraña  
despojos de luz pigmea.  
El pastizalarpadea  
sobre la inculta colina;  
y mientras todo declina  
en las regiones campestres,  
sueltan las aves silvestres  
su plegaria vespertina.

Por apretado sendero  
sale del monte un ginete  
rompiendo el tupido brete  
del pajonal majadero.  
Mira, recela... y ligero,  
casi en pleno desvarío,  
le tira al campo y al río,  
por izquierda y por derecha,  
una mirada de flecha  
que va á sondar el vacío.

Es desertor. Su delito  
le impone firme misterio  
y huyendo del cautiverio  
anda sin rumbo y solito.  
Por las penurias marchito  
busca saludable riego;  
y en brutal desasosiego  
cuando el sentimiento brama,  
oye un rancho que lo llama  
con clamoreos de fuego.

Allá va. Sabe seguro  
que el sable lo pastorea,  
que es desigual la pelea,  
que es muy amargo el apuro.  
Pero, gaucho fuerte y duro,  
tiene el propósito fijo,  
guarda un tierno regocijo  
que lo arrastra desde lejos,  
hay en el rancho dos viejos  
que no los olvida el hijo.

Entre dudas y temores  
piza la choza querida  
donde sembró la partida  
desalientos y dolores.  
Toca á sus progenitores  
con sobresalto sincero;  
y en el silencio campero  
como indudable noticia,  
salta una franca caricia  
que se le escapa al matrero.

Es muy corta la visita  
porque lo quiere la suerte,  
pues un pampero de muerte  
sobre su cuerpo palpita.  
De la pareja bendita  
se despide sin rudeza  
y consumiendo entereza  
para tornar al retiro,  
monta bordando un suspiro  
con hebras de su tristeza.

Así vuelve á la guarida,  
conquista de independencia,  
preparado á la violencia,  
y á vender cara su vida.  
Nadie lo ampara ni cuida,  
nadie le ofrece perdón;  
que la carne de cañón  
y el siervo de mil señores,  
no tiene más defensores  
que su astucia y su facón.

ración es Elías Regules, el feliz autor de *La tapera*, que á diario se canta en la campaña del Uruguay. Regules es un distinguido médico y profesor de la Facultad de Medicina. Perteneció á la generación de Salterain, Herrero y Espinosa, y José G. del Busto, y como ellos tomó parte en el movimiento liberal del Ateneo. Últimamente ha reunido en un tomo sus poesías.

## FLOR DEL CAMPO.

Meció su cuna el pampero,  
sobre silenciosa loma  
zhaumada por el aroma  
del toronjil y el romero.

Brotó robando al lucero  
sus más relucientes rayos,  
tejió la flora los sayos  
que orlaron su galanura,  
y creció con la frescura  
de los campos uruguayos.

Allí en el pobre desierto  
corrió su vida sencilla  
enredada en la gramilla  
del terreno descubierto.

Rozó su pecho inexperto  
la sombra de un rumor vago,  
y contestando á su halago  
vióse pronto convertida  
en violeta preferida  
por los donceles del pago.

No se bosqueja en su frente  
la causa de su martirio,  
no comprende aquel delirio  
engendrado de repente,  
pero, poderosa siente  
una lozana impresión;  
la guarda envuelta en pasión  
y con acento que quema  
se la cuenta á la alucema  
á la salvia y al cedrón.

En el silvestre pensil  
la flor luce su hermosura,  
y es reina de la llanura  
por fragante y por gentil.

Su perfume juvenil  
con deleite se respira  
porque con alma suspira,  
porque con fe siente pena,  
porque quiere como buena,  
porque no tiene mentira.

PEDRO XIMÉNEZ POZZOLO <sup>(1)</sup>

## LAURELES.

*A Maria Eugenia Vaz Ferreira.*

No hay mujer en mi patria — que pulso la lira  
Y que encienda en sus cuerdas — la llama creadora,  
Que destella el talento, — que en lumbre se inspira,  
Y desborda en torrentes — de luz seductora,

Como tú, donairoso — poetisa sublime,  
Forjadora de ensueños — que luego transformas  
En la mágica estrofa — que lánguida gime,  
O en el verso valiente — de espléndidas formas.

Tu palabra cautiva, — cual dulce suspiro,  
Tiene imán poderoso — que lleva las almas,  
Cual pampero que arrastra — potente en su giro  
A través del espacio, — rumores de palmas.

(1) PEDRO XIMÉNEZ POZZOLO, hace años que escribe para el público. Es autor de algunos muy estimables poemas que publicó en folletos, y de diversas traducciones. Como poeta lírico es bastante conocido en el país, donde ha colaborado en la prensa diaria y periódica.

Yo, que vivo á la orilla, — del arduo camino  
Que conduce á la cumbre — del monte Parnaso  
Y presencio las penas — que inflige el destino  
Al que quiere sin freno — domar al Pegaso,

Al sentir la armonía — sublime y brillante,  
Con que envuelves y esmaltas — tu audaz pensamiento,  
Me descubro y saludo — tu numen radiante,  
Y te envío estas flores — en alas del viento.

Yo comprendo ese fuego — celeste que inflama...  
Y he sentido y valoro — los versos triunfales  
Con que trazas los arcos — gigantes de llama,  
Esos iris que marcan — tus vuelos geniales.

Esos vuelos inmensos — de alajes andinos,  
Con que vas á regiones — de espíritu nuevo,  
Desde donde regresas, — con fuegos divinos,  
Que arrebatas del nimbo — sagrado de Febo,

Y en torrentes desbordadas, — de ardientes colores,  
Sobre puros cristales, — azules y tersos,  
Que traducen, en bella — cascada de flores,  
Armoniosos y dulces, — tus fáciles versos.

De diamante es el estro — que anima tu lira  
Y al rasgar, inspirada, — sus cuerdas sonoras,  
Se retiran las sombras, — tu canto suspira  
Y en raudales de vida — se inflaman auroras.

Hay, María, en tus versos — aromas florales;  
Y fantásticas lumbres; — música grata;  
Resplandores de gloria; — cantar de zorzales;  
Embriagueces de trébol; — suspiros del Plata;

Pensamientos sublimes, — que el genio electriza;  
Expresiones triunfales, — que el genio dardea,  
Y la magia brillante — que todo idealiza  
Con los áureos reflejos — de lumbre febea.

Te imagino, María, — de pié, junto á un lago,  
Que se envuelve en las gasas — espesas de Junio,  
Que desgarran los soplos — del céfiro vago,  
Y que apenas alumbrada — pluvial novilunio,

Pronunciando, inspirada, — sagrados conjuros,  
Que disipan la sombra — con vivos destellos:  
Así eléctricos radian — tus ojos oscuros,  
Y se nimban de gloria, — tus negros cabellos.

Así el astro del día — domina el espacio,  
Abrasando en su llama — negruras y tules  
Que difunde en un éter, — de vivo topacio,  
Donde corren alegres — los aires azules.

Yo te veo, María, — llegar á la cumbre  
Circundada de rayos — de luz celestiales  
Yo te veo, poetisa, — vestida de lumbre,  
Arrancando á tu lira — canciones triunfales.

¡Que laureles y palmas — coronen tu frente!  
¡Que tu plectro levante — gentil armonía!  
¡Que la estrella del genio — fulgure en tu mente  
Y que siempre, dichosa, — te alumbre, María!

## PUNTOS DEL SOL.

## NACIENTE.

Yo no sé lo que siento en la mente,  
Yo no sé lo que siento en el alma;  
¿Es un sueño? ¿Es la dicha? Es el astro  
Del amor, que mi sér todo inflama!

## CÉNIT.

El sol que alumbra todos los mundos  
Y es alma y vida del cielo azul,  
Tiene su ocaso, tiene el poniente  
Donde sepulta su grata luz;

Pero en el alma que tú iluminas  
Con la ternura del corazón,  
Eres un astro sin occidente,  
Fijo en un cénit: el de mi amor!

## PONIENTE.

Cuando cae sobre el mundo la tarde,  
Yo no sé qué tristeza me embarga,  
Yo no sé si mi espíritu sube  
O si baja en el mar de mis lágrimas.

¡Y yo he sido feliz otros días,  
A estas horas que hoy son tan amargas,  
Su recuerdo es estela de fuego,  
En el mar de las sombras del alma!

Y yo he sido feliz á estas horas,  
Y he sentido... ¡no encuentro palabras!  
Desbordando más luz que dos soles,  
Inflamadas de amor, nuestras almas!

## NADIR.

¡Te alejaste de mí! Quedé entre sombras.  
En ellas los recuerdos vi lucir,  
Como en límpido cielo las estrellas  
Nos recuerdan que el sol está en nadir.

## TRANSFORMACIÓN.

Al alejarme de tí, yo creo  
Ser una sombra suspiradora,  
Que va soñando con los recuerdos  
Del ángel puro que la enamora.

Pero á tu lado, la sombra vana  
Tal se convierte, tal se colora,  
Que se transforma, de sombra en llama  
Con tu mirada deslumbradora.

## IMPROVISACIÓN.

(Exclamaciones al saber el fallecimiento del Doctor Alejandro Magariños Cervantes).

¡Murió el cantor de la Moderna Troya!  
La patria ciñe túnica de duelo,  
El espléndido azul de nuestro cielo  
Empaña triste funeral crespón!  
Del cielo baja misterioso llanto,  
Como señal de pérdida sentida,  
Y el alma, al replegarse entristecida,  
Se entrega á la amargura del dolor!

¡Murió el cantor de la Moderna Troya!  
Al hondo abismo descendió cual astro;  
Pero marcó su diamantino rastro  
Con una ardiente inextinguible luz!  
Su espíritu gentil voló á la altura,  
Cual celeste sagrado mensajero,  
Que vá á soñar en brazos del Crucero  
La poesía del bien y la virtud.

¡Murió el cantor de la Moderna Troya!  
El vate de la patria predilecto,  
Que vertió en rimas el sublime afecto  
Que nuestra dulce patria le inspiró!  
¡El cantor de los héroes inmortales  
Que en otros días de amargura inmensa  
Cayeron sosteniendo en la Defensa  
Nuestro santo, querido pabellón!

¡Murió el cantor de la Moderna Troya!  
El cóndor magestuoso de las cumbres:  
El genio que cantó nuestras costumbres  
En las felices rimas del *Celtar*;  
El bardo que en estrofas encendidas,  
Apostrofó sin miedo á los mandones  
Y alzaba á los dormidos corazones  
Cantando á la sublime libertad!

¡Murió el cantor de la Moderna Troya!  
Su lira de oro no dará á los vientos  
Los inefables mágicos acentos  
Que á las brisas del Plata arrebató;  
Pero nos queda su memoria dulce,  
Su labor árdua, su virtuoso ejemplo  
Que nunca, nunca, morirá en el templo  
Que le alzó nuestro ardiente corazón!

Marzo 8 de 1893.

## WASHINGTON P. BERMÚDEZ (1)

## ¡ANATEMA!

Cuando la impura Roma de los Césares,  
Degradada nación sin ciudadanos,  
*Circos! Circos!* pedía; y sus tiranos  
Le daban diversiones y baldón;  
Dicen que en el sepulcro se animaba  
Del severo Catón el polvo leve,  
Y que al oír los gritos de la plebe,  
Temblaban con patricia indignación!

Cuando el eco brutal de los que piden  
Para la patria un absoluto dueño,  
Del bravo Lavalleja, el hondo sueño  
Llegue en aciago instante á perturbar:  
Las cenizas del padre de los libres,  
Al escuchar la voz ignominiosa,  
De cólera y vergüenza entre la fosa,  
Como las de Catón han de temblar!...

¡Ah! si en aquellos tiempos de grandeza,  
Cuando la limpia espada del soldado,  
Cortaba, de su pueblo esclavizado,  
La vil coyunda que le puso un rey,  
Y en medio á los escombros de una lucha  
Clavando la bandera del derecho,  
Sobre el solio monárquico deshecho  
Alzaba los altares de la ley.

¡Ah! si entonces una voz, una tan sólo,  
Hubiera osado demandar un dueño;  
¡Ah! si un medroso corazón pequeño  
Hubiera osado reclamar señor!  
Oprimida la voz en la garganta,  
Hubiera resonado en el abismo,  
Y bajado á la tumba, á un solo mismo,  
Con el hombre servil su deshonor!

Mas ya pasaron como vago sueño  
Esos días de espléndidas memorias;  
Pasaron en sus lides y sus glorias,  
Como un poema de la antigua edad,  
Y sobre las cenizas de los héroes,  
Guardadas por el ángel de la tumba  
Ahora la ciega multitud derrumba  
El templo que habitó la libertad!

(1) WASHINGTON P. BERMÚDEZ nació en 1847. Se ha caracterizado como escritor satírico y poeta festivo, pero también tiene composiciones líricas de subido mérito. Su sátira, acerada y sangrienta, ha fustigado durante lustros á gobernantes y gobernados. Es autor de *El baturillo uruguayo*, *Los oradores de la Cámara*, y el

Hoy raquíteas almas, patria mía,  
Manchan el brillo de tu vieja gloria;  
Y preparan cien hojas á tu historia,  
Escritas en la tinta del baldón.  
Los vengan después, los postrimeros,  
Encontrando tus páginas manchadas,  
Al nombre de las tumbas degradadas  
Le arrojarán su justa maldición!...

Mas, el lábaro santo no ha caído,  
Ni el temple varonil del ciudadano;  
Aun flota al viento, en su robusta mano,  
De tus glorias el inclito pendón;  
Y si hay pueblo que pide la coyunda....  
¿Pueblo? ¡Jamás! Tu pueblo, patria mía,  
No ocurre en miserable apostasia,  
Ni á la América libre hace traición!

Los que piden el yugo, los que quieren  
Hacer de un hombre, un ídolo sagrado,  
No son tus hijos, no! Te han renegado  
Abjurando tus dogmas y su fé.  
Son tus hijos aquellos que veneran  
La libertad, la ley, la democracia,  
Los que doblan su sien á su desgracia,  
Y no se postran de un mandón al pié!

Esos tus hijos son, tus ciudadanos  
Los que no te perjuran, ni te niegan;  
No son hijos los Judas que te entregan,  
Víctima triste en manos de un señor,  
Son tus hijos aquellos que rechazan  
Los dogales, y el miedo y la manilla;  
Y no la oscura gleba que se humilla  
Ante un hombre, ó un rey, ó un Dictador!

Son tus hijos aquellos que protestan  
Con frente altiva y corazón sereno,  
Recogiendo tu lábaro del cieno,  
Firmes en la batalla del honor,  
Esos que luchan, porque al fin esperan  
Tiempos de libertad y de justicia,  
Con su cívica tropa, tu malicia,  
Soldados del futuro vengador!

Mientras exista juventud valiente,  
Bañada por el sol del patriotismo;  
Cuya alma noble, en su viril bautismo  
Tuvó á las libertades por Jordán:  
Ni las épicas de tus héroes,  
Ni los ecos marciales de tus cantos,  
Ni las palabras de tus libros santos,  
En nuestros corazones morirán!

drama *Artigas*, representado con éxito. Ha figurado en política, ocupando una banca en la Cámara de Diputados. También ha sido jefe político de Treinta y Tres. Actualmente pertenece á la Redacción de *La Tribuna popular*. Es miembro correspondiente de la Real Academia Española.

El patrio fuego, en el altar del alma,  
Latente brillará, como lucía,  
En lámpara sagrada noche y día,  
Perpétua luz sobre el romano altar:  
Hasta que pueda, al terminar la noche  
Que envuelve á la República en su velo;  
La sacra antorcha iluminar el cielo  
De la libre conciencia popular!...

Suene el grito de Pedro en el Pretorio,  
Y con canto triunfal la muchedumbre,  
En afrentosa cruz, lleve á la cumbre  
De vil Calvario al nacional honor.  
También la libertad, como el apóstol  
Gloriosa, altiva, vengadora y fuerte,  
Ha de surgir del seno de la muerte  
Hiriendo con su luz al Dictador!

### LOS TREINTA DINEROS.

Si por treinta dineros, que á la cara  
Le arrojaron los jueces con desprecio,  
Vendió una noche el miserable Judas  
Al sublime maestro,

Hoy seres viles, á la luz del día,  
Titulándose apóstoles del pueblo,  
Venden su pluma y su conciencia vendan...  
Quizá por mucho menos.

El cobarde judío, avergonzado  
De su traición, y arrepentido luego,  
Por propia mano se infligió el castigo  
De su crimen horrendo.

Y los venales escritores, nunca  
Sienten rubor al recibir el precio  
De sus aplausos; las monedas toman,  
Impúdicos, riendo!

Protervo fuiste al negociar la sangre  
Del venerando mártir galileo;  
Esos que venden su conciencia y pluma,  
Son Judas más protervos!

Más probidad y más honor tuviste,  
Vil Iscariote, en tan remotos tiempos,  
Que honor y probidad en los actuales  
Tienen los fariseos!

Tú, después de la infamia, te colgaste;  
Los otros cuelgan una cruz al pecho,  
Y se deleitan al sonoro ruido  
De los treinta dineros.

### LA BANDA ORIENTAL.

Entre el Uruguay profundo  
Y el mar azul y sin fin  
Se extiende un vasto jardín,  
La maravilla del mundo.  
En ese suelo fecundo  
Crece el ombú colosal,  
Canta el alegre zorzal  
Y el pampero su ala agita:  
Esa es mi tierra bendita,  
Esa es mi Banda Oriental!

Tierra de lindas mujeres  
De entusiasta corazón,  
Que en el pensamiento son  
Como angelicales seres.  
Y un porvenir de placeres,  
Bajo el techo conyugal,  
Brindan al criollo leal  
Que, en la terrible contienda,  
Vierte su sangre en ofrenda  
De nuestra Banda Oriental!

Patria de altivos guerreros  
Que han de luchar sin reposo,  
Hasta ver el suelo hermoso  
Libre de los extranjeros.  
Y en bárbaros entreveros,  
Con arrojo sin igual,  
Vencen á lanza y puñal  
O sucumben como bravos,  
Antes que vivir esclavos  
En esta Banda Oriental!

Que dejan padres y esposa,  
Hijos y amante querida,  
Porque la patria afligida  
Los llama triste y llorosa.  
Patria, madre cariñosa,  
Celeste madre inmortal,  
Tú eres su solo ideal,  
Tú eres su sola fortuna,  
Tú, la tierra de mi cuna,  
Mi dulce Banda Oriental!

No hay poblados ni desiertos,  
Ni montañas ni rastrojos  
Donde no se hallen despojos  
De nuestros patriotas muertos.  
Pero esos despojos yertos  
Que besa el sol matinal  
Duermen el sueño eternal,  
Guardados en noble tierra  
Por el ángel de la Guerra  
Y el de mi Banda Oriental!

Un saludo á la memoria  
De los valientes caídos,  
Cuyos nombres bendecidos  
Ha coronado la gloria.  
En el libro de la historia  
Viven con vida triunfal,  
Y en mármoles y en metal  
Ha de grabarlos un día  
Tu gratitud, patria mía,  
Mi eterna Banda Oriental!

### LA VIDA.

Es la vida cual monte cuya falda  
cuesta mucho subir.  
En la cumbre del monte, una guirnalda  
nos podemos ceñir.

Son los treinta años, con su luz, su fuego,  
su ruido y su placer  
que pronto pasan, porque luego... luego  
se empieza á descender.

Y el pié resbala por la falda opuesta  
sin poderlo evitar.  
Para alzarse á la cumbre, ¡cuánto cuesta!  
¡Y cuán poco bajar!

La guirnalda de rosas, que encontramos  
en la cima, después,  
cuando en el fin del viaje nos hallamos,  
¡se ha vuelto de ciprés!

## CANCIÓN.

Tierra querida, tierra lejana  
De mis amores y mis peleas,  
En que cayeron madre y hermana.  
Fieles á Artigas y á sus ideas,  
Bendita seas por la mañana  
Y por la noche bendita seas,  
Tierra querida, tierra lejana  
De mis amores y mis peleas.

Desde esta patria, mi amparadora,  
Donde hace tiempo vivo pensando,  
Yo te saludo cuando la aurora  
Tras de los montes viene pintando;  
Y por si llega mi última hora,  
Cuando me acuesto mi adiós te mando,  
Desde esta patria, mi amparadora,  
Donde hace tiempo vivo pensando.

Tú no te apartas un solo instante  
De mi recuerdo; mi alma te tiene;  
Tú eres la novia que está distante,  
Yo el que en la ausencia leal se mantiene.  
Yo soy el cuerpo que va delante,  
Tú eres la sombra que detrás viene;  
Tú no te apartas un solo instante  
De mi recuerdo; mi alma te tiene.

Mientras conserve resto de vida,  
¡Oh dulce patria, mi única gloria!  
Aunque mi alma quedase hundida  
Bajo mi triste piedra mortuoria,  
Ni Dios que quiera decirme: ¡olvida!  
Podrá arrancarte de mi memoria  
Mientras conserve resto de vida,  
¡Oh dulce patria, mi única gloria!

Tierra querida, tierra lejana  
De mis amores y mis peleas,  
En que cayeron madre y hermana  
Fieles á Artigas y á sus ideas,  
Bendita seas por la mañana  
Y por la noche bendita seas,  
Tierra querida, tierra lejana  
De mis amores y mis peleas.

CARLOS ROXLO <sup>(1)</sup>

## UN CUENTO DE ANDERSEN.

A la preciosa niña María, hija del eminente poeta Zorrilla de San Martín.

I.

¿Me pides que te cuente  
Algo que dulcemente,  
Cual salvador rocío,  
Las tentaciones de la noche ahuyente?...  
Aunque hace tiempo calla el estro mío  
Falto á la vez de música y de flores,  
Resucitar confío.  
Hurgando mi memoria,  
Alguna vieja y peregrina historia  
Que sacie tu deseo  
Y un enjambre de sueños bienhechores  
Consiga que te brinde el dios Morfeo.

II.

¿Estás contenta ya? ¿Ya te sonríes?  
¿Ya tus ojos de brillos de turquesa,  
Que envidian las huríes,  
Me agradecen amantes mi promesa?  
Al contemplar tu deleitoso encanto,  
Tu alegría inocente,  
Se deshacen en llanto  
Las nubes ¡ay! que cruzan por mi frente;  
Pues me recuerda dulce y delicada  
Tu voz, que arrulla mi cansado oído,  
Los puros goces de mi edad pasada,  
Como recuerda al ave aprisionada  
La virgen primavera,  
Los poemas de amor que entraña un nido  
Pendiente de un arbusto en la pradera.

III.

Érase que se era  
Una sirena azul y nacarina,  
La envidiada heredera  
Del rey más poderoso de los mares,  
Un pobre rey que cuando el sol declina,

(1) CARLOS ROXLO, nació en Montevideo y se educó en Barcelona. De regreso á la patria, siendo muy joven empezó á escribir para el público en la prensa de la capital. En 1885 publicó su primer libro, *Estrellas fugaces*, al que siguieron, *Atas*, *En los bosques*, *Soledades* y *Armonías Crepusculares*, todos de versos, amén de algunos folletos políticos y un compendio de Estética. Ultimamente ha compilado sus poesías en un lujoso volumen titulado *Cantos de mi tierra*. También ha figurado en política, siendo diputado y periodista. Es uno de los poetas más populares

## CANCIÓN.

Tierra querida, tierra lejana  
De mis amores y mis peleas,  
En que cayeron madre y hermana.  
Fieles á Artigas y á sus ideas,  
Bendita seas por la mañana  
Y por la noche bendita seas,  
Tierra querida, tierra lejana  
De mis amores y mis peleas.

Desde esta patria, mi amparadora,  
Donde hace tiempo vivo pensando,  
Yo te saludo cuando la aurora  
Tras de los montes viene pintando;  
Y por si llega mi última hora,  
Cuando me acuesto mi adiós te mando,  
Desde esta patria, mi amparadora,  
Donde hace tiempo vivo pensando.

Tú no te apartas un solo instante  
De mi recuerdo; mi alma te tiene;  
Tú eres la novia que está distante,  
Yo el que en la ausencia leal se mantiene.  
Yo soy el cuerpo que va delante,  
Tú eres la sombra que detrás viene;  
Tú no te apartas un solo instante  
De mi recuerdo; mi alma te tiene.

Mientras conserve resto de vida,  
¡Oh dulce patria, mi única gloria!  
Aunque mi alma quedase hundida  
Bajo mi triste piedra mortuoria,  
Ni Dios que quiera decirme: ¡olvida!  
Podrá arrancarte de mi memoria  
Mientras conserve resto de vida,  
¡Oh dulce patria, mi única gloria!

Tierra querida, tierra lejana  
De mis amores y mis peleas,  
En que cayeron madre y hermana  
Fieles á Artigas y á sus ideas,  
Bendita seas por la mañana  
Y por la noche bendita seas,  
Tierra querida, tierra lejana  
De mis amores y mis peleas.

CARLOS ROXLO <sup>(1)</sup>

## UN CUENTO DE ANDERSEN.

A la preciosa niña María, hija del eminente  
poeta Zorrilla de San Martín.

I.

¿Me pides que te cuente  
Algo que dulcemente,  
Cual salvador rocío,  
Las tentaciones de la noche ahuyente?...  
Aunque hace tiempo calla el estro mío  
Falto á la vez de música y de flores,  
Resucitar confío.  
Hurgando mi memoria,  
Alguna vieja y peregrina historia  
Que sacie tu deseo  
Y un enjambre de sueños bienhechores  
Consiga que te brinde el dios Morfeo.

II.

¿Estás contenta ya? ¿Ya te sonríes?  
¿Ya tus ojos de brillos de turquesa,  
Que envidian las huríes,  
Me agradecen amantes mi promesa?  
Al contemplar tu deleitoso encanto,  
Tu alegría inocente,  
Se deshacen en llanto  
Las nubes ¡ay! que cruzan por mi frente;  
Pues me recuerda dulce y delicada  
Tu voz, que arrulla mi cansado oído,  
Los puros goces de mi edad pasada,  
Como recuerda al ave aprisionada  
La virgen primavera,  
Los poemas de amor que entraña un nido  
Pendiente de un arbusto en la pradera.

III.

Érase que se era  
Una sirena azul y nacarina,  
La envidiada heredera  
Del rey más poderoso de los mares,  
Un pobre rey que cuando el sol declina,

(1) CARLOS ROXLO, nació en Montevideo y se educó en Barcelona. De regreso á la patria, siendo muy joven empezó á escribir para el público en la prensa de la capital. En 1885 publicó su primer libro, *Estrellas fugaces*, al que siguieron, *Atas*, *En los bosques*, *Soledades y Armonías Crepusculares*, todos de versos, amén de algunos folletos políticos y un compendio de Estética. Ultimamente ha compilado sus poesías en un lujoso volumen titulado *Cantos de mi tierra*. También ha figurado en política, siendo diputado y periodista. Es uno de los poetas más populares

Se acerca á contemplar nuestros hogares,  
 Porque prefiere á su nación marina,  
 De los bosques costeros los palmares.  
 La niña de las olas azuladas,  
 Como ya ha paseado sus miradas  
 Por todo cuanto encierra  
 Su dominio de espumas argentadas,  
 Se pregunta, cruzando las espumas,  
 Si serán los cansancios en la tierra  
 Iguales á los tedios en las brumas.

## IV.

Yo decirte podría  
 Que no halla diferencia el que se hastía,  
 Entre el límpido cielo,  
 El verde mar, las rocas de la playa,  
 El árbol de moviente terciopelo,  
 El rubio sol, y el ave cuyo vuelo  
 Traza en lo azul una invisible raya.  
 Ya lo sabrás; tu historia,  
 Como todos los poemas terrenales,  
 Tendrá mucha negrura y poca gloria,  
 Pocas brisas y muchos vendabales;  
 ¡Yo me sé de memoria  
 Que para cada lirio hay dos zarzales!

## V.

Una noche salió de su morada  
 La cándida sirena,  
 Al tibio rayo de la luna llena  
 Que en la callada inmensidad oscila  
 Cual de un titán vencido la pupila  
 Que huyó en las sombras á ocultar su pena.  
 La mar, arrebatada  
 En las potentes alas del pampero,  
 Ruge y gime y se enrosca y serpentea,  
 Reflejo verdadero  
 De las trágicas luchas de la idea.  
 Y ya lejos del sitio do escondida  
 Jugara en los albores de su vida,  
 La sirena angustiada  
 Ve á un joven que clavando su mirada  
 En un frágil madero,  
 Persiguiéndole nada  
 Con la energía crúel, desesperada,  
 Del esfuerzo postrero.  
 ¿Tiemblas, pobre alma mía,  
 Del náufrago pensando en la agonía?...  
 Hay un mar más profundo  
 Que el encrespado mar ronco y salobre:  
 Pídele á Dios que en el fangal del mundo

del país. Su lira tiene todas las cuerdas, desde la épica, hasta la sentimental y tierna. Sus composiciones eróticas son de mérito. También tiene composiciones de vibrante inspiración patriótica. En general sus composiciones adolecen de cierto artificio, que no impide que sean de las más hermosas escritas en el país. Ha sido profesor de Literatura en la Universidad.

Nunca el bajel de tu candor zozobre.  
 El mar al fin, cuando la calma llega,  
 A la playa sus víctimas arroja  
 Y á la piedad del hombre las entrega;  
 Pero el mundo, que artero nos amaga,  
 Cuando de virtud flaco se despoja  
 Un corazón de deleznable arcilla,  
 El manto azul de su inocencia traga  
 Y no devuelve el náufrago á la orilla.

## VI.

La sirena que mira...  
 ¡Pero no llores, por piedad, no llores!  
 ¡Si el náufrago no ha muerto! ¡Si respira!  
 ¡Si no he llegado aún á los dolores  
 Que son el patrimonio de mi lira!  
 ¡Vaya, pequeña, vaya!  
 ¡Si el náufrago no ha muerto, y la sirena  
 Le conduce nadando hasta la playa,  
 Le forma un lecho de mullida arena,  
 Le besa con amor sobre la frente,  
 Y huye al mirar que de jazmín colora  
 Los pórticos de Oriente  
 El pincel sonrosado de la aurora!

## VII.

Desde aquel día triste,  
 La princesita de las pardas brumas,  
 Cuando la noche de crespón se viste,  
 A solas atraviesa las espumas.  
 ¿Qué placer halla cabalgando á solas  
 Sobre el dorso del mar, dormido y quieto?  
 ¡El placer de decirles á las olas  
 Un amante secreto!  
 ¡El placer de acercarse hasta la orilla  
 Para pedirles nuevas del ausente,  
 Del joven naufragado en la barquilla  
 Que se hundió en la corriente,  
 A la luna amarilla  
 Y á las arenas de dorada frente!  
 ¡El placer de llorar sin que ninguna  
 Mirada vea desprenderse el lloro,  
 A excepción de la luna  
 Y de la orilla con arenas de oro!

## VIII.

La ondina, al despuntar una alborada,  
 Buscando un lenitivo á sus pesares,  
 Se dirige á la entrada,  
 Por madreporas vírgenes formada,  
 Del antro de la bruja de los mares.  
 En esa cripta azul y ante esa bruja,  
 Dice, hasta las entrañas conmovida,  
 ¡Porque si es grande de morir la pena,  
 Es aún pena mayor no ser querida!  
 De la bruja al conjuro,  
 Se cambia en otro sér aquel sér puro,  
 Que tiene en sus miradas la divina

Belleza de las luces del ocaso,  
Y que tejó la soledad marina  
De sus espumas con el limpio raso.

¿Será, será el deseo  
De lo imposible, acaso,

La leyenda inmortal de Prometeo?  
¿Será la luz que esparce en la montaña  
De su martirio, la silente luna,  
El perfume sutil, la esencia extraña  
De aquello que nos niega la fortuna?

## IX.

— ¿Qué es el amor? — preguntas afanosa:  
El *quid divinum* de la humana escena,  
Una inefable música armoniosa  
Que en lo callado de la noche suena,  
El beso de la brisa á la azucena,  
Lo que dice á la luz la mariposa.  
El amor diviniza los pesares,  
Pone en los juncos musical concierto,  
Hace crecer las algas de los mares,  
Coloca la cisterna en el desierto,  
Y es... el polen que mandan tus palmares  
A las palmas que orillan el Mar Muerto.

## X.

Ya en mujer la sirena convertida,  
Temblando se desmaya  
Al pisar por las olas impelida  
Los agudos guijarros de la playa,  
Y al volver á la vida,  
Como un infante castigado llora  
Confusa y sorprendida,  
Junto á sí viendo al hombre á quien adora.  
Este, que es todo un príncipe heredero  
De un poderoso Estado,  
De su rostro hechicero,  
De su gracia infantil queda prendado  
Y desde aquel instante  
No está contento sino estando al lado  
De aquel ser tan sencillo y tan amante,  
Y la sirena ufana  
Dulcemente suspira  
Sin comprender que el príncipe la mira  
Como á una tierna y dolorida hermana.

## XI.

Contemplando una nave empavesada  
Con múltiples banderas,  
Supo al fin desolada  
La virgen de las ondas planíderas,  
Que á recibir á su futura esposa,  
Joven, alegre, linda, candorosa  
Y heredera también de un rico Estado,  
Parte al morir la tarde rumorosa  
Su dueño idolatrado.  
Mas á pesar del duelo que la abruma,

Al ingrato humillada y cariñosa  
Envuelve en el fulgor de su sonrisa:  
¡La violeta perfuma,  
Mi dulce bien, la planta que la pisa!...

## XII.

¿Piedad te causa su dolor profundo?...  
¡Ay! cuántas veces al cruzar el mundo,  
Lucero de ternura,  
Como ella verterás llanto infecundo  
Sobre la muerta flor de tu ventura.  
Pero, ¿qué importa? la empinada cuesta  
De la vida subamos con bravura:  
¡El pesar, alas de cóndor nos presta  
Para ascender á la celeste altura!

## XIII.

La noche está sombría,  
Hiende el buque la mar con fácil prora  
Y la nieta del agua en su agonía  
Despide á la ilusión que la enamora.  
El príncipe, rendido  
De esperar los fulgores de la aurora,  
Duerme á sus plantas en cojín mullido.  
De pronto la sirena se estremece,  
Pues oye del Océano á la hechicera  
Que al són del agua que la brisa mece,  
Así la dice con piedad sincera:  
— Cuando la luz radiante  
Del ya vecino día  
Por el jardín del cielo se adelante,  
Será, pobre hija mía,  
En espuma tu cuerpo convertido  
Y tu alma sobre el mar flotará errante;  
Mas si quieres volver al escondido  
Palacio do la vida te besara,  
Este agudo puñal hunde sin pena  
Del príncipe en el seno,  
Y tornarás de nuevo á ser sirena  
Y á reclinarte sobre el mar sereno. —  
Fria como de mármol de Carrara  
Estatua peregrina,  
Se quedó de mi historia la heroína,  
En tanto que la maga con presteza  
Del buque suspirando se separa  
Tras un supremo y angustioso instante,  
Moviendo tristemente la cabeza.  
— ¡No debe ser! — exclama agonizante  
La hija de las espumas con nobleza.  
— ¡No debe ser! ¡no debe ser! ¡no quiero!  
¡Más vale sucumbir sin esperanza,  
Que manchar los brillos de este acero  
Con el corrupto pus de la venganza! —  
Y arrojando el puñal, que va á perderse  
En los grises crespones de la bruma,  
En nacarina y azulada espuma  
Mira su cuerpo hermoso disolverse;  
Pero querube que subiendo en calma,

Hiende los aires con radiante vuelo,  
De la gentil enamorada el alma  
No flota sobre el mar: ¡entra en el cielo!

## XIV.

¿Te ha complacido mi doliente historia?  
¿Dices que sí? Pues llévala escondida  
En el libro de luz de tu memoria  
Al cruzar los senderos de la vida.

¡Bien haya la sirena  
Que prefirió al placer de la venganza,  
La corona de espigas de la pena  
Y el cilicio de amar sin esperanza!  
Cuando el dolor más recio nos abruma,  
Más dulce debe ser nuestra sonrisa:  
¡La violeta perfuma  
Con su perfume al torpe que la pisa!  
Pero es tarde y en torno de tu almohada  
Los ángeles purísimos del sueño  
Extienden ya su veste nacarada:  
¡Que sobre tí se cierna con empeño  
La visión de la pobre enamorada!  
Y como ya he cumplido mi promesa  
Y se juntan tus párpados cansados,  
Apaguemos la luz á toda prisa,  
¡Dejando que los ángeles sagrados  
Conversen con tus ojos de turquesa!

Diciembre de 1884.

## LAS DOCE.

¡Media noche! ¡silencio! la ronda Fantástica empieza, Y se junta á la voz de los kobols, La voz de las elfas.	¡Media noche! ¡silencio! la ronda Fantástica empieza, Al arrullo del arco de Krespel Que gime de pena.
¡Media noche! ¡silencio! las brujas Encienden su hoguera, Y en el carro de lirios azules Titania despierta.	Suspendida del sauce lloroso, La wüllis ligera, Con sus plantas agita la espuma Del río que tiembla.
¡Media noche! ¡silencio! los gnomos Dejando sus cuevas, A las ninfas que cruzan el bosque Lascivos acechan.	En los viejos cipreses que guardan La gótica iglesia, Alguien ríe moviendo los largos Festones de hiedra.
¡Media noche! ¡silencio! los duendes, Sin formas concretas, Iluminan el cuarto dormido Con luz de luciérnaga.	Encendido en la cumbre del monte Relumbra y chispea Como un haz de sarmentos que ati- Fantasmas de niebla. [zan
¡Media noche! ¡silencio! se escucha La rima siniestra Que á lo lejos levanta el salvaje Corcel de Mazzepa.	¡Y una extraña canturía los silfos Medrosos conciertan, En las rosas que adornan el tiesto Dormido en mi reja!

¡Media noche! ¡silencio! ¡es la hora De Mab la hechicera, Y ya siento que pulsan sus manos Del arpa las cuerdas!	¡Ya acarician los labios del moro La faz de Desdémona! ¡Y va Hamlet vestido de luto En busca de Ofelia!
¡Ya Romeo su canto de amores Le dice á Julieta, En la escala que ocultan las sombras De clámide negra!	Y á la tímida luz de la luna, Que cubre tu puerta Con un largo sudario de plata Que el viento cimbrea.

¡Mi noctámbulo espíritu cruza  
Tu calle desierta,  
Y depone, al llegar á tus vidrios  
Un beso en las piedras!

## ¡CALLA!

¡No lo digas jamás!... ¡Si lo supiera  
El ángel de tu guarda,  
Triste al jardín del cielo volvería  
Cubriéndose el semblante con las alas!

Aquella noche azul, con sus perfumes  
Y con sus brisas cálidas;  
Aquellas aves, que en las verdes frondas  
Del rey hebreo la canción cantaban;  
Tus ojos en los míos, nuestras manos  
Temblando entrelazadas;  
Aquella noche que cubrió á la luna...  
¡Jamás lo digas!... ¡calla!

## INRI.

Entrando por los vidrios de colores  
La claridad del sol,  
Iluminaba al templo donde á veces  
Solloza mi dolor.

Fijas estaban mis pupilas tristes  
En la cruz del altar,  
Cuando irradió en un arco de la nave  
Tu espléndida beldad.

Apenas en el gótico santuario  
Apareciste tú,  
Cambió de aspecto, para mí, la trágica  
Figura de la cruz.

Bien clavada en las carnes la corona  
De dardos de tu amor,  
¡El que pendía del madero augusto  
Era mi corazón!

## ÍNTIMA.

Un día mis amigos me dijeron:  
— ¡Nos habló mal de tí! —  
Y orgullosas mis ansias respondieron:  
— ¡Es por que aun piensa en mí! —  
Un día me dijeron con tristeza:  
— ¡Jura que te olvidó! —  
Y pensé bendiciendo tu firmeza:  
— ¡Lo mismo juro yo! —  
Me dijeron después: — ¡Oye en sosiego  
Tu nombre pronunciar! —  
Y respondí, con lágrimas de fuego:  
— ¡Ya me empieza á olvidar! —  
Me dijeron después con alegría:  
— ¡Bien de tí nos habló! —  
Y pensé, con angustias de agonía:  
— ¡Ahora sí me olvidó! —

## SIC TRANSIT...

La encontré en el bullicio de la orgía,  
Y apenas me miró;  
Pero al ver que mi faz palidecía,  
Gozosa sonrió,  
Dominaba su espléndida hermosura  
En medio del festín,  
Y al irse, desprendió de su cintura  
La nieve de un jazmín.  
Codiciada, por otro conducida,  
A mi lado pasó,  
Y el jazmín, de mi pena condolido,  
En mi copa arrojó.  
La volví á ver. — Lasciva en sus cantares,  
En sus gozos brutal,  
Oficiaba la turba en los altares,  
Del viejo Carnaval.  
Fué en un baile de máscaras. — No era  
La que yo conocí:  
Tenía lo enfermizo de la cera;  
Me miró y sonreí.  
Me relató una historia de dolores  
Entre golpes de tos,  
Y al pensar cómo mueren los amores,  
Sollozamos los dos.  
Con un compadre de vinosa cara,  
Ya tranquila, se fué,  
Y al irse, sin que el otro lo notara,  
Me dió una rosa thé.  
¿Dónde estará? ¡Con emoción piadosa  
Quisiera mi inquietud  
Con el jazmín aquel y aquella rosa  
Perfumar su ataúd!

## LA TARDE.

La luz se va; la sombra vespertina  
Sobre el verde confin vagante rueda,  
Y el boyero levanta en la arboleda  
Las notas de su música divina.  
Muje triste la res; la purpurina  
Flor de los ceibos en letargo queda,  
Y agitando sus rémiges de seda,  
El lechuzón se cierne en la colina.  
Flotan sobre las cumbres, los rumores  
En que mezclan sus rezos fatigados,  
Ríos, honduras, árboles y flores;  
Y pasan, en las sombras embozados,  
Los espectros de todos mis amores,  
Por todas mis angustias escoltados!

## SIN TÍTULO.

Del wals resonaban  
Los últimos ecos,  
Y hácia mí viniste  
Perfumando el aire con tus rizos negros.  
Una rosa blanca  
Dormía en tu seno,  
Más puro y más suave  
Que sus nacarinos y sedosos pétalos.  
Sonreíste al verme,  
Saludé en silencio,  
Y te vi alejarte  
Hablando al oído de tu compañero.  
¡Cómo huyen los días!  
¡Cómo vuela el tiempo!  
¡De niña, en mis brazos,  
Cuántas, cuántas veces conciliaste el sueño!  
¡Si aun miro en tu rostro  
De flor de cerezo,  
La huella dejada  
Por los besos míos, por mis pobres besos!  
¡Tú subes la cuesta!  
¡Yo al valle descendo!  
¡Tú buscas la lumbre!  
¡Yo busco la noche y en sus sombras entro!  
Pero oye, y á nadie  
Digas mi secreto:  
¡Te adoré de niña!  
¡Dormida en mis brazos, te amé sin saberlo!  
Y ahora, que ya es tarde,  
Que te amo comprendo:  
¡Ahora que ya nieva  
Su nieve el otoño sobre mis cabellos!

## Á SOLAS.

¡Ven! con tus brazos mi cuello oprime,  
Y en mis pupilas pon tus miradas,  
Mientras la noche cuelga en los guindos  
De sus antorchas la luz fantástica.

Todo en silencio dormita y sueña;  
Ninguno escucha nuestras palabras:  
¡Vuelve á decirme que tú eres mía!  
¡Jura de nuevo que me idolatras!

En los senderos, los sauces crujen  
Bajo su manto de nieve blanca:  
¡Es que la luna peina á los sauces  
Con sus pequeños peines de plata!

Meciendo airosa su traje verde  
La yedra oscila sobre la tapia:  
¡Es que en la yedra se esconde un nido  
Y hay cuatro alitas entre las matas!

En el perfume, que nos envuelve,  
Del jardín flota disuelta el alma:  
¡Es que los rojos claveles buscan  
A los claveles de tintas pálidas!

Ninguno sabe que nos queremos;  
Los astros brillan entre las ramas:  
¡Vuelve á decirme que tú eres mía!  
¡Prueba de nuevo que me idolatras!

## GAJOS DE YEDRA.

I.

¡Oh los dulces resplandores de la lámpara bendita  
Que en tu alcoba centellea con medroso centelleo,  
Como un cirio que relumbra sobre el ara de la ermita  
Donde escribe cada noche sus misales el deseo!

¡Oh los fuegos con que alumbran mis calladas soledades  
Los relumbres cegadores de tus ojos de princesa!  
¡Oh los círculos trazados por las muelles voluntades  
Enterradas á la sombra de tus ojos de turquesa!

¡Oh lo suave de la mirra de tus labios purpurinos,  
Y la cálida frescura de tus labios virginales!  
¡Oh las rosas de las cumbres de tus senos nacarinos,  
Donde tejen las abejas de la dicha sus panales!

¡Oh los cimbros tentadores de tu rítmica cintura,  
Y la comba cincelada del jarrón de tus caderas!  
¡Oh los oros que en tus sienes, coronando tu hermosura,  
Son más rubios que las tardes de las rubias primaveras!

¡Oh visiones fabricadas con las sedas del pasado  
Por los lóbregos obreros del telar de mis saudades,  
Aunque cierre mi memoria con cien vueltas su candado,  
Os encuentro en lo profundo de mis tristes soledades!

## EN PLENA DICHA.

Si el amor es la esencia de la vida  
¿Por qué estás de quererme avergonzada?  
¿Por qué doblas la frente entristecida?  
¿Por qué el lloro te nubla la mirada?

¡Levanta con orgullo la cabeza!  
¡Mueve tu joven corazón con brío!  
¿De qué servía tu gentil belleza  
Antes de abrirse bajo el beso mío?

Todo tiene marcado su sendero:  
El pólen urde las florales galas,  
Y en el agreste azúcar del romero,  
La avispa moja el sumo de sus alas.

¿Qué hace el rubi con todos sus fulgores,  
De su estuche en el frío calabozo?  
¿De qué nos servirían los amores  
Sin la suprema convulsión del gozo?

Todo tiene marcado su camino:  
Cuando relumbran las estivas llamas,  
Entre los juncos del juncal vecino  
Las culebras enroscan sus escamas.

Teniendo tu belleza esplendorosa  
De Friné las sagradas desnudeces,  
¿Sólo la envidia, la infecunda odiosa  
Podría hacer severos á tus jueces!

¡No por arrepentida! ¡Por amante,  
Por joven, por gentil y por morena,  
Jesús de Nazareth besó el semblante,  
Pálido y tentador, de Magdalena!

¡Por eso nada más! ¡Por su hermosura,  
El Maestro, que amaba y comprendía,  
Perdonó á la mujer, tierna é impura,  
Que en sus largos cabellos le envolvía!

¡El que castiga sin juzgar, desbarra!  
¡No dobles con angustia la cabeza!  
¡No existiría el tigre sin la garra,  
Ni el instinto sexual, sin la belleza!

¿Qué importa que te adore y que me adores?  
¿No se acoplan los tordos en los nidos?  
¿No fecundan las flores á las flores?  
¿No se parten los astros encendidos?

¡Alzate, pues, impura y victoriosa,  
Sobre el purpúreo ocaso de mi vida!  
¡Ser joven, ser amada y ser hermosa,  
Es ser cincuenta veces bendecida!

¡El que creó los sexos y en el vino  
De la ilusión templó las voluntades,  
Quiere que aquellos cumplan su destino  
Y odia las infecundas castidades!

¡Brille é impere tu beldad suprema  
De las lujurias en los antros rojos,  
Y abrázate en el fuego que me quema  
Cuando me miran tus oscuros ojos!

¡Consiente que me abisme en tus hechizos,  
En el perfume de pasión que exhalas,  
Y que sobre la noche de tus rizos  
La voluptuosidad plegue sus alas!

¡No la espantes, mi bien, con el tirano  
Rubor que anubla tu pupila hebrea,  
Ya que su dulce y complaciente mano  
Con invisibles gasas nos rodea!

¡Déjala que las cierre con el broche  
Donde el espasmo escribe sus alegros,  
Mientras hundo mis ojos en la noche  
Grande y profunda, de tus ojos negros!

### SIN NOMBRE.

Amo la realidad. No me conmueve  
El romántico amor de que me hablas;  
Ese amor que se nutre de suspiros,  
Que nunca ceda y que jamás se exalta.

Yo quiero que me quieras como quieren  
Las mujeres de carne; aquellas que aman  
Con todos los sentidos de su cuerpo  
Y todas las potencias de su alma.

Cuando estrecho tu mano entre las mías,  
Quiero sentir que su contacto abrasa,  
Y que agitan la sangre de tus venas  
De los deseos las voraces ansias.

Cuando en mi seno de titán rendido  
Tu cabecita juvenil descansa,  
Quiero ver, en el fondo de tus labios,  
Al beso abrir sus rumorosas alas.

Los amores azules me dan miedo;  
He perdido la fuerza y la esperanza,  
Persiguiendo á las vírgenes sin forma  
Que en las regiones del ensueño vagan.

Voy entrando en las sombras del crepúsculo,  
Y quiero descender de la montaña,  
Coronada de vides la cabeza  
Y de vides la lira coronada.

De aquella juventud que he malgastado  
Persiguiendo á la ronda de fantasmas,  
Breves horas me restan, y esas horas  
Deseo á la verdad sacrificarlas.

Si no puedes amarme de otro modo  
Que con tu fría estupidez de estatua,  
No tomes mi cabeza entre tus manos,  
Poniéndola en el nido de tu falda.

¡Tú puedes esperar! ¡Tú todavía  
Tienes la placidez de la mañana;  
Pero aquel sol que iluminó mi senda,  
Ya los picachos últimos traspasa!

### ELLA.

Es tan hermosa mi princesita,  
Es tan alegre, tan jovencita,  
Con tanta gracia mueve su pié,  
Que cuando pasa, luciendo el talle,  
De oro los cielos cubren el valle,  
De oro que dice:—¡Písemme usted!

En lo redondo de su garganta  
Tiene un boyero, que arrulla y canta,  
Puesta la urdimbre de su mansión;  
Siendo su risa, que rauda vuela,  
Como el acorde de la vihuela  
En los balances del pericón.

Ostenta el raso de su mejilla,  
Donde la sangre se agolpa y brilla,  
Donde lo rubio del alba está,  
El rojo tinte de seda fina  
Con que se adorna la campesina  
Flor del cimbrante burucuyá.

No hay quién la mire que no la quiera:  
Es un columpio de enredadera  
Con un nidito de colibrí;  
Y hay en sus labios, que son claveles,  
Todo el azúcar que hay en las mieles  
Mejor labradas del camuati.

En lo profundo de su mirada  
Escondió el ángel de la alborada  
El haz que dora su blanco tul;  
¡Ella es el río, yo el camalote  
Que se contempla nadando á flote  
En la tranquila corriente azul!

### EN EL CAMALOTE.

Al morir una tarde de otoño  
Lluviosa y opaca,  
Un islote columpian los vientos  
Del río en las aguas.

En un tronco, que cimbra el islote,  
Un nido se alza,  
Donde asoman dos aves pequeñas  
Sus frentes aun calvas.

Sobre el nido, tendida é inmóvil,  
La madre se halla;  
Sobre el nido, que azota la lluvia  
Y sacuden del viento las ráfagas.

Cerca de ella, muy cerca, el esposo  
Con sus pios más tiernos le habla,  
Enseñando á la madre la orilla  
Que muestra á lo lejos su muro de ra s.

Triste mira la esposa á las aves  
De frentes aun calvas,  
Y á la noche que ya en el espacio  
Sus tules desata.

Con un pío más fuerte el churrinche  
De nuevo la llama,  
Y se pierde después en la orilla  
Volando con ansia.

Mira entonces la madre á sus hijos  
Con dulce mirada,  
¡Y los cubre mejor de la lluvia  
Abriendo con fuerza las húmedas alas!

### SIN RUMBO.

Lo mismo que dos astros luminosos  
Que cruzan por el cielo vespertino,  
Sin poder confundir ni su camino  
Ni el chispear de sus haces temblorosos,

¡Vamos tú y yo, cansados y tediosos,  
A merced de los vientos del destino,  
Con la nostalgia de un amor divino  
En nuestros corazones dolorosos!

Pero como entrecruzan sus destellos,  
Alguna vez, en la extensión serena,  
Los astros de flamígeros cabellos,  
¡Se entrecruzan también con la mirada,  
Alguna vez, mis penas y tu pena,  
Mi alma febril y tu alma desolada!

### IMMER BEI DIR.

No aguardes, no, que el viento del olvido  
Seque las flores que sembré á tu paso;  
¡Es nuestro amor un sol obscurecido,  
Pero que nunca llegará á su ocaso!

¡Me dejaste serena y convencida  
De que espantabas para siempre al tedio,  
Sin notar que en la historia de tu vida  
Yo soy como una llaga sin remedio!

¡Yo fui tu iniciador! ¡En tus altares  
El cáliz levanté por vez primera;  
Y al compás de mis lúbricos cantares,  
El gozo se enredó á tu cabellera!

Por más que jures que mi acento ronco  
Ya no te turba, tu ilusión desbarra:  
¡Siempre se ve una herida sobre el tronco  
En donde el tigre se afiló la garra!

Revuelve las cenizas de tu pecho  
Y encontrarás, mujer, sin que te asombre,  
Debajo del carbón de tu despecho,  
Las llagas de la hoguera de mi nombre!

Por el mar de tu pena y de mi pena,  
Vamos los dos sin rumbo prefijado;  
No hay herrero que lime la cadena  
Que junta tu pasado á mi pasado!

¡Nos unen tu hermosura y mi delito!  
¡Aún, cuando llamas al placer, me nombras!  
¡Nos ata el grito, el voluptuoso grito  
Con que tu labio sacudió á las sombras!

Y cada tarde, cuando el sol desmaya,  
Sobre ese mar, que juntos recorremos,  
¡Los dos soñamos con la misma playa!  
¡Con la playa á que nunca volveremos!

Si mañana la muerte sorprendiera  
A alguno de los dos, sobre las olas,  
¡El otro navegando prosiguiera  
Sin rumbo fijo y con el muerto á solas!

¡Para ninguno de los dos hay calma  
Ni en la existencia ni en la tumba fría,  
Porque yo aun soy la sombra de tu alma  
Y eres la sombra aún tú del alma mía!

Ha esculpido el amor en nuestra frente,  
Al dejarnos, las cifras de su yugo:  
¡Tú serás mi verdugo eternamente!  
¡Yo seré eternamente tu verdugo!

¡Lo debimos pensar antes de amarnos!  
¡Lo debimos pensar y no lo hicimos!  
¡Hoy, en que pretendemos reemplazarnos,  
Ninguno de los dos lo conseguimos!

¡Yo no encuentro un amor que sustituya  
Al loco amor que me brindaste un día,  
Y aunque tu paso de mis huellas huya,  
Siempre está junto á ti la imagen mía!

Hay que aceptar, mujer, el vencimiento  
Y hay que doblarse ante el inicuo fallo,  
Hay que decirle al viejo sentimiento:  
— ¡Salve, señor, y ordena á tu vasallo! —

¡Yo de la mar, indómita y desierta,  
Me entrego á las rugientes tempestades,  
Porque no aguarda mi ventura muerta  
La venida del Dios del Tiberiades!

¡Haz como yo, mujer!... Pues no podemos  
Regresar á la orilla, ya lejana,  
¡La banderola del desastre icemos  
En el tope del palo de mesana!

Del muerto amor la clámide sangrienta  
Nos servirá de funerario abrigo:  
¡Siempre ante mí, tu imagen se presenta,  
Y yo siempre, mujer, estoy contigo!

## NOCHE DE MARZO.

LA MUSA.

Poeta: en tu granado  
Ya se cimbra una flor, que abre al estío  
Su cáliz virginal. Está sembrado,  
De estrellas irradiantes el rocío.  
Háblame de tu amor; sobre mi seno  
Depón de tus angustias el veneno;  
Y mancha de mis alas lo esplendente,  
Con las cálidas gotas de tu lloro,  
Mientras extiende mis cabellos de oro  
Sobre las negras nubes de tu frente.

EL POETA.

Todo yace dormido:  
El pájaro en el nido;  
En el éter, la luz; en la espesura  
Las campanillas de fragancia llenas;  
En mis amantes brazos, tu hermosura;  
Y en mi tedioso corazón, las penas.

LA MUSA.

No pienses que me engañas;  
No creas, no, que tu tristeza ignoro;  
¡Hay rocío colgando en mis pestañas,  
Y húmedos tengo los cabellos de oro!

EL POETA.

¡Sólo me quedas tú! ¡De tu pupila  
La fulgidez tranquila  
Basta para endulzar mis soledades!  
¡Sólo me quedas tú! ¡No hables de duelo,  
Mensajera del cielo,  
Mi esposa fiel, mi nube de piedades!

LA MUSA.

¡Ábreme ya tu corazón! ¡La pena,  
Que ruje comprimida,  
Con su sople letal nos envenena  
Como envenena el agua corrompida!  
¡Ábreme ya tu corazón! ¡Sé bueno!  
¡Déjame que comparta tu amargura,  
Y reclina tu faz sobre mi seno  
Que late de clemencia y de ternura!

EL POETA.

¡Oh fuente de armonía,  
Día que naces cuando muere el día!

LA MUSA.

¡Yo soy aquella que te amó de niño,  
Y que cubrió los sueños de tu cuna  
Con sus alas de armiño  
En que esplenden los rayos de la luna!  
¡Yo soy aquella que por tí suspira,

Que nunca te abandona,  
Y que ha soñado coronar tu lira  
Con el verde laurel de una corona!  
¡Yo cambio en ritmo toda la fiereza  
Que te inspiran lo innoble y lo grosero;  
Yo te he enseñado á amar á la belleza,  
Y te he enseñado á ser buen caballero!  
¡Cuando todo á tu paso se derrumba,  
Cubro el derrumbe con mis regias galas;  
Y sobre el negro mármol de tu tumba,  
Yo extenderé para morir las alas!  
¡Se confunden mi senda y tu camino;  
Yo represento tu ideal más puro;  
Y envuelto en mi ropaje diamantino,  
Te haré franquear las puertas del futuro!  
¡No tengo más historia que tu historia,  
Ni más bien que tu amor! Soy toda tuya,  
Y encenderé las luces de mi gloria,  
Cuando tu senda terrenal concluya!

EL POETA.

Sol de mi juventud, rosa encarnada  
Nacida en mi jardín, ave que trinas  
Canora en mi balcón, fuente sellada,  
Nube de claridades matutinas,  
¡Humedece mis párpados el lloro  
Cuando me pintas de tu amor el fuego

LA MUSA.

¡No dudes de la fe con que te adoro!

EL POETA.

¡Yo á las delicias de ese amor me entrego!  
¡Déjame que recline la cabeza  
Sobre los tibios pliegues de tu falda,  
Y que me embriague, oh musa, en tu belleza  
Contemplando tus ojos de esmeralda!  
¡Mansa paloma de plumaje cano,  
Urna llena de unguentos milagrosos,  
Brisa de los ponientes de verano,  
Serenata de arrullos vagorosos,  
Aroma flotador de limonero  
Y virgen de mis últimos amores,  
Para que sepas bien lo que te quiero  
Voy á contarte todos mis dolores!...  
Olvidado de tí, que eres la calma,  
Mi celestial y dulce prometida,  
Di á una mujer la voluntad y el alma  
Convirtiéndola en vida de mi vida!  
¡La flor de mi pasión abrió su broche  
Henchido de fragancia embriagadora,  
Llenando mis ensueños cada noche  
De esa mujer la faz hechizadora!  
Infiriéndote á tí cuitas y agravios,  
A tí, que eres la luz y eres el numen,  
¡Soñaba con un beso de sus labios!

LA MUSA.

¡Que en los míos tus penas se perfumen!

## EL POETA.

¡La idolatré postrado de rodillas,  
La idolatré febril!... ¡En mi ternura  
Jamás llegó mi labio á sus mejillas,  
Jamás manchó mi aliento su hermosura!

## LA MUSA.

¡Te conozco, mi bien! ¡Cándido y ciego  
Tu amor es grande, y por lo mismo puro!

## EL POETA.

¡Yo doy todo mi sér cuando me entrego!  
¡La hiedra muere, pero asida al muro!

## LA MUSA.

Comprendo tu pesar y tus enojos:  
¡Tras la ardiente pasión, vino el olvido!

## EL POETA.

¡Y llevo aún en mis cansados ojos  
La imagen celestial del bien perdido!  
En el insomnio de las noches mías  
La veo aparecer, y me desgarrar  
Con su voz de arrullantes melodías,  
Trémula como un canto de guitarra!  
¡No me avergüenzo de llorar! ¡El llanto  
Prueba que el corazón no está marchito!  
¡Jesús cubrió sus ojos con el manto  
Cuando supo de Judas el delito!  
¡Los viles nunca lloran! ¡La amargura  
Es una irradiación! ¡De cada espina  
Que se hunde en nuestra sien, brota y fulgura  
Una cegante claridad divina!

## LA MUSA.

¡Solloza, corazón! ¡Salterio, vibra!  
¡Pídele á cada fibra  
Un eco que condense tus dolores!  
¡Los cantos del pesar son inmortales!  
¡Con rocío se nutren los rosales  
Y se depuran todos los amores!

## EL POETA.

El día empieza ya. ¡Salve, oh mañana  
Vestida de zafir! ¡Salve, oh turquesa  
Con que el sol sus cabellos engalana  
Cuando las plantas de la noche besa!  
¡Con tu limpio esplendor viene el olvido!  
¡Los fantasmas se van! ¡Todo se azula:  
El éter por los vientos recorrido,  
La niebla gris que en el barranco ondula!  
¡Todo recobra la perdida calma!  
¡Lentamente la luz sube á su trono!  
¡Azulemos también, oh musa, el alma!  
¡Tendamos la piedad sobre el encono!

## ANDRESILLO.

(A Juan Pedro Bermúdez).

## I.

« La Libertad », « El Pueblo, iba gritando  
Por calles y por plazas,  
Cuando el jardín se cubre de eliotropos,  
De azules lirios y de rosas pálidas.  
« La Libertad », « El Pueblo », repetía  
Sobre el fango y la escarcha  
Cuando tiemblan los árboles desnudos  
Y se encorvan las ramas

Descalzo, el cuello al aire, mal prendido  
El pantalón que á la rodilla alcanza;  
Sobre el cabello inculto, vieja boina  
De dudoso color y rota malla;  
Triguño, endeble, sin descanso y ágil,  
Por calles y por plazas,  
A la lluvia y al viento,  
Sobre el fango y la escarcha  
Iba gritando con su voz ya ronca:  
« La Igualdad », « La República », « La Patria ».

## II.

Se llamaba Andresillo y contaría  
Diez pr maveras á lo más; su infancia  
Fué una penumbra dolorosa y triste,  
Como aurora de un día de borrasca;  
Un pasaje del Dante; una tragedia  
Escondida en la bolsa de una larva.

Recogido del suelo del suburbio,  
Hijo de la embriaguez y de la infamia,  
Creció entre golpes y denuestos, solo,  
Sin escuchar jamás esas palabras  
Que parecen el salmo de las cunas  
Y que las madres verdaderas cantan.  
No le vieron jamás sus compañeros  
En los alegres corros de la playa;  
Ni precedió á las tropas en revista,  
Al vivo són de la marcial charanga;  
Ni merodeó jamás en los frutales  
Que la ciudad circundan, ni su charla  
Hizo sonreír al viejo transeunte  
Que junto al grupo de chicuelos pasa.

Creció en un antro, conociendo el hambre;  
Junto á un hogar sin llamas,  
Y ape as supo andar, sus manecitas,  
¡Sus manecitas por el frío cárdenas!  
Ofrecieron temblando al pasajero  
Esas hojas inmensas en que vagan  
En orden apiñado  
Las líneas negras y las líneas blancas.

Vendiese poco ó mucho, eran los golpes  
 La recompensa diaria;  
 Y fuerza fué agotar la mercancía;  
 Gritar « El Porvenir », La Democracia »,  
 « El Progreso », « La Idea », con voz ronca,  
 Bien estridente, alta,  
 Para aplacar la furia del verdugo,  
 De la mujer salvaje y sin entrañas,  
 Que adoptó porque sí, por hacer algo  
 Al hijo del misterio y de la crápula.  
 Si el niño — ¡Perdón madre! — le decía  
 Deshaciéndose en lágrimas,  
 Aquella furia contestaba alzando  
 Su diestra de gigante:  
 — ¡Tu madre fué una horrible mujerzuela!...  
 ¡No me llames así!... ¡Duérmete y calla! —  
 En tanto un hombre, que paseaba ébrio  
 Por la misera estancia,  
 Azuzaba á la bruja murmurando:  
 — Haces bien: ¡que se duerma ó que se vaya!—

Así pasó del huérfano  
 La dolorosa infancia:  
 ¡La infancia de Andresillo, un condenado  
 De que el Dante no habla!

## III.

Una noche de invierno, triste y fría;  
 Noche de lluvia sepulcral y opaca,  
 Andrés enfermo, pero alegre y ágil,  
 Volviendo á su prisión cruza una plaza.  
 No es fácil que le peguen; ha vendido  
 Cuanto quiso vender, y aun cuando se halla  
 Con fiebre y muy cansado, sólo el frío  
 De la lluviosa noche le acobarda.

De pronto oye un sollozo; es una niña  
 Huérfana como él; como él oleada  
 Del fango, de la sombra y compañera  
 De oficio y correrías. — ¡Qué te pasa?  
 ¿Porqué lloras?— le dice, y sollozando  
 La pequeñuela exclama:  
 — ¡Que no pude vender todos los números  
 Y me van á matar!— ¡Mi pobre Paula!  
 ¿También á tí te pegan?— ¡Es por eso  
 Que tengo miedo de volver á casa!—  
 — ¡Cuántos números tienes?— Andrés dijo  
 — ¡Ocho!— responde la pequeña. ¡Oh santa  
 Compasión del insecto por el átomo!  
 Andresillo infeliz la frente baja,  
 Compra los ocho números y sigue  
 El camino que lleva á su morada,  
 Calculando los golpes que le esperan,  
 Llena de angustia el alma,  
 ¡Mientras que de rodillas en la noche,  
 Sobre las nubes pardas,  
 La madre de la niña sin ventura  
 De gratitud y de dolor lloraba!

## IV.

Llegó Andrés á su cueva; vió en lo obscuro  
 El gastado jergón de húmeda paja,  
 Y sobre tosca fuente, junto al fuego  
 El humo de las viandas.

— ¡Si te queda algún número, á la calle!—  
 La mujer le gritó. — ¡La noche es mala  
 Y no pude vender!— con ronco esfuerzo  
 Del niño balbucea la garganta  
 Ya llena de sollozos. — ¡A la calle!  
 ¡A dormir en los bancos de la plaza!—  
 — ¡Estoy enfermo y la ventisca sopla!—  
 — ¡A la calle, repito!— Y la gigante,  
 Hecha una furia de cabellos rojos,  
 Dejó al niño y la sombra cara á cara.

Lo que el niño y la noche se dijeron  
 Es un misterio aún; talvez el alma  
 Enternecida de la pobre madre  
 Sobre el niño tendió las leves alas.  
 Lo cierto es que al venir el nuevo día  
 Los quinteros que entraban  
 En la ciudad, rigiendo adormecidos  
 Con mano floja, las carretas tardas,  
 ¡Le vieron con asombro  
 En el umbral obscuro de la casa,  
 Lívido, inmóvil, azulado, muerto,  
 A la confusa claridad del alba!

## LAS DOS INVASIONES.

1817-1828.

(A Samuel Blixén).

## I.

¡Musa de las patrióticas tristezas,  
 Toma el laúd con lloros por canciones!  
 ¡El camino es de sangre y son de muerte  
 Las pálidas visiones!

¡Aullidos del cañón, tules sin calma  
 De la humareda que flotante gira,  
 Removed el ambiente de mi alma!  
 ¡Templad en vuestras cóleras mi lira!  
 ¡Decidme como fué! ¡Fundid el vago  
 Contorno de la lucha gigantea,  
 Y entradme en lo más recio del estrago,  
 Donde sus himnos el clarín vocea!  
 ¡Quiero encontrarme en la fatal jornada,  
 Parte formar de la legión patriota,  
 Y sentir, en mi frente doblegada,  
 La pena y la inquietud de la derrota!  
 ¡Quiero en el campo de la lid reñida  
 Recoger al que rueda entre clamores,  
 Enjugando la sangre de su herida  
 Con el pendón de franjas tricolores!

¡Y quiero de la hueste salvadora  
Retemplar el encono y la fiereza,  
Preludiando los cantos de la aurora  
Al hundirme del monte en la maleza!

## II.

¡Allá van! ¡tras las bélicas fatigas  
Y el hervor de las luchas militares,  
Las huestes que aprendieron con Artigas  
A defender sus rústicos hogares!  
¡Cómo al mirar que con ardiente anhelo  
Libertarte ó morir, patria, resuelven,  
Hasta las piedras del nativo suelo  
Contra la grey del invasor se vuelven!  
¡Allá van! ¡junto al rancho de totera;  
Lento el corcel; la frente doblegada;  
Negra ansiedad su corazón devora;  
Llevan llanto de angustia en la mirada!  
¡Allá van! ¡orillando la laguna  
Escondida entre toscos pajonales,  
Que esperan á las luces de la luna  
Para vestir sus hábitos nupciales!  
¡Allá van! ¡sobre el dorso de la loma  
Donde su último airón suspende el día,  
Donde entre nubes de salvaje aroma  
El espinillo sus malezas cría!  
¡El último suspiro de la tarde,  
Sangrienta como un sueño de venganza  
Con extraño fulgor relumbra y arde  
En el agudo hierro de su lanza!

¡Tus hijos son! ¡las huestes montoneras,  
Las estoicas bandas campesinas  
Que en San José cubrieron de banderas  
El lecho en que cansada te reclinas!  
¡Tus hijos son! ¡los héroes de tus llanos,  
El muro de tu altar, los inmortales  
Que hicieron con escudos castellanos  
La alfombra de tus plantas virginales!  
¡Tus hijos son! ¡las hordas del pampero,  
Las primeras dianas de tu historia,  
Los que grabaron con buril de acero  
Tu nombre sobre el rostró de la gloria!  
Vencidos van y el moribundo día,  
Cuyos arcos de grana palidecen,  
Saluda con respeto su agonía;  
¡Si grandes en el triunfo los veía,  
Más grandes aún vencidos le parecen!

## III.

Mira, madre: silbando los azota  
Un viento frío que irascible vuela,  
Y el poncho en alas de las brisas flota  
Al compás de los hierros de la espuela.  
Cuelga en su cinto el desmayado acero  
Y al soplo de la tarde entristecida  
El ala levantada del sombrero  
Tiembla en su frente por el sol curtida.

Del trote al ritmo, lento y perezoso,  
El lazo, el anca del corcel golpea,  
Cansado de lanzar el rencoroso  
Silbido de su curva en la pelea.

Y de los héroes bendiciendo el brio,  
Compartiendo su angustia y sus fatigas,  
¡Ondula allí, fantástico y sombrío,  
El estendarte tricolor de Artigas!

Mira, madre: la angustia los desgarró;  
Vibra su corazón con honda pena,  
Como vibra en sus manos la guitarra  
Con el arpegio de los tristes llena.

Saben que bajo el palio de verdes  
De un viejo ombú, dormido en la colina  
La prenda de sus rústicos amores  
Sueña con ellos cuando el sol declina.

Pero mientras los céfiros pampeanos,  
Cuya canturía con dolor te nombra,  
Agiten los pendones lusitanos  
¡Solitaria la virgen de los llanos  
Soñará del ombú bajo la sombra!

¡Y cuánto soñará!... ¡Ya desbandada,  
Madre doliente, tu legión bendita,  
Sin rivales la enseña esmeraldada  
Al soplo de tus céfiros palpita!

¡El vivo fuego de tu sol la dora,  
Ondula con orgullo en tus almenas,  
Y siente con desdén de triunfadora  
El rumor que levantan tus cadenas!

¡Mentira! ¡no ha de ser! ¡Dios no lo quiere!  
¡Prepárate á la lid! ¡brille tu acero!  
¡Enseña al invasor cómo se muere!  
¡Azota con tu lanza al extranjero!

¡Plaza, imperiales, plaza  
A la amazona que á las lides vuela  
Y el viejo escudo de su gloria embraza!  
¡Confundís el jaguar con la gacela!  
¡De este suelo, con sangre fecundado,  
Cuando resuene de la patria el grito,  
Saldrán, saldrán con el semblante airado,  
Preludiando las dianas del pasado,  
Los héroes de Las Piedras y el Cerrito!

## IV.

¡Manes de los vencidos  
De Catalán en el contrario enredo,  
Dormid bajo los montes florecidos  
Sin angustia y sin miedo!  
No vendrán á turbar vuestro reposo,  
Cuando la luna en el espacio asoma,  
Ni el ruido del vivac del victorioso,  
Ni el rezo dicho en extranjero idioma!  
Pronto á cambiar el fallo de la suerte,  
En vuestras tumbas se arrodilla el hado:  
Vais á dormir el sueño de la muerte  
Al calor del terruño emancipado!

Todo está aquí de libertad sediento:  
 — ¡Patria! — del urunday en el ramaje,  
 La gemidora música del viento  
 Suspira con su rítmico lenguaje!  
 — ¡Patria! — zumbando el camuatí murmura  
 Sobre el burucuyá, pródigo en flores,  
 Y — ¡patria! — en medio de la noche oscura,  
 Dice el ñacurutú á los invasores  
 Al perderse furtivo en la espesura!

## V.

¡Dormid! que ya el oriente  
 De nacarinos tintes se colora,  
 Como si las guirnaldas de su frente  
 Lanzara al aire el númen de la aurora.  
 Es un copo de luz distante y vaga;  
 Fleco estelar dormido en la laguna;  
 Ocaso de una noche que aun se embriaga  
 Con el licor de perlas de la luna.

Baña esa luz de brillos de azucena,  
 Flor del aire con orlas de rocío,  
 Sobre un pavés de movediza arena  
 A un grupo de héroes de mirar sombrío.  
 Alta la frente, que doró el pampero;  
 Con patriótico llanto en las mejillas;  
 Con la rabia del odio justiciero;  
 Los más de pié, los menos de rodillas;  
 Extendidas las manos con sagrada  
 Y profética unción, juran leales,  
 Sobre la cruz del puño de su espada,  
 Desgarrar las divisas imperiales.

¡Juramento inmortal! ¡grito de guerra,  
 Qué al levantar las curvas de su vuelo,  
 No cabiendo en el arco de la tierra,  
 Fué á perderse en los límites del cielo!

¡Juramento inmortal! ¡la luz suave,  
 Que ébria de gozo al escucharlo brilla,  
 Lo cuenta al río, que lo cuenta al ave  
 Del nido de las lianas de la orilla!

¡El ave vuela á repetirlo al monte  
 Y la fuente del monte, fresca y pura,  
 Lo canta de horizonte en horizonte,  
 De llanura en llanura!

¡Juramento inmortal! ¡grito de gloria!  
 ¡Mística salve! ¡homérica llamada!  
 ¡Al escuchar sus ecos, la victoria  
 Corrió al balcón azul de la alborada,  
 Como la virgen, al sentir los sonos  
 De la canción por su galán cantada,  
 Corre á abrir el cancel de sus balcones!

¡Grito inmortal! ¡arrullo soberano  
 Del sol del porvenir! ¡hiende las rocas,  
 Atraviesa las cumbres, cruza el llano,  
 Del monte juega con las verdes tocas,  
 Sobre las harpas de los vientos vibra,

Se perfuma en los flecos de la palma,  
 Recorre el corazón de fibra en fibra  
 Y hace explosión de luz dentro del alma!

¡Juramento inmortal! ¡himno sublime!  
 ¡Diana de bendición! ¡plegaria inmensa!  
 ¡Credo de libertad! ¡voz que redime,  
 Provoca, exalta, fanatiza, inciensas!  
 ¡De Sarandí las auras lo escucharon,  
 Y besando en la frente á la victoria,  
 De Ituzaingó los genios lo cantaron  
 En el harpa de estrellas de la gloria!  
 ¡Subiendo hasta el dosel de las mañanas,  
 En las alas del sol templó su queja,  
 Y al cernerse del triunfo entre las dianas,  
 Humedeció sus notas soberanas  
 El llanto de jaguar de Lavalleja!

## VI.

¡Señor, que en los confines del desierto  
 Colgaste un lampo de tu luz febea,  
 Para alumbrar los pórticos del huerto  
 Prometido á las turbas de Judea!

¡El alma de las patrias — como el ave  
 De alas enormes y grisácea pluma,  
 Que anida en el peñón, adusto y grave,  
 Batido por el cierzo y por la bruma, —  
 Quiere aire y libertad, espacio y lumbre,  
 La esclavitud la postra y la exaspera,  
 Retrato fiel del ave de la cumbre,  
 Del águila altanera

De alas enormes y de oscuras galas,  
 Que si cae prisionera,  
 Se destroza las plumas de las alas  
 Contra los muros de su cárcel fiera!

¡Señor, que el noble grito,  
 Que el grito santo de los héroes sea  
 Como el fleco de luz de lo infinito  
 Que guiaba á las turbas de Judea!  
 ¡Que el alma de la patria se levante  
 Al escuchar sur bélicos clamores,

Para surgir triunfante  
 Entre dianas y ruidos de atambores,  
 Como el cóndor que rompe denodado  
 La cárcel que lo encierra,  
 Para volar con vuelo apresurado  
 Hacia el nido labrado  
 En la roca más blanca de la sierra!

¡Señor, que el grito ardiente  
 No se pierda en las criptas de palmares,  
 Como se pierde el agua de la fuente  
 En la errabunda pompa de los mares!

¡Que el ave en cautiverio  
 Pueda, ya libre, bendecir tu imperio,  
 Y no sucumba de cansancio y frío,  
 Entre las rejas de metal labradas,  
 Fijando en los senderos del vacío  
 La desesperación de sus miradas!

## VII.

Llenando con sus ecos nuestra historia  
 El grito de los héroes se dilata,  
 Como vibrante cántico de gloria,  
 Desde el turbio Cuareim al hondo Plata.  
 ¡Si el ruido de sus voces os despierta  
 De júbilo temblad! ¡ya estais vengados  
 Mártires olvidados  
 Bajo la tierra santa de India-Muerta!

¡Ese canto bendito  
 Que se cierne ondulante  
 Y que se va á perder en lo infinito,  
 Es la bélica diana que se oía  
 Cuando surgiste en Sarandí triunfante,  
 Bandera tricolor, bandera mía!  
 ¡Al compás de sus ecos vibradores  
 Ondulan nuestros ríos todavía,  
 Y aun repitiendo el santo juramento  
 Con que la arena de la orilla azotas,  
 La patria, que salvaste con tu aliento,  
 De Ituzaingó sobre el altar sangriento  
 Te muestra el haz de sus cadenas rotas!

## VIII.

¡Ituzaingó! ¡tus dianas  
 Aun cruzan nuestros montes seculares  
 Al soplo de las ráfagas pampeanas  
 Más crespas que las olas de los mares!  
 ¡Si la tierra, que un día  
 Vió el escudo imperial sangriento y roto  
 En lo profundo de la mar se hundía,  
 Sobre el inmenso horror del terremoto  
 La gloria de tu nombre flotaría!  
 ¡Efeméride santa,  
 Cuando con tu visión mis ojos lleno,  
 Siento un nudo de sangre en mi garganta  
 Y un mundo de entusiasmos en mi seno!  
 ¡A la luz de tu sol, nuestras legiones  
 Alzaban á la patria entre sus brazos  
 Y extendía la muerte sus crespones  
 Sobre el cuadro alemán hecho pedazos!  
 ¡Y aún en las tardes de Febrero estivo,  
 Oh sol de Ituzaingó, cuando furtivo  
 De azul, púrpura y nieve al Cielo pintas  
 Y en brazos de la noche te desmayas,  
 Bordas, con los reflejos de tus cintas,  
 De la bandera tricolor las rayas!

## IX.

¡Hereditaria sublime  
 De aquella ave caudal de nuestra historia!  
 ¡Rezo alzado en mitad de la batalla  
 Como una invocación hecha á la gloria!  
 ¡Bandera de la patria, libre ondula,  
 En las alas gigantes del pampero,  
 Sobre los ríos que amorosa azula  
 La claridad del astro del boyero!

¡Proteje, con tus franjas bicolores,  
 De nuestros ceibos las rojizas tocas,  
 De nuestros campos las pintadas flores,  
 De nuestras sierras las abruptas rocas!  
 ¡Fecunda, con tus ígneas claridades,  
 Nuestros plantíos de verdor cubiertos,  
 Corona con tu sol nuestra ciudades  
 Y cubre con tu sombra á nuestros muertos!

## FIDES (1).

Mientras el culto de sus grandes hombres,  
 El pueblo de Rincón guarde en su alma,  
 No temas los embates de la suerte,  
 Libertad de la patria,  
 Que en tu defensa... ¡hasta las flores mismas  
 Han de volverse, en nuestra mano, espadas!

## SANTIAGO MACIEL (2)

## INTRODUCCIÓN.

Vosotros los que amais, los que en el alma  
 Guardais el fuego del amor primero  
 Como en su fibra guardará la palma  
 El germen fecundante y duradero;

Los que visteis caer desde la altura  
 De vuestros sueños la mujer querida  
 Como deidad encantadora y pura  
 Que rueda por el suelo escarnecida;

Vosotros escuchad, que el que no sabe  
 Lo que es amor, ni nunca haya sentido  
 Latir su corazón, es como el ave  
 Que vuela y canta sin amor al nido.

(1) Composición inédita, leída al pié de la pirámide de la Agraciada por el señor Alberto Gómez Ruano, iniciador de las romerías patrióticas.

(2) SANTIAGO MACIEL ha sido un poeta fecundo. Pertenece á la generación de Carlos Roxlo y desde su iniciación ha colaborado sin descanso en la prensa literaria del país. Empezó á escribir en la *Revista de la Sociedad Universitaria*, tomando parte activa en las veladas iniciadas por esa Institución. Publicó más tarde, su poema *Flor de Trébol*, y un tomo titulado *Auras primaverales*. Es un poeta de inspiración tranquila, que objetiva con intensidad y elegancia. Actualmente reside en Buenos Aires.

## VII.

Llenando con sus ecos nuestra historia  
 El grito de los héroes se dilata,  
 Como vibrante cántico de gloria,  
 Desde el turbio Cuareim al hondo Plata.  
 ¡Si el ruido de sus voces os despierta  
 De júbilo temblad! ¡ya estais vengados  
 Mártires olvidados  
 Bajo la tierra santa de India-Muerta!

¡Ese canto bendito  
 Que se cierne ondulante  
 Y que se va á perder en lo infinito,  
 Es la bélica diana que se oía  
 Cuando surgiste en Sarandí triunfante,  
 Bandera tricolor, bandera mía!  
 ¡Al compás de sus ecos vibradores  
 Ondulan nuestros ríos todavía,  
 Y aun repitiendo el santo juramento  
 Con que la arena de la orilla azotas,  
 La patria, que salvaste con tu aliento,  
 De Ituzaingó sobre el altar sangriento  
 Te muestra el haz de sus cadenas rotas!

## VIII.

¡Ituzaingó! ¡tus dianas  
 Aun cruzan nuestros montes seculares  
 Al soplo de las ráfagas pampeanas  
 Más crespas que las olas de los mares!  
 ¡Si la tierra, que un día  
 Vió el escudo imperial sangriento y roto  
 En lo profundo de la mar se hundía,  
 Sobre el inmenso horror del terremoto  
 La gloria de tu nombre flotaría!  
 ¡Efeméride santa,  
 Cuando con tu visión mis ojos lleno,  
 Siento un nudo de sangre en mi garganta  
 Y un mundo de entusiasmos en mi seno!  
 ¡A la luz de tu sol, nuestras legiones  
 Alzaban á la patria entre sus brazos  
 Y extendía la muerte sus crespones  
 Sobre el cuadro alemán hecho pedazos!  
 ¡Y aún en las tardes de Febrero estivo,  
 Oh sol de Ituzaingó, cuando furtivo  
 De azul, púrpura y nieve al Cielo pintas  
 Y en brazos de la noche te desmayas,  
 Bordas, con los reflejos de tus cintas,  
 De la bandera tricolor las rayas!

## IX.

¡Hereditaria sublime  
 De aquella ave caudal de nuestra historia!  
 ¡Rezo alzado en mitad de la batalla  
 Como una invocación hecha á la gloria!  
 ¡Bandera de la patria, libre ondula,  
 En las alas gigantes del pampero,  
 Sobre los ríos que amorosa azula  
 La claridad del astro del boyero!

¡Proteje, con tus franjas bicolors,  
 De nuestros ceibos las rojizas tocas,  
 De nuestros campos las pintadas flores,  
 De nuestras sierras las abruptas rocas!  
 ¡Fecunda, con tus ígneas claridades,  
 Nuestros plantíos de verdor cubiertos,  
 Corona con tu sol nuestra ciudades  
 Y cubre con tu sombra á nuestros muertos!

## FIDES (1).

Mientras el culto de sus grandes hombres,  
 El pueblo de Rincón guarde en su alma,  
 No temas los embates de la suerte,  
 Libertad de la patria,  
 Que en tu defensa... ¡hasta las flores mismas  
 Han de volverse, en nuestra mano, espadas!

## SANTIAGO MACIEL (2)

## INTRODUCCIÓN.

Vosotros los que amais, los que en el alma  
 Guardais el fuego del amor primero  
 Como en su fibra guardará la palma  
 El germen fecundante y duradero;

Los que visteis caer desde la altura  
 De vuestros sueños la mujer querida  
 Como deidad encantadora y pura  
 Que rueda por el suelo escarnecida;

Vosotros escuchad, que el que no sabe  
 Lo que es amor, ni nunca haya sentido  
 Latir su corazón, es como el ave  
 Que vuela y canta sin amor al nido.

(1) Composición inédita, leída al pié de la pirámide de la Agraciada por el señor Alberto Gómez Ruano, iniciador de las romerías patrióticas.

(2) SANTIAGO MACIEL ha sido un poeta fecundo. Pertenece á la generación de Carlos Roxlo y desde su iniciación ha colaborado sin descanso en la prensa literaria del país. Empezó á escribir en la *Revista de la Sociedad Universitaria*, tomando parte activa en las veladas iniciadas por esa Institución. Publicó más tarde, su poema *Flor de Trébol*, y un tomo titulado *Auras primaverales*. Es un poeta de inspiración tranquila, que objetiva con intensidad y elegancia. Actualmente reside en Buenos Aires.

## PAISAJE OTOÑAL.

Después de larga ausencia, volvió el gallardo doncel de ojos dormidos, de tez de nardo, de cabellos sedosos, de talle esbelto y frente pensativa, pero no ha vuelto sonriente, como cuando por vez primera lo conoció la joven, — á la postrera claridad de la tarde. Cumbres, llanuras, rumorosas corrientes, selvas oscuras, todo, á la vespertina luz de aquel día, en un dulce letargo languidecía.

Ella lo vió acercarse, besar su falda, y las flores azules de la guirnalda que su cuello adornaba; sintió su aliento en el mórbido seno, luego, su acento, su inolvidable acento, llegó á su oído trémulo y desmayado como un gemido.

Era el amor, el himno, de cuyas notas oyó siempre los ecos en las ignotas espesuras del monte, que en sus murmullos, esparcen el deleite de los arrullos. Era el amor naciente, cuyos latidos percibió en las florestas, entre los nidos bajo el palio tejido enredaderas, en las grutas musgosas donde las fieras rugiendo se acarician, y en los enjambres de insectos que se embriagan en los estambres.

¡Explosión del cariño! ¡Cuánta ternura le brindó en sus abrazos! Fué una locura aquel amor, intenso como un perfume que ni el agua, ni el viento, ni el sol consume.

Le amaba, como se aman los imposibles; ascendió hasta las cumbres inaccesibles, donde el ideal rutila como una estrella de hermosos resplandores; besó la huella que su planta imprimiera sobre la alfombra del césped, tan ligera como una sombra, y del aura versátil, le envió en los giros, el madrigal vibrante de los suspiros.

¡Hada de la floresta, gentil pastora de una Arcadia sublime! Puso la aurora en el raso viviente de su escultura, el nácar con que esmalta la azul altura. Sus cabellos undosos, finos y rubios, por el aura movidos, eran efluvios de cálices dorados; cuando reía su rostro delicado resplandecía, y al pasar, se escuchaban en los ramajes armoniosas cadencias, choques de alajes.

¡Princesa de la gracia! Para ella sola granos de oro en la playa puso la ola; el Sol, calor y vida de sus amores, de pétalos, cascadas multicolores derramó en la campiña; flexibles lianas

colgó en las verdes copas, como persianas de encajes transparentes; rompió la bruma abriéndole el agua; pintó la espuma con reflejos carmineos; en orientales palacios se trocaron los pedregales; en diamantes las gotas; en esmeraldas los pastos de los cerros y de las faldas, y en minas de topacios y de amatistas, los torrentes, los picos y las aristas.

¿Qué voluntad oculta cambió el paisaje?  
 ¿Quién su nupcial corona quitó al ramaje y conmovió á las brisas que modulaban la trova del ensueño, cuando volaban á través de los campos reverdecidos?  
 ¿Qué mano misteriosa rompió los nidos, Marchitó las gramillas y hasta sus blondas de espumas irisadas robó á las ondas?  
 ¿Fué visión de sus sueños? En las sombrías hondonadas, ¿no ha oído las melodías de los himnos florales? ¿No vió en las lomas brillar el espinillo rico en aromas, agitarse las algas en los esteros, y mecerse los nidos de los boyeros prendidos á los gajos? Si fué quimera, si fué sueño, que vuelva la primavera á verter su perfume sobre los campos; que la luz se difunda, que incendie lampos en el velo celeste del horizonte; que una orquesta de trinos vibre en el monte, y en la llanura ondulen como las olas, los gérmenes sensuales de las corolas. Fué vana su esperanza. Distante el astro apenas en la altura dejó su rastro. Cesaron los rumores; ni una eufonia trajo el aura del llano; despertó el día sin vibrar como otrora la extraña orquesta de las aves que se aman en la floresta.

¿Quién lloraba? ¿El arroyo? ¿Tal vez las blancas margaritas, ya mustias, en las barrancas?  
 ¿Era, acaso, el suspiro, débil, sin eco, de las cosas que mueren?...  
 UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

El pasto seco de la cuchilla, ondeaba; la fina hierba de las altas colinas, que el Sol enerva, dejaba al descubierto los pedregales; el terciopelo obscuro de los chircales, manchaba la planicie; deshabitado se alzaba un viejo rancho junto al bañado; matorrales de ortigas, cardos y abrojos poblaban las mangueras y los rastros; orillando el estero se dilataba en haces amarillas la paja brava; apenas la cañada se distinguía oculta en un ribazo; la luz moría, y en tinta de turquesas bañaba el monte, los vapores, las cumbres y el horizonte.

Desde el abra del monte, la niña, ansiosa,  
contemplaba el paisaje. No era la diosa  
de la Arcadia sublime, cuya presencia  
en el bosque, era un canto—la florescencia  
del amor. ¡Oh misterio! Su voz tenía  
el ritmo y la cadencia de una elegía.

Sus cabellos tendidos sobre la espalda.  
Deshojadas las flores de su guirnalda.  
Sus ojos irradiando fulgor extraño...  
semejaba la imagen del desengaño  
que viera disiparse sus ilusiones,  
á manera de raudas exhalaciones.

La campiña, como ella, lánguida y mustia  
se presentó á su vista. Sintió su angustia,  
su pesar infinito. La flor nativa  
de pálida corola, flor sensitiva,  
que amaba perfumando, vió en la maleza,  
el símbolo perfecto de su tristeza.

En tanto el arroyuelo de aguas oscuras  
sin doradas riberas, sin espesuras,  
arrastraba fragmentos de hojas y ramas,  
plumas blancas de nidos y verdes lamas.  
Eran los camalotes y las gramillas  
un montón de despojos en las orillas.  
Los pastos aventados junto á las parvas;  
los troncos de los ceibos llenos de larvas,  
y brillando en las matas, entre las quiebras,  
las pieles desprendidas de las culebras.

Como ardiente rocío brotó su llanto.  
Ensueño del perfume, fugaz encanto  
hecho de luz y de alas. Si el astro no arde,  
como en ondas de incienso baja la tarde,  
mientras Sirio se enciende, fúlgido broche,  
que á su veste de sombras prende la noche.

Se espesó la penumbra. Ráfaga fría  
estremeció á la joven. Alguien venía  
en dirección al bosque. Latió su seno  
como nunca latiera. — dulce veneno  
del amor delirante ¿quién no te adora?  
Ella sintió en su pecho como una aurora  
volver la vida, un soplo, débil fragancia  
de la flor de la dicha. Ni aún en su infancia  
fué mejor arr. llada que en el instante  
en que vió por la senda venir su amante.  
El era su esperanza. ¿Qué le importaba  
el tálamo deshecho que antes amaba?  
¿Qué los verdes tapiées, las colgaduras  
de lianas florecidas; las esculturas  
formadas de ramajes, como doseles?  
¿Qué, los cálices de oro llenos de mieles,  
si él llegaba trayéndole las primicias  
de otra estación más grata, de otras caricias?

Hacia él corrió. En sus brazos, ya sin aliento  
cayó desfallecida, mientras el viento  
rozaba con sus alas la mustia alfombra,  
y los astros temblaban entre la sombra.

## PSIQUIS.

Si oyes decir que la ilusión es fuego  
fatuo, que apenas un momento dura,  
y que al correr tras ella, el hombre, ciego,  
va en pos de una fantástica hermosura;

Si el escéptico afirma que es empeño  
vano buscar la dicha, y que no alcanza  
á comprender la gloria del ensueño,  
ni el placer de vivir con esperanza;

Si negase el amor, y te dijera  
que todas las ideales emociones  
las engendra tan sólo una quimera,  
fruto de los enfermos corazones;

No lo vayas á creer: ama y combate,  
que el triunfo es de las almas inocentes;  
los cuerpos son opacos, dice el vate,  
y amarlos es hacerlos transparentes.

Ten esperanza si el dolor te hiere;  
que la ilusión es como el sol: colora  
el horizonte de la vida, y muere  
de tedio aquel que alguna vez no llora.

Ten esperanzas é ilusiones; ama;  
sólo la dicha en el amor se anida;  
y hasta la tierra inerte, con su llama  
se siente florecer, vuelve á la vida.

JOSÉ G. DEL BUSTO (1)

## RIMA.

En la justa balanza de la vida  
quise saber lo que pesaba yo:  
arrojé en un platillo mi cabeza;  
en el otro cayó mi corazón.

Y al levantar el fiel vi con sorpresa,  
llena el alma de pena y de estupor,  
que la cabeza se elevó á las nubes  
y hasta el abismo el corazón bajó.

¡Ay! Es que cuando ruga la borrasca,  
cuando se pone el sol,  
en la balanza que la sombra cubre  
pesa más que los sueños el dolor.

(1) JOSÉ G. DEL BUSTO era talvez el único poeta de esa generación que se desen-  
volvía en medio de la agonía del romanticismo, y que á los últimos ensueños de la  
escuela que moría, mezcló las inquietas ansias del espíritu nuevo. Su musa tierna y  
melancólica, ó ardiente y entusiasta, cantó á la vida, á la libertad, al amor, á la

## MORAIMA.

Sevilla.

Sobre el calado alféizar  
del morisco ajimez abandonado,  
blanco rayo de luna  
como un sudario se quedó flotando.  
Bajo el arco de alárabes encajes,  
la columna de mármol  
me pareció la sombra de una virgen  
que al beso de la muerte ha despertado.

Sentí rumor de guzlas  
rodar en el espacio  
y cánticos ardientes y sombríos  
como una inmensa maldición de llanto.

Miré flamear morados estandartes  
entre una nube de alquiceles blancos  
y vi al espectro de la raza mora  
cruzar sobre el arzón de su caballo!

La luna huyó; la noche vistió luto,  
y allá en los miradores del Alcázar  
el viento halló suspiros  
y los llevó á morir en la Giralda!

## LÁGRIMA Y BESO.

En las orillas de un labio  
que olas de grana cubrieron  
se encontraron frente á frente  
una lágrima y un beso.

Rodando vino la lágrima  
desde las cumbres de hielo  
donde penas y huracanes  
atormentan al cerebro:

¿Qué sucedió? Estaba escrito:  
la nieve cayó en el fuego  
y entre las olas del labio  
ahogó á la lágrima el beso.

subió el beso entre la lava  
del cráter sanguinolento  
que las pasiones salvajes  
en el corazón abrieron.

Él era ardiente: ella fría;  
Él era rayo: ella cielo;  
el vado único y angosto;  
inevitable el encuentro.

alegría, á la gloria, y al dolor también. Escribió dulces madrigales y apostrofó á la esclavitud; cantó coplas de amor y destiñó en amargas estrofas la áspera tristeza de su existencia nómada y aventurosa. Compuso su vida con los sueños de su alma de poeta y como estos eran tristes, también aquella fué un poema de amargura. ¡Singular amargura que él ocultaba bajo su eterna sonrisa! Hay seres que llevan en la frente el sello de su destino: Del Busto tenía en la suya, donde la luz de la vida se ha apagado antes de tiempo, la indoleble huella del beso amargo de la desgracia. Nació para sufrir, su vida ha sido una novela dolorosa y extraña. Y lo más singular es que ese hombre, á quien la dicha fué avara, era un gran corazón y un alma noble.

## EL IDEAL.

(FRAGMENTOS).

I.

¡Arriba humanidad! Las negras sombras  
Desaparecen; sonó la hora!  
Irradian en la cumbre gigantesca  
Los resplandores de la eterna aurora.

Abrid las puertas á la buena nueva,  
Esclavos del palacio y la cabaña!  
¿Quereis ser hombres y quereis ser libres?  
¡Fuera temor! Subid á la montaña.

Corazones que amais en el silencio  
Y en el mar de la vida no hallais nada,  
Allí está la mujer de vuestros sueños,  
Brotando de la espuma nacarada.

Héroes de la batalla y de la muerte  
Que trastornais la humanidad entera,  
Allí está el enemigo! Allí está el triunfo!  
Clavad en el peñón vuestra bandera.

¡A la cumbre! volad á conquistarla  
Que ya para abrazaros se atavía,  
Y gentil desposada de los sueños  
Su tocado nupcial encarga al día.

III.

¡Arriba humanidad! La noche viene,  
En girones de luz se rompe el día;  
Abre tu corazón á la esperanza  
Y reclama á tu espíritu por guía.

La cumbre, vencedora de la tarde,  
Alzando su penacho de granate,  
Parece el yelmo de un titán guerrero  
Que reta al mundo á sin igual combate.

IV.

Sobre los campos de la noche oscura  
Sus tiendas levantó la tempestad,  
Y sin rumbo y sin luz en la montaña  
Se extravió la cansada humanidad.

Del Busto deja huella, su personalidad no pasará como las estrellas fugaces que deslumbran un segundo y luego se pierden en la inmensidad sin dejar rastro. Su talento robusto y flexible se recordará siempre con admiración, su palabra ardiente y persuasiva en la tribuna, tempestuosa y airada en las asambleas populares, perdurará en la memoria del pueblo; sus versos inspirados y amables, se leerán siempre con deleite y sus escritos llenos de color y de carácter, dispersos en la prensa del Río de la Plata, se hojearán como las páginas de un hermoso libro que el autor ha dejado sin concluir.

Yo también en la inmensa caravana  
 Por llegar á la cumbre me alisté,  
 Y al romperse los rayos en la esfera  
 Solo y triste en la selva me encontré.  
 . . . . .

Y yo, perdido en la floresta oscura,  
 Buscaba en vano mi soñado Edén,  
 Cuando un grito terrible de agonía  
 Llegó hasta mí del viento en el vaivén.  
 . . . . .

Corrí hacia el sitio donde había sonado  
 Y mi alma en las tinieblas se perdió;  
 ¡Luz! grité con angustia inexplicable,  
 Y su espada el relámpago blandió.  
 . . . . .

Chocaban en el aire las espumas  
 Y silbaban las olas al caer;  
 Una roca se alzaba á flor de agua  
 Y en ella estaba asida una mujer.

— ¡Quién eres? exclamé, de anhelo loco,  
 Saltándome del pecho el corazón;  
 Y ella, casi sin voz, como una madre...  
 — ¡No me ves? — contestó con aflicción.

— ¡Patria! grité tendiéndole los brazos  
 En el delirio de mi ardiente amor;  
 — ¡Patria! volví á decir con extrañeza  
 Y ¡Patria! repetí con hondo horror.

¿Cómo flotas sin vida en el torrente  
 Cuando espera tus besos el hogar?  
 ¡Hija de Dios! ¿Quién te arrancó del cielo  
 Para arrojarte al negro muladar?

— ¡Ay! exclamó, también en la mañana  
 Hacia la cumbre intrépida marché,  
 Y reclinada en mis valientes hijos  
 Cien veces mi cabeza coroné.

En la paz, en el triunfo, en la derrota,  
 Genio, lauros y sangre derramé;  
 Con fe en el porvenir, siempre serena  
 La tricolor bandera enarbolé.

¡Pobre de mí! Mis hijos me olvidaron  
 Para lanzarse á fratricida lid;  
 Y muerta de dolor, entre sus filas  
 Rompí mis armas y les dije: ¡Herid!

Brindaron con mi sangre en mil orgías  
 Y yo la mesa fui de su festín;  
 Jugaron á los dados mis girones  
 Y en mí saciaron su venganza ruín!

¡Cuánto baldón! Para colmar la afrenta  
 Puso un caballo sobre mí su pié,  
 Y sin fuerza, sin luz, sin esperanza...  
 En el torrente, mísera, rodé!

— Madre, le dije al fin, mucho has sufrido,  
 Pero aun queda un albor, ¡Ponte de pié!  
 — No puedo, contestó la desgraciada  
 Con ronca voz. — ¿No puedes? ¿Y por qué?

Alza la frente donde anida el rayo  
 Y arranca de su sueño al huracán,  
 Acuérdate que siempre los tiranos  
 Duermen sobre la lava del volcán.

Y si hay Cónsul que en torpe servilismo  
 Se atreve á profanar tu pabellón,  
 Y lo entrega al caballo de Calígula  
 Hunde en el polvo al Cónsul y al bridón.

## V.

¿Fué sueño ó realidad? No sé decirlo  
 Pero en las ansias del mortal desmayo  
 Yo vi de pronto iluminarse el cielo  
 Y en el yunque del sol fundirse al rayo.  
 . . . . .

Llegó hasta mí la soñadora Musa,  
 Clavó en mis ojos su mirada ardiente,  
 Vagó en sus labios celestial sonrisa  
 Y un ósculo dejó sobre mi frente.

— Ven, me dijo, á la cumbre gigantesca  
 Donde moran los seres escogidos. —  
 Batió las alas y en sus tiernos brazos  
 Volé con ella á los celestes nidos.

Llegué por fin; pero quedé en la cumbre  
 Ciego de luz y de extrañeza fijo,  
 Hasta que la visión para calmarme:  
 — Mira hacia abajo — trémula me dijo.

¡Qué horrible abismo! De sus negras fauces  
 Se escapaban furiosas llamaradas  
 Y el huracán llevaba hasta nosotros  
 El grito de las almas condenadas.

En su seno los tronos, derrumbados  
 Y los falsos altares se veían;  
 Satanás atizaba la discordia  
 Y con rabia los réprobos se hundían.

Los tiranos sin patria y sin hogares,  
 Arrojados por fin de las alturas,  
 ¡Gusanos miserables! devoraban  
 Los cráneos de las yertas sepulturas.

Y sus viles sicarios, los que alientan  
 Odio, debilidad ó cobardía,  
 Esclavos de su suerte inexorable  
 Les ganaban el pan de cada día!

Cerré los ojos de amargura lleno  
 Y cuando mustia doblegué la frente,  
 La visión adorada de mis sueños:  
 — Mira hacia arriba, dijo de repente.

¡Oh gloria! Sobre el marco de los cielos,  
Entre rayos de espléndida hermosura  
Se alzaba el cuadro del eterno día  
Que Dios pintó sobre la noche oscura!

En el carro del sol, grande, sereno,  
Justo, perfecto, bondadoso y pio,  
Su voz dictaba las eternas leyes  
Y lanzaba los mundos al vacío.

¡No era ilusión! La noche había pasado  
También la tempestad asoladora,  
Y en la cumbre sus faros encendían  
Los horizontes de la eterna aurora!

## RICARDO SÁNCHEZ (1)

### ¿POR QUÉ ESTÁS TRISTE?

(A UNA AMIGA)

Yo sé que en tu retiro,  
en la nocturna calma,  
tu generoso corazón desborda  
en mar azul de lágrimas.

El secreto revela,  
dí que lloras, porque amas;  
es el primer amor sentida estrofa  
escrita en virgen página.

Dichosa tú, que sientes  
más viva a la distancia,  
esa dulce emoción que te sublima  
y en un ángel te cambia.

Dichosa tú, que sabes  
que también te idolatra,  
y que al llorar, refrescas y perfu-  
la flor de tu esperanza. [mas

Y triste del que llora  
porque ya nada aguarda,  
y lleva el corazón dentro del pecho  
como pesada carga.

Amiga, no te quejes,  
tu sufrir no quebranta;  
cuando tu ruegas al Eterno, sube  
al cielo otra plegaria.

Es la del sér querido  
que a la tuya acompaña;  
atravesan la noche de la ausencia  
y suspiran y se hablan.

Hay en cambio quien tiene  
tan sólo una mortaja  
que envuelve su cadáver, sepultado  
en la tumba del alma.

Allí no hay quien derrame  
por él sentidas lágrimas;  
no hay una pobre ofrenda a su me-  
Allí todo... es la nada. [moria;

El olvido es la muerte,  
la ausencia es la esperanza;  
feliz de tí, que tienes en el mundo  
quién te recuerda y ama.

(1) RICARDO SÁNCHEZ, hace más de 25 años que escribe para el público. Es un trabajador infatigable. Inicióse en las veladas del Ateneo, en uno de cuyos certámenes fué laureado por su *Canto al Arte*. Es autor de un tomo de versos y dirigió durante algunos años el popular periódico *El indiscreto*. Ha colaborado en la prensa nacional y extranjera. Su inspiración es tranquila y su versificación correcta.

## LA ETERNA CANCIÓN

«Tuya para siempre, ó muerta,  
tesoro del alma mía;»  
á su novio así escribía  
la pobre niña inexperta.

Ya diez años han pasado,  
y la niña que así hablaba  
(y que sin duda le amaba)  
con otro hombre se ha casado.

¿Fué farsante ó fué una loca  
cuando excitada y sin calma  
todo el cariño de su alma  
derramaba por la boca?...

Condénarla fuera injusto;  
tiene deleites sin nombre  
para la mujer y el hombre,  
en amor, el primer gusto.

Sólo se le fué la mano  
porque la pasión primera  
aunque fuerte, es pasajera  
cual tormenta de verano.

Le doy, pues, mi absolución;  
que a los dieciséis abriles  
sin engaños femeniles  
se equivoca el corazón.....

## ENTRE LOS MÍOS.

No como el hijo pródigo de playas muy remotas  
hoy llevo al Ateneo, vencido por derrotas,  
y el polvo del camino sacudo en el umbral;  
mi vuelta es espontánea para ensayar las notas  
de un himno, que lamento no pueda ser triunfal.

De nuevo aquí aparezco, mis nobles compañeros  
con fardo más pesado; tres lustros sobre mí;  
inquieta golondrina, en techos extranjeros  
colgué mi nido á veces, más no eran los aleros  
de la adorada patria. Por eso es que volví.

¡Hay vuelos todavía! La nieve de los años  
ni enblanqueció el cabello, ni marchitó la tez;  
si acaso he padecido, si sé de propios daños,  
(quién hay que en su jornada no sufra desengaños)  
araron hondo en mi alma, sin producir vejez.

Y vuelvo como el árabe aquel de la leyenda  
para buscar los míos, para plantar mi tienda  
junto á la fuente pura de murmurante són  
trayendo, en vez de hieles, después de la contienda,  
la oliva en una mano y en la otra el corazón!

Parece que despierto de un sueño tan profundo!  
que miro nuevamente las cosas de este mundo  
con todo el optimismo de la primera edad,  
y cándido y creyente, mi cuerpo otra vez hundo  
en el Jordán tranquilo de la felicidad.

Me siento commovido. Lo digo francamente,  
y al peso de memorias, inclinase mi frente  
mezclando á mi entusiasmo un raro no sé qué;  
estoy entre los míos, mas noto tristemente  
que aquí no se hallan todos los que al partir dejé.

¿Porque se van los buenos? ¿Por qué ley misteriosa la muerte, en su trayecto, empuja á la honda fosa de igual modo al imbécil que al noble paladín? No basta que me digan: — la noche tenebrosa es sólo para el cuerpo. El alma es libre al fin.

Pero ¡ay! por un momento guardemos las tristezas, son males que es inútil quererlos remediar; después... decir doloras á clásicas bellezas, que alegran el recinto y esperan gentilezas, es algo que disuena. En fiestas, á cantar!

Renazca mi entusiasmo! Qué espléndido concierto! Como refresca el alma de quien cruzó el desierto soñando otro horizonte que un cielo siempre gris, ver frente á sí, de pronto, el suspirado puerto, la tierra prometida que habitan mil hurís.

¿Qué luces, qué perfumes, qué música y qué galas! ¿Qué ambiente de los trópicos! ¿Qué rara profusión de angélicas figuras de las etéreas salas, que eligen este sitio para plegar sus alas hallándolo tan bello como la azul región!....

Hay cuentos orientales fantásticos, poblados de seres imposibles, que viven abismados así como entre nimbos de perdurable luz, y llevan de la vida la carga resignados, como el que sufre estoico, el peso de su cruz.

Pues bien, si alguno de esos creyentes, que no quiso saber de humanos goces, mirase de improviso de tan soberbia fiesta, el cuadro encantador, pensara, en su transporte, en otro paraíso, con fuentes inefables de espiritual amor.

No soy de los que atados á un ciego fatalismo enfermos del espíritu, ni miden el abismo que se abre amenazante, voraz junto á sus piés. La vida es campo abierto. Sembrarlo es heroísmo; se arroja el trigo al surco para lograr la miés.

Yo quiero al Ateneo. Si mucho vivió en calma, no estéril fué el descanso. Aun fresca está la palma que en lides espartanas, bizarro conquistó. ¡Memorias hay que llenan de santa dicha el alma y el viento del olvido jamás las dispó!

Hay base en mi cariño. Pregúntese al proscrito si toca hablar de patria, por qué ve su infinito en la querida tierra que distinguió entre mil, y tiembla y se estremece de indignación, si un grito que la denigre, escucha, lanzado por un vil!....

Mi patria literaria ¿No ha sido el Ateneo? ¿No fué bajo su techo, que en juvenil torneo á incógnito adversario, en lucha igual venci, y de las nobles letras, como era mi deseo, armado caballero por vez primera fui?....

No traigo estos recuerdos por vanidad. ¡Lo juro! Yo siempre soy humilde, estoy bien en lo oscuro, tan sólo agradecido invoco yo el ayer, imagen del pasado que alumbrará el futuro con el fanal celeste del juvenil placer!

Estábamos en pugna con dos oscuridades: la fuerza y la ignorancia, brutales potestades unidas por el crimen, en nombre de su fe; y en frente, reducido, brotando claridades, el núcleo de los buenos, como un titán, de pié!

¿Qué tiempos los de entonces de franca y noble audacia para llevar al pueblo la luz de la razón, en esa triste noche de nacional desgracia, cuando abatida y débil la santa democracia, para morir buscaba refugio en un rincón!....

Lo halló en el Ateneo, que le franqueó sus puertas cerradas para el vicio y al entusiasmo abiertas, el último baluarte de nuestra juventud, en donde renacieron las esperanzas muertas de los desencantados del bien y la virtud!....

Las épocas son otras y la enseñanza es mucha; la diaria voz de reto, aguda no se escucha como el clarín de guerra de voluntario audaz; tenemos por almohada los lauros de la lucha y floja la armadura, dormimos hoy en paz.

Pero si acaso un día, que puede ser mañana, de nuevo miro aprestos, cuando se toque diana, y en vez de unas estrofas, distinto nuestro rol, mi espada se precisa para la lid romana, iremos al combate, de cara siempre al Sol!

#### Á MANUELA GUIDO

Quando no te conocía tu nombre llegó á mi oído como el eco bendecido de lejana melodía, y, al recordarte, decía; ¿por qué de ella dulcemente se ocupa siempre la gente, cuando en la vida social hablar de una niña mal es moneda tan corriente?

Hoy, que te conozco y siento la dicha de ser tu amigo, lo que otros piensan yo digo sin vacilar un momento, y alcanzo tu valimiento y el misterioso atractivo que tiene á muchos cautivo, flor modesta y delicada que perfuma en su jornada todo el ambiente en que vivo.

Eres noble y eres buena como un ángel, Manuelita, y lo que guarda tu alma lo dice tu faz serena. Con razón todo se apena y falta luz y calor de tu hogar en lo interior cuando, paloma viajera, á la argentina ribera vas con mensajes de amor.

Quiera el cielo que tu vida se deslice mansamente, como una limpia corriente por entre senda florida; que tu marcha interrumpida no llegues á ver jamás; que iluminada la faz siempre lo grande te inspire, y á tu lado se respire una atmósfera de paz!

ENRIQUE KUBLY Y ARTEAGA <sup>(1)</sup>

## LOS DIOS CAÍDOS.

(FRAGMENTO).

V.

Huyen las sombras y la aurora avanza;  
la luz alumbra y la verdad impera:  
que por doquier el fanatismo estalle,  
con rudo golpe la razón lo hiera;  
¡pueblos oíd! que la ignorancia calle,  
tended la vista y escalad la altura  
dejando el polvo donde estais hundidos,  
y entre rayos de la lumbre pura,  
ídolos y amos hallaréis vencidos!

Dejad á aquellos que adorando ruinas,  
sin ver que el tiempo de avanzar no deja,  
hoy con la mente en el pasado gimen  
cuando la sombra ante la luz se aleja;  
idólatras de escombros que aun oprimen  
como estandarte de glorioso ejemplo  
que la razón con su poder no arredra  
la rota estatua del dormido templo,  
del viejo altar la ennegrecida piedra.

Dejad que entre las nieblas que circundan  
la feroz terquedad de la ignorancia,  
el ídolo domine y la corona  
brille soberbia en su falaz jactancia;  
dejad que el humillado que blasona  
de grande de la tierra, en su locura  
la áurea cadena contra el pecho oprima,  
y el esplendor adore que fulgura  
el hombre majestad que ve en la cima.

Dejádlo, que talvez nunca los ojos  
abra la luz que el universo inunda,  
dejádlo: rezagado en el camino  
no ve triunfante la verdad fecunda;  
no ve de sus altares el destino  
escrito entre nublados con la lava  
de un hirviente volcán que nos conmueve,  
que tanto ruge la conciencia esclava,  
¡ la turba se alza, la razón se mueve!

(1) De ENRIQUE KUBLY Y ARTEAGA, no se conoce más que un poema: *Los Dioses Caídos*, que arrancó palabras de aplauso á Don Ramón de Campoamor. Ha sido un periodista de combate, de estilo fulgurante y arrebatao, que ha dejado huella profunda. Es autor de *El espíritu de rebelión* y ha dejado una novela y un drama inéditos. Fué Ministro del Uruguay en España y Diputado al Congreso nacional. Falleció en 1904.

VICTOR ARREGUINE <sup>(1)</sup>

## CATONIANA.

A Daniel y Carlos Martínez Vigil,  
Varones de virtud.

Triste generación nos ha tocado;  
Época de cobardes transgresiones.  
Nuestro cielo inmortal se halla nublado;  
El culto de lo heroico profanado;  
Sin fe en el porvenir los corazones!

Como la voz de Pedro el Ermitaño  
Hace falta una voz que nos aliente;  
Que al triste pueblo, ya al deber extraño,  
Le desate la venda del engaño  
Y le señale la fatal pendiente.

En esta edad servil y traficante,  
Hija del desaliento y la mentira,  
En que el deber se muestra vacilante,  
Hace falta una voz que nos levante  
Y hace falta el azote de su ira!

¿Se ha extinguido la raza luchadora,  
La raza de los héroes legendarios,  
Cuya sangre viril formó una aurora?  
Enmudece la voz de nuestro ahora,  
¡Desiertos han quedado los santuarios!

Primero, colosales paladines  
Animados de bélicos deseos;  
Después, tiranos, flores y festines;  
Más tarde, bajas turpitudes ruines,  
Y al fin, tan sólo, míseros pigmeos!

Son estas nuestras páginas! . . . . Primero  
Las ansias infinitas de la gloria;  
Después el odio fraternal artero  
Y los reflejos del vivac guerrero,  
Y en pos escombros, corrupción, escoria!

(1) VICTOR ARREGUINE hace tiempo que reside en la Argentina, donde se ha dedicado al profesorado. Nació en Montevideo, y desde temprana edad, sus inclinaciones literarias le llevaron al periodismo. Desde entonces ha colaborado sin cesar en la prensa diaria y periódica del Continente. Es autor de un tomo de versos, de una Antología de poetas uruguayos muy estimada y de un tomo de estudios sociales. También se ha dedicado á los estudios históricos. Su compendio de « *Historia Nacional* », hoy agotado, es muy buscado. Todas sus primeras composiciones en verso están inspiradas en un romanticismo hondo y subjetivo. Las escuelas decadentes atrayeron luego su espíritu, habiéndose formado desde entonces una manera personal, mezcla de modernismo y clasicismo. Sus versos se inspiran generalmente en pensamientos filosóficos.

¿Y puedes, vil generación presente,  
Resignarte á tan mísero destino,  
Sin que cruce sombrío por tu mente  
Un relámpago lívido y ardiente  
Que rasgue las tinieblas del camino?

En esta edad servil y traficante,  
Hija del desaliento y la mentira,  
En que el deber se muestra vacilante,  
Hace falta una voz que nos levante  
Y hace falta el azote de su ira!

### POESÍA.

Preparada tenía el mancebo La alcoba nupcial, Era un nido de tórtolas, bello Nacer del hogar.	En un cuadro de marco de oro Con bellos esmaltes Besándose el pico Dos palomas de níveo plumaje.
Las cortinas azules y blancas Ocultando el lecho, Parecían formadas con tenues Girones de cielo.	Semejaba el hogar, esperando Con grata ansiedad, El rincón más florido y sublime del mundo de Allah.
Perfumaba el ambiente un cestillo De rosas en flor; Y mentían ensueños ardientes Los rayos del sol.	Mas, ¡oh Parca, que agostas con rabia Las rosas en flor! Sin entrar al feliz paraíso La niña murió!
En la sala, en la mesa del centro, Veíase un álbum; La cubierta ostentaba dos lirios En medio á los campos.	Y ya triste, abatido, enfermo El bello doncel, Destrozados sus sueños celestes, Perdido el Edén,
Y rompiendo el secreto guardado Con dulce candor, Un retrato mostraba los novios Hermosos los dos.	En la muerte, que es puerto sereno, Refugio buscó, Y volaron al cielo dos almas, Unidas los dos.

### TARDE DE GRECIA.

A Antonino Lamberti.

Rosas de sangre, rojas rosas de llama,  
Rosas que evocan bocas de amor ansiosas,  
Que piden besos cuando el Sol las inflama,  
Fieras amantes, encendidas y hermosas!

Pasa el amado de los blancos cabellos,  
Anacreonte de cabellos de plata,  
Y las amantes tienen rojos destellos,  
Triunfan los himnos de la nota escarlata.

El viejo bardo tras los mirtos se aleja,  
El Sol poniente se sumerge en los mares.....  
Del prado vuelve fatigada la abeja  
Con los postreros toques crepusculares.

### EL POETA.

Flotan las naves y el mar  
Luminoso se ve entero,  
En cuatro versos de Homero,  
El de más alto cantar.

Con relámpagos de estilo  
Hace asaltar las murallas,  
Y gana y pierde batallas  
En cuatro versos de Esquilo.

Dante, que su pincel moja  
En fuego, erige en un verso,  
Como en un rojo Universo  
A Dite, la ciudad roja.

El poeta es el resumen  
Del artista: fuego y luz.  
El misterio de la cruz  
Es la roja flor del numen.

¿Qué otra cosa que poetas  
De muy alta inspiración  
Y valiente corazón  
Fueron todos los profetas?

Hasta el áspero Mahoma,  
Todo fuego, fiero león,  
Ve bajar la inspiración  
Con dos alas de paloma.

Y hasta la humilde gramilla  
Que el ganado pisotea,  
Da como una blanca idea,  
Una blanca florecilla.

Banderas, pueblos, edades,  
Van á lo desconocido,  
Ni escombros de las que han sido  
Muy populosas ciudades,

Quedan en la dura tierra:  
Todo el tiempo lo devora;  
Cada instante, cada hora  
Algo del pasado entierra.

Pero el poeta, el artista,  
Cual mágico prodigioso,  
Hace surgir armonioso,  
Ante la atónita vista,

Cuanto en el pasado fué:  
Los ídolos que cayeron  
Y los pueblos que rindieron  
A los ídolos su fe.

Todo verso, en su sencilla  
Estructura debe ser  
Algo como la semilla  
De que un árbol va á nacer.

El poeta debe dar  
Flor de genio: así el gran sol  
Da su espléndido arrebol,  
Así da perlas el mar;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

## BENJAMÍN FERNÁNDEZ Y MEDINA (1)

## IMELDA.

¡Oh llama de amor viva,  
cuán tiernamente hieres!  
*San Juan de la Cruz.*

Valdipietra, Valdipietra,  
tu nombre debe ser otro,  
llámate valle del cielo,  
valle del amor hermoso,  
desde que la dulce Imelda  
quiso en tí poner sus ojos.

— « Madre, una niña ha llamado,  
angelical es su rostro,  
cual si fuese mensajera  
de nuestro divino Esposo ».

Abren las puertas del claustro  
las monjas con alborozo,  
y ven entrar á la niña,  
que ante la madre, de hinojos  
cayendo, así la requiere  
con acento candoroso:

— « Madre, yo quiero ser monja:  
¿quereis recibir mis votos? »  
— « Niña, es santo tu deseo,  
pero tus años son pocos;  
quédate á esperar el día  
de tus anhelos devotos,  
el convento te recibe  
como una prenda de gozo ».

Vive Imelda entre las monjas,  
y con ella los coloquios  
lentos de gracia se elevan  
siempre al cielo y al Esposo.

Cuando los pájaros cantan  
entre la fronda sus gozos,  
Imelda suspira y dice:  
« El canto del cielo es otro ».  
Cuando las flores que esmaltan  
el huerto, sus deliciosos  
olores exhalan, dice:

« Mi perfume amado es otro! »  
De noche á los astros vuelve  
los dulces hermosos ojos,  
y sus ansias les revela:

« Astros puros, luminosos,  
que acaso veis en el cielo  
al Esposo que yo adoro,  
dadme vuestra luz, que vea  
lo mismo que veis vosotros ».

Mientras comulgan las monjas  
dice Imelda entre sollozos:

— « Madre, me mata el deseo,  
dadme á Jesús, os lo imploro ».

— « Ámalo, niña, y espera,  
que aun tus años son pocos ».

— « Mi corazón es inmenso  
(replica Imelda); yo adoro  
á Jesús, soy toda de él,  
como él es para mí todo ».

En vano implora á la madre  
y en vano sus ardorosos  
ruegos dirige á las monjas

y á los ángeles custodios.  
Se vuelve á Jesús entonces  
y le dice: — « Dulce Esposo,  
¿te negarás al amor  
con que anhelosa te invoco?... »  
¡Oh, sin igual maravilla,  
que no es para humanos ojos!  
Vuela en un nimbo esplendente  
la hostia cual sol radioso,  
y se detiene ante Imelda,  
mientras las monjas en torno  
se postran, reconociendo  
de Dios el designio noto.

Imelda recibe al fin  
la visita del Esposo;  
ya no podrán separarse,  
ya son el uno del otro;  
Imelda le da su vida,  
Jesús el cielo dichoso.

Del rosal dominicano  
es primaveral pimpollo,  
Imelda, la dulce Imelda,  
á quien quieren ver mis ojos  
cuando se abran á la luz  
en el huerto deleitoso.

## CHACARERA

Allá por Canelones  
la tierra de los trigos,  
y en una de las chacras  
que miran al camino,  
por donde comunican  
Pando con San Jacinto,  
nacida de canarios,  
labradores, muy ricos,  
hay una buena moza  
de pelo renegrido,  
triguena, de ojos grandes,  
de andar noble y altivo  
y de lenguaje dulce  
con dejo muy castizo.  
Los padres le pusieron  
Camila en el bautismo;  
pero « La Chacarera »  
la llaman los vecinos  
y este nombre prefieren  
por ser despreciativo.  
En la región, no hay moza

que al ruedo del vestido  
llegue á la Chacarera,  
que baila de lo fino,  
viste como una dama,  
canta varios estilos,  
y en formándose rueda  
de prendas ó acertijos,  
sabe decir primores  
como doctor ladino.

Bien sus méritos saben  
galanes presumidos,  
que en bailes la asediaron  
y que luciendo el pingo,  
delante de su puerta  
trillaron el camino;  
pero mejor los sabe  
un joven paisanito  
de nombre Juan Antonio,  
que vive en Solís Chico,  
y por la Chacarera

de cuentos de autores contemporáneos, con notas críticas é ilustrativas (1896); *María della Gloria* (1898) drama escrito en italiano; *La Imprenta y la Prensa en el Uruguay de 1807 á 1900* (1900); *El comercio en el Uruguay, desde sus orígenes hasta la creación del consulado* (1901). Tiene concluido el 2.º tomo de la *Antología* correspondiente á los poetas, que ha precedido de unos apuntes históricos y críticos de la literatura del país; un volumen de estudios históricos y literarios, *Flores de Yuyo*, 2.ª serie de *Camperas y Serranas* y una colección de novelas cortas. Su carrera periodística data del año 1888, en que inició en *La Lucha*, diario callejero. Al año siguiente pasó á *El Bien*, donde permaneció hasta 1897, volviendo á ingresar en 1901 en calidad de redactor en jefe. En 1892 fundó la *Revista Uruguaya*, notable publicación que abandonó para emprender un viaje de estudio por Europa (Italia, Francia, Suiza y España). Fundó en 1900 la revista ilustrada *Rojo y Blanco* y dirige el *Boletín Bibliográfico Uruguayo*. Por lo demás, Fernández y Medina, ocupó el año 1897, el cargo de Secretario de la Jefatura P. de la Capital. Fruto de su estadia en ese puesto es su *Proyecto de Código de Policía* para la R. O. del Uruguay; en el año 1893 fué miembro de la Comisión Departamental de Instrucción primaria. Fernández y Medina, es uno de nuestros escritores más fecundos. A los 30 años, lleva escritos más de diez libros que la crítica en general ha aplaudido sin reserva.

(1) BENJAMÍN FERNÁNDEZ Y MEDINA, es un talento complejo. En su completa desvinculación de escuelas y tendencias, resulta un caso típico para nuestro medio intelectual, donde su individualidad literaria se destaca con perfiles vigorosos. Sin haber cursado estudios universitarios, sin más educación que la recibida en las escuelas del Estado, arrastrado por la dura ley del trabajo, niño aún, al interior de la República, sólo su afán de estudio, su voluntad de hierro y su hermoso carácter han podido hacer de él, un periodista, un literato y un erudito. Sus veleidades literarias arrancan desde la infancia. Su inclinación favorita se determinó por los cuentos de carácter local y artículos de costumbres. Su primer libro, *Charamuscas* (1892) presentado al público por el ilustre publicista Francisco Bauzá, y que mereció aplausos de la crítica, acaso, puede decirse que inició el género de los cuentos criollos. Siguió a esta primera obra *Cuentos del Pago* (1893); *Camperas y Serranas* (1894); colección de poesías que señalan una verdadera novedad en la literatura uruguaya y aún americana; *Antología Uruguaya* (tomo 1.º) *Prosistas* (1894) *Místicas* (1895) *Colección de poesías originales y traducidas*; *Colección de monólogos, diálogos y otras composiciones para recitar*, dos tomos (1896); *Uruguay*, colección

exhala hondos suspiros  
desde que una mañana,  
cerca de San Jacinto,  
la halló cuando volvía  
de misa de domingo.

El mozo fué una tarde  
á hablarla decidido;  
apeóse del caballo  
y se acercó intranquilo  
á la ventana abierta  
del lado del camino,  
donde la hiedra había  
su red entretejido  
junto con madreselvas  
de perfume exquisito.  
Allí estaba Camila,  
bordando en canutillo;  
pero muy á menudo  
mirando hácia el camino,  
cual si esperara inquieta  
un algo presentado.  
Al ver á Juan Antonio,  
turbóse y un suspiro  
fué única respuesta  
á su saludo tímido...  
El mozo, más resuelto  
y de la reja asido,  
habló:— «Si usted perdona  
mi atrevimiento, ansío  
decirle que no puedo  
vivir más como vivo,  
desde cierta mañana  
alegre de domingo,  
en que encontré una reina  
gloriando este camino.  
Yo, reinas no merezo,  
y así tan solo pido  
que contemplarla pueda  
lo mismo que un cautivo.»  
Camila, ruborosa  
responde:— «Si es amigo  
el que á mi reja llega,  
no puede ser cautivo,  
y si es cautivo ahora  
antes me fué enemigo...»  
— «¡Enemigo! (interrumpe  
el mozo conmovido)  
si el sol puede tenerlos

ó nuestro San Isidro!...  
pero ¡ay! tenerlos deben  
los ojos renegridos  
que hieren y se esconden  
para mayor castigo.»  
Los ojos de Camila  
miraron con más brillo,  
detrás de las pestañas,  
y el mozo, enardecido,  
creyó le prometían  
su ansiado Paraíso...  
Continuó balbuciente:  
— «¡Dígame si conmigo  
tendrán menos rigores  
esos ojos que miro  
como se mira el cielo?  
Yo volveré el domingo,  
y si en esta ventana  
veo, desde el camino,  
atado ese pañuelo  
del color de los trigos;  
diré que para mi alma  
el sol habrá salido.  
Vendré á ver á los viejos  
y pronto, otro domingo,  
al pueblo iremos todos  
y al Cura, mi padrino,  
le diré que bendiga  
á la flor de los trigos  
con este cardo seco,  
y cuando aquel rocío  
del cielo nos conceda,  
yo no sabré si vivo  
en el mundo, ó la gloria  
me ha dado San Isidro...»  
No respondió Camila  
más que con un suspiro,  
pero extendió la mano  
al mozo, y encendidos  
los dos se prometieron  
un amor infinito.  
Y cuando en la mañana  
del próximo domingo,  
pasaba Juan Antonio  
con rumbo á San Jacinto,  
flamear vió en la ventana  
el pañuelo amarillo.

### CAMPERA.

Su cara es trigüeña  
Como pasto seco  
Que quema en verano  
El sol con su fuego;  
Sus ojos muy grandes  
Como pena, negros,

Viven por ladinos  
En perpetuo encierro,  
Y en la boca tiene  
Un nido de besos  
*La linda morocha*  
*Del pago del Cerro.*

Igual á los ojos  
Es el pelo negro  
Y como cuajada  
Tembloroso el seno;  
El talle semeja  
Junco del estero  
Que al pasar agitan  
Y cimbran los vientos;  
Y andando parece  
Que no pisa el suelo  
*La linda morocha*  
*Del pago del Cerro.*

En yerras y trillas,  
Oleos, casamientos,  
Velorios, cumpleaños  
Y en todo festejo,  
¿Quién lucirse puede  
Si baila algun cielo,  
Pericón ó polka,  
Y dice sus versos  
Con más intenciones  
Que doctor pueblera  
*La linda morocha*  
*Del pago del Cerro?*

Si alguno la mira  
Con ojos risueños,  
Es cabresteadora  
Y sigue el floreo  
Como las potrancas  
Al són del cencerro;  
Pero ni á paisanos  
Ni á mozos puebleros,  
Ha soltado prenda  
Ni admitido empeños  
*La linda morocha*  
*Del pago del Cerro.*

Libre, arrastradora,  
Igual al Pampero;  
Perdonando vidas  
Y pidiendo besos,  
Es reina en su pago  
La que yo prefiero,  
Proclamó y publicó  
A todos los vientos;  
Linda entre las lindas  
Como el gran lucero  
*La linda morocha*  
*Del pago del Cerro.*

### PRIMAVERA.

«Verdea la esperanza en el valle; el viejo  
invierno con paso lento en su debilidad cre-  
ciente, se ha retirado hácia lo más áspero  
de los montes.»

GOETHE — *Fausto*, parte 1.

I.

Viejo el invierno al revés de los viejos,  
Que siguen toda mujer como hermosa,  
Huye á los montes, seguido de lejos  
Por Primavera, la joven graciosa.

Brisas templadas los campos olean,  
Descorre el cielo el oscuro nublado,  
Y las cuchillas alegres verdean;  
¡Grata ilusión del hambriento ganado!

Cantan los pájaros dulces canciones,  
Las mariposas revuelan pintadas,  
Y cual bandada de verdes pichones  
Cubren los brotos las ramas peladas.

Abre la tierra el arado filosó  
Y como en seno, en el surco fecundo  
Recibe el grano del trigo precioso,  
Germen del gran alimento del mundo.

En los viñedos resechos, nudosos,  
Aun por la poda feraz doloridos  
Salen cual flores los brotes sedosos  
Que en uva y vino serán convertidos.

Y en las mañanas lucientes, serenas,  
Cuando Natura sus himnos levanta,  
Bulle cual savia la sangre en las venas,  
Hierve cual sangre la savia en la planta.

Toda la vida es amor en la tierra  
Y hasta el potrillo recién pelechado  
Que no conoce el ardor de la tierra  
Retoza inquieto como enamorado.

Pronto ha de oírse el piar de los nidos,  
Pronto será la estación de las trillas;  
Y de las crías los tiernos vagidos  
Escucharán el rodeo y las cuchillas.

## II.

Reja por medio dos novios se miran  
Hasta cegarse sus ojos llameantes,  
De primavera las auras respiran  
Y se enardecen sus almas amantes.

Es en la hora que el sol á la tierra  
Da un largo beso de luz, al perderse  
En las tinieblas detrás de la sierra,  
Como si nunca volvieran á verse.

Vuelven piando las aves al monte  
Y con las luces aun palpitantes  
Luchan las sombras del turbio horizonte  
Mientras se besan los novios tremantes.

**HORTUS CONCLUSUS.**

(DE D'ANNUNZIO).

Amor con lui parlava del vostro grande orgoglio...  
CINO DE PISTOJA.  
L'alta bellezza tua è tanto nuova!  
SENNUCIO DEL BENE.  
Alma real, dignissima d'impero,  
FRANCESCO PETRARCA.

Jardín cerrado, apenas entrevisto  
ó contemplado de la verja al paso;  
que nunca mano alguna al viandante  
perdido abrió como en un sueño! Mudo  
jardín y sin sepulcros cementerio  
en donde vaga acaso un alma amante  
tras de la sombra de perdidos bienes!  
En la memoria esplenden paraísos  
inaccesibles, á que el alma inquieta  
aspiró con un ansia que fué ardiente  
al través de las horas fugitivas,  
de la luz de la noche de Verano,  
en que las flores efundían secreta  
virtud de sus sonrisas femeniles;  
y las bellas manzanas que pendían  
entre la fronda, puras cual la carne  
virginal, parecía conservaban  
en la pulpa sabores no terrestres  
ni destinadas á mortales bocas;  
y más blancas que nunca en el silencio  
las estatuas miraban la profunda  
paz y soñaban indeciblemente.  
¡Qué misterio del gesto de una grande  
estatua solitaria en un jardín  
silencioso se expande en el crepúsculo!  
Sobre las copas de cipreses rígidos

á que ciñen guirnaldas bellas rosas,  
el cielo vespertino se platea  
y las fuentes ocultas hablan bajo.  
Blanquean en la sombra curvos coros  
de mármol, hoy desiertos, donde jùntanse  
en concilio los últimos poetas;  
tenue sobre las ramas florecidas  
pasa la luna nueva su guadaña,  
en la sombra las fuentes secretéanse,  
las estrellas, de á una, raras surgen.  
Un cisne, en movimiento lento hiende  
el lago que es del cielo pura imagen,  
(¿el deseo lo enciende todavía  
de amor humano? ¿queda en él memoria  
de su lecho nupcial?) en el ligero  
sureo flutúa el velo de la antigua  
Tindaris, y en las aguas resplandece  
La luz extraña del antiguo mito.  
Y visiones de amores sobrehumanos  
surgen de vastos y cerrados huertos,  
que una divinidad al extranjero  
no abrirá coronada de jacintos,  
para llevarlo hasta el misterio triple,  
por florecidos laberintos altos,  
cantando sus canciones inauditas.  
Pero aquel, embriagado por perfumes  
del corazón de rosas invisibles,  
inclinado en el atrio, reverente,  
y con un sueño no soñado nunca  
en los ojos mortales, por la sombra  
explora en el crepúsculo profundo  
y confuso, el dominio silencioso  
cuyo misterio ignora todavía.

Así os miré yo la vez primera  
con mis ojos mortales. Vos, Señora,  
para mí sois como un jardín cerrado.

**MADRIGAL.**

Disipados sus fáciles enojos,  
Yo la miraba en los hermosos ojos!  
Y una luz vi brillar en lo más hondo  
De la retina, cual se ve en el fondo  
De transparente y plácida laguna  
El pálido reflejo de la luna.  
— « Amor mío, la dije alborozado,  
Del alma ya el camino está aclarado,  
Por esa luz que tienes encendida  
En los ojos que dan y quitan vida. » —  
Ella sonrió, esquivando la mirada  
A la mía, que cerca, apasionada  
Buscaba aquella luz que se perdía  
Como una estrella al despuntar el día...  
Pero antes nuestros labios se encontraron  
Y los ojos á un tiempo se cerraron.

## NOCHE ÁRABE.

I.

La media luna en cielo azul  
Los cuernos vuelve hácia un jardín,  
Que se halla en lejano confín  
De los dominios de Stambul.

Y mientras suena en un mues-  
Eco postrero de oración, [zin,  
Gazur hostiga á su bridón  
Que al aire da la negra crin.

Cruza el desierto rumbo al Sur,  
En busca del ansiado bien,  
Dulce anticipo del Edén,  
Que da el profeta al buen Gazur.

II.

Calada ojiva donde el sol  
Versos trasluce del Corán,  
Sirve de marco á Sumirán,  
Hurí del más excelso estol.

Sus lindos ojos del color  
Verde azulado de la mar,  
Quieren las sombras alumbrar  
Con los destellos del amor.

Un ave triste canto alzó  
En la arboleda del jardín  
Y Sumirán gozosa, al fin  
Rauda galope oír creyó.

III.

La luna en su impasible plan  
La posición, lenta cambió,  
Y vuelta al mundo pareció  
Un corvo alfanje musulmán.

Cesó de pronto el galopar  
Y junto con humana voz  
Oyóse de un bramido atroz  
Eco tremendo resonar.

Después silencio... Sumirán  
Suspira y llora por su amor,  
Mientras despide el ruiñeñor  
A las estrellas que se van...

## ¡OH LABIOS!...

¡Oh labios, que buskais en otros labios  
el sabor sin igual de la manzana  
que probaron los Padres la mañana  
que tantos, les dejó, amargos resabios!

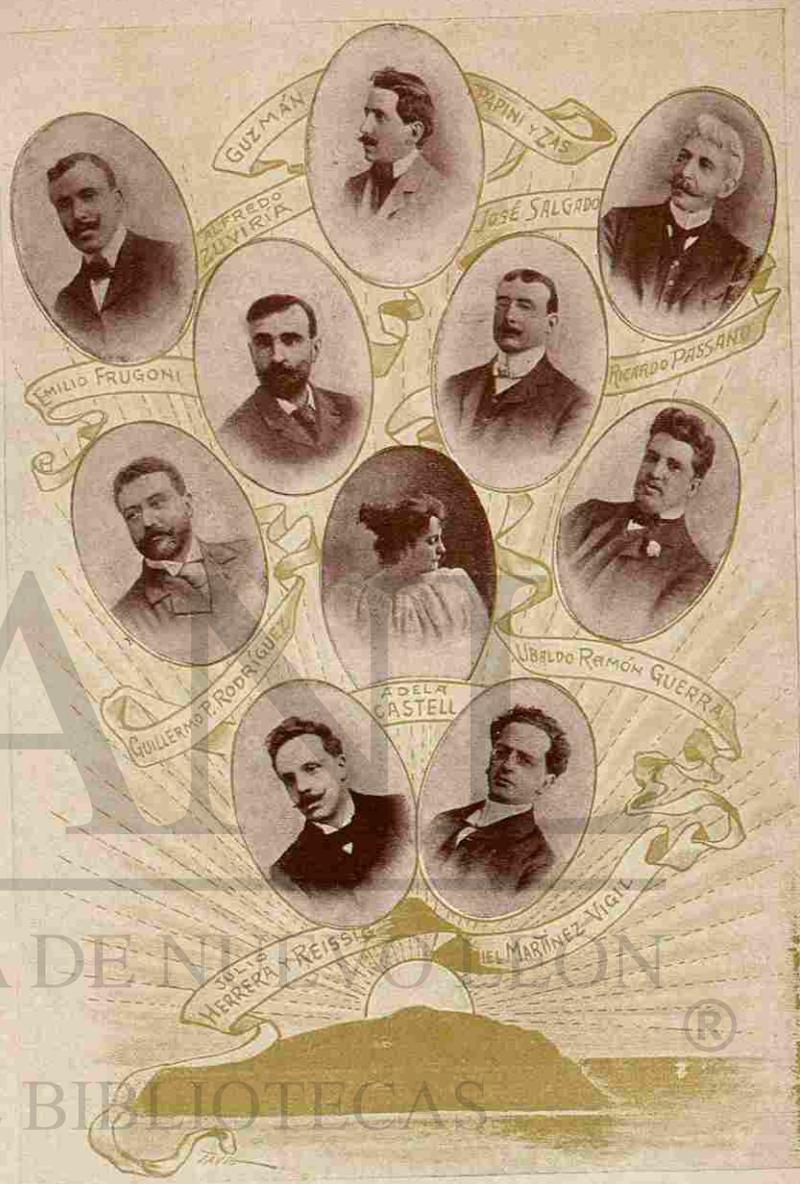
Oh labios, que lanzais cual profecías  
palabras sin vigor y sin sentido  
porque no os ha tocado el encendido  
carbón que depuró los de Isaías.

Oh labios como los de la Gioconda  
en que puso un misterio indefinible  
Leonardo, y que presentan la temible  
forma de la falaz, pérfida onda.

Oh labios, que murmuran temblorosos  
dolores é ilusiones en plegarias;  
y hacen pensar en naves solitarias  
de templos sin altares y ruinosos.

Oh labios, sin color, secos, crispados,  
que otro tiempo agitaron las pasiones  
del alma con fogosas explosiones:  
cráteres de volcanes apagados.

Labios que una sonrisa siempre pliega,  
llena, igual, indefinida, — acaso  
¿sois borde de un común impuro vaso,  
párpados sois de una mirada ciega?



Cuarto Medallón

Labios en que verdades y mentiras,  
ninguna huella dejan, é imposibles  
expresan las blasfemias más terribles  
como ardiente oración, gozos cual iras.

Labios, pétalos tenués, perfumados,  
de una flor deliciosa, aunque culpables  
y falaces, por vuestras inefables  
dulzuras, seréis siempre deseados.



MANUEL BERNARDEZ <sup>(1)</sup>

LUZ.

I.

Cuando acabó la viejecita abuela,  
Besó sus dedos con fervor, en cruz;  
La linda pequeñita tuvo miedo  
Y se acercó á reír junto á la luz.

II.

¡Ay te tento tan peo de la abela!  
¡Te malo el hombre de la baba atú!  
¡Teno medo, mamita, te me lleve!  
¡No me atagués la lú!

III.

La niña dejó abierta la ventana;  
El cielo estaba oscuramente azul;  
La niña miró al bosque ansiosamente  
Y dió un soplo á la luz....  
Entró sonriendo el sol de la mañana  
A la camita de cortina azul;  
La niña se ocultó, porque tenía  
Vergüenza de la luz.

IV.

Aquí es la tumba, Luz, dijo la abuela,  
Y llorando cayó junto á una cruz.

Al morir la infeliz, abandonada,  
Quiso que á su hija le pusieran Luz.

(1) MANUEL BERNARDEZ llegó á ser un poeta popular en el país; sus versos se buscaban y todos esperaban de él, una obra fuerte, poderosa, marcada con el hondo sello de originalidad, de su temperamento. Pero sus versos fueron apenas balbucesos, la vida le envolvió y la ola política le arrastró á tierras extrañas. Allá no cantó ya, pero su prosa inspirada, llena de color y de fuerza cimentó la reputación del literato. En Montevideo, Bernardéz, fué diputado y periodista; en Buenos Aires ha llegado á ocupar uno de los primeros puestos entre los hombres de prensa. Ha publicado: *Claros de luna, 25 días de campo, La muerte de Artigas, La patria en la escuela, De Buenos Aires al Iguazú, Tambos y lecherías y La nación en marcha*. Sus versos ostentan un sello de originalidad y están empapados en intenso sentimiento.

Labios en que verdades y mentiras,  
ninguna huella dejan, é imposibles  
expresan las blasfemias más terribles  
como ardiente oración, gozos cual iras.

Labios, pétalos tenués, perfumados,  
de una flor deliciosa, aunque culpables  
y falaces, por vuestras inefables  
dulzuras, seréis siempre deseados.



MANUEL BERNARDEZ <sup>(1)</sup>

LUZ.

I.

Cuando acabó la viejecita abuela,  
Besó sus dedos con fervor, en cruz;  
La linda pequeñita tuvo miedo  
Y se acercó á reír junto á la luz.

II.

¡Ay te tento tan peo de la abela!  
¡Te malo el hombre de la baba atú!  
¡Teno medo, mamita, te me lleve!  
¡No me atagués la lú!

III.

La niña dejó abierta la ventana;  
El cielo estaba oscuramente azul;  
La niña miró al bosque ansiosamente  
Y dió un soplo á la luz....  
Entró sonriendo el sol de la mañana  
A la camita de cortina azul;  
La niña se ocultó, porque tenía  
Vergüenza de la luz.

IV.

Aquí es la tumba, Luz, dijo la abuela,  
Y llorando cayó junto á una cruz.

Al morir la infeliz, abandonada,  
Quiso que á su hija le pusieran Luz.

(1) MANUEL BERNARDEZ llegó á ser un poeta popular en el país; sus versos se buscaban y todos esperaban de él, una obra fuerte, poderosa, marcada con el hondo sello de originalidad, de su temperamento. Pero sus versos fueron apenas balbuceos, la vida le envolvió y la ola política le arrastró á tierras extrañas. Allá no cantó ya, pero su prosa inspirada, llena de color y de fuerza cimentó la reputación del literato. En Montevideo, Bernardéz, fué diputado y periodista; en Buenos Aires ha llegado á ocupar uno de los primeros puestos entre los hombres de prensa. Ha publicado: *Claros de luna, 25 días de campo, La muerte de Artigas, La patria en la escuela, De Buenos Aires al Iguazú, Tambos y lecherías y La nación en marcha*. Sus versos ostentan un sello de originalidad y están empapados en intenso sentimiento.

## LOS HÉROES.

¡Oh! ¡qué vértigo, lira!...  
 No importa! Llegaré, si Dios me inspira!  
 Trueca el temor en épica bravura!  
 ¿El tema es colosal? ¡Sube á su altura!  
 Y aunque eres tan pequeña, como mía,  
 De fe, de audacia y corazón, sé grande!  
 Aumenta, si es que puedes, la blancura,  
 La luz del inmortal, del patrio día,  
 Con claridades victoriosas! Blande  
 La luz de la verdad como un acero,  
 Y llegarás primero  
 A la meta. Muy altas son las palmas,  
 Pero son muy más altas las ideas;  
 Las tallas gigantes  
 Dependen de la altura de las almas  
 Y alma, fuerza y aliento de titanes  
 Tuvieron los invictos capitanes  
 Que á la guardia del Sol mandan y guían.  
 ¡Míralos, patria! Son los visionarios  
 Que, cuando eras esclava, te veían  
 En sueños grande, respetada y fuerte,  
 Ceñida por el sol de la victoria!  
 Y fabulosamente temerarios,  
 Buscando patria y encontrando gloria,  
 Hallando el campo á su ansiedad pequeño,  
 Iban gritando *Libertad ó Muerte*,  
 A darle forma á su divino sueño!

El primero, el más alto visionario,  
 El que á toda la grey capitanea,  
 Aquel de la cabeza encanecida  
 Cuya pupila azul, aun encendida,  
 Bajo el rugoso párpado chispea,  
 Cuando vencido su tesón de hierro,  
 La espada rota, el alma dolorida,  
 Pisó el negro camino del destierro,  
 Dejó detrás de sí la santa idea  
 Redentora, sangrando por la herida  
 De la última pelea  
 Y acaso, á solas, la lloró perdida!  
 Y ahora la ve, radiante y vencedora  
 Como una joven Dea,  
 Llena de gracia, revosando vida,  
 Predilecta del Sol, que la enamora.  
 Con sus primeros lampos,  
 La envuelve toda en su fecundo beso,  
 Alumbra á la fugaz locomotora  
 Que galopa en sus campos  
 Derramando semillas de progreso,  
 Tiende el tapiz floral de su pradera,  
 Le bendice la vid, le dora el trigo,  
 Y cuando encuentra al sol de la bandera  
 Que la grandeza nacional escuda,  
 Lo mira y lo saluda,  
 Como á un glorioso, como á un viejo amigo!

Sigue el astro aquel vuelo soberano  
 Con que la noche del abismo salva,  
 Y con el astro su ínclito cortejo.  
 ¿Quién es aquél que á la siniestra mano  
 Del venerable Protector camina?  
 Aquel fornido, de la frente calva  
 Y el áspero entrecejo?...  
 Su nombre está del pueblo en la memoria  
 La luz de una *Leyenda* lo ilumina;  
 Y tal su empresa fué, tanta es la gloria  
 De su guerrera frente,  
 Que á no decirla el labio de la historia,  
 No la creyera la futura gente!

Dejadme que la cuente:  
 Sobre una playa esclavizada y sola,  
 A ese varón y á treinta y dos guerreros,  
 Cierta alborada, los empuja una ola.  
 El épico dilema  
 De *Muerte ó Libertad* tienen por lema;  
 Y la frente desnuda,  
 Por el naciente Sol iluminada,  
 La luz del sacrificio en la mirada,  
 La luz potente y ruda  
 Echaron á volar su juramento,  
 Sobre el ala del viento!  
 La patria heroica, que esperaba muda,  
 Pero no resignada,  
 Al escuchar el anhelado grito  
 Sacudió rudamente su cadena,  
 Y la gloriosa Libertad jurada  
 Sobre una playa de movable arena,  
 Su eterno solio cimentó en granito!

## RISA.

I.

¡Qué alegre era la novia! ¡Qué risueña!  
 Siempre fuera lo mismo, desde niña....  
 Y esa noche también... ¡Pero esa noche  
 Daba pena su risa!

II.

Entró el esposo al estallar el beso,  
 Y hubo sangre.... ¿de quién?... ¡La pobre niña  
 Vió caer un hombre y se alejó aplaudiendo  
 Con estridente risa!

III.

Del manicomio á la mansión postrera  
 Llevaban muerta, pálida, á la niña;  
 ¡Y sobre aquella lividez marmórea  
 Irradiaba una risa!

IV.

Mucho tiempo pasó... Vino un anciano  
 A llevarse los huesos de la niña  
 ¡Y halló la blanca calavera riendo  
 Con una extraña risa!

## SELVA-MADRE.

(FRAGMENTOS).

.....  
 Dijo el cantor; y, quedo,  
 Tocando con un dedo,  
 Como Chénier, su frente,  
 Se fué internando en la espesura brava,  
 Sonriendo altivamente.

La Pasionaria azul, que descollaba  
 Entre las otras flores más pequeñas  
 Como una favorita en un serrallo,  
 Lo miró al internarse ansiosamente,  
 Avanzando su tallo....

— « ¡Cómo sufres, cantor, y cómo sueñas! »  
 Le oí decir á la flor.

.....  
 Y á la mañana,  
 Cuando todas las flores se entregaron  
 A los besos del sol claro y caliente,  
 Ella, la flor coqueta,  
 Ella, la flor bravía,  
 Enamorada del esquivo poeta  
 Se encerró en su corola  
 Y allí, feliz y sola,  
 Llegó á la noche sin gozar el día.

.....  
 Hay que entrar muy despacio, porque el hombre  
 Es sospechoso donde fué temido;  
 Y hundiendo el alma en religioso fluido,  
 Saber sentir, distintos y pequeños,  
 Con sensaciones acres y nerviosas,  
 Alzando al aire las abiertas palmas,  
 El beso de los sueños,  
 Y el sueño de las almas,  
 Y el alma de las cosas.

El bosque calla, con el aire manso  
 De un titán soñoliento.

Duerme en las hojas la canción del viento.  
 La llanura, la flor y el firmamento  
 Parecen entregados al descanso....

Mas la selva no duerme! De su seno  
 Brota un rumor profundo  
 Como el rodar de un trueno;  
 Indefinido y vago  
 Como el vaivén de un lago;  
 Uniforme y sereno  
 Como el latir de un mundo,

De un mundo en gestación! Está dormida  
 Para quien ve sin comprender. La vida,  
 Como al volcán, le hierve en las entrañas.  
 Se escuchan tenues ruidos

De enredaderas ávidas que crecen  
 Tanteando troncos, donde al fin se enroscan  
 Con presiones extrañas,  
 Entre deslizamientos y crujidos.

Se elevan copas de árboles que ofrecen  
 Aspectos de montañas,  
 Montañas que se mecen....

Y á esa selva, en tal hora,  
 Cuando empieza á bullir, cuando el silencio  
 Se puebla de ruidos,  
 Y palpitan las aves en los nidos  
 Acallando sus cantos,  
 Y vagan por los lejos escondidos,  
 De su propio pavor despavoridos  
 Los nocturnos espantos,  
 Y una vida potente,

En el orgasmo de un deleite enorme  
 Se entrega á los delirios de la savia  
 Irguiendo y sepultando las raíces  
 Que, con ardor de lujuriosa rabia,  
 Van á engullir—mordientes y lascivas  
 Como bocas de sátiros, abiertas  
 Para morder nereidas fugitivas—  
 En el banquete de las plantas vivas  
 La podredumbre de las plantas muertas,—

A esa selva, en tal hora,  
 Hay que entrar muy despacio, porque el hombre  
 Es sospechoso á la inocencia alada;  
 Y saber de pasión,—que el que no sabe  
 Cómo ama el astro y cómo besa el ave,  
 Aunque ande muy despacio, no oye nada.

## FRÍO.

Tal vez no me amas ya.... Sobre tu frente  
 Batió tal vez sus alas el olvido;  
 Tal se enfrió tu amor.... y no lo extraño:

.....  
 ¿Como hace tanto frío!...  
 ¿Que si lo siento yo? ¡No, Pasionaria!  
 Cuando sepa tu olvido  
 Me acostaré á dormir: y en ese sueño  
 Ya nadie siente frío.

## RICARDO PASSANO (1)

## INTANGIBLE.

¡Melancólica alma enferma!  
alma enferma y desolada!  
alma mustia!  
débil alma!...

en la cárcel dura y fría  
en la tierra en que te arrastras  
y en que arrastras tus cadenas  
tus cadenas de nostalgias,  
¿qué presienten tus desvelos?  
¿tus afanes qué presagian?  
Tú soñar inenarrable  
¿qué te dice sin palabras?  
¿Qué te anuncian tus visiones,  
tus visiones ignoradas,  
ignoradas como el *livitun*  
de una música sin pauta?....  
¿Con los besos de tu boca,  
qué otros ósculos reclamas?  
¿Los suspiros de tu pecho  
á quién buscan? ¿á quién llaman?...  
¡Vaga sombra del ensueño!  
Intangible mártir pálida!

alma enferma!  
alma esclava!  
en la cárcel dura y fría  
en que histérica te arrastras,  
donde vuelas (si es que vuelas  
con cadenas tan pesadas)  
donde asciendes (si es que asciendes  
con los lazos que te atan)

alma enferma!  
débil alma!  
No podrás como los cóndores,  
no podrás como las águilas,  
no podrás en la alta bóveda  
del azul abrir tus alas  
do triunfante tu silueta  
por la luz del sol trazada  
diga á todos que eres libre!  
diga á todos que eres ¡alma!  
No! no lo eres! ¡No lo digas  
ni lo sueñes, insensata!

Tú eres algo que zozobra,  
tú eres algo que naufraga  
en los mares sin riberas,  
en los ámbitos sin vallas  
de los mundos siderales  
con luz vivida se esmaltan!

Tú eres algo que se niega  
en el mundo en que te afanas:  
en el fondo del abismo  
y en la cúspide más alta;  
¡en los antros siempre negros  
y en la cumbres siempre blancas!

Tú eres sombra de un enigma,  
y un enigma de esperanzas,  
esperanzas incoloras  
de la idea oscura y vaga  
de encontrar lo que no existe  
en el prisma de una lágrima  
de una lágrima prendida  
en el filo de unas pápebras,  
en el borde de unos ojos  
que no miran, que no halagan,  
que no icen ni reflejan  
lo que esconden tus entrañas  
que es rugido y es arrullo,  
que es blasfemia y es plegaria,  
que es tormento indefinible....  
que es caricia interminada....  
que es un néctar que extasia  
y es un ósculo que mata!  
¡No lo digas ni lo sueñes!  
No lo digas: sufre y calla!  
Tú eres algo que desprecian;  
tú eres algo que rechazan  
los burgueses con sus calculos;  
los sofistas con sus cábulas!  
Tus visiones son mentidas!....  
Tus visiones son fantásticas!  
¡Ironía siempre hiriente!

(1) RICARDO PASSANO nació en Montevideo el 28 de Febrero de 1856. Es un poeta lírico que ha cantado con igual intensidad las mil niñerías del amor, ó los ideales de la patria y la democracia. Es autor de un tomo de poesías titulado *Matices de aurora*, donde hay composiciones de verdadero mérito artístico. También ha tentado el teatro, escribiendo dramas y comedias, algunas de las cuales se han representado con éxito. Como actor dramático se ha hecho aplaudir por sus facultades realmente extraordinarias. Ha escrito mucho con los pseudónimos Narciso Pedrosa y Casiano R. Pardo. Las composiciones que de él publicamos, pertenecen á un libro inédito que en breve verá la luz.

¡Ironía siempre amarga!  
¡Por doquiera el idiotismo!  
¡Por doquiera la ignorancia!

Lo que buscas en la tierra  
en la tierra dura y áspera,  
no lo encuentran los que sufren,  
no lo encuentran las esclavas,  
las esclavas de las leyes  
materiales y prosaicas!  
¡Las esclavas que se abruma  
bajo el peso de montañas,  
bajo el peso intolerable  
de otras mentes congeladas,  
de otros seres insensibles  
cuyas carnes no se inflaman  
cuyos nervios no se crispan  
cuyas venas no se abrasan  
no se abrasan en las fiebres  
en las fiebres mas arcanas  
de los hórridos volcanes  
rebosantes de ígnea lava!

¡Maga informe del insomnio!  
¡Incorpórea y febril maga!  
En tu histérica tristeza,  
del acopio del tus lágrimas  
tú sabrás el hondo enigma  
tú sabrás la ignota causa,  
tú sabrás todo el misterio  
que te oprime y te maltrata;  
mas, jamás, podrás con ritmos  
con colores, ni palabras  
expresar lo que es esencia  
de las cosas más abstractas!

Esta vida no es la vida  
en que viven las fantásticas  
las fantásticas visiones  
las visiones increadas  
que con voces sin sonido  
tal vez sueñes que te llaman!  
Esta vida no es tu vida!  
No es la vida de tus ansias,  
¡Melancólica alma enferma!  
¡alma mustia! Mártir pálida!

## RUEGO.

No me perdonen! — En nada estuvo que te ultrajara,  
¡pobre alma mía!  
En nada estuvo que para siempre yo te negara  
mi idolatría!

Y... ¡te idolatro con fervorosa fe! — Tú lo sabes:  
¡Lo sabes tanto,  
como en que ritmos cuando se arrullan todas las aves  
de un mismo canto!

Fueron visiones.... fueron delirios... fueron antojos  
de un alma loca!....

¡Mártir humilde de mis amores! ¡Luz de mis ojos!  
¡Pan de mi boca!....

¡Dame un suplicio que no concluya: — ¡La eterna gota  
sobre mi frente!

¡La de mi sangre.... la de mi llanto, que cae, que brota  
perfectamente!

¡Única llama de mi cerebro! ¡Imágen única de mis ideas!  
¡muéstrate altiva;

sé muda y fuerte!.... ¡No me perdonen!.... ¡Quiero que seas  
de roca viva!!

¡Guarda el misterio como la esfinge! — ¡Guarda en tu pecho  
cuanto has sufrido!

¡Cuanto has sufrido por mi injusticia; que, el mal que te he hecho  
no tiene olvido!....

Mas, ¡no lo digas, ni me desprecies! — Haz que mi pena  
no se concluya  
con la apariencia de tu desvío,  
mas, que esté llena  
el alma tuya  
del amor mio!

## EL PIMPOLLO DE ROSA.

I.

— Dame el pimpollo que en tus cabellos  
quizá tu mano prendió al acaso,  
que, de las ansias en que me abraso  
dejaré un beso prendido en ellos!

II.

Trémula, humilde bajó la frente;  
le dió el pimpollo que él le pedía,  
y, en sus cabellos, desde aquel día,  
voraz incendio fué el beso ardiente

III.

Hondas angustias, ansias mortales  
sus pensamientos martirizaban....  
¡Ya sus cabellos no se adornaban  
con los pimpollos de sus rosales!

IV.

Huye de todos como una loca  
por entre el monte, por los barrancos,  
y en sus cabellos blancos, muy blancos,  
aun siente el beso de aquella boca.

V.

Desesperada y envilecida  
Lleva en sus brazos un pobre niño!...  
¡Así es el mundo, y así el cariño  
que da la muerte dando una vida!

## ¡ALLÁ VA!

¡Loca?... ¡Feliz? — ¡No sé! — Su vida, agena  
á cuanto oculto la acaricia ó hiere,  
es astro que resurge, es flor que muere,  
es llanto, es risa, es alborozo, es pena!

Dichosa y desgraciada, á un tiempo mismo  
flotan y se confunden sus anhelos,  
en lo más alto de los claros cielos  
ó en lo más bajo del oscuro abismo!

Vive al azar y marcha paso á paso  
del porvenir hácia el confín incierto,  
cual nave que jamás divisa el puerto  
oculto en las tinieblas del ocaso.

¡Cuántas veces la idea redentora  
de su cerebro en la región vacía  
y en medio de la noche más sombría  
habrá sido irradiar de limpia aurora!

¡Qué visiones no engendra la demencia?  
El hondo afán del alma, ¡qué no anima?  
En los profundos antros de la sima  
¡cuántas formas no adquiere la existencia!

¡Allá!... Allá vá!... Y, escarnio de la suerte  
sin conciencia de sí, dichosa ó triste,  
Ni sabe sobre el mundo porqué existe,  
ni dónde al fin reposará en la muerte!

¡Loca? ¡Feliz?... No sé! — Llorando  
juguete del dolor ó la ventura!  
¡Será suprema dicha la locura  
para el que vive sin cesar muriendo?

## VIDA NUEVA.

(FRAGMENTO DE UN CANTO).

Al golpe de la lanza y de la espada,  
¡oh patria idolatrada!  
surgió tu libertad. Hecho pedazos  
cayó á tus piés el extranjero yugo,  
y azotaste la frente del verdugo  
que osó oprimirte entre sus férreos brazos.  
Defendiste tu nombre y tu derecho;  
conquistaste tus timbres y tus leyes,  
y al choque del heroico patriotismo,  
como Luzbel, por Dios, rodó al abismo  
el cetro abominable de los reyes!  
En su valor indómito y sañudo  
fué para ti cada patriota pecho  
un baluarte, un escudo  
do se hizo polvo el opresor despecho.  
Con sangre de héroes, victoriosa, ungida,  
surgiste á la demócrata existencia,  
al beso de la gloria,  
y escribiste en el libro de la historia  
tu santa, tu anhelada independencia!  
Y ya libre y feliz y constituida,  
loca de amor y con los ojos fijos  
en el alma radiante de tus hijos,  
leiste un porvenir lleno de vida.  
¡Vida en flor, de progreso redentora,  
donde ebria de orgullo,  
de tus dogmas y leyes al arrullo  
dormiste en paz el sueño de tu aurora

Nunca creiste que en inicua guerra,  
después de tantos años de bonanza,  
los que pudieran ensanchar tu tierra  
disiparan tu cívica esperanza,  
y en vez de darte el amoroso beso  
del trabajo fecundo,  
te abrumaran, ingratos, bajo el peso  
de su rencor profundo!  
Tu los viste, los viste en su porfía,  
en su delirio insano,  
enconados luchar, día tras día,  
destruyéndose hermano contra hermano!  
Y al bélico vibrar de los clarines  
y al hórrido rugir de los cañones,

¡allá iban los ciegos escuadrones  
como raza de Judas y Caines  
á destrozár sus propios corazones!  
¡Y ostentando un cintillo  
tras de un mismo ideal é iguales fines,  
manchaban de tu honor el limpio brillo  
cediendo á otra frontera, tu frontera,  
para que nunca más en sus confines  
vieses flotar tu celestial bandera!

¡Cuántos años de duelo,  
en ese batallar sin recompensa,  
asolar viste tu precioso suelo!  
¡Qué crimen más punible para el cielo,  
y para tí, qué angustia tan inmensa!  
La tradición fatal los arrastraba  
al choque destructor: nada veían:  
¡el color de un cintillo los cegaba!...  
En holocausto á tí, Patria ¡qué hacían?...  
¡No querer comprender que era infecunda  
la sangre que vertían,  
la sangre che tus campos empapaba  
y que tal vez á la imperial coyunda,  
su propia ceguedad los condenaba!

¡Qué error es destruir en el delirio  
del odio más absurdo y más extremo,  
lo que fué recompensa de martirio,  
lo que fué de la gloria dón supremo!  
¡Qué triste es verte envuelta en el sudario  
de tus propios dolores,  
— ¡oh, patria de mis férvidos amores! —  
desolada subir ese calvario!  
Obra de los rencores,  
de las venganzas torpes y mezquinas,  
fué, un tiempo, ver tu imagen condenada  
á vagar por barrancos y colinas  
no de lauros, ni flores coronada,  
sinó como una mártir enlutada  
¡abrumada de espinas!

¡Obra del egoísmo  
fué el sentirte morir de pesadumbre  
en brazos del funesto partidismo!  
¡Obra de iniquidad, verte en la cumbre  
y de pronto bajar hácia el abismo  
sin que el sol te besara con su lumbre,  
ni corriera á salvarte el patriotismo!  
¡Obra de iniquidad, fué darle penas  
á la que supó domeñar leones  
y romper de un imperio las cadenas  
al fuego de la sangre de sus venas  
y al vibrar de sus bravos corazones!

¡Inconsolable error! ¡La madre augusta  
en llanto sumergida,  
entre duelos prolijos  
condenada á sufrir la pena injusta,  
la pena inmerecida,

¡de ver morir á sus amados hijos  
en infructuosa lucha fratricida!

No puede ser! La mente se subleva  
ante el cuadro ominoso  
de la pasión que á tal error nos lleva!

¡Ya es hora que el pasado tenebroso  
á su pesar sucumba  
y para siempre ¡oh Patria! halle reposo  
en la callada tumba!

¡Todo lo deleznable se derrumba!  
A la inmortalidad sólo se eleva  
lo que es progreso y luz, virtud y gloria!  
¡Los errores, olvídelos la historia,  
y marche cara al sol la vida nueva!

### COSAS INFINITAS.

Hoy yo vuelvo á decirte mil y mil cosas  
que, aunque dichas mil veces, son siempre hermosas;  
cosas que no te cansas jamás de oír las  
ni mis labios se cansan de repetir las;  
Cosas dulces, muy ulces que son remedo  
de músicas que suenan ledo, muy ledo,  
y que llegan al alma, buscando nido,  
como enjambre de besos, sin hacer ruido;  
Cosas, que yo te he dicho mil y mil veces  
y han cambiado en rubores tus palideces  
realizando el prodigio, contigo á solas,  
de transformar los lirios en amapolas;  
Cosas, que si han brotado del pecho mio,  
han caído en el tuyo como rocío,  
sin empañar el alba de tu belleza  
ni marchitar las flores de tu pureza;  
Cosas, que siempre oíste con embeleso  
por que idilios te cantan, sólo por eso....  
por eso que concibes y yo concibo  
al hacer que tú vivas de cuanto vivo;  
Cosas, que tú las gustas, que tú las sabes  
como labrar sus nidos las tiernas aves,  
las abejas, las mieles de sus colmenas  
y las santas virtudes, las almas buenas;  
Cosas, que son gorgoros, que son rumores  
que son ritmos, perfumes, luz y colores;  
Cosas, que nunca pierden su transparencia  
como el llanto y las risas de la inocencia;  
Cosas, que son la vida, que son el cielo,  
que son gloria infinita, paz, y consuelo;  
Cosas, que son á veces las niñerías  
más sublimes que todas las poesías!  
Tú lo sabes... y sabes que no se olvida  
lo que es alma y creencia y es fe en la vida,  
lo que es sol de esperanzas y edén de gloria  
en el perenne ensueño de la memoria!  
Tú lo sabes... lo sabes y he de decírtelo

sin que nunca me canse de repetirtelo,  
para que en estas cosas mías y tuyas  
de ver el bien que has hecho jamás concluya!

En el crisól precioso de tu cariño  
purificaste al hombre, le hiciste un niño,  
niño que ve en tus ojos, sin que le riñas,  
jugar su alma y tu alma como dos niñas,  
dos niñas intangibles, siempre risueñas  
que sueñan lo que sueño, lo que tu sueñas;  
dos niñas muy lucientes, muy pequeñitas  
que se hablan de las cosas más infinitas,  
que saben sus secretos, que los comprenden,  
que en alas de las ansias que las encienden  
cual dos chispas de un astro tienden el vuelo  
y en una confundidas suben al cielo!  
¡Oh! infinitas ternuras que yo bendigo!  
¡Cosas que tú me dices y yo te digo!  
¿Verdad que no te cansas jamás de oírlas  
como yo no me canso de repetirlas?  
Pero ¿seré insensato, seré indiscreto?  
¡Deja que el mundo ignore nuestro secreto,  
que antes de profanarlo todo lo ignore  
y que yo, cual me adoras siempre te adore!

### ¡NI AÚN ASÍ!

Es inútil. No traje conmigo  
la virtud de vencer. Mi enemigo  
es mi propio carácter. ¿Triunfar?!...  
¡Si no fuese ilusión la victoria,  
al final de la vida, ¿qué gloria  
se pudiera á mi gloria igualar!  
¡El renombre!... El laurel!... ¡No: mi suerte  
es diamante inflexible! — La muerte,  
redención del naufragio, está en mí!  
¡No! ¡Ni aún libre! — La imbécil marea  
crece y crece, ¡y el alma y la idea  
ni aun así triunfarán! ¡Ni aún así!

### MI PRIMER BESO.

¿Lo recuerdas? La luz de un bello día,  
de claridad llenaba tu aposento.  
Te hallabas sola... y mi amoroso acento  
te dijo la pasión que en mi alma ardía.  
Tu labio dulcemente sonreía...  
tu mirada filtró en mi pensamiento,  
y extasiado, pensé en aquel momento  
que para mí la gloria se entreabría.  
Trémula de emoción, humilde y casta  
como una flor al entreabrir sus hojas,  
en mis brazos caíste en tu embeleso,  
y al mismo tiempo que dijiste: « ¡basta! »  
en tus mejillas púdicas y rojas,  
te dió mi corazón el primer beso.

### ESGORIA.

— ¿Y bien? — « Te lo diré.  
« A confesarte voy el triunfo mío:  
Por una apuesta fué.  
« Del desgraciado hogar húmedo y frío,  
« á mi festín de infierno la arrastré.  
« Tembló... languideció...  
« La alabastrina frente bajó al seno;  
« los ojos entornó...  
« y... de la bestia el pestilente cieno  
« por su sangre corrió.  
.....  
« Después... la contemplé!...  
« Las amapolas rojas, amarillas  
« En sus labios hallé,  
« y cayendo á sus plantas de rodillas,  
« ¡Perdón!... ¡Perdón! grité!  
.....  
¡Jamás me perdonó!  
« La baba del reptil, en lodo inmundo  
« al ángel transformó!...  
« ¡Ah!... cuántos miserables en el mundo  
« habrán hecho lo mismo que hice yo!! »  
— Dijo, y; rugí, rugí  
de indignación! gritéle « ¡Calla! » « ¡Calla! »  
Con asco de él huí.  
Mas antes, por bellaco y por canalla,  
¡Al rostro le escupí!

### ¡SI TE AMO!...

Quando ateridas mis crispadas manos,  
opriman á las tuyas; cuando sientas  
infiltrarse en tu sangre, á mi abrazada,  
el frío que circule por mis venas;  
cuando tus ojos con dolor se claven  
en mi ojerosa faz, lívida, escueta,  
y absorban en mis tétricas pupilas  
la última luz de mi alma que te besa;  
cuando en mi corazón hunda sus garras  
con voraz ansiedad, la muerte negra,  
y estremezcan mi carne, desligándose,  
los nudos que á este mundo me sujetan;  
cuando mis labios congelados tiemblen  
para darte un ¡adiós!... un beso apenas...  
y allá de un camposanto, oculta y sola,  
me espere en un rincón la tumba hambrienta,  
yo entonces pensaré... no en esa tumba,  
no en la muerte, no en Dios, no en la existencia:  
¡pensaré... que te quedas en el mundo  
sin alma y sin amor, en vida muerta!

## GUILLERMO P. RODRÍGUEZ (1)

## PRETÉRITAS.

Así — el cabello suelto,  
Nerviosa y agitada,  
En ímpetu de amor irresistible  
A mi cuello abrazada, —

Así, como te veo,  
Así, te sueña mi alma...  
¿Y qué haces, oh mujer! que á mi no vienes  
Si sabes que mi amor así te aguarda?

No miréis su retrato... Para verla  
En toda la hermosura de su vida,  
Contemplada en mi alma, si no os ciega  
La llama de mi amor que la ilumina!

Si todos los encantos que atesoras  
En un solo prestigio se sumaran,  
Y á las gracias humanas, como al genio,  
La admiración estatuas levantara,  
— Misero premio  
Para tus gracias! —  
El pedestal más alto de la tierra  
Tu símbolo de gloria sustentara....

No extraño que aun al verme en tus pupilas,  
Como llama de amor, brille una llama...  
Fuego fatuo que exhala el amor muerto  
Que llevas en tu alma!...

Te casaste por fin, y torpemente  
Juzgas que has rescatado,  
Al precio humilde de tu honor presente,  
Todas las ignominias del pasado!...

¿Quién sospecha la bóveda sombría  
Al través de la atmósfera azulada?...  
¿Quién al través de tus pupilas límpidas  
Penetra los abismos de tu alma?...

(1) De cuando en cuando las revistas literarias de Montevideo suelen publicar rimas sueltas tituladas *Pretéritas*, y firmadas por GUILLERMO P. RODRÍGUEZ. En todas ellas campea una inspiración fresca y tranquila, por más que un velo de melancolía les imprima á veces un sello de tristeza. Rodríguez nació en 1862; en 1885 ganó el primer premio en el concurso del Ateneo con su canto «*Al porvenir de Montevideo*». Lo que más lo ha caracterizado, son sus rimas tituladas «*Pretéritas*».

Para escuchar la nota de tu alma  
De mi amor en el íntimo concierto,  
— Escríbeme, — te dije, y me dijiste  
Con acento indeciso: No me atrevo!...

Más tarde, dominado por la angustia  
De tu tenaz silencio,  
Te repetí mi súplica, y — ¡Qué absurdo!...  
Me contestaste con desdén supremo.

Hoy... no lo sé, pero mi amor presiente  
Que, si te vuelvo á dirigir mi ruego,  
Más que nunca cruel é inexorable  
Me dirás indignada que te ofendo!...

(EN UN ABANICO).

El color de las hojas de tu abanico  
Es el color simbólico de la esperanza;  
El que lucen los prados en primavera:  
El color de tu alma.

Sobre las hojas verdes de tu abanico  
Quedan los versos míos como una mancha,  
Con el color simbólico de los que mueren:  
El color de mi alma.

Cierra las hojas verdes de tu abanico,  
Cierra tu alma;  
Que sólo pueden darte los versos míos  
Sombras y manchas!

Burlando la pasión que te he ofrecido  
Ni el mérito te das de comprenderla...  
Si no tienes virtud para sentirla,  
Haz siquiera, mujer, por merecerla!

¡Oh! ¡cuán profunda es mi pasión!... En vano,  
Para poderla ver desvanecida,  
Le ofrezco á mi ideal todo su engaño  
En el vulgar conjunto de tu vida!

Te muestras de tu honor tan jactanciosa,  
Que empiezo á sospechar que en conservarlo,  
Si cabe á tu virtud alguna gloria,  
No poco de esa gloria es del acaso.

(EN UN RETRATO).

Quien por este retrato ya te admire,  
¡Con cuánta admiración te contemplara  
Si, además de las líneas de tu rostro,  
Reflejase la imagen de tu alma!

## ÍNTIMA.

Á todas las promesas de ventura  
Que hoy formule en tu alma la esperanza,  
Tejiendo con las dichas del presente  
Todas las perspectivas del mañana,  
Fácil asiento

Dé tu confianza;  
Pues, por poco que rindan á la suerte  
Las cosas — por ser justas — bien deseadas,  
Mi amistad te asegura con sus votos  
Cuanto pueda ofrecerte la esperanza.

ADELA CASTELL (1)

## RIMA.

Tu alma está triste como los nimbus  
Que anuncian siempre la tempestad,  
No es que la espere, no es que la tema,  
Pues en tu alma pasado ha.

Tu alma está oscura como los ríos  
Que agita el ala del huracán,  
No es que sus olas á posar vayan,  
Por que pasaron sus olas ya....

Tu alma está mustia como las plantas  
Bajo el azote del vendabal,  
No es que sus flores estén muriendo  
Pues sólo espinas le quedan ya!

(1) ADELA CASTELL, nació en 1861, recibiendo su diploma de maestra en 1880. Ya nombrada sub-directora del Instituto Normal de Señoritas, en 1882, se graduó de maestra de 3.º grado en 1886, comenzando, en 1887, á dirigir la primera escuela de aplicación en esta República. Todas sus energías las ha encaminado, durante su vida entera, á la formación del carácter del niño, Como prueba de lo que afirmamos, ahí están sus conferencias, una de ellas pronunciada últimamente en la Asunción, la que le mereció, por parte de la prensa local, elogios calurosos que han sido como una nueva consagración de su ilustración y talento. De palabra fácil y elocuente, es una notable oradora, siendo de notarse que ha sido la primera mujer que ha subido á la tribuna en las repúblicas del Uruguay y Paraguay. Como escritora hablan bien alto todas sus colaboraciones, en prosa y verso, aparecidas en *La Ondina del Plata*, *La Floresta Uruguaya*, *La Alborada del Plata*, *Boletín de enseñanza*, *El Almanaque Sudamericano*, *La Revista Nacional*, etc., y numerosos diarios, tanto del país como de la República Argentina. Ha cultivado, sin embargo, con especialidad, la poesía, reflejando sus versos, unas veces, las vibraciones ó inquietudes de un alma sensitiva; y otras, las ideas y conceptos de un cerebro equilibrado. Es que unas veces parece pensar con M.me Angebert, que *la poésie est la philosophie en fleur*; y otras, con el autor de *Jocelyn*, que *la poésie c'est le chant intérieur*.

## TUS OJOS DE ESMERALDAS.

No me cautivaron joyas  
ni me sedujeron galas,  
desde que los ví suspiro  
por tus ojos de esmeraldas.

Para un collar que rodee  
blandamente mi garganta,  
necesito yo los broches  
de tus ojos de esmeraldas.

Para que alegren mi vida  
dándome luz y esperanza,  
es que quisiera tus ojos,  
esos ojos de esmeraldas.

Sufriría yo las penas,  
las angustias más amargas,  
si apartaras de los míos  
esos ojos de esmeraldas.

Quando pienso que á otras miran  
cuando pienso que á otras aman...  
que otras reciben los rayos  
de tus ojos de esmeraldas....

El corazón se me oprime,  
siento que nublan las lágrimas  
esos ojos que impresionan  
esos ojos de esmeraldas.

Yo no sé si debo huirles  
ó amarlos con toda el alma,  
sólo sé que me cautivan  
esos ojos de esmeraldas.

Dime otra vez si son míos,  
pues su expresión tan velada  
me hace dudar muchas veces  
de tus ojos de esmeraldas.

Dime otra vez que son míos,  
que es verdad que ellos me aman,  
ó si han querido mentirme  
esos ojos de esmeraldas.

Si me los das para siempre,  
si no los das con el alma!...  
no habrá para mí otros ojos  
que tus ojos de esmeraldas.

Dicen que existe como en otros cultos  
también en el amor  
ídolo y sacerdote, que entre novios  
cada cual será uno de los dos.

— ¿Qué prefieres tú ser, el sacerdote  
que adora con pasión,  
ó ídolo que recibe indiferente  
la constante, la eterna admiración?...

Ah! yo quisiera ser al mismo tiempo  
el esclavo, el señor,  
El sacerdote, el ídolo constante...  
y si fuera posible... el mismo Dios!

Quando la luz de la ilusión ardiente  
Hierde el fondo del alma soñadora,  
Su cristal transparente  
Tiene el color de rosa de la aurora.

Quando en alas de tímida esperanza  
El alma envuelta en sus destellos sube  
A un cielo que no alcanza,  
Tiene el tinte plumizo de la nube:

Y cuando el alma llora solitaria  
Y la ilusión en flor cierra su broche  
Sin la mística luz de la plegaria,  
Tiene el velo sombrío de la noche.

¡Oh martirio cruel! Cerrar el alma  
Al sol que vislumbró!  
Sofocar en el pecho la ternura  
Ahogando el corazón!

Apagar en los ojos la mirada  
Que el amor encendió;  
Desterrar de los labios la sonrisa  
Que saludó al amor;  
Desviar inflexible el rayo amante  
Que rápido inundó  
El alma que, al sentirlo, iluminada  
Por siempre se creyó;  
Ne sé si para tanto sacrificio  
He de tener valor;  
Si tan grande he de ser que noble triunfe  
En mí la abnegación.  
Me parece imposible; anonadada  
Sólo al pensarlo estoy.  
Dame valor, Dios mío! A ti me elevo,  
Dame fuerza, mi Dios!...

DANIEL MARTÍNEZ VIGIL <sup>(1)</sup>

¡NI MUERTO!

No cejes, corazón mío,  
en la lid por lo ideal;  
mantén tu invencible brío...  
sé siempre, corazón mío,  
implacable para el mal.

Alma mía, sé altanera  
con el vicio ó el error;  
sé con el bien justiciera...  
alma mía, sé bandera  
en las justas del honor.

Estoico espíritu mío,  
en tus luchas sé tenaz,  
sé indomable, sé bravío...  
aun muerto, espíritu mío,  
nunca descanses en paz!

Rotas las terrenas vallas,  
el espíritu-adalid,  
en los eternos Walhallas,  
gana póstumas batallas,  
como el cadáver del Cid.

(1) DANIEL MARTÍNEZ VIGIL, es un escritor de intensa personalidad. Antes que nada es un carácter; lleva en sí el atavismo medioeval; el culto supremo del honor, de la verdad y de la justicia. Solitario en su tienda, su misantropía no le impide tener fe y esperanza. Por más que blasona de ser discípulo de Schopenhauer, en el fondo, más que un pesimista, es un soñador de grandes cosas. Es pensador y es literato, es poeta y es orador, es partidario ardiente, y por sobre todo esto, es un gran estoico á lo Marco Aurelio, que sonrte con desdén á su época. ¿Su obra? Ha sido un gran fustigador de miserias morales; panfletista, polemista, tribuno; ha dirigido *La Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales* en compañía de Rodó, Pérez Petit y Carlos Martínez Vigil; ha escrito versos subjetivos de tendencia filosófica; ha ejercido el profesorado y la cátedra; ha hecho crítica literaria; y su prosa, ardiente como su temperamento, ha modelado algunas de las más hermosas páginas escritas en el país, en los últimos diez años. Este soñador, que parece desprendido de una nueva Girona, tiene también un alma de niño, y, á la manera de aquellos rudos guerreros que luego del combate donde habían afrontado la muerte sin pestañear, se sentían conmovidos hasta las lágrimas, también tiene en su lira tormentosa, una cuerda íntima, á la que sabe arrancar estrofas inspiradas.

GLADIATORIA.

Frères, vous le voyez, j'ai lutté faible et nu  
Contre ces Tout-Puissants revêtus d'épouvante.  
*Ruchepin.*

Soy de la raza estoica de los que bregan  
contra el error, el crimen y la estulticia;  
soy de los justadores por la justicia;  
soy de los combatientes que no se entregan.

En esa lid sin tregua que despedaza,  
son adversarios míos todos los males;  
tengo por aliados los ideales,  
y es el honor mi égida y mi coraza.

Apóstol del carácter y de la idea,  
Quijote enamorado de la ardua gloria,  
es el deber estricto mi ejecutoria,  
y el austero civismo mi Dulcinea.

En balde la calumnia tienta morderme;  
en vano la injusticia quiere abatirme:  
los odios y la injuria podrán herirme,  
pero jamás mancharme ni envilecerme.

Sembrador, que al futuro lanzas los dones  
de tu virtud preclara, de tu alto ejemplo,  
que tu gloria fulgure, cual dios de un templo,  
en una apoteosis de irradiaciones!

Los males victoriosos serán vencidos;  
el vicio, aunque domine, tiene su valla,  
pues frente al ministerio de la canalla  
se alza el apostolado de los ungidos!

PASIONALES.

Á TI.

Para ti mi suspiro más hondo,  
para ti mi ferviente plegaria,  
para ti las endechas sentidas  
que entona en sus noches de angustia mi alma,  
cual voces dolientes, cual canto medroso  
que otrora se oyera vibrar en la ergástula.

Para ti mi recuerdo más dulce,  
para ti mi promesa más santa,  
para ti los anhelos purísimos,  
las ansias ocultas que lleva mi alma,  
cual lleva en su seno fragor de huracanes  
y chispas de incendio la negra borrasca.

Para ti mi primera sonrisa,  
para ti mi postrer esperanza,  
para ti mis perdones sinceros,  
si acaso algún día perdona mi alma,  
el alma altanera, el alma indomable,  
que al odio contesta con odio y venganza.

## VARRONIANA.

A Victor Arreguine.

No importa que las bocas amordacen,  
ni que del bien y del honor se mofen,  
en tanto que haya labios que apostrofen,  
en tanto que haya brazos que amenacen.

No importa que los vicios inoculen,  
ni que al deber y á la verdad persigan,  
en tanto que haya labios que maldigan,  
en tanto que haya manos que estrangulen.

Mientras haya unos labios que apostrofen,  
mientras haya unos brazos que amenacen,  
no importa que las bocas amordacen  
ni que del bien y del honor se mofen!

Y mientras haya labios que maldigan,  
y mientras haya manos que estrangulen,  
no importa que los vicios inoculen  
ni que al deber y á la verdad persigan!

## MURRIA.

I.

El cielo está opaco; las nubes imitan  
inmensos sudarios que envuelven al Sol;  
no vibran las ondas del aire: dormitan;  
no hay luz en la tierra ni en lo alto arrebol.

La noche se acerca callada, sombría,  
cubierta en su manto de negro crespón,  
las voces se extinguen en lenta agonía,  
cual notas de un canto, cual ecos de un són.

La flor abatida se vuelve hácia el suelo,  
cual frente que agobia el peso de un mal;  
se aquietan las brisas, y el manso arroyuelo  
se duerme en su lecho de guija y cristal.

Muy triste es la noche que en hórrida calma  
presagia la furia de fiero aquilón.

Pero ¡ay! es más triste la noche del alma  
sin fe, sin creencias, sin una ilusión.

Son nubes las dudas que asaltan mi mente,  
y es lóbrega noche que oprime mi sér  
la amarga tristeza que el hado inclemente,  
cual dón de la vida, me diera al nacer.

II.

El cielo está puro; el Sol lo abrillanta;  
el pájaro entona su canto de amor;  
susurra la brisa; la flor se levanta;  
hay luz en la tierra y en lo alto fulgor.

En tanto mi alma sumida en la pena  
vegeta cual planta privada de luz;  
soporta impasible su injusta condena  
y lleva cual mártir su ofensa y su cruz.

## ¡EN PIE!

A Victor Pérez Petit.

¡Qué de veces, suspenso por el pasmo  
Que provocan las lides de la idea,  
Vacilar he sentido mi entusiasmo,  
Como recluta que entra á la pelea!

¡Y cuántas, lo encumbrado de la altura  
Donde sus alas bate el pensamiento,  
Como á Dante la agreste selva obscura,  
Ha sumergido mi alma en el tormento!

La senda de la gloria está orillada  
Por las alevés zarzas de la envidia,  
Y no hay alma triunfante en la cruzada  
A la que no emponzoñe la perfidia.

Si lo difícil de la empresa mide  
Quien hoy aspira á conquistar un nombre  
Y al bien tan sólo contingente pide,  
Digno es de loa perennal ese hombre!

Muelle, viciosa, débil, enervada,  
Exangüe el corazón, vacua la mente,  
La juventud actual, la grey dorada,  
Olvida el porvenir por el presente.

Existe quien, hipócrita y cobarde,  
Infama la virtud y odia la ciencia,  
Y hace de la verdad público alarde,  
Y diz que al bien consagra su existencia.

Mas, no todo se rinde ni apoltrona,  
No todo se corrompe ni claudica:  
Aun hay cruzado que el deber pregona;  
Aun hay cruzado que el deber practica.

Mi corazón con entusiasmo late  
Por el ideal, el bien, la luz, la gloria:  
Si desierto del sitio de combate,  
Que se infame por siempre mi memoria!

## PERJURIO.

Juré un amor que el pecho no sentía,  
mintió mi labio, blasfemé mi fe;  
y su alma virginal, que se entreabría  
como una flor al despertar el día,  
con mi cariño falso envenené.

Era tan linda la gentil doncella  
como inocente y casta su pasión:  
no luce en el azur más pura estrella,  
ni brota en el pensil rosa más bella,  
ni forja ideal más alto la ilusión.

¡Por qué entonces mentí como un villano?  
¡por qué hice traición á su querer?  
¡Oh fermentado corazón humano!  
Nacido de la tierra cual gusano,  
como él te portas siempre y por do quier!

## ROMA Y CARTAGO.

## I.

Pelean frente á frente dos razas, dos naciones  
por sojuzgar el mundo á su triunfal poder:  
la raza de los Gracos, que es raza de leones,  
y el pueblo de los Barcas, que es pueblo mercader.

La libertad de un lado, del otro el despotismo;-  
aquí el *civis romanus*, el traficante allá;  
el uno es pueblo-cumbre, el otro pueblo-abismo;  
Moloch está en Cartago, y en Roma Apolo está.

El África florece en la creación de Dido,  
Europa en la de Rómulo alborear se ve;  
aquende la grandeza del italo aguerrido;  
allende la fortuna de la dolosa fe.

El hijo de los héroes que amamantó una loba,  
tan cívico en la guerra cuan cívico en la paz,  
virtudes y proezas en el Panteón congloba,  
como esplendentes rayos el luminoso haz.

Y la hija de un sufeta, la hermana de aquel bravo  
en Cannas victorioso, la virgen Salambó,  
al precio de su honra consigue del esclavo  
lo que el poder del pueblo cartaginés negó!

La voz de los tribunos escúchase en el Foro  
de la ciudad latina vibrar por el deber,  
en tanto que en la púnica entona su himno el oro  
con que al venal soldado salaria el mercader.

## II.

Cual se alza sobre ruinas trepante jaramago,  
del árabe errabundo levántase el aduar  
en medio los escombros de la que fué Cartago,  
perdida en el umbroso desierto del estrago  
como una blanca vela en el inmenso mar.

Cual faro que en la cumbre de abrupto promontorio  
indica el derrotero del mar en el bullir,  
de una nación moderna magnificente emporio,  
con majestad de reina, con esplendor notorio  
la Roma del pasado señala el porvenir.

ALFREDO ZUVIRÍA <sup>(1)</sup>

## FLORES ENFERMAS.

Tengo alegre la tristeza  
y triste el vino.  
Becquer.

Si en la alta noche callada,  
de luceros coronada,  
te creo sentir y ver,  
¿será tu aliento anhelante  
que refresca mi semblante?...  
Puede ser!

Si al volar mi pensamiento  
muy más ligero que el viento,  
oigo un latido, mujer,  
¿será tu ardiente latido  
que viaja desvanecido?...  
Puede ser!

Dos girones de vapor  
que del lago se levantan,  
y al juntarse allá en el cielo  
forman una nube blanca;  
dos olas que vienen juntas  
á morir sobre una playa,  
y sus átomos confunden,  
y armoniosas se abrazan;  
dos velas que unidas hienden

Si en la alta noche, un lucero  
dice brillando: te quiero;  
recibe mi rosicler,  
¿será tu dulce mirada  
desprendiéndose, callada?...  
Puede ser!

Si cuando, falto de calma,  
desciendo al fondo de mi alma  
queriéndote comprender,  
eso, rebelde á mi empeño,  
¿serás tú, querido dueño?  
Puede ser!

## IMITACIÓN.

las ondas anacaradas,  
y al perderse allá en el cielo  
forman una sola mancha;  
chispas de una misma pila;  
rayos de una misma llama;  
signos idénticos de una  
lengua que ha muerto ignorada....  
Eso son nuestras dos almas!

## ELLA.

Hupa! — Más arriba,  
más arriba aún;  
que yo soy la llama  
y el músculo tú.

## FUÉ.

Era muy triste y se murió muy joven.  
Su nombre no recuerdo. ¿Se llamaba?...  
En sus ojos azules esplendía  
luz de los cielos y humedad de lágrimas.

Hay almas que en su paso por la tierra  
las quema el hielo ó las marchita el Sol:  
Bajo la sombra de la inmensa muerte  
puedan un día florecer en Dios.

## BARTRINA.

La pandereta de mi numen loco  
agito á veces con desdén profundo;  
contemplo el corazón, desprecio al mundo  
y río.... y acaricio cuanto toco.

(1) ALFREDO ZUVIRÍA, es un poeta original, cuya musa funambulesca le ha dictado estrofas llenas de carácter é inspiración. Sus versos son una mezcla de ironía y tristeza, de sentimiento y hondo desconsuelo. Ha publicado poco, pero lo bastante para dar relieve á su curiosa personalidad literaria.

BYRON.

¿Resignarme? — Jamás — Es un desierto  
mi pobre corazón hecho pedazos.  
Me han atado al dolor con fuertes lazos  
para dejarme á solas con un muerto.

DOLORA.

De muerte herido, un soldado  
al médico respondía:  
— Salvóse. ¿No le decía?  
— ¿Quién? — La patria se ha salvado.  
Al poco rato moría.

## FAROLAS APAGADOS.

Á UN AMIGO.

Canta para pescarte;  
si con ella te casas, adiós arte.

Á UNA HORIZONTAL.

Me recuerdan sus labios sonrosados  
las flores sin olor de los mercados.

HISTORIA DE MUCHAS.

« Como de hambre me moría,  
y ninguno me quería,  
dime al primer comprador.  
Tras de mucho padecer,  
tarde he llegado á saber  
que no es práctico el amor ».

PARA VENANCIO NICOLINI.

Somos poetas! ¿Quién nos mete diente?  
Sabemos el porqué de muchas cosas,  
y nos envenenamos lentamente  
café bebiendo y aspirando rosas.

Á UN SUICIDA.

Cuarenta años | an pasado,  
Y á los ochenta murió.  
¡Estaría ya enterrado  
aun habiendo conservado  
la vida que se arrancó!

ELECCIONES.

No hay quien la muerte rehuya;  
A puñal dos se trenzaron,  
Y muertos ahí quedaron...  
¡Se salieron con la suya!

ÚLTIMAS PALABRAS DE UN GLOTÓN.

Así exclamó al morir ahogado en lanto:  
¿De qué me sirve haber comido tanto,  
si, quiera que no quiera,  
esta carne altanera  
la tierra abonará del camposanto?

TODO ES RELATIVO.

Aprovechan murciélago y lechuza  
para hacer sus nocturnas excursiones  
la noche. ¿No es verdad, dignos ratones,  
que hay luz hasta en la noche, luz difusa?

BAILARINA.

La sala estaba como nunca llena,  
vestida toda de vistosas galas.  
Mirándote bailar, te vi, serena,  
allá en tu camarín, colgar tus alas.

AL PASAR.

El traje tiene que ver,  
Y el corte vale un Perú.  
¿Qué piensas de Rita, tú?  
Vale el traje esa mujer.

ÍNTIMA.

Prefiero — alguien dirá que estoy demente;  
no obstante lo aseguro —  
un cartucho de yemas al presente  
á una estatua de bronce en lo futuro.

ENRIQUE RIVERA <sup>(1)</sup>

¡VEN!...

No me digas que no... si yo he sabido  
Que tú piensas en mí.  
Deja á tu corazón que dé un latido  
Por quien muere por ti.

Deja á tu alma, mi bien, que un solo instante  
Se muestre tal cual es.  
Acerca junto al mío tu semblante;  
¡Que me abrase tu tez!

Ven! que á despecho de los grandes sabios,  
Te amaré sin cesar;  
Ven! y junta tus labios con mis labios;  
Y á vivir.... á soñar!

Olvidados del mundo y su falsía,  
De los hombres y Dios,  
Llegue la muerte y nos sorprenda un día  
Abrazados los dos.

(1) ENRIQUE RIVERA es descendiente del ilustre general de la independencia don Fructuoso Rivera. Las pocas composiciones que ha publicado son bastantes para consagrarlo como uno de nuestros poetas subjetivos de más inspiración. Todos sus versos están inspirados en un sentimiento de desesperada melancolía, que recuerda á De Musset por lo sincero de la pasión. El dolor vibra en todas sus poesías como una nota triste y áspera, y un precoz excepticismo mancha el concepto amargo de sus estrofas. Nació en 1871.

BYRON.

¿Resignarme? — Jamás — Es un desierto  
mi pobre corazón hecho pedazos.  
Me han atado al dolor con fuertes lazos  
para dejarme á solas con un muerto.

DOLORA.

De muerte herido, un soldado  
al médico respondía:  
— Salvóse. ¿No le decía?  
— ¿Quién? — La patria se ha salvado.  
Al poco rato moría.

## FAROLAS APAGADOS.

Á UN AMIGO.

Canta para pescarte;  
si con ella te casas, adiós arte.

Á UNA HORIZONTAL.

Me recuerdan sus labios sonrosados  
las flores sin olor de los mercados.

HISTORIA DE MUCHAS.

« Como de hambre me moría,  
y ninguno me quería,  
dime al primer comprador.  
Tras de mucho padecer,  
tarde he llegado á saber  
que no es práctico el amor ».

PARA VENANCIO NICOLINI.

Somos poetas! ¿Quién nos mete diente?  
Sabemos el porqué de muchas cosas,  
y nos envenenamos lentamente  
café bebiendo y aspirando rosas.

Á UN SUICIDA.

Cuarenta años ¡an pasado,  
Y á los ochenta murió.  
¡Estaría ya enterrado  
aun habiendo conservado  
la vida que se arrancó!

ELECCIONES.

No hay quien la muerte rehuya;  
A puñal dos se trenzaron,  
Y muertos ahí quedaron...  
¡Se salieron con la suya!

ÚLTIMAS PALABRAS DE UN GLOTÓN.

Así exclamó al morir ahogado en lanto:  
¿De qué me sirve haber comido tanto,  
si, quiera que no quiera,  
esta carne altanera  
la tierra abonará del camposanto?

TODO ES RELATIVO.

Aprovechan murciélago y lechuza  
para hacer sus nocturnas excursiones  
la noche. ¿No es verdad, dignos ratones,  
que hay luz hasta en la noche, luz difusa?

BAILARINA.

La sala estaba como nunca llena,  
vestida toda de vistosas galas.  
Mirándote bailar, te vi, serena,  
allá en tu camarín, colgar tus alas.

AL PASAR.

El traje tiene que ver,  
Y el corte vale un Perú.  
¿Qué piensas de Rita, tú?  
Vale el traje esa mujer.

ÍNTIMA.

Prefiero — alguien dirá que estoy demente;  
no obstante lo aseguro —  
un cartucho de yemas al presente  
á una estatua de bronce en lo futuro.

ENRIQUE RIVERA <sup>(1)</sup>

¡VEN!...

No me digas que no... si yo he sabido  
Que tú piensas en mí.  
Deja á tu corazón que dé un latido  
Por quien muere por ti.

Deja á tu alma, mi bien, que un solo instante  
Se muestre tal cual es.  
Acerca junto al mío tu semblante;  
¡Que me abrase tu tez!

Ven! que á despecho de los grandes sabios,  
Te amaré sin cesar;  
Ven! y junta tus labios con mis labios;  
Y á vivir.... á soñar!

Olvidados del mundo y su falsía,  
De los hombres y Dios,  
Llegue la muerte y nos sorprenda un día  
Abrazados los dos.

(1) ENRIQUE RIVERA es descendiente del ilustre general de la independencia don Fructuoso Rivera. Las pocas composiciones que ha publicado son bastantes para consagrarlo como uno de nuestros poetas subjetivos de más inspiración. Todos sus versos están inspirados en un sentimiento de desesperada melancolía, que recuerda á De Musset por lo sincero de la pasión. El dolor vibra en todas sus poesías como una nota triste y áspera, y un precoz excepticismo mancha el concepto amargo de sus estrofas. Nació en 1871.

## MI SOMBRA.

Llevando el corazón entre las manos  
 Quise el mundo correr.  
 En vano preguntaba en todas partes:  
 ¿Quién me quiere querer?  
 Y fui cruzando valles y ciudades  
 Y montañas también,  
 Sin que hallara jamás un alma amiga  
 Que me quisiera bien.  
 Y viendo que en la tierra ya no había  
 Ni dicha ni afección,  
 Me paré al borde de un inmenso abismo  
 Y arrojé el corazón.  
 Mas del hastío el pálido fantasma,  
 De la sima surgió,  
 Estrechóme en sus brazos y muy quedo:  
 « ¡Aquí estoy! » — murmuró.

## MI CORAZÓN.

Me hablaba ayer mi madre cariñosa  
 No recuerdo de qué;  
 Ella quedó un momento silenciosa,  
 Y yo también callé.  
 Mas levantó los ojos al instante,  
 Me miró con pasión,  
 Y de pronto pintarse en su semblante  
 Ví extraña repulsión.  
 Abandonó su asiento apresurada,  
 ligera á mí llegó,  
 Señalóme en el pecho y asustada:  
 — ¡Un gusano!, gritó.  
 Sonriendo con cruel melancolía  
 Miré mi corazón:  
 — ¡Cómo no haber gusanos, madre mía,  
 Cuando aquí hay un panteón!

## CONTRASTE.

Orgullosa, despótica, altanera,  
 Con su funesto amor me esclavizaba;  
 Mirar de reina, corazón de fiera,  
 Fué mi Dios y mi todo.... ¡La adoraba!  
 Humilde, buena, celestial, constante,  
 El alma llena de ardorosa fe;  
 Mirada dulce, corazón amante,  
 Me hastiaron sus caricias.... ¡La olvidé!  
 Es que el destino de la vida mía,  
 Formado sólo de tristeza y llanto,  
 Fué adorar á quien nada me quería  
 Y despreciar los que me amaron tanto.

## PASIÓN.

Es más de media noche, y no he podido  
 Soportar este afán hondo y profundo.  
 ¿Qué me has dado, mujer? ¿qué habré bebido,  
 Que no puedo olvidarte ni un segundo?  
 Y recuerdo momento por momento  
 Cuanto tú y yo en el baile conversamos,  
 Tu hermosa faz, tu suplicante acento,  
 Y la cuadrilla aquella que bailamos.  
 ¡Qué cuadrilla!... Mis brazos te estrechaban,  
 Temblorosa de amor, muda, radiante,  
 Y mis ardientes ojos contemplaban  
 El rubor que cubría tu semblante.  
 Levantando los ojos, — ¡oh, mi cielo! —  
 Murmuraste con voz entrecortada.  
 Miré tus ojos yo con loco anhelo,  
 Y el cielo... lo veía en tu mirada!  
 Sentí tan grande, indefinible encanto,  
 Un sentimiento tan extraño y fuerte,  
 Que entonces hice el juramento santo  
 De amarte siempre, siempre, hasta la muerte!

## MI VENGANZA.

La noche aquella de aquel triste día,  
 Inmóvil, mudo, la miré partir,  
 Resonando en mi oído todavía  
 La carcajada que lanzó al salir.  
 Y volviendo los ojos hácia el lecho,  
 Donde mil veces, delirante y loca,  
 Olas de fuego levantó en mi pecho  
 Con los ardientes besos de su boca,  
 Recordé sus eternos juramentos,  
 Su voz por el placer entrecortada,  
 Y los dulces purísimos acentos  
 Que sedujeron mi alma enamorada.  
 Y, arrepentido de mi amor profundo,  
 Le dije al corazón: ¡te han engañado!  
 Ella era todo para ti en el mundo  
 Y en ella sólo barro has encontrado.  
 Ilusiones, cariño, dudas, ruego,  
 Celos, y ansias, y goces, y dolores,  
 Todo quemaste con delirio ciego  
 En ese falso altar de tus amores.  
 Y hoy que ha gozado tu último latido,  
 Hoy que de ti su esclavo hizo mintiendo,  
 Al ver que todo al fin se ha consumido,  
 ¡Adiós! te dice, y te abandona riendo.  
 ¡De ella te has de vengar! Si de ese fuego  
 La llama un día reavivar tratara,  
 Sordo serás á su dolor y ruego  
 Aun cuando sea la venganza cara.

Y si cobarde vacilar te siento  
 Cuando quiera otra vez encadenarme,  
 Antes que llegue ese fatal momento  
 Morirás, aunque tenga que matarme.

Al decir esto, el eco de unos pasos  
 Hirió mi oído.... ¡era ella que volvía!  
 Y, al estrecharla en mis amantes brazos,  
 Sólo acerté á decirle: ¡Vida mía!

### Á UNA MUERTA.

Repercute en mi oído todavía  
 El eco de su voz arrobadora  
 Que envidiaran los pájaros un día  
 Para cantar al cielo y á la aurora.

Viviendo en medio de serena calma,  
 Acariciada por fugaz destino,  
 La sorprendió la muerte en su camino  
 Y á otro mundo mejor llevó su alma

Tal vez en el mármoleo monumento  
 Que á su memoria elevarán mañana,  
 Tomará, como en todo toma asiento,  
 La indiferencia de la especie humana.

Y veremos el que hoy le han erigido  
 A su virtud, su gracia y su pureza,  
 Cubierto por el polvo del olvido  
 Y envuelto en una nube de tristeza.

Pero en el corazón, Quina querida,  
 Lleno de tu recuerdo santo y puro,  
 De aquellos que te amaron en la vida,  
 ¡Allí no morirás!... ¡yo te lo juro!

### PROFESIÓN DE FE.

Cuando vibrante de pasión mi acento  
 Mostrar pretenda arrebatado ardor,  
 Cuando os hable de besos y caricias  
 Y de dichas sin fin y de delicias,  
 No me creáis, porque, farsante, miento....  
 ¡Yo ya no tengo amor!

Cuando presa de horrible sufrimiento  
 Llegue á llorar tal vez y á maldecir,  
 Cuando os hable de penas y dolores,  
 Pintando lo infeliz de mis amores,  
 No me creáis, porque, farsante, miento...  
 ¡Yo no puedo sufrir!

Mas, si en la hora glacial del desaliento  
 Vaga errante mi vista en el vacío,  
 Ajena el alma á cuanto ve y escucha,  
 Como atleta cansado de la lucha,  
 ¡Oh, creedme, creedme, por piedad! no miento...  
 ¡Yo sólo tengo hastío!

### MI CRUZ.

Arrastrando mi vida como arrastra  
 Su pesada cadena el prisionero,  
 Olvidado de todos y de todo,  
 Yo siento que me muero.

Joven aún, en mi interior ya llevo  
 Vacío el corazón, el alma helada,  
 Y sin amor, sin dicha y sin dolores,  
 No me inquieto por nada.

El mundo para mí no tiene encanto,  
 Ni perfume la flor, ni arrullo el ave,  
 Y es de mi vida la única esperanza  
 Que esta vida se acabe.

Entretanto mi cuerpo envejecido,  
 Cual satírica burla dolorosa,  
 Pasearé por la tierra indiferente  
 Hasta dar en la fosa.

Sobre los hombros el madero santo,  
 En el Calvario, pintan á Jesús:  
 ¡Es más triste el martirio del que lleva  
 Su cuerpo como cruz!

GUZMÁN PAPINI Y ZAS <sup>(1)</sup>

### PORDIOSERO DE AMOR.

¡Quién más casta que tú? ¡Quién más hermosa?  
 Si tu boca llameante y hechicera  
 ¡Es página de sol de primavera  
 Donde su firma dibujó una rosa!

Como un encanto celestial, reposa  
 En tu rostro lo azul de cada ojera...  
 Cada rizo es en tu amplia cabellera  
 Cual capullo de alguna mariposa.

Fiebre me causa tu mirar de fuego,  
 Hambre de besos ese rostro griego,  
 Y por eso, mujer, en este canto

Te mendiga mi frase arrodillada,  
 De tus labios la carne perfumada  
 Y el agua luminosa de tu llanto!

(1) GUZMÁN PAPINI Y ZAS pertenece á aquella brillante pléyade que en 1895 empezó á escribir en la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*. Sus primeros versos de un erotismo sensual, apasionados y ardientes, le hicieron distinguir

## MI URUGUAYA.

Es tan alegre como una orquesta,  
Como una aurora, como una fiesta,  
Como un florido rosal de abril,  
Y se confunde su blanca mano  
Con el teclado niveo del piano  
Y con el peine de albo marfil.

¡Ah! si la vieras, es tan bonita!  
Su garbo es garbo de maestrita  
Que va escoltada por un *dragón*,  
Y por la calle de *Veinticinco*  
Cada pasito que da es un brinco  
Lleno de gracia, de tentación!

Su par de botas tan diminutas,  
Tan charoladas, tan impolutas,  
¡Aprietan lirios ó estrechan pies?  
¡Grave misterio! ¡Cuestión de botas!  
¡Oh! pobres ojos, de tus derrotas  
Esta es la grande, la triste es!

Cuando á la Iglesia se va acercando,  
Los que en el atrio se hallan en bandó  
Creen ver todos una visión,  
Pues les parece que es una santa,  
Que es una virgen que se adelanta,  
Y altar le brindan: su corazón!

Nada la enferma, nada la agobia;  
Son sus mejillas rubor de novia  
Bajo de un blanco velo nupcial,  
Porque á su cara muy sonrosada  
Cubre una hermosa tez nacarada  
Con transparencias de luz astral.

Cuando la aurora prende en los cielos  
Sus cortinajes, sus ricos velos,  
Las opulencias del arrebol,  
Graciosa limpia su alegre alcoba  
Y oros en ella barre la escoba,  
Pues sólo en ella se encuentra sol.

Cuando me pone sobre la nuca  
La tibia mano que se acurruca  
Detrás del cuello de mi gabán,  
Su boca ofrenda muchos carmines,  
Cual los claveles que en los jardines  
Derrochan brasas, como un volcán.

entre su grupo. Recojó en un tomo sus composiciones, todas ellas ricas en color. Es un poeta de imaginación meridional que desborda en metáforas brillantes. No siempre el buen gusto ha acompañado á este nuevo discípulo de Salvador Rueda, pero en general sus versos son inspirados y brillantes. Fué laureado en un certamen poético por su *Canto á Cagancha*. *La Tribuna Popular*, ha insertado durante meses, día á día, rimas de este poeta fecundo á quien sin duda esa propia fecundidad ha perjudicado. Es autor de varios folletos y del libro *En la reja*.

Y entre su tibia mano perlina  
Encuentra un nido la golondrina  
Que anida en lo alto de su balcón,  
La que hace siempre por la mañana,  
Rozando el vidrio de la ventana,  
Caer diamantes en profusión.

Más perezosa que regia dama,  
En cuanto cena se hunde en la cama,  
Y sin postigo deja un cristal;  
Que así le llegan rayos de luna  
Y envía en ellos una por una  
Sus ilusiones al mundo astral!

Es primorosa como muy pocas;  
Ante ella sólo besan las bocas,  
Que es una estatua, que es un *biscuit*;  
Pero una estatua que habla armonías,  
Toda belleza, toda alegrías,  
Toda miradas y toda *esprit*.

Mucho la quiero, mucho la estimo,  
Y si en mis versos su nombre rimo  
Tienen perfume primaveral,  
Y si su frente de ángel abrazo,  
Sobre su frente semeja el brazo  
Una corona paradisial!

## OFRENDA LÍRICA.

I.

Yo mojaré una pluma del ala de un arcángel  
En la más blanca estrella,  
Y en la olorosa página de un pétalo de nardo  
Te contaré mis penas.

II.

Serías mi perfume, si al florecido valle  
Tu paso dirigieras,  
¡Pues orlaría todos los flecos de tus rizos  
Con mucha Primavera!  
Y si algún día unieses á tu adorable espíritu  
Mi alma de poeta,  
¡En todas las batallas y en todos los torneos  
Serías mi bandera!  
¡Oh! flor de las auroras, sultana de las tardes  
Y maga de las fiestas,  
Señora del castillo de oro de mis sueños  
Y esplendorosa reina!

III.

¡Oh! ¡cuánto me subyugan tus árabes pupilas  
Y tus pestañas negras!  
¡Blen sabes que á tus galas escoltan mis ternuras  
Como rendidas siervas!  
¡Bien sabes que en las flores azules del romero,  
Que en tu balcón golpean,

Cuando abres las persianas, se agitan mis canciones  
 Como un tropel de abejas!  
 ¿No has visto, cuando prendes la hamaca en los naranjos  
 De tu oriental floresta,  
 Caer mil azahares que esmaltan los primores  
 De tu amplia cabellera?  
 Pues bien, esas caídas de símbolos nupciales  
 Son flores que voltea  
 El melodioso enjambre de versos de mi lira  
 Que siguiente doquiera.  
 ¡Porque eres la paloma, la Venus de mi patria,  
 La Musa principesca,  
 La luz de mis mañanas, la luna de mis noches  
 Y el canto de mi selva!

IV.

¡Escucha! Cuando expire, me arrojas una lágrima,  
 Que en el fulgor de ella  
 Se lavará mi alma para ascender radiante  
 A la celeste esfera!  
 Entrar al Paraíso, que es donde van las novias,  
 Mi espíritu desea,  
 ¡Para tejerte un solio de rosas y de astros  
 Al lado de Graciela!

### Á LA ADORABLE.

I.

Hierve sangre americana  
 En tus labios de amapola  
 Y eres, por tu andar, manola  
 Y por tus ojos, sultana.

II.

Tu voluptuosa pupila  
 Es un derroche de luz,  
 Y tu donaire andaluz  
 Pide un mantón de manila!

III.

El negro cabello asombra  
 Á tu faz radiante y bella;  
 ¡Junto al brillo de la estrella  
 Siempre hay un fleco de sombra!

IV.

Te gustan mucho las galas  
 Que el cielo ha puesto en las aves;  
 ¡Tus hombros de curvas suaves  
 Cómo desean dos alas!

IX.

Y si esta inmensa pasión,  
 Muerta algún día te ve,  
 En tu sepulcro pondré  
 Una flor: mi corazón.

V.

Tanto es mi amor que los celos  
 Ya me clavan sus saetas;  
 Si en tus sueños hay Julietas,  
 En los míos hay Otelos!

VI.

¡Quién, al ver lindura tanta,  
 Poeta no se ha sentido!  
 Por tí mi pecho es el nido  
 De un corazón que te canta.

VII.

Como la escala de seda  
 Del Romeo de tus sueños,  
 La escala de mis ensueños  
 En tus balcones se enreda;

VIII.

Y hasta el bello jazminero,  
 Que en tus balcones descuella,  
 Sube una estrofa por ella  
 A decirte que te espero.

### ¡APÁRTATE!

No quieras detenerme con gemidos:  
 Cuando los negros huracanes pasan,  
 Los torrentes desatan sus rugidos,  
 Y el lirio que besaron, despedazan!

Yo sé por qué tu espíritu se asombra:  
 No ve las nieblas en que tú te abismas....  
 Tampoco las estrellas ven la sombra,  
 Porque se bañan en sus luces mismas!

Deliras, y tu noble pensamiento  
 No cree en los odios que mi vida encierra:  
 El ave que se acerca al firmamento,  
 No siente los volcanes de la tierra!

Tu vida es una vida primorosa;  
 Luz y perfume te regala todo....  
 El rocío que sueña en una rosa,  
 No ve si bajo de la flor hay lodo!

### ENTONCES...

Lindo es ver el arrebol  
 Cuando á la altura colora,  
 ¡Y es del traje de la aurora  
 Una borla de oro el sol!

Cuando el chajá tiende el vuelo  
 Y, por lo gris de su pluma,  
 Parece un copo de bruma  
 Que va subiéndose al cielo;

Cuando el río en la pradera  
 La imagen del sol retrata,  
 ¡Y es de azul, de oro y de plata  
 Como mi gentil bandera!

Cuando en suave movimiento  
 Se columpia el limonero,  
 ¡Como si fuese un plumero  
 Que sacude al firmamento!

Entonces todo me inspira,  
 Y gorjean ruiseñores  
 ¡Entre el rocío y las flores  
 Con que me hiciste una lira!

### UNA ENSEÑANZA.

En un país muy lujoso,  
 Que es un bazar de esmeraldas,  
 En un país del Oriente  
 Un viejo mago imperaba,  
 Cuando anhelé ser joyero,  
 Joyero de la palabra;  
 Cuando quise en mis estrofas  
 Incrustar perlas muy blancas  
 Y ceñir mis madrigales  
 Con resplandecientes llamas,  
 Hechas con muchos rubies  
 Ricos de luz y de grana.  
 Entré al palacio de oro  
 Que el viejo mago habitaba,  
 Y el milagroso Maestro

Entre una corte de hadas,  
 Por cuyos trajes corrian,  
 Como en una fuga rápida,  
 Los tornasoles del raso,  
 Como cambiantes del nácar,  
 Me dijo con un fraseo  
 Que era una música hablada:  
 Para engarzar en la estrofa  
 Bellos rubies, derrama  
 Sangre de tu corazón  
 Sobre las rimas de tu alma;  
 Y para que en tus canciones  
 Luzcan perlas nacaradas  
 Sobre tus versos, poeta,  
 Vierte tus mejores lágrimas!

UBALDO RAMÓN GUERRA <sup>(1)</sup>

## JUNTO Á LOS MIRTO.

Me dijiste: — « Poeta, — rie la altura;  
tu naranjo está en flor; — la trepadora  
que cuelga de tus rejas su verdura  
muestra sus lujos de color de aurora!  
En la nieve que ostenta el limonero  
se agitan los insectos brilladores;  
trina en su jaula, alegre tu jilguero,  
la endecha divinal de sus amores!  
En el limpio cristal de la laguna  
donde moja el dorado sus escamas,  
abre su broche de fulgor de luna  
el camalote de jugosas ramas!  
Los vientos en la fronda se han dormido.  
Rompe su brasa el fruto del granado;  
y canta desde el hueco de su nido  
golondrina que habita en tu tejado! ...

Embriégate en lo azul! Hoy está el cielo  
como campo de luz, limpio de galas,  
poeta, remonta hasta lo etéreo el vuelo  
y tráeme una canción sobre tus alas! »

— ¡Óyeme, diosa de los ojos pardos  
en que arde la pasión; — por tí fundieron  
con delirio las rosas y los nardos  
el tinte aureal que á tus mejillas dieron!  
Por imitar tu musical acento  
su trova alza el zorzal; y la palmera  
cópia al ser columpiada por el viento  
el ritmo de tu cuerpo, mi hechicera!  
Por tí baja la nube que colorea  
el confín, en las puestas de Febrero,  
á dejar en tu crencha flotadora  
un girón de arrebol! — Por tí es ligero  
el colibrí que gira en los juncales  
y cuelga su canasta sobre el río;  
y hay fuego en los boscajes de ceibales  
como en tu boca de frescor de estío!

— Óyeme diosa! — La pasión es llama  
que caldea al corazón! Luz el ensueño  
que por el alma su fulgor derrama  
y da forma grandiosa á lo pequeño!

(1) UBALDO RAMÓN GUERRA es el diputado más joven del parlamento. Hace años que escribe para el público. Ha colaborado en todos los periódicos aparecidos de diez años á esta parte. Sus composiciones se caracterizan por lo apasionado del sentimiento, la frescura de la inspiración y la corrección del verso. Pertenece al grupo brillante de Rodó, Martínez Vigil, Pérez Petit, etc.

Fuente de amor, en que apagar se alcanza  
esa sed insaciable del deseo;  
Un dorado espejismo la esperanza  
en cuyas fáces engañosas creo! ...

Cree tú también! La decepción que es fría  
como hoja de puñal, nunca te hiera!  
¡Es el peor de los males la agonía  
de una ilusión soñada duradera! ...

.....

Sobre el blanco cojín de los ensueños  
reclina tu cabeza hechizadora,  
primer visión de mis primeros sueños;  
miosóti embriagador! Ave canora!  
suspiro embalsamado de claveles  
que pueblan mi jardín! Arpa che llora!  
Zumo de guaviyú! Llavía de mieles  
del pátrio camoatí, — ¡rayo que dora!

Ama así como yo! — con ansia loca;  
con vehemencia de Ofelia en tus amores;  
¡como adoran mis besos á tu boca!  
¡como quieren las auras á las flores!

No temas al dolor; fecunda el lloro;  
y cada fibra que el dolor azote,  
sea un capullo de envoltura de oro  
de cuyo fondo la esperanza brote!

.....

Me dijiste: « Poeta, — rie la altura;  
tu naranjo está en flor; — la trepadora  
que prende de tus rejas su verdura  
muestra sus lujos de color de aurora!  
En la nieve que ostenta el limonero  
se agitan los insectos brilladores;  
trina en su jaula, alegre tu jilguero,  
la endecha divinal de sus amores!

.....

Embriégate en lo azul! — Hoy está el cielo  
como campo de luz, limpio de galas;  
poeta! remonta hasta lo etéreo el vuelo  
y tráeme una canción sobre tus alas! » ...

## NIEBLAS...

Murió cuando las hojas amarillas  
Rodaban quejumbrosas por el suelo,  
Cuan lo son desmayadas las auroras  
Y engendran los crepúsculos misterio....!  
Cuando tiende en la atmósfera, la bruma,  
Los grisáceos encajes de sus velos,  
Y la suave canción que alzan las ondas

Espira entre los brazos de los ciezos;  
 Cuando llora el ciprés sobre las tumbas,  
 Y es pálida la lumbre de la estrella,  
 Y se abrazan fantasmas impalpables  
 En la triste región de las tinieblas....!  
 Cuando en el fondo de la selva oscura  
 El rumor de la brisa es un lamento,  
 Y hay nidos en los árboles desnudos,  
 Y en los callados nidos hay recuerdos!

.....  
 Cuando el broche virgíneo de su alma  
 Se abrió al suspiro de encantados sueños,  
 Y en los frescos claveles de su boca  
 Vagaba palpitante el primer beso!  
 Cuando aprendió el lenguaje sin palabras  
 Que modula la voz del sentimiento,  
 E irradiaba la luz de la esperanza  
 En las pupilas de sus ojos negros....!

.....  
 ¡Murió cuando las flores — sus hermanas,  
 Se replegaban sobre el cáliz verto,  
 Y las hojas enfermas, amarillas,  
 Rodaban quejumbrosas por el suelo....!

### SEVILLANA.

Es la dueña de este *Album* una morocha  
 Cuyos ojos robaron á Andalucía,  
 Todas las brillazones que el sol derrocha  
 En la tierra encantada de la alegría!

.....  
 Su cabeza de reina que no se humilla,  
 — Con un girón de nube que la engalana, —  
 Se formó para el lujo de una mantilla  
 Donde prenda un capullo color de grana!

.....  
 Tiene su voz de niña brillantes trinos  
 De canciones azules, notas aladas;  
 Como arpejo sonoro de mandolinos  
 Gimiendo, de la Alhambra, por las arcadas!

.....  
 ¡Si camina es tan suave su balanceo!  
 ¡Hay en sus movimientos tanta soltura!  
 Que va sembrando gracias por el paseo,  
 Mientras le gritan ¡oles! á su cintura!

.....  
 El mágico delirio de un hechicero  
 Engarzó, entre sus labios, collar luciente,  
 A que dió tinte el broche del limonero  
 Que besa el Guadalquivir en su corriente!....

.....  
 Tiene ensueños divinos, esta Sultana,  
 Que la atan á la vida de la quimera;  
 Como abraza los hierros de su ventana  
 La palpitante malla de enredadera!

Se adormece en sus ansias, en el regazo  
 Que han tejido con rosas las ilusiones,  
 Y pueblan sus delirios nubes de raso  
 Donde juega el idilio de sus pasiones!

.....  
 ¡Es hermosa la virgen enamorada,  
 De cabellos oscuros y nivea frente  
 ¡La que enciende en la noche de su mirada  
 Diamantinos destellos de alba de Oriente!

.....  
 Ella sabe que el alma, con los amores,  
 Se perfuma de cielo, viste de galas,  
 Encuentra por doquiera luz y colores.  
 Desposorios ideales de esencias y alas!

.....  
 Que, si humedece el llanto nuestra pestaña,  
 El corazón se inflama — ¡fecunda el riego! —  
 ¡Nunca acrece la mole de la montaña  
 Como cuando corona su cresta el fuego!

.....  
 ¡Y ella sabe que guarda, como ninguna,  
 En su pecho la llama siempre intranquila,  
 Que al fundir sus encantos, — junto á su cuna —  
 Puso un Genio en la brasa de su pupila!

.....  
 ¡Sultana hechizadora de ojos risueños!  
 Mi más vehemente anhelo verá cumplido,  
 Si en el dorado alcázar de tus ensueños  
 El hada de la dicha forma su nido!

### ¡Á LA NOVIA MUERTA!

EN UN ÁLBUM DE LUTO.

Al iniciar su vida,  
 La vida del ensueño —  
 Me suplicó la «Novia»  
 Le escribiera unos versos.  
 Entonces, flameantes  
 Como oleada de fuego  
 Fulguraban las rosas de sus labios  
 ¡Nido de amor donde aleteara el beso!

\*\*\*  
 El álbum primoroso  
 De pensamientos lleno  
 Derramaba el perfume  
 De lo más casto y tierno;  
 El voto apasionado  
 Y el augurio sincero  
 Salpicaban sus hojas, como al prado  
 Las blancas margaritas del Invierno!

\*\*\*  
 Allá rodó mi canto  
 Perdido como el eco  
 De alguna voz timbrada

Para cantar lo eterno!  
Entonces, sus pupilas  
Inmensas como el cielo,  
Se extasiaban leyendo en lo futuro  
Los hermosos enigmas del misterio

Era rosa la página  
Donde escondí el secreto  
De mis mejores ansias,  
De todos mis anhelos;  
¡Como si fuera ahora  
Todavía me acuerdo!....  
Es que el alma no olvida los lugares  
Donde voló sus lloros ó sus sueños!

Entonces jugueteaba  
La risa y el contento  
En el hogar querido....  
En el hogar paterno....  
Junto á la alcoba blanca  
— Como jazmín de Enero,  
Celebrando sus nupcias estivales  
Vistió el naranjo su ropaje regio!

Hoy en la alcoba virgen  
Solo reina el silencio....  
Han muerto los rumores  
Y las risas han muerto...  
La infortunada « Novia »  
En su postrero sueño  
Fijó los ojos — al sentir la noche, —  
Del árbol triste en el ramaje enfermo

Y se durmió embriagada  
Por dulces juramentos,  
Soñando con azahares  
Y nacarinos velos....  
Entre sus labios fríos,  
Entre sus labios yertos,  
El himno de sus rotas ilusiones  
No ha dejado ni el ritmo de un lamento!

Mañana cuando llegue  
El terrible momento....  
Cuando en la altura gima  
La campana del templo,  
Y en el altar ben itó  
Donde rogaba al cielo  
Se levanten las notas de los sa'mos,  
Pidiendo paz con fervoroso empeño

A la inocente « Novia »  
Que me pidiera versos  
Para tejer la urdimbre  
De sus mejores sueños,  
Cuando el instante sea  
De llevarla muy lejos....  
¡Envolvedla en mortaja de jazmines  
Para que asista al desposorio eterno!

### Á SU BALCÓN.

La estación de la luz formó tu ambiente  
Con suspiros de glaucas primaveras,  
Y tejieron tu sombra, las palmeras  
Que se cimbran gentiles á tu frente.  
La Ofelia astral de la región luciente  
Te dió, en las noches de mi amor primeras,  
El ropaje sutil de las quimeras  
Que exornaban mis sueños de creyente!  
Mis trovas de pasión entre tus ramas  
Suspendieron el nido del deseo  
En que anidara un corazón de llamas!...  
Y hoy, cuando al pie de tus cimientos canto,  
¡Soy la queja de un alma de Romeo  
Ascendiendo en la escala de mi llanto!

### PRIMAVERA.

(Para tí).

Ya vuelve la estación de los amores,  
La que forma la música del nido,  
Y en los festones del jardín florido  
Es derroche de esencias y colores!  
La que viste de vividos fulgores  
En tu balcón, al temblador tejido,  
Y ofrece miel en el capullo herido  
Al enjambre de insectos zumbadores!  
La que idolatras tú! — La que derrama  
El misterioso tinte que colora  
La flor nativa de fulgente llama!  
La que es orquesta entre la turba alada,  
¡Y arrebol diamantino de una aurora  
En la tiniebla ideal de tu mirada!

## JOSÉ SALGADO <sup>(1)</sup>

### SOMBRAS.

Al doctor Samuel Blixen.

Entre los gruesos árboles del bosque  
El ángel de las noches aletea,  
Y en las ramas flexibles de les *ceibos*  
Se prenden temblorosas las tenieblas.

En la umbrosa penumbra del bosque,  
Donde vagan indómitas las fieras,  
Los troncos seculares rememoran  
Gigantes con fatídicas melenas.

Vago rumor asciende del arroyo,  
Nota que vibra y sin sonar se aleja,  
Mientras bañan sus cuerpos centellantes  
En las aguas dormidas las estrellas.

En la cima del monte iluminado  
Rima un pájaro triste sus endechas,  
Y descienden los ecos bulliciosos  
A dormir, para siempre, en la ladera.

No resalta en el éter ni una nube,  
Hasta el aura nocturna se sosiega...  
Como rey de sus súbditos temido  
El silencio domina entre la selva!

\*\*\*

Sobre el regazo del profundo río  
Tiende la Luna su encantada estela,  
Y moviendo las ondas azuladas  
Surgen las sombras de las aguas muertas,

Como amantes que duermen sosegados  
En su lecho fantástico de arenas,  
Y entreabriendo los ojos diamantinos  
Al leve soplo del amor despiertan.

Corren mezcladas en tropel confuso  
Por la alfombra sutil de flores secas,  
Y los bustos cobrizos se divisan  
Como cuerpos sin forma entre la niebla.

Arrojadas de pronto sobre el suelo  
Se deslizan, sin ruido, en la arboleda,  
Como en tardes tranquilas, calurosas,  
Entre verdes juncales las culebras.

(1) JOSÉ SALGADO pertenece a la nueva generación. En 1901, se graduó de abogado, después de obtener en veinte exámenes parciales la nota de sobresaliente por unanimidad. Su tesis fué declarada notable. Es catedrático de Historia Americana en la Universidad de la República, Secretario del Ateneo de Montevideo y del Instituto Histórico Geográfico. Ha colaborado en la *Revista Nacional*, *La Revista* y en diversos diarios de la capital. Sus versos forman un tomo que en breve verá la luz con un prólogo de José Enrique Rodó. En su lira existen todas las cuerdas. Desde la elegía, hasta la oda pindárica, todo lo ha tentado con éxito.

Cual símbolos siniestros de la muerte  
Blanden las manos la potente flecha,  
La bola que sujeta los venados,  
Y las mazas mortíferas de piedra.

Gritan. Resuenan en el bosque obscuro  
Sus rugidos horribles de guerra,  
Cual las voces de seres moribundos  
Que arrancan del *quebracho* las tormentas

Cuando enciende sus fuegos tenebrosos  
En las nubes ardientes la centella,  
Y los truenos retumban como golpes  
Que despedazan la extensión inmensa!

Se detienen... avanzan... se dispone  
Al combate la fúnebre caterva,  
Y las sombras en negros escuadrones  
Como nubes las lomas atraviesan.

Mas no perturba la quietud dormida  
El clamor infernal de la contienda...  
Al llegar á la cumbre las legiones,  
Como tropa vencida, se dispersan!

\*\*\*

Son sombras de los bélicos *charrúas*,  
La tribu que descansa en las cavernas,  
En las costas de blancos arenales,  
Bajo el follaje de la palma esbelta,

Y que al tender sus lábaros sombríos  
En las aguas del *Hum* la noche negra,  
Con suspiros de amante desdeñada,  
Y languideces de mujer enferma,

De sus tumbas añosas se levantan  
A renovar la clásica epopeya,  
La lucha legendaria sostenida  
Contra las huestes de la noble Iberia.

Hasta que al ver en el lejano Oriente  
Brillar la aurora cual gentil diadema,  
Coronando la tierra que sonríe  
Como una diosa en un celaje envuelta,

Cual negras aves, tímidas, las sombras  
Huyen, buscando la penumbra eterna,  
Y allá, flotantes como fuegos fatuos,  
Se van perdiendo en la región desierta!

### INVERNAL.

Á ratos nos hieren nostalgias de Soles,  
De aquellos que tuestan en tardes de estío.  
Sin ver en la esfera lucir arrebales  
El pobre en su choza tiritada de frío.  
Hay ansias vivaces y locos anhelos  
De huertos frondosos, de espléndidas galas,  
De suaves penumbras, de mágicos cielos,  
De cantos de aves, de ruidos de alas.

.....  
.....

Ni una flor el ambiente perfuma,  
Ni una estrella en lo alto se asoma,  
Doquiera se extiende la plácida bruma  
Llenando los valles, cubriendo la loma.  
Los mares repiten sus rudas congojas,  
Tristezas abaten el lánguido pecho  
Al ver en las rutas volando las hojas  
Mezcladas con plumas de nido deshecho.  
Natura es cadáver, el día precario  
No aclara tampoco su tumba desierta,  
De noche la nieve con denso sudario  
Envuelve, amorosa, la pálida muerta.

### LA IDEA.

A Carlos Martínez Vigil.

Como manso arroyuelo de los bosques  
Que humilde nace en la desierta playa  
Y se transforma en anchuroso río  
Que arrastra, cual un vértigo, las aguas,  
Del misterioso seno donde extrae  
Rayos de luz la inteligencia humana,  
Surge de pronto majestuosa idea  
Batiendo, con temor, débiles alas.

Soldado poderoso del progreso  
Es nuevo combatiente en la batalla  
Que libran los errores del pasado  
Defendiendo, valientes, su oriflama,  
Contra el robusto empuje de la ciencia  
Que, sin temor, por el camino avanza  
Al asalto de altísimas almenas  
Donde el pasado, vigilante, aguarda.

Por instantes parece que el derecho  
Va a detener su vencedora marcha  
Ante la fuerza bruta del tirano  
Que el poder de los réprobos encarna;  
Y que vencido en el combate rudo  
Se oculta entre las sombras, cual fantasma,  
Dejando que en la tregua de la lucha  
Festeje su victoria la ignorancia.

Como inúmeros astros se oscurecen  
Cuando domina la invernal borrasca,  
Y en la tierra, que duerme, helado viento  
Todo con furia destructora arrasa,  
Pero así que se calma la tormenta,  
Y despiertan las brisas de bonanza,  
Luce sonriente la tranquila Luna  
Espanciendo, más suave, su luz blanca,

Así son los eclipses de la idea  
Cuando la fuerza a la verdad maltrata,  
Queriendo hacer que la conciencia libre  
Se convierta también en una esclava,  
Porque tras los desmanes de la fuerza  
Se vislumbran celestes alboradas,  
Que anuncian al de repente pasado  
La derrota final en la jornada.

Cuando Jesús el reino de los justos  
Profetizó en las épocas aciagas,  
Enseñando a los hombres oprimidos  
La absoluta igualdad de nuestras almas,  
Pretendieron los Césares romanos  
Abatir entre sangre sus palabras,  
En los circos infames que de Roma  
La triste decadencia proclamaban.

Pero Cristo triunfó: la cruz del mártir,  
Que en el monte Calvario se destaca,  
Hoy extiende sus brazos amorosos  
Sobre el mundo que otrora la execrara;  
Y los hombres creyentes se arrodillan  
A los pies de la imagen sacrosanta,  
Que vincula, felices, las naciones  
En el lazo común de una plegaria.

Todos los que en sus éxtasis geniales  
Han engendrado ideas soberanas,  
Que envuelven el cadáver del pasado  
Del olvido en la fúnebre mortaja,  
Han subido del Gólgota a la cumbre,  
Y han llevado en la mente veneranda  
El estigma cruel con que las turbas  
La noble frente de los genios marca.

Todas las hecatombes de la historia  
Son luchas de la idea siempre en marcha,  
Hasta que al fin de la horrorosa liza  
Entre ondas negras el error naufraga.  
Mientras el Sol de la verdad triunfante  
Su disco de oro en el azul levanta,  
Y de lo alto de su regio solio  
Fúlgida luz en la razón derrama.

### RECUERDOS.

A la memoria de mi madre.

¡Qué sollozo tan triste el que nace Del mísero pecho Cuando plácido acude a la mente Tu dulce recuerdo!...	¡Cuántas veces la aurora brillante, Vivaz penetrando, Sorprendió junto al lecho de muerte Mi lóbrego llanto!
Cuando el viento la puerta sacude Con horrído estrépito, Oigo el ruido siniestro del mármol Velando tu féretro.	¡Cuántas noches besé con ternura Tus manos heladas, Y observé, reprimiendo un gemido, Tu faz demacrada!
Veloz onda que el alma marchita Recorre mi cuerpo, Al sentir el calor en la frente Del último beso.	¡Cuántas veces al Dios bondadoso Rogué por tu vida, Implorando que en vez de la tuya, Tronchara la mía!
Yo recuerdo en las noches de otoño Tu larga agonía, Siempre nieblas con húmedo manto La tierra envolvían.	¡Cuántas veces en la hora terrible De fiebre y delirio, Confundimos en férvido abrazo Dos hondos suspiros!...

Cuando pienso en mi madre afectuosa  
Que rígida duerme,  
U a voz lastimera me dice:  
¡Qué ingrata es la muerte!

### Á LAVALLEJA.

En el agosto pórtico del templo  
Sueña la patria hermosa,  
Junto á columna itálica contemplo  
Sobre su pecho la bandera airosa.  
Sueña como los trágicos gigantes  
Cuando al pasar por las agrestes cumbres  
Sienten que llegan recios, anhelantes,  
Los gritos de las pobres muchedumbres.  
Sueña con el decrepito pasado,  
Que tanto ejemplo y enseñanza encierra,  
Cuyo cielo de glorias estrellado  
Surcaron los relámpagos de guerra,  
Y con el porvenir á cuyo avance  
Ya el horizonte azul se colorea,  
Y en cuyo cielo tiende deslumbrante  
Su hilo de luz radiante  
El relámpago hermoso de la idea.  
Sueña que vigorosa  
Está escalandando el arrogante muro  
Que guarda, ciudadela poderosa,  
Los misterios sagrados del futuro.  
Vamos, madre, despierta,  
Oye lo que te pido arrebatado,  
Mira mi alma fervorosa, alerta,  
Dame un rayo simbólico de aquellos  
Que el Sol de Abril en nuestro escudo deja.  
Busco que su calor y sus destellos  
Entibien con su ardor mi helada frente,  
Quiero que brille fúlgido y potente  
En mi canto en honor de Lavalleja.

¿Cuántos días de gloria!  
¿Cuántos hechos de inclito renombre!  
¿Cuántas páginas grandes de la historia  
Descubré ante nosotros ese nombre!  
Cuando en las dulces horas del ensueño  
Acude bondadoso á mi memoria,  
Me postro de rodillas,  
Cual se abaten solícitos, fervientes,  
En los templos, grandiosas maravillas,  
Ante imágenes santas los creyentes.  
Y cuando recorriendo presuroso  
Los anales de todos los imperios  
Evoca el caminante cuidadoso  
De la vaga región de los misterios  
Los espectros gigantes de los héroes  
Que en el inmenso yunque de la guerra  
Forjaron pueblos, razas y naciones,  
Dividiendo en pedazos á la tierra,  
Entonces, ¡oh figura luminosa!  
Entre sombras queridas tú descuellas  
Cual en el manto de la noche umbrosa  
Luce el crucero, allá, entre las estrellas.  
En todo tú te encuentras: en las playas  
Donde estampó sus plantas el charrúa,  
Hasta la abrupta sierra cuya mole

El poder de los cielos perpetúa.  
Y cuando en la mañana fulgurante  
Cruza aspirando suave las aromas,  
Oye el paisano lento que se aleja  
Que las brisas, los montes y las lomas  
Repiten de continuo «Lavalleja».

¿Y cómo no aclamarte,  
Valeroso y magnánimo guerrero,  
Si el que quiera olvidarte  
Debe borrar infiel de nuestros fastos  
Mil nombres venerables  
Escritos con la punta de tu acero?  
¿Quién al pensar en tí no rememora  
La radiante explosión del año once?  
Era una dulce y celestial aurora,  
Era una voz del cielo que llamaba  
A los héroes de bronce.  
¿Quién no lucha en Las Piedras?  
Donde el furor del déspota castigas,  
Adusto sembrador, valiente Artigas;  
¿Quién del combate horrible  
Contra el fogoso y varonil porteño,  
No recuerda con gozo indefinible  
El gran valor y el imponente ceño  
Que en la tarde azarosa de Guayabos  
Ostentó la falange de tus bravos?  
¿Quién ingrato se olvida  
De la noble y homérica cruzada?  
¿Oh playa esclarecida!  
¿Oh tierra de la histórica Agraciada!  
Yo me inclino y te beso reverente  
Porque tú eres sagrada;  
¿Quién hasta el cielo diáfano no asciende,  
No eleva el corazón y alegre estalla,  
Ante el grato recuerdo  
De nuestra grande é inmortal batalla?  
¿De Sarandí que el patriotismo enciende?  
¿De la loma gentil en cuya falda  
Aun cruza el torbellino del embate,  
Aun vibran en sus campos de esmeralda  
Los fragores siniestros del combate!  
¿Donde rudos Vulcanos,  
Divididas en fuertes escuadrones,  
Con las llamas de horrendos fogonazos,  
Con la sangre de recios corazones,  
Con los golpes de fúnebres sablazos,  
Entre el empuje de la lucha fiera  
Forjaron las legiones orientales  
El Sol de nuestra nítida bandera!

¿Qué pecaste? y bien ¿dónde se encuentra  
Un sér que en los embates de la vida  
Ni una vez, ni una hora, ni un minuto,  
Vencido no ha pagado  
Su innegable triúfo  
Al débil polvo de que está formado?  
¿Dónde está en este mundo el impecable?  
¿Dónde el alma seráfica que pueda

A los otros juzgar inexorable?  
 En toda alma hay pedazos de la arcilla  
 Que sustentó á aquel sér que en el Calvario  
 Como el fanal de los mortales brilla,  
 Y algo del barro y lodos turbulentos  
 Que al correr por las vastas periferias  
 Arrastran por momentos  
 El furor, los quebrantos, las miserias;  
 Pero la historia augusta é infalible  
 Para dictar su justiciero fallo,  
 Ante errores y faltas inflexible,  
 Observa dolorida  
 Ese conjunto exótico que tiene  
 Mucho de los pantanos y del cielo,  
 Y examinando con piadoso celo  
 Si hay en el cuadro inmenso de una vida  
 Más albos que sombra clamorosa  
 O más sombra que luces y vergeles  
 Reparte cuidadosa  
 A éste el oprobio á aquéllos los laureles.

¿Y quién siguiendo esa juiciosa ruta  
 Ante el viejo león de la cruzada  
 Un sincero homenaje no tributa,  
 No detiene sus pasos, su mirada?  
 ¿Quién no pone sus glorias de relieve?  
 ¿Quién, fijándose sólo en los errores,  
 Sin gratitud y corazón se atreve,  
 A vedar los honores  
 De gran libertador y gran guerrero,  
 A negarle derecho á la apoteosis,  
 Al duro bronce, al mármol justiciero,  
 Al que en el suelo erial de la Agraciada  
 Fué Dios al desplegar con mano fuerte  
 Ante el beso de luz de la alborada  
 El pabellón de «Libertad ó muerte»,  
 Y que luego en el campo de batalla,  
 «Carabina á la espalda y sable en mano»,  
 Quebró con el batir de la metralla  
 La robusta coraza del tirano?

Padre del pueblo, invicto Lavalleja,  
 Cuyo valor tal brillo y esplendores  
 Sobre el terruño seductor refleja,  
 Para ocupar la rutilante cima  
 Do colocan felices los mortales  
 Al que el humano espíritu sublima,  
 Al varón fuerte, á genios inmortales,  
 El haber sido de los bravos hombres  
 De la legión preclara  
 Uno de ellos, el último, bastara.  
 De la legión que uniendo con Las Piedras  
 De Sarandí el nombre sacrosanto  
 Aventó con furores de tormenta,  
 Esparciendo el espanto,  
 Tantos días de oprobio, tanta afrenta.  
 Y tú fuiste, no el último, el primero,  
 El que empuñó en su mano el estandarte,  
 El que tomó el heroico juramento

Que al llegar de la plaza ante el baluarte,  
 Llevado entre sus alas por el viento,  
 Estremeció rabioso  
 Al simbólico tul del cautiverio,  
 Al pabellón suntuoso,  
 Al lábaro ondulante del imperio.

Hoy que la paz, la ciencia y la cordura  
 Entre cantos y dianas fraternales  
 Celebran en la loma, en la lanura,  
 Sus fecundos y hermosos esponsales,  
 Dile á los hijos del sagrado suelo  
 Que libertaste con robusto brazo  
 Que tu amor de ultratumba, que tu anhelo,  
 Es verlos para siempre  
 Unidos ante tí por un abrazo.  
 Y si en día nefasto el extranjero  
 Quiere abusar de nuestra adolescencia,  
 Defiende con tu brazo, con tu espada,  
 Con la de Sarandí y la Agraciada,  
 Nuestra joven y santa independencia.  
 Queda entre tanto honor de la victoria  
 En las entrañas de la madre tierra  
 Amasada con sangre expiatoria  
 En los trágicos tiempos de la guerra.  
 Hasta allí llegarán todas las horas  
 De las madres las místicas plegarias,  
 El calor inmortal de mis cariños,  
 El rumor de las sierras solitarias,  
 Los gurgieos celestes de los niños,  
 Y un reflejo del lampo que hechicera  
 Al desplegarse orienta mi bandera.  
 Y cuando mente llena de energía  
 Pronuncie sobre tí grave sentencia,  
 Junto al de A tigas brillará tu nombre.  
 Satisfecho estarás de que la historia  
 Te señale con numen justiciero  
 Para dormir el sueño de la gloria  
 Al viril Precursor por companero.

### CANTO Á LA PAZ. ®

Todo es tristeza en la extensión del mundo:  
 De aquí y de allá resuenan en mi oído  
 Fragores de metralla,  
 Estruendo gemebundo  
 Y llenando los aires el rugido  
 Que brota de los campos de batalla;  
 Se detienen de horror los corazones,  
 El lugar del combate resplandece  
 Y el suelo se estremece  
 Al trágico rodar de los cañones.  
 ¿Será que el hombre en este siglo brioso  
 De otra edad, de otros tiempos, de otra raza,  
 Los furores comparte,  
 Y que, niño fogoso,

Sin ideales, ni escrúpulos, abraza  
 El viejo culto del airado Marte?  
 ¿O que á impulsos coléricos é insanos  
 Quiere imponer audaz su primacía  
 Gastando su energía  
 En matar, por el hierro, á sus hermanos?.

¿Será esa la ley indefinida?  
 ¿Será que por los dioses está escrito  
 El que todo progreso  
 Al surgir á la vida  
 Ha de llevar como baldón maldito  
 El rastro impuro de la sangre impreso?  
 ¿O que él no es más que una doctrina vana?  
 ¿Que no hay pasos atrás ni hácia delante?  
 ¿Que todo es este instante?  
 ¿Que lo de hoy es lo mismo del mañana?.

¡Ah! no!, es que en los otros continentes  
 Una pasión brutal todo devasta:  
 El ánimo contrista  
 Ver á pueblos ingentes  
 Empeñados en lucha tan nefasta,  
 En guerras de ambición y de conquista;  
 Es que con miras sórdidas y arteras,  
 Y violando principios majestuosos,  
 Los pueblos, codiciosos,  
 Extienden su poder y sus fronteras.  
 ¡Ensueño de Colón, reina adorable,  
 Temblorosa al mirar sobre las olas  
 Las innúmeras velas  
 Que en día inolvidable  
 Te anunciaron las huestes españolas  
 Que llegaban en pobres carabelas!  
 ¡Oh! tierra de las plácidas llanuras,  
 De volcanes que llegan á los cielos  
 Cual gigantes anhelos,  
 De torrentes y altivas espesuras!.

Tú, que en horas de lucha y de desgracia  
 De Washington tuviste la prudencia,  
 De San Martín las glorias,  
 De Bolívar la audacia,  
 Para pelear con hórrida violencia  
 Hasta lograr la paz con tus victorias;  
 Tú, á quien todo relevante pecho,  
 Donde de libertad luce la llama,  
 Por los siglos aclama  
 Patria de la justicia y del derecho.

Nunca te agite, América impetuosa,  
 Esa infame pasión que nos subleva,  
 Que aunando voluntades  
 Trabaja cautelosa  
 Y á un pueblo libre y valeroso lleva  
 A hollar de otro país las libertades.  
 Culto sincero á la verdad dispensa,  
 Respeta en las naciones tus iguales,  
 Y digan tus anales  
 Que sólo combatiste en tu defensa.

¡Arranca heroicamente de tu seno  
 El mal do surge la civil contienda,  
 Que de malditas sañas,  
 Y de furo, es lleno,  
 Hace que el monstruo de la lucha horrenda  
 Te devore sin tregua las entrañas!  
 ¡Qué entusiasmos y nobles regocijos  
 Al contemplar tus maternales brazos,  
 En estrechos abrazos  
 Unien o un día á tus viriles hijos!.

Entonces entre olímpico agasajo  
 Tu cielo alumbrará la luz de Astrea,  
 Y el santo desposorio  
 Del suelo y el trabajo  
 Hará que el mundo en tus regiones vea  
 De la riqueza el colosal emporio.  
 Tenderá, por doquier, su regio manto  
 La dulce paz que, sin cesar, hoy gime,  
 Esa diosa sublime  
 A la que elevo, al par de ti, mi canto.

¡Oh! santa paz, á tu seguro amparo  
 Mostrarán en la América encantada  
 Poder, magnificencias,  
 Y espíritu preclaro,  
 De las artes benéficas el hada,  
 Y el numen prodigioso de las ciencias.  
 Lo que al renombre y á la fama impela  
 Hallará sin estorbos el camino  
 Donde su alto destino  
 El genio deslumbrante nos revele.

El sabio con mirada escrutadora.  
 Penetrará el misterio y de los mares  
 Los hórridos abismos,  
 La fuerza engendradora  
 De celestes, radiosos luminaires,  
 Las causas de terribles cataclismos.  
 Como encauzado en poderosa arteria  
 Verá correr por todo el universo,  
 Magnífico y diverso,  
 El río colosal de la materia.

Tierno el poeta sus brillantes galas  
 Desplegará en el cielo de topacio  
 De una tarde hechicera,  
 Y con cerúleas alas,  
 Cruzará, cual la luz, por el espacio  
 En busca de la enorme cordillera.  
 Tendrán sus versos mágicos colores,  
 Del Sol ardiente luminosas huellas,  
 La luz de las estrellas,  
 Y el perfume embriagante de las flores.

Los que guían tranquilos los imperios  
 Y buscan su expansión y su grandeza,  
 Llevarán á las cumbres,  
 Quebrando cautiverios,  
 Con valor y con rígida firmeza,  
 Al grupo de las tristes muchedumbres;

Fundarán la mejor aristoeracia  
 En el noble trabajo y el talento,  
 Y sobre ese cimiento  
 Levantarán la nueva democracia.

El tenaz sembrador en el sendero  
 Arrojará gozoso las simientes  
 Do en épocas cercanas,  
 Al brillo del Crucero,  
 Surgirán de las tierras complacientes  
 Las siembras vigorosas y lozanas:  
 Flor de lo porvenir, que por el muro  
 Del pasado decrepito se asoma,  
 Colmando con su aroma  
 El bosqueaje triunfal de lo futuro.

Contemplantán tus cerros y atalayas  
 A los soberbios, rápidos navios  
 Trayendo desde Europa,  
 Hasta tus ricas playas,  
 Repleta de esperanzas y de bríos,  
 De las labores la robusta tropa.  
 Lo presenté á los hombres testimonia  
 Que contribuye su afanoso embate  
 A que el tiempo desate  
 El lazo que nos liga á la colonia.

A fin de que tu gloria consolides  
 Este consejo varonil escucha:  
 Para que grande imperes,  
 Entre halagos, no olvides  
 Que en toda paz también hay una lucha,  
 Es la ley de las cosas y los seres.  
 Lucha con brazo vigoroso, fuerte,  
 En la lid del trabajo y de la idea  
 Donde el triunfo clarea  
 Para el que dobla obstáculos y suerte.

Así tú vencerás, matrona augusta,  
 Sin ayudas extrañas ni refuerzos,  
 Y en la cima altanera  
 Do en la moderna justa  
 Al ganador colocan sus esfuerzos,  
 Nadie pondrá más alto su bandera.  
 Entre tus hijos evitando el eisma  
 Tú vencerás serena, no lemente,  
 Levantada la frente,  
 Con fe tan sólo en ellos y en tí misma.

¡América gloriosa!, con constancia  
 Avanza, que la suerte te reserva.  
 Lo que al hado yo impetro:  
 Que asombre tu bendita exuberancia,  
 Que eleves magnos templos á Minerva,  
 Que tomes de los inclitos el cetro.  
 Mas no descuides nunca que en la tierra  
 Los pueblos sólo admiran á la historia  
 Grabando en su memoria:  
 La paz es una forma de la guerra.

EMILIO FRUGONI <sup>(1)</sup>

## SALMOS DE LA IRA.

## I.

El cielo se ensombrece de presagios  
 y se uniforma en una inmensa mancha....  
 El silencio penetra la campiña,  
 y la ciudad recoge su algazara,  
 como recogen en llegando al puerto....  
 su velamen las barcas....

Es la hora de las vagas inquietudes,  
 de las indefinibles añoranzas,  
 de los grandes anhelos que se tienden,  
 como para morir, sobre las almas...  
 ¡de los hondos anhelos que palpitan,  
 y se yerguen, y luchan, y se agrandan,  
 con todos los esfuerzos que exasperan  
 la rebelde agonía de una llama!

Es el triste momento en que la sombra  
 es un cósmico espíritu que baja  
 á hablar con las conciencias pensativas,  
 en su extraño lenguaje sin palabras.  
 Es el momento del dolor tranquilo,  
 que desde el fondo de la vida se alza,  
 como espectro que surge de una tumba  
 bajo la inmensa noche desolada....

Es la hora en que las frentes se reclinan  
 de los recuerdos en la suave palma,  
 y los vivos se vuelven á los muertos,  
 mientras los muertos por la vida pasan.  
 La hora que Víctor Hugo, ¿no te acuerdas?  
 consagró á la plegaria;

(la oración es un pájaro nocturno:  
 cuando llega la noche, abre las alas);  
 el instante en que todo gesticula  
 con la solemnidad de las montañas...  
 la hora gris, la enemiga del relieve,  
 impropicia á la Forma iconoclasta  
 del Color; el momento en que se funden  
 en el cielo sin luz las lontananzas,  
 mientras va desfilando por la mente  
 un vuelo de canciones de la infancia...

(1) La musa de la juventud presta actualmente sus canciones al más inspirado de nuestros poetas jóvenes: EMILIO FRUGONI, un escritor de ayer, sin historia literaria, y que, sin embargo, ha escrito dos libros y ha llenado con sus versos, arrojados en dispersión, al azar, sobre diarios y revistas, muchas de las mejores páginas de poesía nacional escritas en el último año. Redactor de *Los Debates* y *El Bombo*, periódicos universitarios; autor del poema *Bajo tu ventana*; su último libro, *De lo más hondo*, acentúa su simpática personalidad, y le consagra poeta por boca del eminente crítico José Enrique Rodó. Su musa se ha desviado ahora hácia la inspiración socialista, pero, en el fondo, sigue siendo siempre el tierno poeta de los dulces madrigales, de las melancólicas quejas de amor.

Fundarán la mejor aristoeracia  
 En el noble trabajo y el talento,  
 Y sobre ese cimiento  
 Levantarán la nueva democracia.

El tenaz sembrador en el sendero  
 Arrojará gozoso las simientes  
 Do en épocas cercanas,  
 Al brillo del Crucero,  
 Surgirán de las tierras complacientes  
 Las siembras vigorosas y lozanas:  
 Flor de lo porvenir, que por el muro  
 Del pasado decrepito se asoma,  
 Colmando con su aroma  
 El bosqueje triunfal de lo futuro.

Contemplan tus cerros y atalayas  
 A los soberbios, rápidos navios  
 Trayendo desde Europa,  
 Hasta tus ricas playas,  
 Repleta de esperanzas y de bríos,  
 De las labores la robusta tropa.  
 Lo presenté á los hombres testimonia  
 Que contribuye su afanoso embate  
 A que el tiempo desate  
 El lazo que nos liga á la colonia.

A fin de que tu gloria consolides  
 Este consejo varonil escucha:  
 Para que grande imperes,  
 Entre halagos, no olvides  
 Que en toda paz también hay una lucha,  
 Es la ley de las cosas y los seres.  
 Lucha con brazo vigoroso, fuerte,  
 En la lid del trabajo y de la idea  
 Donde el triunfo clarea  
 Para el que dobla obstáculos y suerte.

Así tú vencerás, matrona augusta,  
 Sin ayudas extrañas ni refuerzos,  
 Y en la cima altanera  
 Do en la moderna justa  
 Al ganador colocan sus esfuerzos,  
 Nadie pondrá más alto su bandera.  
 Entre tus hijos evitando el eisma  
 Tú vencerás serena, no lemente,  
 Levantada la frente,  
 Con fe tan sólo en ellos y en tí misma.

¡América gloriosa!, con constancia  
 Avanza, que la suerte te reserva.  
 Lo que al hado yo impetro:  
 Que asombre tu bendita exuberancia,  
 Que eleves magnos templos á Minerva,  
 Que tomes de los inclitos el cetro.  
 Mas no descuides nunca que en la tierra  
 Los pueblos sólo admiran á la historia  
 Grabando en su memoria:  
 La paz es una forma de la guerra.

EMILIO FRUGONI <sup>(1)</sup>

## SALMOS DE LA IRA.

## I.

El cielo se ensombrece de presagios  
 y se uniforma en una inmensa mancha....  
 El silencio penetra la campiña,  
 y la ciudad recoge su algazara,  
 como recogen en llegando al puerto....  
 su velamen las barcas....

Es la hora de las vagas inquietudes,  
 de las indefinibles añoranzas,  
 de los grandes anhelos que se tienden,  
 como para morir, sobre las almas...  
 ¡de los hondos anhelos que palpitan,  
 y se yerguen, y luchan, y se agrandan,  
 con todos los esfuerzos que exasperan  
 la rebelde agonía de una llama!

Es el triste momento en que la sombra  
 es un cósmico espíritu que baja  
 á hablar con las conciencias pensativas,  
 en su extraño lenguaje sin palabras.  
 Es el momento del dolor tranquilo,  
 que desde el fondo de la vida se alza,  
 como espectro que surge de una tumba  
 bajo la inmensa noche desolada....

Es la hora en que las frentes se reclinan  
 de los recuerdos en la suave palma,  
 y los vivos se vuelven á los muertos,  
 mientras los muertos por la vida pasan.  
 La hora que Víctor Hugo, ¿no te acuerdas?  
 consagró á la plegaria;

(la oración es un pájaro nocturno:  
 cuando llega la noche, abre las alas);  
 el instante en que todo gesticula  
 con la solemnidad de las montañas...  
 la hora gris, la enemiga del relieve,  
 impropicia á la Forma iconoclasta  
 del Color; el momento en que se funden  
 en el cielo sin luz las lontananzas,  
 mientras va desfilando por la mente  
 un vuelo de canciones de la infancia...

(1) La musa de la juventud presta actualmente sus canciones al más inspirado de nuestros poetas jóvenes: EMILIO FRUGONI, un escritor de ayer, sin historia literaria, y que, sin embargo, ha escrito dos libros y ha llenado con sus versos, arrojados en dispersión, al azar, sobre diarios y revistas, muchas de las mejores páginas de poesía nacional escritas en el último año. Redactor de *Los Debates* y *El Bombo*, periódicos universitarios; autor del poema *Bajo tu ventana*; su último libro, *De lo más hondo*, acentúa su simpática personalidad, y le consagra poeta por boca del eminente crítico José Enrique Rodó. Su musa se ha desviado ahora hácia la inspiración socialista, pero, en el fondo, sigue siendo siempre el tierno poeta de los dulces madrigales, de las melancólicas quejas de amor.

¡la hora gris! en que sube el pensamiento  
 á la torre más alta,  
 para abarcar de una mirada sola  
 de la existencia el vasto panorama,  
 y observar la ondulante carretera  
 por do vienen y van las esperanzas...!

## II.

¡Vamos, pues, á pensar! Dobra la frente  
 sobre el ayer, y en la profunda calma,  
 deletrea el recuerdo que al pasado  
 con indelebles signos epitafia...

¡que la vida se vuelva hácia la muerte,  
 ya que la muerte por la vida pasa!

Dejemos pronto la ciudad dormida, —  
 que mirando hácia atrás no se adelanta,  
 y extendamos por cima del presente  
 la fijeza polar de una mirada.

## III.

Reflexiona conmigo en los que viven  
 la beatífica ausencia del nirvana,  
 más inútil é inerte que la muerte,  
 más que la muerte, oscura y apartada,  
 que el cadáver, al menos, es abono,  
 y en la infinita evolución substancia;  
 mientras que los esclavos de la inercia,  
 odres, si puede ser, llenos de nada,  
 sin la ansiedad de una pasión, ni el brío  
 de un ideal que mueva sus palabras,  
 estorbos solamente, que en la senda  
 del humano progreso se levantan,  
 limo oscuro en los mares del trabajo,  
 que á las quillas detiene ó las retarda,  
 inmóvil bajo fondo que entorpece  
 el camino de todo lo que avanza,  
 que dificulta á las corrientes nuevas  
 su orientación en medio de las aguas,  
 que está para absorber y va absorbiendo,  
 aunque no quiera, las fecundas savias, —  
 esos, como en un campo los abrojos,  
 sólo del suelo las potencias gastan  
 y sólo rinden un servicio al suelo  
 después que el sol los pudre en las barrancas....

Piensa en ellos, si acaso se merecen  
 que alguien detenga alguna vez la planta  
 para observar en el trajín humano  
 sus vilezas de eunucos y de mandrias.  
 Piensa en ellos, y arrójales encima  
 el desprecio del Dante: *guarda e passa!*

## IV.

Piensa después en todos los que tienen  
 la riqueza en la mano, como un arma,  
 forjada con la sangre de los pobres  
 en el yunque de todas las infamias,  
 con la que hieren el orgullo humano  
 y mutilan y vejan... ¡y no matan!  
 En los que sobre el carro de los Césares

en estas actuales Romas degradadas, —  
 donde Césares son los que han vencido  
 del interés en la feroz batalla,  
 donde Cresos ha ceñido la corona  
 por la estrella del *Victor* constelada; —  
 en las que sobre el carro del triunfo  
 cruzan el circo de los nuevos Lacios,  
 arrastrados por hombres ¡no por bestias!  
 que al no tirar, el carro los aplasta....  
 Piensa en ellos y envíales conmigo,  
 más que una maldición, una amenaza,  
 y sobre el Sinaí de la conciencia  
 quede vibrando, como un puño, el alma!

## V.

Dirige luego los videntes ojos  
 hácia toda esa turba descastada  
 que pone los grilletes al que piensa  
 y al que pide un derecho, la mordaza;  
 que temiendo á la luz, en los cerebros  
 no deja entrar la claridad del alba,  
 y enemiga del vuelo de la idea,  
 clausura á piedra y lodo las ventanas  
 que dan hácia risueñas lejanías  
 por un lujo de auroras enfloradas...  
 que erige las mentiras en verdades  
 eternas é intangibles, cual murallas  
 defensoras del huerto en que maduran,  
 para Pluto, simbólicas manzanas,  
 ¡cercos en donde estrellarán sus olas  
 de la Razón las épicas audacias!...

Piensa en los que juntando en un inmenso  
 montón las energías proletarias  
 las hicieron arder, como rastros,  
 de fetiches absurdos ante el ara,  
 incendio por el cual sus ambiciones  
 quedaron satisfechas, ó aumentadas,  
 al tiempo que los ímpetus de abajo  
 hechos cenizas en montón quedaron,  
 para que encima del montón pudiesen  
 dormir sus digestiones los que mandan....

Piensa en los que colocan á los hombres  
 frente á frente, en un campo de batalla,  
 logrando que en las carnes valerosas  
 hunda el Rencor el filo de sus dagas!  
 haciéndolos matarse, cual si fuesen  
 fieras que han de vivir de lo que matan.  
 Piensa en ellos; inclina la cabeza  
 por la visión horrible doblegada;  
 el más cortante acero de tus odios  
 con majestad serena desenvaina,  
 y hazlo flamear ante la negra turba  
 cual del Arcángel vengador la espada.  
 Replégate en tí mismo; haz en tu pecho  
 una acumulación febril y magna  
 de todos los rencores y de todas  
 las más viriles ansias;

recoge bien tus bríos, cual si fueses  
á saltar de tu bíblica montaña,  
y deja desplomar sobre esa chusma  
tus iras sacrosantas!...

## VI.

Y piensa luego en los que van pasando  
por entre el mundo, como sombras trágicas,  
cargados de tristezas seculares,  
de miserias candentes y de lacras,  
soportes de una luz que no les llega,  
Hércules de la edad, modernos Atlas,  
porque son el sostén en que reposan  
la vanidad, el lujo, la abundancia,  
otros tantos planetas que gravitan  
¡ay! sobre sus espaldas.

Piensa que hundidos en la sombra gimen  
y gimiendo trabajan y trabajan...  
sin poder conseguir para sus hombros  
la hora en que puedan deponer la carga,  
y sacudirlos, una vez al menos,  
libres, al sol, como si fuesen alas!

Ellos ven por detrás de los cercados  
el jardín de Semíramis; y pasan!  
sabiendo que el pensil nunca ha de abrirse,  
¡jamás! á su desgracia.

Ellos ven á través de los cristales  
los esplendores de la orgía báquica  
y se alejan, ambrientos y cansados,  
á esconder sus miserias resignadas....  
Acuérdate, mi bien, de esos que sufren  
por los que nunca padecieron nada,  
¡de esos que uncidos al pesado carro,  
van rugiendo una pena que no acaba!

## VII.

Piensa en ellos: no reces y no llores.  
Si aconseja rezar, Hugo se engaña:  
la oración es la inútil cantilena  
con que se hacen dormir dentro del alma  
á las iras más justas y más grandes  
que han de soliviantar nuestra desgracia.  
¿Llorar? el llanto es el fecundo riego  
que hace crecer la ponzoñosa planta  
cuyas fuertes raíces se introducen,  
tentáculos de pulpo, en las entrañas  
de la vida presente, hecha de angustias,  
montón de cobardías y de máculas,  
cieno tan sólo, pestilente cieno  
donde el Dios de bondad aun no soplara.

¿Llorar? No llores, que llorando hacemos  
lo que el amante de la griega fábula,  
que « á fuerza de llorar crecer hacía  
el árbol que con lágrimas regaba. »  
Ya Garcilaso, el divo Garcilaso,  
nos lo ha contado en su castiza fabla:  
« ¡que con llorarla crezca cada día  
la causa y la razón por qué lloraba! »

No llores, pues, que por virtud del llanto  
creció de Dafne la viviente planta.

Resignarse es morir! No te resignes,  
que la resignación es una malla  
con que la religión del galileo  
los miembros del que sufre aprisionara,  
para tenerlo inmóvil é impotente,  
preso de la cerviz, entre sus garras!

Diles á cuantos gimen que se pongan,  
desafiantes, en pie, frente á la valla  
que se opone al avance de sus sueños.

¡Que erijan su valor ante la crápula!  
Si tienen que llorar, díles que rujan;  
que se llenen de bríos las entrañas,  
que tengan la altivez de sus dolores,  
y si quieren pedir ¡díles que vayan  
á pasar por los ojos de sus amos  
los dos puños repletos de amenazas!

## POSTRERA.

¡Ah, no! Cuando me veas  
no te alejes de mí porque te miro.

¡Por caridad! No creas  
que si persiguen ávidos mis ojos  
tus pupilas hebreas;

que si asoma en mis labios la sonrisa  
ante la gloria de tu faz que encanta;  
que si tiembla en mis labios indecisa  
una impulsión de hablar y se levanta  
de mi boca un rumor, como un perfume  
que va surgiendo desde el cáliz rojo,  
es por que del amor que me consume  
vaya á hablarte otra vez, ni de tu enojo  
quiera implorar el fin, ni quiera, acaso,  
hablarte del dolor de una existencia  
que tu desdén empuja hácia el ocaso,  
y que es, abandonada á sus dolores  
en el instante en que el amor la hiere,  
un fulgor que se apaga á tus fulgores  
y un lirio que se inclina á tus rigores,  
como una gran tristeza que se muere....

¡Ah, no!... Mi afán inmolo,  
el poderoso afán de conquistarte.  
Ya no te pido amor: ahora, tan sólo,  
con el ansia febril que me domina,  
te pido que me dejes quemar en los ardores  
de tus pupilas hondamente malas,  
donde retuerce su maldad la hoguera,  
la inquietud dolorosa de las alas  
de mi ilusión postrera!...

Te pido que no niegues el consuelo  
de tu hermosa visión á mi amargura.  
¡Deja que llegue un resplandor del cielo  
á lo más hondo de mi « selva oscura! »

Que si mi amor, en fin, te causa enojos  
á morir me condenes.  
Pero que en tanto de mi mal te alegras  
¡pueda apurar la hiel de tus desdenes  
en el fulgor de tus pupilas negras!

Eso, no mas, te pido.  
¡Que al terminar mis horas intranquilas,  
caiga sobre las penas que he vivido,  
la extremaunción de luz de tus pupilas!

### Á LA DIOSA.

Otra vez más al pie de tus altares,  
temblando de fervor, diosa, me tienes.  
Hoy á ti suben todos mi pesares,  
como nube de incienso  
que el corazón, un rítmico incensario  
donde arde el fuego de mi amor intenso,  
eleva hácia tu alma. En el santuario  
de la antigua pasión vuelvo á postrarme  
de hinojos, diosa mía,  
porque quiero en tus aras comulgarme  
á la luz de la fe que antes sentía...

Escucha: es mi oración! A ti levanta  
su cadencioso vuelo,  
como un ave eucarística que canta  
un dulce canto que aprendió en el cielo.  
A la antigua pasión ya no resisto!  
El labio que tu pie temblando besa  
es el que te negó, cual Pedro á Cristo.  
Sobre la frente que ante tí se inclina,  
de la innoble traición la angustia pesa,  
y, abatido mi orgullo cual la encina  
que troncha el huracán, vengo á implorarte,  
pordiosero de amor, una ternura  
que me dé inspiración para cantarte.

El corazón que te ofrecí, no ha muerto:  
ha cruzado á través de otros amores  
como un barco á través de la tormenta,  
y ahora vuelve á tu culto, como al puerto  
vuelve el barco que todos los furoros  
ha sostenido de la mar violenta.

Destrozado quedó, pero si quieres  
reparar la ruina que lo abate,  
lo verás avanzar á tus quererres  
como avanza el vigor hácia el combate.  
Si me alejé de tí, perdón te implora  
el pecho que en su culpa halló el castigo.  
¡El mar que atravesé fué mi enemigo!  
Y si á otros credos les confíe mi suerte  
desde hoy vuelvo á tu culto, y desde ahora  
te seguirá mi amor hasta la muerte!

### DONNA CELESTE.

Dejadle paso! que su blanca veste  
no ha de rozar con nadie en el camino.  
¿No veis que es un espíritu celeste  
que con sus alas á la tierra vino?

Dejadle paso! Al avanzar serena  
brilla en su rostro que enceguece al verlo,  
la fatal expresión de una sirena  
que atrae hácia el abismo sin saberlo...

Vedla pasar! Es como un cisne blanco  
que en cerúlea extensión muestra sus galas  
y llueve el sol sobre su ebúrneo flanco  
gotas de luz que ruedan por sus alas.

Dejadle paso! Tenue y vaporosa  
como un ensueño, la deidad avanza.  
¡Visión de nieve, imagen candorosa,  
tú traes la luz: la luz de la esperanza!

¡Oh, dejadla pasar! Angel que vuelas  
rozando el suelo con tu níveo manto,  
¿no te apiadas de mí? ¿no me consuelas?  
¿no te detienes á enjugar mi llanto?...

El tul de una ilusión esplendorosa  
cuando avanzas mi espíritu entreteje...  
¡Y hoy pasas sin mirarme! ¡Y vas dichosa!  
¡Oh! Dejad que se aleje!... que se aleje!

### DE MIS AMORES.

Madre ¡cuánto sufro  
por la niña aquella!...  
la de azules ojos,  
de rubias trenzas,  
la que yo idolatro  
con el alma entera,  
la que cierto día pasó ante nosotros  
y, ahogando un suspiro, yo te dije:  
¡Ay, madre del alma, [«¡es ella!»]  
qué terrible pena  
es buscar amores y encontrar tan  
mucha indiferencia!... [sólo]  
Soy como el viajero  
que en noche muy negra  
mira hácia la altura  
buscando una estrella,  
y ve en las alturas  
tan sólo tinieblas!  
Yo miré hácia un alma  
buscando la estrella  
de un amor profundo  
que su luz me diera,  
y encontré tan sólo,

¡tan sólo tinieblas!...  
¡Ay, madre del alma!  
qué terrible pena  
es buscar amores,  
es buscar ternezas,  
y encontrar, en cambio,  
¡mucha indiferencia!...

Madre, yo te pido  
por lo que más quisieras,  
por tus ilusiones,  
por la vida entera  
de tu pobre hijo  
que vayas á verla,  
que le cuentes todas,  
¡todas mis tristezas!  
que allí, de rodillas,  
le pidas que sea  
menos inhumana,  
menos altanera,  
que en la luz celeste de sus gran-  
mi ternura envuelva, [des ojos]

que me dé la dicha  
que cruel se lleva,  
que me quiera un poco,  
madre, ¡que me quiera!...  
Dile que en mi vida  
sus desdenes pesan  
como sobre un hombro  
una mole inmensa;  
dile que en mi alma  
flota la tristeza  
como sobre un río  
una nube negra;  
dile que esa mole  
y esa nube inmensas  
¡ay! sin energías  
y sin luz me dejan!...  
Dile sollozando  
que tú eres muy buena,  
que tú no mereces  
la angustia suprema  
de ver que tu hijo  
se muere de pena;  
ábrele tu pecho  
que el dolor lacera.

ábrele tu pecho para que á sus ojos  
brille el sufrimiento, como humilde  
que dentro su concha [perla  
ocultar quisiera  
sus blancos destellos;  
dile que tu sufres  
con mis propias penas;  
¡hablen tus sollozos!  
y, á sus plantas, ruega  
que no me abandone.  
¡Nada hay que conmueva  
como los sollozos  
de una madre! ¡Ruega!  
y si no se ablanda  
su pecho de piedra,  
si no se conmueve  
al ver tu tristeza,  
si no arroja á un lado todos sus rigo- [res,  
como un atavío que el alma despre- [cia,  
si luego sus ojos  
á mis ojos niega,  
madre, yo me mato, porque no me-  
que sufra por ella!... [rece

### TUS PUPILAS.

Son un mar tus pupilas tentadoras  
donde la perla del ensueño asilas.  
Como la mar, traidoras,  
profundas como el mar son tus pupilas.

Las agitan recónditos furoros,  
como al mar, cuando cruza la tormenta,  
¡y saltan al vacío sus fulgores  
como espumas de una ola que revienta!

Ellas retratan á la nube oscura  
que una mancha de sombra les arroja.  
¡Yo he visto, en los momentos de amargura,  
asirse á tus miradas la congoja!

De tus pupilas elevarse veo  
cuando cargadas de pasión me besan,  
fugitivos chispazos del deseo  
que, cual aves marinas, atraviesan;

Por ellas indulgencias y rigores  
á lo más hondo de mi sér destilas,  
y comprendo al bañarme en sus fulgores  
que llevas la esperanza en las pupilas!...

Un mar de donde brotan mis auroras  
es el mar de tus ojos, adorada;  
por eso en tus pupilas soñadoras  
sumerjo intensamente la mirada...

En ese mar, también, hallan mis días  
una tumba que guarde sus destellos.  
El sol de mis doradas alegrías  
muere en el fondo de tus ojos bellos!

Abismo de mi afán, por él relevan  
á mis glorias de amor las desazones.  
Mis ilusiones desde allí se elevan  
y allí van á caer mis ilusiones.

Y es siempre mi pasión la castigada  
con ese altivo mar en las querellas.  
Si de sus ondas brota la alborada  
es porque el sol ha de morir en ellas!

Inconstante y traidor, siempre mantiene  
en rudo sobresalto el pecho mío:  
ya el bajel de mi amor, blando retiene,  
ya lo hace zozobrar, hosco y bravío.

Siempre estudio ese mar y siempre en vano  
quiero saber cómo obrará su imperio.  
Igual que cuando miro el océano,  
se estrella mi razón contra el misterio!

De lo más hondo de ese mar levanta  
su vuelo una canción dulce y serena:  
es la promesa de un amor que canta  
como canta en los mares la sirena.

¡Cuántos pobres viajeros atraídos  
por ese canto que hasta el alma llega,  
dejaron sus ensueños sumergidos  
en ese mar donde el dolor navega!

Son un mar tus pupilas. Yo he buscado  
á través de sus ondas la pasión,  
y en sus ondas de luz ha naufragado  
mi pobre corazón!

### SONETO.

Cuando el postrero desencanto llegue  
á extinguir de este afán las vibraciones,  
y al astro inspirador de mis canciones  
de una sombra infinita oculte el pliegue;  
cuando la noche victoriosa anegue  
al alma, como un mar, y sus crespones,  
ahuyentando alegrías é ilusiones,  
como banderas del dolor despliegue,  
me alejaré por siempre de tu lado,  
y mientras por la sombra esclavizado,  
prosigo de otro amor la ruta incierta...  
abandonada quedará mi lira,  
cual un ave infeliz que por tí expira,  
sollozando un adiós, junto á tu puerta!

\* \* \*

La fe me acompaña. De bríos voy lleno.  
Provoco á la suerte, desprecio á la muerte.  
¡La luz de mi vida gloriosa se expande!  
¡Yo quiero ser bueno,  
yo quiero ser fuerte,  
yo quiero ser grande!

Yo quiero ser grande para que me admire,  
yo quiero ser fuerte para que me siga,  
yo quiero ser bueno para que me quiera.  
Detrás de este anhelo iré hasta que expire.  
Yo haré de la suerte contraria una amiga.  
Si muero en la lucha, ¡no importa que muera!

Desprecio á la muerte;  
prosigo sereno;  
¡mi audacia se expande!

Yo quiero ser fuerte,  
yo quiero ser bueno,  
yo quiero ser grande!

Así exclamaba un día  
al sentir en mi pecho la alegría  
de una nueva ilusión; así, extasiado  
ante no sé qué alegres fantaseos,  
exclamé, trastornado  
por la visión de todos mis deseos....

Mas, sintiendo otra vez sobre mi frente  
el peso de la angustia que la empaña,  
y que allí donde estoy, está presente,  
como una sombra que á mi pie acompaña,  
dije llorando: corazón no cantes;  
no olvides los rigores de tu suerte;  
el himno de la vida no levantes,  
¡oh tú que ya eres todo de la muerte!

Yo no puedo luchar! No tengo ardores.  
Ni una sola ambición me infunde aliento.  
El árbol crece cuando ve fulgores  
que lo atraen al azul del firmamento.

Yo no veo fulgores. La tiniebla,  
como un castigo, sobre mí se extiende.

¡La niebla que me oculta, es una niebla  
donde jamás el sol un beso prende!  
Soy un árbol sin savia y sin primores  
desde que me sacule la congoja.

¿Para qué brotar flores  
cuando no hay una mano que las coja?....

¿Luchar querías, corazón infausto?

¡Qué loco desvarío!

Ir á la lucha, cuando estás exhausto!  
Ser llama, cuando sientes tanto frío!...  
¿Pretendías lanzarte á la batalla  
confiado en tu valor? ¡Vana quimera!  
¡Oh corazón incorregible, calla!  
No se puede ser brazo y ser bandera.  
Dar la existencia tu valor quería  
sin saber que anhelaba un desacierto.  
¡Ya no la puedo dar, porque no es mía

Ya no puedo morir, porque estoy muerto!

Te hizo creer posible la victoria  
de un ensueño feliz el loco alarde.  
¡Ya no quiero luchar, ni por la gloria!  
¡Ya en na la tengo fe: soy un cobarde!  
Ella mató la fe que me alentaba,  
y hoy, si entrase á la lid, ya no obtendría  
los laureles que otrora conquistaba,  
porque ella es mi valor, ¡y ella no es mía!  
Ir á la lucha ¿para qué? Si acaso  
me llevase á vencer un noble intento,  
sin que viniese á detener mi paso,  
como un profundo abismo, el desaliento,  
el desengaño en el instante mismo  
de mi inútil victoria surgiría,  
y después de salvarme de ese abismo,  
en otro me hundiría!...

Luchar! luchar con ánimo sereno  
para lograr ser grande, fuerte y bueno,  
es gloriosa actitud: la lucha es recia!  
pero esa gloria mi pasión no inspira,  
que si logro torcer á mi destino,  
el desengaño exclamará en mi lira,  
viendo que su deslén contra mí arrecia  
la mujer que obstinada me zahiere:  
ser grande ¿para qué? si no me admira!  
ser fuerte ¿para qué? si me desprecia!  
ser bueno ¿para qué? si no me quiere!

JULIO HERRERA Y REISSIG (1)

#### LA ESTRELLA DEL DESTINO.

La tumba, que ensañóse con mi suerte,  
me vió acercar á vacilante paso,  
como un ebrio de horrores, que al acaso  
gustase la ilusión de sustraerte.

En una larga extenuación inerte,  
pude medir la infinidad del caso,  
mientras que se pintaba en el ocaso  
la dulce primavera de tu muerte.

La estrella que amparónos tantas veces  
y que arrojara en medio de las preces  
un puñado de luz en tus despojos,  
háblome al alma, saboreando llanto:  
« ¡Oh hermano, cuánta vida en esos ojos  
que se apagaron de alumbrarnos tanto! »

(1) JULIO HERRERA Y REISSIG nació en Montevideo en 1873. Es la contradicción más evidente al medio literario en que se agita. De su musa extraña y versátil, de su misantropía literaria, de su rebeldía intelectual, de su dandysmo sombrío y trá-

\* \* \*

La fe me acompaña. De bríos voy lleno.  
Provoco á la suerte, desprecio á la muerte.  
¡La luz de mi vida gloriosa se expande!  
¡Yo quiero ser bueno,  
yo quiero ser fuerte,  
yo quiero ser grande!

Yo quiero ser grande para que me admire,  
yo quiero ser fuerte para que me siga,  
yo quiero ser bueno para que me quiera.  
Detrás de este anhelo iré hasta que expire.  
Yo haré de la suerte contraria una amiga.  
Si muero en la lucha, ¡no importa que muera!

Desprecio á la muerte;  
prosigo sereno;  
¡mi audacia se expande!

Yo quiero ser fuerte,  
yo quiero ser bueno,  
yo quiero ser grande!

Así exclamaba un día  
al sentir en mi pecho la alegría  
de una nueva ilusión; así, extasiado  
ante no sé qué alegres fantaseos,  
exclamé, trastornado  
por la visión de todos mis deseos....

Mas, sintiendo otra vez sobre mi frente  
el peso de la angustia que la empaña,  
y que allí donde estoy, está presente,  
como una sombra que á mi pie acompaña,  
dije llorando: corazón no cantes;  
no olvides los rigores de tu suerte;  
el himno de la vida no levantes,  
¡oh tú que ya eres todo de la muerte!

Yo no puedo luchar! No tengo ardores.  
Ni una sola ambición me infunde aliento.  
El árbol crece cuando ve fulgores  
que lo atraen al azul del firmamento.

Yo no veo fulgores. La tiniebla,  
como un castigo, sobre mí se extiende.

¡La niebla que me oculta, es una niebla  
donde jamás el sol un beso prende!  
Soy un árbol sin savia y sin primores  
desde que me sacule la congoja.

¿Para qué brotar flores  
cuando no hay una mano que las coja?....

¿Luchar querías, corazón infausto?

¡Qué loco desvarío!

Ir á la lucha, cuando estás exhausto!  
Ser llama, cuando sientes tanto frío!...  
¿Pretendías lanzarte á la batalla  
confiado en tu valor? ¡Vana quimera!  
¡Oh corazón incorregible, calla!  
No se puede ser brazo y ser bandera.  
Dar la existencia tu valor quería  
sin saber que anhelaba un desacierto.  
¡Ya no la puedo dar, porque no es mía

Ya no puedo morir, porque estoy muerto!

Te hizo creer posible la victoria  
de un ensueño feliz el loco alarde.  
¡Ya no quiero luchar, ni por la gloria!  
¡Ya en na la tengo fe: soy un cobarde!  
Ella mató la fe que me alentaba,  
y hoy, si entrase á la lid, ya no obtendría  
los laureles que otrora conquistaba,  
porque ella es mi valor, ¡y ella no es mía!

Ir á la lucha ¿para qué? Si acaso  
me llevase á vencer un noble intento,  
sin que viniese á detener mi paso,  
como un profundo abismo, el desaliento,  
el desengaño en el instante mismo  
de mi inútil victoria surgiría,  
y después de salvarme de ese abismo,  
en otro me hundiría!...

Luchar! luchar con ánimo sereno  
para lograr ser grande, fuerte y bueno,  
es gloriosa actitud: la lucha es recia!  
pero esa gloria mi pasión no inspira,  
que si logro torcer á mi destino,  
el desengaño exclamará en mi lira,  
viendo que su deslén contra mí arrecia  
la mujer que obstinada me zahiere:  
ser grande ¿para qué? si no me admira!  
ser fuerte ¿para qué? si me desprecia!  
ser bueno ¿para qué? si no me quiere!

JULIO HERRERA Y REISSIG (1)

#### LA ESTRELLA DEL DESTINO.

La tumba, que ensañóse con mi suerte,  
me vió acercar á vacilante paso,  
como un ebrio de horrores, que al acaso  
gustase la ilusión de sustraerte.

En una larga extenuación inerte,  
pude medir la infinidad del caso,  
mientras que se pintaba en el ocaso  
la dulce primavera de tu muerte.

La estrella que amparónos tantas veces  
y que arrojara en medio de las preces  
un puñado de luz en tus despojos,  
háblome al alma, saboreando llanto:  
« ¡Oh hermano, cuánta vida en esos ojos  
que se apagaron de alumbrarnos tanto! »

(1) JULIO HERRERA Y REISSIG nació en Montevideo en 1873. Es la contradicción más evidente al medio literario en que se agita. De su musa extraña y versátil, de su misantropía literaria, de su rebeldía intelectual, de su dandysmo sombrío y trá-

## EL BANCO DEL SUPPLICIO.

et puis je suis parti, pleurant comme un enfant.  
Musset.

A punto de dormirte bajo el ledo  
suspiro del arcángel que te guía,  
hirióme el corazón tu analogía  
con una ingrata que olvidar no puedo.

Reclinada en el banco del viñedo  
junto al tilo de exánime apatía,  
al iluso terror de que eras mía  
me arrodillé con tembloroso miedo.

Partido por antiguo sufrimiento,  
sobre tu frente agonice un momento...  
y cuando el sueño te aquietó en el blando  
tul irreal de los deliquios suyos,  
uniéronse mis labios á los tuyos,  
y como un niño me alejé llorando.

## EL CAMINO DE LAS LÁGRIMAS.

Citándonos, — después de obscura ausencia,  
tu alma se derretía en largo lloro,  
á causa de quién sabe qué tesoro  
perdido para siempre en tu existencia.

Junto á los surtidores, la presencia  
semidormida de la tarde de oro  
decíate lo mucho que te adoro  
y cómo era de sorda mi dolencia.

Pesando nuestra angustia y tu reproche,  
toda mi alma se pobló de noche...

Y al estrecharte murmurando aquellas  
remembranzas de dicha á que me amparo,  
hallé un sendero matinal de estrellas,  
en tu falda ilusión de rosa claro.

gico á lo Jorge Brummel, de su rara imaginación, macabra hasta Verhaeren, alegre hasta los copleros populares, de sus canciones de un enfermo sonambulismo, sólo queda en el espíritu una perturbación vaga, un temor lejano de algo desconocido... Las rimas de Swinburne y de Rossetti, las vírgenes de Fray Angélico, la azulada delicuescencia de los fumistas franceses... Su obra en prosa es más sólida, más humana; hay allí salud y vida; la imaginación brilla y ríe; y en el fondo hay verdad y ciencia. Cierta que baraja el tecnicismo y las metáforas en una suerte de malabarismo literario, pero hay allí gracia, sugestión é intenso interés. El concepto pesimista de una crueldad refinada, no es más que fruto del medio ambiente; dentro de otra órbita, lo que aquí es artificial, enfermo, resultaría sano y profundamente viril. De cualquier modo JULIO HERRERA Y REISSIG, es un escritor fuerte, el de más intensa personalidad propia entre los de su generación. Sus puntos de contacto con el obsediado por *Zarathustra* no son más que alardes de un *diletantismo* literario más ó menos raro, más ó menos sincero. Poeta, el más original, el más inspirado; prosista, el más ardiente, el más brillante, es por sobre todo esto y antes que nada, un artista, un iluminado...

## DECORACIÓN HERÁLDICA.

Señora de mis pobres homenajes,  
Débote amar aunque me ultrajes.  
Góngora.

Soñé que te encontrabas junto al muro  
glacial donde termina la existencia,  
paseando tu magnífica opulencia  
de doloroso terciopelo obscuro.

Tu pié, decoro del marfil más puro,  
hería, con satánica inclemencia,  
las pobres almas llenas de paciencia  
que aun se brindaban á tu amor perjuró.

Mi dulce amor que sigue sin sosiego,  
igual que un triste corderito ciego  
la huella perfumada de tu sombra,  
buscó el suplicio de tu regio yugo,  
y bajo el raso de tu pié verdugo  
puse mi esclavo corazón de alfombra.

## LA GOTA AMARGA.

Soñaban con la Escocia de tus ojos  
verdes, los grandes lagos amarillos,  
y engarzó un nimbo de esplendores rojos  
la sangre de la tarde en tus anillos.

En la bíblica paz de los rastros,  
gorgearon los ingenuos caramillos  
un cántico de arpegios tan seucillos  
que hablaban de romeros y de hinojos.

¡Y dimos en sufrir! Ante aquel canto  
crepuscular, escintiló tu llanto...  
Viendo nacer una ilusión remota,  
callaron nuestras almas hasta el fondo  
y como un cáliz angustioso y hondo  
mi beso recogió la última gota.

## LA SOMBRA DOLOROSA.

Gemían los rebaños. Los caminos  
llenábanse de lúgubres cortejos;  
una congoja de holocaustos viejos  
ahogaba los silencios campesinos.

Bajo el misterio de los velos finos,  
evocabas los símbolos perplejos,  
hierática, perdiéndote á lo lejos  
con tus húmedos ojos mortecinos.

Mientras unidos por un mal hermano,  
me hablaban con suprema confianza  
los mudos apretones de tu mano,  
manchó la soñadora transparencia  
de la tarde infinita el tren lejano  
aullando de dolor hácia la ausencia.

## EL SUICIDIO DE LAS ALMAS.

Mort à mort et vie à vie...  
Lamartine.

Sentimos ambos la apremiante y ruda  
necesidad de perecer. Turbada  
te ví llegar á mí, con la mirada  
sin rencor infinitamente muda.  
Llenóse la glorieta de una aguda  
viudez. Y en el silencio de la estrada  
la tarde se inmoló con una helada  
y sepulcral insinuación de Buddha.  
Llorando luego por una ancha herida,  
te dí á beber mis penas con aciaga  
lentitud, muerte á muerte y vida á vida....  
Y al fin sin fuerzas para tanto exceso,  
tal como en una fabulosa daga,  
ebrio de Dios, me traspasé en tu beso.

## LA NOVICIA.

Surgiste — emperatriz de los altares,  
esposa de tu dulce Nazareno,  
con tu atavío vaporoso lleno  
de piedras, brazaletes y collares.  
Celoso de tus júbilos albares,  
el ataúl te recogió en su seno,  
y hubo en tu místico perfil un pleno  
desmayo de crepúsculos lunares.  
Al contemplar tu cabellera muerta,  
avivóse en tu espíritu una incierta  
huella de amor.... Y mientras que los broncees  
se alegraban, brotaron tus pupilas  
lágrimas que ignoraran hasta entonces  
la senda en flor de tus ojeras lilas.

## LA AUSENCIA MEDITATIVA.

Je me souviens  
Des jours anciens  
Et je pleure.  
Verlaine.

Tu piano es un enlutado misterioso y pensativo;  
hay un sueño de Beethoven desmayado en el atril;  
su viudez es muy antigua y en su luto intelectual  
tiene lágrimas muy negras su nostalgia de marfil.  
En la abstracción soñolienta del espejo está cautivo  
el histérico abandono de tu tarde juvenil;  
su metafísica extraña cuenta un cuento extenuativo  
á la alfombra, á la cortina y al dolor de tu pensil.  
Tus glorietas me abandonan. Hoy los pálidos violines  
me anunciaron la agonía de tus últimos jazmines.  
Fué mi llanto á la ribera. Mientras el Hada neblina  
abdicó frívolamente su corona de algodón,  
en el exótico espanto de la vela sibilina  
tus ausencias meditaban en mí gran desolación.

## DESOLACIÓN ABSURDA

Je serai ton cercueil  
aimable pestilence!...

Noche de tenues suspiros  
Platónicamente ilesos:  
Vuelan bandadas de besos  
Y parejas de suspiros;  
Ebrios de amor los ceñiros  
Hinchán su leve plumón  
Y los saucos en montón  
Obseden los camalotes  
Como torvos hugonotes  
De una muda emigración.

Es la divina hora azul  
En que cruza el meteoro,  
Como metáfora de oro  
Por un gran cerebro azul.  
Una encantada Stambul  
Surge de tu guardapelo  
Y llevan su desconsuelo  
Hacia vagos ostracismos  
Floridos sonambulismos  
Y adioses de terciopelo.

En este instante de esplin,  
Mi cerebro es como un piano  
Donde un aire Wagneriano  
Toca el loco del esplin.  
En el lírico festín  
De la ontológica altura  
Muestra la luna su dura  
Calavera torva y seca.  
Y hace una rígida mueca  
Con su mandíbula obscura.

El mar, como gran anciano  
Lleno de arrugas y canas,  
Junto á las playas lejanas  
Tiene rezongos de anciano.  
Hay en acecho una mano  
Dentro del tembladeral  
Y la supersustancial  
Vía láctea se me finge  
La osamenta de una Esfinge  
Dispersada en un erial.

Cantando la tartamuda  
Frase de oro de una flauta,  
Recorre el eco su pauta  
De música tartamuda.  
El entrecejo de Bhudda  
Hinea el barranco sombrío  
Abre un bostezo de hastío  
La perezosa campana  
Y el molino es una araña  
Que se agita en el vacío.

.....  
.....  
.....

¡Deja que incline mi frente  
En tu frente subjetiva,  
En la enferma sensitiva  
Media luna de tu frente,  
Que en la copa decadente  
De tu pupila profunda  
Beba el alma vagabunda  
Que me da ciencias astrales  
En las horas espectrales  
De mi vida moribunda!

¡Deja que rime unos sueños  
En tu rostro de gardenia,  
Hada de la neurastenia,  
Trágica luz de mis sueños.  
Mercadera de beleños  
Llévame al mundo que encanta:  
Soy el genio de Atalanta  
Que en sus delirios evoca  
El ecuador de tu boca  
Y el polo de tu garganta!

Con el alma hecha pedazos,  
Tengo un Calvario en el mundo;  
Amo y soy un moribundo,  
Tengo el alma hecha pedazos:  
Cruz me deparan tus brazos,  
Hiel tus lágrimas salinas,  
Tus diestras uñas espinas,  
Y dos clavos luminosos  
Los aleonados y briosos  
Ojos con que me fascinas!

.....  
.....  
.....

¡Oh mariposa nocturna  
De mi lámpara suicida,  
Alma caduca y torcida,  
Evanescencia nocturna;  
Líntica taciturna  
De mi Nirvana opioso,  
En tu mirar sigiloso  
Me espeluzna tu erotismo  
Que es la pasión del abismo  
Por el Angel Tenebroso!

.....  
.....  
.....

(Es media noche). Las ranas  
Torturan en su acordeón  
Un piano de Mendelssohn  
Que es un gemido de ranas;  
Habla de cosas lejanas  
Un clamoreo sutil  
Y con aire acrobátil,

Bajo la inquieta laguna,  
Hace piruetas la luna  
Sobre una red de marfil.

Juega el viento perfumado  
Con los pétalos que arranca  
Una partida muy blanca  
De un ajedrez perfumado;  
Pliega el arroyo en el prado  
Su abanico de cristal  
Y genialmente anormal  
Fija el monte á la distancia  
Una gran protuberancia  
Del cerebro universal.

Vengo á ti, serpiente de ojos  
Que hunden crímenes amenos,  
La de los siete venenos  
En el iris de sus ojos;  
Beberán tus llantos rojos  
Mis estertores acerbos,  
Mientras los fúnebres cuervos,

### LOS OJOS.

En una senda sombría  
vílos y como eran dos  
me rendí, pensando en los  
riesgos á que me exponía.  
Su aventurera hidalguía  
me condujo á un torreón;  
diéronme un néctar y al són  
de mágicos violoncelos,  
me aletargué en el divino

Reyes de las sepulturas,  
Velan como almas oscuras  
De atormentados protervos!  
¡Tú eres póstuma y marchita  
Misteriosa flor erótica,  
Miliunanochesca, hipnótica,  
Flor de Estigia acre y marchita;  
Tú eres absurda y maldita,  
Desterrada del Placer,  
La paradoja del sér  
En el borrón de la Nada,  
Una huri desesperada  
Del harem de Baudelaire!

¡Ven, declina tu cabeza  
De honda noche delincuente  
Sobre mi tétrica frente,  
Sobre mi aciaga cabeza;  
Deje su indócil rareza  
Tu numen desolador,  
Que en el drama inmolador  
De nuestros mudos abrazos  
Yo te abriré con mis brazos  
Un paréntesis de amor!

tálamo de la Ilusión.  
Nadie á perturbarme vino;  
ni el generoso ladrón  
excedióse en su atención  
de echar en mi copa vino...  
Mas al despertar, oh cielos,  
me hallé sin el corazón,  
tiritando en el camino  
torvo de los Desconsuelos.

### EL PIANO.

Ella se puso muy pálida; yo me quedé taciturno;  
fué á suspirar á la luna mi vaguedad metafísica.  
Se extenuaba en un sollozo la evocación del Nocturno....  
y ella engarzó su cabeza entre sus manos de tísica.  
Un frío de tempestades nevó el recuerdo en su frente:  
—¡No llores— la dije— ven!

—¡Qué te ha herido? ¡Y yo lloraba también!...  
Y en la sombra destacóse fieramente  
la dentadura del monstruo que despedazó á Chopin.

### EL IDEAL.

Señora:  
Tengo sed! Crucé el desierto de tu corazón. Y ahora  
Llego á tus ojos. En este  
Oasis debo morir.... Si quieres salvarme, llora  
Un hilo de agua celeste.

### EL SUEÑO.

Pediré, cuando me muera,  
Que me pongan por sudario  
Tu divina cabellera

Y tu corazón á modo de divino escapulario;  
A la fosa de tu alma iré más tarde á soñar.  
Llegará el Día del Juicio.... Cuando la trompeta austera  
Llame á los muertos— ¡inútil! — yo no querré despertar.

### LA ILUSIÓN Y EL POETA.

Di, ¿qué buscas, hermana? Doloroso regreso  
Emboscado te aguarda en la cuesta sombría;  
Perderás á la vuelta tu blancura de día,  
Tus nupciales cortejos y tus vírgenes todas.  
¡Vuelve al mundo, que es noche; abandona ese peso  
De inquietud y nostalgia!

—Imposible, alma mía!

Yo estoy triste, me alejan vanidades y modas:  
¡Oh, yo busco una lágrima en el fondo de un beso  
Para hacerla engarzar en mi anillo de bodas!

—Y tú, hermano, ¿qué buscas? Eres joven y fuerte  
Y en tus ojos, no obstante, suda sangre una herida;  
Vamos, seca esas lágrimas.... ¡ah, no quieras perderte;  
No demores, ya es noche; perderás de esa suerte  
El camino de rosas que conduce á la Vida!  
Dame un beso!

—No puedo!

—Sigueme!

—Soy inerte!

—Oh, ¿qué esperas?

—Yo aguardo á mi fiel prometida;

Es puntual; no me engaña.

—¿Quién es ella?

—¡La muerte!

### EL VIAJE.

A modo de Heine.

Juntaba rosas, suspensa de la ilusión de un Edén,  
é interrumpiendo la alegre balada de sus amores,  
me pareció en su sonrisa darme el feliz parabién:  
—¡Me dirás, florista ilusa, para qué son esas flores?  
—Para tejerte— me dijo— una guirnalda á tu bien.

De regreso, por el bosque, me hallé con un carpidor.  
Al verme dejó la azada, suspiró.... y meditabundo  
pidióme al fin el pañuelo para secarse el sudor:  
—¿Qué haces, buen hombre— le dije— y ese hueco tan profundo?  
—Estoy cavando una fosa para enterrar á tu amor!

## LOS CELOS.

Fué en un parque opalescente:  
Siguiendo la mariposa del Amor ¡ay! de repente  
Me clavé una espina.... En eso  
Te ví á mi lado. Si me amas, tú puedes lánguidamente  
Quitármela con un beso.

## IDILIO ESPECTRAL.

Pasó en un mundo saturnal: Yacia  
como cien noches pavorosas y era  
mi féretro el olvido... Ya la cera  
de tus ojos sin lágrimas no ardía.

Se adelantó el enterrador. Sombria  
estabas tú. Bramaba en la ribera  
de la terrible Eternidad la austera  
Muerte á la infeliz Melancolía.

Sentí en los labios el dolor de un beso.  
No pude hablar. En mi ataúd de yeso  
se deslizó tu forma transparente....

Y en la ebriedad de los más dulces mimos,  
cayó la tapa y ambos nós dormimos  
espiritualizádisimamente!

## PLENILUNIO.

En la célica alcoba reinaba  
Un silencio de rosas dormidas,  
De tímidas ansias, de ruegos callados,  
De nidos sin aves, de iglesias en ruina;  
Mas de pronto, se siente que salta,  
Que salta agitado, que llama ó palpita,  
El vital corazón de una virgen:  
¡Campana de fuego que al goce convida!

En su lecho, de escarchas de seda,  
Cual cisne entre lirios, la virgen dormía:  
¡Eran alas de su ángel custodio  
Los leves encajes del alba cortina!  
En su boca entreabierta mostraba  
Una hermosa y extraña sonrisa  
Que, la noche anterior, en sus labios  
Pensando en un rezo, quedóse dormida!

Miréla, y de pronto quedéme extasiado,  
Admirando sus formas benditas,  
Y sus senos: las cúpulas blancas  
Del templo de carne de Santa Afrodita  
¡Besadla, Poeta, me dijo mi Musa,  
Panal es su boca, bebed ambrosía,  
Y sea la lengua, de ardientes rubies,  
La hostia de fuego de su eucaristía

Su frente tan blanca, tan pálida y tersa,  
Semejaba la página nivea  
En que Psiquis pintaba sus sueños  
Con sangre nevada de rosas lascivas.  
Yo miraba en sus curvas ojeras  
Las sendas que atraen, las sendas prohibidas,  
Las manchas sensuales, los arcos de gloria  
Que adornan la eterna ciudad de la Vida!

Mi Musa me dijo: pedidle á Cupido  
Su flecha de fuego, su flecha divina:  
¡En el cuerpo sensual de la virgen  
Hay dos aves, muy blancas, dormidas!  
¡Oh, Poeta, la virgen os llama;  
Que sea su cuerpo la lúbrica lira:  
¡Los ritmos más dulces los tiene su boca;  
Su aliento es un verso de blanda armonía!

¡Oh, luna de amores! Fogoso brillante  
Radiaba en la noche de sedas bruñidas,  
En el bosque de sombra, aromado,  
Que el negro cabello tendido esparcía;  
Semejando la Venus de fuego,  
Esa reina de crencha encendida,  
Que es fúlgido faro en el mar de las noches,  
Y blanca azucena en la frente del día!

Acerquéme, temblando: La virgen  
Ostentaba la misma sonrisa  
Que es novia del beso y hermana del llanto,  
Que es pena y reproche, palabra y caricia;  
Ostentaba las mismas ojeras:  
Las sendas que atraen, las sendas prohibidas,  
Las manchas sensuales, los arcos de gloria  
Que adornan la eterna ciudad de la Vida!

¡Gran Dios! Ya eran ríos de vino mis venas,  
Serpientes mis razos, serpientes mordidas;  
¡Mi fatal corazón se agitaba  
Cual fiera co vulsa sintiéndose herida!  
Y, oh! solemne momento, oh! milagro,  
Apenas la virgen despierta y me mira,  
¡La fiera y las sierpes quedaron sin fuerzas...  
Y sólo un arcángel sus alas batía!

## RAÚL MONTERO BUSTAMANTE (1)

## LA CORTESANA.

Marchando por la alameda  
Va la vieja cortesana,  
Toda vestida de seda;  
Marchando por la alameda  
Con su gran cabeza cana.

La dama de compañía  
La sigue penosamente  
Llena de melancolía;  
La dama de compañía  
Que es su sola confidente.

Cruzan la larga avenida  
Toda vestida de blanco,  
Toda de blanco vestida;  
Y al final de la avenida  
Toman asiento en un banco.

Y se quedan silenciosas.  
Mientras las brumas inciertas  
Van envolviendo las cosas;  
Y se quedan silenciosas  
Pensando en las glorias muertas.

En tanto el viejo jardín  
Se puebla de ecos lejanos,  
De nostalgias y de spleen;  
En tanto el viejo jardín  
Lanza sollozos humanos.

Hasta que la vieja dama  
Escucha sonar la hora  
Que desde el *manoir* las llama;  
Hasta que la vieja dama  
Murmura: Vamos, señora.

Y marchan por la alameda  
Llena de melancolía,  
Y el crujido de la seda  
Suena en la larga alameda  
Como un llanto de agonía.

Y la vieja cortesana  
Es una sombra doliente  
Con su gran cabeza cana,  
Y la vieja cortesana  
Lleva sombras en la frente.

La blancura de su nuca,  
La palidez de sus manos  
Y su mirada caduca;  
La blancura de su nuca  
Y sus cabellos ancianos;

Es un resto doloroso  
de la gloria de la actriz;  
Es un recuerdo piadoso,  
Es un resto doloroso  
De la Sarah de París.

(1) RAÚL MONTERO BUSTAMANTE es el más joven entre los literatos nacionales que descuellan. Sin embargo en menos de cinco lustros de vida, ha realizado una labor considerable. Prosa y verso. — rimas y cantos heroicos, novelas y dramas, correspondencias y discursos —, hé aquí su bagaje literario. El ha ascendido con brioso empuje el camino difícil para descubrir en pleno día la deseada cúspide, para llegar temprano á la obra definitiva. Y no se procure hallar en sus páginas, aún las primeras, impaciente llamado al aplauso. El no declama para las multitudes, él piensa para los selectos y siente con ellos. Sería en vano, por tanto, buscar en sus manifestaciones iniciales la vehemencia amanerada del escolar que cierra los libros de estudio para exteriorizar sus primeros sueños, la expresión enfática con que — siguiendo extraño paralelismo — se singularizó la infancia del siglo al romper el viejo molde clásico. Bien podría decirse, pues, de este escritor, que no ha conocido los balbuceos: su pluma tuvo siempre treinta años entre sus manos de niño. Esto pensará sin duda quien haya seguido al poeta desde sus « *Versos* » hasta el « *Canto à Lavalleja* », que le valió los lauros de un concurso; desde la « *Revista Literaria* » en que Montero se ensayó como Director, hasta « *Vida Moderna* », cuyas páginas le han servido para confirmar sus aptitudes como tal. Hoy el talento de Montero Bustamante se ha lanzado á un campo que le es verdaderamente propicio: « *La Prensa* » de Buenos Aires. En sus « *Correspondencias* » — ya juzgue un libro, una obra dramática ó un cuadro, ya aprecie la trascendencia de un suceso político —, él sabe mantener sereno el criterio y la expresión amable. Más de una vez he creído descubrir en ellas, aunque bajo forma más ligera, más nerviosa, algo de la elegante bonhomía de De Amicis....

## LA CATEDRAL

Una iglesia toda llena de negra melancolía,  
La luz de una tarde triste en los altos ventanales;  
Los monjes en sus sitiales  
Con las frentes inclinadas, rezan una letanía.

Stabat mater, y el coro desgarrá el silencio hondo,  
Se eleva como un gemido sobre la nave desierta,  
Y la lamparilla incierta  
Alumbra apenas el Cristo que se desangra en el fondo.

En los góticos altares cuelgan los negros faroles,  
De las claves de los arcos están los cirios pendientes;  
Como fantasmas dolientes  
Se agrupan dentro del coro los tallados facistoles.

Stabat mater, y el viento que penetra por la ojiva  
Llora en la bóveda incierta, corre por los arquiteabes,  
Se desliza por las naves  
Y hace parpadear la llama de la lámpara votiva.

Stabat mater, las voces cantan, lloran ó se quejan,  
Las confusas resonancias van callando temerosas,  
Los perfiles de las cosas  
Se borran y se deslien como sombras que se alejan.

Termina el coro, los monjes están todos de rodillas,  
Muere la luz tristemente en los azules vitrales,  
Las estampas medioevales  
Lanzan lúgubres sollozos que surgen de las capillas.

En los largos corredores se oye el rumor del rosario,  
Los monjes van por los claustros como muda caravana,  
Y el llanto de la campana  
Se desgrana sobre el campo desde el alto campanario.

Los muertos en los sarcófagos duermen su sueño ancestral  
En los nichos las imágenes han doblado la cabeza,  
Y diez siglos de tristeza  
Envuelve el sueño de piedra de la vieja catedral.

## GRECIA.

Se agrietaron las columnas,  
Se desplomaron los templos,  
Y sobre la tierra dórica  
Reinó silencio.  
Vinieron de todas partes  
A ver las ruinas del pueblo:  
El Partenón mutilado,  
El Acrópolis desierto,  
Las columnatas caídas  
Junto á los plintos severos,  
Qual si un vendaval hubiera  
Batido al Peloponeso.

La procesión de las razas  
Desfiló sobre el desierto  
Sin conseguir arrancar  
A las piedras su secreto.  
Nadie lo sabrá jamás,  
Sepultóse con el pueblo,  
Duerme con la raza dorada  
En los regios mausoleos.  
En las colinas de Atenas  
Solitario, canta el viento,  
Y su voz dice: « ¡jamás! »  
Y dicen: « ¡jamás! » los ecos.

## BEETHOVEN.

En los cristales de la vidriera  
Agonizaba la luz difusa,  
Era una tarde de primavera  
Evocadora como una musa.

El humo amigo, de los cigarros  
Flotaba apenas en el estudio...  
Como un lejano rodar de carros  
Brotó del piano nuestro preludio.

El arco sabio rozó las cuerdas,  
Gimió la caja llena de angustia,  
Palidecimos los dos ¿te acuerdas?  
Y tu doblaste la frente mustia.

Tembló el andante, todos callaron,  
Tu s'radivarius insinuó el canto  
Y nuestros ojos se dilataron  
Hipnotizados por el espanto.

Quando concluimos y la batista  
Enjugó ajenas tu frente blanca  
Estaba el alma del viejo artista  
Adormecida sobre la caja.

Gimió el allegro, lloraba el piano  
Como un quejido que se dilata,  
Eran sollozos de un llanto humano  
Las agrias notas de la sonata.

Las desgreñadas frentes altivas  
De los bohemios sentimentales  
Caían torvas y pensativas  
Sobre los brazos de los sitiales.

Había sombras acurrucadas  
Tras las cortinas de los balcones,  
Y las estampas alucinadas  
Se retorcián en los plafones.

La luz moría, la noche incierta  
Llamó en los vidrios con golpe ami-  
En las ventanas la tarde muerta ¡go,  
Dobló la frente sobre el postigo.

## SIMBOLISMO.

Una noche oscura...  
Una luz extraña que se agita y anda,  
La llanura incierta llena de ansiedades,  
Y una sombra errante que aterida pasa.  
En el cielo gimen ayes lastimeros,  
Notas lamentables de expresión errática  
De una sinfonía blanca de Beethoven  
Que insinuaba apenas u a orquesta extraña.  
Llueven incesantes pétalos de flores  
Que en la sombra brillan como tenues llamas,  
Impalpables corren, lúgubres murciélagos  
Persiguiendo acaso, restos de esperanzas.

.....  
Y la luz ignota  
Que se agita y anda,  
Sigue vacilando su camino incierto,  
Sigue temblorosa su agonía larga.  
Y la sombra errante  
Que aterida pasa,  
Corre sin descanso  
Tras la luz extraña:  
Y es la sombra triste, vaga é impalpable  
Que camina, mi alma.  
Y es la luz que tiembla, que agoniza y tiembla,  
¡Mi última Esperanza!

(Andante).

## INICIACIÓN.

El festín está triste y silencioso...  
Agoniza en el marco de las caras  
En una lividez desesperante,  
El horrible albayalde de las máscaras.  
Sonríe la ironía de la muerte  
Sobre el carmín que se marchita y aja;  
Las vacilantes plantas se deslizan  
Sobre un montón de flores estrujadas.

La luz lividamente  
Sobre aquella agonía se derrama,  
Y vagan al aire, como un sueño,  
Las notas de una lúgubre romanza.  
Sobre todas las frentes  
Una corriente de tristeza pasa,  
Y se asoma el fantasma de la Tisis  
En unos ojos turbios por las lágrimas.  
Las ojeras se encienden,  
Todos los labios callan,  
Ya no se escuchan los alegres gritos  
De aquella enferma juventud romántica...

Y en la vaga,  
Como una extraña procesión fantástica,  
Entre rojos pudores desgarrados,  
Y dulces tímideces desfloradas,  
Entre un suave tropel de melodías,  
De oraciones, de flores y de lágrimas,  
Como un ángel caído,  
Que batiendo sus alas se alejara,  
La virgen inocencia  
Entre las sombras de la noche pasa!

## NOCTURNO.

(De Chopin).

Lúgubrementemente camina bajo la noche angustiada  
Como una visión sombría del país de los Ensueños  
Lleva la frente agobiada  
Bajo el peso de sus sueños.  
Lúgubrementemente camina, á la luz agonizante  
De una luna blanca y fría, fría y blanca como un muerto,  
Y su sombra delirante  
Se extiende sobre el desierto.  
Lúgubrementemente camina, viajero de extraños alares  
Por la llanura agitada por negros presentimientos  
Con su carga de pesares,  
De lágrimas y lamentos.  
Lúgubrementemente camina, camina lúgubrementemente  
Doblegado bajo el peso de cien muertos ideales;  
Yo lo miré tristemente  
Partir, desde mis cristales,  
Es mi espíritu que huye, epiléptico y sonámbulo  
A hacer su excursión eterna al país de los Ensueños,  
Es mi espíritu noctámbulo  
Que va en busca de sus sueños!

## DE LOS POEMAS DEL CALVARIO.

CRISTO LLORA....

Et fievit super illam.

Sus lágrimas misteriosas, llenas de amarga ternura  
Corren sobre sus mejillas pálidas y devastadas,  
Y en su frente lamentable, el Angel de la Amargura  
Bate sus alas malditas, sus alas desesperadas.

Sus ojos llenos de vagos y lejanos resplandores,  
Sus ojos llenos de luces y de pálidos reflejos,  
Sus ojos llenos de sombras y de infinitos dolores,  
Sus ojos llenos de lágrimas, miran mudos á lo lejos....

Sus ojos miran; clavados en la ciudad pecadora,  
Húmedos y fatigados, llenos de inmensa confianza,  
Y en el monte se levanta la cruz amenazadora  
Como una gran esperanza....

Sobre el Calvario sangriento está el leño desolado  
Con sus dos brazos abiertos abrazando al horizonte,  
Está el Redentor del mundo en el madero clavado,  
Y tiembla como un gigante lleno de pavor el monte.

Ruía la voz de los cielos en un *crescendo* iracundo,  
Llora el viento sobre el leño la Balada de la Muerte;  
Cristo agoniza, su sangre se derrama sobre el mundo,  
Y hay cien suplicios horrendos sobre su cabeza inerte.

Declinan sobre su frente sus mil martirios acerbos,  
Está en sus ojos la noche y está en sus labios la calma,  
Y á lo lejos se levantan como bandadas de cuervos  
Los negros remordimientos de aquella ciudad sin alma.

Está el frío de la muerte sobre su frente angustiada,  
El desamparo infinito besa su semblante yerto,  
Y el viento grita incesante con su voz desesperada:  
¡Cristo ha muerto!

## DEL LIBRO TRISTE.

I.

Llegaron los frailes  
Vestidos de negro,  
La gente enlutada  
Fué llenando el templo:  
Amigos y extraños,  
Parientes y deudos,  
Y entre todos, tan sólo faltaba  
La novia del muerto.

Rezóse un rosario,  
Luego un fraile viejo  
Pronunció un responso  
Y bendijo el cuerpo.

Parientes y amigos  
Besaron al muerto,  
Y en el viejo portal de la iglesia  
Despidióse el duelo.

Al fin quedó solo  
Tendido en el féretro,  
Alumbrado apenas  
Por la luz del templo:  
Las manos cruzadas,  
El semblante yerto.  
Y errando en los labios crispados y  
Un dolor supremo. [fríos

Las viejas imágenes  
Miraban al muerto  
Y entre sí cambiaban  
Compasivos gestos.  
En los ventanales  
Sollozaba el viento,  
Y el horror de la noche flotaba  
En torno del féretro.

Cuando tu llegaste  
A rezar al templo  
La mañana aquella  
Después del entierro,  
Yo vi á las imágenes  
Llorar en silencio,  
Y mirarte postrada de hinojos  
Con hondo desprecio.

II.

Pudieron perdonarte,  
La absolución te dieron,  
Hiciste penitencia  
Acosada por cruel remordimiento,  
Y risueña, y alegre, y sin cuidado  
Te vi salir del templo.

Pero, hija, reflexiona,  
No rías de contento,  
Que, ¡acaso es solo mármol  
Eso que late adentro de tu pecho?  
Pero dime, ¿tu sabes desgraciada  
Si te perdona el muerto?

VI.

Déjame, no me preguntes  
Que siento el alma cansada....  
Cómo pretendes que encuentre  
Como traducir las lágrimas,  
La amargura, los lamentos,  
El horror y la desgracia.  
Déjame solo, que inútiles  
Y sin color, las palabras  
No podrían expresar  
Lo que el corazón se calla  
Y sólo expresan los ojos  
En que desbordan las lágrimas.  
Déjame, no me preguntes,  
Que tengo el alma cansada....  
Que hasta olvidarlo quisiera  
Si es que el dolor se olvidara.

VII.

No me pidas que te cuente  
Lo que el infeliz me dijo,

¿Acaso quieres gozarte  
Con su terrible martirio?...  
Ah ¡lloras? Lloro, que el llanto  
Aún es muy poco, pequisimo,  
Para pagar todo el mal  
Que á ese pobre has inferido.  
Quieres que te cuente entonces  
Lo que el infeliz me dijo:  
Mira, me habló de su madre,  
De su dolor, de sus hijos.  
Luego te nombró, y tu nombre  
Brotó de sus labios lívidos  
Como un sollozo supremo,  
Como un agónico grito,  
Y nada me dijo ya;  
Quedó callado y tranquilo  
Mirando los limoneros  
Llenos de azahares marchitos.  
El viento sobre el tejado  
Sollozaba como un niño.  
El miraba la ventana  
Profundamente abstraído.  
Tu pasaste por la huerta  
Y el mirándote me dijo:  
« Las golondrinas se van  
Pero vuelven en estío. »

VIII.

Era una tarde fría,  
Paseaba por el mudo cementerio,  
Leía distraído  
Los oscuros letreros,  
De pronto sentí un ruído,  
Se tornó más helado mi semblante,  
Eran los moradores de las tumbas  
Que venían en ronda sáludarme.

XX.

Murió, vestiste luto,  
Lloraste mucho tiempo,  
Mas el dolor no mata, al fin y al  
Tú también te olvidaste de aquel  
muerto.

Y hoy, talvez mientras sopla  
Sobre su tumba el cierzo,  
Mientras acaso rígidos y solos  
Se hielan de dolor sus pobres huesos,  
Tú, aclamada y hermosa  
Sigues por tu sendero,  
Sin acordarte que existió siquiera,  
¡Sin acordarte de aquel pobre muer-  
[to!

## XXIII.

¡La angustia, en los ojos,  
El ruego en los labios,  
Le miraste un día, mujer maldecida,  
A tus pies temblando!  
Hoy mira es distinto,  
Hoy mira!... qué cambio!...  
¡El desprecio en sus rudas palabras,  
El insulto en sus labios!

## XLIX.

Me está golpeando en el alma  
Esa música que suena,  
Esa alegre serenata  
Que pasa junto á mi puerta  
Y en la calma de la noche  
Tranquilamente se aleja.  
Me hace mucho daño el aire  
De esa música que suena;  
Yo no sé si ya otra vez  
Y de distinta manera  
Escuché las mismas notas  
En una noche de fiesta,  
En una noche lejana.  
Perdida entre las pavesas  
Apagadas del pasado...  
Mozos que correis la fiesta;  
Rondalla alegre que al alma  
Habla con tanta tristeza;  
Serenata misteriosa  
Que posais junto á mi puerta,  
Como el último recuerdo  
De tanta esperanza vieja,  
¡Bien hayan esos acordes!  
¡Bien hayan esas cadencias!  
¡Bendito el aire querido,

Mil veces, bendito sea!  
Y sabed que en ese grupo  
Que ya en la noche se aleja,  
También va mi pobre alma  
Donde tan triste resuena  
Esa alegre serenata  
Que pasa junto á mi puerta.

## L.

Ya se ha acabado la fiesta,  
Ya descansa la ciudad,  
Se han apagado las luces,  
La plaza desierta está,  
Y los fuegos de artificio  
Quemados, duermen en paz  
Sileciosos y siniestros  
Después de tanto brillar.  
Por las calles solitarias  
Voy arrastrando mi afán  
Y tejiendo mis ensueños  
Y mis rimas, al azar.  
Las luces en los faroles  
Adormiladas están;  
Somnolientos, los serenos  
Ni me miran, al pasar.  
Al fin la calma, de nuevo  
Ya recobró la ciudad,  
Ya no turban con sus gritos  
Tu silencioso soñar  
Los grupos desenfrenados,  
Has vuelto al fin á la paz.  
En el reloj de la iglesia  
Las cuatro sonan o están,  
Duerme, ciudad, que tu sueño  
Muy pronto va á terminar,  
Mira que ya en el oriente  
El alba asomada está.

## ASONANCIAS.

¡Alma de mis dolores!  
¡Sombra de mi esperanza!  
Espíritu que agitas las tinieblas  
En que se mueve sin cesar mi alma,  
Visión, ensueño,  
Nimbo, plegaria...  
¡Quién entre la sombra  
Noche de mi alma sin temores pasa?

Anhelo de mis noches,  
Aurora de mis lágrimas,  
Idea arrebatada de mi frente,  
Esperanza robada á mi esperanza,  
Ángel, espíritu,  
Eco, fantasma...  
¡Quién sobre los dolores  
De mi alma triste sin temores pasa?

Alma de mis recuerdos,  
Vibración de mi infancia,  
Átomo de mi espíritu salido,  
Descanso de mi alma fatigada,  
Luz, armonía,  
Cadencia, llama...  
¡Quién sobre las tristezas  
De mi alma enferma sin temores pasa?

Vibración de mis nervios,  
Célula de mi alma,  
Vestigio de un pasado venturoso,  
Imposible atavismo de una raza,  
Voto, tristeza,  
Quejido, lágrima...  
¡Quién entre las tinieblas  
De mi alma torva sin temores pasa?

Vida de mis ensueños,  
Norte de mis borrascas,  
Estrella que en la sombra de mis noches  
Brilla como la luz de una Esperanza,  
Astro, misterio,  
Acorde, aura...  
¡Quién sobre los abismos  
De mi alma hurana sin temores pasa?

Aliento de mi espíritu,  
Fulgor de mi esperanza,  
Idea muerta que en mi sér se yergue,  
Elegía formada con mis lágrimas,  
Lirio, perfume  
Leyenda, ansia...  
¡Quién sobre los misterios  
De mi alma oscura sin temores pasa?

Yo te vi desfilando como un ensueño  
Sobre la turba bramadora y brava,  
De todas mis pasiones,  
Acallando huraca es y borrascas.  
Yo te miré acercarte cantelosa  
Hasta lo más recón lito del alma,  
Deslizándote inquieta  
Como Jesús sobre las verdes aguas.  
Yo te miré acercarte entre la noche  
De todos mis temores y mis ansias,  
Eras una blancura deslumbrante,  
Eucarística flor de una esperanza,

Lirio, perfume,  
Voto, plegaria,  
Visión, ensueño,  
Nimbo, fantasma,  
Luz, armonía,  
Acorde, lágrima,  
Ángel, espíritu,  
Eco, nostalgia,  
Astro, misterio,  
Reflejo,  
¡Alma!

## LAVALLEJA (1)

« He puesto la mano sobre  
el corazón de la patria, y lo  
he sentido latir ».

¡Vieja visión de gloria,  
Heroica vibración del alma mía,  
Que cruzas mi memoria  
Como el acorde errante  
De lejana armonía  
Que envuelve al fatigado caminante!  
Detén tu marcha, espera,  
Arrástrame en tu rápida carrera  
A través de ese cielo constelado;  
Que mi alma, en una sola  
Ambición de triunfar, á ti se lanza  
Llevada por el viento del pasado,  
Como enespada ola  
De luz, de inspiración y de esperanza!  
¿Por qué te vas? ¿No ves que en mi cerebro  
Siento el hervor de trágicos cantares,  
Y brillan las estrofas en la sombra  
Como estrellas ó rojos luminares?  
Crucen sobre mi frente  
Esas voces inciertas  
Que de los labios de la patria brotan,  
Resurrecciones de leyendas muertas,  
Cendales de recuerdos  
Que en el silencio de la noche flotan.

Gigantesca visión que te detienes:  
En mis trémulas manos  
Tengo un verde laurel para ofrendarte  
Y ceñir á tus sienes,  
Y una lira de luz para cantarte!  
¿Te alejas otra vez! Son tus visiones  
Que se van en tropel desesperado:  
¡Lanzas, sangre, banderas, maldiciones,  
Cargas, ayes, clarines y cañones,  
La Derrota, la Muerte y la Victoria,  
Informes procesiones  
Que cruzan sobre el cielo y que se pierden  
Entre nubes de pólvora y de gloria!  
Allá va, confundida  
Entre el tropel de trágicos recuerdos  
La sombra de la patria  
Por todas sus victorias escoltada,  
Por todos sus martirios redimida,  
Por todos sus trofeos circuida  
Y por todos sus héroes custodiada.  
¡Artigas, Lavalleja,  
Rivera, con su indómito gauchaje,  
Todas las glorias de la patria vieja  
Como un turbión de inspiración salvaje.

(1) Canto premiado con la medalla de oro en el concurso literario celebrado en Montevideo, el 15 de septiembre de 1902, con motivo de la inauguración del monumento á Lavalleja en la ciudad de Minas.

Declamado por su autor al pie de la estatua.

La victoria primera  
En gloria y negra ingratitud manchada,  
La leyenda triunfal del año trece,  
La tricolor bandera  
Que es un lampo de luz que resplandece  
Sobre el viejo arenal de la Agraciada!

¡Pero te canto á tí! Mi voz vibrante  
Llega á tu augusta eternidad de piedra;  
¡Levanta la cabeza poderosa,  
Que tu sombra gigante  
Surja resplandeciente de su fosa!  
Te canto á tí, libertador del pueblo,  
¡Héroe de la Agraciada!  
A tí, el guerrero de la blanca frente  
Por aureola de gloria iluminada.  
A tí, que cuando siento en la mirada  
El fulgor de tus ojos pensadores  
Donde el alma uruguaya resplandece,  
Me llenas el espíritu de flores  
Y absorta mi existencia se estremece.  
A tí, el viejo guerrero  
Que acompañaste al héroe del pasado  
Cuando cruzó fugaz como el pampero  
Sobre el suelo nativo rebelado.  
A tí, que entre la gloria de las Piedras  
Bautizaste tu alma de patriota,  
A tí, que viste su inmortal figura,  
Y sentiste la bárbara amargura,  
La amargura feroz de su derrota.  
A tí, arrojado del paterno nido  
A la tierra extranjera  
¡Despojo de una bárbara victoria!  
Mientras caía el Uruguay vencido,  
Rota la frente y de luchar rendido  
Sobre el rojo sudario de su gloria.  
A tí, viejo adalid, ejemplo mudo  
Que te yergues eterno sobre el llano,  
¡Padre de la cruzada redentora!  
A tí, que estás de pie sobre el escudo  
Sangriento del tirano  
En el dintel de la primera aurora.  
El que pisa la patria sometida  
Y hace surgir la libertad del pueblo  
Que se irguió vengador, sobre su sangre,  
Y levantó la frente en la Florida.  
¡Aquél del Arenal!... Sobre las lomas  
Pasa el tropel, la rauda cabalgata,  
Que es un supremo y trágico latido  
Del corazón del pueblo redimido  
Que dentro de los pechos se dilata.  
¡Los Treinta y Tres... la aurora... la bandera...  
La tricolor bandera vengadora  
Que flota con delirio  
Desplegada á los vientos de la patria,  
Como un girón de aurora  
Salpicado con sangre de martirio!

Allá en el Arenal... lejos... muy lejos  
 Tras los cerros altivos,  
 Junto al río que canta y rumorea,  
 Aun el recuerdo flota,  
 Aun palpita la esencia de su idea,  
 Aun se escucha su acento  
 Como el quejido de una lira rota.  
 Mirad... mirad... el viento  
 Trae en sus alas, viajador cansado,  
 El lejano rumor de esa ribera:  
 ¡Aspirad el recuerdo del pasado,  
 Sentid en vuestras frentes  
 La caricia triunfal de su bandera!  
 Mirad cómo desfila  
 Al pie del monumento,  
 Esa visión que vive en mi pupila:  
 Al frente va el guerrero,  
 ¡Aquél de Sarandí!... pueblo, contempla  
 Su silueta de luz... transfigurado,  
 Erguido en los estribos se incorpora:  
 ¡Es la visión gloriosa del pasado!  
 Brilla sobre su frente  
 Toda una libertad, toda una aurora,  
 Todo un sacro poema sobrehumano,  
 Y está en sus labios el vibrante grito:  
 • ¡Carabina á la espalda y sable en mano!

¿Le reconoces, pueblo?... si es el mismo  
 Que está en tu corazón... si es el patriota  
 Que redimió á tu madre del abismo,  
 Del abismo sin luz de la derrota.  
 El que vive en tu propio pensamiento  
 Y tu fe y tus ensueños enardece,  
 El héroe aquel, del santo juramento  
 Que en el fondo de tu alma resplandece.  
 El viejo, cuyo nombre misterioso  
 Nuestros labios de niño, pronunciaron  
 Junto con las primeras oraciones  
 Que escalaron el cielo,  
 Aquél de las canciones,  
 El coplero ge til de los bastiones,  
 Aquél de las historias del abuelo!

Pueblo, mirale bien, lleva en tu alma  
 Impresa la figura del guerrero,  
 Ese girón de gloria  
 Arrancado á la historia  
 Y fundido en el bronce duradero.  
 No le olvides jamás, desde su solio  
 El la senda que sigues ilumina,  
 El preside tu marcha hácia la cumbre,  
 Apóstol que camina  
 Guiando á la cansada muchedumbre.  
 En las horas sin luz del desaliento,  
 Cuando la noche venga,  
 Cuando la patria, muda se detenga  
 E incline la cabeza pensativa  
 Soñando en la venganza,  
 El soplará en su frente la esperanza  
 Y otra vez se alzará, fiera y altiva.



Quinto Medallón

¡No le olvides jamás! desde su gloria  
 Con sus ojos de luz, te está mirando;  
 Es un astro que alumbra  
 La silenciosa noche de tu historia.  
 Cuando se quede solo,  
 Cuando el día, muriendo en Occidente,  
 Deje su beso en la bronceada frente;  
 Cuando, pueblo, disperso en los hogares  
 Repitas los cantares  
 De este día feliz, en que mi acento  
 Vibra inspirado al pie del monumento,  
 ¡Recuérdale de nuevo!  
 ¡Vuelve á evocar su gloria legendaria!  
 ¡Ten en su sombra tus recuerdos hijos!  
 ¡Y enséñale á tus hijos  
 A confundir su nombre,  
 Con los nombres de luz de la plegaria!

#### MELANCOLÍA DE VERANO.

¡Yo te miré partir! mudo y sombrío,  
 Agarrado al oscuro pasamano  
 Quedé lleno de hastío,  
 Y sintiendo en el alma mucho frío  
 Aquella ardiente tarde de verano.

¡Te ibas! Y al resplandor agonizante  
 De la tarde callada y sin rumores,  
 Tu silueta querida y palpitante  
 Era un quejido errante  
 Del alma misteriosa de las flores.

Te ibas en lontananza  
 Disipando, y en mi alma dolorida  
 Moría la esperanza,  
 Y el sueño de tu dulce remembranza  
 Se perdía en la noche de mi vida.

¡Te miraba partir! Tenue, esfumada,  
 Ya tu dulce silueta  
 Se perdía en la sombra desolada  
 Seguida por la trágica bandada  
 De todos mis ensueños de poeta.

Temblaba en mi memoria  
 El recuerdo fugaz de tu romanza,  
 Como un girón disperso de tu historia,  
 Un lampo fugitivo de mi gloria  
 O un cendal de mi última esperanza.

Y las huérfanas notas  
 Movían de mi espíritu en la calma  
 Las sombras de mis trágicas derrotas;  
 Ensangrentadas, con las alas rotas  
 Caían las quimeras de mi alma.

Todo un sueño de dicha que moría,  
 Todo un éxtasis dulce que acababa,  
 Un cielo de ilusiones que se hundía,  
 Un mundo de recuerdos que partía  
 Y un mundo de dolores que llegaba.

La noche me arropó; sobre mis penas  
 Hubo luz de lejanas lontananzas,  
 Y el agua que moría en las arenas,  
 Me habló de fe, de vida, de esperanzas!

### ARTÍGAS.

(FRAGMENTOS).

¡Noche de soledad! Mudos los vientos...  
 Muda la selva, el horizonte mudo...  
 ¡La inmensidad, desierta!  
 El horror de la noche  
 Besa la frente de la patria muerta.

¡Muerta está sobre el llano!  
 Ya se perdió en el último horizonte  
 La silueta del último guerrero...  
 ¡Todo está mudo y solo!  
 No susurran las brisas en el monte,  
 No murmuran las ondas en las playas,  
 La soledad, la muerte, y el silencio  
 Vagan por las colinas uruguayas.

Tendida sobre el último baluarte  
 De tu gloria de ayer, ensangrentada,  
 Tu frente mártir huérfana de lauros  
 Se ha doblado vencida...

Despertarás en vano,  
 Y en la noche aterida  
 Recorrerás el solitario llano,  
 Y empinada en la última barranca,  
 Del lloroso Uruguay lleno de nieblas  
 Clavarás la mirada en lo infinito;  
 Ya se ha perdido su silueta blanca,  
 No volverá el proscrito.

¡Artigas ya se fué! ¡Ya está muy lejos!  
 No volverá el caudillo legendario  
 A pisar tus riberas, patria mía,  
 Esperarás en vano  
 Junto al ara sin fuego de tus glorias  
 La vuelta del guerrero...  
 ¡Ya se fué para siempre!  
 ¡Su estrella se apagó!...

Solo en la noche

Sobre el campo dormido  
 Se oye un largo gemido...  
 Es el sueño de Artigas  
 Que huérfano pasea la llanura

Y sobre el río de la patria flota,  
 Es el alma del último guerrero  
 Que pasa cabalgando en el pampero  
 Envuelta en el dolor de su derrota.  
 ¡Tacuarembó!... Y el eco moribundo  
 Al sacudir las ramas de la selva  
 Levanta los quejidos olvida os  
 Las hisorias sin nombre,  
 Girones de recuerdos enlutados:  
 Las sombras que en las almas descendían,  
 Alegrías inmensas que callaban,  
 Esperanzas sin luz que sucumbían,  
 Resplandores de gloria que morían  
 Y ensueños que en la noche naufragaban!  
 ¡Tacuarembó!... Sepulcro de la gloria,  
 Último esfuerzo del valor vencido,  
 Término de la lucha,  
 Sollozo acerbo de la patria historia  
 Que aún á través del tiempo  
 Sobre los campos sin cesar se escucha.

¡Allí cayó la raza!  
 Allí dobló rugiendo la rodilla,  
 Cayó la montonera  
 Y tiñó con su sangre la cuchilla.  
 Se desplomó en silencio  
 Sin lanzar una queja  
 Sobre el sudario de la noche aciaga;  
 ¡Fué una estrella de fuego que se aleja  
 O un incendio de gloria que se apaga!  
 La ahogó la libertad entre sus brazos  
 Murió, al nacer la patria americana.  
 La encontró hecha pedazos  
 La deslumbrante luz de la mañana.  
 Los cuervos una noche  
 Agitaron sus alas de tiniebla  
 En su frente bravía,  
 Y la encontró la luz del nuevo día  
 Que brilló sobre el suelo americano  
 ¡Muerta! pero altanera,  
 Tirada sobre el llano,  
 ¡Envuelta en un girón de su bandera!

.....

®



## MARÍA EUGENIA VAZ FERREIRA (1)

## Á LA IMPECABLE.

Lirio impecable de la gran selva humana,  
 Fragante efluvio de una divina esencia,  
 Limpida perla de alguna mar arcana,  
 Sutil reflejo de una alta iridescencia.  
 Aurea falena, maestra soberana  
 En los matices de la psíquica ciencia  
 Oleo exquisito del ánfora cristiana  
 Ritmo inefable de espiritual secuencia:  
 Cristal joyante, rara arte, emírea rosa,  
 Diáfana estrella, fuente maravillosa,  
 Alma inviolada como el místico Edén.  
 Guzla de oro para el más bello canto,  
 Creo en el Padre, Hijo, Espíritu Santo,  
 Y en la hostia sacra de tu amistad. Amén.

## BERCEUSE.

«Era de noche: yo tocaba  
 Una *berceuse* de Chopin  
 Y aun sin mirarlo bien sentía  
 Fijos en mí los ojos de él.

Cuánto, Dios mío, nos amamos  
 Cuando escuchábamos los dos  
 Aquella rítmica armonía  
 Que nos llegaba al corazón!

Mas yo no sé porqué olvidada  
 De su presencia aquella vez,  
 Todas las fuerzas de mi espíritu  
 En la *berceuse* concentré.

¿Fué real su sueño? ¿fué un elogio?  
 Aun hoy lo ignoro. Sólo sé  
 Que yo me dije sin despecho,  
 Fuí más artista que mujer».

La repetí dos y tres veces  
 Siempre *pianísimo* el compás  
 Yo lo llevaba muy despacio  
 Muy cadencioso, muy igual....

Cuando después que hube concluído  
 Volví los ojos hácia él,  
 Hallé los suyos ya cerrados;  
 Nada me dijo, yo callé.

No sé qué extraño sentimiento  
 Hizo á mis labios sonreír  
 Al verlo tan serenamente  
 Adormecido junto á mi....

(1) MARÍA EUGENIA VAZ FERREIRA, es sin disputa la primer poetisa de América y la más grande que ha tenido el país. Su personalidad artística sólo puede equipararse á la de Zorrilla de San Martín, por la intensidad del sentimiento, lo hondo de la emoción y lo exquisitamente delicado de su arte. Es discípula de Heine y ha formado su estilo en el oscuro germanismo del poeta de Dusseldorf, que ella ha sutillizado al reflejarlo en su exquisito temperamento. Pertenece á la raza de los sensitivos, y sin duda en su emotividad de apasionada, hay una mórbida aspiración de «más allá». Escribe desde niña y en todas sus composiciones está el sello de su alma poderosa é inquieta.

## LA TORRE.

En la desierta orilla de unas playas remotas  
 Se alza una vieja torre de almenas seculares;  
 Su alma es íntima amiga del alma de los mares,  
 De quien conoce á fondo las tragedias ignotas.  
 Ha escuchado querellas é idílicos cantares,  
 Sabe mil episodios sobre las barcas rotas,  
 El cielo, las arenas, las libres gaviotas  
 Y los maravillosos poemas estelares.  
 En las noches de luna todos los pescadores  
 Y las pescadorcitas de los alrededores  
 Junto á la vieja torre suelen plantar sus tiendas.  
 Como á una vieja abuela que ha visto muchas cosas  
 La miran con sus largas pupilas silenciosas,  
 Mientras ella les cuenta fantásticas leyendas.

## INVITACIÓN AL OLVIDO.

Humedecido en mi lloro  
 Flameó tu blanco pañuelo,  
 Y calló su ritornelo  
 Nuestro adiós, largo y sonoro.  
 Se unió el quejumbroso coro  
 Del viento á mi acerbo duelo,  
 Mientras me besaba el cielo

Con sus pupilas de oro.  
 Resonó el postrer silvido;  
 Tras el crespón de la bruma  
 El buque ocultóse al par;  
 Y brindándome el olvido  
 En su ancha copa de espuma,  
 «Bebe!» me decía el mar....

## INVICTA.

Sé que eres fuerte, poderoso y bello  
 Como un soberbio gladiador romano,  
 Que de las glorias de inmortal destello  
 El cetro empuña tu gallarda mano.

Sé que tienes de rey la invicta fibra,  
 La voluntad espléndida y valiente,  
 Sé que el clarín que ante los héroes vibra  
 Arrulla con sus cánticos tu frente.

Sé que tus ojos, de hondo poderío,  
 Como el llameante abismo están abiertos....  
 Sé que eres grande, indómito y bravo  
 Como el noble señor de los desiertos.

Sé que ante mí tu imperio se dilata,  
 Que en tu visión de vencedor me avistas  
 A la lumbre del rayo que desata  
 La ruda tempestad de tus conquistas.

Ya tu mirada combatió la mía;  
 Ya me asestó sus flechas luminosas,  
 Ya ornar quisiste mi Tebaida fría  
 Con la efímera pompa de las rosas.

Ya quisiste venir audaz y altivo  
 Envuelto en la epopeya de tus glorias,  
 Y llevarme cual pájaro cautivo  
 Al palacio nupcial de tus victorias.

Pero sé que el corcel de tus deseos  
 Marcha inminente á su primer derrota;  
 Que al preciado joyel de tus trofeos  
 No podrás engarzar mi vida rota.

Sé que si enciendes en la lid de amores  
 Las pupilas de fuego con que abrasas,  
 Apagará sus bélicos ardores  
 El frígido metal de mis corazas.

Sé que no apresarán tus recios bríos  
 De mi alma libre la triunfal bandera,  
 La que ostenta la flor de mis desvíos  
 Cuando hago tremolar su faz guerrera.

Es inútil que el ritmo de tus sienas  
 Marque el vigor de tu viril arrojo,  
 Y atado al eslabón de mis desdenes  
 Los dientes hiques en tu labio rojo.

Es inútil que henchido de coraje  
 Suelta la garra en pos de tu quimera,  
 Como el león que acecha entre el bosque  
 Des al aire la ondeante cabellera.

Yo soy como la firme roca erguida  
 Que el oleaje amenaza en su bravura  
 Y eternamente ante la mar vencida  
 Su cresta eleva en la gigante altura.

Como la cumbre hundida entre los cielos  
 Más allá de los astros inmortales,  
 Que no pueden tocar los raudos vuelos  
 De las más fuertes águilas caudales.

Es inútil que rujas y seguro  
 Contra mi pecho tu potencia esgrimas,  
 Yo tengo un corazón helado y duro  
 Como la blanca nieve de las cimas.

#### PARA SIEMPRE.

Aunque los agudos dardos  
 Me claves de tus desdenes,  
 De tu luz seré la sombra  
 Para siempre, dueño mío, para siempre.

Y aunque una herida me abras  
 A cada paso que sigo,  
 Mi vida irá con la tuya  
 Para siempre, para siempre, dueño mío.

Ve, no más, como un fantasma  
 Tras el supremo deleite  
 Del amor y de la gloria  
 Para siempre, dueño mío, para siempre.

Que después que te hayas muerto  
 Yo me volveré al olvido,  
 Y te guardarán mis brazos  
 Para siempre, para siempre, dueño mío.

#### RIMAS.

En la desierta calle  
 Toda blanca del sol de mediodía  
 Súbitamente un órgano desata  
 La cadencia de un vals, honda y sencilla.

Mi alma lanza á mi cuerpo  
 En vueltas locas, á la par que rítmicas,  
 Una angustia me oprime; es un sollozo  
 ¿Quién podrá consolar esta alegría?

\*\*\*

«Tú no sabes, tú no sabes  
 Lo que yo llevo guardado...  
 Y ayer por reverenciarme  
 El sombrero te has quitado.

Si lo supieras, mi dueño,  
 Cuando junto á mí pasaras  
 Ay! en lugar del sombrero  
 El corazón te quitaras!»

\*\*\*

«Perdida la esperanza,  
 El ensueño perdido,  
 Soportaba la angustia  
 De mi agudo martirio»,

«Ven y siéntate á mi lado  
 Que un sueño triste he tenido;  
 Pon mis manos en las tuyas  
 Como siempre, y di, bien mío  
 Alguna dulce palabra  
 Bien cerquita de mi oído».

#### TRIUNFAL

Bardo gentil de rimas aurorales,  
 De plectro de oro y de gloriosa mente,  
 Que al entonar tus cánticos triunfales  
 Tienes nimbos de luz sobre la frente.

Yo soy la musa de candentes ojos,  
 La de ritmos fantásticos y bellos,  
 La que en el soplo de sus labios rojos  
 Tiene chispas y fúlgidos destellos.

Tú vas de las gigantes espirales  
 Tras el fuego sagrado en que te inspiras,  
 Para encender estrofas inmortales  
 En las cuerdas sonoras de tus liras.

Yo soy la de las fúlgidas miradas,  
 La que entre choques de armoniosas notas  
 Arranca del laud despedazadas,  
 En arpegios de luz, las cuerdas rotas.

Tú haces mantos de pétalos dorados,  
 De adalias blancas y purpúreas rosas,  
 Que deslizan sus pliegues perfumados  
 Sobre las líneas curvas de las diosas.

Yo hago palmas de mirtos y claveles,  
Coronas de jazmines y de nardos  
Tejidas con guirnaldas de laureles,  
Para la sien gloriosa de los bardos.

Vamos los dos á desplegar el vuelo  
De nuestras ricas y potentes alas,  
Hacia el confín donde despliegue el cielo  
La magnífica pompa de sus galas;

Donde la nota victoriosa y fuerte  
De los clarines, en vibrante coro,  
Dando la diana del amor, despierte  
Nuestros sueños de púrpura y de oro.

Yo haré latir tus fibras más hermosas  
Con mis hondas y ardientes fantasías;  
Tú me darás en rimas vigorosas  
De tu voz las soberbias melodías.

Y mientras luzcan su brillante hechura  
Tu clámide y mis galas imperiales,  
Nuestras canciones rasgarán la altura  
Como alage de cóndores triunfales.

Serán cual ondas de cendal brillante,  
Suelto al aire, entre bálsamos y esluvios,  
De nuestras glorias el pendón flotante,  
Mis trenzas negras y tus bucles rubios.

Y encendiendo los mustios arreboles  
Con nuestros rayos, fuertes y fecundos,  
Viviremos los dos como dos soles  
Alumbrando las almas y los mundos.

### ¿POR QUÉ?

Ha llegado el crepúsculo,  
Se oscurecen las sombras,  
Los ruidos, que se duermen, me parecen  
Un arrullo lejano de palomas...

Vaguisimo, en el aire  
Un perfume se siente,  
Algo como un olor de flores muertas,  
Algo que me entristece.

.....  
Silencio! se ha escuchado  
Como un grito de ave:  
Es que la luz va á disipar las sombras,  
Es que la aurora nace!...

La mañana es espléndida,  
En colores y en luz todo florece...  
Y ahora, me pregunto,  
¿Por qué no estoy alegre?

### RIMAS.

#### XVI.

Como chispas escapadas á algún astro  
Que en la noche moribunda se perdieran,  
De mi boca, sol de amores  
Encendido en tu pupila cenicienta,  
Van los besos á perderse, moribundos,  
En la undosa noche oscura de tu pálida cabeza.  
Mas tú sigues — inconsciente como el pico de las rocas  
Que las aguas acarician con sus olas planideras;  
Como el lago en que doblado  
Llora un sauce sus cadencias;  
Como el nido sin rumores

Donde sólo canta un ave sus nostálgicas endechas...  
Mas tú sigues por la luz y por la sombra,  
Por el duelo y por el fausto de tu senda,  
Inconsciente de los lauros  
O el consuelo que te llevan  
Esos hijos infelices

Engendrados en las horas desoladas de mi pena!  
Como chispas escapadas á algún astro  
Que en la noche moribunda se perdieran,  
De mi boca, sol de amores  
Encendido en tu pupila cenicienta,  
Van los besos á perderse, moribundos,  
En la undosa noche oscura de tu pálida cabeza.

#### XVII.

##### I.

Toda la nieve, toda la nieve de un polo eterno  
Siento en el pobre corazón mío,  
Grande y oscuro como el invierno,  
Como el invierno, triste y sombrío  
Mientras que afuera su hondo lamento  
Siniestra gime la voz del viento.

##### II.

Arde á mi lado la llama viva  
Que al aire tiende sus silenciosos penachos rojos;  
Tras de la alada chispa furtiva  
Buscando tibias consolaciones se van mis ojos.

##### III.

Pesan las penas  
Sobre mi alma, sobre mi alma mustia y doliente;  
Sobre mi vida pesan las horas de angustia llenas;  
Sobre mi mano pesa mi frente.

##### IV.

Quiebra y derrite con su tibieza  
La ardiente llama  
Nieve y más nieve del mar inmenso de mi tristeza  
Que gota á gota por mis pupilas se desparrama...  
Mientras que afuera su hondo lamento  
Siniestra gime la voz del viento...

\*\*\*

Ven tú, que tienes el mirar sencillo,  
Los ojos claros, llenos de confianza...  
Tú que marchas tan firme por la vida,  
Lleno de fe, de paz y de esperanza!

Tú que puedes sentir las alegrías  
Serenos, sin angustias, tú que esperas  
Que vuelva tras las sombras del invierno  
El sol de las alegres primaveras...

Tú que si me haces ver que no me amas,  
La obcecada visión del bien perdido,  
Me das de tu constancia la promesa  
Con el cándido rostro sorprendido.

Y si á pesar de la razón yo dudo  
Y ves pasar angustias por mi frente,  
Con amable y solícita ternura  
Me vienes á pulsar, tranquilamente...

\*\*\*

Como estuches incitantes en las manos de un joyero  
Tus dos párpados se abren y se cierran sin cesar,  
Y me turba con su brillo luminoso y pasajero  
Del esmalte de tus ojos el agudo centellear.

Si yo fuera una princesa de la tierra de la Gracia  
Con la barba y las mejillas recortadas en marfil,  
Y la frente coronada por la blonda curva lacia,  
Te dijera cada ofrenda de mi exótico perfil:

Oh! mi sumo y bello artífice, oh! mi orfebre omnipotente  
Que de todo lo armonioso recibiste el sacro dón,  
Yo te ruego que me lleves engarzada eternamente  
De tus árabes pupilas en el regio medallón.

### LA VIEJECTA.

• Allá por el camino, triste y cansada,  
La viejecita viene con paso lento  
Cantando con voz queda como un lamento  
El antiguo estribillo de una balada.  
Aunque muere en sus labios ya la tonada,  
Aunque es como un suspiro débil su acento,  
Concentrando en la estrofa su pensamiento  
Ameniza lo rudo de la jornada.  
Mas de pronto se nubla su faz serena  
Y calla: ¿qué recuerdo le causa pena?  
Su semblante se enciende de honda tristeza  
Y un sollozo se escapa de su garganta,  
Que es la nota apagada con que ella empieza  
La balada mas triste de las que canta.

## TORIBIO VIDAL BELO <sup>(1)</sup>

### PONTIFICAL.

¡Repiquetean los seis campanarios  
el Carnaval de sus pascuas floridas!

Palmas y olivos de paz y orquideas,  
iris de amor de los pétalos lilas  
de los nenúfares, tejen los regios  
sobrepellises del Arca de Asiria—

Amarillea el marfil del relieve  
en los estucos de esmalte y de mica  
del tabernáculo santo. — ¡Las rosas  
sangran su sangre en las copas pulidas!

Coro de voces de bocas angélicas  
pule el cristal de las raras antífonas  
y en los armonios y en los violoncelos  
las aleluyas alegran sus risas —

Van entre estolas y capas pluviales  
las elegidas de reino, las ricas  
cajas de sándalo y palo de rosa  
donde Morcaz y Plessys se confirman.

Carlos Morice y Reguier bajo el palio,  
de raso persa y de sedas egipcias,  
son la magnífica flor de holocausto  
sacrificada á la Diosa Harmonia —

Viste la veste talar del acólito  
y orla de mirtos su clásica lira,  
Le Cordonnell, el histérico loco,  
¡ebrio divino en la roja vendimia!

Sobre el coral y el rubí de las naves,  
pintan sus simbolos los simbolistas  
y el bello Heredia cincela su heráldica  
decadentista.

Bailan en rueda las rubias bacantes;  
saltan los sátiros; ríman las liras;  
suenan los seis campanarios sus Kyries,  
y arde el altar bajo el sol de las mitras—

Cincelador de los ídolos nuevos  
el Gran Verlaine versifica su epístola,  
y en el misal de sus *Fiestas Galantes*  
reza el Profeta sus cien profecías.

(1) De este poeta que pertenece á la última generación, el público sólo conoce las tres exquisitas composiciones que publicamos. VIDAL BELO ha sido talvez el primer divulgador en Montevideo de la escuela de Verlaine y de Darío. Sus composiciones dentro del mórbido *snobismo* que las ha inspirado, poseen la intensidad sentimental y la delicadeza quintaesenciada de la escuela francesa de última hora. Es un poeta misántropo, que como de Vigny se ha refugiado en su Torre de Marfil, donde sin duda cultiva con la pasión de los *egotistas* su raro temperamento.

La hora de orar da el reloj del apóstol,  
la hora de orar la oración pontificia;  
y la inicial procesión de novicios  
canta el ritual de la azul letanía.

Moscas de luz de benjuí y cinamomo  
zumban los giros que el verso acaricia,  
y en el vidrial ojival de las cúpulas  
beben la miel de las místicas misas.

Llenas de incienso se besan las bocas  
que las modernas parábolas riman  
bajo las naves del griego cenáculo  
donde se ofrecen las santas primicias.

Sobre el altar de mosaico de mármol  
queda un triunfal florilegio de ninfas,  
¡ecos del salmo del Libro Evangélico!  
¡anunciación de los nuevos Mesías!

### CAEN LAS HOJAS,

Caen los líricos caireles musicales,  
Caen los prismas del teclado, las bandurrias de esmeralda,  
los timbales de topacio, las sonoras filigranas,  
las pequeñas, diminutas mariposas de mosaico.  
Llueven lluvias de pistilos, de pistilos y periantos,  
de corolas afelpadas, de liliales flores muertas!  
Llueven lluvias sobre el lago y el jardín se aterciopela.

#### II.

Exquisitas manos suaves con sus guantes acarician  
la lujosa empuñadura de las dagas merovingias,  
de los ricos nacarados estiletos de los Borgias.  
Exquisitas suaves manos asesinan a las hojas,  
asesinan los pimpollos corazones amatistas:  
Y los pajes engalanan y perfuman las vitrinas  
de floridos filamentos de campánulas de seda,  
de pompones de amapolas y *bouquets* de crisantemas.

#### III.

En las salas del palacio y en el parque de cristales  
galantean las marquesas empolvadas de diamantes  
y los duques reverencian a las rubias cortesanas —  
— blasonados figurines de condal peluca blanca —  
Caen las hojas, caen los prismas del teclado!  
y al amor de los balances de los finos contrabajos,  
de los dulces mandolinos, de las arpas, de las violas,  
bailan rítmicas parejas el compás de las gavotas.

#### IV.

Retoñaron ¡oh querida! nuestras lindas primaveras...  
¡El otoño es en las flores!  
Bajo el sol de las glorietas,  
entre pétalos difuntos de verbenas y magnolias  
vi abrazadas dos estatuas, dos estatuas de rosada *terra-cotta!*

### NOCHE BLANCA.

Plenos claros de luna opalizan  
la acuarela de un lago de plata,  
que en la bruma azogada del cielo  
borda el tul de las ágatas pálidas.

Por la tersa epidermis del lago,  
bogan cándidas góndolas, diáfanas,  
mientras cantan los castos violines  
la canción florestal de las almas.

Suenan suaves las risas gris perla  
del gentil rimador de las aguas:  
y a los golpes del remo se enrulan  
las pelucas de espuma de ámbar.

En la barca de nieve de un sueño  
va Pierrot con su máscara blanca,  
escribiendo en un ala de cisne  
la romántica triste romanza:

« ¡Oh la luz de mis lunas nupciales  
• en amor de los lirios deseadas!  
• Carne tibia de azahares y nardos  
• aromada en las mirias de Arabia!

• Quiero arder en tus labios de hostia  
• y encenderme en tus líricas ánforas,  
• y en tu lluvia de polvos de espejos  
• consumirme en neblinas opacas.

« ¡Oh eucarística sangre de cirios!  
• ¡Oh la angélica albura soñada!  
¿No podrán descansar mis promesas  
• hamacando en tu seno sus ansias?

Y en la misa orquestal de la noche,  
llora y ríe la gris serenata:  
mientras suenan los suaves violines  
la canción otoñal de las almas.

ARMANDO VASSEUR <sup>(1)</sup>

## NUNCA MÁS...

## I.

Aquella noche de bodas  
En tu soberbia mansión  
Tus amigas fueron todas,  
Tus amigos..., menos yo.

Deslumbrarían las gemas  
De tu tocado falaz,  
Y el nimbo de blancas yemas,  
Y el regio velo nupcial.

Palpitarian las pomas  
Fraternales de tu sér  
Como dos blancas palomas,  
Por algo que no diré.

Alguna angustia inefable  
Acaso te poseyó,  
Cuando el domine impecable,  
Echóles su bendición.

Ningún estremecimiento  
Quizá se te percibió;  
Pero, allá, en tu pensamiento...  
Pero allá, en tu corazón!...

Sonreirías sirenáica  
Mintiendo un aire feliz,  
Como una vestal arcáica,  
Elegida entre diez mil.

Deslumbrarían las gemas  
De tu tocado falaz,  
Y el nimbo de blancas yemas,  
Y el regio velo nupcial.

Aquella noche de bodas  
En tu soberbia mansión  
Tus amigas fueron todas,  
Tus amigos..., menos yo.

## II.

Há poco, nos encontramos,  
¿No recuerdas dónde fué?  
Apenas nos saludamos,  
Tú muy grave, yo también.

Después... pasaron los meses  
Sin volvernos á encontrar;  
Yo pensaba muchas veces:  
¿Nos veremos? ¿nunca más?

¿Nunca más? ¿qué desenlace  
De una tal intimidad!  
Y me hostigaba la frase  
Como á Póe: ¿nunca más!

¡Oh, qué sufrir tan profundo  
con el recuerdo fatal  
Preguntando á todo el mundo  
Como un niño: ¿nunca más?

Y algunos que comprendían  
De mi alma la ansiedad,  
En secreto me decían:  
« Ella le ama », « busquelá ».

Pero los más se alegraban  
Con una risa jovial,  
Y como el cuervo exclamaban:  
« Caballero: ¿nunca más! »

Y las sombras de la noche,  
Y las brisas de la mar,  
Y las cosas familiares  
Repetían: ¿nunca más!

Nunca más, me perseguía  
Por doquiera, sin cesar;  
Hasta en sueños siempre oía  
Como un loco, el ¿nunca más!

¿Cuántas veces, desolado,  
Disparábame al azar,  
Como huyendo del malvado,  
Del horrible: ¿nunca más!

Y aquella que no se nombra  
Complaciase en mi mal,  
Pues su sombra era mi sombra  
Que evocaba el ¿nunca más!

(1) ARMANDO VASSEUR, cuyo pseudónimo *Américo Llanos* es conocido en España y América, es un poeta joven, de intensa personalidad. Su inspiración dual, ha cantado con igual originalidad, la mórbidas sutilezas de su refinada psicología, ó los tomos objetivos, amplios y universales. Su musa sentimental conoce el secreto de exteriorizar con arte las vagas sensaciones de las almas inquietas. Empezó su carrera literaria en la prensa argentina. Sus versos se hallan dispersos en diarios y revistas del Continente. Es un escritor de estilo que también se ha preocupado de los grandes problemas sociales.

## III.

Mas, una noche cansado  
De tan maldita obsesión,  
Dí, en pasar, embozado  
Por la calle de mi amor.

Y al ver la casa cerrada  
Y enlutado su aldiabón,  
Tuve una corazonada  
Al pensar: ¿cuál de los dos?

¿Cuál de los dos? y subí  
Ebrio de un afán atroz;  
Si era Él ¡qué frenesí!  
Si era Ella ¡qué dolor!

Y cuando le ví, tendido,  
Con su lividez mortal,  
Por tres veces al oído  
Susurréle el ¿nunca más!

Y cuando, toda enlutada,  
Ella, al fin, dejóse ver,  
Y con su doble mirada  
Arrodillóse á mis pies,

Yo, sin saber lo que hacía  
O sabiéndolo quizá,  
Repetí como solía:  
¡¡¡ Nunca, nunca, nunca más!!!

## Á SALOMÉ.

¿Recuerdas cuando ensayabas  
La « Saffo » de Massenet,  
Y después, cuando danzabas  
Para mí solo, el minuét?

¿Recuerdas cuando rociabas  
De besos la rosa thé  
En tanto que me mirabas  
Con ojos ebrios de fe?

¿Recuerdas el tiempo aquel?  
¿Las lecturas del « Ariel »  
De Schélléy en tu « boudoir »?

¿El coloquio largo y solo  
Como Franchesca y Paólo  
En el divino cantar?

¿Recuerdas el tiempo aquel,  
Oh blonda, como la miel?

## NADA.....

Él, no quería pedir  
Nada al Dios desconocido.

Ni siquiera un elixir  
De orgullo, ambición u olvido,

Poco dábale el vivir  
Como hasta entonces aburrido.

Menos dábale el morir  
Pues nada le era querido.

¿Quizás habría nacido  
Con el dón de no sentir?

¿Quizá le habría perdido  
En un supremo sufrir,

Bajo el arco de Cupido  
O en un Letéo de Ofir?

Yo, lo que puedo decir  
Es que vivía aburrido,

Y que solía reír  
De sí, con doble sentido.

Mas, no quería pedir  
Nada, al Dios desconocido!

### Á ATLÁNTIDA.

Numen del Nuevo Mundo,  
Dictame la orquestal polifonía  
Del tiempo nuevo y de las nuevas razas;  
Los rutilantes cantos augurales  
Del portentoso porvenir de Atlántida!

¡Madre de las Naciones  
Quiero tejerte un himno inmarcesible  
De armoniosas palabras;  
El himno zodiacal de la apoteosis  
De florecidas sílabas que cantan;  
Quiero sonarte, redimida sierva,  
Marcando rumbos á la estirpe humana,  
Transfigurando el infeliz presente  
Inaugurando la mundial Acracia!

Flor de los emergidos continentes,  
De pétalos inmensos como patrias,  
De cáliz tropical, ebrio de polen,  
De néctares y féculas intactas  
A cuyo alrededor zumba perenne  
En rauda rotación inmigratoria  
La enjambrazón hambrienta de las Castas;

Crátera convivial de los festines  
De la eterna Abundancia  
Sea el preclaro sol de tu hemisferio  
Zona sagrada;  
Crátera convivial de los festines,  
Que en la rústica tabla de tus granjas,  
Y en la mesa suntuosa de tus urbes,  
Con áureo gesto su esplendor derrama!

Cofre de los tesoros primordiales,  
Joyerero mineral del regio Orbe,  
Virrina subterránea,  
Desbordante de piélagos preciosos  
Que el tiempo inmemorial metalizara;  
Reservorio de minas de petróleo,  
De sulfurosos surtidores de aguas,  
De superpuestas selvas carboníferas,  
De áureos Cipangos y Golcondas mágicas;  
Batea del sagrado transformarse  
De la inefable vida organizada,  
Núcleo de siderales energías,  
Joven Mesopotámia;  
Madrépora nupcial, tálamo cíclico,  
Tallado por los ínclitos Titanes  
De audacia legendaria,  
Para que en él celebren su himeneo  
Las floras y las faunas  
De los divinos climas cardinales,  
Glorias del mundo, de los pueblos alma  
Medicinal naturaleza virgen....  
Eres belleza, poesía, ensueño,  
¡Oh realidad continental de Atlántida!

Visiones de la «tierra prometida!»  
Miríficos oasis del desierto,  
Los panoramas;  
Valles eliseos, formidables ríos,  
De soñolientas ó nerviosas aguas;  
Selvas pomposas, milenarias selvas  
Que nunca hollaron temerarios pioners  
Ni oyeron nunca la canción del hacha;  
Arduas Babeles, cordilleras mudas  
De emocionante arquitectura fantástica;  
Lagos serenos, como piedras finas,  
—Líquidos cielos en el cielo aéreo—  
Como escondidos entre las montañas;  
Ráudos torrentes, cancioneros libres  
De los abismos, que los ecos guardan;  
Obras maestras de la gran Natura  
¡Oh, arcos-iris de las cataratas!  
Frescos, perennes manantiales líquidos.  
¡Oh, filtros naturales de los campos,  
Paradisial bebida de los dioses,  
Suero espontáneo, transparente savia!

¡Oh, verdegueante, pastoril miraje,  
Gráciles hierbas, trébolares pingües,  
Muelle, riente, peregrina grama!  
¡Oh, gleba de los búcaros pradiales  
Vívida y suave como pulpa humana:  
Tú simbolizas la edad de oro extinta,  
Tú redivives la belleza arcáica,  
Tú justificas los solemnes mitos  
De vida solidaria  
Que para bien de nuestra estirpe inicia  
Mi extravagante arteficción ensalza....  
¡Oh maravillas,  
Prez de la rica juventud terráquea!

### II.

¡Madre de las naciones,  
Cráter social, hornaza,  
En cuyo hirviente seno desembocan  
Las residuales heces planetarias,  
Para aclarar sus lóbregas angustias,  
Para templar sus tiritantes fibras,  
Para saciar sus tempestuosas ansias,  
Para cumplir con el impulso eterno  
De renovarse y renovar la casta,  
Cual trágicos metales herrumbrosos  
Que los crisoles funden  
Y el Arte trueca en novedosas armas!

¡Oh proles venideras!  
Seres futuros que el Futuro incuba  
Bajo sus vastas alas;  
Más grandes que los grandes Cincinatos,  
Que las Antígonas, y las Penélopes,  
Las Hiparquías y Lucrecias clásicas;  
Vidas de luz, de amor, de fortaleza,  
Mentes mundiales: almas!

Sororales, varonas redimidas,  
Antorchas del saber con cuerpos de ánforas;  
De ubérrimos ovarios progen ales,  
Bajo la comba maternal y elástica;  
De húmedas y policromas pupilas  
De nupciales miradas,  
¡Oh, cosecheras de organismos ágiles,  
Vendimiadoras de amorosos sueños  
Dispensatrices de supremas gracias!

¡Eximia variedad de los Atlantes:  
Gente viril, genial, hospitalaria,  
Exenta de infamantes atavismos,  
Libre de toda decadente mácula!  
Altos designios, ejemplares gestos  
Constelarán, el fosforente vuelo,  
De sus gallardas horas cotidianas.  
Seráles leve la experiencia escrita,  
Cuanto postulan rutinarias «Tablas»;  
Sabrán vivir la vida sensitiva,  
La plena vida de los hombres dioses  
Multiplicando su inmortal prosapia.  
¡Oh proles venideras!  
Serés futuros que el Futuro incuba  
Bajo sus sacras alas!

## III.

Madre de las naciones,  
Mito glorioso, renaciente Atlántida,  
«Obrera la más joven de la Tierra,  
«Obrera la más rica, la más sabia»  
Si perseveras, te dirán un día,  
Las laudatorias lenguas de los pueblos  
En numerosas, inmortales, hablas:

«Granero de la Especie,  
Tienda de las piadosas ambulancias  
Abierta á los anónimos dolores  
De la fatalida y la desgracia;  
Cabecera fraternal del optimismo,  
De la tabla redonda del planeta  
En el gran festival de la Abundancia.  
Salvavidas de todos los caídos,  
Estandarte de todas las audacias;  
Eje, de los gallardos equinoccios  
Y de las «tempestades necesarias»;  
Lagar de los fructíferos fermentos,  
Cuba de inspiraciones y nirvanas;  
Hospicio de Mesías y Dionisos,  
Taller de las empresas majestáticas;  
Pórtico emulador de la Sapiencia  
Abierto á las eximias tolerancias  
Entre cuyas columnas diamantinas  
Arde la zarza  
De la Fc scmita,  
Ríen los dioses de la magna Grecia  
Y zumba el genio de la ciencia aria;  
Cuna, de victoriales campeonatos

En todas las futuras Olimpiadas;  
Tierra votiva de la musa Agrícola  
Inspiradora de los apogeos  
De bienestar é independencia humanas;  
Tierra del desdoblarse de los siervos  
En hombres libres, en excelsas damas,  
Como jamás los continentes vieron,  
Como jamás la humanidad soñara....  
Tierra filosofal de la Armonía,  
Del «Gay saber» y de las artes prácticas:  
Tierra de la Amistad y del Amor,  
Tierra del Entusiasmo y la Esperanza,  
Tierra de la Belleza y de la Fuerza,  
Tierra divina para siempre amada,  
Haz que el aeda juvenil te admire  
— Como en el sueño de Noé, el Arca —  
Transfigurando el infeliz presente,  
Marcando rumbos á la especie humana,  
Embellaciendo la mansión terrestre,  
Inaugurando la mundial Acracia!

Esfera terrenal y selectiva  
De transparente atmósfera agraciada,  
En cuyo claustro maternal vislumbro  
El espejismo de una nueva Raza,  
Haz, que el aeda juvenil te admire  
Hacia el sublime porvenir, en marcha,  
Antes que el tiempo en sus cabellos nieve,  
Y la deidad de la suprema Inercia  
Rompa el cordaje laudator de su arpa!

Torre de los vigías de la Idea,  
Torre de radiográficas alarmas,  
Torre de fulgurantes reflectores  
Torre refugio de las grandes almas!  
Colmenar de novísimas ciudades,  
Las más fuertes, artísticas y alegres,  
Las más ricas, fecundas y magnánimas;  
Pléyade de comunas familiares  
Cuyo tesoro espiritual irradia  
Más luz y poesía que los astros,  
Y más fuego interior que las montañas.  
¡Aurorales ciudades presentidas!  
Sin resguardos, bastiones ni murallas,  
Sin catacumbas de menguados ritos,  
Sin chozas, sin cadalsos, sin armadas:  
¡Oh ciudades!  
Más grandes que las grandes Babilonias,  
Más bellas y más raras  
Que las bellas ciudades de la Hélade;  
Más fuertes y más libres  
Que las «urbes» romanas;  
Que cuantas yacen para siempre ignotas  
Bajo las selvas de la antigua Atlántida;  
Más impregnadas de virtud divina,  
De divino heroísmo,  
De fraternal unción humanitaria,  
Que las Jerusalenes intangibles  
Y las Mecas arábicas!

Nebulosa civil en formación,  
Archipiélago de «urbes» libertarias,  
Pléyades de comunas familiares,  
Sociales vías lácteas;  
¡Oh ciudades!  
Originales líricas y plásticas,  
Paganamente llenas  
Del Espíritu santo de la Vida,  
Cuya embriaguez, maravillosa y rauda,  
— Ritmo inefable, medular zig-zag,  
Trémolo, fuga, maremoto anímico,  
Impetu, fiebre, creadora dádiva,  
Loco derroche, aurisolar eclipse  
De la potencia y la conciencia avaras —  
Cruza, en las noches del Destino Humano,  
Como un meteoro entre la sombra arcana!

¡Oh ciudades...  
Cuyo tesoro espiritual irradia  
Más luz, que los gloriosos candelabros  
De Salomón;  
Más prez que las estatuas  
De Fidias, que los mármoles de Scopas,  
Y los ritmos heroicos de la Iliada!  
Más genio, más valía, más grandeza,  
Que todos los estilos y las obras  
De las extintas y modernas castas;  
¡Oh ciudades, emporios electivos  
De los más grande que en el Orbe existe  
Desde que existen almas!  
Emporios de hidalguías fraternales,  
De conciencias afines y plenarias;  
Ricos veneros, cerebrales vetas  
Del supremo radium «Perseverancia»,  
Cuyo electrismo sideral y ardiente,  
Es el más grande que en el Orbe existe  
Desde que existen almas!

—  
Madre de las naciones,  
Reverdecida, fabulosa Atlántida,  
Haz que el aeda juvenil te aclame  
Hija más bella que la bella Europa  
Y que la madre Asia!

—  
Haz que pueda ofrendarte y lo merezcas  
Un himno exaltador é inmarcesible  
De armoniosas palabras;  
El himno zodiacal de la apoteosis  
De florecí as sílabas que cantan;  
El himno cuyos ritmos rememoren  
Las músicas campestres de tus brisas,  
El grave bordoneo de tus playas,  
La ronca inspiración de tus torrentes,  
La augusta soledad de tus montañas,  
El hórrido fragor de tus combates,  
El silencio sidéreo de tus pampas,  
Los verbos zumbadores de tus pueblos  
El lento despertar de tus canallas....

¡Oh madre tutelar de gran futuro!  
Mito glorioso, renaciente Arcadia  
Ornamento gentil de los océanos,  
Pensil inaugural de democracias,  
Frontón del nuevo kósmos humanista,  
Alto relieve, pedestal del Super  
«Duomo» mundial de novadoras Razas!

—  
Que los vientos del Norte,  
Que los vastos aliseos de los trópicos,  
Que el hálito sublime de las pampas,  
— Desde el remoto estrecho de Behring  
Hasta la cuenca aurífera del Plata —  
Hínchen y avienten hácia el gran Futuro  
Tus magestuosas velas desplegadas,  
— «Santa Santorum» de los pueblos libres —  
Nave inmortal, insumergible Atlántida!

## ECCE-HOMO.

¡Oh, las celdas solitarias  
De la Bohemia ingeniosa,  
Con sus trofeos de zarzas,  
Y sus cruces incorpóreas!

Y la angustia de esas vidas  
Proyectándose en las cosas  
Bajo el terrible silencio  
De las parálisis locas!

¡Bien hayan, los ecce-hómos  
Tocados de gracia estóica!  
¡No, los Satanes eunúcos  
Ni las rastreras babosas!

Y los recuerdos de un tiempo  
De anunciaciones creadoras,  
Destilando sus toxinas  
Entre las células mórbidas!

¿Y las páginas en blanco  
Del memorial de sus glorias?  
¿Y las preñeces macabras,  
Y las estúpidas glosas?

## AGUAFUERTE.

Como un extraño espectro desolado  
Suele erguirse del fondo del pasado  
La visión de tu mágica presencia,  
Como un extraño espectro desolado  
Del soñar de mi loca adolescencia.

Y siento que en el fondo de mi vida  
Gotea en las tinieblas, una herida  
Cuya sangre proyecta tu aguafuerte;  
Y siento, que hasta el fondo de la Vida  
Nada más que una vez vaya la Muerte!

## COMO SOLÍAS TÚ...

Despertéme obsedido  
Por una sombra azul,  
Que me hablaba al oído,  
Como solías tú...

Llovía suavemente,  
Y en la noche sin luz  
Sentí besar mi frente  
Como solías tú...

¡Oh, qué ansiedad más loca,  
Qué inefable inquietud.  
Cuando sorbió mi boca  
Cómo solías tú...

Cuando se echó en mi lecho  
Y me clavó en su cruz,  
Y me arrulló en su pecho  
Como solías tú!...

MARÍA H. SABBIA Y ORIBE <sup>(1)</sup>

## LIDIA.

Envuelta en niveo y vaporoso manto,  
plácidamente en languidez sumida,  
Lidia reposa, de mortal congoja  
libre su pecho.

¿Duerme? Su aliento acompasado mueve  
el casto seno, y se comprende al verla  
que por el aire, suavemente, pase  
tierno suspiro.

¿Sueña?... Su boca al entreabrir parece  
que besa y ríe á su invisible dueño;  
ó acaso... ¿acaso á misteriosa y dulce  
voz no responde?

¿Qué ojos amantes de mirar sereno  
verá en los suyos reflejar dichosos?  
¿Con qué ternura le dirá sus ansias  
timidamente?

Tú que la miras, venturoso amigo,  
si con amor alguna vez en sueños  
viste pasar una visión querida,  
no la despiertes.

No la despiertes y á los ciclos pide  
que á ella propicios y benignos sean;  
píde que viva complacida siempre,  
siempre soñando.

(1) MARÍA H. SABBIA Y ORIBE es autora de un libro de versos titulado *Aleteos*, que señalaron á la inspirada poetisa á la atención pública. Desde entonces ha colaborado con éxito en todas las revistas literarias del país y en algunas del extranjero. Sus versos hondamente sentidos y generalmente inspirados en asuntos tiernos ó familiares, han merecido conceptos elogiosos por parte de la crítica.

## NAVIDAD.

Son las doce de la noche, y en amplio firmamento  
luce un astro milagroso de mirífico fulgor;  
en sus alas transparente y ligeras trae el viento  
como un cántico sublime de la casa de Sión.

Hoy se cumplen las excelsas, inspiradas profecías  
que, en los montes rocallosos de la gran Jerusalén,  
anunciaron á su pueblo los profetas Isaías  
y Daniel.

Trasponiendo los confines del Empíreo, en rauda vuelo,  
más radiantes que luceros, en magnífica amplitud,  
lentamente se despliegan por la senda añil del cielo  
los arcángeles envueltos en sus túnicas de luz.

Y una mística y sencilla melodía laudatoria  
manifiesta á los pastores que á las puertas de Belén  
nació el Justo. Y lo pastores glorifican á la gloria  
de Israel.

Van los fieles venturosos en feliz peregrinaje;  
y Él, el príncipe divino de la casa de David,  
ante el mundo que se inclina presentándole homenaje,  
de pobreza y mansedumbre se ha querido revestir.

Humildísimo pesebre es la cuna del infante,  
áureo nimbo lo colora con un brillo sideral,  
y á sus pies, raro prodigio de virtudes, su triunfante  
madre está.

Del Oriente, los tres Magos traen incienso, mirra y oro,  
avisados por un astro de mirífico fulgor;  
con un séquito suntuoso, á ofrecerle su tesoro  
han llegado, y se prosternan en humilde adoración.

Fué así como se cumplieron las antiguas profecías  
que, en los montes rocallosos de la gran Jerusalén,  
anunciaron á su pueblo los profetas Isaías  
y Daniel.

ERNESTINA MÉNDEZ REISSIG <sup>(1)</sup>

## CORAZÓN.

¡Siga la lucha, siga!  
Y corran muchas lágrimas;  
Pero no olvides, corazón, tu orgullo,  
Y aunque te hieran, calla.

Si sólo decepciones  
Hallaste en tu jornada,  
Y pagan con envidia y despotismo  
El bien que prodigabas,  
No importa, corazón: sigue luchando.  
Soporta con firmeza tu desgracia.

¡Oh! luchando con fe,  
El triunfo, corazón, siempre se alcanza;  
Y aquellos que hoy te asedian  
Con despótica saña,  
No extinguirán la luz sublime, inmensa,  
Que alumbra tu esperanza.

¡Siga la lucha, siga!  
Y corran muchas lágrimas;  
Pero no olvides, corazón, tu orgullo,  
Y aunque te hieran, calla!

## CREPUSCULAR.

Enviando el risueño Febo  
Su último beso al paisaje,  
Ocultóse lentamente  
Tras los añosos pinares

Los azahares se deshojan,  
Las rosas blancas se besan,  
Y el ambiente se perfuma  
Con jazmines y violetas.

Y van cruzando ligeras  
Empañando el azul cielo,  
En grupo, las blancas nubes  
Impulsadas por el viento.

Y ante el sublime paisaje  
Mi corazón ¡pobre enfermo!  
Deleitado se estremece  
Y hacia la cumbre alza el vuelo.

Aparece entre las nubes  
Alguna pálida estrella,  
Mientras lanza entre el follaje  
El zorzal dulces endechas.

Ya la voluptuosa reina  
De la noche se levanta,  
Y acaricia con sus flecos  
Mi frente ¡ay! tan mística y pálida!...

Cuánta belleza en el cielo!  
Cuánta poesía en la tierra!  
Aquí perfumes y trinos,  
Allá nubes, luna, estrellas.

## ENSUEÑOS Y REALIDADES.

Yo me soñaba gota de rocío  
Que por tí, recogida en nivea rosa,  
Fulguraba cual fleco de una estrella  
Retratando la luna majestuosa.

Me soñaba celaje en tus auroras,  
En tus días el sol resplandeciente,  
Horizonte de grana en tus crepúsculos,  
En tus noches estrella reluciente.

Yo me soñaba imagen dulce y bella  
Que reía feliz en tus ensueños;  
Me soñaba en un enviado venturoso  
Que te anunciaba un porvenir risueño.

Y me soñaba ser el ángel bueno  
En cuyas alas de marfil y armiño  
Te dejabas mecer apasionado  
Al compás de mi plácido cariño.

Yo me soñaba voz de lo infinito  
Que á tu oído arrullando sus amores,  
Te ofrecía del mundo sólo dicha,  
Sólo ternuras, sólo luz y flores.

Y me soñaba idea en tu cerebro,  
En tu memoria célica memoria;  
En el centro de tu alma llama intensa,  
De tu ambición la única esperanza.

¡Cuánto soñar! Y al revelarte todo,  
Me dijiste con voz leda y sentida:  
« ¡Te engañas... eres más de lo que sueñas:  
Tú eres la vida de mi propia vida! »

(1) ERNESTINA MÉNDEZ REISSIG ha dispersado al azar sobre los periódicos literarios los versos tiernos é inspirados de su musa doliente. Ha cantado al dolor y á la melancolía y sus composiciones todas llevan el sello de su temperamento triste y apasionado. Es autora de dos libros de versos y prosa, *Lágrimas* (1900) y *Lirios* (1902).

JOAQUÍN SECCO ILLA <sup>(1)</sup>

## JUVENTUD.

No encenderé el recuerdo ya olvidado  
Para empapar en luz mi pensamiento,  
No quiero oír las cuerdas que han callado;  
Siempre envuelto en las sombras del pasado  
Hay un vago rumor de sentimiento.

Quando vive en las venas, siempre ufana  
La bullidora juventud, triunfante,  
No se inclina la frente soberana;  
No palpita el ayer, sino el mañana,  
No hay que mirar atrás, sino adelante!

Sobre esas horas que rindió aturcido  
Del tiempo cruel el vendaval contrario,  
Flota una niebla de engañoso olvido;  
En el fondo del alma está el santuario  
Donde duermen los sueños que han caído!

Por eso en el mundo torbellino  
Al implantar sus huellas peregrinas  
El espíritu va tras su destino,  
Llorando sobre el hielo de esas ruinas  
Y riendo á las brisas del camino!

Que vivir es marchar sobre la tierra  
Como soldado en la incruenta guerra,  
Como culpable por la ley proscrito;  
Débil aliento, que el planeta encierra  
Como un átomo audaz del infinito!

Marchar como cruzado aventurero,  
Talvez sin que el espíritu altanero  
La claridad de su misión vislumbre,  
Y sin hallar el único sendero  
Que va de la ribera hasta la cumbre.

Dejando en la fantástica contienda  
Del corazón herido los despojos  
Como reguero en la escarpada senda,  
Sin que una mano con piedad desprenda  
La venda que oscurece nuestros ojos!

(1) JOAQUÍN SECCO ILLA pertenece á la nueva generación. Dióse á conocer en las veladas literarias del Club Católico, donde durante algunos años cautivó al auditorio con su recitación elegante y ardiente. Ha publicado poco, pero todas sus composi-

Desde aquel lustro de memoria amarga  
En que murió sin flores la inocencia,  
La humanidad no lleva en la existencia  
Sino el dolor como imposible carga,  
Y el estigma del mal en su conciencia.

No hay en su angustia olvido ni sosiego,  
No fecundiza su labor el riego  
De la confianza que el trabajo alienta;  
Como en el cráter del volcán el fuego  
Sólo el pesar en ese mar fermenta!

Y rueda en el eterno paroxismo  
Tras las promesas de su vivo anhelo  
Arrastrando su misero ostracismo,  
Con los pies en el cieno del abismo  
Y en las sienes el halito del cielo!

¡Qué torpes ansias la ilusión congrega  
Bajo el tapiz de esa insondable calma;  
Qué emblema ingrato el porvenir despliega  
Para esa fiel generación que llega  
Con alientos divinos en el alma!

Falta una voz benéfica que vierta  
Su ardor sobre esa soledad oscura,  
Sobre esa triste humanidad incierta;  
La luz vacila como llama impura,  
El cielo mudo... la esperanza muerta!

Cuándo abrirá sus túnicas la aurora  
Derramando en los mundos su riqueza  
Al vibrar de la diana redentora;  
Cuándo caerán las sombras de tristeza,  
Del corazón que en el destierro llora.

Quién romperá las vallas que entorpecen  
Del pensamiento soñador los vuelos,  
Y esas espinas que en su ruta crecen.  
Cómo salvar los enturbiados velos  
Que las rudas jornadas oscurecen!...

Vosotros que llevais sobre la frente  
El lema azul cual la inocencia puro,  
Vosotros juventud resplandeciente  
Encendida en las luchas del presente  
Para librar las luchas del futuro;

ciones son de subido mérito, por lo hondo del concepto y lo correcto de la forma. Generalmente se ha inspirado en los modelos románticos, permaneciendo ageno á las extravagancias de la última escuela literaria. En 1902 recibióse de abogado.

Savia entusiasta que en el mundo brota,  
Sangre nueva en el cuerpo de la vida,  
Va en nuestros pechos la esperanza ignota  
Que ha de arrancar la antorcha desprendida  
Del blanco altar que la mentira azota!

Si los muros del templo se han quebrado  
Y enluta el cielo un resplandor siniestro,  
El nuevo día... brillará azulado,  
Si esa es la herencia que nos da el pasado,  
Ese angustioso porvenir es nuestro!

No importa que del mundo en el embate  
Mil veces caiga vuestro ardor deshecho,  
Que para el alma que el revés no abate  
Las hondas cicatrices del combate  
Son gloriosa divisa sobre el pecho!...

Y cuando ardiendo en redentora saña  
Vayais en pos de ideal profundo  
Como viajeros de una tierra extraña,  
Señalen vuestras huellas en el mundo  
El sendero que lleva á la montaña!

### HORA NUEVA.

Si el alma como un águila altanera  
Hasta el cielo pudiera  
Desplegar en un vuelo su plumaje,  
Y en la lumbre del sol, símbolo ardiente,  
Reconfortar su frente  
Como en el fuego de un crisol salvaje;

Talvez podría el corazón sediento  
Comprender el tormento,  
De este invencible enigma que lo encierra,  
Porque al volver traería de la altura  
Un rayo de ternura  
Con que romper el hielo de la tierra!...

Se ha deshecho la niebla encantadora  
De la infantil aurora,  
Al despuntar la luz del pleno día;  
Al hombre no le basta ya en su empeño  
El transparente ensueño  
Que en la mente del niño sonreía.

Vuelan hácia el recuerdo acongojadas  
Esas notas rosadas  
Que aún con delirio el sentimiento escucha,  
Obreros en el teatro de la vida  
Que al esfuerzo convida,  
Ya no hay tregua en las horas de la lucha.

La imagen del deber, dura y austera  
Como un hada severa,  
Hácia el trabajo nuestro esfuerzo llama;  
Y se van del espíritu proscritos,  
Los ensueños contritos  
Al eco material de su campana!

Sensible el corazón, pura la frente  
La ilusión sonriente,  
Como en el cáliz de una flor nacida,  
Al alcanzar la cumbre suspirada  
Siente la brisa helada  
De las primeras sañas de la vida.

No se puede soñar!... pasó la hora  
De la infantil aurora,  
Que el tiempo en su rodar cambia y renueva;  
El ángel que nos guía en la campaña  
Erguido en la montaña  
Señala el porvenir... es la hora nueva!

Fija sus espejismos la existencia;  
Lo azul pierde su esencia;  
Pero en turbión la realidad clarea,  
Pidiéndole al coraje en sus ardores,  
En el taller sudores,  
O sobre el yunque del cerebro, ideas!

Estigma de dolor y de fatiga  
Que el triunfo no mitiga,  
Y en los reveses la constancia enfada,  
Gravita sobre el riel de nuestra senda,  
En la dura contienda,  
De conquistar un lauro en la jornada.

Como en la selva oscura del poema,  
De mi visión emblema,  
Percibe el hombre hácia el dintel profundo  
Que la ruta se borra en el pantano,  
Que el sentimiento insano  
Ha dejado en su marcha por el mundo.

Quiebren el corazón los desengaños;  
Los vientos de los años  
Marchiten al pasar las energías,  
Y rian al vaivén de nuestra suerte  
La ventura ó la muerte,  
Festejando sus báquicas orgias.

Es forzoso avanzar; giró la puerta  
Sobre su gozne abierta,  
Para franquear al luchador sus eras;  
Y el alma, encandilada la pupila,  
Entra al campo intranquila  
Con la fe y el valor como banderas.

Ante las grietas del mañana ignoto,  
Que en confuso alboroto  
Se acerca y bulle con febril desvelo,  
El pecho juvenil arma su escudo,  
Para el encuentro rudo,  
Del hombre con el hombre y con el cielo!

Crecen ya en el contorno las espinas;  
 Las gotas cristalinas  
 De sangre joven su furor abreva;  
 Son escasas las flores del camino,  
 Implacable el destino...  
 Mas ya no hay juventud... es la hora nueva.  
 Leyenda incomparable de la vida!  
 Esfinge perseguida  
 Que sólo el alma á comprender alcanza;  
 Qué fuera del espíritu abatido  
 En su duda oprimido  
 Sin el rayo de luz de una esperanza!

EN UN ÁLBUM.

Como envuelto en un sueño, lleno estas hojas, vano, inconsciente;  
 Pasan sombras azules, suaves aromas sobre mi frente,  
 Y encendido en la aurora, risueña aurora que se levanta,  
 Como ave entre las frondas, mi pensamiento se eleva y canta.

¡Oh, vosotras sutiles, brisas azules, auras ligeras,  
 Espíritus del aire que vivís como dueños por las esferas,  
 Si venís desde el cielo y en vuestras alas traéis colores,  
 Derramad en mis versos todo el encanto de sus amores.

Haced de mis estrofas que son apenas luz de esmeralda,  
 Para adornar sus sienes, una divina, suave guirnalda:  
 Contad vuestras ocultas, mágicas nuevas, ruinas secretas,  
 ¡Oh, vosotras azules, brisas sutiles, auras inquietas!

Decid que allá en la altura, donde entre nubes habeis vivido,  
 Ante vuestras miradas los enigmas del mundo se han desprendido;  
 Y en el libro del tiempo que es todo sombra, misterio ardiente,  
 Encontrásteis escritos blancos augurios para su frente.

Que visteis de la cima de esta insensible, mentida calma,  
 En el medio del mundo, cruzar la vida, triunfando, su alma;  
 Y que en la ruta que acaricia su planta ligera y pura  
 Sólo crecen ensueños, luz y promesas, dicha y ventura!

Que, al pasar, los arcángeles le hacen alfombra con sus cabellos,  
 Cubriéndola en los pliegues de sus fugaces, claros destellos;  
 Y hay hadas que perfuman la suave atmósfera que ella respira,  
 Con sangre de corolas, néctar de flores, ritmos de lira...

Hablad... sueños del aire, brisas amigas, vivientes tules,  
 Formad con mis palabras, copas de lirios, vasos azules,  
 Y alzadlos en los giros de vuestras ondas hácia la altura  
 Con la esencia del alma: ya canto y sueño, dicha y ventura!

ÚLTIMA SANGRE.

TACUAREMBÓ, 22 DE ENERO 1820.

Se extinguían las ténues claridades  
 Del mundo azul en el inmenso cielo,  
 Morían los crepúsculos vencidos,  
 Y las húmedas sombras descendían  
 Como un oscuro, impenetrable velo!  
 Callaban los rumores  
 Del campo los murmullos envolviendo,  
 Las selvas y el color, como el olvido,  
 Tras un manto sin luz, se iban perdiendo!...  
 ¡Aun viven indelebles en el alma  
 Ecos de aquellas horas de martirio,  
 Aun alienta insensible su memoria,  
 Aun arrastran los vientos enlutados  
 Restos ensangretados  
 De aquella noche triste de la historia!  
 Aun guardan los altares  
 Girones de un emblema, que ha caído  
 Entre los brazos de la estirpe muerta,  
 Aun brotan en las ruinas sus fulgores,  
 Como la sangre de una herida abierta!...  
 Las visiones de ayer, son como nubes  
 Que el rojo fuego del amor, colora,  
 El recuerdo es un ángel, de rodillas  
 Que en el sepulcro del pasado, llora!...

\*\*\*

Dormía entre las sombras  
 La Virgen sonrosada,  
 Envuelta en sus salvajes vestiduras,  
 Débil y sin amor, como una esclava;  
 Mas una aurora, al reoocurrir las selvas  
 Encendiendo el calor del patrio rido,  
 Los destellos de un himno de ventura,  
 Quemó sus sienes el ardor dormido,  
 Brotó en sus venas el orgullo muerto,  
 Abrió los ojos... y á la luz del día  
 Vió ante su paso el porvenir abierto!  
 Se extendieron las auras presurosas,  
 Esparciendo en las lomas dilatadas  
 Los ecos inmortales de aquel grito,  
 Despertaron los héroes que dormían  
 Y ardientes las espadas  
 Fueron en pos del pabellón bendito!  
 Después... sobre los lúgubres escombros  
 De la lucha inmortal, brilló una estrella  
 Que difundió sus vívidos colores  
 Para alumbrar las sombras del camino;  
 Nacieron las eternas realidades  
 Y subiendo á las nubes, altaneras  
 Arrancaron girones de sus tules  
 Para darle color á sus banderas!  
 Llegaron á las cumbres!...

Para alfombrar la senda de la gloria  
Le arrastraba cautiva,  
Deshojando laureles la victoria!...

\* \* \*

Sobre la imagen blanca  
La libertad vertía sus amores,  
Y embebida en sus mágicos ensueños  
Calmaba sus empeños,  
Sobre su frente derramando flores.  
Y pasaron los tiempos!...  
En los grises, lejanos horizontes,  
En los últimos montes  
Que libertaban mundos libertados,  
Se empinaron hambrientos huracanes,  
Agitaron sus túnicas siniestras  
Y cayeron cual lava de volcanes  
Sobre los campos de la patria mía,  
Enlodando sus olas profanadas  
Las túnicas sagradas  
Con que la virgen libertad nació!  
Corrieron á la arena enrojecida  
Los corazones de esperanza llenos,  
Volvieron al combate los leones,  
Viviente de coraje  
Brotó del alma el invencible grito;  
Sus notas, como flechas encendidas  
Incáronse partidas  
Sobre la frente del tropel maldito!...  
Al través de las negras humaredas  
De la hoguera infernal, se irguió un instante  
La enseña azul, luchando en su delirio,  
Después, cubrióse ensangrentada y rota,  
Después... oyóse apenas  
Un ruido de cadenas  
Y el lejano rumor de una derrota!  
Sobre el campo desierto  
Quedó el valor, por el poder vencido;  
Huyeron los eternos ideales...  
; El héroe con los héroes ha caído!  
Resonarán los ecos  
Mientras la voz en la conciencia vibro;  
Se desgarró una enseña venerada...  
; Murió la patria libre!...

\* \* \*

Se extinguían las tenues claridades  
Aquella tarde, en el inmenso cielo;  
Las sombras descendían enlutadas,  
Como un oscuro velo!..  
Aun viven indelebles en el alma,  
Ecos de aquellas horas de martirio,  
Aun brotan en las ruinas sus fulgores;  
Aún entre los fúnebres despojos  
La patria, está de hinojos  
Sobre una tumba derramando flores!

## MÍSTICA.

(Al recibir el escapulario de la SS. Virgen).

Madre de mis ensueños,  
Virgen María,  
Hoy se postra á tus plantas  
El alma mía;  
Busca en tu seno,  
Para cruzar la vida  
Tu voz de aliento!

Hijo he sido en el mundo;  
Hoy, ya soy huérfano...  
La madre que adoraba  
Se fué, y no ha vuelto;  
Aun guardo apenas  
El eco cariñoso  
De sus promesas.

Y yo busco á mi madre,  
Busco sus cuentos,  
Yo busco sus caricias,  
Busco sus besos;  
Y en mi camino  
Sólo eucuentro pesares  
Dolor y frío.

Madre de mis ensueños,  
Virgen María,  
Préstame tus insignias,  
Sé Madre mía;  
Dame tu mano  
Y ayúdame en la senda  
Que estoy cansado.

Dame tu escapulario,  
Pónlo en mi pecho;  
Así!... que yo lo bese...  
Qué dulces besos!  
Cual los perdidos  
Que me daba mi madre  
Cuando era niño...

Juntas siempre en mi pecho  
Lleve tu imagen,  
Con la imagen querida  
De la otra madre...  
Ay! la que ha muerto:  
La que envuelta en mis lágrimas  
Subió, y no ha vuelto!

Si en la ruta jornada  
Tu voz me alienta,  
No importa las heridas  
Que llevo abiertas;  
Que no se parte  
El acero que templó  
Tu amor de madre!

Sereno hácia la vida  
Voy con tu ayuda,  
La esperanza encendida,  
La faz desnuda;  
Tu voz me alienta...  
No importa las heridas  
Que llevo abiertas!

PEDRO ERASMO CALLORDA <sup>(1)</sup>

## AMOR!

Verbo santo que todos los labios  
lo conjugan en todas las patrias;  
desde el niño, capullo de un beso,  
que pide á la madre gimieudo sus gracias,  
hasta el hombre de frente marchita  
y nivosa cabeza sagrada,  
que en su invierno de vida aun conserva  
la fibra que otrora muy tensa vibrara.

Te columbro en la ingénuo sonrisa  
que en la púdica virgen se graba;  
en el hilo, de luz, de un soslayo  
que muere entre un fleco de negras pestañas;  
y en la curva ideal de dos senos  
por un ángel talvez esbozada;  
donde duermen dos nitidas tórtolas  
luciendo en sus pechos sus picos de grana.

Yo te veo en la frente que piensa;  
retratado en pupilas nostálgicas;  
traducir tus arranques excelsos,  
en blandos suspiros que exhalan las almas.  
Y en el talle garboso que ondea  
mi hechicera visión de sultana  
y en su pié diminuto que mueve  
Con ritmos de estrofas y música de alas.

Tu eres nota de idílico canto;  
sinalefa de bocas que se aman;  
Comunión de dos almas que aspiran  
la blanca corona de azahares formada.  
Vibración en la célula virgen  
de una tierna cabeza monástica,  
y oración fervorosa que al cielo  
cual blanca paloma levanta sus alas.

Yo te he visto embriagado y radiante  
ostentando la clámide blanca,  
en el lecho nupcial de la novia  
gozando chispeante sus bodas de nacar;  
y batir al compás de dos bocas  
que preludian alegres sonatas  
tus alitas teñidas con púrpura  
del cálido vino que aplaca las ansias.

(1) PEDRO ERASMO CALLORDA, nació en la ciudad de San José de Mayo en 1880. Hace años que empezó á escribir para el público colaborando asiduamente en *La Revista*, *La Alborada*, *Rojo y Blanco* y en casi todos los periódicos literarios del país. Es autor de un poema, *Marta*, que publicó en 1903. Ha cultivado con éxito el género erótico y en su lira hay una cuerda sensual que generalmente anima sus inspiradas composiciones.

Yo te he visto en dos ojos que riman  
la pasión de una mente inflamada;  
en la curva de brazos que quieren  
crujiendo sus nervios cual cintas que se ajan,  
y en el arco sediento de un labio  
que en sus pliegues oculta la brasa  
del placer que dilata las venas  
y ensueños produce de sangre que brama.

Del inmenso concierto del mundo  
que está escrito en cerúleo pentágrama;  
de los astros son notas aligeras  
que fugan sus luces con música sacra.  
Tú, eres blando raudal de armonías,  
un arpeggio grandioso que canta:  
¡la inmortal epopeya del hombre  
que junto con Eva, tus dones alaba!

## TU PAÑUELO.

Juega en tu mano seductora y leve  
Como paloma en el sedoso nido,  
Cuándo en tu corazón pára el latido  
Entrecortado por un beso breve;  
Y si llanto derramas te lo embebe;  
Ahoga en su tela el pasional quejido,  
Que brota de tu pecho conmovido  
Como un chorro de luz de entre la nieve.  
Cuando la ausencia nos destiende el velo,  
En la que tu alma anonadada queda,  
Como bandera de pesar y duelo,  
Me trae la brisa vaporosa y leda:  
¡El perfume sutil de tu pañuelo  
Como un adiós que tu pasión remeda!

## MI ABALORIO.

Yo dejaré en la página de tu álbum eucarístico  
un copo de dolores;  
en donde se entrelazan como un conjuro mágico  
un ramo de arrebales.  
Serán suaves penumbras flotando en las corolas  
de perfumadas flores;  
y tintes mortecinos de lirios que se extinguen  
en la callada noche;  
con llanto asonantados por un ideal lejano,  
por un ideal sin nombre;  
¡serán mis rimas flecos de dos pestañas negras  
donde el insomnio more!

Escúchame: Tu eres un poético capullo,  
botón de rosa-cobre,  
que ostentas en los pétalos fragantes y sedosos  
un poema de rubores.

Eres el haz rosáceo de un lampo de alegría,  
 que alumbró un alma jóven;  
 y el traje sonrosado con que los sueños visten  
 los pobres trovadores.  
 ¡Y eres la blanca página de tu álbum eucarístico;  
 y eres montón de soles,  
 que esfumas con los brillos de tus hechizos magnos  
 las sombras que te dejo cual copo de dolores!

ASDRÚBAL E. DELGADO (1)

ECOS DE UNA SALA.

Año 1901.... Consistorio del  
 Gay Saber. *Montevideo.*

¿Oh, no, ricura mía!  
 ¿Piensas tú, todavía,  
 En esas cábalas de alveosa intención?  
 ¿Ignoras que tu boca  
 No gozadas delicias provoca en mi boca,  
 Que implora tu boca con mimosa fruición?

¿Cómo no he de adorarte,  
 Favorita del arte  
 Del mimo, del beso, del nervioso mirar!  
 ¿Si tus años son míos,  
 Si tus mimos y besos y ojos son míos,  
 Favorita del arte de hacerse adorar!

¿Ven, gatita mirrina,  
 Zalamera extra fina,  
 No te importe esa charla de pícaro ardid!  
 Ven, repite la jura  
 De aquel día.... ¿recuerdas mi vieja armadura  
 Y la dama ofendida y la espada del Cid?....

¿Ven, deja que mis besos,  
 Como niños traviosos,  
 Busquen los tesoros que hay bajo tu corsé;  
 Czarina de mil Rusias,  
 Vamos pronto al Kremlin de tus sabias astucias,  
 Que ya sé nuevos cuentos del sabio Mendés!

(1) De ASDRÚBAL E. DELGADO sólo se conocen algunos versos publicados en periódicos literarios. Nació en el Salto Oriental y cursó jurisprudencia, recibiendo el título de abogado en 1904. Ha figurado en política, tomando parte en la última revolución cayendo herido en la batalla de Cupambaé. Ha ocupado en diversas ocasiones la tribuna política. Sus versos, amables y lijeros, son verdaderos madrigales, de espiritualidad delicada y deliciosa ingenuidad.

¡Oh, ven, boquita inquieta,  
 Adorable coqueta,  
 Ven pronto... así, así... muchos más, muchos más!  
 ¡Así, sé generosa,  
 Oh mi hermosa mimosa,  
 Sultana, Czarina, reina de cien Sabás.

Bésame; ¡oh los besos!  
 ¡Oh tus besos espesos,  
 Que saben á fresas de una tierra sensual!  
 ¡Oh, divina, divina,  
 Qué valen los besos de tu boca divina  
 Mucho más que la patria del viejo Stendhal!

Goza, Goza, bien mío,  
 Que mi Ruben Darío  
 Rimará nuestro goce en un verso inmortal.  
 Ríe, ríe, bien mío,  
 Que en el verso inmortal de mi Ruben Darío  
 Será el ritmo tu risa de goce triunfal!

TOUT PASSE, TOUT LASSE....

(En el Album de Ernestina Mendez Reissig).

Mujercita, mujercita,  
 Bien querida mujercita,  
 ¿Por qué tu voz se marchita?  
 ¿Por qué se arruga tu tez?  
 Tu garganta ya no canta  
 Dí, ¿por qué razón no canta,  
 Si era alegre tu garganta,  
 Dí, mujercita ¿porqué?

¿Cuántos años, cuántos años,  
 Tras nuestros primeros años!  
 Y qué grandes desengaños  
 En los años ¿no es verdad?  
 Ya no corres por tu huerta....  
 ¿Qué alegre que fué tu huerta!  
 Y hoy qué triste y qué desierta,  
 Pobre huerta, cómo está!

Eran tu orgullo las flores  
 Y en tu huerta ya no hay flores.  
 Ya no hay en tus tocadores  
 Ni rosas de Jericó.  
 Y pensar que en otros días  
 ¿Qué alegres aquellos días!  
 Con qué cariño decías  
 « Mis rosas de Jericó! »

Ya no hay luz en tus salones,  
 Huyeron de tus salones  
 Las brillantes recepciones  
 Los escotes y los fracs.  
 ¿Qué triste está la glorieta!....  
 Aquella alegre glorieta  
 Donde daban su retreta  
 Los mirlos de la heredad.

Cuántas veces mujercita,  
 Bien querida mujercita,  
 Acudías á la cita  
 Escondida en la *terrasse*.  
 Cuántas veces en el piano,  
 ¿Oh los recuerdos del piano!  
 Buscó tu pequeña mano  
 Los cantos de la heredad!

¿Qué hermosos fueron tus ojos!  
 Ya nadie alaba tus ojos;  
 Nadie observa tus sonrojos  
 Con indiscreta atención.  
 No se habla de tu elegancia....  
 ¿Y pensar que tu elegancia  
 Pusó en los labios de Francia  
 El nombre de tu nación!....

Mujercita, Mujercita,  
 Bien querida mujercita,  
 ¿Cómo tu voz se marchita!  
 ¿Cómo se arruga tu faz!  
 Ya no corres por la huerta....  
 ¿Fué tan alegre tu huerta,  
 Y hoy qué triste y qué desierta,  
 Pobre huerta, cómo está!

Eres el haz rosáceo de un lampo de alegría,  
 que alumbró un alma jóven;  
 y el traje sonrosado con que los sueños visten  
 los pobres trovadores.  
 ¡Y eres la blanca página de tu álbum eucarístico;  
 y eres montón de soles,  
 que esfumas con los brillos de tus hechizos magnos  
 las sombras que te dejo cual copo de dolores!

ASDRÚBAL E. DELGADO (1)

ECOS DE UNA SALA.

Año 1901.... Consistorio del  
 Gay Saber. *Montevideo.*

¿Oh, no, ricura mía!  
 ¿Piensas tú, todavía,  
 En esas cábalas de alveosa intención?  
 ¿Ignoras que tu boca  
 No gozadas delicias provoca en mi boca,  
 Que implora tu boca con mimosa fruición?

¿Cómo no he de adorarte,  
 Favorita del arte  
 Del mimo, del beso, del nervioso mirar!  
 ¿Si tus años son míos,  
 Si tus mimos y besos y ojos son míos,  
 Favorita del arte de hacerse adorar!

¿Ven, gatita mirrina,  
 Zalamera extra fina,  
 No te importe esa charla de pícaro ardid!  
 Ven, repite la jura  
 De aquel día.... ¿recuerdas mi vieja armadura  
 Y la dama ofendida y la espada del Cid?....

¿Ven, deja que mis besos,  
 Como niños traviosos,  
 Busquen los tesoros que hay bajo tu corsé;  
 Czarina de mil Rusias,  
 Vamos pronto al Kremlin de tus sabias astucias,  
 Que ya sé nuevos cuentos del sabio Mendés!

(1) De ASDRÚBAL E. DELGADO sólo se conocen algunos versos publicados en periódicos literarios. Nació en el Salto Oriental y cursó jurisprudencia, recibiendo el título de abogado en 1904. Ha figurado en política, tomando parte en la última revolución cayendo herido en la batalla de Cupambaé. Ha ocupado en diversas ocasiones la tribuna política. Sus versos, amables y lijeros, son verdaderos madrigales, de espiritualidad delicada y deliciosa ingenuidad.

¡Oh, ven, boquita inquieta,  
 Adorable coqueta,  
 Ven pronto... así, así... muchos más, muchos más!  
 ¡Así, sé generosa,  
 Oh mi hermosa mimosa,  
 Sultana, Czarina, reina de cien Sabás.

Bésame; ¡oh los besos!  
 ¡Oh tus besos espesos,  
 Que saben á fresas de una tierra sensual!  
 ¡Oh, divina, divina,  
 Qué valen los besos de tu boca divina  
 Mucho más que la patria del viejo Stendhal!

Goza, Goza, bien mío,  
 Que mi Ruben Darío  
 Rimará nuestro goce en un verso inmortal.  
 Ríe, ríe, bien mío,  
 Que en el verso inmortal de mi Ruben Darío  
 Será el ritmo tu risa de goce triunfal!

TOUT PASSE, TOUT LASSE....

(En el Album de Ernestina Mendez Reissig).

Mujercita, mujercita,  
 Bien querida mujercita,  
 ¿Por qué tu voz se marchita?  
 ¿Por qué se arruga tu tez?  
 Tu garganta ya no canta  
 Dí, ¿por qué razón no canta,  
 Si era alegre tu garganta,  
 Dí, mujercita ¿porqué?

¿Cuántos años, cuántos años,  
 Tras nuestros primeros años!  
 Y qué grandes desengaños  
 En los años ¿no es verdad?  
 Ya no corres por tu huerta....  
 ¿Qué alegre que fué tu huerta!  
 Y hoy qué triste y qué desierta,  
 Pobre huerta, cómo está!

Eran tu orgullo las flores  
 Y en tu huerta ya no hay flores.  
 Ya no hay en tus tocadores  
 Ni rosas de Jericó.  
 Y pensar que en otros días  
 ¿Qué alegres aquellos días!  
 Con qué cariño decías  
 « Mis rosas de Jericó! »

Mujercita, Mujercita,  
 Bien querida mujercita,  
 ¿Cómo tu voz se marchita!  
 ¿Cómo se arruga tu faz!  
 Ya no corres por la huerta....  
 ¿Fué tan alegre tu huerta,  
 Y hoy qué triste y qué desierta,  
 Pobre huerta, cómo está!

Ya no hay luz en tus salones,  
 Huyeron de tus salones  
 Las brillantes recepciones  
 Los escotes y los fracs.  
 ¿Qué triste está la glorieta!....  
 Aquella alegre glorieta  
 Donde daban su retreta  
 Los mirlos de la heredad.

Cuántas veces mujercita,  
 Bien querida mujercita,  
 Acudías á la cita  
 Escondida en la *terrasse*.  
 Cuántas veces en el piano,  
 ¿Oh los recuerdos del piano!  
 Buscó tu pequeña mano  
 Los cantos de la heredad!

¿Qué hermosos fueron tus ojos!  
 Ya nadie alaba tus ojos;  
 Nadie observa tus sonrojos  
 Con indiscreta atención.  
 No se habla de tu elegancia....  
 ¿Y pensar que tu elegancia  
 Pusó en los labios de Francia  
 El nombre de tu nación!....

## DE AMORES.

Te adoro,  
Al compás de unos lanceros balbuceó mi corazón.  
Y tú, incrédula, dijiste repitiendo mi « te adoro »:  
Yo no creo en tu cariño, yo no creo en tu pasión.

Te adoro,  
Volvió luego á sollozarte, temblando mi corazón,  
Y esta vez tú sonreíste sin repetir mi « te adoro »  
Y sin decir que dudabas de la verdad de mi amor.

Te adoro,  
Mi corazón anhelante poco después repitió...  
Y por fin mirando al suelo, dijiste « también te adoro ».  
Pero entonces, alma mía — perdóname — dudé yo.

## Á MI PRINCESA.

Mi princesita de ojos azules  
Dime ¿qué tienes?  
¿Por qué me miras con tanto enojo,  
Con tanto enojo si es que me quieres?  
¿Te han dicho, acaso, que no te adoro  
Con toda el alma?...  
¡Mírame alegre, mi princesita,  
Mi princesita de ojos azules  
Como las aguas!...  
Que me sonrían llenos de gracia  
Tus lindos ojos,  
Y me acaricien tus largos rizos,  
Tus largos rizos de seda de oro!  
Y me repitas á cada instante  
Que me idolatras...  
¿Cuánto te quiero, mi princesita,  
Mi princesita de ojos azules  
Como las aguas!...

## HORACIO QUIROGA (1)

LEMERRÉ, VANIER Y C.<sup>a</sup>

Bajo la curva, la noche plomo;  
sobre el aliento, vapor de bromo  
ata en el cuello fino calambre  
con invisible, rígido alambre.  
Por la ventana que está entreabierta  
la Luna muestra su faz de muerta,  
desfigurando, tras los cristales,  
algunas piedras filosofales.  
Se angustia el vientre de los crisoles  
en la insistencia de los alcoholes,  
y gime en finos ruidos distantes  
como murmullos subrepitantes.  
Sobre los bordes de la campana  
suenan las cuatro de la mañana.  
Los negros perros, estremecidos,  
lanzan al aire largos aullidos.  
Chirrian los gonces de un modo adusto,  
y á la ventana se asoma un busto:  
como los muros — en línea recta —  
la Luna en negro disco proyecta  
sobre la altura del macadám,  
como un curvado, trágico escollo,  
la calva frente de Claudio Frollo  
bajo la sombra de Nôtre-Dame.

## EL JUGLAR TRISTE.

La campana toca á muerto  
en las largas avenidas,  
y las largas avenidas  
despiertan cosas de muerto.

De los manzanos del huerto  
penden nuecas de suicidas,  
y hay sangre de las heridas  
de un perro que huye del huerto.

(1) Por el año 1900, la prensa literaria del país recojó algunas composiciones firmadas por Aquilino Delagoa, que llamaron justamente la atención. Más tarde, con motivo de un concurso donde se asignó el premio á un trabajo que llevaba esa firma, se supo que el seudónimo, correspondía á Horacio Quiroga. HORACIO QUIROGA nació en el Salto Oriental, viajó por Europa, y en París intimó con algunos literatos franceses. Después de su iniciación en 1900, publicó un tomo de verso y prosa, titulado *Los Arrecifes de Coral*. Radicado más tarde en Buenos Aires, dió un tomo de cuentos;

En el pabellón desierto  
están las violas dormidas;  
las violas están dormidas  
en el pabellón desierto!

Y las violas doloridas  
en el pabellón desierto,  
donde canta el desierto  
sus victorias más cumplidas,  
abren mis viejas heridas  
como campanas de muerto,  
las viejas violas dormidas  
en el pabellón desierto.

### CANCIÓN.

Surgen en línea de negras vendas,  
con el Asombro sobre las frentes,  
las insensatas, mudas Ideas,  
como un galope de muertos héroes.

Infla la hipóbole de los deltoides  
la curva austera de una Amenaza,  
soñando en la cre greitos ó ahullidos  
sobre el decúbito de las razas.

La desmedida Comedia Blanca  
pi ta, entre risas, frío albayalde  
sobre las lívidas caras enfermas,  
En una brusca visión de baile.

Mancha de púrpura presagia el cielo  
sobre el oriente de los naufragios,  
y en El Espanto, las avanzadas  
miran la aurora de un día trágico.

Acurrucada sobre los hielos  
suelta la Angustia lívida risa,  
mientras los muertos huyen del Polo  
con la leyenda de sus pupilas.

Esta es la estrofa de ritmo extraño  
que entona el pálido cantor del Hambre,  
cuando cien garzas cruzan el frío,  
sus blancas alas tintas en sangre.

*El Cuento del otro.* Sus composiciones en verso, sin duda las más audaces publicadas en el país, son una resonancia de las extravagancias del grupo simbolista francés. Pero, el autor, que posee un temperamento exquisitamente artístico, ha utilizado todos esos vagos estados del alma, creando algunas piezas de verdadero mérito.

### LAS PANTALLAS DE FÁTIMA.

Niebla y paisaje. Vago hemisferio  
que marca un lírico planisferio;  
noche de noches y de zafires  
sobre la ruta de los fak res;  
luna que azula la lontananza  
con las turquesas de su romanza;  
cielo que empluma los desanuelos  
con la quimera de tardos vuelos:  
es el desierto de locas glorias  
donde se angostan las trayectorias.  
Tienden las brumas en los mirajes  
su desabrido guipur de encajes.  
Luz indecisa de un asteroide  
sobre la negra mancha elipsoide,  
y hay un Mar Muerto tras la neblina,  
como una gota de tinta china.

### TU AGONÍA.

La tarde se moría; y en el viento  
la seda de tu voz era un piano,  
y la condescendencia de tu mano  
era apenas un suave desaliento.

Y tus dedos ungían un cristiano  
perdón, en un sutil aflamamiento;  
la br sa suspiró, como en el cuento  
de una melancolía de verano.

Con tu voz, en la verja de la quinta,  
calló tu palidez de flor sucinta.  
La tarde, ya muriendo, defluía

en tu sien un suavísimo violeta,  
y sobre el lago de tersura quieta  
los cisnes preludiaron tu agonía.

### COMBATE NAVAL.

Flamean en el aire los gallardetes  
sobre el vientre vacío de inflados foques,  
y aún el centelleo de sus estoques  
la vanguardia marina de los cadetes.

Repercute en el pomo de los floretes  
la arterial valentía con claros choques,  
y en el salón distante suenan los toques  
de un hipnótico dúo de clarinetes.

Y comienzan de pronto las desazones:  
Más alto que el reflejo de los cañones  
se extienden en la bruma los catalejos;  
y más alto que el humo del carbón de hulla  
alza el clarín su grito, y el bronce aúlla  
á la mancha de sangre que ve de lejos.

## ITALIANA.

Finalizando alrededor  
de un buen soneto.

Por tres veces, detrás de la alquería,  
era grata á mis manos tu pereza;  
el sol se hundió, dorado de tristeza,  
en un rayo glacial de hipocondría.

La campana sonó el Ave María,  
llenóse de balidos la dehesa,  
y los bueyes volvieron la cabeza  
lentamente, á aquel cielo de agonía.

La tarde descendió, con luces raras,  
á tu triple collar de perlas claras.  
Bajo los rumorosos naranjales

miramos sin pensar el dios de yeso,  
y en el leño sonámbulo de un beso  
grabamos nuestras mutuas iniciales.

## CON FÚTIL ELEGANCIA.

El agrio cascabel de la locura  
martiriza cerebros que son limbos...  
*Lugones.*

Una voz tan seductora  
que parece de mujer.  
*Federico Ferrando.*

Con fútil elegancia de modelo  
—verdes encajes y caprichos gualda—  
la banal compostura de tu falda  
prolongó aquella noche en mi pañuelo

su pliegue tenaz. La mueca jalda  
de una máscara gris de terciopelo  
sollozaba y reía bajo el pelo  
sobre el frío versátil de tu espalda.

Los ehampañas sin alma naufragaban;  
y en tanto que tus manos se extraviaban,  
sonó, con intranquila conjetura,

en el borde estridente de tu copa  
desde el vértigo azul de una galopa,  
el sordo cascabel de mi locura.

## TU GARGANTA.

El verano perdió su fuego externo;  
y á la luz de la tarde postrimera  
sonreía á tu enagua, en la ribera,  
la displicente gracia del invierno.

Iba á velar contigo la primera  
noche violeta de un país moderno;  
el mar sonaba, bajo el viento eterno,  
la amplitud de su sorda carraspera.

Y como el mar en sus pueriles glosas  
prolongara el mutismo de las cosas,  
llenó el silencio, como voz que encanta,

en el suave crepúsculo salino,  
bajo tu copa de color marino,  
el sonoro glu-glu de tu garganta.

## LOS PEQUEÑOS VAPORES.

Era un soplo la voz del campanario;  
y en el escaso sol de la bahía  
como un ala de nieve se perdía  
la palida belleza del estuario.

Cantabas, con los salmos del breviario,  
vagamente la mística alegría,  
cuando era más incauta tu agonía  
sobre el ancho paisaje literario.

Y en la tarde propicia de aquel Junio  
que azulaba el adiós del plenilunio,  
apagó tu fructuosa cantilena

bajo el silencio tibio de mis guantes,  
la noche que traía, por instantes,  
el lejano clamor de una sirena.

## EL MARTES, 24 DE NOVIEMBRE...

El Martes, 24 de Noviembre,  
bailamos la romántica gavota.  
Las señoras brindaban sobre el hombro  
sonrisas. En el raso de las colas,  
temblaban los reflejos del vestido;  
las sedas repetían sus estrofas  
en la cadencia de su muda orquesta;  
tus ojos se perdían en la forma  
de los verdes jarrones japonistas,  
y en la nieve de sangre de tu boca  
se abrasaba el país de un abanico.  
Desmayaba la niebla de tus blondas  
en la infinita languidez del paso.  
Tras la arcada gemente de las violas  
oímos de una voz el dulce acento:  
la noche de Noviembre, venturosa,  
inspiraba al pierrot dulces romanzas,  
acariciando con su frente angosta  
la satinada piel de un guante crema.

### Á LA SOLTERONA.

Las luces del quinqué entristecen la estancia  
con el cruel recuerdo de una tarde de ayer.  
Sobre la tela antigua, un dibujo al pastel  
solloza línea á línea su antigua fragancia.

Ella, la dulce anciana, con su gracia de antaño  
toca en el clavicordio un scherzo sin fin,  
y llena la tristeza de su empolvado abril  
de una melancolía que apenas hace daño.

Él, en tanto, sentado junto á su buena amiga  
lleva á su boca lánguida una taza de té,  
y posa suavemente sobre el tibio corsé  
una caricia vieja de los mejores días.

Sin mirarse, pasean. Oh! los viejos señores,  
cómo su voz es trémula recordando el jardín:  
ella lloraba siempre... él estaba en París,  
y es un discreto pío de viejos ruisenores:  
ella llorando siempre... él lejos... en París...

### ORELLANA.

Es el grado de las noches incendiarias y crispadas.  
Bajo el bronce-cobre-plata de las franjas atrigadas  
brama el púvil de cien saltos, de la selva tropical;  
repercuten en el borde de los élitros ebirriantes  
— ¡veneciana jaula de oro! — las galvánicas y errantes  
vibraciones estridentes de las erres de metal.

Tiembla el golpe de la Luna sobre el dorso de los lagos.  
Los jaguares somnolientos de neuróticos amagos  
runronean dulces carnes de montmartres ó de harén,  
aguzando la violencia de su antojo desmayado  
en sus garras perezosas, como símbolo estrujado  
tras la curva sobrehumana de una frente de Rodin.

Recrudescen en la sombra los euforbios agresivos;  
hinecha el crótalo la bilis de sus dientes expansivos  
redoblando á la sordina su fatídico tambor;  
bate el bronce de un rujido, replegándose en el viento;  
cae la noche; y al ataque de un crepúsculo sangriento  
calla el bosque americano, todo lleno de estupor.

### JUSTINO JIMÉNEZ DE ARÉCHAGA (1)

#### MEDIA NOCHE.

Cómo brillan, cómo ríen, las pupilas soñadoras de la noche;  
Cómo ritman sus canciones, los fantasmas que en las sombras,  
Embriagaron con el néctar de los dioses, las bacantes,  
Las orgiásticas deidades, de supremas ansias locas...

Cómo sufre en las alturas, la viagera solitaria  
La abandonada amante de un Rey á quien adora...  
Cómo oculta á sus hermanas, la pasión que la consume.  
Cuánto sufres, cuánto sufres, — ¡oh viagera solitaria de las sombras! —

Hay un lirio ensangrentado que agoniza en el sendero. —  
Al decirle una estrofa, lo hirió con sus agravios, una rosa. —  
Ven mi amada, libemos una lágrima de la viagera histérica,  
Oh, mi hermosa, mi pálida Julieta! — en la sangrienta copa!

Mira cómo languidecen, cómo se agostan las azucenas  
Que con sus corolas, color de cielo, la senda alfombran...  
Conmuévelas la noche, con su silencio, con sus misterios,  
Con sus fantasmas tétricos de horribles formas...

Qué extraños gritos, qué ruidos lúgubres, parten del bosque.  
Los faunos hambrientos, de ansias bestiales, que en sus sombras moran  
Celebran sus orgías, sus saturnales, y escancian vinos,  
En monstruosos cráneos humanos que se desbordan...

Cómo ríen, cómo danzan en la senda, las bacantes!  
Cómo brillan, de la noche, las pupilas soñadoras...  
Cómo ritman, en el bosque, sus canciones, los espectros!  
Cuánto sufres, cuánto sufres, oh viagera solitaria de las sombras!

(1) JUSTINO JIMÉNEZ DE ARÉCHAGA, hijo del ilustre hombre público del mismo nombre, empezó á escribir siendo un niño aún en *La Alborada*. Cuentos románticos, páginas de crítica, versos, todo lo tentó con más ó menos éxito, pero poniendo en sus trabajos una nota personal. Fundó enseguida la revista « *América Literaria* », de vida efímera, y siguió colaborando en la prensa del país. Desviado hácia las escuelas decadentes, exajeró la tendencia, publicando *La Revista*, *La Revista Literaria* y otros periódicos, composiciones de un mórbido sonambulismo, producto de una sensibilidad errática. En *Vida moderna* publicó verso y prosa. Este poeta, que tiene verdadera originalidad, posee la más grande de las virtudes: no se ha embaudorado en ningún círculo literario. Parece que su musa, que á las veces es áspera y misantrópica, desdeñara un medio ambiente, donde esa literatura de sensitivos no ha echado raíces.

## VIBRACIONES DE FIEBRE.

## EL PECADO.

En el habla sibilina de mis pálidas canciones,  
Oficia su liturgia mi duda silenciosa, —  
Sacerdotisa estéril, que rima fatigosa  
En lentas agonías, mis rudas oraciones.

La histérica insensible que esgrime las traiciones  
Con la inconsciente burla de su alma caprichosa  
Rióse de la angustia de mi actitud penosa  
Para vivir extrañas, siniestras emociones.

Exacerba, en mi rudo desconsuelo,  
El horror de mis noches intranquilas,  
El fatídico espectro de mi duelo,

Mis dudas van cruzando en largas filas,  
En medio de las brumas de mi cielo,  
Severas como espectros de Sibilas.

## LOS REMORDIMIENTOS.

Pouvons-nous étouffer le vieux, le long  
Remords?

*Baudelaire.*

La noche obsesionante de mi hastío,  
Dijeron con espanto los horrores  
La brutal desnudez de tu extravío.  
En la audaz rebelión de mis dolores,

Anankée profanó mi desvarío  
Y eternizó en mis celos vengadores,  
La impiedad criminal de tu desvío  
Y la cruel eclosión de mis terrores.

En sabática noche de amargura,  
La macabra visión del desaliento  
Ritualizó el desdén de tu locura;

Morbosamente audaz, un pensamiento,  
Desgarrando una blanca vestidura  
Insinuó tu primer remordimiento.

## LA PARTIDA.

Nieva sobre mi angustia inconsolable  
El adiós de tu larga despedida,  
El espasmo mortal. Interminable  
Fué tu adiós silencioso, en la partida.

Aquella tarde cruel, inconsolable  
Tu mano se agitó en la despedida.  
Y en un largo perdón, interminable  
Mi pañuelo oficiaba en tu partida.

Como una tromba de lirismos vanos  
Desmayaron mis últimos adioses  
En la inconsciencia de mis sueños vanos.

Y el rito del pañuelo en los adioses  
Fué silencioso y gris, como en los vanos  
Juramentos sin fin de los adioses.

## CAÍN.

Depuis l'aube des temps je plaine sur la  
Vie — Tel un oiseau de proie aux  
serres de démon.

*Saint-Pol, Roux.*

Lleva el fardo de tu odio, gran proscripto,  
Al través del desierto. Mientras vivas,  
Vivirá tu tragedia, y aquel grito  
De tu hermano, y la sombra vengativa.

El Crimen quedó atrás. Pero el Delito  
Engendra pesadillas agresivas.  
Abel te está mirando, ... Estás maldito ...  
Huye, Caín ... Aviva el paso, aviva ...

Y ante el asombro mudo del desierto  
El hermano de Abel va, lentamente,  
Bajo el ojo de sangre de aquel muerto.

Babeó el odio sobre él su gran Pecado,  
Y una piedra golpeó sobre su frente  
El dolor de aquel ojo alucinado.

## SALOMÉ.

En la noche del Sábát, una rosa  
En sus tonos caducos diluía  
La extraña idealidad de una Utopía  
Sobre blanco marfil. Tu misteriosa

Carne de virgen blanca, temblorosa,  
Era la más artística teoría  
Del pudor. Y dos soles de Etiopía  
Desmayaban su sombra voluptuosa

Cual furtiva caricia, en tu blancura.  
En tus ojos, dos gotas de Locura  
Irritaron al Crimen. La Demencia

Hizo temblar tu carne como un grito,  
Y en la ruda obsesión de tu delito  
Te escupe Yo Kanaan su indiferencia.



## JULIO LERENA JUANICÓ (1)

## I.

— Quiero contarte una historia.  
— ¿Triste?  
— Como la vida.

Ibsen.

Bajo un cielo de niebla  
á fines del Otoño  
labraba yo mi tierra  
y ví con estos ojos

aquel cortejo fúnebre...  
Lloraban las campanas  
y al oirlas, de bruces,  
ella también lloraba.

y era una tarde quieta  
hacia la primavera...

Luego, — pasado un año —,  
cuando al morir la tarde  
dejaba mi trabajo,  
ví que cruzaba el valle

un cortejo de bodas  
con músicas y risas;  
y al oirlas, gozosa  
ella, también reía,

## II.

Et redoutant la foule aux tumultes de fer  
Elle écoute la vie — au loin — comme la mer...

Manos tenues y pálidas que ensayan vagamente  
aires de antiguos tiempos en los claves discretos;  
risas sobre los labios, sueños bajo la frente,  
sueños, risas, sonrisas, quimeras y secretos...

Junto á los viejos triunfos que historian los tapices,  
bajo el mirar adusto de cien antepasados  
brindan sus reverencias las cabelleras grises  
ante la gracia joven de fútiles tocados.

Con su compás galante, la danza preferida  
vuelve á los graves nobles hácia lejanos años:  
recuerdan las abuelas páginas de su vida:  
los abuelos, risueños trances y desengaños.

(1) JULIO LERENA JUANICÓ pertenece á la nueva generación. Hombre de letras, su espíritu superior se ha desenvuelto entre las nerviosas inquietudes de la cultura moderna. *Dilettante* á veces, piensa en otras hondamente, y siempre con intensidad. En marcha á través del arte contemporáneo, ha sentido las hondas sugerencias de las escuelas de decadencia, pero su concepto humano de la vida, del arte y del hombre, le ha dado la amplitud del criterio y la comprensión estética suficiente para apreciar y sentir la belleza en todas sus manifestaciones. Hombre de estudio y artista, su labor permanece inédita en su casi totalidad. Apenas si los diarios y periódicos del país, han registrado una que otra vez una composición sutil, de aristocrática delicadeza. Sin embargo es un poeta hondo y subjetivo. Todos sus versos, son producto de una concepción intensa. Derrama en esas piezas, que á veces parecen pueriles devaneos de un espíritu cargado de sueños, un exceso de vida interior, de sentimentalismo y de emoción. Es el más fino y penetrante de nuestros poetas, y sabé sorprender el fondo de poesía que hay en todas las cosas. Ha sido director de *Los Debates y Vida Moderna*.

La frívola pavana con su ritmo de seda  
á todo un mundo joven arrastra en tardo vuelo.  
Pasa el bullicio... pasa... Sólo Griselda queda.  
como si un hilo de oro la sujetara al suelo.

Há tiempo ya que vive su alma en el destierro  
y nadie aquel misterio consigue penetrar.  
Ella teme las turbas, los tumultos de hierro,  
Ella escucha la vida — de lejos — como el mar...

## LA PARTIDA DE AJEDREZ.

— ¡Andad presto! ¿qué os detiene?

— Baronesa, vuestro juego  
presta estímulo á mi avance... os doy jaque...

me venceis, marqués!

— No tal, pero escuchad, os lo ruego!  
quiero hablaros, allegad á mi labio vuestro oído...

— Sois sutil, aunque indiscreto. —

— Perdonadme, mi pasión  
hácia vos... mas nos vigilan, acercáos...

— ¡Ah! traición!

## CHOPIN.

¿Quién le arrastraba así por la vida,  
á través de la tristeza? *Gorki*.

Era la tarde y hácia los confines  
de un ambiente de sueños  
las teclas exhalaban su lamento.  
Herías la fiebre, y ante el triste

llamado respondían  
con efusión de manos dolorosas.  
En el parque, — arrancando de las frondas  
llantos, blasfemias y estridentes risas —,

despertaban los ecos, uno á uno:

« ¡Chopin, divino tísico! », clamaron:  
« hijo de la armonía y de los lagos...  
¡Oh hermano del crepúsculo! »

CÉSAR MIRANDA <sup>(1)</sup>

## NINÓN.

(Para Raúl Montero Bustamante).

Sonámbula deliciosa de brazos de porcelana,  
el manto lila te arroja con una gracia atrayente,  
y tu cuerpo curvilíneo de una excelstitud pagana  
evoca de Deyanira el fabuloso ascendiente.

Por ti, Ninón, los salterios rien su risa elocuente;  
por ti la orquesta amarilla zumba su grave pavana;  
por ti, flor de los insomnios, sollozan junto á la fuente  
los silfos enamorados de tu belleza pagana.

En hora crepusculina, belleza de porcelana,  
cuando te bese la Eterna sobre el mármol de tu frente,  
en hora crepusculina el bronce de la campana  
ha de doblar quejumbroso, ha de doblar tristemente....

Hada fugaz que las horas llevarán hácia Nirvana,  
quién pudiera entre tus brazos hallar eficaz nepente,  
y deteniendo á Saturno en su marcha cotiliana,  
sonámbula deliciosa besarte perennemente....

## LOS PAQUIDERMOS.

(Para Alejandro de Vedia).

Van por la ruta amarilla los paquidermos antiguos;  
siniestramente resuenan sus pasos; en los contiguos  
palmares los grandes monos ejecutan sus piruetas,  
y en los lagos cristalinos cantan los cisnes poetas.

Van los tardos paquidermos hollando la arena fina  
con sus pies; y sus colmillos, de una blancura de harina,  
penden; sus enormes trompas van olfateando el suelo;  
y sus ojos diminutos, por puntos miran el cielo.

Van los grises paquidermos en dirección á la fuente,  
á bañar sus cuerpos. Van caminando lentamente....

El más viejo, que es el guía, se detiene; con su trompa  
hace un signo cabalístico en los aires: una pompa  
indostánica.—Los otros lo imitan, y nuevamente  
mueven sus patas de plomo, tan automáticamente  
que parecen maquinarias inverosímiles.

Todos

se apuran; las trompas ya no olfatean el camino,  
y vagan al descuido en los aires de mil modos

(1) CÉSAR MIRANDA es un espíritu fino y penetrante y un delicado orfebre que percibe la *nuance* y sabe usarla discretamente. Ha leído mucho y posee una cultura ecléctica, erudita en asuntos de Oriente y vasta en cuestiones modernas. Pertenece por inclinación intelectual y por propia extravagancia lírica á la escuela de Ruben Dario. Es autor de un libro de versos titulado *Letanías Simbólicas*, que tuvo resonancia. En el fondo, Miranda es un *distante* de la forma. El título de su libro dice bien claramente la tendencia de este poeta, nacido en 1879.

distintos.—Allí, á dos pasos, el sendero cristalino  
corre. Las trompas se agitan como siniestras medusas.  
Los monstruos saltan alegres; y la Fuente de las Musas,—  
así se llama,—tiembla.—Sus patas los elefantes  
hunden en la clara linfa, que despierta. No como antes  
es transparente; los lodos, que en el fondo dormitaban,  
la han vuelto sucia; los cielos, que sus ondas reflejaban  
en las tardes amarillas y en las mañanas violetas,  
en los crepúsculos lilas y en las noches incompletas,  
no se mirarán en ella. Los elefantes nocivos  
siguen saltando; parecen, más bien que elefantes, chivos!...

Por la gran ruta amarilla los paquidermos antiguos  
vuelven; resuenan sus pasos pesados; en los contiguos  
palmares los grandes monos ejecutan sus piruetas;  
y en los lagos cristalinos ya no cantan los poetas....

## DIÁLOGO GALANTE.

—Amo de tu boca la sutil sonrisa.  
—Príncipe, mis labios no la tienen ya,  
—No amo de tu boca la cálida brisa.  
—Príncipe, mi risa no, pero mi brisa  
sé que tú deseas que torne á soplar.

JUAN JOSÉ ILLA MORENO <sup>(1)</sup>

## ESFINGE.

Sarcófago de trágicos dolores, O caso de una rara psiquiatría, —No lo sé,— Evoca los insólitos amores De mi musa: Pandora de alegría.	Una angustiada flor hay en su boca Dolorosa, como en la de la santa De la cruz. Y una expresión de misteriosa loca De sus cabellos en la oscura manta.
Con las alas del ángel tenebroso Parece cobijara los ensueños De su fe. Tiene ese timbre magno y horroroso De las tétricas aves de mis sueños.	En los signos arcaicos de sus cejas Hay dos menguantes lúgubres del Del dolor. [cielo Y dos brocales forman sus parejas Pestañas en los antros de su duelo.
Hay un severo drama en sus pupilas, De sombras, de colosos espectrales Y de luz.	Y lucen en sus místicas ojeras Del cuerpo de Jesús crucificado La flor.
Han besado á su cuello las sibilas Y á su frente las calmas siderales.	Y surgen de su pecho dos austeras Fuentes de un ideal mistificado.

(1) JUAN JOSÉ ILLA MORENO ha encauzado su espíritu en la corriente de las modernas tendencias literarias. Después de una rápida peregrinación por las escuelas de decadencia que tanto influjo ejercen sobre los jóvenes, ha creído encontrar en el simbolismo sentimental de sus versos la orientación definitiva de su espíritu. Es de los que esperan mucho del porvenir; pertenece á una generación recién nacida á la vida literaria, cuyos esfuerzos, ambiciones y esperanzas, se exteriorizan en esa producción híbrida, sin objeto y sin fin, pero llena de nervio, que llena las revistas juveniles del continente.

Sarcófago de trágicos amores      De sus rizos las sierpes irisadas  
 O ensueño de una extraña hipno-      Adoré y de sus éticas ojeras  
     Es así,      [grafía,      El cardal.  
 Se glisan por su mente los dolores      Y también á sus labios: carminadas  
 Que alientan á mi lóbrega elegía.      Amapolas que encienden mis hogueras  
 Y aunque la he visto rara y tenebrosa      Fui el sugestionado por la ciencia  
 Como el arbusto donde grazna el      De sus lesivos ojos halconados.  
     Le di      [buho,      E imperial  
 El corazón, y grave y misteriosa]      Fué la reina en mi tétrica existencia  
 Me acompañó en el fervoroso duo.      Y en mis versos, por ella hipnotizados.

Sarcófago de trágicos dolores  
 O caso de una rara psiquiatría.  
 — No lo sé —  
 Evoca los insólitos amores  
 De mi musa: Pandora de alegría.

### HISTERIA CREPUSCULAR.

En un banco del fondo del camino  
 Que una lila glisina protegía  
 Cual dosel de capricho bizantino,  
 La vi sufrir su cruel melancolía.  
 Era lila su traje de hilo fino,  
 Una lila sus ojos envolvía,  
 También lila el sudario vespertino  
 Que ofuscaba á la luz en su agonía.  
 Psiquis mirando, el languidente drama  
 Que alumbró escasa aquella lila llama,  
 Sintió nostalgia de pasadas horas,  
 Probó entonces histérica gardenia,  
 Y embriagando las ansias soñadoras  
 Fatalmente imperó la neurastenia.

RAMÓN MONTERO BROWN (1)

### EXCELSIOR.

Me he puesto en pié  
 Y se ha hecho el silencio alrededor.  
 Desperté del sopor.... Suena en la mente,  
 Cual zumbido de insecto bullicioso,  
 El eco del festín.... Alcé la frente,  
 Y, al contemplar el cielo refulgente,  
 Vibró en la lira el canto religioso.

(1) RAMÓN MONTERO BROWN se reveló poeta de inspiración y de empuje lírico, en el Concurso internacional de la Biblioteca Pública de La Plata de 1904, donde conquistó el primer premio con su composición *Excelsior*. Hasta ese día su nombre había permanecido ignorado. Montero Brown es un modesto salesiano que ha cursado sus estudios en el Colegio Pío de Villa Colón, donde actualmente reside. Su lirismo, hondo y subjetivo, la profundidad del concepto y la corrección del verso, hacen de él un poeta de personalidad propia. De este poeta laureado sólo conocemos la composición aludida en esta nota.

Ya no quiero en las báquicas orgías  
 Mis vestiduras arrastrar beodo,  
 No quiero venenosas alegrías,  
 No quiero mancillar las alas mías,  
 Ni vegetar parásito en el lodo.

Y, pues la tempestad troncha las flores  
 Que sin arrimo en el erial se mecen,  
 Amo cual cedro cumbres y fragores,  
 Y á la fe divinal pido fulgores  
 Hoy que las sombras de la duda crecen.

Sé que es mi vida viaje de un momento;  
 Que polvo soy, pero de Dios hechura;  
 Y no abandono mi bandera al viento,  
 Ni al vicio el libre corazón sediento  
 De lumbré celestial...; Sueño en la altura!

¡Arriba corazón!... En esa altura  
 El aquilón esforzará tu grito:  
 Cuanto más crece la tormenta obscura,  
 El relámpago aligero fulgura  
 Con mayor brillantez en lo infinito.

¡Arriba corazón!... marca tus huellas  
 Con trozos de bandera ensangrentados;  
 Muere vertiendo luz, cual las estrellas  
 Que al surcar el espacio, son más bellas...  
 ¡Busca ensueños de gloria perfumados!

Cruzarán en redor turbas ligeras  
 Las bellotas del vicio disputando...  
 Déjalo perseguir vanas quimeras  
 A ese turbión de sucias calaveras  
 Que á la entreabierta fosa va rodando.

¿Les dirás que la vida es armonía,  
 Y que está la creación de encantos llena?  
 ¿Que el hombre no nació para la orgía,  
 Para huellas dejar de sólo un día  
 Como reptil en la movible arena?...

¿Qué le importa rodar al precipicio  
 Al que tiene por patria el bajo suelo?  
 Clamará de la orgía en el bullicio:  
 Una madre sin Dios me enseñó el vicio  
 ¡Y una escuela sin fe robóme el cielo!

Les dirás que en la tumba soporosa  
 No dormirán el sueño del olvido;  
 Y que el alma, radiante mariposa,  
 Al cielo volará desde la fosa  
 Como el ave de noche, al patrio nido?

¿Que espíritu inmortal mueve este cieno;  
 Que es fábula el placer humo y vileza;  
 Que el mundo está de sinsabores lleno;  
 Que rompa el cáliz del festín ameno,  
 Porque la vida en el sepulcro empieza?...

¿Qué le importa sorber una por una  
 Las negras horas de letal beleño  
 A quien subió del vicio á la tribuna;  
 Si en torpe bacanal rodó su cuna,  
 Y en lúbrico festín concilia el sueño?

Desprecia tú los goces terrenales  
Soñando siempre en inmortal destino;  
Suspira por los bienes eternos,  
Y, en vez de señalar con bacanales,  
Señala con estrellas tu camino.

Yo no quiero pasar como esas flores  
Que á la tarde ludibrio son del viento...  
En la tumba que oculte mis dolores  
Espero ver la Cruz de mis amores  
Para mirar por ella el firmamento.

Yo no quiero en el fango del camino  
Revolcar mi sublime vestidura.  
¡Reflejo soy de resplandor divino!  
¡Recuerdo mi montaña!... Hoy, peregrino  
En un valle sin luz, sueño en la altura!

Que me place gozar en alta cumbre  
De más amplio y magnífico horizonte;  
Rodearme allí de esplendorosa lumbre  
Y contemplar la loca muchedumbre  
Adorando un becerro al pie del monte.

Pláceme oír bramar los aquilones,  
Y el retumbo escuchar de errante trueno,  
Y, junto á mi bandera hecha jirones,  
Conmover con mi acento á las naciones  
De inspiración y de entusiasmo lleno.

Pláceme oír ¡oh sol resplandeciente!  
Que, envuelto en nubes de encendida grana,  
Me digas, al hundirte en el occidente:  
Alza, poeta, la abatida frente,  
Que lumbre eterna lucirá mañana.

Yo escribiré con sangre a la subida  
Mis gigantes esfuerzos de victoria,  
Y allá en la cumbre vendaré mi herida  
Y soñaré otra vez con la partida  
Bajo mi verde pabellón de gloria.

¡Gloria! ambición del alma soñadora  
Que de zarzas del valle hace una lira  
Y vuela á una mansión encantadora  
Do junto á fuente azul, murmuradora,  
Bajo eterno laurel vive y delira.

¡Gloria, sediento el corazón ansía  
Que eternices la huella de mi paso!  
¿Podrá el pigmeo agigantarse un día?  
Sí; vislumbrando mares de armonía  
En esta sed de gloria en que me abraso.

Fijé á la Cruz la espléndida bandera  
Emblema de mi stirpe soberana...  
Luz de mi sér remóntase ligera  
Y escribe audaz en la anchurosa esfera:  
No cantas hoy para morir mañana.

Y yo quiero cantar. Dale tu aliento,  
Gigante fe, al exhausto peregrino;  
Duerma el lodo en oscuro monumento;  
Yo no, que ansío en la región del viento  
Señalar con estrellas mi camino.

## PABLO MINELLI GONZÁLEZ (1)

## Á LA DUQUESA DE X.

Duquesa, sois exquisita,  
y por vos siente un Poeta  
una ternura infinita.  
— Duquesa, sois exquisita.

Vuestros ojos japoneses  
son largos y me intimidan  
como mil numerotrecés.  
— Vuestros ojos japoneses.

Vuestro cuello es fino, albino  
y pone en mis labios besos  
dignos de un Rey bizantino.  
— Vuestro cuello es fino, albino.

Vuestras manos son mi Loto  
y noble stirpe pregonan;  
yo las besara devoto.  
— Vuestras manos son mi Loto.

Vuestro pie, una miniatura  
para mirar angustiado  
é hincarle la dentadura.  
— Vuestro pie, una miniatura.

O ! Sed mi Reyna de SABA  
para esas noches de fiebre  
que de pecar no se acaba.  
— Sed mi Reynita de Saba!

Duquesa, sois exquisita,  
y por vos siente un Poeta  
una ternura infinita.  
— Duquesa, sois exquisita.

## RETRATO...

Ven retrato — ven retrato;  
solo estoy, pálido, y  
mis ojos verdes de gato  
quieren abismarse en tí.

Ven retrato á que te cuente  
cómo mi pasión es cruel;  
ven, quiero besar tu frente  
y tus ojos de papel.

## UN AIRE DE CHOPIN.

A Madame la comtesse Le-Broyart, en Paris

La semi-oscuridad de la antesala  
tiene un rayo de Sol por parroquiano,  
y la blonda Mimy llora en el piano  
un aire de Chopin, triste y *lontano*...

Mi mirada en Mimy mustia resbala,  
y mis párpados caen con desgano  
en un ensueño pálido y *lontano*;  
y lloramos: — Chopin, Mimy, yo — el piano...

(1) PABLO MINELLI GONZÁLEZ, es el último poeta que ha surgido en estos diez años de fiebre lírica, y su iniciación ha sido singular, llena de raro *snobismo*. Llega recién, y llega con una personalidad formada, poniendo en todas sus estrofas el sello poderoso de una inteligencia nueva y de una inspiración más nueva aún. Empezó á escribir siendo un niño, en revistas literarias, luego marchó á Europa y de allí volvió con un tomo de versos extraños que él tituló *Mujeres flacas*. Era un libro curioso, escrito en idioma internacional, pero lleno de delicadeza, de esprit y de hondo sentimiento artístico. Sus versos son una mezcla de Verlaine y de Baudelaire, de ironía y tristeza, de ensueño é inquietud. Su musa es la más extravagante de las musas nuevas. Minelli, nació en 1883.

## AFFICHE.

Parecida á Mimi; Mimi Pinson.  
Sus ojos son dos líneas de carbón;  
su pelo color rojo-oro-salmón;  
cabello parisién (*Paris-Fashion*).

La cara toda blanca; enfarinada  
como una Colombina trasnochada;  
La nariz provocante, respingada;  
la boca es una mueca ensangrentada.

Viste un batón de encajes verde-malva,  
y su mano derecha luenga y alba  
se crispa cual la garra de una fiera.

— Un *affiche* de París que alumbra un foco!  
¿Quién ha sido el artista? Un pobre loco.  
¿Quién sirvió de modelo? Una quimera....

## LA ARTISTA.

Les sanglots longs — Des violons — De l'automne. . . . .  
*Verlaine.*

Hay un átomo de esplin  
en los ojos de Ninón,  
que suspira en el violín  
un sueño de Mendelsson.  
En su histérico mirar  
se lee un débil mal de Amor,  
y su bucle, por azar,  
cubre el diamante traidor

que argentino en su alba piel,  
de su párpado ducal  
cayó; é incrustóse fiél  
en la ojera episcopal.  
Y toda blanca d'esplin,  
la transparente Ninón,  
nos dice con su violín  
que le duele el corazón.

## LAS OBRERITAS.

CHANSONETTE.

A M.lle Louissette Hugot du Quartier Latin.

Pasan ligeras las obreritas,  
que son chiquitas,  
que son bonitas,  
y todas tienen aire feliz —  
Pasan ligeras, pasan ligeras,  
como visiones, como quimeras,  
las obreritas que hay en PARÍS.

Son algo flacas, descoloridas,  
y bien vestidas,  
son distinguidas  
con cierto aire de meretriz —  
Pasan ligeras cual golondrinas;  
son respononas, son parlanchinas,  
las obreritas que hay en PARÍS.

Ellas trabajan, aunque sin ganas  
largas semanas;  
y cuando dejan á sus tiranas  
están expuestas siempre á un desliz —  
Aman ó sueñan un Estudiante,  
y casi todas tienen amante  
las obreritas que hay en PARÍS.

Son unos diablos, cuentan brava-  
y las hay castas y timoratas, [tas,  
todas baratas,  
pues las más caras piden un Louis  
Aman el baile — oh, las cuadrillas!  
y todas muestran las pantorrillas  
las obreritas que hay en PARÍS.

¿Quién en Invierno no se conmueve  
viéndolas tristes entre la nieve,  
blanco el pié breve,  
y amaratadas boca y nariz? —  
Pasan ligeras como visiones;  
tienen las manos con sabañones,  
las obreritas que hay en PARÍS.

Pasan ligeras las obreritas,  
que son chiquitas,  
que son bonitas,  
y están expuestas siempre á un des-  
Pasan ligeras, pasan ligeras, [liz  
como visiones, como quimeras,  
las obreritas que hay en PARÍS.

## OFRENDA

Matronas graves de cabellos viejos  
como pelucas de Trianonés canos,  
que en el argento gris de sus reflejos  
rostros de Otoño habeis, tibios, lozanos;

Matronas adorables cual madonas  
antiguas, de misal vetusto y místico;  
Versallescas, espléndidas matronas,  
de aristocracia azul, gesto eucarístico;

Matronas que inspirais amor y miedo  
con vuestras amplias frentes aureoladas,  
de ojos cansados que acarician quedo  
y labios de sonrisas desmayadas;

Vengo á ofrendaros el ritmar suave  
en frases vizcondesas, cristalinas,  
como el volar olímpico de un ave,  
como tenues sonatas florentinas.

Duquesitas de pálidos corpiños  
que guardan quimeras inocentes;  
que en los ojos llevais blancos cariños  
y en los labios pasiones florecientes;

Duquesitas; — crishántemos de Almhanta,  
que amais las ruinas de la vieja Grecia;  
que orais en la celeste tierra Santa  
y soñais en la histérica Venecia.

Duquesitas, — suaves crishantemas  
que aprendeis versos y olvidais los rezos;  
que teneis los bombones y las gemas  
y deseáis los suspiros y los besos.

Vengo á ofrendaros el ritmar suave  
en frases vizcondesas, cristalinas,  
como el volar olímpico de un ave,  
como tenues sonatas florentinas!

## LLUEVE....

— Il pleure dans mon cœur  
comme il pleut sur la ville....  
*Verlaine.*

Llueve, llueve — el ruido leve  
de la lluvia en el cristal  
enlvidece y conmueve:  
es un llanto que hace mal.

Alguien llora — llueve, llueve....  
¿hay quién se atreva á negar  
qué lágrimas, lluvia y nieve  
todo es lo mismo: llorar?

Llueve — llueve — llueve — llueve,  
todo es triste, todo es leve,  
sólo la pena es verdad.

Todo es triste sin razón  
y llora en mi corazón  
como llueve en la ciudad.

## DIÁLOGOS GALANTES.

I.

— Cómo nieva, Condesa! Y cómo pesa esa racha invernal sobre mi espalda!

— Tomad, viejo barón, un lazo gualda que se parece al Sol.

— Gracias, condesa.

— En vuestros ojos hay una infinita ansiedad de morir....

— En vuestra mano, al trasluz del crepúsculo lejano, un violáceo marfil que se marchita.

Y sin embargo sois, Condesa, hermosa!

— Vuestra voz, gris barón, vale un poema.... Besad esta otoñal rosa suprema.

— Vos sois también, una suprema rosa....

— Si me diéseris el pecho como armario....

— Si me diéseris el alma como llave....

Oh, mi rosa suprema, tibia, suave!....

— Oh, mi pálido valetudinario!....

II.

— Lirio, os espera en el piano el espectro de Chopín.

Vamos a un mundo lejano de utopías; quereis?

— Bien.

— Vibrad algo taciturno, desmayado, suave, gris....

— ¿Os interesa un *Nocturno*?....

— Oh! más que un sueño de *hatchís*.

— Oíd: Sí... do... re... la... si....

— Loco, de Chopín en pos

voy, Lirio, y muero por ti!

— Silencio!

— Y sufro por vos....

— Fa.... mi....

— Qué delicadeza!

— Do.... re.... sois todo un esteta.

— Estais pálida, condesa!

— Estais pálido, Poeta!

## DIÁLOGO.

— Vuestro labio colorado es un rincón del Infierno. Vuestro cabello empolvado es un paisaje de Invierno.

Es vuestro cuello exquisito tallo de una flor de Loto. Vuestros ojos infinitos dos carreteras de Kioto.

Vuestra boca es una mueca de risa funambulesca. Vuestra mano de muñeca una brevedad chinesca.

Vuestro pie, niño que inquieta, lo envidiara Cendrillon, Vuestro corazón....

— Poeta!

Yo no tengo corazón....

COMPOSICIONES VARIAS <sup>(1)</sup>

## LECTURAS.

De la dichosa edad en los albores  
Amó a Perrault mi ingenua fantasía,  
Mago que en torno de mi sien tendía  
Gasas de luz y flocos de colores.

Del sol de adolescencia en los ardores  
Fué Lamartine mi cariñoso guía.  
« Jocelyn » propició, bajo la umbría  
Fronda vernal, mis ocios soñadores.

Luego el bronce hugoniano arma y escuda  
Al corazón, que austeridad entraña.  
Cuando avanzaba en mi heredad el frío,

Amé a Cervantes. Sensación más ruda  
Busqué luego en Balzac... y hoy ¡cosa extraña  
Vuelvo a Perrault, me reconcentro, y río!...

José E. Rodó.

## TROPICALES.

Vive en mi mente soñadora el fuego  
De tu amoroso y lá guido mirar,  
Como en el fondo del celeste abismo,  
De los astros los rayos del cristal;  
Pero estos al surgir el nuevo día  
Se aropan en su manto de zafir,  
Mientras la luz de tu mirada excelsa  
Nunca se oculta ni se apaga en mí.

Surge en Oriente la risueña aurora  
Besando con su lumbre el cielo azul,  
Como surgen en mi alma tus sonrisas  
Para inundarme de celeste luz;  
Pero las nubes de Occidente vienen  
De la aurora las tintas a cubrir,  
Mientras la luz de tus sonrisas, mi alma,  
Nunca ha dejado de brillar en mí.

Corre silente perfumada brisa  
Cantando entre el ramaje del verjel,  
Como canta en el fondo de mi pecho  
El eco de tu voz, bella mujer;  
Pero al tender la noche sus crespones  
Aléjase la brisa hasta el confín,  
Mientras que amante el eco de tu acento  
Nunca se aleja ni se apaga en mí.

(1) Las poesías que insertamos en esta sección, pertenecen a escritores que sin haberse caracterizado como poetas, han escrito composiciones de mérito en ocasiones determinadas, ó á jóvenes que se inician, y que aún no han desenvuelto su personalidad literaria.

## DIÁLOGOS GALANTES.

I.

— Cómo nieva, Condesa! Y cómo pesa esa racha invernal sobre mi espalda!

— Tomad, viejo barón, un lazo gualda que se parece al Sol.

— Gracias, condesa.

— En vuestros ojos hay una infinita ansiedad de morir....

— En vuestra mano, al trasluz del crepúsculo lejano, un violáceo marfil que se marchita.

Y sin embargo sois, Condesa, hermosa!

— Vuestra voz, gris barón, vale un poema.... Besad esta otoñal rosa suprema.

— Vos sois también, una suprema rosa....

— Si me diéseris el pecho como armario....

— Si me diéseris el alma como llave....

Oh, mi rosa suprema, tibia, suave!....

— Oh, mi pálido valetudinario!....

II.

— Lirio, os espera en el piano el espectro de Chopín.

Vamos a un mundo lejano de utopías; quereis?

— Bien.

— Vibrad algo taciturno, desmayado, suave, gris....

— ¿Os interesa un *Nocturno*?....

— Oh! más que un sueño de *hatchís*.

— Oíd: Sí... do... re... la... si....

— Loco, de Chopín en pos

voy, Lirio, y muero por ti!

— Silencio!

— Y sufro por vos....

— Fa.... mi....

— Qué delicadeza!

— Do... re... sois todo un esteta.

— Estais pálida, condesa!

— Estais pálido, Poeta!

## DIÁLOGO.

— Vuestro labio colorado es un rincón del Infierno. Vuestro cabello empolvado es un paisaje de Invierno.

Es vuestro cuello exquisito tallo de una flor de Loto. Vuestros ojos infinitos dos carreteras de Kioto.

Vuestra boca es una mueca de risa funambulesca. Vuestra mano de muñeca una brevedad chinesca.

Vuestro pie, niño que inquieta, lo envidiara Cendrillon, Vuestro corazón....

— Poeta!

Yo no tengo corazón....

COMPOSICIONES VARIAS<sup>(1)</sup>

## LECTURAS.

De la dichosa edad en los albores  
Amó a Perrault mi ingenua fantasía,  
Mago que en torno de mi sien tendía  
Gasas de luz y flocos de colores.

Del sol de adolescencia en los ardores  
Fué Lamartine mi cariñoso guía.  
« Jocelyn » propició, bajo la umbría  
Fronda vernal, mis ocios soñadores.

Luego el bronce hugoniano arma y escuda  
Al corazón, que austeridad entraña.  
Cuando avanzaba en mi heredad el frío,

Amé a Cervantes. Sensación más ruda  
Busqué luego en Balzac... y hoy ¡cosa extraña  
Vuelvo a Perrault, me reconcentro, y río!...

José E. Rodó.

## TROPICALES.

Vive en mi mente soñadora el fuego  
De tu amoroso y lá guido mirar,  
Como en el fondo del celeste abismo,  
De los astros los rayos del cristal;  
Pero estos al surgir el nuevo día  
Se aropan en su manto de zafir,  
Mientras la luz de tu mirada excelsa  
Nunca se oculta ni se apaga en mí.

Surge en Oriente la risueña aurora  
Besando con su lumbre el cielo azul,  
Como surgen en mi alma tus sonrisas  
Para inundarme de celeste luz;  
Pero las nubes de Occidente vienen  
De la aurora las tintas a cubrir,  
Mientras la luz de tus sonrisas, mi alma,  
Nunca ha dejado de brillar en mí.

Corre silente perfumada brisa  
Cantando entre el ramaje del verjel,  
Como canta en el fondo de mi pecho  
El eco de tu voz, bella mujer;  
Pero al tender la noche sus crespones  
Aléjase la brisa hasta el confín,  
Mientras que amante el eco de tu acento  
Nunca se aleja ni se apaga en mí.

(1) Las poesías que insertamos en esta sección, pertenecen a escritores que sin haberse caracterizado como poetas, han escrito composiciones de mérito en ocasiones determinadas, ó á jóvenes que se inician, y que aún no han desenvuelto su personalidad literaria.

Graba en la arena de la playa el agua,  
De las sirenas el celeste amor,  
Como tu imagen de nereida amada  
Grabada tengo aquí en mi corazón;  
Pero otras olas tempestuosas borran  
Lo que aquéllas llegaron á escribir,  
Mientras tu imagen tempestuosas dudas  
Nunca lograron desterrar de mí.

Y es que tu imagen, tus sonrisas bellas,  
Tus miradas y el eco de tu voz,  
Son la vida de mi alma solitaria,  
La sangre de mi triste corazón;  
Es que si tu recuerdo un solo instante  
En mi pecho dejara de latir,  
El frío de la muerte por mis venas  
Sólo hallarías al tornar á mí.

Quando tomo la pluma y al trabajo  
Consagro unas cuartillas de papel,  
Sólo acierto á escribir una palabra.  
Que es tu nombre gentil, mi dulce bien;  
Y si escucho tu voz idolatrada,  
Si vivo con tu aliento de jazmín,  
Si mis ojos no ven sino tus ojos,  
Es que tú, más que yo, vives en mí.

Despierto te contemplo seductora  
A mi lado, dejándote adorar,  
Y en sueños te adivino como un hada  
Que embarga el corazón con su beldad;  
Y está unida á mi mente tanto, tanto,  
Tu rostro encantador de serafín,  
Que no puedo tener un pensamiento  
Sin que haya de pensar, mi bien, en ti.

¡Oh mi amada gentil! Si también sientes  
Este fuego que vibra aquí en mi sér;  
Si á mi acento despiertas y me escuchas  
Soñando con las glorias del Edén...  
Oyeme: no me digas que me adoras  
Ni que es mío tu excelso porvenir,  
Pues tal felicidad me mataría  
¡Y así no pensaría más en ti!

¡Oh! ¡No pensar en ti! ¡Oyes, mi amada?  
Si la vida, negándose su luz,  
Hiciera que mi mente se olvidara  
De que aun existes en la tierra tú,  
Llega, entonces, un día hasta mi tumba,  
Y, al sentirte á mi lado discurrir,  
Aunque Dios no lo quiera, ni los cielos...  
Yo me alzaré para pensar en ti.

VÍCTOR PÉREZ PETIT.

### CAVE NE CADAS.

De la vida social en el barullo,  
la mente observadora sólo halla:  
arriba, las miserias del orgullo;  
abajo, la ambición de la canalla.

*Daniel Martínez Vigil.*

La humanidad á comprender alcanza,  
En el mar de la vida turbulento,  
Que es cada acto infantil una esperanza,  
Y cada acción senil un desaliento.

Mas, cual Anteo que recoge abajo  
Vigor para arrostrar la cruda guerra,  
El hombre, que nació para el trabajo,  
Se enardece al contacto de la tierra.

No desmayar! no desmayar! La vida  
Vale fuerza, poder, ardor, combate.  
Para mí es un mortal que se suicida  
El que en la triste adversidad se abate.

No hundir la noble frente entre lo impuro  
Por no ver del triunfar la hora cercana!  
¡Siempre se muestra el cielo más obscuro  
Cuando viene el claror de la mañana!

Quien es honrado, altivo, diligente,  
No se somete á yugos ni cadenas,  
Y es cada pensamiento de su frente  
Vibrante pabellón en las almenas!

De este mundo al pisar la encrucijada,  
Hay que aprestar los virgenes aceros.  
¡La vida es una lucha despiadada  
De lobos disfrazados de corderos!

Hay que sufrir, en lucha gigantea,  
Los amargos y rudos sinsabores.  
Cobarde no es quien teme la pelea:  
Es cobarde quien huye los dolores.

No hay que temer el mundanal barullo,  
Sino pelear con ínclitas bravuras,  
¡Por algo lleva el hombre con orgullo  
La frente dirigida á las alturas!

La vida no es para quien gime y llora;  
La vida no es para quien sufre y calla.  
¡Hay que aturdir al mundo hora tras hora!  
¡Hay que aplacar á gritos la canalla!

Con la virtud por única trinchera,  
Valientes combatamos mucho, mucho...  
¡Hay que pelear al pie de la bandera  
Hasta quemar el último cartucho!

CARLOS MARTÍNEZ VIGIL.

**MAL DE MUCHOS.**

Avalancha de eróticas legiones  
son las ideas de su pobre mente,  
cuando copia el furor incandescente  
de Salomé en sus lúbricas pasiones.

Visionario infeliz, hace girones  
su cerebro fundido en lava hirviente,  
y en el pecho infernal dice que siente  
los espasmos de cien generaciones.

¡Gran insensato! la Razón injuria  
cuando quiere probar que no es pigmeo,  
que hay alientos de ciclope en su furia!...

Y no es más que un lascivo Prometeo  
atado con cadenas de lujuria  
á la maldita roca del Deseo!...

ALFREDO VARZI.

**RAPSODIA.**

Sueño de oro de la época querida,  
Pasad sin hesitar,  
Porque la noche triste de la vida  
No tiene despertar.

Pensamiento de giro soberano  
Y forma escultural,  
No dejéis al capricho casquivano  
Vuestro sello genial.

Ilusión vaporosa que cruzabas  
Como estrella fugaz,  
No vuelvas, que la musa que animabas  
Era sombra falaz.

Almas gigantes que cruzais el mundo,  
Detened vuestro vuelo,  
Y escuchad el lamento gemebundo  
Que no llega hasta el cielo.

Corazón luchador, aguijoneado  
Por dudas y dolores,  
Vence ó cae, que el camino está sembrado  
De espinas y de flores!

JULIO MAGARIÑOS ROCCA.

**FRÍOS DE OTOÑO.**

Caen arrolladas las amarillas  
Y mustias flores de las acacias,  
Y en los jarrones de tus jardines  
Tristes dormitan las rojas dalias.  
No hay aleteos en los juncales;  
En los guayabos duermen las auras;  
Cubren el trébol de verdes hojas  
Las titilantes gotas de escarcha.

Todo se muestra como la novia  
De dulces ojos y veste blanca;  
Hay en el cauce de los arroyos  
Trozos de nieblas immaculadas.  
Ya balancean las madre selvas  
Sus trepadoras desnudas ramas,  
Y en los esteros de la laguna  
Pliega el zancudo sus grandes alas.

Caen arrolladas las amarillas  
Y mustias flores de las acacias,  
Y el ave negra de las tristezas  
Hace su nido dentro del alma.  
En los rosales de tus jardines  
Se han deshojado las rosas pálidas;  
Es que la fría brisa de otoño  
Sus tersos pétalos acariciara.

Todo se muestra como la novia  
De dulces ojos y veste pálida,  
Y en sus murmullos las casuarinas  
Remedan tristes cadencias de harpas;  
Pero la alondra de mis ensueños,  
La que en mi pecho perenne canta,  
Tiene canciones desconocidas  
Que arrullan siempre mis esperanzas.

Bajo la copa de los ombúes  
No se oye el ritmo de la guitarra,  
Que adorna amante la linda rubia  
Con verdes ramos y cintas blancas;  
Ya no modula la grata endecha  
Que tiene arpegios de notas mágicas,  
Porque la fría brisa de otoño  
Sus finas cuerdas acariciara.

Entre el ramaje de la arboleda,  
Los gruesos troncos de añosos talas  
Parecen grises formas gigantes  
Que el ángel frío las desnudara.  
Ya no se escuchan las notas regias  
De los boyeros y las calandrias,  
Ni hay aleteos en los juncales,  
Y en los guayabos duermen las auras.

En los florones del camalote  
Se ha marchitado la flor morada,  
Y los vaivenes de la corriente  
Columpian sólo sus hojas anchas.  
De las gaviotas se ven las plumas  
Vogar errantes sobre las aguas,  
Y en el barrancó las margaritas  
Lucen su traje de desposadas.

Cuando las sombras crepusculares  
Cuelgan sus velos en mi ventana  
Y mueren tristes en los jardines  
Las azucenas de alburas castas,  
El ave negra de las tristezas  
Hace su nido dentro del alma,  
Y tiende el vuelo mi pensamiento  
A otras regiones con locas ansias.

GONZALO LARRIERA VARELA.

## TRISTE.

Amada: cuando te alejas  
Hacia tu paterno hogar,  
Vas triste, porque me dejas,  
Y son amargas tus quejas  
Como las aguas del mar.

Vas triste, cual el proscrito  
Lejos del suelo natal:  
Llevas en la frente escrito  
De tu dolor infinito  
El poema sin igual.

Vas triste, cual los judíos  
Cuando cautivos se ven,  
Siervos de reyes impíos,  
A orillas de extraños ríos  
Y lejos de su Salén.

Del amor mío sospechas  
Tú, que se extinga el volcán:  
Me dejas tiernas endechas,  
Diciéndome que sus flechas  
Los celos te arrojarán.

Por eso, mi bien, vas triste  
Y es sin lindes tu dolor:  
Tu alma de luto se viste,  
Porque ignoras que resiste  
Todas las vallas mi amor.

Amada: porque me quieres  
Como siempre te querré,  
Con crueles dardos te hieres  
Y amargas quejas profieres,  
Entre la duda y la fe.

AURELIANO G. BERRO.

## MIS HIJOS.

Fuente perenne de concordia y dicha,  
Lazo de unión entre el Creador y el hombre,  
Semilla que engarzaís con el futuro  
De la pasada vida nuestro nombre:  
Con vosotros se avivan los recuerdos  
De aquella confidencia

Que arrulló cariñosa nuestra cuna  
En la bendita edad de la inocencia.  
Todo en vosotros vive, amor, fortuna,  
Placeres y promesas y esperanzas,  
Y hasta los sueños de color de Luna.

Ah! dejadme que cante y á porfía  
Repita vuestros nombres adorables;  
Los digo tantas veces en el día  
Lleno de amor y de emoción y encanto,  
Que no extrañéis que á la memoria mía  
Refluyan cuando lloro y cuando gozo,  
Cuando lucho en la vida y cuando canto.

Oh! si la voz de vuestros labios siento,  
Mezcla divina de pureza y risas,  
Es tan hondo, tan tierno el sentimiento  
Que en mi cabeza y corazón palpita,  
Que si el alma ante el mundo desfallece,  
Por vosotros de nuevo se estremece  
Y hasta mis canas su emoción agita....

Ya sabéis, hijos míos, cómo cruzan  
Las horas de mi vida;  
Las departimos juntos sin recelos,  
Mi suerte con la vuestra confundida,  
Juntando en el crisol de la inocencia  
Mis afanes, mis glorias y mi ciencia.  
Así al vaivén de la fortuna vária  
Navego entre borrascas y entre brisas,

Sin escuchar de amor otra plegaria  
Tan íntima tan tierna y candorosa  
Como aquella que imprimen vuestros labios  
En el puro dosel de las sonrisas.

Venturosa oración que me embriaga,  
Que inquieta mi cerebro y me ennoblece,  
Que mi cansado corazón halaga  
En las horas más negras del destino  
Cuando braman las olas vencedoras  
Sacudiendo la nave que gobiernan  
La esperanza y la fe del peregrino.

Yo sueño, hijos del alma, con auroras,  
Con Lunas y con Soles que abrillante,  
Y encuentro, desgraciado, en mi camino  
Sólo desiertos de espinoso acanto.  
Yo vi la realidad de la desgracia,  
Sobre las ondas de la suerte impía  
Crecer, llegar y lastimar mi frente;  
Y ante el Nemea que mi pecho hería  
Con el ¡ay! de un suspiro, de un lamento,  
Mi espíritu crujió bajo las alas,  
Bajo las negras alas del tormento.  
Mas en la lucha que sostuvo el alma,  
Buscando entre las breñas su alimento,  
Me encontré con vosotros tremolando  
De mis ensueños y ambición la palma,  
No es Edipo el que gime y va buscando  
La paz, la salvación de su conciencia;  
En los lindes tal vez de mi existencia  
Yo anhelo las caricias de mis hijos,

Porque batallo y suíro,  
Palpando de la Duda la inelemeencia  
Al quebrar el vigor de mis penates  
Con los fueros augustos de la ciencia  
En acerbos y en hórridos combates.  
Ah! en esa lucha digladiante y fiera,  
Que mi altivez sostuvo,

Yo ví la ingratitud en el camino  
Levantar sus columnas altanera,  
Ví el vicio en las alturas, y en el llano  
La honradez como burla del destino,  
Queriendo derribar una barrera  
Con el aliento de su esfuerzo vano;  
Ví primar las miserias de la vida  
En las justas más nobles de la idea;  
La amistad mancillando sus laureles  
Con el brillo fugáz de una presea....  
Es por ello que busco entre vosotros,

Seguro de encontrarlos,  
Los placeres del fin de mi carrera:  
Vosotros sois mi Dios, sois mi esperanza,  
Y entre el rumor de una amistad sincera,  
Luciente pedestal de mi confianza.....

Ah! cuando acudan á plegar mis ojos  
Las horrorosas leyes del Arcano,  
Borrando para siempre mis arrojios,  
Mis Lunas, mis auroras y mis Soles  
Que hoy brillan en los fondos de mi cielo

Con esmaltes de estrellas y arreboles;  
 Y perciba ya el fondo de la huesa,  
 Fatídica mansión de tanto anhelo,  
 Con vuestro propio porvenir sembrado  
 De luto, de mentiras y de duelo;  
 Y ya mis secos labios no pronuncien  
 Los nombres de mi culto, el más sagrado:  
 Ay! en presencia de un amor que espira  
 Salpicando de lágrimas mi frente  
 Con los ojos caldeados por el llanto  
 Y un lapso de placer siempre presente;  
 En medio al estertor de esa agonía,  
 Último aliento del que os quiso tanto,  
 Deploraréis la falta del cariño,  
 De ese inmenso cariño, hijos del alma,  
 Que vibra apenas en mi humilde canto.

NICOLÁS N. PIAGGIO.

### MEDITACIÓN.

¡Dios sólo es grande! El soplo de su labio  
 Puede hundir en la nada al Universo.  
 ¡Dios sólo es Dios! La noche está en su mano,  
 En sus ojos la luz del firmamento.  
 Cuando pasa la nube amenazante,  
 Surcando de relámpagos el cielo  
 ¿Va en ella acaso el ángel de sus iras,  
 El ángel Izrafil, el justiciero,  
 En tromba de violentos huracanes,  
 Tocando el arrebató de los truenos?  
 Cuando la tierra en ondas trepidantes  
 Agita su corteza con estruendo,  
 Y alza ó sumerge los antiguos montes,  
 Seca los ríos y vomita fuego,  
 ¿Es que un rayo perdido de su enojo,  
 Rayo que con Satán cayó al Averno,  
 Pugna por quebrantar su oscura cárcel,  
 Y volver de la luz al foco inmenso?  
 ¿Qué sabemos nosotros los humanos  
 De nuestro porvenir, de los misterios  
 Que envuelven esta vida miserable,  
 O esta esfera de arcilla encierra dentro,  
 Del peligro que esconden las tinieblas,  
 Del abismo que el mar guarda en su seno,  
 De las furias que surgen del espacio,  
 Cabalgando el ciclón de alas de viento,  
 De cuanto nos rodea ó nos acecha?  
 ¿Que sabemos nosotros? ¿Qué sabemos?..  
 ¡Ay! tan sólo lloran sobre las ruinas  
 De nuestro corazón ó las del suelo,  
 Claman piedad al Dios á quien en vano  
 Quisiera adivinar el pensamiento,  
 Dar llanto al mar, suspiros al espacio,  
 Y á la tierra insaciable nuestros muertos.  
 Sólo una luz de dulces resplandores,  
 En medio á tantas sombras un reflejo

Con brillo sideral á veces luce  
 De nuestro propio corazón surgiendo;  
 Y esa luz sacrosanta y misteriosa  
 Que al alma enseña su camino eterno,  
 Eres tú, *Caridad*, iris hermoso  
 Que tras la tempestad brotas inmenso,  
 Reflejando tus vívidos colores  
 De los que sufren en el llanto acerbo,  
 Y en parábola hermosa de diamantes  
 Con tu fulgido lazo unes los pueblos,  
 Trasfundiendo el amor y la esperanza  
 A través de los mares y los cielos.

NICOLÁS GRANADA

### Á ÉL.

Llegan las dulces horas de la tarde  
 Sumiendo el alma en celestial ensueño,  
 Los pesares se borran  
 Tras los fulgores de irisados velos.

Frente al bello esplendor de la campiña  
 Que baña el sol en vívidos reflejos,  
 En enjambre divino  
 Brindan las ilusiones, su misterio.

En esas horas de sin par dulzura,  
 De eterna languidez, cuando en el cielo  
 Se reclinan las nubes,  
 Y es todo acá en la tierra, paz, silencio...

Cuando las flores con amor extienden  
 La tenue seda de sus niveos pétalos,  
 Y en el aire hay perfumes  
 Suaves y puros, de azahar y trébol.

Mi alma te llama; sus potencias todas  
 Vibran unidas en ferviente anhelo,  
 El de posar los ojos  
 Sobre los tuyos de mirar sereno.

Pasan las dulces horas de la tarde  
 Como aves bellas en pausado vuelo,  
 La luz en la onda muere,  
 La sombra extiende sus crespones densos.

No dejes que la lúgubre tristeza  
 Tienda los suyos en mi amante pecho,  
 De tu mirada pura  
 La luz divina cual caricia quiero.

Quiero tu dulce amor y con delirio,  
 Como los siento en mis más dulces sueños,  
 Sentir como palpitan  
 Sobre mi frente, tus ardientes besos.

CLARA GIANNETTO.

## VOLUPTUOSA.

Yo quisiera mirar en tus ojos,  
donde luces muy lánguidas brillan  
coronadas de azules reflejos,  
radiosos fulgores de llama lasciva.

Yo quisiera á tu carne, que es mansa,  
trasmitir el ardor de la mía  
y á tus labios, delgados y tibios,  
prestarles el fuego que mi alma calcina.

Yo quisiera poner en tu seno,  
donde amores virgíneos anidan,  
el incendio voraz de las ansias  
de goces sensuales y ardientes caricias.

Porque entonces hallara en tus brazos  
no las de ora ternezas sin vida;  
no los besos que ideales engendran,  
no el casto deleite, mi blanca odalisca.

Que atrofiadas las fibras de mi alma,  
por exceso de puras delicias,  
la materia ardorosa se impone,  
pidiendo placeres, que espasmos terminan...

¡Qué feliz, si trocaran tus labios  
dulces besos de aroma divina,  
que ilusiones dormidas despiertan,  
en besos que fueran cual lava encendida!

¡Qué feliz, si te viera, anhelante,  
inflamadas las tiernas pupilas,  
cuando loco en mis brazos te oprimo,  
al lúbrico influjo mostrarte rendida!

¡Qué feliz, si entregada á mi anhelo  
de tu cuerpo la flor purpurina,  
en su gruta de amor, misteriosa,  
mi lujuria quedara vencida —  
y al vibrar de tu carne incitante  
de nuevo surgiera, viril, infinita!...

JUAN CARLOS MENÉNDEZ.

## POEMA ROMÁNTICO.

El cantor de la rimas coquetas  
Ritmó un canto á los ojos violetas;  
Y escogiendo una flor una núbil divina,  
En la huerta muriente á la luz vespertina,  
Hé ahí que escuchó del cantor de las rimas coquetas,  
El sedeno, el extático canto á los ojos violetas.

Deshojando los pétalos rojos  
De esa flor, retratóse en sus ojos  
Un poema romántico, bello poema  
Que en su faz diluyó resplandor de diadema:  
Esa luz tan sutil, más nivosa que polen de flor  
Que se filtra y germina en las almas, naciendo el amor,

En la mesa la niña mimada,  
No ostentaba la flor encarnada,  
El contraste del blanco mantel y la rosa  
No bebía esa noche la vista afanosa.  
Más, ¿qué importa, si había en sus ojos la luz de diadema  
Que cantaba un poema romántico, bello poema?

Por oír el divino cantor  
Ella vuelve á escoger una flor,  
Mas transcurre la tarde en la huerta muriente  
Y no escucha... ¡ya más!... al gentil confidente  
Que elevara en sus ritmos perlados de rimas coquetas,  
El sedeno, el extático canto á los ojos violetas.

Otra flor, esa tarde, deshoja,  
Mas, su alma, febril, se acongoja,  
Pues la flor que deshoja es su misma ilusión...  
Ya se extingue en sus ojos la dulce canción,  
El poema romántico, bello poema ha cesado,  
Y semeja una herida la rosa en su pecho nevado.

FRANCISCO G. VALLARINO.

## LAS FATALIDADES DEL AMOR.

En los tardos crepúsculos, Clarisa  
solía visitarme, cual si fuera  
una joven hermana de enfermera  
á quien condecorase una sonrisa.

Y la cosa fué así, su primavera  
vertió sobre mis ojos su indecisa  
y ortodoxa pasión de profetisa  
que se ha iniciado por la vez primera.

Y fué tan triste el caso, cuando una  
amiga de nosotros, importuna,  
le narró la verdad de mi tristeza,

Que Clarisa ha vestido de viuda,  
y en los tardos crepúsculos se muda  
el ligero crespón de su cabeza.

ELISEO RICARDO GÓMEZ.

## NOCHE.

Desmenuza, al pasar, la flor del loto  
Con sus dedos finísimos la brisa,  
Y el crepúsculo afecta una sonrisa  
Dibujada en los labios de un ignoto

Semblante. Las gavillas señoriales,  
Abaten sus cabezas gravemente,  
Y un instante de luz hiere en la fuente  
El agua de prismáticos cristales,

El toque militar de los clarines  
 Ensayan los ejércitos alados,  
 Y maniobran, en línea desplegados,  
 Hacia la vaguedad de los confines.

Uniforman sus rudas cabelleras  
 Los sauces somnolientos y lejanos,  
 Y desbórdase el germen de los granos  
 En las innumerables sementeras.

En la paz de la noche comenzada  
 Acogen el misterio los ramajes,  
 Y con lujo de blondas y de encajes,  
 Hebe pasa en silencio y empolvada,  
 Ante la reverencia de sus pajes.

IT. EDUARDO PEROTTI.

### OJOS NEGROS.

Yo adoro las tinieblas de la noche,  
 y las horas solemnes del misterio,  
 y adoro las sombrías sepulturas,  
 y todo lo que es muerte y lo que es negro.

Yo adoro los abismos insondables,  
 y los antros profundos del Averno,  
 y adoro, como Poe, la negrura,  
 de las alas fatídicas del cuervo.

Yo adoro las tinieblas de la noche,  
 y todo lo que es muerte, y lo que es negro,  
 y adoro los abismos insondables  
 porque me acuerdo de tus ojos bellos.

IT. EDUARDO PEROTTI.

### ROMANDESCOS.

Vibró en la noche una guzla  
 bajo el gótico ajimez,  
 y á su ritmo un dulce canto  
 de amorosa languidez.

Asomó una forma esbelta  
 como á un conjuro de amor!  
 se oyó suspirar un nombre...  
 y enmudeció el trovador.

Se vió una escala un instante  
 desde el alféizar colgar...  
 y envuelta en hondo misterio  
 volvió la calle á quedar.

EDUARDO GANDOLFO.

### ANHELOS.

I.

Con dos pétalos de rosa  
 Hacer nuestra embarcación,  
 Y por la mar tempestuosa  
 Cruzar en célica unión.

II.

A la luz resplandeciente  
 De intenso rayo lunar,  
 Poner en tu blanca frente  
 Un racimo de azahar.

III.

Y seguir en la barquilla  
 Como Julieta y Romeo,  
 Hasta llegar á la orilla  
 En delicioso fraseo.

IV.

Después... de la lucha diaria  
 Correr el ancho camino,  
 ¡Entonando una plegaria  
 al príncipe del Destino!

LEOGARDO MIGUEL TORTEROLO.

### TU Y YO.

Tú tienes la hermosura de María  
 Y del zorzal el rítmico fraseo,  
 Yo el alma varonil de Prometeo  
 Y del laúd la dulce melodía.  
 Tú eres el Hada virginal que un día  
 Me brindaste de Amor el devaneo,  
 Transportándome en alas del deseo  
 A un mundo de soberbia fantasía.

Yo soy el trovador que se enamora  
 Desde el rayo primero de la aurora  
 Al postrimer reflejo vespertino,  
 Y quien en ruda lucha con la suerte  
 ¡Besaría los labios de la Muerte  
 Por tapizar de flores tu camino!

LEOGARDO MIGUEL TORTEROLO.

### LA VIRGEN MUERTA.

I.

Hacia su hogar encaminé mi paso  
 Y al verla muda, rígida y tendida  
 En el revuelto lecho, ya sin vida  
 Su entusiasta y amante corazón,  
 Sentí que el fuego de sus negros ojos  
 Se retrataba tenue en mi mirada,  
 Como cediendo al alma desolada  
 Luz para la postrera inspiración.

¡Estaba tan hermosa! Por sus labios,  
 Príncipes del amor y la poesía,  
 Vagaba la sonrisa todavía  
 Con que les dijo ¡adiós! para partir;  
 Y su pálido rostro era la imagen  
 De la Venus de Milo dormitando  
 En un lecho de plumas, y rasgando  
 Con su ingenio el capuz del porvenir.

Al mirarla de nuevo sentí que algo  
Me arrebatava sin cesar la calma,  
¡Era la despedida de su alma  
Compañera de mi alma al despertar!  
Entonces comprendí que hay un instante  
En que triunfa la suerte caprichosa:  
¡Ya no iría conmigo aquella diosa  
A doblar su rodilla ante el altar!

Y me alejé convulso y pensativo  
La fe perdida, el corazón deshecho,  
Resonando en el fondo de mi pecho  
El eco melodioso de su voz;  
Y al pensar en mi amor sin esperanza  
Cruzaron por la mente mil visiones,  
Semejando una furia de aquilones  
Que fuera á destronar al mismo Dios.

## II.

Al cementerio encaminé mi paso  
Cuando del sol el postrimer reflejo  
Banaba el prado. — El fúnebre cortejo  
Ostentaba una hermosa palidez:  
Blanco era el traje de la virgen muerta,  
Blanco el cajón, y blanco era el vestido  
De las jóvenes damas: Todo unido  
Tenía del lirio la alba desnudez.

¡Aun el recuerdo sin cesar me apena!  
Un sacerdote de cabello cano  
Echó el responso con que siempre humano  
Despide á los que van hácia el Señor;  
Y luego el pertinaz sepulturero  
El féretro llevó donde aun reposa,  
Lloré un instante, y en aquella fosa  
Quedó encerrado mi primer amor!

¡Oh! esa sultana de las trenzas de ébano  
Fué la ilusión de mi amoroso anhelo,  
La triunfal alborada de mi cielo  
Y el suave aroma de un soñado Edén;  
Ella templó las cuerdas de mi lira  
Y arrulló mis éroticos cantares,  
Sonando coronar con azules  
Su blanca frente y mi amorosa sien.

Y hoy que su imagen á la mente acude  
Como el gran sol que iluminó mi infancia,  
De esta flor la dulcísima fragancia  
Vaya á besar al bello querubín;  
Que en los días sin luz de mi existencia  
Yo seguiré su nacarada estela,  
Para escalar su trono de Graciela  
Y ser dichoso, aunque sonando... al fin!

LEOGARDO MIGUEL TORTEROLO.

FIN.

## ÍNDICE ALFABÉTICO

Acuña de Figueroa. (Francisco)	Pág. 13
Acha. (Francisco Xavier de)	71
Araucho. (Manuel)	28
Arrascaeta. (Enrique de)	74
Arreguine. (Víctor)	215
Becchi. (Constantino)	102
Behety. (Matías)	112
Bermúdez. (Pedro P.)	70
Bermúdez. (Washington P.)	170
Bernárdez. (Manuel)	225
Berro. (Adolfo)	30
Berro. (Aurelio)	97
Berro. (Bernardo P.)	49
Busto. (José G. del)	205
Callorda. (Pedro Erasmo)	338
Castell. (Adela)	240
Delgado. (Asdrúbal E.)	340
De María. (Alcides)	154
Dufort y Alvarez. (Anacleto)	120
Fajardo. (Carlos A.)	81
Fajardo. (Heraclio C.)	78
Fernández y Medina. (Benjamín)	218
Ferreira y Artigas. (Fermin)	76
Flangini, hijo. (Alberto)	157
Fragueiro. (Rafael)	140
Frugoni. (Emilio)	275
Gómez. (Juan Carlos)	37
Gordon. (Eduardo G.)	91
Guerra. (Ubaldo Ramón)	258
Herrera y Reissig. (Julio)	285
Herrero y Espinosa. (Manuel)	152
Hidalgo. (Bartolomé)	24
Illa Moreno. (Juan José)	355
Jiménez de Aréchaga. (Justino)	349
Kubly y Arteaga. (Enrique)	214
Lamberti. (Antonino)	87
Lapuente. (Laurindo)	89
Lerena Juanicó. (Julio)	352
Maciel. (Santiago)	201
Magariños Cervantes. (Alejandro)	61
Martínez Vigil. (Daniel)	242
Melian Lafnúr. (Luis)	145
Méndez Reissig. (Ernestina)	328
Mendoza. (José Román)	118

Al mirarla de nuevo sentí que algo  
Me arrebatava sin cesar la calma,  
¡Era la despedida de su alma  
Compañera de mi alma al despertar!  
Entonces comprendí que hay un instante  
En que triunfa la suerte caprichosa:  
¡Ya no iría conmigo aquella diosa  
A doblar su rodilla ante el altar!

Y me alejé convulso y pensativo  
La fe perdida, el corazón deshecho,  
Resonando en el fondo de mi pecho  
El eco melodioso de su voz;  
Y al pensar en mi amor sin esperanza  
Cruzaron por la mente mil visiones,  
Semejando una furia de aquilones  
Que fuera á destronar al mismo Dios.

## II.

Al cementerio encaminé mi paso  
Cuando del sol el postrimer reflejo  
Banaba el prado. — El fúnebre cortejo  
Ostentaba una hermosa palidez:  
Blanco era el traje de la virgen muerta,  
Blanco el cajón, y blanco era el vestido  
De las jóvenes damas: Todo unido  
Tenía del lirio la alba desnudez.

¡Aun el recuerdo sin cesar me apena!  
Un sacerdote de cabello cano  
Echó el responso con que siempre humano  
Despide á los que van hácia el Señor;  
Y luego el pertinaz sepulturero  
El féretro llevó donde aun reposa,  
Lloré un instante, y en aquella fosa  
Quedó encerrado mi primer amor!

¡Oh! esa sultana de las trenzas de ébano  
Fué la ilusión de mi amoroso anhelo,  
La triunfal alborada de mi cielo  
Y el suave aroma de un soñado Edén;  
Ella templó las cuerdas de mi lira  
Y arrulló mis éroticos cantares,  
Sonando coronar con azules  
Su blanca frente y mi amorosa sien.

Y hoy que su imagen á la mente acude  
Como el gran sol que iluminó mi infancia,  
De esta flor la dulcísima fragancia  
Vaya á besar al bello querubín;  
Que en los días sin luz de mi existencia  
Yo seguiré su nacarada estela,  
Para escalar su trono de Graciela  
Y ser dichoso, aunque sonando... al fin!

LEOGARDO MIGUEL TORTEROLO.

FIN.

## ÍNDICE ALFABÉTICO

Acuña de Figueroa. (Francisco)	Pág. 13
Acha. (Francisco Xavier de)	71
Araucho. (Manuel)	28
Arrascaeta. (Enrique de)	74
Arreguine. (Víctor)	215
Becchi. (Constantino)	102
Behety. (Matías)	112
Bermúdez. (Pedro P.)	70
Bermúdez. (Washington P.)	170
Bernárdez. (Manuel)	225
Berro. (Adolfo)	30
Berro. (Aurelio)	97
Berro. (Bernardo P.)	49
Busto. (José G. del)	205
Callorda. (Pedro Erasmo)	338
Castell. (Adela)	240
Delgado. (Asdrúbal E.)	340
De María. (Alcides)	154
Dufort y Alvarez. (Anacleto)	120
Fajardo. (Carlos A.)	81
Fajardo. (Heraclio C.)	78
Fernández y Medina. (Benjamín)	218
Ferreira y Artigas. (Fermin)	76
Flangini, hijo. (Alberto)	157
Fragueiro. (Rafael)	140
Frugoni. (Emilio)	275
Gómez. (Juan Carlos)	37
Gordon. (Eduardo G.)	91
Guerra. (Ubaldo Ramón)	258
Herrera y Reissig. (Julio)	285
Herrero y Espinosa. (Manuel)	152
Hidalgo. (Bartolomé)	24
Illa Moreno. (Juan José)	355
Jiménez de Aréchaga. (Justino)	349
Kubly y Arteaga. (Enrique)	214
Lamberti. (Antonino)	87
Lapuente. (Laurindo)	89
Lerena Juanicó. (Julio)	352
Maciel. (Santiago)	201
Magariños Cervantes. (Alejandro)	61
Martínez Vigil. (Daniel)	242
Melian Lafnúr. (Luis)	145
Méndez Reissig. (Ernestina)	328
Mendoza. (José Román)	118

Minelli González. (Pablo)	Pág. 359
Miranda. (Cesar)	» 354
Montero Brown. (Ramón)	» 356
Montero Bustamante. (Raúl)	» 294
Montes. (Victoriano E.)	» 93
Moratorio. (Orsmán)	» 163
Pacheco y Obes. (Melchor)	» 56
Papini y Zas. (Guzmán)	» 253
Passano. (Ricardo)	» 230
Piñeyro del Campo. (Luis)	» 113
Quiroga. (Horacio)	» 343
Ramírez. (Carlos María)	» 107
Ramírez. (Gonzalo)	» 110
Regules. (Elias)	» 164
Rivera. (Enrique)	» 249
Rodríguez. (Guillermo P.)	» 238
Roxlo. (Carlos)	» 175
Sabbia y Oribe. (María H.)	» 326
Salgado. (José)	» 264
Salterain. (Joaquín de)	» 148
Sánchez. (Ricardo)	» 210
Santiago. (Ramón de)	» 82
Secco Illa. (Joaquín)	» 330
Sierra Carranza. (José M.)	» 104
Varela. (José Pedro)	» 91
Vasseur. (Armando)	» 318
Vaz Ferreira. (María Eugenia)	» 308
Vidal Belo. (Toribio)	» 315
Ximénez. (Rafael)	» 85
Ximénez Pozzolo. (Pedro)	» 166
Zorrilla De San Martín. (Juan)	» 122
Zuvinia. (Alfredo)	» 247

## COMPOSICIONES VARIAS.

Berro. (Aureliano G.)	Pág. 368
Gandolfo. (Eduardo)	» 374
Giannetto. (Clara)	» 371
Gómez. (Eliseo Ricardo)	» 373
Granada. (Nicolás)	» 370
Larriera Varela. (Gonzalo)	» 366
Magariños Roca. (Julio)	» 366
Martínez Vigil. (Carlos)	» 365
Menéndez. (Juan Carlos)	» 372
Pérez Petit. (Victor)	» 364
Perotti. (It. Eduardo)	» 373-374
Piaggio. (Nicolás N.)	» 368
Rodó. (José Enrique)	» 363
Tortero. (Leogardo Miguel)	» 375
Vallarino. (Francisco G.)	» 372
Varzi. (Alfredo)	» 366

## ÍNDICE

	Pág.		Pág.
PRÓLOGO. - La poesía del Uruguay. Sus orígenes y su desenvolvimiento	5	Melchor Pacheco y Obes.	
Francisco Acuña de Figueroa.		Nota	56
Nota	13	El cementerio de Alegrete . . .	56
Himno Nacional de la República	13	¡Adiós!	59
Oriental del Uruguay . . .	14	Alejandro Magariños Cervantes.	
Super Flumina Babilonis . . .	15	Nota	61
Lamento patriótico . . .	17	¿Se fué?	61
EL Ajusticiado . . .	20	Lo que sintió mi alma al divisar la costa uruguaya volviendo de Europa . . .	65
A un coplero plagiarlo . . .	20	Almas hermanas . . .	67
Un calvo peludo . . .	20	En las piedras . . .	68
No perdonar ni al demonio . . .	20	La palma del sacrificio . . .	69
Empadronamiento . . .	20	Duda . . .	69
Toráida bombástica . . .	21	Al pie del monumento de los 33 en la Agraciada . . .	69
Bartolomé Hidalgo.		Pedro P. Bermúdez.	
Nota	21	Nota	70
Diálogo patriótico . . .	21	El charrúa . . .	70
Manuel de Araucho.		Francisco Xavier de Acha.	
Nota	28	Nota	71
A la batalla de Ituzaingó . . .	28	Mater dolorosa . . .	71
Adolfo Berro.		A la juventud uruguaya . . .	73
Nota	30	Enrique de Arrascaeta.	
El esclavo . . .	30	Nota	74
El azahar . . .	32	Alabanza al Señor . . .	74
La ramera . . .	32	A una niña . . .	75
El ruego de una madre . . .	34	Fermin Ferreira y Artigas. <sup>®</sup>	
Canto de la prostituta . . .	34	Nota	76
Dolor . . .	35	Rosa . . .	76
La virgen bañándose . . .	36	María . . .	76
Juan Carlos Gómez.		Brisas . . .	77
Nota	37	Heraclio C. Fajardo.	
¿Te asusta mi existencia? . . .	37	Nota	78
A . . .	38	La maga . . .	78
A la esperanza . . .	38	30 de octubre . . .	79
Deseos . . .	39	Carlos A. Fajardo.	
A la esposa de mi hermano . . .	39	Nota	81
El tiempo . . .	40	Pon en tu espíritu hielo . . .	81
Ida y vuelta . . .	40		
Ruega . . .	44		
Reminiscencia . . .	41		
¿Te olvidarás de mí? . . .	43		
La libertad . . .	43		
For ever . . .	48		
Bernardo P. Berro.			
Nota	49		
Epístola a Doricio . . .	49		

	Pág.		Pág.
<i>Ramón de Santiago.</i>		<i>Matias Behety.</i>	
Nota . . . . .	82	Nota . . . . .	112
Doloroso recuerdo . . . . .	82	María . . . . .	112
Audacias del genio . . . . .	82	Las dos almas . . . . .	112
Flores de viejo . . . . .	84		
<i>Rafael Ximénez</i>		<i>Luis Piñeyro Del Campo.</i>	
Nota . . . . .	85	Nota . . . . .	113
Fragmentos . . . . .	85	El canto de la calandria . . . . .	113
		Voces . . . . .	114
<i>Antonino Lamberti.</i>		<i>Luis Melián Lafinur.</i>	
Nota . . . . .	87	Nota . . . . .	115
¡Dame más! . . . . .	87	Sarandi . . . . .	115
Siempre . . . . .	87	Date Lilia . . . . .	117
Rima . . . . .	88		
La tocadora de arpa . . . . .	88	<i>José Román Mendoza.</i>	
		Nota . . . . .	118
<i>Laurindo Lapuente.</i>		Esperanza . . . . .	118
Nota . . . . .	89		
El honor de la Francia . . . . .	89	<i>Anacleto Dufort y Alvarez.</i>	
Perú y Méjico . . . . .	89	Nota . . . . .	120
		Presentimiento . . . . .	120
<i>Eduardo G. Gordon.</i>		En el álbum de mi hermana . . . . .	121
Nota . . . . .	91	Vaguedad del deseo . . . . .	121
El trabajo . . . . .	91		
		<i>Juan Zorrilla de San Martín.</i>	
<i>José Pedro Varela.</i>		Nota . . . . .	122
Nota . . . . .	91	Fragmentos de Tabaré . . . . .	122
Índice del hombre . . . . .	91	El sueño de Artigas . . . . .	123
*** . . . . .	92	La muerte de Zorrilla . . . . .	123
A . . . . .	93	En un álbum . . . . .	129
		Contrición . . . . .	130
<i>Victoriano E. Montes.</i>		En el Coliseo . . . . .	130
Nota . . . . .	93	Bóhdos . . . . .	130
El tambor de San Martín . . . . .	93	Noche en las ruinas . . . . .	131
El pintor de batallas . . . . .	95	La leyenda patria . . . . .	132
		Tu y yo . . . . .	139
		La soledad . . . . .	139
<i>Aurelio Berro.</i>		<i>Rafael Fraguero.</i>	
Nota . . . . .	97	Nota . . . . .	140
Al monumento . . . . .	97	Última ofrenda . . . . .	140
A Rivadavia . . . . .	100	Rondel . . . . .	140
Pan y lágrimas . . . . .	101	Media noche . . . . .	141
		Allegretto . . . . .	142
<i>José M. Sienra Carranza.</i>		Brindis . . . . .	144
Nota . . . . .	104	Recuerdos viejos . . . . .	145
A una paraguaya . . . . .	104		
Imposible . . . . .	106	<i>Joaquín De Salterain.</i>	
*** . . . . .	107	Nota . . . . .	148
		Souvenir . . . . .	148
<i>Carlos María Ramírez.</i>		Flores de Otoño . . . . .	149
Nota . . . . .	107	Otoño . . . . .	149
La guerra . . . . .	107	<i>Manuel Herrero y Espinosa.</i>	
Escritos en « Los Castigos » de . . . . .	108	Nota . . . . .	152
Víctor Hugo . . . . .	108	Rima . . . . .	152
En las poesías de Berro . . . . .	108	A una monja . . . . .	153
A un poeta cristiano . . . . .	109	El beso . . . . .	153
		Brumas . . . . .	153
<i>Gonzalo Ramírez.</i>		<i>Alcides De María.</i>	
Nota . . . . .	110	Nota . . . . .	154
Saludo á la esperanza . . . . .	110	En la tumba de Artigas . . . . .	154
A mi mejor amigo . . . . .	111	El arriero y su mula . . . . .	156

	Pág.		Pág.
<i>Alberto Flangini (Hijo).</i>		<i>José G. Del Busto.</i>	
Nota . . . . .	157	Nota . . . . .	205
El beso maternal . . . . .	157	Rima . . . . .	205
Horas de duelo . . . . .	158	Moraima . . . . .	206
¡Llorando! . . . . .	159	Lágrima y beso . . . . .	206
Once años . . . . .	160	El ideal . . . . .	207
¡Imposible! . . . . .	160		
<i>Constantino Becchi.</i>		<i>Ricardo Sánchez.</i>	
Nota . . . . .	162	Nota . . . . .	210
Al sol de la libertad . . . . .	162	¿Por qué estás triste? . . . . .	210
		La eterna canción . . . . .	211
<i>Orosmán Moratorio.</i>		Entre los mios . . . . .	211
Nota . . . . .	163	A Manuela Guido . . . . .	213
Flor del monte . . . . .	163		
Camperita . . . . .	163	<i>Enrique Kubly y Arteaga.</i>	
		Nota . . . . .	214
<i>Elias Regules.</i>		Los Dioses caídos . . . . .	214
Nota . . . . .	164		
Mi tapera . . . . .	164	<i>Victor Arreguine.</i>	
Sin derechos . . . . .	165	Nota . . . . .	215
Flor del campo . . . . .	166	Catoniana . . . . .	215
		Poesía . . . . .	216
<i>Pedro Ximénez Pozzolo.</i>		Tarde de Grecia . . . . .	216
Nota . . . . .	166	El poeta . . . . .	217
Laureles . . . . .	166		
Puntos del sol . . . . .	168	<i>Benjamin Fernández y Medina.</i>	
Transformación . . . . .	168	Nota . . . . .	218
Improvisación . . . . .	169	Imelda . . . . .	218
		Chacarera . . . . .	219
<i>Washington P. Bermúdez.</i>		Campera . . . . .	220
Nota . . . . .	170	Primavera . . . . .	221
¡Anatema! . . . . .	170	Hortus conclusus . . . . .	222
Los treinta dineros . . . . .	172	Madrigal . . . . .	223
La banda oriental . . . . .	173	Noche árabe . . . . .	224
La vida . . . . .	173	¡Oh labios! . . . . .	224
Canción . . . . .	174		
		<i>Manuel Bernardéz.</i>	
<i>Carlos Roxlo.</i>		Nota . . . . .	225
Nota . . . . .	175	Luz . . . . .	225
Un cuento de Andersen . . . . .	175	Los héroes . . . . .	226
Las doce . . . . .	180	Risa . . . . .	227
¡Calla! . . . . .	181	Selva-madre . . . . .	228
Inri . . . . .	181	Frio . . . . .	229
Intima . . . . .	182		
Sic transit . . . . .	182	<i>Ricardo Passano.</i>	
La tarde . . . . .	183	Nota . . . . .	230
Sin título . . . . .	183	Intangible . . . . .	230
A solas . . . . .	184	Ruego . . . . .	231
Gajos de yedra . . . . .	184	El pimpollo de rosa . . . . .	232
En plena dicha . . . . .	185	¡Allá va! . . . . .	232
Sin nombre . . . . .	186	Vida nueva . . . . .	233
Ella . . . . .	187	Cosas infinitas . . . . .	235
En el camalote . . . . .	187	¡Ni aún así! . . . . .	236
Sin rumbo . . . . .	188	Mi primer beso . . . . .	236
Immer Bei Dir . . . . .	188	Escoria . . . . .	237
Noche de marzo . . . . .	190	¡Si te amo! . . . . .	237
Andresillo . . . . .	193		
Noche de invasiones . . . . .	195	<i>Guillermo P. Rodríguez.</i>	
Fides . . . . .	201	Nota . . . . .	238
		Pretéritis . . . . .	238
<i>Santiago Maciel.</i>		Intima . . . . .	240
Nota . . . . .	201		
Introducción . . . . .	201	<i>Adela Castell.</i>	
Paisaje otoñal . . . . .	202	Nota . . . . .	240
Psiquis . . . . .	205	Rima . . . . .	240
		Tus ojos de esmeraldas . . . . .	241
		*** . . . . .	241

	Pág.		Pág.
<i>Daniel Martínez Vigil.</i>			
Nota . . . . .	242		
¡Ni muerto!	242		
Gladiatoria . . . . .	243		
Pasionales . . . . .	243		
Varroniana . . . . .	244		
Murria . . . . .	244		
¡En pie!	245		
Perjurio . . . . .	245		
Roma y Cartago . . . . .	246		
<i>Alfredo Zuciría.</i>			
Nota . . . . .	247		
Flores enfermas . . . . .	247		
Faroles apagados . . . . .	248		
<i>Enrique Rivera.</i>			
Nota . . . . .	249		
¡Ven!	249		
Mi sombra . . . . .	250		
Mi corazón . . . . .	250		
Contraste . . . . .	250		
Pasión . . . . .	251		
Mi venganza . . . . .	251		
A una muerta . . . . .	252		
Profesión de fe . . . . .	252		
Mi cruz . . . . .	253		
<i>Guzmán Papini y Zas.</i>			
Nota . . . . .	253		
Pordiosero de amor . . . . .	253		
Mi uruguayo . . . . .	254		
Ofrenda lírica . . . . .	255		
A la adorable . . . . .	256		
¡Apártate!	257		
Entonces . . . . .	257		
Una enseñanza . . . . .	257		
<i>Ubaldo Ramón Guerra.</i>			
Nota . . . . .	258		
Junto a los mirtos . . . . .	258		
Nieblas . . . . .	259		
Sevillana . . . . .	260		
¡A la novia muerta!	261		
A su balcón . . . . .	263		
Primavera . . . . .	263		
<i>José Salgado.</i>			
Nota . . . . .	264		
Sombras . . . . .	264		
Invernal . . . . .	265		
La idea . . . . .	266		
Recuerdos . . . . .	267		
A Lavalleja . . . . .	268		
Canto a la paz . . . . .	271		
<i>Emilio Frugoni.</i>			
Nota . . . . .	275		
Salmos de la ira . . . . .	275		
Posirera . . . . .	279		
A la diosa . . . . .	280		
Donna celeste . . . . .	281		
De mis amores . . . . .	281		
Tus pupilas . . . . .	282		
Soneto . . . . .	283		
*** . . . . .	284		
<i>Julio Herrera y Reissig.</i>			
Nota . . . . .	285		
La estrella del destino . . . . .	285		
El banco del suplicio . . . . .	286		
El camino de las lágrimas . . . . .	286		
Decoración heráldica . . . . .	287		
La gota amarga . . . . .	287		
La sombra dolorosa . . . . .	287		
El suicidio de las almas . . . . .	288		
La novicia . . . . .	288		
La ausencia meditativa . . . . .	288		
Desolación absurda . . . . .	289		
Los ojos . . . . .	290		
El piano . . . . .	290		
El ideal . . . . .	290		
El sueño . . . . .	291		
La ilusión y el poeta . . . . .	291		
El viaje . . . . .	291		
Los céelos . . . . .	292		
Idilio espectral . . . . .	292		
Plenilunio . . . . .	292		
<i>Raúl Montero Bustamante.</i>			
Nota . . . . .	294		
La Cortesana . . . . .	294		
La catedral . . . . .	295		
Grecia . . . . .	295		
Beethoven . . . . .	296		
Simbolismo . . . . .	296		
Iniciación . . . . .	297		
Nocturno . . . . .	297		
De los poemas del Calvario . . . . .	298		
Del libro triste . . . . .	298		
Asonancias . . . . .	300		
Lavalleja . . . . .	302		
Melancolía de Verano . . . . .	305		
Artigas . . . . .	306		
<i>María Eugenia Vas Ferreira.</i>			
Nota . . . . .	308		
A la impecable . . . . .	308		
Berceuse . . . . .	308		
La Torre . . . . .	309		
Invitación al olvido . . . . .	309		
Invicta . . . . .	309		
Para siempre . . . . .	310		
Rimas . . . . .	311		
Triunfal . . . . .	311		
¡Por qué!	312		
Rimas . . . . .	313		
La viejecita . . . . .	314		
<i>Toribio Vidal Belo.</i>			
Nota . . . . .	315		
Pontifical . . . . .	315		
Caen las hojas . . . . .	316		
Noche blanca . . . . .	317		
<i>Armando Vasseur.</i>			
Nota . . . . .	318		
Nunca más . . . . .	318		
A Salomé . . . . .	319		
Nada . . . . .	319		
A Atlántida . . . . .	320		
Ecce homo . . . . .	325		
Aguafuerte . . . . .	325		
Como solias tú . . . . .	326		

	Pág.		Pág.
<i>María H. Sabbia y Oribe.</i>			
Nota . . . . .	326		
Lidia . . . . .	326		
Navidad . . . . .	327		
<i>Ernestina Méndez Reissig.</i>			
Nota . . . . .	328		
Corazón . . . . .	328		
Crepuscular . . . . .	328		
Ensueños y realidades . . . . .	329		
<i>Joaquín Secco Illa.</i>			
Nota . . . . .	330		
Juventud . . . . .	330		
Hora nueva . . . . .	332		
En un álbum . . . . .	334		
Última sangre . . . . .	335		
Mística . . . . .	337		
<i>Pedro Erasmo Callorda.</i>			
Nota . . . . .	338		
¡Amor!	338		
Tu pañuelo . . . . .	339		
Mi abalorio . . . . .	339		
<i>Asdrúbal E. Delgado.</i>			
Nota . . . . .	340		
Ecos de una sala . . . . .	340		
Tout passe, tout lasse . . . . .	341		
De amores . . . . .	342		
A mi princesa . . . . .	342		
<i>Horacio Quiroga.</i>			
Nota . . . . .	343		
Lemerre, Vanier y C. . . . .	343		
El Juglar triste . . . . .	343		
Canción . . . . .	344		
Las pantallas de Fátima . . . . .	345		
Tu agonía . . . . .	345		
Combate naval . . . . .	345		
Italiana . . . . .	346		
Con fútil elegancia . . . . .	346		
Tu garganta . . . . .	346		
Los pequeños vapores . . . . .	347		
El Martes, 24 de Noviembre . . . . .	347		
A la solterona . . . . .	348		
Orellana . . . . .	348		
<i>Justino Jiménez de Aréchaga.</i>			
Nota . . . . .	349		
Media noche . . . . .	349		
Vibraciones de fiebre . . . . .	350		
Caín . . . . .	351		
Salomé . . . . .	351		
<i>Julio Lerena Juanicó.</i>			
Nota . . . . .	352		
I. . . . .	352		
II. . . . .	352		
La partida de ajedrez . . . . .	353		
Chopin . . . . .	353		
<i>César Miranda.</i>			
Nota . . . . .	354		
Ninón . . . . .	354		
Los paquidermos . . . . .	354		
Diálogo galante . . . . .	355		
<i>Juan José Illa Moreno.</i>			
Nota . . . . .	355		
Esfinge . . . . .	355		
Histeria crepuscular . . . . .	356		
<i>Ramón Montero Brown.</i>			
Nota . . . . .	356		
Excelsior . . . . .	356		
<i>Pablo Minelli González.</i>			
Nota . . . . .	359		
A la Duquesa de X. . . . .	359		
Retrato . . . . .	359		
Un aire de Chopin . . . . .	359		
Affiche . . . . .	360		
La artista . . . . .	360		
Las obreritas . . . . .	360		
Ofrenda . . . . .	361		
Lluve . . . . .	361		
Diálogos galantes . . . . .	362		
Diálogo . . . . .	362		
COMPOSICIONES VARIAS . . . . . 353 a 376			

